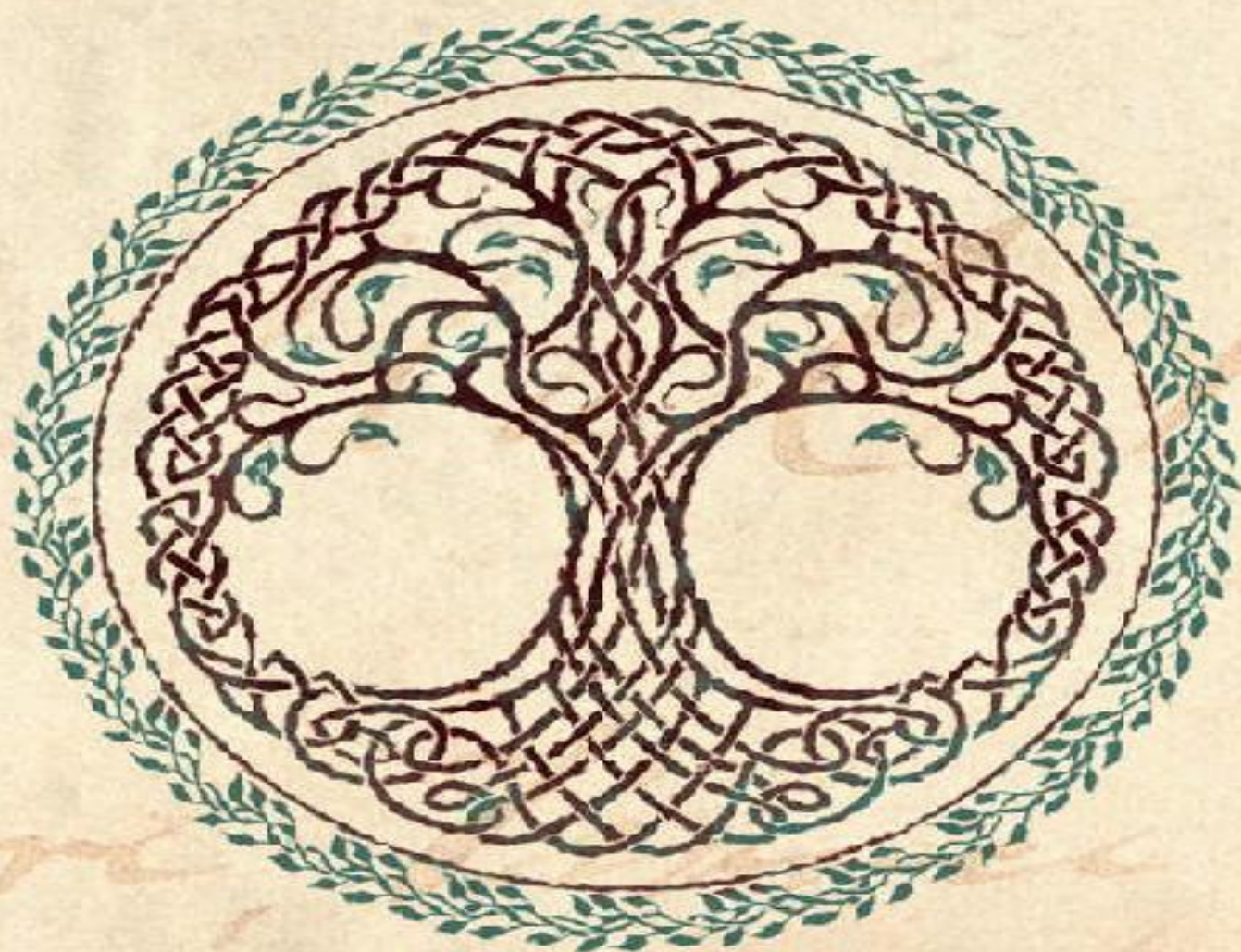


Ricardo Silva Romero

Historia oficial del amor



Ricardo Silva Romero

Historia oficial del amor

Alfaguara

SÍGUENOS EN
megustaleer



Me Gusta Leer Colombia



@megustaleerco



@megustaleerco

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Marcela Romero de Silva
y Marcela Romero Buj, mi mamá*

Jueves 1.º de enero de 2015

Voy a contar hacia atrás la historia de mi familia. Voy a narrar al revés su destino, su karma y su suerte. Porque ha sido al revés, desde hoy hasta el principio, como he ido enterándome de nuestra trama. Y lo sensato es irse, primero, por las ramas, si lo que uno quiere es viajar a la semilla del árbol genealógico. Antes de reconstruir la lectura del tarot que me vaticinó que la mujer de mi vida era una mujer con un hijo —y sí, lo es—, voy a poner en escena el día en que mis papás repararon la casa de todos. Antes de revivir aquel entierro inaudito en el hospital psiquiátrico, voy a recordar la brujería hecha de pelos y de cosas rotas y cenizas que un enemigo borroso e impreciso nos puso en el apartamento de La Gran Vía para separarnos. Voy a describir el crimen de 1976, el escándalo de 1969, el duelo de 1935 y, de paso, todas las persecuciones de tiempos de guerra que nos han hecho sentir condenados a Colombia, pero después de relatar la noche de 1989 en la que por poco nos salvamos de la muerte.

Sé lo que voy a hacer: más o menos, sí, pero lo sé. Sé que voy a escribir sobre lo que ha estado escrito. Y que este rompecabezas, un drama en tres actos narrado a mi manera, no sólo estremecerá y confundirá como la vida, sino que, como los libros, servirá de celebración y de consuelo.

Pero lo cierto es que sólo hasta este momento, 2:33 a.m. del jueves 1.º de enero de 2015, he encontrado el arrojo y el carácter que se necesitan para echar a andar esta trama. Durante meses entrevisté a los protagonistas y a los personajes secundarios como si no los conociera, busqué huellas y secretos en los álbumes familiares, leí los libros y leí la prensa cifrada con la sensación de estar cometiendo un error: toda familia es una guardia dormida, una tregua, y para qué despertarla. Quise comenzar, en fin, en octubre, en noviembre, en diciembre. Pero nada más hasta hoy, cuando he visto la foto que prueba que el bebé que estamos esperando es una niña y he conseguido un escalofriante retrato de mis papás que no había visto jamás, entendí en dónde empieza esta historia.

Comienza aquí, a las 2:33 según la pantalla de mi computador, cuando noto que voy a contarles a mis hijos quiénes son mis padres y cómo nos han dado la vida y a qué país abrupto y a qué familias y a qué tragedias han tenido que sobrevivir para llegar a este día como a una gloria de puertas para adentro.

Ayer, miércoles 31 de diciembre de 2014, me levanté a las cinco con la sensación de que acababa de soportar una pesadilla estoicamente, sin abrir los ojos. Fui en cámara lenta para no despertar a Carolina, mi esposa y mi suerte: quise decirle que estaba nervioso por la ecografía de las 11:00 a.m. e intranquilo por la cita de las 3:00 p.m., para que otra frase precisa de las tuyas, de editora benigna, pusiera en su sitio mi tontería, mi zozobra, pero me tragué mis palabras justo a tiempo. Pasé de largo por el espejo de nuestra habitación como si el fantasma fuera yo, no mis abuelos ni mis tíos, pues el espejo no es mi fuerte. Vine a esta oficina. Puse en el iPod *Leaves That Are Green*: «hello, hello, hello, hello», «goodbye, goodbye, goodbye, goodbye», «that's all there is...». Una vez más quise empezar este libro que he estado cargando por dentro, y una vez

más no pude, no supe cómo, no supe dónde.

Y mi ansiedad, que sólo se agota escribiendo, se vio obligada entonces a organizar las cuentas de diciembre, a redactar un par de notas de 2.000 caracteres para *El Tiempo*, a responder por fin una serie de e-mails que había estado dejando «para mañana», a pensar y a pensar y darle vueltas a este asunto.

Estuvimos listos a las 9:50, una hora antes de la ecografía, pues en la Bogotá de hoy es lo sensato. Carolina dijo «creo que va a ser una niña». Pascual, su hijo de cuatro años, que es mío también y es la prueba de que la vida es esperar pacientemente a que los amores de uno le sonrían, le llevó la contraria: «claro que no: es niño...». Yo me limité a pedir un taxi en mi celular. Y, después de ponerme los zapatos y hallar mi llavero de bus inglés, desordené un poco la oficina porque un amigo mío se murió el día en que dejó en su sitio las cosas de su cuarto. Nadie tiene la última palabra sobre sí mismo. Vaya usted a saber quién soy yo. Pero puedo decir que soy un cobarde, y un cobarde que se está viendo gordo. Y si una mariposa negra se pegara de nuevo en el umbral de mi puerta, otro presagio fúnebre como el del día en que murió mi amigo, sería capaz de irme de la casa hasta que la pobre muriera de vieja.

Incluso en las peores películas sucede, de golpe, un segundo de belleza, un encuadre de gracia que conduce a la idea de que hasta el peor villano merece esa compasión sobrecogedora y feliz que siente el astronauta que ve desde su ventana la esferita azul y lisa y muda que es la Tierra. Ayer ese instante ocurrió a las 11:15. Superamos una imposible hora de trancón, de la 102 a la 78, bajo el peor sol del mundo. Pagamos el taxi: 8.000 pesos. Llegamos al centro médico tomados de las manos de Pascual. Cruzamos una muchedumbre de pacientes y de frases sueltas, «está hospitalizado», «deja eso quieto», «no, el oxígeno es para mi niña». Subimos, decididos, la escalera y la escalera de baldosas. Pedimos el turno. Y esperamos a que el número apareciera en la pantalla.

—Este puntito que titila aquí en el centro de todo —nos dijo, a las 11:15, el médico habituado a los milagros— es el corazón de su niña: ciento noventa latidos por minuto.

Yo no me puse a llorar porque no pude salir de la extrañeza, del asombro. Noté que tenía engarrotados los hombros, aunque vivir sea encogerlos, de tanto pedir que nuestra vida siguiera en orden, que no viniera un giro de los que sabemos, pero sobre todo sentí la compasión aquella, claro, porque desde mis gafas nuestra bebé no era sino una pequeñísima Tierra que titilaba en su universo infinito, y desde aquí arriba vivir era un premio y una paz. Volvimos a la sala de espera detrás de la siempre increíble serenidad de mi esposa. Pascual dio vueltas, cabizbajo y derrotado entre las sillas, mientras esperábamos las fotografías y los resultados de la ecografía: «y ahora qué vamos a hacer con una niña...», se preguntó. Llamé a mis papás a darles la noticia: mi mamá dijo «ay, va a sufrir aquí en Colombia, pobrecita» y mi papá le respondió «no tiene por qué», pero los dos se oyeron felices y preparados, y se ofrecieron a recogernos en la clínica.

Una recepcionista con la mañana a cuestas rompió el hechizo unos minutos después.

—¡Doña Silvia Romero! —gritó su voz de parlante—: ¡Doña Silvia Romero Ricardo!

—Soy yo, soy yo: Ricardo Silva Romero —le explicó mi vergüenza, sólo a ella, como buscando que se volviera un chiste entre nos.

—¡Silva Romero, Ricardo! —nos repitió, como siguiendo el protocolo, a los pocos pacientes que quedábamos en la sala de espera.

Yo soy Ricardo y soy Silva y soy Romero, soy yo y soy mi padre y soy mi madre, ni más ni menos que esos tres, pero a los 39 lo fui para recibir esa extraña foto que me entregó aquella recepcionista impasible: la foto de esa figura nuestra que latía en un cielo en blanco y negro que

quedaba adentro de mi esposa. Qué tontería lo demás. Qué pasajeras y vacías, cuando uno no vive en Colombia, sino en su familia, las réplicas devastadoras de cualquier lector mezquino, de cualquier enemigo gratuito de las novelas y las columnas que he hecho. Yo sé tragarme lo que siento y fingir esta paz que va por fuera, pero, cuando bajamos a contracorriente por las escaleras de baldosa, «permiso», «perdón», entre familias que llevaban auestas su propio libro, su propio drama al menos, me vi dándoles la noticia por WhatsApp a mi hermano, a mis amigos: «¡es niña!».

Fuimos a almorzar con mis papás cerca del centro médico, «por ahí...», porque mi cita de las 3:00 p.m. —la que había estado esperando desde que empecé esta investigación, la única que me faltaba— era en el centro comercial de la vuelta. De la televisión del restaurante vinieron los titulares del mediodía: «Palestina denuncia provocaciones de colonos judíos»; «Yara, la perra antiexplosivos, condecorada póstumamente por salvar militares»; «Sube a 46% el apoyo de los colombianos al proceso de paz». Mi teléfono se llenó de mensajes sinceros: «¡felicitaciones!», «¡niña es mejor!». Pero nosotros nos dedicamos a lo nuestro: a imaginar qué papeles me entregaría y qué secretos me contaría, en la cita, aquella hija de mi abuelo que yo había estado buscando por el cielo y el infierno, y perdiendo por muy poco, desde hacía siete meses.

Llegué puntual al encuentro, 3:00 p.m., junto al monstruoso árbol de Navidad del atestado café de la plaza del centro comercial. Dónde estaba. Quién podía ser. Tardé uno, dos, tres, cuatro personajes borrosos en verla. Supe que ella era ella porque sonrió y levantó las cejas, mi tía perdida y nerviosa, como preguntándome si yo era ese sobrino entre comillas que había estado buscándola en juzgados y páginas web y teléfonos viejos. Dije que sí. Ofrecí disculpas por mi obstinación y mi insistencia. Pedí un par de cafés comunes y corrientes como un gesto de buena voluntad. Y buscamos una mesa secreta para que, sobre mi grabadora de periodista, ella contara la vida de su padre: «Romero Aguirre, tu abuelo, fue un político extraordinario...», dijo como repitiendo un libreto.

Habló de su padre durante más o menos una hora y media, más o menos dos: «su última campaña...», «su biblioteca...», «su oratoria...», «su rectitud...». Pintó «los mejores días» sin nostalgia, pero los labios le temblaron. De tanto en tanto me preguntó por mí, por mi familia. De resto se aferró a su monólogo inclemente, amable pero extrañada por estar hablando de su intimidad con un sobrino desconocido, hasta que vio en su reloj que eran las cinco. Quiso tomarse su café, y lo encontró frío, puaj, y negó con la cabeza como la niña que no ha querido ni ha podido sacudirse quién sabe qué. Entonces me dijo que tenía que irse y puso sobre la mesa un sobre de manila que yo no me esperaba: «no tengo nada más», me advirtió tres, cuatro veces, y empezó a irse.

Sacó, uno por uno, ciertos papeles —numerados y clasificados por mi abuelo— que había encontrado vaya usted a saber dónde. Me mostró artículos y entrevistas y leyes que no están en los archivos de ninguna biblioteca. Me dio un par de fotos que no tenía entre mis álbumes. Pero sobre todo me impresionó —cuando ella se despidió y me dijo «adiós» en el sentido de «hasta nunca», y se levantó y se fue yendo como un fantasma de mi propia sangre— encontrar bajo el montón de estas hojas un amarillento recorte de periódico de noviembre de 1976 en el que puede verse a mi papá y a mi mamá conversando en primera plana sobre el asesinato de mi tío: se ven huérfanos y devastados, Eduardo y Marcela, jóvenes pero hechos a su suerte en un rincón espeluznante de Medicina Legal. Seguro que ella le dice «vámonos de este país» y él la oye nomás.

Y seguro que de ese infierno regresarán listos a seguir dando la vida, que ha sido y es lo suyo.

Saqué plata del cajero electrónico por si acaso. Tomé el primer taxi que me pasó por enfrente y soporté el trancón de vuelta. Llegué a la casa de mis papás a las 6:30 p.m., donde me esperaban mi esposa y mi niño, para empezar la celebración del Año Nuevo. Sí hablé, al fin liberado, de la cita con la última hija de mi abuelo. Sí mencioné los papeles y las fotos que puso sobre la mesa. Preferí tragarme las palabras «y me dio una foto de ustedes dos, con cara de llevar la procesión por dentro, el día del asesinato...» para no amargarnos los juegos ni las películas ni las comidas ni los chistes de la noche. Supongo que me quedé mirándolos más de la cuenta. Creo que se me notó la voluntad de empezar este libro ya porque no me reí suficiente cuando mi papá confesó que estaba teniendo antojos, ni dije nada más que «claro, claro...» cuando mi mamá le deseó una buena vida a la bebé.

Sé que mi mamá nos dijo que va a demandar por enésima vez a nosequé federación porque a don Erasmo, el todero de los viejos barcos de Buenaventura, no le quieren pagar la pensión que se ganó a punta de su trabajo. Sé que mi papá nos contó, como si fuera cualquier cosa, que desde febrero dará veintiocho horas semanales de Física en la universidad que se echó al hombro en 1972. Vi a Carolina, en paz mientras tanto, hablar de los cinco libros que está haciendo por estos días y reírse de un par de historias imposibles de la editorial en la que está trabajando. Vi a Pascual comerse las doce uvas y pedir un deseo para 2015: «un dinosaurio nuevo...». Y sin embargo sólo volví a la tierra del todo, agradecido pero pendiente de este libro como siéndole infiel a todo lo demás, cuando escuché el primer «¡feliz año!» del año.

Volvimos al apartamento donde vivimos hace dos años, en la 102, bajo los fuegos artificiales rojos y azules y amarillos sobre el cielo negro y despejado del Año Nuevo: ¡boom!, ¡tas! Acompañamos a Pascual a quedarse dormido: «cuando mi bebé tenga tres años, voy a ponerla a ver *Star Wars*, así sea niña», dijo a la una de la madrugada entre sueños. Y nos fuimos a nuestra habitación a descansar del día.

Y en esa oscuridad llena de formas y de bordes y perfiles, resplandecida y temblada por las bombas pirotécnicas como por puños que se abrían de pronto, vi que estoy viviendo la vida buena que el tarot me vaticinó hace siete años. Y le reconocí a mi esposa, para mí, su cara de haber entendido desde niña lo que importa, su trabajo diario para que el mundo nunca pierda su equilibrio. Dios existió a la 1:50 a.m., en fin, para darle las gracias por ella, para sospechar que nunca un esposo quiso tanto a su esposa, para susurrar que es mejor que la gente no lo sepa, pues nadie dormiría tranquilo si lo supiera, pero la verdad es que el mundo depende de que ella siga bien. Traté de dormirme como un actor que sabe que la obra fallará si se vuelve su espectador, y la recibí sobre mi hombro.

Tuve que pararme a las 2:22 a.m., según el reloj de este computador, porque entonces me pareció urgente contarles a ella y a mis niños cómo nos ganamos esta vida nuestra cuando ni siquiera habíamos nacido, y el comienzo del libro me llamaba como un crujido y un latido de esos que se buscan en vano por un apartamento.

Y aquí estoy y aquí empieza. Pido a Dios que, sea lo que sea y sepa o no sepa quién soy yo, no me deje ser otro mal padre. Soy bueno para la coreografía de cada día. Soy bueno para la rutina. Estoy hecho para escribir, por ejemplo, que es una forma que toma la paciencia. Tengo unos papás tan buenos que parecen hijos, y me siguen dando una vida infinitamente mejor de las que les dieron a ellos, y yo, apreciado Dios, no tengo excusa. No me deje fallar, sin embargo, no me deje perderme ni tratarlo de tú. Concédame, Dios, este libro que no es mal para nadie; concédame, Dios, este relato que no va a olvidar ni va a mentir ni va a ser miserable, y ha tenido la decencia de empezar por su final feliz.

No es más ni es menos lo que está pasando ahora. Siguen el silencio y el estupor y la página en blanco aquí en mi esquina.

Y viene un título que me ha estado rondando desde hace un par de años, y ya no hay nada por hacer: *Historia oficial del amor*.

Es señal de envejecer, supongo, esto de no tratar de convencer a nadie, esto de resignarse a la ficción. Quiero decir que todo lo que voy a contar sucedió tal como voy a contarlo, y tal como me lo contaron, pero que para mí es más que suficiente que el lector vaya línea a línea desde el principio hasta el final, desde mis hijos hasta mis papás, desde mis papás hasta mis abuelos, como quien lee una novela. Ya es hora. Yo lo sé. Tengo todo a la mano para comenzar. Tengo cuarenta y dos horas de entrevistas con quienes saben la verdad de la familia, cuatro torres de libros que confirman lo que nos pasó y les pasó, un arrume de cartas astrales y de lecturas del tarot hechas a mis muertos, fotos refundidas y postales recuperadas de pronto, mensajes secretos de los unos a los otros y páginas escalofrantes de los periódicos del siglo xx protagonizadas por Silvas y Romeros. Y en esta oficina a oscuras está claro que lo que va a pasar es el pasado.

El paso siguiente es relatarlos a todos, trágicos y huérfanos y cómicos, con los nervios en vilo: prometo hacerlo.

Ya tengo en las puntas de los dedos las dos primeras frases de este libro. Ya se qué voy a hacer.

Voy a contar hacia atrás la historia de mi familia. Voy a narrar al revés su destino, su karma y su suerte.

Lunes 29 de septiembre de 2014

Esta vez no es igual. Esta de hoy no es una lectura del tarot como las otras, no, no habíamos preguntado antes por mis fantasmas, por mis muertos. Está diluviando a las 9:00 a.m. La lluvia no deja ver ni oír bien, y hay relámpagos y truenos, y las ventanas tiemblan por el viento. El gato que me mira como si estuviera tratando de recordar qué iba a decirme, espantado por sus propios ojos fijos, acaba de saltar a la mesa para pedirme que lo acaricie. Yo he muerto de miedo y he revivido por si acaso. Y mi amiga, que me conoce de memoria desde hace siete años, le ha dicho a su mascota «ay, no moleste, vaya abajo» y me ha puesto a barajar las cartas entre el humo de su cigarrillo. Podría yo haberle pedido a mi papá, que es tan preciso, que me leyera el naípe igual que siempre. Pero me temo que no habría sido nada fácil para él describirme en voz alta nuestra historia. Y aquí estoy.

Mi amiga vive de esto, pero no es una bruja verrugosa ni es una maga etérea ni una persona misteriosa siquiera, sino la lectora de un texto que nadie más ve, sólo ella. Y en vez de preguntarle en qué presente estoy parado, que es eso lo que uno busca en la terapia del tarot, hoy le he pedido el favor de que me lea el pasado, el pasado de verdad: la gente de la que yo vengo y a la que voy.

No le temo al naípe ni un poquito. Siempre me ha parecido un vademécum noble. Y varias veces les he hecho caso a sus consejos de viejo que encoge los hombros. Pero no tengo ni idea de qué tan bien puede salirnos ahora, a punta de arcanos mayores, el retrato hablado de mis dos familias: de los Silva y los Romero. He estado haciendo lo que he podido hacer para enterarme de qué fue lo que pasó: he investigado, he buscado, he encontrado, he perdido, he visitado, he entrevistado, he entendido, he extrañado, he leído y releído y conocido a los personajes principales de esta historia, y me han parecido seres trágicos y fascinantes, y he tenido claro que hay que rescatarlos de las memorias de quienes los conocieron, y ponerlos a andar, y a decir lo que dijeron.

Pero sé que algo me falta. Y quiero que una voz ajena, que sin embargo sepa cómo he estado defendiendo yo mi propia vida en estos últimos años, me dé su versión de los hechos: quiero saber si he estado poniendo las piezas del rompecabezas en el lugar en el que estaban y si he estado imaginando las cosas como son.

Así que sigo las instrucciones. Barajo los veintidós arcanos mayores con toda la torpeza que me ha sido dada en este mundo. Parto en dos, uno, dos. Vuelvo a juntar el montoncito. Y le entrego a mi amiga, que sabe que llevo meses preparando este libro, las siete cartas que me pide.

Y ella las va poniendo una por una en su orden, El Diablo, El Mago, La Muerte, El Ermitaño, La Emperatriz, El Papa y La Torre de la Destrucción, sobre el mantel de lino azul de la mesa que ahora da a la ventana grande de la casa. Y voy sacando más y más arcanos sombríos, según me va diciendo.

—Esta tiene que ser la familia de tu mamá —me dice—: es. Porque en el centro hay un hombre brillante, abrumador, maltratador, voluble, encantador, mujeriego, el papá de ella, o sea

tu abuelo, que terminó sus días lleno de sombras y quebrado, y los marcó a todos. Era un hombre duro. Era brutal, ambicioso, ególatra cuando quería serlo. Podía acabar a quien le diera la gana con un par de palabras terribles. Y luego se volvía el señor más atractivo y más seductor y más gracioso que podía encontrarse uno en el camino: un hipnotizador. El Mago con El Diablo y con La Luna a lado y lado. Que, aunque se la pasó rodeado de tipos oscuros, siempre fue ético. Y adoró a su propia mamá: se ve. Pero buen papá no fue, ni buen esposo, porque se lo fue tragando su carrera. ¿Qué es lo que hacía él?, ¿en qué trabajaba?, ¿cómo era el nombre?

—Se llamaba Alfonso Romero Aguirre y era un político liberal —le digo antes de pensar la respuesta—: que del 30 al 50, más o menos del 30 al 50, fue todo lo que podía ser un político en ese momento, pero después, según me han estado diciendo todos los que he entrevistado, se fue quedando solo y sin nada y enfermo, y no pudo ir más lejos.

—Aquí está El Ermitaño. Estas cartas tan pesadas, con monstruos y diablos y culebras, les salen a todos los políticos que vienen a esta casa: en este país, los políticos viven metidos hasta el cuello en brujerías y en las cosas más tenebrosas que uno pueda imaginarse. El papá de tu mamá comenzó muy bien: iba muy bien. Consiguió lo que consiguió por sus propios méritos. Llegó a los cargos más importantes a punta de trabajo y de audacia y astucia. Y luego se empezó a meter con la gente que no era. Y los mismos que lo subieron lo bajaron, porque eran dobles y siniestros. Se la hicieron, sí, le cerraron todas las puertas. Se le voltearon porque vieron para dónde iba y era una amenaza. El de la idea fue uno solo, el traidor principal fue un tipo peligroso que siempre tuvo cerca, pero todos los de su partido aprovecharon sus vicios para darle la espalda: tu abuelo era nítido en lo público pero oscuro en lo privado.

—Yo tengo la sensación de que estuvo a punto de enloquecerlos a todos.

—Más que «a punto», más. Si no llegó a presidente, mejor dicho, con esa pasión pintoresca, con ese don para tratar a la gente, con ese carisma enloquecedor que tenía, fue porque sus ambiciones terminaron perdiendo el pulso con sus vicios. Pero entre lo uno y lo otro no tuvo tiempo, sino sólo del malo, para su primera familia. Tu abuela, que tejía, que tenía manos largas de pianista y se la pasaba muy sola porque no era de acá, pero también era ensimismada y prefería que de sus hijos se encargaran las niñeras, le dio a él todo lo que tenía en la vida, le aguantó las idas y las venidas y le financió las campañas hasta que se le fue acabando la plata. Y el hijo mayor, que también era brillante y autodestructivo, se volvió todo lo contrario a él para joderlo, pero acabó matándolo la misma gente de él: ¿por qué?

—Porque una disidencia fanática del EPL, de la guerrilla, le hizo un juicio por traidor: es que alcanzó a ser un líder comunista importante y le fue bajando al fanatismo en los últimos años.

—Porque de comunista no tenía ni un pelo, aunque fuera de ideas arraigadas y se jugara la vida por eso y creyera en la justicia y todo ese cuento, sino que desde el principio se volvió en contra del papá. Los demás hijos se criaron solos, entre el silencio de tu abuela y la gritería de tu abuelo, pero no fueron ni tan fuertes ni tan temerarios. Y cayeron, según parece, como en un embrujo, como en una maldición, apenas se murieron tus abuelos. Dos mujeres que rozaron la locura, ¿tus tías?, se fueron marginando del mundo. Y dos hombres sensatos se dedicaron a lo suyo, como tratando de estar por fin tranquilos, como refugiándose: ¿tus tíos? Y aquí está tu mamá, la menor de las hijas, que no te cuenta ni la mitad del infierno que fue esa casa de ellos, pero que desde niñita tuvo claro que tenía que cortar el karma, cortar el ciclo.

—Todo el tiempo está pendiente de que ninguno caiga en la trampa de la política.

—Ha hecho lo posible para sacarlos a ustedes de Colombia porque sabe que esto es un amor no correspondido y ha visto demasiado cerca a qué precio son las cosas acá.

—Todo el tiempo, desde que yo me acuerdo, ha tenido la esperanza de que afuera nos va a ir mejor, pero está demasiado comprometida con lo que pase en este sitio.

—Y más que todo ha estado rompiendo los patrones de esa ambición desmedida que pasa por encima de la familia y de ese fanatismo que deja a todo el mundo huérfano —me explica, mirándome a los ojos, como si alguien acabara de explicárselo—: el karma de esta parte de la familia ha sido apostárselo todo a la búsqueda del poder, sea lo que sea y pase lo que pase, pero todo lo que ha hecho ella, desde casarse con tu papá hasta decirles que no mil veces a todos los anzuelos que le han puesto para vivir de la política de los políticos, ha servido para protegerlos a ti y a tu hermano y a sus hijos del riesgo permanente de vivir la vida para afuera y no para adentro, y de caer en esa doble moral de los prohombres que salvan en público pero son una porquería en privado: ay, los defensores de los derechos que le cascan a la mujer y las feministas que tratan a las patadas a las personas cuando nadie está mirando.

Vuelvo a barajar. Mezclo una por una las veintidós cartas para que la nueva pila sea en verdad una pila nueva. Parto en dos, uno y dos. Y voy entregándole a mi amiga, que no falla, las cartas que me va pidiendo para completar el retrato que va pintando poco a poco.

—Es mucho menos dura la familia Silva, mucho menos violento su paso por el mundo —me reconoce—, pero como tu abuelo murió demasiado joven, y era, se ve, un hombre bueno que quería a sus hijitos, el pobre de tu papá desde que era un bebé se quedó más bien desamparado dentro de la nueva familia que tu abuela hizo con un hombre muy duro al que ella le dio todo, todo. El padrastro de tu papá fue un padrastro de película: El Diablo, La Luna y El Ahorcado juntos. Tapaba una identidad anterior. No era un hombre malo, pero a veces daba mucho, mucho miedo. Pensaba más que todo en el dinero, quería plata y plata, pero se metía en malos negocios. Se quejaba. Y, como fue teniendo hijos con tu abuela, hijos, en fin, con su apellido, tu papá se quedó en esa casa como el único Silva. Y aprendió a estar solo, solo. Esa familia sufrió las mezquindades del dinero y las taras machistas de esos tiempos, mejor dicho, pero su violencia fue la de cualquier familia de antes: no la violencia de la otra.

—Él no habla mucho de eso, porque no le gusta mucho pensar en el pasado, pero se ve que no era nada fácil.

—Espera —me dice viendo un luto no sé dónde—: ¿a él se le murió un hermano hace poco?

—Guillermo, mi tío, que yo creo que era su hermano favorito —le digo—, y de la pura tristeza mi papá se enfermó de los pulmones, y sigue triste.

—Porque había sido su compañero de esa primera vida.

—Y sí: se ve que no era fácil.

—Quedó marcado, se ve, porque ni el padrastro ni la mamá fueron cariñosos con él, pero esto se parece mucho más a una familia. Pobre tu papá: el papá que tuvo, que era el hombre más trabajador del mundo y más justo y más generoso, era todo lo contrario a ese padrastro insatisfecho, pero como murió tan joven por lo enfermizo que era nadie se alcanza a acordar de que todo el tiempo estaba pensando en ver a sus tres hijos, y nadie habla del dolor que llegó a sentir por dejar a sus niños, que eran niñitos, cuando supo que se iba a morir. Quizás a tus abuelos los casaron a la brava, como se hacía en ese tiempo. Tal vez tu abuela quiso más a su segundo marido y se casó con él sospechosamente pronto. Pero aquí el karma es típico: es el peso de haber tenido papás con vocación de padrastros que les dieron a sus hijos una vida dura.

—Mi papá siempre ha tenido una foto muy bonita del papá que no conoció, enmarcada en plata, sobre una mesa.

—Porque él, tu papá, sí ha sido un gran papá —me dice—, porque él se dedicó completamente

a eso, a ser un buen profesor y un buen papá, apenas pudo hacerlo. Y todas las decisiones que ha tomado desde que empezó a pensar en salirse de esa casa, eso de dedicarse a los salones de clase en vez de a las construcciones, casarse con una mujer fuerte e inteligente que tuviera el corazón bien puesto, tener hijos y no morirse nunca para no dejarlos nunca, ha sido una forma de romper el patrón del padre que se va, que se venga del mundo volviéndose el villano de sus niños. No será la historia de amor más romántica del mundo, no andarán por la calle agarrados de la mano y diciéndose cositas, pero tus papás son el uno para el otro, y el uno corrige a tiempo al otro, porque son un par de amigos dedicados a hacer una familia que no caiga en trampas.

Puede que sí. Puede que sea eso lo que ha estado pasando todos estos años. Que según está leyendo mi amiga en el tarot, antes de dejar las cartas en el montón mientras aparece el paciente de las 10:00 a.m., mis papás han llegado a ser abuelos enérgicos para vigilar que ninguno de nosotros caiga en la pretensión y la farsa y la codicia.

Sigue lloviendo aquí afuera. El agua rueda por el vidrio de la sala de la casa de mi amiga para que nada esté igual cuando yo salga, para que el mugre y lo demás se vaya por las rejillas de las alcantarillas. No hay cómo escaparse del frío que hace en Bogotá. Ella se toma un café negro y se fuma un último cigarrillo mientras me cuenta la historia enrevesada de su familia: «es que las familias felices son de ahora», me dice, y empieza con los hijos perdidos y los secretos a voces y los escándalos tapados que son el patrimonio de cada apellido. Y yo la acompaño todo lo que puedo, porque si alguien sabe de vivir es ella, y le describo mi matrimonio («yo te lo dije», reclama, «te dije que era ella y que tenía un hijo») y le cuento que hoy es el cumpleaños 66 de mi mamá y que vamos a celebrarle en mi casa, hasta que me llega la hora de volver a la calle con un paraguas prestado.

Apenas me despido de mi amiga, «nos vemos pronto, Catalina, muchas gracias», caigo en cuenta de que su interpretación de mi familia es más bien parecida a la mía. Quizás deje más preguntas que respuestas, ¿quién traicionó a Romero Aguirre?, ¿quién le dio la espalda a Romero Buj?, ¿cómo hizo la una para salvarse de los embates de la política y de la Historia y cómo hizo el otro para aprender a ser un padre?, pero es para eso que voy a contar nuestra trama desde el final hasta el principio. Espero terminar la investigación en las semanas que vienen: leer el perfil en *Sábado*, revisar los textos de *El Liberal*, encontrar esa primera plana de *El Espacio*. He quedado de verme con un par de personajes claves que no sabía que existían. Espero dar con una tía perdida. Y confío en que la narración me vaya aclarando lo demás: lo que queda y lo que importa es el relato.

Bajo en busca de la carrera 7.^a con los zapatos mojados, empapados. Camino por los bordes de los charcos, paso por paso para no resbalarme. No oigo nada aparte del bramido del aguacero. Me uno pronto a una marcha de paraguas bogotanos que van de semáforo en rojo en semáforo en rojo con la esperanza de encontrar un techo donde se pueda escampar. Quién sabe qué familias van debajo de estas ocho, nueve, diez sombrillas. Seguro que todos, el domiciliario de casco, la señora con el perrito acunado en un brazo o el pensionado encorvado por el mal día, son el protagonista y el personaje principal y el personaje secundario y el figurante y el extra de las historias de los que los conocen, para bien y para mal.

No va a llover toda la vida. A alguna hora de este día tiene que parar. Yo me he quedado quieto debajo de un toldo en una estación de gasolina. Y mi siguiente paso, si acaso escampa, es volver.

Domingo 15 de junio de 2014

Se conoce a un pesimista por sus peros. Pesimista es aquel que tras las elecciones de hoy, domingo, 15 de junio de 2014, no puede aceptar que «Colombia es un infierno, sí, pero ganó Santos», sino que se ve obligado a repetir que «ganó Santos, sí, pero Colombia es un infierno», y no queda nada por hacer. Yo he visto más horrores y más reveses de fortuna de los que me gusta admitir. Y sin embargo, por deformación profesional, prefiero asumir que el destino de la vida y de la Historia es ser corregidas, igual que un texto como este. Sucederá, por supuesto, en el tiempo de la naturaleza: se dará la corrección siglo a siglo, poco a poco. Sucederá no obstante: estoy seguro. Y, aun cuando los fundamentalistas sigan repitiendo que los dos candidatos a la presidencia eran «una misma cosa», «una sola sombra larga», y que mejor habría sido que ganara la ultraderecha para que ningún traidor más se interpusiera en el enfrentamiento entre el pueblo y su tirano, lo cierto es que hoy era mucho menos grave que ganara Santos a que ganara Zuluaga.

Por qué: por ejemplo, porque cumpla cuatro años de decirle borroso e inepto al Presidente en mi columna de *El Tiempo*, el periódico que fue de su familia, sin sentir ni un minuto de miedo.

Desperté angustiado hacia las 6:15 a.m., hoy domingo, como si fuera la madrugada o fuera el lunes y hubiera sido elegido el peor de los dos candidatos, porque desde que tengo memoria la política ha sido para mí una cuestión de vida o muerte: un riesgo que corro yo con mi ansiedad y mi dramatismo. Siempre he preferido la ficción a lo demás, a lo que sea, pues sólo en la ficción es posible esquivar los lugares comunes. Pero la política ha rondado a mi familia igual que un diablo. Y esta semana, como si el mundo se hubiera enterado de que quiero escribir la historia de cómo y por qué mis papás me salvaron del fanatismo y del espíritu trágico y de ese penoso «yo sé que voy a morir muy mal y muy solo» que repitieron mis antepasados, me han estado pasando las cosas más extrañas.

El miércoles en la mañana, en la esquina de la 92 con 15, un abogado bigotudo que nunca había visto en la vida me pidió que saludara a mi mamá de su parte con las palabras «es que la gente no sabe lo que se la ha jugado por todos la doctora Marcela Romero de Silva». El jueves al mediodía, en un pequeño restaurante español en el que me encontré con un grupo de amigos, Daniel, Carlos Manuel, Juan Esteban, Luis Fernando, se me acercó un tipo bonachón a preguntarme si yo era el hijo del profesor que le cambió la vida, y le respondí que sí: «el hijo del doctor Silva». El viernes en la tarde, en un café al que sólo voy si un amigo, Enrique, me pide que vaya con él, un par de políticos liberales y lúcidos y viejos en el buen sentido de la palabra, un par de señores amables, en fin, que nunca había visto yo en la vida, se sentaron a sus anchas en mi mesa porque querían contarme «algunas cosas» de mi abuelo: jamás me había pasado algo como eso.

—Cuando Romero Aguirre hablaba en el Congreso, con ese vozarrón que lo aplastaba a uno, no había más remedio que sentarse a escucharlo —me dijo el uno.

—Era un liberal radical de pelo en pecho, tu abuelo —me dijo el otro así como lo escribo—, vehemente y fino y grosero, y lo mejor que ha dado este país: no se salvaban de su furia ni los

curas ni las monjas ni los conservadores pendencieros de la época de la Violencia.

—Habría sido presidente en vez de algún Lleras de esos, del Lleras Camargo o el Lleras Restrepo, si no le hubieran cerrado el Capitolio en el peor momento de la peor caída del liberalismo.

—Y si no le hubiera dado por pelear tan duro con *El Tiempo*, y por pelear tan duro con el viejo Santos Montejó y con el viejo López Pumarejo, y por pelear tan duro, más duro todavía, con todos los que le parecían mediocres a diestra y siniestra, ja, que según me dicen llamaba «los conspiradores».

—Y si no le hubieran matado a su hijo en la calle, por Dios, que peor que un hijo comunista es un hijo muerto.

No fue mucho más lo que dijeron, pues los viejos le huyen al frío, y había mucho uribista y zuluagista repitiendo «vamos a volver al poder este domingo», y se estaba haciendo tarde ese viernes, pero para mí fue más que suficiente. Volví a la casa con la convicción de que cuando por fin termine de escribir la novela del psicólogo de perros y la niña genio, que apenas voy por la mitad porque «a qué horas...», pero ese es mi trabajo, voy a contar esta familia que ha sido una trama llena de vacíos: he oído y sé y sospecho que por los embates de la violencia, por los equívocos que tejen los dramas, y por puro instinto de supervivencia, pues para vivir en paz hay que escapar a tiempo, mis papás han hecho lo posible para alejarse de todo lo que les impida dedicarse a sus hijos y sus nietos, y han evitado la nostalgia como una enfermedad y las terapias como un lujo.

Volví a la casa ese viernes, antes de ayer, y quise decir eso: que ya entendí que el libro que voy a escribir, apenas salga de todo, es la historia de un amor correspondido.

De cómo un hijo les da las gracias a sus padres, de cierto modo un par de huérfanos, narrándoles la suerte y las trampas a las que se sobrepusieron por el bien de su propia familia.

Pero acababan de llegar las fotografías de nuestro matrimonio, que había sido ocho días antes, y nos pusimos a verlas y se me fue yendo la noche sin lanzar mi eureka. Y Carolina, que era una aparición el día de la pequeñísima boda, como si la persiguiera la luz que buscaban antes los pintores para iluminar la belleza, se dedicó —con su humor de saber vivir, con su cordura— a defenderme de mí mismo, a reírse de la incomodidad que me saca una papada de corrupto y un diente de bobo en los retratos que me toman, pero no sin cierta compasión: «sí salimos felices», dijo. Y Pascual, su hijo a punto de cumplir cuatro años, que siempre ha sabido que soy suyo, nos confesó que creía que él no se había casado con nosotros porque en el momento más importante no nos había tomado de la mano. Y entonces comenzaron a entrarme mensajes de última hora al iPhone, «ponga el noticiero», «parece que gana Zuluaga», «puta: qué miedo esa gente», «hasta aquí llegó el proceso de paz con las Farc», que me devolvieron a la zozobra de las elecciones.

Y no dije nada porque no he hecho más que hablar de esto desde que comenzó a ser un peligro.

El sábado sólo dejé de sentir que todo estaba perdido, que Zuluaga, el rabioso candidato del rabioso uribismo, iba a llegar al poder a cobrarnos a todos las libertades que nos habíamos tomado en estos cuatro años, porque contra todos mis pronósticos Colombia goleó 3 a 0 a Grecia en su primer partido en el Mundial de Brasil. El fútbol obliga al optimismo. Podría uno decir que «el fútbol es un deporte que reanima, sí, pero es un negocio como la trata de personas», y más si, como yo, ha escrito una novela sobre el tema, y sin embargo se descubre repitiendo que «el fútbol es un negocio como la trata de personas, sí, pero es un deporte que reanima», y una nostalgia que pone feliz. Qué buen partido. Qué suerte.

Gracias a esos goles estuve a salvo de la política, pude pensar en lo demás y en nada, hasta que en la noche caí en cuenta de que los chistes que habíamos estado haciendo podían convertirse en nuestro destino al día siguiente, hoy: «cuatro años de torturas en las caballerizas pasan volando...».

Desperté a las 6:15 a.m. este domingo, hoy. Me puse las gafas para que todas las cosas volvieran a su sitio. Salí de la habitación en puntillas, y con los dientes apretados, porque no quería despertar a Carolina. Leí la prensa en el sofá de cuadritos azules que me regaló mi amigo Germán, que se me murió, se nos murió a todos. Y a las 6:22, según veo ahora en la pantalla del chat, como un infarto me llegó al celular el mensaje de una amiga de la campaña santista que sabe que prefiero a Santos aunque desconfíe de él, como prefiero otra democracia de segunda a una de esas dictaduras de primera que de tanto en tanto se toman estos países: «creo que vamos a perder», «creo que vamos a quedar en manos de hampones», dijo. Qué miedo. Qué extraño que a la mayoría le dé igual qué nos pase.

Salimos a votar hacia las 11:30 a.m., Carolina, mis papás y yo, en el Renault Megane que se ha portado tan bien con nosotros.

Votamos en ese silencio de pueblo fantasma que se siente ahora en los días de elecciones. Luego, porque se nos vino encima el mediodía, nos fuimos a almorzar en el primer sitio que nos encontramos.

Carolina bajó la aplicación de la Registraduría en su celular para estar atentos a los resultados. Mi papá, ni más ni menos que un físico que lee el tarot, nos dijo «yo creo que gana Santos». Mi mamá, luego de reconstruir un documental que vio anoche en History Channel, se puso a contar que yo siempre he sido así: que cuando supe leer me sentaba en el piso de la sala del 603 del edificio La Gran Vía a quejarme a media lengua de las barbaridades que contaba el periódico; que siempre he sufrido las elecciones como si fuera yo el candidato, y he salido a votar con taquicardia, y nunca me he aguantado las ganas de participar en las campañas; que esta vez llegué al extremo de visitar a Antanas Mockus, en su casa, en su sala, para preguntarle cómo iba a hacer para votar por el mismo Santos borroso e indescifrable que hace cuatro años lo derrotó a punta de infamias; que menos mal me he hecho el loco con la política, a pesar de todo, aunque hace cuatro años bordeara el activismo, porque eso de la política es para pragmáticos y jugadores.

De regreso a las casas, porque vamos todos juntos en el Renault negro, comenzaron a publicarse los primeros boletines: 4:08 p.m. Y en el segundo de los reportes, cuando la noticia en la radio y en los celulares era que Zuluaga le ganaba a Santos 81.131 a 76.756, mi mamá nos dijo a todos: «habrá que irse del país».

Yo pensé «ya estoy cansado de perder». Pensé «y hasta aquí los deportes, país de mierda», como dijo un sabio periodista deportivo el día en que mataron a Jaime Garzón, y me puse a mirar por la ventana como un niño apenado: 4:13 p.m. Para distraer los nervios que me han llenado las manos de líneas del destino, para no dejarme devorar por la sensación de haber caído en la zanja de siempre, y no extraviarme en la idea de que los puestos de votación de hoy son pueblos fantasmas porque los electores se han ido muriendo de pena, me puse a hablar de las campañas de antes: de la calcomanía de Galán que pegué en mi pared, de la tinta roja en el dedo, de la gente enloquecida entregándonos votos de Barco y de la cancioncita «con Álvaro Gómez vamos a ganar los colombianos todos por igual...».

Creo que en estos 38 años, como han visto con sus propias gafas mi fascinación por la trama pública, los miembros de mi familia me han estado animando a contar ficciones para que no

cometa el error de dedicarme a la realidad. Para qué. Si está claro que les costó la paz y la vida a los Romero. Y en un país en suspenso, y en guerra, es más que suficiente escribir lo que se piensa. Sin embargo, en ese momento, mientras esperábamos que un tercer boletín nos rescatara del horror, todos propusieron sus recuerdos para engordar mi breve antología: «la triste campaña en la que Mockus pudo ser el presidente», «la noche en la que le robaron las elecciones a Rojas», «la vez que Goyeneche prometió ponerle marquesina a Bogotá», dicen.

Pero estábamos pensando todo el tiempo, con los pulmones llenos de miedo, que la vida dependía del boletín número tres.

—Yo no me voy a enfermar por esto —nos notificó mi mamá con su voz de abogada que requiere pruebas—, yo no voy a terminar boqueando en cualquier clínica por semejante candidato tan malo.

Y estuvimos de acuerdo en que no por esto, no porque la derecha se tome el poder como reclamando a la brava su finca, va a volver a paralizarla la tal fibromialgia. Y nos pusimos a recordar la noche aquella, aterradora e interminable, en que los peores médicos de la Tierra nos mandaron a las tres de la mañana de un hospital de segunda a un hospital de tercera en una ambulancia deshecha por «una masa que hay que sacarle ya a esta señora».

Parqueamos en un supermercado en el que teníamos que hacer un par de compras: 4:18 p.m. Y mis papás se bajaron del carro, en paz y a salvo, apenas le escuchamos al locutor decir «Juan Manuel Santos, 798.010 votos; Óscar Iván Zuluaga, 681.485». Y Carolina y yo nos quedamos confirmando los datos en su teléfono, y yo supe por su cara que a ella sí que le importaba lo que estaba pasando, claro, porque ella quiere sinceramente que lo que pase no sea lo peor aun cuando en su cabeza lo peor sea inevitable, pero me di cuenta de que sobre todo estaba sonriéndole a mi alivio. Que nadie me haya oído decir «Dios: esto podrá ser el mundo pero peor, pero al menos ganó Santos». Que nadie me haya visto salir del Renault como si por poco se hubiera salvado Colombia. Y recorrer las góndolas de la tienda en busca de mis papás porque tenemos que estar en la casa antes de que regrese Pascual: antes de las 5:00 p.m.

Quizás me veía perdido. Cuándo no. Pudo ser. Porque una empleada del lugar, con gorro, guantes y tapabocas, se acercó a preguntarme qué estaba buscando, qué quería. Aquí en Colombia, aunque usted no lo crea, todo el mundo es amable: una amiga periodista, para probar el punto de que esto está poblado por hombres y mujeres encantadores que eventualmente nos pueden mandar matar, me contó que en los fallidos diálogos de paz de 1999 se dio cuenta de que el peor de los asesinos de las Farc —el temible Mono Jojoy— era un tipo caballeroso y de buen humor: «adelante, por favor, tome asiento, señorita». La amabilidad de la empleada, que era esa misma, pero sin lo espeluznante, no obstante me hizo pensar: «va a ser hora de escribir nuestro libro».

Seguimos el libreto que suele seguirse por estos lados, «buenas tardes», «cómo está», «muy bien: mil gracias», «ah, me alegra mucho», «¿y usted?», «llevándolo todo en orden, ay», «eso es lo que hay que hacer», hasta que la empleada de la tienda me preguntó si estaba buscando a un señor canoso y a una señora envuelta en un chal que la habían hecho reír mucho hacía un momento. Yo le dije que sí. Le pregunté por qué, por qué sabía. Y me respondió sin tapabocas que nunca en la vida había visto personas como esas, que había en ellos algo muy raro y muy bueno, y que se había quedado pensando quiénes eran, quiénes son: «se fueron por los lados de las neveras», me aclaró, «pero es que quiénes son».

De eso se trata todo: es sobre quiénes son. Eso pienso, que debería responder esa pregunta con un libro, y eso me digo cuando mi papá nos dice adiós con un «muy bien» muy suyo y mi mamá

se despide de nosotros diciéndonos «qué alivio, niños, pero esto sigue siendo esto»; cuando vemos, Pascual, Carolina y yo, los resultados de las elecciones en la salita donde vemos las películas los cinco y los tres; cuando Pascual marcha frente al televisor gritando «¡tú-sí puedes pre-si-dente!», vestido con su uniforme de la Selección y su capa de Spiderman, y con un balón de fútbol en los pies, durante el patético discurso de la victoria de Santos; cuando les reconozco que este ha sido un buen fin de semana que no me esperaba y los dos me miran como si no me hubieran entendido ni una palabra de la frase.

Y cuando los tres nos comemos cualquier cosa para irnos a dormir después, «hasta mañana, mami», «hasta mañana, lindo», y, en el momento justo en el que cada cual ha comenzado su propia noche, me entra de golpe esta extraña tentación de rezar.

Viernes 14 de diciembre de 2012

En el ocaso de su propio cuarto, que es culpa de las cortinas y de semejantes tardes tan lluviosas, mi tío Guillermo piensa en voz alta que a estos países van a acabar tomándose los caudillos de antes: «es una tragedia humana», le dice a nadie, a quien tenga a la mano, frente a un noticiero trémulo en el que están mostrando las protestas de los venezolanos en vivo y en directo. «Ay, qué pena ese país», repite. Acaba de ponerse las gafas. Está sentado, con los pies descalzos y una pierna descubierta, en su cama de enfermo. Tiene puesta una pijama de cuadros que lo hace ver idéntico a sí mismo a los 77 años. Y mi papá, su hermano menor, de 72, que no tiene pelo, lo mira y lo mira como diciéndole que la tragedia humana es siempre, que más bien se mejore de una vez para que vayamos a almorzar al sitio ese de carnes al que fuimos los tres hace unos seis meses ya.

Mi papá le cuenta a mi tío Guillermo qué es todo lo bueno que ha estado pasando con mi hermano, en qué casos anda mi mamá abogada por estos días, cómo va la universidad que él mismo ayudó a hacer hace ya 40 años: 40 exactos. Qué triste —dice mi papá, el profesor, más fascinado que triste— es que las universidades se hayan vuelto fortines de inescrupulosos, negocios con fachada de fundaciones. Si los estudiantes son clientes, entonces tienen toda la razón. Si la única meta es la rentabilidad, y el modelo que hay que seguir es el de los políticos que no creen en los organigramas horizontales y en la capacidad de cada profesor para proponer su propio salón de clase, entonces pronto pasar por la academia no será sino otro requisito para llenar el formulario de la vida y abrir una cuenta bancaria. En fin: la comedia humana es siempre.

Pero hay quienes viven para recopilar bendiciones: para compilar personas y recuerdos y respuestas a salvo de todo, como se recolecta cualquier cosa, no crea usted que no. Mi tío Guillermo está haciéndole a mi papá la lista de las personas que lo han estado visitando en estos días porque es un coleccionista de suertes: ayer vinieron sus nietos menores; hoy al mediodía aparecieron, uno por uno, sus seis hijos, y mañana vendrán las primas que tanto lo quieren, y mi tío Sebastián, el hermano de mi mamá, si es que el cielo sigue despejado y los días de Navidad les dan tregua. Habla luego de los días extraños en que se iba a Pekín a visitar a su esposa, de la aguja que les ponen allá a los soldados en el cuello para que tengan la barbilla siempre en alto, de los huevos cocidos en orina de hombres vírgenes, de los trancones insoportables en Shanghái, pues sabe que contar y contar es la mejor manera de seguir con vida.

Sigue su monólogo con un recuerdo de la infancia: con un día en el que acompañó a su tía Maruja a hacer una vuelta por las ruinas del 9 de abril de 1948, y no era una Bogotá en blanco y negro y sepia, sino un sitio con costras de sangre en el piso, y ojos amoratados asomándose por las grietas de los vidrios, y pedacitos de cosas y de piedras, y él sintió que iba a pasarles alguna otra revuelta porque a los trece años era mucho más niño y mucho más viejo de lo que son los adolescentes de ahora. Se acuerda de que vio entre las cenizas del piso un arete de señora elegante. Ve como si estuviera acá mismo los escombros y los despojos de ciudad bombardeada en la Segunda Guerra. Tiene claro que eso fue el infierno. Y que unos días después les dijo a su

hermana Sara, a mi tía, y a su hermanito Eduardo, a mi papá, que estaba muy preocupado porque había soñado todas esas noches con los restos de la ciudad y de sus personas.

Se queda en silencio. Se quedan quietos los dos, mi papá y mi tío, y luego se rinden y abren los ojos como si hubieran sido dibujados por la misma persona.

—Voy a buscar a este para que nos vayamos —le dice mi papá refiriéndose a mí, y es cariñoso, con la mirada en su reloj negro—: hay que recoger a la Marcela a las cinco por allá lejos.

—Saludes —contestan la voz ronca y nasal, y las cejas levantadas y los ojos muy abiertos de mi querido tío Guillermo.

Mi papá le da un par de palmaditas en la espalda, tan, tan, y le estrecha luego la mano con la extrañeza con la que se la dan dos hermanos que se quieren. Y sale de la habitación con la sensación de que su hermano mayor va a mejorarse muy pronto: porque un hombre moribundo no hace chistes de esos, ni pierde su tiempo hablando de las nuevas barbaridades que ha sabido del expresidente Uribe Vélez, ni tiene ni un poco de ganas de comerse una bolsa de empanadas de Las Margaritas, ni reflexiona sin ninguna clase de angustia sobre lo que está pasando en el país de al lado. Mi papá revisa su teléfono porque alguien, quién sabe quién, lo está llamando, y no contesta. Prefiere buscarme por este apartamento que en realidad es una biblioteca, y un laberinto, y tiene calles y carreras y direcciones precisas para encontrar cada uno de sus libros.

Toma la calle de los volúmenes de filosofía. Gira por la carrera de las novelas del siglo XIX. Pasa muy despacio, y mira de reojo, la cuadra de la poesía. Se va apagando y encorvando de tristeza como quien deja de fingir fortaleza cuando nadie está mirando. Y me encuentra en la esquina de la política echándole una ojeada al libro que Nydia Tobón, la primera cuñada de mi mamá, la esposa de Alfonso Romero Buj, escribió sobre el Chacal: *Carlos, ¿terrorista o guerrillero?*

Me dice «bueno...», como cantándolo, para no decirme que nos vamos, que nos tenemos que ir y que se está haciendo tarde. Carraspea y vuelve a carraspear pero se queda callado después. Me espera mirando los lomos y los lomos de los libros, sin leer ni sus autores ni sus títulos, y perdido, él, que siempre se sobrepone, y se encoge de hombros, en la necesidad de que su hermano mayor se mejore, mientras yo remonto el laberinto de libros, busco y encuentro a mi tío Guillermo en su habitación, le doy unas palmaditas en el dorso de la mano para despedirnos, «que mañana ya estés bien», y me dice que otro día que lo visitemos va a contarme con pelos y señales la biografía gorda de Rockefeller que ha estado leyendo.

Hubo un tiempo, resume, en el que los gringos pudieron ser un buen ejemplo, pero desde la mitad de la Segunda Guerra, cuando por una serie de equívocos subió el bárbaro de Truman al poder, prefirieron el camino del imperio, que es una democracia de puertas para adentro, y se dedicaron a estar más o menos en paz a costa de las guerras de los otros. Qué lástima: Estados Unidos pudo ser un modelo de humanidad y de liberalismo, y conseguir la llamada «era del hombre de a pie» que alguna vez prometió, pero no, no lo hizo, lo único que se aprende de niño a viejo es que el mundo es como es, salvaje y plagado de simulaciones, y que hay que esperar que vuelva a dar la vuelta de la misma manera para que regrese la oportunidad de la civilización.

—Váyanse, váyanse antes de que empiece el aguacero —dice mi tío, consciente de que podría seguir hablando de este tema, o de la guerra del opio, con la mirada en la oscuridad gris de esta tarde—: y saludes a los unos y a los otros por allá, saludes.

Dentro de su cuerpo, que lleva varios años sufriendo una enfermedad renal de la que no se regresa, sigue él: mi tío. Está presente su humor. Está atenta su pasión por el juego delirante que

juegan los poderosos y la farsa que ha sido Colombia desde hace tanto tiempo. Sonríe y aprieta los dientes en vez de quejarse a la enfermera que lo acompaña. Yo creo sinceramente que pronto va a reponerse. Quiero decir: creo que va a volver a los días en que podía caminar, así fuera pensando los pasos, e íbamos los tres a almorzar lo que él quisiera. Y eso mismo, que mi tío Guillermo va a amanecer como amanecía hace un par de años, le prometo a mi papá cuando lo encuentro mirando los lomos y los lomos de los libros de política en el mismo lugar en donde lo dejé.

No soy bueno para ver triste a mi papá. Porque él pocas veces se le rinde, como ahora, a su cara de estar triste, que es una cara que mira a nada y a nadie. Y la tristeza de cualquiera se va yendo a su paso, se va calmando y desvaneciendo igual que el miedo. Y sólo se me ocurre prometerle que mi tío va a estar bien: «vas a ver que sí», le digo, «si está haciendo chistes...».

Yo lo he visto pocas veces vulnerable: el día en que como un niño indefenso se regó encima un café caliente de cafetería de hospital, que no supe cómo protegerlo de no ser perfecto, y el día en que a un villano ocasional con ojos rojos le dio por intimidarnos, a él de 42 años y a mí de 7, en un cajero electrónico en el parqueadero de Unicentro. Y lo que yo hago ahora, porque no se me ocurre nada más, y no tengo a nadie que me dé consejos en este preciso momento, es abrazarlo de lado, decirle que tenemos el tiempo contado y que si no salimos ya nos va a agarrar el peor trancón en la historia de los trancones. De golpe, de nuevo, es Navidad. Hay un arbolito despelucado en un rincón. Y afuera comienzan a parpadear las luces de todos los colores.

Yo sigo a mi papá. Yo no lo puedo negar a él porque lo veo día por día por día en el espejo, y sé que siempre lo voy a tener porque me queda su ropa y desde lejos soy el mismo, y entonces voy detrás como he querido ir desde que lo conocí. Nos despedimos de las dos enfermeras que conversan, en su voz baja, de clínica de madrugada, vaya a saber usted de qué, y salimos de la biblioteca de mi tío pensando que está bien, y que va a estar mejor porque así es. Mi papá llama a mi mamá: «ya vamos para allá». Yo llamo luego a Carolina: «nos vemos más tarde». Y nos montamos al carro como ha sido desde que me acuerdo, él y yo, los dos solos, camino a comprar algo que hace falta o a recoger a mi mamá en algún lugar donde están pasando cosas importantes.

Pongo el disco que hemos estado escuchando en este Renault negro y suena entonces *Oh My Heart*.

Y entonces, sobreponiéndome a la tentación de oír la canción, le confieso a mi papá que querría estar presente en la Navidad de Carolina para ver qué cara pone Pascual cuando el Niño Dios le deje las cosas que nos pidió, pero que la experiencia ha demostrado que ella sabe lo que hace: que nada podía empezar entre los dos hasta que ella no tuviera idea de adónde iba, que lo mejor era que nos fuéramos viendo poco a poco, como entrando de puntillas a la habitación del mundo, para que no hiciéramos ruido ni a nosotros mismos, y que lo sensato era que ella viviera sola con su hijito mientras nos llegaba la hora de que nos doliera innecesariamente que yo me fuera por la noche. Todo se ha hecho bien. Y, sin embargo, a mí me da tristeza no ser testigo de la mágica aparición de los regalos.

Mi papá va dejando regadas sílabas por el camino de la conversación, «claro», «normal», «obvio», como migas de pan para que yo no me pierda. Y para que no se refunda él en la angustia por su hermano, que se le ve en las gafas, le pregunto si él leyó alguna vez el libro de Nydia Tobón.

No. No lo leyó. Supo que por equivocación sirvió, en el 75 o el 76 o el 77, para condenar al Chacal. Oyó decir que parecía más bien una novela. Y pensó siempre que Nydia, la esposa de su

cuñado, era «más bien buena persona», pero lo cierto es que él tiende a ver a la gente mucho mejor de lo que es, y a veces se le portan bien para que nunca salga de su error.

Podríamos quedarnos callados, cada cual encerrado en su propia habitación invisible, rumiando, minuto por minuto por minuto, la preocupación que ha elegido, pero los pitos y las embestidas de los carros del trancón nos ponen a quejarnos: «Dios, la gente es horrible...». Recuerdo, cuando nos estamos acercando al edificio donde nos espera mi mamá, el funeral blanquecino del hijo mayor de Nydia Tobón, y la conferencia, en un rincón de la Cartagena vieja, en la que me preguntó si me acordaba de ella. Dije que sí porque, no me pregunte usted por qué, no dudé ni siquiera un poco de quién me estaba hablando. «Usted es Nydia», contesté. Y le di la mano. Y no supe más adónde ir. «Yo tengo que entrar», agregué. Y me fui con su mirada a cuestas.

—Yo no me sabía ese cuento —me dice mi papá.

—Raro, ¿no?

—Rarísimo —reconoce—, pero así ha sido siempre.

Pasa de largo una tropa del ejército: estamos en guerra. Las luces amarillas del edificio, y las luces titilantes de las vitrinas del lado, y los arreglos azules en los postes, se nos están viniendo encima. La luna ha despejado el cielo y ha espantado a las nubes y a las estrellas. Los oficinistas de allá se mueren de la risa. Los esposos de allí dejan de caminar para ponerse a pensar a quién, de la lista, le estará haciendo falta su regalo. Mi papá vuelve a mirar hacia adelante como si no tuviera enfrente lo que hay sino lo que vendrá. Mi mamá aparece, con el teléfono celular en el oído, en las largas escaleras de piedra del tribunal donde la estamos esperando. Y cuando se sube al carro, y da las buenas noches como diciéndonos que casi no llegamos por ella, nos pregunta cómo está mi tío Guillermo.

Como si hubiéramos hecho un pacto de sangre, y jamás fuera a salir de aquí el secreto a voces de que la gente se muere, respondemos al tiempo «yo lo vi muy bien» con una voz triste de los dos.

Martes 5 de julio de 2011

Mi mamá está pasando la noche en cuidados intensivos. Ya son las 12:10 a.m. Ya no es el lunes festivo, sino un martes común y corriente. Y yo tengo esta extraña tentación de rezar, pues sé que la pobre está allá, sola y más sola, mirando el techo de la clínica porque no le queda nada más, aparte de esperar. Una estudiante de Medicina acaba de darnos su diagnóstico ojeroso: «una masa que si acaso es cancerosa hay que sacársela ya mismo a esta señora: apenas haya sala». Una enfermera pequeñísima nos ha despedido con la frase «mañana a partir de las 8:30 en punto pueden ustedes visitar a la pacientica». Y mi papá se ha ido a la casa de ellos dos, la casa de todos, a hacer el crucigrama que hace cada día para entretener la espera, y yo he entrado en mi apartamento con la culpa que le da a uno entrar a su habitación cuando alguien de la familia ha tenido que pasar la noche en un hospital.

Quién es capaz de echarse en la cama a pasar canales si la mamá está enclaustrada entre los aguamarinas y los blancos de una clínica a la espera de lo peor de lo peor.

Enciendo las luces del corredor, un, dos. Dejo en la mesa de la entrada el llavero de bus londinense y las cuentas por pagar que acaban de entregarme en la portería. Me libro en dos pasos de los zapatos viejos y maltrechos de tanto ir a pie a todas partes, que siempre llevo desamarrados. Comienzo un padrenuestro, padrenuestroqueestásenelcielo, por si acaso. Me quedo en la mitad porque no tengo cabeza.

Voy a la habitación y la cruzo en la oscuridad cuando empieza a sonar el teléfono. Es mi mamá. Que me ha estado llamando. Que me pregunta si tengo mi BlackBerry sin volumen. Y me dice, mitad angustiada, mitad indignada, que una enfermera ancha e impávida acaba de decirle que van a trasladarla ya mismo a «un hospital que maneje un poquito mejor su seguro de salud» porque ellos no pueden hacerse responsables de lo que le pase a una paciente ajena —y grave— en sus rutilantes instalaciones. Van a sacarla. Van a despacharla, como un bulto, apenas llegue una ambulancia, y «buena suerte con su mal, mi señora». Fuera. Afuera. Si quiere hablar con un pariente, y avisarle lo que va a sucederle, por favor llámelo ahora mismo. Y sí, aquí estamos. Y yo le digo «ya vamos para allá».

Entro al baño. Enciendo el único bombillo que no se ha fundido; mierda, este apartamento esta cayéndose de a pocos. Paso de largo por el espejo, Dios, qué miedo me doy. Caigo en cuenta, desde que empiezo a orinar, de que he estado soportando una presión intolerable en las sienes. Y cuando bajo el agua, y me atrevo a encararme, noto que en la pared a mis espaldas una mariposa negra y sucia está dándome una mala noticia que no entiendo.

Salgo del baño de una buena vez. Ya. ¡Ya! Ya. Apago la luz de un manotazo y doy un portazo y aguanto un escalofrío que es miedo puro en todo el cuerpo. Llamo a mi papá para acordar nuestro encuentro. Pido un taxi por el teléfono: dice una máquina femenina que «el móvil de placas PZH-492 llegará en cinco minutos». Recorro el apartamento a zancadas, a mil, para cerrar las nueve ventanas por donde pudo haberse metido el monstruo. Podría pedirle al portero de voz grave, que tantas veces me ha auxiliado en estas cosas, que me ayudara a sacar esa chapola

agorera —«malparida hija de puta», repito— entre una bolsa de basura. Pero el citófono suena, angustiado, porque ha llegado la hora de salir, y salgo, «gracias», y pronto estoy en marcha y dentro del carro y tratando de sacarme de la cabeza adolorida la idea de que, como aquella vez, esa mariposa ha estado esperándome para darme la noticia de una muerte.

—Padrenuestroqueestásenelcielosantificadoseatunombre —baluceo.

Mi papá está esperándome dentro del carro, con las dos manos agarradas al timón, en la puerta del garaje de la casa. Mira el reloj: las 12:30 a.m. Por fin llego. De un momento para otro, todo lo demás, la comida, el trabajo, la poca paz que se preserva y se defiende, ha quedado para después. Las cosas de mañana han sido aplazadas para quién sabe cuándo. Y acá estamos los dos, agotados y ansiosos y a punto de rendirnos a las plegarias que nos enseñaron cuando éramos niños, a unos minutos de comenzar el día cuando ya se había terminado. Seguro que mi mamá va a mejorarse. Ella siempre está bien así esté mal, porque a alguien tiene que corresponderle ese oficio así las mariposas negras piensen lo contrario. No puede ser que no. Si no, a quién vamos a ir a recoger los dos. A quién vamos a decirle, en vano, cómo habría que hacer las cosas: «así no...».

Y quién va a jurarnos por Dios que todo va a estar bien. Y a preparar a mi papá para el comienzo del día. Y a decirme ahora mismo «tómame algo para la cabeza ya».

Se escucha, desde el cedé del radio, *So Beautiful or So What*, pero apagamos porque cualquier sonido es una agresión para nosotros en este momento.

Envío un mensaje de texto a su BlackBerry: «llegamos». Entramos, decididos, en la Unidad de Cuidados Intensivos. Dónde está. Dónde la tienen. Cómo se les ocurre echar a una paciente a medianoche luego de diagnosticarle, así como así, una masa que habrá que extirparle cuanto antes. Cuando la veo sentada en una silla coja, con esa mirada de «qué tendré» que no merece, comienza a crecerme por dentro la ira: «toca ir a tal ventanilla a cancelar lo que se debe», «estamos esperando la ambulancia para hacer el traslado», «son políticas del hospital: no se puede hacer nada», van respondiendo, uno a uno, los caraduras de este lugar.

Por supuesto: las ganas de ser doctor de una de sus doctorcitas universitarias, «uy, marica, estoy mamada», se han regodeado en «la altísima posibilidad de tumor canceroso que tiene la señora de la 4», y han empezado a fantasear con dejarla atrapada a la pobre paciente hasta que a fuerza de buscarle todos los males del cuerpo la hayan convertido en un ratón de laboratorio. Pero claro: en esta clínica quieren un paciente afiliado a una EPS que les pague rápido, jugar con una persona. Y hacerle exámenes, y forzarla a esperar malas noticias durante los diez días siguientes, y decir y decir «el especialista debe venir a las seis de la tarde de mañana», sólo es buen negocio si alguien lo financia día por día.

Nada que llega la puta ambulancia: 1:20 a.m. Mi mamá se queja «de la tal izquierda» que ha estado refundando a Bogotá en Bogotá desde hace siete años, y a la que quiso ayudar en vano. Piensa en voz alta en las amigas que tenemos que llamar, en Mirentxu y en María Teresa y en Gladys y en Eunice, para que no se vayan a preocupar si no la encuentran mañana en su teléfono. Tenía el jueves cita con los pensionados de la Flota Mercante porque, a pesar de todos los esfuerzos, de todas las batallas ganadas incluso a sus antiguos compañeros del gobierno de Barco, los agentes del Estado han vuelto a amenazarlos con no pagarles más las mesadas que se ganaron en el mar. Ay, y el tribunal del viernes, y mi hermano, y la amiga mía que perdió a su esposo por culpa de una de estas ambulancias que no llegan.

Y las cosas de la casa, Dios mío, qué va a hacer mi papá si ella no le deja lista la taza del café de la mañana y si no le organiza el vestido de cada día.

Llega de la nada, de entre las luces urgentes, y las ojeras, el tipo de la ambulancia. Vaya usted a saber por qué sonríe, pero sin duda tiene un diente que le brilla, y no es un tipo, sino un prototipo: un paramédico cínico e imperturbable. «Que si los señores vienen con nosotros en la camioneta o se van en su propio carro escoltándonos», «que pueden ir dos personas atrás con el paciente», «que la empresa no se responsabiliza por pérdidas ni daños colaterales». Vamos los tres en la ambulancia porque quién se atreve a seguir a una ambulancia y quién tiene el estómago para dejar sola a una mamá pálida que está haciendo cara de «por lo que más quieran, no me dejen sola». Subimos. Nos sentamos donde podemos. Nos agarramos de un par de manijas. Le juramos por lo que quiera que todo va a estar bien.

Aquí vamos. Allá. Quién sabe adónde. Esta ambulancia es un camión destartado que se mete a todos los huecos y salta todas las grietas de la calle y para en todos los semáforos en rojo, «¡ay!»: «por una de estas y en una de estas murió el esposo de tu amiga», dice mi mamá. Y la pobre ya no es una paciente, sino una presa. Y nos están torturando, «la señora tiene una masa extraña en el colón», «este hospital no se hace responsable», «es urgente operarla», porque nos dicen y nos dicen barbaridades de película y no nos escuchan que ella no puede entrar a ningún quirófano porque tiene un problema gravísimo de coagulación, y si se empeñan en abrirla la van a matar. Qué es lo que tiene esta mujer que jamás en su vida le ha hecho mal a nadie. Qué tan cierto es lo que dijo la enfermera aquella que dijo el médico de guardia que le dijo el especialista que no vuelve sino hasta mañana a las seis de la tarde.

Dónde estamos. Adónde estamos yendo. Alguien hable. Alguien diga algo claro y cierto y simple.

Mi papá y yo vamos detrás de la camilla desde la entrada sola, sola de esta clínica fantasma, hasta un lugar de la sala de urgencias arrinconado por los gritos y las quejas y las frases sueltas de después de las horas. Y esperamos y esperamos a que alguien nos dé alguna razón, alguna pista. Y pronto son las 2:45 a.m., las 3:30 a.m., y pasa frente a nosotros toda la sangre y todo el horror. Un médico nos dice: «hay que operar». Una enfermera agrega: «Dios mío santísimo». Un familiar de otro paciente se mete: «mi papá tuvo lo mismo y hoy está un poquito mejor». Yo doy un paso al frente y les digo: «no podemos dar ese permiso». Y mi mamá les aclara, en un arrebató de humor que a nadie le da risa, «sobre mi cadáver». Porque si la operan, repite mi papá, que detesta el olor blanquecino de los hospitales, entonces no va a resistir, y la Marcela Romero que conoce hace 48 años no va a morir así como así después de resistirlo todo.

—Lo otro es que hablemos con un especialista —dice el estrujado practicante de turno.

Que es lo que debimos hacer desde un principio. Llévennos con un adulto, por favor. Condúzcannos donde alguien que sepa qué putas está haciendo en vez de obligarnos a ir de un lado a otro en la sala de espera. Quiero hablar con su superior. ¿Es él? ¿Es el señor de ojos grandes y negros que mira fijamente a las gafas de mi papá y le ofrece disculpas por la manera como nos han tratado? Tiene que ser, sí, «padrenuestroqueestásenelcielo», porque, antes de perder la cabeza como cualquier niño de bata, este señor nos dice «aquí nadie va a morir: hoy no» a las 4:10 a.m. Y luego nos explica que el problema del colon es un problema que, según dice la historia clínica, tendrían que haberle resuelto a mi mamá hace un par de años, y que allí no hay cánceres ni coágulos ni trombos, sino una infección que tendría que doblegarla del dolor.

Van a ponerle antibióticos. Van a tenerla en la clínica un par de días mientras recobra todo lo que perdió. En un rato le darán una habitación.

Si no hubiéramos venido acá, estaría muerta. Si la hubieran abierto hace una hora, estaría muerta. Si no hubiera aparecido este doctor, estaría muerta. Aquella mariposa negra —«maldito

engendro», me digo— habrá oído sólo la mitad del pronóstico.

—El loco de Romero Aguirre, mi papá, que de vez en cuando era bueno, siempre nos decía que el verdadero enemigo es la mediocridad —repito mi mamá como si no lo hubiera dicho nunca.

Van a ser las 5:30 a.m. Mi papá y yo vamos detrás de la camilla desde la sala de urgencias hasta una habitación, la 1005, en el décimo piso de este hospital. No hay nadie más por ahí. Ni una enfermera ni una enferma ni una enfermedad: nadie ni nada. Acá estamos los tres, y mi mamá, conectada a los sueros y los antibióticos y los remedios para un sistema digestivo que es un sistema nervioso, se lanza a hablar de aquel programa de televisión que vio en el que Stephen Hawking salió a repetir que Dios no es necesario en este mundo, y quizás no exista, y mi papá, el físico, le responde que lo peor es que tal vez Hawking no exista, y piensa en voz alta que cancelará la reunión de la asociación de facultades que dirige, y yo caigo en cuenta, mientras tomo notas para una columna sobre la impunidad en los juicios a los paramilitares, y suena el estruendo espeluznante de la alarma, que ya es hora de despertar a Carolina: 5:30 a.m.

Salgo de la habitación por un momento. Voy, como alejándome de la realidad, a la escalera secreta donde el personal de la clínica se porta como un elenco mediocre que no se sabe su libreto, y su estupidez ríe. Marco el número igual que todos los días, y le digo a la mujer que tanto me salía en el futuro, haya un Dios o no lo haya, el mismo «buenos días: ya es hora de levantarse otra vez» de siempre, pero esta vez le agrego un «y yo nunca me dormí porque seguimos en la clínica» para que sepa dónde ando. Ella me dice «pero todo esto es para bien: yo sé» y es un alivio. Y al final me dice «gracias», y se levanta de la cama a arreglarse para el trabajo antes de que su bebé, Pascual, se le despierte. Cumplimos tres meses y cinco días de novios. Pero nos hemos acompañado a un par de duelos en estos dos años, y no hay nadie más en el mundo a las 5:30 a.m.

Yo soy bueno para el insomnio. Yo sé pasar la noche en vela, y quedarme solo y más solo cuando todos duermen, porque nada de lo humano me deja en paz, y me pierdo en mi drama, y siento que alguien tiene que vigilarme, así sea yo, las 24 horas del día. Mi papá, en cambio, está agotado. Y mi mamá ha empezado a cabecear, pero, apenas entro en la habitación, y le tomo la mano y le digo «nos salvamos», me pregunta si recuerdo que no pude dormir un mes entero de 1985. «Claro que sí: que me leíste *El viejo Djin Jottabich*», le digo. Y ella dice «sí, eso», y se va durmiendo, y duerme en paz, porque a sus 63 años, que parecen 40, tiene otra vida entera por delante.

Domingo 30 de mayo de 2010

Ya está claro. Son las 6:50 a.m. en los siete relojes de la habitación, y los pájaros, afuera, dan saltos por la pequeña loma del jardín. Mi papá se levanta de una vez porque tiene que dejar preparada su clase de Física I sobre el tiempo, y su inexistencia, antes de salir a votar. Se pone las gafas. Tiene la tentación de fumarse un cigarrillo de los que guarda en el cajón, pero no, no debería ni son horas. Escoge su ropa de domingo: saco de hilo azul, camisa blanca de rayas, jeans. Se mira en el espejo de su baño. Se afeita con su máquina eléctrica: ploc, ploc, ploc. Se baña el tiempo que tiene que bañarse, ni un poco más ni un poco menos. Se arregla. Se pone los zapatos. Recoge de la mesita de su cuarto un arrume de papeles. Baja con cuidado por las escaleras de madera de la casa. Y cuando lo ve inclinado sobre la mesa redonda de cuando los cuatro éramos niños, entre la luz serena del comedor y frente a las enredaderas del patio, le dice «ja» a mi hermano en vez de decirle «buenos días».

Y se agarran la mano, la mano grande y firme de mi papá y la mano larga y delicada de mi hermano, como dándose un abrazo de tímidos. Y en chiste y en serio se dicen «hola Chato».

Mi hermano, que mientras piensa y piensa se despeina a sí mismo, y que está de visita en Bogotá, y en pijama, porque entre todos lo hemos convencido de venir a votar por Mockus, se pierde en un monólogo sobre lo que hablamos anoche: sus dos hijos, sus pleitos pendientes, sus tardes eternas en el bufete de París. Mi papá deja los papeles en su lado de la mesa y, con los brazos en jarra, se pone a mirar quién sabe qué allá afuera. Vuelve a sus pasos. Sigue su camino hacia la pequeña cocina abierta de esta casa en la que hemos logrado reunir las cosas que han sido las nuestras. Y como encuentra todo en su lugar, como lo encuentra día a día, y allí está *El Tiempo* sobre la tabla y la taza bocabajo y el café listo para ser hecho, levanta la mirada hacia la puerta cerrada del fondo.

—¿Y su mamá? —pregunta él.

—Creo que está hablando con «los amigos» —responde mi hermano—: creo.

—Pero aquí ya estoy lista para lo que manden —dice ella.

Que en efecto estaba hablando con los tres Magyaroff de la Lombana, la familia de nuestra familia desde hace 47 años, «los amigos» —en orden de aparición, pero al revés: Miren Vitore, Mirentxu e Iván—, para calmar la ansiedad y para reírse de todo lo que ha estado pasando en el país y para preguntarles de paso a qué hora de la mañana iban a votar.

Sale de su habitación. Recorre el pasillo entre los óleos que pintó cuando tenía 15 años. Y sigue y saluda a Eduardo, el papá, y a Eduardo, el hijo. Les da una palmadita en el hombro a cada uno a las 8:00 a.m., pone en el sitio exacto una vasijita de plata que alguien ha movido unos milímetros sin querer, y se dedica a hacerles el desayuno como si no hubiera tiempo que perder. Comentan, los tres, los titulares de hoy: «la jornada crucial para la Historia reciente de Colombia», «la colección de anécdotas de la campaña», «las columnas de los seis protagonistas de hoy». Hubo una vez, del 71 al 75, en la que fueron este trío. Y mis abuelos despelucaban a mi hermano, y mis tíos le pedían que dijera quién dijo «pienso luego existo», y a esta hora del

domingo los tres hacían este mismo silencio amenazado por nada porque mi mamá estaba embarazada y quería dormir un poquito más, y no más, y eran un cuadro de luces suaves: «Padre, madre e hijo en una tarde de otoño de un país sin otoños».

—¿A qué hora vamos a ir a votar? —dice el hijo mayor en pleno desayuno—: tenemos que llamar a mi hermano.

—Ay, sí, hay que llamar a este —reconoce el padre—: si no, no va a estar listo nunca.

—Yo había pensado llamarlo a las diez —les explica la madre—: desde chiquito se ha acostado a medianoche.

Es la hora de reírse, entre los platos del desayuno, a costa del hijo menor. Es la hora de recordar que juega squash con un amigo como un pensionado panzón, que anda todavía más susceptible que cuando era chiquito, y se está quedando calvo, calvo, y más viejo que sus papás y su hermano mayor.

Pero también es el momento de preocuparse por mí, por él. Porque trabaja demasiado. Porque vive con gastritis y come mal y sigue tomándose una Coca-Cola antes de dormir. Porque se metió de cabeza en la campaña de Mockus, y para qué diablos si Mockus está haciendo lo que sea para no ser presidente. Porque se preocupa más de la cuenta por las mil y una cosas del mundo, y unas cosas más. Porque de tanto en tanto va a esa psiquiatra a que le certifique que sí es normal y sí va a aprender a protegerse y sí va a ser capaz de ser un padre. Porque tiene suerte en todas las áreas de la vida, claro que sí, salvo en las relaciones de pareja, y es incapaz de tomárselas a la ligera.

Qué triste que la noble y justa Carolina, la editora de su novela pasada, no sea más bien su novia: no ha tenido esa suerte entre su suerte, el pobre, no es fácil dar en el mundo con un amor correspondido.

Pero qué raro que tres tarots, el egipcio de Eunice, el marsellés de su padre, el celta de Vera, le hayan aconsejado lo mismo: «va a ser doloroso esperarla a que tenga el hijo que está esperando y a que piense qué quiere hacer con su vida, va a ser, de cierto modo, volverse un personaje secundario, pero usted tiene que esperarla».

Mi mamá toma el teléfono para llamarme, por supuesto, después de secar el último plato del desayuno, después de guardar el periódico en el revistero como si nadie lo hubiera leído y de poner al día al 75% de la familia en la defensa admirable de los viejos marinos pensionados de la Flota Mercante que ha estado haciendo a pesar de las infamias y de las trampas —con su socia: su amiga María Teresa Garcés— desde 1997. Juega una partida de solitario en su computador. Revisa los balconcitos que cuelgan de la pared rugosa. Descansa, como si el tiempo no existiera, en la luz de la mañana. Y ahora sí marca mi número: 2571816. Y yo le pongo la canción que acabo de ponerme, aquí, solo, y preocupado por lo que viene, en YouTube: «llegó el día, llegó, llegó...».

Y reacciono de inmediato, firme e indignado, cuando me dice «apuesto que no se ha bañado, vago».

—Yo estoy listo hace más una hora —le digo, sin titubear, a mis 35 años—, pero no había querido llamarlos para no despertarlos.

Y apenas colgamos, «chao», «chao», salgo corriendo a bañarme, a vestirme, a tender la cama, a ponerme los zapatos desamarrados, a comerme cualquier manzana verde que me encuentre por ahí antes de que lleguen. Y cuando llegan por mí las tres personas que saben quién soy cuando estoy solo, y aparecen en el umbral de mi puerta de madera a las 9:50 a.m. de este domingo definitivo, yo no les pregunto cómo están mientras a cada cual le doy el abrazo que le doy

siempre a cada cual, sino que les digo «¡vamos a ganar!» como un niño que está a punto de perder, y los tres me hacen cara de ojalá. Salimos. Caminamos una, dos, tres cuadas soleadas. Podríamos tener 40, 32, 9 y 5 años. Mi papá se encuentra con un par de viejos estudiantes que lo saludan como a una estrella de rock. Y reconocemos, de lejos, a un par de antiguos vecinos del edificio La Gran Vía: «buenas...».

Y cada cual se va a su mesa de votación a elegir por fin a un hombre que no pertenece a esa clase política que nos ha gobernado para mal y para mal, y es un hombre que no se va a dejar corromper.

Que gane Mockus, Dios, que salga del gobierno esta gente que ha estado quedándose con todo. Que mantenga el 50% contra 45% que descubrió la encuesta de hace ocho días. Que el tal «uribismo» nos deje en paz. Y que esta llovizna no sea señal de nada.

El día se sale de las manos y se va yendo y se va. Vamos a comprarles zapatos a mis dos sobrinos: 10:30 a.m. Recordamos que ese mes de 1980 en que mi papá estuvo de viaje por Europa, cuando teníamos 40 y 32 y 9 y 5, lo único que nos apagaba el llanto era ir a cine los viernes: 11:30 a.m. En la mesa del restaurante de la infancia digo lo más sensato que se me ocurre, «no creo que a Mockus le alcance para ganar en la primera vuelta», en un arrebato de adultez: 1:00 p.m. Nos ponemos a hablar de los personajes del edificio en el que vivimos tanto tiempo, de la gente que nos pidió irnos de allí cuando nos amenazaron y de la señora que daba papas saladas en el Halloween para dar algo alimenticio, aunque mi papá no crea en la nostalgia ni en el rencor «porque el tiempo no existe», y el pasado está a punto de pasar, y el presente es el futuro: 3:00 p.m.

Llegamos a la casa media hora después. Falta media más para que empiece el conteo de la primera vuelta de las elecciones. Nos acomodamos en el soñoliento sofá de tela en el que mis papás y yo hemos estado viendo las siete temporadas de *The West Wing*. Prendo el televisor y pongo el primer canal que esté a punto de dar los resultados. Me llegan a mi celular rojo y maltratado los mensajes de todos los amigos que han aguantado con nosotros esta campaña larga y llena de bajezas, «¡qué nervios!», «¿usted cree que vamos a ganar?», «esto se jodió para siempre si llega a ganar Santos», y yo me pregunto qué estará haciendo Carolina en este momento, y si será verdad que si la espero y la espero como un personaje de novela romántica un día la vida va a ser vivirla juntos.

Y entonces, como si se le abriera la puerta a una tormenta, empiezan a salir los putos boletines de las votaciones.

Y se viene abajo el mundo porque desde el principio es claro que el cínico de Santos, el candidato del hombre que estuvo a punto de quedarse con todo, el peor de los peores, ha aplastado al cándido de Mockus: 46% contra 21%, Dios.

—Yo no sé en qué momento pensaron ustedes que semejante demente iba a ganar —dice mi hermano, e imita los cánticos mockusianos—: «la-vi-da-es-sa-gra-da, la-vi-daes-sa-gra-da...».

—Yo siempre he querido irme de este país —dice, cansada de que la política no sea sino derrota, la voz descorazonada de mi mamá—: y yo no voy a enfermarme por esto.

Recuerda los ocho días que pasamos el año pasado en la peor clínica del mundo para que al final nos dijeran: «no sabemos qué tiene, no». Recuerda que su papá le decía: «el enemigo es el mediocre». Tiene presente la angustia.

Y cuando ve que me he quedado mudo, con la mano izquierda sosteniéndome la frente y los ojos cerrados con seguro para que sólo yo pueda entrar en mí, deja de ser la abogada que ha visto de cerca cómo la ambición y la codicia van enloqueciendo a quienes llegan al poder, y que de

primera mano sabe que sólo llegan al poder los villanos y los extraterrestres, y vuelve a ser la persona que les ha enseñado a sus hijos a responderle con la verdad a lo que pasa y a lo que no deja de pasar. Y entonces dice que aquí tiene que haber algo raro, que todavía nos queda la segunda vuelta, que no puede ser que esos entusiasmos tan extraños, las canciones y las marchas y los videos que hizo la gente para que comenzara un país nuevo, queden sepultados sin pena ni gloria.

Ya son las 6:00 p.m. Ya qué. Tengo que irme a mi inmovible apartamento de soltero a escribir que la nueva versión de *Karate Kid* no le gustó a mi nostalgia ni a mi temperamento de comentarista de cine de la revista *Semana*. Tengo que comenzar a pensar en mi columna de opinión que viene, la de *El Tiempo*, pero antes me toca empezar el duelo por el fiasco y repetir y repetir que una derrota de Mockus era una derrota de Colombia hasta que se me pase. Y mientras Santos, el inescrupuloso, el uribista, lanza un conciliador discurso de estadista y predice que ganará con contundencia la segunda vuelta, como si su victoria fuera cosa del pasado, en el otro canal mi candidato salta igual que un pastor y repite con sus fieles «la-vi-da-es-sagra-da...» porque este fracaso aplastante no estaba en los pronósticos.

Ay, Dios. Y ahora qué. Si sólo se me ocurre despedirme. Si no me queda nada más que hacer que decir «nos vemos mañana» y resignarme a que estamos en guerra.

Mi papá me lleva a mi apartamento. No hay gritería de triunfo aquí afuera, sino un par de carros que pasan y un tipo que se juega la vida cruzando la carrera 7.^a bajo el puente de la calle 100, como subrayando la derrota. Ponemos en el radio el disco que ha estado ahí hace rato y suena para bien, *The Power of the Heart*, y para bien me llega un mensaje de texto de parte de Carolina: «ay, yo sé lo que significaba esto para usted, y créame que voté, que yo nunca voto, por eso, y que aquí lo acompaño así sea de lejos». Y yo sé que no tengo de qué quejarme, que salvo mi suerte en el amor, que en el amor sólo dos o tres la tienen, mi suerte está completamente a salvo, y que hoy lo que ha importado es que los cuatro hemos estado juntos como cuando jugábamos king.

Podría ser peor. Uribe Vélez, el caudillo que ha sabido encarnar y capitalizar la colombianísima vocación de resolverlo todo como sea y sin escrúpulos, podría haberse quedado por siempre y para siempre si la Corte Constitucional no le hubiera cerrado el camino ese viernes luminoso de febrero: nunca quise, antes de eso, celebrar una noticia que no fuera de fútbol. «Quién iba a pensar en 1988 que un día iban a llegar al poder los vecinos de los Extraditables que querían matarnos a todos», piensa mi mamá, «nosotros nos jugamos la vida y ganaron ellos». Pero podría ser peor: podrían haberse quedado para siempre.

Podría ser más grave, sí. Pero no me deje aquí, Dios, esperando eternamente a la persona que hasta yo mismo me he vaticinado. Ya sé que no se endereza un país sino una simple vida. Ya reconozco que nada, ni lo mío, está en mis manos, y me resigno felizmente a no dedicarme a ninguna causa teórica e imprecisa.

Mi papá me dice «pero eso sí va a salir muy bien: ya salió bien» cuando le muestro el mensaje de texto en la puerta de mi casa. Me ve bajar como se baja un personaje secundario. Y apenas se cierra el portón de mi edificio, bajo el «You look for sun and I look for rain» final de la canción, se va a 60 kilómetros por hora por la carrera 9.^a, busca la calle 100 y toma el puente frente al edificio La Gran Vía para llegar a la calzada de la 7.^a que va al norte de la ciudad. Mi mamá y mi hermano, que han pedido a domicilio pizza hawaiana con anchoas —sí— para olvidar las penas, le preguntan cómo me vio, cómo me sintió, apenas abre la puerta de la casa: 7:00 p.m. Dice «yo lo vi bien», y se sienta a comer con ellos y a oírles las quejas de este país tan ridículo, y luego

trata de hacer el crucigrama del domingo.

Después se dedica a preparar su clase de Física I sobre los pliegues del tiempo. «El tiempo no existe —anota en las hojas de papel periódico que siempre ha usado— porque no sólo es una ficción, sino que le ha estado sucediendo a cada cual». Sin embargo, son las 8:30 p.m. Una noche llena de gatos sueltos y de ruidos de otras casas, «¡muera Santos!», «¡viva Santos!», se ha estado tomando el jardín. Las polillas le dan vueltas al farolito del patio. Y mi papá sube las escaleras poco a poco, apoyado en la baranda por si acaso y con sus papeles de mañana bajo el brazo, porque mi mamá y mi hermano lo están llamando desde ese sofá que duerme al más valiente para que vea con ellos la comedia que les recomendé: *Curb Your Enthusiasm*.

Y allá arriba es como si tuvieran 35, 27 y 4, y estuvieran esperando a que yo naciera al día siguiente. Y es como si el día no hubiera alcanzado para nada.

Viernes 19 de diciembre de 2009

El presente es la caricatura del pasado: y yo no debería ir demasiado lejos para probárselo a este querido público imaginario, pues estoy más y más calvo, y cada vez temo peor a las mariposas negras, y me afeito cada tanto las canas de la barba, y los pelos que se me enquistan ahora salen blancos y cimbrados, pero he llegado a esa idea porque acabo de encontrarme en la calle con el abogado canonista —y peores cosas es— que hace dos años me quitó todos mis ahorros con la promesa mentirosa de que la nulidad aquella «sería un trámite nomás», y me pareció que los gestos piadosos se le volvieron rasgos de estatua y que la sonrisita de mierda de «hay que aprender a vivir la familia católica a plenitud» se le volvió una cicatriz en su cara de sacerdote que va por el mundo de incógnito, bah.

Hice todo lo que pude, toda la mañana, para no salir de mi apartamento mudo y quieto, que sólo tiene un adorno de Navidad: un bonsái de luces. Me puse a mí mismo todas las trampas, todos los pretextos. Perdí el tiempo en imdb.com: cuál película hizo Michael Moore antes de *Capitalismo: una historia de amor*, qué fue lo último que hizo Gene Hackman antes de desaparecer, qué van a hacer Dustin Hoffman, Jack Nicholson, Robert Duvall. Hablé por teléfono con tres, cuatro, cinco amigos, porque todos están a punto de irse de vacaciones. Me llamaron Mirentxu e Iván, «los amigos», que son mis padrinos de todo y han estado siempre aquí como un par de ángeles de los de verdad, a preguntarme cómo va el viaje de mis papás, si se sabe al fin a qué hora es que vuelven hoy «esos dos ancianos», quién se va a aguantar a mi mamá ahora que ha conocido la casa de *La novicia rebelde*, en qué estado se encuentra la obra para ampliar el segundo piso de la casa. Pasó al teléfono Miren Vitore, su hija, que entonces es mi hermana, a decirme que tenemos que ir a ver «la cosa esa de *Avatar*».

Pero por más que intenté evitarme la salida, por más que le conté que acababa de ver la bendita película con una amiga muy cercana y muy inédita que me hace reír, Carolina, Carolina López, que además es mi editora y querría presentársela apenas pueda, y por más que le recordé mil cosas, y mil más, me llegó la hora de salir a recibir esa catástrofe que ha sido la obra de la casa de mis papás.

Yo quería ir caminando hasta allá. Tenía ganas de sacudirme, a pie, esta ansiedad tan pegajosa. He vuelto a ver a la psiquiatra aquella, a Lina, y me ha reconocido el honor de ser el único de sus pacientes que no le cree que es un paciente normal. Y aun cuando ella una vez más ha certificado mi sanidad mental, como un sello en mi calva, y me ha hecho ver que mi problema sigue siendo esta incapacidad de reaccionar a los reveses de la vida más allá de la escritura («uno se pone bravo o se pone triste», me ha dicho), sé que la solución es caminar y caminar como lo hacía antes. Y sin embargo, cuando salí de mi apartamento, y ni siquiera había recorrido la primera cuadra, cedí a la tentación de estirarle la mano a un taxi que pasaba por ahí, y me subí como si estuviera cometiendo un delito, «rápido, rápido: siga a ese carro», y me bajé, y justo pasaba por ahí el abogado de vocecita de seminarista perverso.

Todo pasó demasiado pronto, en fin —creo que ni siquiera me reconoció el muy sinuoso:

«buenas tardes, señor», me dijo—, porque aquí estoy abriendo la puerta de la casa donde va a quedar de nuevo nuestra casa.

Me saluda la empleada que ha estado cuidando la obra todas estas semanas, «buenas tardes, doctor, qué ha hecho», mucho más irónica que amable, y mira en su reloj sus 2:00 p.m. como diciéndome «por poco y no llega». Yo me hago el que no entiendo, claro, porque el punto es la casa. Luego de meses y meses de martilleos y de charcos y de nubarrones de polvo, después de haberles dicho a los constructores «ineptos e indecentes» en sus propias caras con mi voz de indignación, la casa ha vuelto a parecer una casa. Ya están descubiertos los bodegones que pintó mi mamá para escaparse de su adolescencia. Están limpios los ceniceros y las vasijas sobre las mesas de toda la vida. Los retratos de mis sobrinos y mis papás, que se parecen tanto los unos a los otros, ya están donde estaban antes de la remodelación, del remiendito.

Si lo pienso otra vez, casi todo está en su sitio. La habitación de mi mamá, con su colección de bolas de nieve y su biblioteca de libros de política, es la de siempre. Sólo falta que lleguen las cajas del trasteo de mi papá al nuevo segundo piso. Y bueno: mi papá.

Que ha estado de viaje, con mi mamá, estas últimas semanas. Y que nunca se fue de la casa, pero se ve feliz de estar llegando.

No entiendo bien por qué tardamos tanto, doce largos, largos años, en volver a montar la casa. Si mis papás, salvo un par de meses de desencuentros, y a pesar de los errores y los lugares comunes, han sido desde el comienzo dos buenos amigos. Si aunque cada cual hable una lengua incomprensible para el otro, e incluso cuando cada cual vivió en su propio apartamento, mis papás han estado juntos prácticamente todos los días de sus vidas desde el viernes 20 de diciembre de 1968 hasta hoy. Si, como si el amor fuera una disciplina —y sí, lo es—, no han buscado a nadie más para completar el rompecabezas de esta familia, y siempre le hará falta una pieza. Creería, si el público me lo permite, que fue la brujería: el amasijo ese en la tierra. Yo la vi. Yo oí a ese brujo decir «alguien ha querido acabar con esta familia desde hace mucho tiempo, y ha estado a punto de lograrlo».

Y lo dijo, el martes 11 de junio de 1997, cuando ya se nos estaban acabando las explicaciones, las respuestas a «qué es lo que está pasando en este apartamento...». Y agregé, me acuerdo, que tendríamos que tener una voluntad incontenible si de verdad queríamos derrotar «este entierro tan terrible».

Por supuesto, quien haya tenido una familia, quien haya formado parte, al menos, de una banda de amigos del alma, se habrá dicho una y mil veces «sálvese quien pueda: yo me rindo, yo me voy» sin que medien brujerías. Yo, mejor dicho, no descarto nada: ni siquiera descarto las razones más prosaicas —el desgaste, la frustración, el hastío, la tentación de ser un misterio para alguien, el descubrimiento, como una aparición que siempre ha estado allí, de que no se conoce ni a aquel que se conoce— como causa primera de los conatos de estallido de nuestra familia. Pero siempre estoy pensando en que toda la brujería que dijo ese brujo que nos estaban haciendo «desde hace tanto tiempo», ese entierro para quebrarnos, separarnos, marginarnos, pudo acabar para siempre con todo, pero no pasó, no fue.

Qué es lo que nos pasa. Cómo hemos hecho para que sea cierto que nos preocupa la suerte de los padres y los hijos. Por qué seguimos siendo una familia, esta familia.

Creería, querido público, que se ama a pesar de las evidencias, a pesar de los hechos. Diría que hemos tenido la fortuna de asumir que la vida es sobreponerse. Pero la verdad es que no sé.

Sea como fuere, aquí está la casa. La oficina luminosa de mi mamá, cuyo sol no es un sol sino un velo, ha recobrado sus bordes, sus visos. Se ven ya las colecciones de colecciones de

colecciones, las fotografías felices del viaje que hicimos hace doce años a Fuentes de Nava, los archivadores de pino, los óleos en los que ha estado trabajando entre caso y caso, los papeles pendientes —el impuesto absurdo del Renault 6 blanco que nos robaron en 1984, oh— y la biblioteca de las enciclopedias y los códigos de lomo verde y las constituciones del mundo que estudió en 1989 para el Presidente de ese entonces. Ya no termina donde terminaba antes, no, en un armario corroído por las polillas y los gorgojos, sino que ahora se abre un pasillo que va a dar a la habitación y al estudio que van a ser de mi papá desde mañana.

El jefe de la obra, otrora «el inepto», «el indecente», me pregunta qué tal me parece, como si aquí no hubiera pasado nada. Yo le respondo que nunca me imaginé que fueran a ser capaces de terminar la casa antes de que llegaran todos, que siempre pensé que él y su gente iban a imponer la obra negra como tendencia. Y me perdona y lo perdono con un apretón de manos, y sí, aquí no ha pasado nada, pues así suele suceder en estos casos. Y se va con sus obreros, y su cuidandera aliada, por siempre y para siempre.

Tengo ganas de hablar con Carolina, mi amiga, para que se ría de mí y de ella, pero se niega a usar celular porque quiere estar lejos de este afán. Llamo a Daniel entonces. Le describo la casa cuarto por cuarto, como quedó, llena de todos los recuerdos de estos últimos cien años, pero nueva, mientras él trata de contener a sus dos hijas: «¡niñas!, ¡niñas!». Siento que no me está poniendo ni cinco de atención, pero sigo y sigo porque todavía no me ha llegado la hora de salir a recoger a mis papás en el aeropuerto: «yo creo que, si la nueva reelección no pasa, Uribe es capaz de cualquier cosa con tal de quedarse para siempre en la presidencia»; «yo ya salí de comprar los regalos, pero sólo porque fui con Carolina el sábado pasado»; «hay un momento en *Avatar* en el que los personajes azules conectan sus colas de caballo para sentir el universo, ja, qué asco».

Daniel tiene que colgar, y está sonando el citófono de la casa para avisarme que ya han llegado a recogerme, pero se despide de mí con las palabras «yo creo que usted está enamorándose de esta Carolina», y el día empieza a las 3:13 p.m. para mí, y ahora qué hago y ahora qué voy a hacer.

Pero si esta Carolina no tiene un hijo, por Dios, si esta Carolina no encaja con el retrato hablado —el retrato del vaticinio— que me ha tenido en vilo desde hace dos años: mi amiga tarotista me dijo a las claras que la mujer de mi vida era una editora con un hijo, y Carolina edita novelas y es ella misma y nadie más, sí, y lo práctico para el trabajo sería estar juntos todos los días, pero ni siquiera ha adoptado una tortuga.

Yo no soy un santo, no, soy un cualquiera, y un voluble, y a las mujeres que me he encontrado por el camino las he dejado hablando solas, las he aburrido a muerte más temprano que tarde y las he condenado a ser parte de retraídas parejas disparejas, «sí, acepto», pero tampoco soy un buen soltero: no he sido un buen soltero porque pienso demasiado, y dramatizo demasiado, y tengo más escrúpulos de la cuenta, y eso de «vivir la vida» para mí es superchería. Soy ligero hoy pero soy grave a la larga. Siempre me he reservado mi tras escena como si yo fuera un secreto, como si fuera inútil explicarme. Nunca me he permitido las frases cursis ni las metáforas que se permiten los enamorados. Jamás he dicho «yo te amo»: lejos de mí. Y en el fondo he tenido claro que en el peor de los casos, si ella se va, me quedan mi familia, mi colección de películas, mi biblioteca.

Pero esto, lo de Carolina, no es así. Qué de lo humano no es artificio: esto. Esto es lo inesperado, lo incorregible.

Esto es descubrir, en el final del primer acto del drama, que se forma parte de una historia de

verdad. Si ella se va, no hay trama: es así de fácil y así de alarmante. Si ella no acepta, aunque no encaje, no va a quedar ninguna solución.

Voy al aeropuerto, dándole la espalda al sol, en el taxi que pedí a la empresa de taxis hace ya dos días. Miro el reloj cada vez que puedo, 3:15, 3:23, 3:30, porque a este paso no vamos a llegar. Ya no alcanzan ni el tiempo ni las calles acá en Bogotá. Y, para hacerme más angustioso el viaje imposible, el taxista me pregunta si no lo reconozco, si no me acuerdo ya de él. No. No sé quién es. Ni idea. Pero él sí sabe quién soy yo, porque «yo atendía el alquiler de películas de su edificio cuando usted era chiquito», y me pregunta cómo están mis papás, y qué es de la vida de mi hermano, y yo le respondo que justo vamos a recogerlos a El Dorado y que justo mañana van a cumplir cuarenta y un años de casados. Ya sé quién es: claro. Sigue llamándose Hernando, «el que se ha visto todas las películas de vaqueros», aunque los ojos se le hayan encogido.

El presente es la caricatura del pasado: los días largos en los que los niños no saben por dónde comenzar a no hacer nada son remplazados por las jornadas cortas que no les alcanzan a sus padres; las caras lisas y borrosas de los jóvenes se van volviendo las caras llenas de huellas y de trazos de los viejos; los potreros salvajes frente a los cerros, que son el paisaje si uno vive en el 603 del edificio La Gran Vía, amanecen un día llenos de torres de oficinas encendidas hasta las tres de la mañana. Pero hay nobleza en la caricatura, hay resignación. Si no se niega la parte risible de lo que pasó, si el pasado no es el origen de la tragedia sino el principio de la comedia —si el pasado, en fin, da risa y libera—, se puede dejar para la próxima vida la escena en la que se es reivindicado por ese los demás; reírse de uno mismo, como si uno fuera otro, resulta ser la solución, y no suena ya tan mal eso de ser una persona que se conforma con ser un personaje secundario.

Algo me está diciendo el taxista mientras me mira por el espejo retrovisor, algo sobre el alquiler en el que trabajaba, y cómo él se la pasaba en la parte de atrás, parecido a un personaje secundario, para no molestar a su jefe, y alguna cosa más me dice. Yo le respondo que sí, a todo sí. Pero estoy pensando que eso es lo que hay que hacer conmigo y con cualquiera: volverse, tarde o temprano, un digno actor de reparto, un hombre al que le pasaron de largo sus días de protagonista, y no está mal, y sabe que el mundo ha sido y es y va a ser así. Aunque hoy, al menos a las 4:15, esté yo solo.

Y sea un personaje secundario, el hijo de ellos, el hermano de aquel y el enamorado de ella, que atraviesa la ciudad en un taxi del pasado, y se ve forzado a ser un personaje principal por unas páginas.

Miércoles 14 de marzo de 2007

Yo sé que esto es chistoso. Yo sé que todo esto ha sido la comedia que sobrevive a la tragedia como su resaca o su parodia. Pero también sé que antes de reírme de mi crisis de viejo de 31 tengo que acabar de cometerla, de padecerla en cuerpo y alma por seria y por incómoda. Ya son las 2:45 p.m. en mi reloj, esa es la cuestión, y a mí me parece, en las rejas verdes de este conjunto cerrado, que falta demasiado para que por fin sea la hora de mi lectura del tarot. «Dice la señora que espere», «que es que aún no son ni las tres», «que si usted es el recomendado de su amiga o si no quién es», «que siga pues», me va diciendo el portero de bigote desde las 3:00 p.m. hasta las 3:33. Y entonces yo, con el corazón quieto y los pulmones cerrados, sometido por las preguntas sin respuesta de la espera, voy paso por paso hasta la casa número tres.

He sido digno e indigno estos tres años. He venido sintiendo —en orden de aparición— el dolor, la vergüenza, la timidez, la fragilidad, la liberación, la redención y el alivio del divorciado, ay. Y para probarme a mí mismo, en vano, que nada de lo mío ha sido mi culpa, que no merezco en plena edad adulta esta infancia infeliz, he vuelto a montar en mi bicicleta roja y petulante, he asumido una especie de vida universitaria que ha sido una serie de pequeñas y torpes derrotas en las madrugadas, y me la he pasado diciendo que sí, siempre sí, para perder mi tiempo, a todos los artículos mal pagos que me han ofrecido por el camino y a todos los planes inútiles de viernes en la noche. Tengo una versión oficial de esta parte de la historia que, sin embargo, cada vez se me parece más a la verdad: que todo hombre debe haberse divorciado al menos una vez antes de casarse de verdad.

Pero por deformación profesional, por tanto pensar en los destinos y en los giros de las tramas y en los dramas, estoy dependiendo de que cualquier desconocido me vaticine que todo va a estar bien.

Desde el 2004, si no mucho antes, he estado persiguiendo de consultorio en consultorio esa bendita frase: «todo va a estar bien». Y lo que me queda de pudor no le ha contado a nadie que una gitana de la plaza de piedra de Girón, que hace dos años, en un inesperado viaje de periodista, me libró de brujerías y de envidias porque le dio la gana, terminó diciéndome «tu amor no es ella, sino otra», «se acaba aquí tu mala suerte» y «recuerda que tuviste una mamá en este sitio: ya has vuelto a nacer». A ningún amigo le he confesado que la vidente puertorriqueña a la que me llevaron a la fuerza me explicó, con la mirada puesta en sus espectros, que «es que su ex fue su socia en la vida pasada, y su vecina en la anterior, y uno tiende a confundirse con esas personas». He preferido guardarme para mí que el risueño y misterioso astrólogo gringo me ha condenado a «cinco años más de no encontrar el amor que les aprendistes a tus padres, jijiji».

Qué es lo que me he vuelto. Qué tengo. Qué me pasa. Esta misma semana, el lunes a las 7:00 a.m. en un consultorio con vista a nada, estaba yo frente a una psiquiatra muy seria que sin embargo suele cabecear cuando me confieso e interpreto a mí mismo —y entonces no sé si inventármele un giro a lo que estoy contándole a la muy cansada: que en ese momento, cuando estaba yo en mi apartamento dudando de si soy una persona sana, la guerrilla se tomó el edificio

—, y de un momento para otro oí mi voz de «no di más» reconociendo que yo no me enfurezco ni me entristezco ni me encierro ante lo malo que me pasa, sino que me digo, comprensivo con el horror, «ah, eso le pasa a todo el mundo». «¿Cuándo fue la última vez que lloraste?», me preguntó ella. «Cuando lloras, ¿por qué lloras?».

Y haciendo el esfuerzo, remontándome con el corazón en la mano y sin temor a los lugares comunes, logré caer en cuenta de que en los últimos años sólo me he venido abajo cuando he visto el final de tres películas: *Qué bello es vivir*, *Running on Empty* y *E. T., el extraterrestre*.

Debe ser porque, según me dijo ella, Lina —luchando a cabeceo limpio, pobre, contra el sueño traicionero de las 7:50 a.m.—, son tres despedidas, tres escenas en las que los personajes principales reciben por fin lo mismo que han dado, y yo, que me dedico a escribir, o sea a un amor que tarda tanto en ser correspondido —tantas correcciones, tantos años, y muchas veces nunca llega una respuesta—, voy por ahí temiendo los adioses, y estoy siempre a la espera de que las cosas pasen por algo y para algo, y pretendo que la muerte nos sorprenda a todos sin ningún cabo suelto en nuestra historia, y sepamos al final que nos quisimos. Por eso pude llevar la muerte de mi amigo Germán, porque lo quise y me quiso, y me acuerdo sobre todo de nuestros ataques de risa: no quedó, entre los dos, nada pendiente.

Soy dramático. Busco comienzos y finales y voy por ahí cerrando círculos. Finjo que el azar es el destino. Y espero que aquí, en la casa número tres, se me dé la razón, se me devuelva.

No me abre una mujer sino un hombre. Y como la tarde se está poniendo gris, y él tiene puesta una cachucha negra y sólo se le ven los ojos luminosos y fruncidos, lo primero que me digo es «Dios: dónde me metí». Hago lo que este tipo tenso e inesperado me dice: sigo, espero a la tarotista en esta silla del comedor, aguanto su mirada mosqueada a mis espaldas, carraspeo, fijo los ojos en unas estrechas escaleras de madera. Y voy recobrando el control de mí mismo a punta de ver que no hay nada cavernoso en esta casa.

Aquí está ella. Es seria. Es amable. Es, signifique lo que significa, una persona como usted y como yo: Catalina.

Yo le respondo todo lo que me pregunta: mi nombre, mi amiga que me recomendó venir «porque gracias a ese tarot encontré la plata que me robaron», mi situación de estos meses, hasta que me descubro barajando el naípe que ella me ha puesto en la mano y tosiendo como un tonto el humo de los cigarrillos que ella y el cancerbero de gorra que me abrió la puerta han comenzado a fumar. Parto en dos el montoncito de cartas. Uno, dos. Vuelvo a unirlo. Ya. Y la mujer que me han recomendado tanto despliega en la mesita, a su manera, los arcanos menores y los arcanos mayores, y muy muy pronto me deja en claro que lo único que me queda en este punto, si mi idea sigue siendo no perderme en pequeñas pero desproporcionadas pero inexistentes historias de amor, es la paciencia que no tengo:

—La mujer de tu vida sí trabaja en lo mismo que tú, pero ella tiene un hijo —les dicen sus ojos a mis ojos—: un niño muy chiquito, que según se ve aquí, míralo, tú puedes llegar a querer como si fuera tuyo.

—Y esa vieja suya además tiene un lunar acá, marica —me dice, desde una silla al otro lado de la sala, el hombre de la cachucha, y al tiempo se señala el pecho.

—Y tiene un poco menos de 30 años —contraataca ella— y pelo largo, largo.

—Y la pobre es incapaz de hacerle mal a nadie —bombardea el vidente insospechado.

—No, no sé, no la conozco —les tartamudeo—, no tengo cerca a nadie con un hijito.

—Pero tú lo que tienes es que serle fiel a esta mujer aunque no la hayas visto nunca, y así llegar a ella vaya a ser un viacrucis de meses y de años, porque si no lo que te va a pasar es que

vas a perderte esa vida —me aclara, preocupada, la tarotista—, y tú no tienes por qué tener mala suerte.

—Deje de perder tiempo en esa otra, mijo, y no vaya a ser tan güevón para caer en la siguiente —interviene este adivino de jeans apretados y mirada aguda—: mi lema es «adiós, mis amores, bye, bye, y cada cual a su puta mierda».

—Ay, John, no sea grosero: no moleste —dice el dedo índice de Catalina, la lectora.

—Sí, mijito, lo que no sirva que no estorbe, y nada de andar por la vida como una puta gratis que después no entiende por qué micos es que nadie la respeta.

—Pero tú verás con quién te metes —concluye, avergonzada, la dueña de casa—: eso es tu libre albedrío.

No es lo que yo esperaba oír. No es el «todo va a estar bien» que tanto he perseguido, sino un «todo va a estar bien después del viacrucis» que me deja ciego y sordo y mudo. Ay, y ahora qué: más drama, más equivocaciones. He estado diciendo que sí y que sí para quitarme de encima la fama de decir siempre que no, como esperando que vuelva la vida. Y de aquí a que la historia gire otra vez, de aquí a que llegue «la mujer de la vida» que me están diciendo, puedo pasarme los días leyendo novelas que me traigan noticias del mundo, y repitiéndome *La ventana indiscreta* y las películas de mi infancia, y oyendo *Everything About It Is a Love Song*, y jugando en el aparato que venga al caso el juego de video de la corrupta Fifa.

Sigue leyendo. Me dice las cosas que ya sé: ve en ese mapa de cartas que acabo de cambiarme de apartamento, que la próxima vez no voy a casarme tan joven, que se me murió un gran amigo hace unos años pero sigue siendo un gran amigo, que voy a seguir dedicándome a lo que me he dedicado desde que me dedico a algo, que un día más o menos lejano no voy a hacer más sino eso, que mi papá es un gran profesor de ciencias pendiente de la universidad que dirigió durante tantos años y pendiente de mí, que mi mamá es una abogada corajuda e íntegra que sufre por cada una de las pequeñas injusticias de este mundo, que ahora mismo no están viviendo en la misma casa pero están buscando una en la que quepan los dos porque así ha sido desde que se casaron para salvarse de la orfandad de sus familias, que mi hermano no vive aquí pero la nostalgia lo trae todo el tiempo, que mis dos sobrinitos querrían vivir en Bogotá con sus abuelos, y todo ya lo sé.

Y, sin embargo, es increíble que una desconocida pueda retratar la vida de uno de semejante manera.

Cómo lo hace. Cómo me vaticina una llamada importante, una enfermedad ajena, una relación futura «de unos meses nomás, pero tú verás qué haces». Dónde carajos está viendo que en unos cinco años voy a dejar de escribir las críticas de cine que me tienen a salvo: cuál arcano está soplándole semejante primicia. Por qué esas copas y esos oros la llevan a decir que un día voy a bordear la política, pero que lo mío es, a Dios gracias, inventarme ficciones. Qué parte de ella misma le está diciendo al oído que me diga «todo lo que ha estado pasando y todo lo que viene es un puente largo para llegar a tu propia paz, a esta mujer que va a quitarte de encima la necesidad de resolverlo todo a tu manera y por tu cuenta».

Y no lo dice con voz temblorosa de pitonisa y no carga de misterio sus sentencias. Luego de investigarme en el naípe durante más de media hora, de las 3:40 a las 4:15 p.m., esta persona buena y clara de mirada sostenida me conoce bien. Mejor que yo, que no tengo ni idea. Me dice que me va a costar encontrar esa generosidad —o ese amor, pues son lo mismo— que el profesor y la abogada me dieron de regalo desde niño. Se vale de historias de su propia vida para que yo entienda bien lo que me está pasando. Exclama ante lo que va viendo, «¡no!», «¡ja!», «¡jojo!»,

hasta llegar a la conclusión de que «tu problema es que no te pones bravo: manda al carajo de vez en cuando». Su perro negro se asoma a saludarme. Y ella me anima a salir del hueco fangoso en el que estoy, y donde me he metido solo, y entonces se fuma un cigarrillo más con las palabras «y salte de ahí que ahí hay algo raro». Y mira a su amigo, hasta el sofá, por si a él se le ocurre algo más.

—Yo también soy una pobre güeva peluda y sufro y sufro como una ranchera —dice alisándose la camiseta apretada—, pero al zángano que me está gustando no le estoy dando ni esto para que aprenda el hijueputa.

Me ofrecen un café. Me lo tomo entero, aunque no tome café, porque entre los dos me hacen ver que lo que me ha estado pasando es el peor lugar común de todos, el despecho, pero que estoy en todo mi derecho de caer y de seguir cayendo, y de maldecir y blasfemar por el camino. Ella «llora y llora y grita» cuando fracasa. Él, siempre que pierde, rompe cosas y pateo canecas y luego se derrumba porque «los hombres son más malos que las brujas». No pasa nada si yo un día me voy dando un portazo y dejo de portarme como un viejo: nadie que me quiera va a dejar de quererme si soy otro más, si repito las frases que dicen los defraudados.

Pero los dos saben bien, y lo dicen, que están hablándole al terco equivocado. Lo importante es que vendrán peores días y se irán.

Y que estos dos amigos nuevos se están tomando el trabajo de consolarme.

Pago lo que debo: 30.000 pesos. Digo «muchas gracias por todo». Catalina me da unas palmaditas en la espalda y me dice «vuelve cuando quieras, pero todo va a estar bien». John se quita la cachucha y se alisa la ropa y me da luego un abrazo enorme en el umbral de la puerta, convertido de golpe en un hombre dulce y vulnerable, y me dice «no se le vaya a olvidar: y cada cual a su puta mierda».

Ja: yo debería reírme de una vez por todas de esto que acaba de pasar, y ya estoy sonriendo porque me imagino contándole a algún amigo lo que acabo de oír, pero nadie quiere ser el protagonista de una comedia. Por lo menos no mientras está sucediendo.

Me arreglo la gigantesca chaqueta de pana café que me traje de Buenos Aires. Miro la hora: 4:30 p.m. Me cruzo, por el caminito de ladrillo que va a dar a las rejas de la salida, con un par de señoras perfumadísimas que se dicen «pero es que sí es muy raro que no me deje ver su celular ni por las curvas», y que seguro van a consultarle al tarot sobre el sentido y el tamaño de sus penas. Me despido del portero con cierta solemnidad que no me esperaba. Me pongo a caminar. Y ya no sé si encerrarme en mi casa a ver *Grey's Anatomy* o pasar un rato por donde mi mamá o qué diablos hacer. No sé si llamar a Carlos Manuel o a Miren Vitore o a Alejandro o al que me conteste el teléfono para que vayamos a cine a ver *Borat*.

No tengo ni un poco de afán. Faltan esta vida y la otra para que sea yo un hombre que se enamora de una mujer con un hijo, y pueda contar esto entre mi propia risa. Tengo mucho tiempo, años, meses, días, de aquí a que todo esté tan bien.

Martes 13 de febrero de 2007

La Iglesia tiene el peor servicio al cliente que conozco. Si usted se va a casar por estos días, querido muchacho que no sabe lo que hace, por el amor de Dios no vaya a hacerlo ante uno de esos curas que en plena ceremonia les dan consejos a los esposos sobre la inexplicable e incomprensible vida sexual. Vaya a una notaría con su novia. Piense en esas sillas de cuero falso, y ante esos óleos de burdos girasoles gigantescos y bajo esas luces blancas de oficina venida a menos, si no será mejor que su novia siga siendo su novia querida y nada más hasta que un día al fin deje de serlo. Piense si valdrá la pena casarse. Si usted se casa, y en vez de firmar un papel cae por flojo e insensato en el llamado triste del catolicismo, quizás termine todo aquí: en una polvorienta oficina del Tribunal Eclesiástico de Bogotá. Y «quizás» es una palabra grave en este caso.

Son las 8:10 a.m. en mi reloj negro. Yo llegué aquí a las 8:00 en punto a rendir ante Dios mi testimonio solemne en busca de la nulidad de un matrimonio que ha sido una bonita amistad, pero el cura Moscote —que me cobró los 6.000.000 de pesos de la tarifa más alta, que un día me miró de arriba abajo y me dijo que mi abuelo, Romero Aguirre, había tramitado una ley de divorcio en el Senado, y la vez pasada aseguró con su voz carrasposa «haber tratado de leer una cosa suya sobre una niña de su edad que aborta»— se hizo esperar diez minutos, y un poquito más, y ahora estamos tarde. Pero a quién diablos le importa. A él no. Él, con su peinado de calvo y sus rizos rubios y silvestres en la nuca y su nube de caspa dorada por la luz de esa habitación penumbrosa, tiene la eternidad por delante. Y vaya uno a saber qué tiene por detrás.

Carraspea. Carraspea otra vez. Se acomoda la entrepierna y hace girar una silla de rueditas para quedar enfrente de una vieja máquina de escribir. Se asoma por encima de las gafas a lo que está haciendo y desliza en el rodillo del aparato una hoja de tamaño oficio. Y piensa «ay, qué sueño». Y «ay, qué pereza estar frente a este pobre pendejo que se está quedando calvo a los 31». Y «ay, Señor, ayúdame a completar rápido esta diligencia, y quítame del cuerpo estas terribles ganas de salir a comerme un pan de la panadería de aquí enfrente». Pregunta el nombre de mi abogado como si no lo supiera: «ah, el doctor Barreras». Pregunta por qué creo que el Tribunal Eclesiástico Interdiocesano debe interesarse en la nulidad de una unión sagrada y se da la bendición.

Yo le respondo lo que me dijo mi apoderado: porque no hubo nunca la intención de tener hijos y no hubo hijos.

Y según el padre nosecuál de nosedónde, y el papa de turno está de acuerdo, no se da el matrimonio católico cuando no se han dado los hijos.

Contesto los hechos con los hechos cuando me los pregunta: que nos entendimos muy bien, como dos libretistas que trabajan por su cuenta y se les encarga una miniserie a cuatro manos, desde un trancón en abril de 1998 hasta un funeral en agosto de 2003; que nos tuvimos tanta compasión y tanto cariño que un día pensamos que no estaba de más casarnos si los dos íbamos a vivir en Barcelona, y así lo hicimos en agosto de 1999, pero muy pronto sospechamos, y no nos

lo dijimos, que estábamos jugando a una vida que es mejor más tarde en la vida; volvimos a Bogotá de afán al año siguiente porque mi papá estuvo al borde de la muerte; dejamos de vivir juntos en octubre de 2004, luego de una extraña temporada en Boston, porque cada cual iba de viaje hacia el lado contrario del mundo y la diferencia horaria era demasiada, y yo era torpe y viejo y remoto —y ella hablará de ella a su turno—, pero fuimos un par de buenos amigos, lejanos, sí, aunque solidarios, hasta septiembre de 2006; y ahora, hace unas semanas apenas, acabamos de divorciarnos en la notaría de la 70.

Y es eso: no es más. Y no hay mucho más que hablar porque no tuvimos hijos y la prueba reina es que no encontrarán niños escondidos ni en su casa ni en la mía y en consecuencia los hijos seguimos siendo nosotros.

—¿Pero las relaciones sexuales eran edificantes, reconfortantes y correctas? —me pregunta mi juez, desperezándose, como si estuviera poniéndoles equis a las casillas de su formulario sagrado.

Y yo supongo que sí y voy respondiéndole cualquier cosa a lo que este parásito de hábito me va preguntando porque en realidad estoy pensando «pues padre: la verdad es que a usted eso no le importa, ni tiene por qué saber si pasamos un par de años miserables, ni merece enterarse de qué estuvimos haciendo cada uno por su lado en estos últimos veintipico de meses, ni se ha ganado el derecho de darme consejos para retomar una relación que yo veré en qué demonios convierto, ni tiene mi confianza como para insinuar que a pesar de que ella haya empezado ya —pues llevamos años y días de separación— una nueva relación de pareja tenemos que seguir condenados a responder el uno por el otro ante Dios y por siempre y para siempre.

—Déjeme decírselo de otra manera, señor Silva Romero —esque bajo el reguero de luz que le cae desde la ventanita de enfrente de su escritorio—: a mí francamente me parece raro que usted esté buscando esta nulidad con el afán con el que la está buscando.

Pero es sólo porque usted, padre Moscote, en su sabia e inagotable perversión, tiende a esperar escenas decadentes e inmisericordes en el fin de una relación: y en esta historia de ella y yo no hay empujones ni bajezas para su antología, pura torpeza humana, puro error. Y si algo huele mal en el asunto es también porque para salirme de esta situación, yo, a diferencia del funcionario uribista que los dos sabemos, y de los cientos de chupamedias de la corporación, no he movido las fichas claves ni he hecho el par de llamadas que se deben hacer en estos casos para que el proceso sea simplemente un trámite: para mal y para mal, he hecho las cosas al derecho. Y sobre todo hay rareza, y la habrá, y sólo mis papás, que fueron mis testigos en este caso que se ha tratado en la santa Iglesia como un caso penal, van a entender mi obsesión (que es mi marca de estilo y mi insomnio y mi defecto número tres), pues a quién más le importa una nulidad a estas alturas de la vida.

—Es que ya no estamos juntos, desde hace tres años y un poco más —le digo en puntillas—, y yo no quiero cargar con un compromiso que no puedo cumplir.

Ja: no puede ser. Tiene que haber algo más. Tengo que llevar alguna relación extraña en mi tras escena, me dice, o en el mejor de los casos debo tener guardado en un cajón algún secreto grave que la Iglesia tendría que conocer, Dios santo. Nadie habla mal de nadie en este caso. Nadie. Nadie, ni siquiera sus papás, señor Silva Romero, que los dos alguna vez fueron cercanos a nuestra religión y los dos me lo confesaron a mí mismo en esta misma oficina, han querido describir aquella relación como un infierno en la Tierra durante las semanas que ha tomado este misterioso procedimiento. Ha habido demasiada prudencia, demasiada contención. Ella misma ha dicho: «yo quiero lo que él quiera». Y de todos esos testimonios, este Tribunal ha podido

recoger la conclusión de que esto es cosa suya. Si no, por qué.

—Pero padre —intervengo y se me va el aire y balbuceo—: qué falta puede hacernos el retrato de una pesadilla cuando la razón de fondo es que no hubo ni siquiera la intención de un hijo.

—¿Está completamente seguro de que ustedes están contando la historia como fue?

—Hubo un principio, un medio y un fin, padre, y nadie ha preparado a nadie para mentir.

—Pero quizás han debido pensarse bien lo que estaban haciendo desde el principio.

—Pero en este caso esa es la definición de un error —le dice la tensión que se me ha subido hasta las sienes—: no necesariamente de un crimen.

—Pues muy bien: no es una decisión definitiva, muchacho —responde, mientras me dice no y no y no con la cabeza—, porque esto es demasiado serio para dejarlo en manos de unos pocos hombres como usted y como yo, pero me temo mucho que no tenemos a la mano causas reales para concederles una nulidad.

Y todo el mundo me lo dijo: para qué se mete en eso, no pierda su tiempo tratando de obtener el paz y salvo del Dios de esos siniestros, qué carajos importa. Quieto. No más. No lo haga. Para qué abrir heridas a cambio de un cierre, de una ruptura en la ficción que ya se dio en la realidad. Pero no, yo no. Yo hago siempre lo que me da la gana, la puta gana, y me meto en unas empresas tan delirantes y tan heroicas y tan inútiles que ya nadie sabe cómo más decirme que por lo que más quiera no acepte ese trabajo tan incierto, que no me sacrifique tanto por tan poco, que no me case a los 23 años como cualquier futuro divorciado que se respete, que no les ordene a mis testigos no decir ni una mala palabra sobre nadie.

Cuándo voy a aprender. Cuándo voy a creermelo a mí mismo cuando le digo a alguien «tiene toda la razón».

Pero, por otra parte, qué mente retorcida quiere que dos personas que simplemente se han dado cuenta de que no son dos esposos se fatiguen y declaren su arrepentimiento cara a cara a Dios. Quién no comete errores y no se lleva la contraria a sí mismo. Que levante la mano el que no tenga un primer matrimonio.

Me despido de lejos del cura: no le doy la mano, y faltaba más, porque quién sabe dónde la ha tenido. Salgo de esa oficina, entre el polvo en el que nos convertiremos, y voy diciendo adiós y adiós a las personas que me encuentro en mi camino a la salida con la certeza de que no voy a volver a verlos nunca más. Puta: esto fue mi error. Les pedí a todos mis testigos, uno por uno por uno por uno, que le contáramos al Tribunal una novela psicológica —que lo fue, sí— que sucedió en las cabezas de dos jóvenes que confundieron el amor agudo de los buenos amigos con el amor grave de los esposos, pero como cualquier manada de espectadores los curas estaban esperando una puesta en escena de los siete pecados capitales y los veintitantos bajos instintos, una película de suspenso sobre quién tuvo la culpa. Querían acción. No reflexión.

Y el resultado es que ese señor, que no me miraba a los ojos pero me sonreía, acaba de notificarme que he perdido.

Voy de la puerta del Tribunal a la librería del Fondo de Cultura en unos veinte pasos. Paso por la sección de libros colombianos y ojeo las portadas y no me da la paz para nada más. Saco el celular gris y rugoso que sin querer metí a la lavadora el otro día, pero que logró seguir adelante. Busco en el directorio, en la pantalla, el número de teléfono de mi abogado: «Barreras». Marco. Y como no me contesta, porque nadie contesta la primera vez, me refugio en la sección de literatura infantil. Claro que me llama: 9:00 a.m. Y claro que me dice que estaba a punto de llamarme a preguntarme cómo me fue. Y, apenas le cuento que me han anunciado que lo más probable es que no me concedan la nulidad, el canonista que tanto me recomendaron confiesa

que ya lo sabía.

—Yo no quise decírtelo, querido Ricardo —aclara, desde el sillón ruidoso de su despacho, su voz de sacerdote que goza del matrimonio católico entre sus libros empastados de cuero vino tinto y sus muebles de madera reluciente—, porque esperaba que hoy sucediera un milagro, pero sí: nos negaron la nulidad.

—Pero si todo estaba clarísimo desde el principio, doctor, si no haber tenido hijos es más que suficiente: usted me dijo.

—El Tribunal sintió todo el tiempo que no podía seguirle el juego a una persona tan empeñada en romper un vínculo —me explica como si súbitamente ya no fuera mi abogado, sino mi juez—: hay que ser ejemplar de vez en cuando.

—No entiendo nada.

—Pero podríamos apelar.

—¿Y usted se ganaría otros ocho millones por seguir perdiendo?: me sale mucho más barato renunciar a una religión que me detesta, y sí, renuncio, y no más.

No. No más. Tenían razón todos los demás. Tendría que haber dejado quietos a los curas en su mundo, tendría que haber llamado a un amigo de un amigo de un amigo para que alguien me pusiera el sello «nulo» en los archivos. Soy un divorciado venerable. Soy libre ante la ley y ante los ojos del Dios en el que yo creo. Qué demonios me importa que esta gente de voz susurrada y condescendiente sea incapaz de pronunciarme un «podéis ir en paz» que sea compasivo y cierto, bah. Qué estoy haciendo acá, en los pasillos de libros de historia, si no es dándome cuenta de que a mí no me sale bien lo que a los otros les sale mal, si no es esperando a que el abogado aquel acabe de pedirme excusas y me deje colgar.

Mis testigos no lo pueden creer. Mi mamá me dice «tú sal de allá más bien». Mi papá me recuerda «pero hay que hacer lo que hay que hacer». Miren Vitore responde «no lo puedo creer» y Julián suelta un «qué vaina» que puedo ver sin tener que verlo.

Podrían decirme «yo lo dije» y reclamar. Y sin embargo, y sin armar una frase semejante, me están diciendo que hasta aquí llegó este capítulo amargo, que lo deje ir.

Salgo de la librería. Me pregunto qué diría Germán, mi amigo muerto que no muere jamás, de todo esto que está pasando. Miro a cada lado por si acaso: estamos en guerra. Paro el primer taxi que me encuentro en la carrera 5.^a. Adiós, Iglesia, adiós. Yo, de tanto haber visto sus imágenes sobrecogedoras, sus diluvios, sus mares partidos, sus piedades, he aprendido a quererla como a un personaje más de mi ficción —un bello padrastro que da miedo—, y así será, y así seguirá siendo, pero ya me voy. Sin gritos. Sin peleas. Diré a mi Dios, cuando me pase la ira, que también yo he sido educado por las pinturas de crucifixiones y por los réquiems que rempazan al aire en las catedrales, y que siempre me asaltará ese manto y esa sombra que me enseñaron de Semana Santa en Semana Santa y de versículo en versículo, pero que ha llegado el momento de cancelar mi suscripción. Yo puedo ir en paz.

Jueves 19 de octubre de 2006

Se despertó a las 6:30 a.m. a oír qué está pasando acá en el mundo. Mala idea. Pues, según supo y confesó la radio, la CIA ha denunciado que en Corea del Norte sí están haciendo «ensayos nucleares», que un jefe guerrillero de las Farc va a comparecer ante una corte gringa y que Pinochet el anciano ha negado rotundamente su responsabilidad en las torturas que se llevaron a cabo durante su dictadura. Y mi mamá, Marcela, ella, lleva 58 años renegando y padeciendo las noticias. No se paró sino que se fue parando de la cama, ay, qué país. Se puso un chal de cuadros azules y cafés encima de los hombros. Se vio en el espejo brevemente. Desayunó su té y su pedazo de queso holandés en la mesa redonda y se tomó sus pastillas en el orden de todos los días. Leyó las páginas políticas de *El Tiempo*. Salió al jardín y les echó migas de pan a los pájaros del día. Y a las 7:30 a.m., más o menos, se dio cuenta de que ya era la hora de arreglarse.

Cuando regresó a la sala del apartamento, convertida en la doctora Marcela Romero de Silva —que ese es el nombre con el que ella se presenta en voz alta—, eran por ahí las 8:30 a.m. Llamó a su socia, María Teresa Garcés, a decirle que pasaría por ella en media hora para que fueran a la reunión con los pensionados de la Flota Mercante, y por poco se quedan hablando de los hijos y de las demás cosas. Luego dejó la casa como si ella se hubiera ido de viaje: las sábanas tendidas, las mesas despejadas, los platos lavados, las cajas guardadas y las canecas sin basura. Y habría salido del apartamento en el que ella vive y es el refugio de todos hace ya más de cuatro años si no hubieran temblado el techo y los ventanales y no se hubiera escuchado el estruendo de bomba que se acaba de escuchar: ¡bum!, ¡crac!

Ay, Dios, que no vuelva esa época. Que no pase, se dice ella, como pasaba en el gobierno de Barco. Que no vuelvan los días en que uno no sabía si irse o si quedarse cuando le decían que la camioneta allá abajo era en realidad una bomba y que los señores de uniforme se iban a encargar de desactivarla. Sí, ella nos lo dijo a todos: nos dijo que no había que elegir ni reelegir a ese Uribe que tanto se ponía la mano en el corazón, nos advirtió que ese hombre iba a volverse un déspota tarde o temprano, y repitió «es que los ratones olemos a los gatos» hasta que dejó de ser chistoso, y una noche todos fuimos roedores. Habría que haberse ido del país en 2002, en 1990, en 1976. Habría que irse ya. Adiós, Colombia, adiós. Pero de acá ni siquiera se va la gente que se va. Y los días se irían por allá en estar pendiente de qué está ocurriendo por acá.

Y acá todo va dejando de temblar, de crujir. Pero se oyen y se siguen oyendo la sordera y los rumores que han quedado en el aire desde aquí hasta la 100. Tuvo que ser cerca.

Sube el volumen de la radio, de 10 líneas a 15, porque algo están diciendo los periodistas de siempre de la bomba. Sí, sí es una bomba, una maldita bomba, carajo: otra vez. Explotó hace unos cuantos minutos en el norte de la ciudad. Parece que, si las fuentes de la emisora están diciendo la verdad, lo que estalló fue una camioneta Ford Explorer parqueada en la Escuela de Infantería como un carro de alguien. O sea que fue a unos pasos del edificio viejo de donde se está yendo hoy su hijo menor, Ricardo, yo. Que comienzo a escuchar el timbre de mi celular gris, y en busca del aparato saco las llaves y los recibos y las monedas que estoy cargando en los

bolsillos, y antes de ver su nombre en la pantalla sé que es ella porque mi papá está en clase hacia las nueve de la mañana, y a quién más va a importarle si quedé sepultado en mi apartamento justo el día de la mudanza.

—Cómo te parece que uno de los señores del trasteo salió volando contra una pared por culpa de la explosión, pero nada le pasó —le cuento—: es que acá tembló todo.

—Ay, se me había olvidado que hoy es lo del cambio de casa —me responde.

—Sí, justo hoy: de despedida.

—Y quién sabe ahora a quién carajo van a echarle la culpa de esta cosa tan rara.

Podríamos perdernos en una discusión de aquellas en las que nos metemos. Que yo no creo que haya un plan muy perverso, sino apenas perverso, detrás de esto. Y ella, en cambio, está segura de que aquí hay una conjura para echar atrás la posibilidad de terminar esta guerra que no empieza ni termina sino que se transforma. Pero me acabo de dar cuenta de que el pequeño señor que en un principio parecía un superhéroe de los de antes, porque cargaba los muebles más pesados en su espalda y subía al piso décimo y bajaba al primero en cuestión de segundos, en realidad es un par de hermanos gemelos: ja. Y entonces le corto la conversación a mi mamá, de golpe y sin esperar una pausa, justo cuando ella está diciéndome que lo importante es que yo estoy bien: «ya te llamo», digo.

Todo lo que tengo ya está abajo. Sólo falta sacar la máquina de coser de mi abuela española, un mueble de madera pesado y aparatoso, del apartamento 1004 del edificio La Gran Vía. Y ahí va, ahí lo llevan.

Se van los señores del trasteo, por última vez, en el peligrosísimo ascensor de este lugar. Quedo encargado, por un tipo que no volveré a ver en la vida, de que no se quede nada adentro que luego vaya yo a extrañar. Voy por la habitación helada en la que un día caí en cuenta, demasiado tarde, de que esta no era mi casa, sigo al estudio contrahecho en el que me enteré de las peores noticias de mi vida, me asomo a la oficina en la que nos dijimos la verdad que tendríamos que habernos dicho antes, pero eso le pasa a cualquiera. Ni una cosa rota ni una cosa rara. Reviso armario por armario a manera de despedida: nada, no. Salgo al pasillo, que ha quedado lleno de cicatrices por culpa de aquel cambio de tubería que hace dos años me dejó esta rinitis y esta resequedad que no cesan. Paso de largo por la pared que fue azul, y dejo atrás los dos directorios telefónicos que han quedado en el tapete más o menos limpio, en mi camino a la puerta de salida.

Nada que llega el ascensor. Quién sabe en qué lío está metido. Seguro que les ha dado trabajo sacar de ahí la pesada máquina de coser, una reliquia. Quizás no han podido sacar por la puerta el sofá de cuadritos que me regaló mi amigo Germán. Yo oigo por última vez la voz de mi amable vecina, detrás de la puerta del 1003, que repite las mismas sílabas desde que perdió a su hijo. Y decido bajar por las escaleras de baldosas estrelladas por las que bajaba a saltos, sin ninguna clase de cuidado, cuando era un niño en vacaciones: piso nueve, piso ocho, piso siete. Sé que voy a parar en el sexto piso. Voy a asomarme por última vez al apartamento ese, el 603, donde sucedió la infancia de todos. No me espero, no, lo que me está pasando. Que caigo en la tentación de sacar mis llaves, colgadas a mi llavero de bus inglés, y de abrir la puerta de esa casa que hoy parece un pueblo fantasma.

Allá era la sala: mi mamá, mi hermano y yo mirábamos por esa ventana larga y alta, arrodillados en el sofá de flores, con la ilusión de que llegara mi papá de la universidad. Aquí estuvo siempre el comedor redondo de pino que está ahora mismo donde mi mamá. Aquí, en esta esquina donde siempre hubo una mata, un enemigo que no hemos podido aclarar nos puso

brujería para que la familia estallara. Estas son las huellas del mueble viejo y oscuro donde mi mamá se enteró, por teléfono, de que su mamá había muerto y su papá estaba a punto de morir y sí habían asesinado a su hermano. Allá al fondo, en la cocina, bajo la ropa colgada en el pequeño patio, guardábamos las canastas de Coca-Cola. Este era el cuarto adonde iban a parar las cosas que estaban a punto de ser olvidadas. Y esta puerta de vaivén se le venía a uno encima, y chirriaba, si uno era un niño bajito de cinco años que tenía mejores cosas en qué pensar.

En este pasillo lleno de los rotitos y las grietas de las puntillas, que va a dar a tres habitaciones —más que suficientes para un familia de cuatro—, estaban las reproducciones de las caricaturas bogotanas de José María Espinosa: al lado del baño pequeño podía verse, por supuesto, al pobre Loco Cacanegra. En nuestro cuarto, el de mi hermano y el mío, jugábamos fútbol con tapas de gaseosa sobre un tapete verde que habíamos puesto de un lado al otro. En la sala del televisor, donde estaba el Betamax gigantesco que muy de vez en cuando se dañaba, veíamos los partidos de fútbol y las telenovelas. En el cuarto y en el baño de mis papás podían suceder días enteros porque la gracia era estar donde ellos estuvieran. Por qué nadie ha querido comprar este apartamento que le entregamos a un banco para que nos dejara en paz. Qué es lo que tiene. Por qué cumple ya cuatro largos, extraños, demasiados años de estar vacío y fantasmal. Quién quiere empezar su historia en este lugar. Quién diablos va a vivir acá.

Tengo que salir de este apartamento sea como fuere y venga lo que venga. Yo lo sé. Tengo que dejar estas llaves en la portería, «gracias por todo, don Elías», y no volver más por acá.

Desde aquí puedo ver el camión de los trasteos esperándome abajo. Y ahora mismo está sonando el teléfono celular gris, que suena como un desesperado teléfono de los de antes, y es una llamada de mi papá porque de quién más: me pregunta con su voz de «aquí estoy», en una pausa de su clase, si estoy bien y no estalló nada más, si ya están las cosas empacadas y ya está todo listo para irse por fin del edificio La Gran Vía. Sí, ya fue. Ya voy bajando. Hice una parada melancólica e incrédula en el 603, le digo, porque apenas salga yo de aquí ninguno de los cuatro va a volver más —se fue mi hermano, se fueron mis papás y me voy yo—, pero ya voy a salir de aquí porque aquí no queda nadie: «entonces hablamos más tarde», «hablamos después».

Cierro la puerta de lata cubierta con una placa de madera como si fuera un viejo calvo patético pero conmovedor que ha cedido en el último minuto a un peluquín. Primerísimo primer plano del número de siempre en la puerta y el tapete de caucho: 603. Doy media vuelta en busca de los 84 escalones que había que bajar y subir en los tiempos del apagón. Y entonces dejo todas las nostalgias atrás porque mi papá me ha dicho mucho que la nostalgia es inútil y me pongo práctico porque si no este día va a ser un desastre. Llego abajo sin pensármelo más. Adiós, edificio La Gran Vía, adiós. Quédese con sus dos locales y sus rejas y su zona verde con un muro donde puede leerse «Kiss» y sus árboles gigantescos a punto de venírseles encima a los niños que esperan a sus papás en las ventanas. Da igual. No es tan grave que yo me vaya. Nada va a ser mejor ni va a ser peor para nadie si no estoy viviendo aquí. Yo habría querido comprar mi apartamento, pero, ya que nadie quiso vendérmelo, me voy.

Y, como si no me sirvieran de nada las lecturas y las ganas de reírme, pienso que es por algo y para algo.

Doy la mano al portero de turno: «hablamos muy pronto, don Elías, no me haga esa cara que yo por acá vuelvo». Entrego las dos llaves, la dorada y la plateada, como si alguien me las estuviera pidiendo, como si esos pequeños gestos de la vida fueran a darle forma alguna vez a alguna escena. Subo en el taxi de confianza que me va a llevar al apartamento nuevo detrás del camión del trasteo: «gracias, don Jaime, es acá a la vuelta». Y cuando ya vamos a arrancar, y

vamos a perdernos en la carrera 7.^a en busca de la nueva casa, me doy cuenta de que un demente que me está golpeando el vidrio con su dedo índice es un sonriente fotógrafo de *Semana*.

Mi apartamento es perfecto para retratar las esquiras y el humo y las cenizas que ha dejado la bomba de hace unos minutos. Seguro que desde alguna ventana allá arriba debe verse cómo están tratando de apagar la camioneta aquella y qué quedó después de semejante explosión. Y él, a quien conozco desde hace seis años y nunca había hecho esta cara de desesperación, no puede creer que yo justo me esté yendo en estos momentos a vivir a otra parte. ¿Tengo las llaves todavía? ¿Las entregué? ¿Pero es que no tengo ningún instinto de periodista? ¿Puedo pedírselas al portero si soy tan amable? Qué vergüenza, sí, pero ni modo. Yo voy a la recepción. Yo las pido. Y luego subimos juntos a tomar las fotos que sean necesarias. No es este el momento, señoras y señores, de convertirme en un hombre que sabe decir que no.

Pero que nadie espere de mí periodismo, no, que yo lo que soy es dramático, y mi oficio es el de atar mis propios cabos.

Suena el timbre de mi celular mientras abrimos la puerta del ascensor y volvemos al apartamento que acabo de dejar. Ya no odio este aparato. Hice lo que pude para no tenerlo hasta el día del año pasado en el que si no es porque lo tengo a la mano en pleno preestreno de *Los fantasmas de Goya*, y ella me puede llamar desde la sala de urgencias del hospital, angustiada y perdida y cubierta de su sangre que tarda tanto en coagular, no me entero de que mi mamá se ha caído por las escaleras de su casa y que quién sabe gracias a qué o a quién no ha muerto por muy poco, y puedo ir ya mismo a acompañarla porque estoy a unas cuerdas nomás de donde ella está esperando que le digan qué tan mal se ve y qué tan mal está.

—¿Llegaste bien? —me pregunta, mientras abro la puerta del 1004, la voz de «por favor, dime que estás bien» de mi mamá.

—No he salido, pero ya estoy por salir —le digo a todo volumen, y la frase retumba en las paredes de ese apartamento vacío, para avergonzar a mi amigo el fotógrafo.

—Eso de la bomba está terrible —dice, y detrás de ella se oye una radio, la del Ford vino tinto en el que va, echándoles la culpa a las Farc de la noticia—: seguro que van a decir que por eso es que este señor no se puede ir jamás de la presidencia.

—Seguro que sí.

Claro que sí. Anoche vio, me dice, un programa en Discovery Channel sobre conspiraciones y crímenes de Estado, y como si fuera poco se puso a leer *La ruina de la casa de los Usher*. Pero cuatro años después de que «este señor» Uribe se haya trepado en el poder está claro que ella tiene toda la razón, que nunca jamás se va a ir y dentro de unos años habrá que hacerse matar o callarse para siempre. Por lo pronto no hay nada que hacer. Quejarse. Ponerlo por escrito. Salir de aquí porque ya están todas las fotos: «muchas, muchas gracias». Decirle hasta luego, acá, a mi amigo fotógrafo. Descubrir, en el camino a la salida, que se me habían caído al piso las llaves del apartamento nuevo y unos papelitos cuando me puse a buscar mi celular entre el bolsillo de los jeans: «menos mal subimos». Bajar los diez pisos, repetir la despedida y subir de nuevo al taxi. Perderse de vista. Enfrentarse a la ventana llena de ventanas del edificio nuevo.

Lamentar, como siempre, que ahora mismo no esté Germán para ayudarme a cargar esta mesa. Notar, cuando se abra la puerta de madera llena de cerraduras de mi sitio nuevo, que los apartamentos vacíos son escenarios dormidos y cautos, pero también son lugares a la espera de la siguiente puesta en escena, a la espera de la familia que venga. Cuando veo a los dos hermanos gemelos con los primeros muebles sobre sus espaldas, en las escaleritas de ladrillo que van a dar a este segundo piso nuevo, les digo «por aquí, por aquí», y entonces es el fin del fin, adiós, la

vida vieja, adiós.

Viernes 28 de julio de 2006

No sé si lo sepa, pero todo el mundo se calla cuando él habla. Acaba de comenzar su breve discurso de cierre de ese ciclo de conferencias, vestido de camisa blanca y pantalones beige e incómodo bajo los ventiladores de este hotel en Santa Marta, y los 200 asistentes se han quedado mudos y se han sentado en el borde de sus sillas listos a reírse y a decirle que sí. Él cuenta los días en los que se iba caminando hasta la Facultad de Física con el profesor Otto de Greiff, y es claro que educar era una vocación en ese entonces, y la academia era un poco menos cínica. Repite que no entiende en qué momento las universidades se volvieron fortines de negociantes y de políticos, y no sabe por qué los ingenieros dieron su brazo a torcer en estos veintitantos años de mentalidad mafiosa. Piensa que hay que ser optimista, y hay que esperar que la educación reviva, pues hoy uno de los requisitos para ser ministro es ser inútil.

Invita a las facultades de Ingeniería del país, como su eterno director, a que participen en la corrección de esta sociedad gobernada por tantos hombres que dan miedo. Dice, con su propia timidez, que lo peor que puede pasarles es que les toque irse a vivir a otro país. Y entonces recibe el aplauso y el cariño y el apretón de manos de todos en su camino de salida al taxi que lo va a llevar al aeropuerto.

Ya no es el doctor Eduardo Silva Sánchez, que todos celebran e invitan a sus casas aunque siempre diga no, sino mi papá. Y le ha entrado urgencia de llegar a Bogotá a más tardar al mediodía para acompañar a mi mamá a esa reunión extraña que la pobre va a tener a las tres de la tarde. Para qué quieren verla «a solas» ese tipo y su asesora. Qué es lo que van a ofrecerle que es mejor que sea «entre nos». Si María Teresa, su socia, no estuviera en Cali justo en este momento. Si mi hermano y su esposa y sus niñitos no estuvieran de viaje, y yo no anduviera metido en la presentación de la película en la que sale mi amigo Carlos Manuel —*Soñar no cuesta nada*, se llama—, no habría nada que temer: alguno de nosotros le serviría a ella, como sus abogados auxiliares en los tiempos en los que trabajó en la Presidencia, de testigo de la peor propuesta del mundo.

Tenían que estar atrasados todos los vuelos. Tenían que decirle, en el counter de piedra del aeropuerto de Santa Marta, que el siguiente vuelo saldrá a las 3:15 p.m. La llama. Le cuenta lo que está pasando: «llego por ahí a las cinco a la casa». Y ella entonces se va preparando para asumir lo que vendrá.

Se quita las gafas oscuras gigantescas, de los 70, con las que acaba de recorrer los juzgados para seguir sus casos y las oficinas públicas para ratificar sus conceptos. Se mira en el espejo del baño de la entrada, Dios santo, no. Sus ojos siguen hinchados y morados y verdes quince días después de la caída en la que estuvo a punto de matarse. Fue en estas mismas escaleras de madera lisa que está subiendo paso por paso y aferrada a la baranda. Fue en el descanso donde se quedó pensando, entre su sangre, que quizás estaba muerta. Y lo más probable es que Dios no exista, como dice Stephen Hawking en el libro que ella ha estado leyendo, pero Dios santo, Dios mío: hemos ido saliendo todos del edificio en el que vivíamos, uno por uno por uno —y sólo

falto yo, el hijo menor, que me resisto—, porque eso han querido los que nos han puesto brujería, y es hora de que nos dejen en paz.

No más. Ella sólo está trabajando en sus tribunales de arbitramento, en sus asesorías, en sus casos para pagar sus cuentas y darles regalos a los demás. Ella sólo quiere estar pendiente de su familia, y nada más.

Suena el timbre, esperado e inesperado, a las 3:37 p.m.: los dos personajes del Distrito han llegado por fin después de días y días de pedirle que los recibiera. Se pone las gafas oscuras. Se pone sobre los hombros su chal de cuadritos de abuelita: siempre, desde que era una niña, ha sufrido de fríos, pero esta vez se lo ha puesto más como armándose antes de abrirles la puerta a sus enemigos. Ella es distante y seca con quienes la persiguen, y les ha dicho a los peores entre los peores lo que piensa de ellos en sus máscaras, pero tiene claro que a estos tiene que recibirlos con su mejor «hola» y debe saludarlos como si fuera una alegría verlos. Sigán, sigán. Pasen, pasen. Perdonen las gafas de sol entre la casa, pero nadie tiene por qué verla vuelta un monstruo.

Y perdonen que haga seguir al portero del conjunto de casas, «adelante, adelante», pero es que él está terminando sus estudios de Derecho y por estos días le ha estado sirviendo de asistente.

Se sientan, cómodos e incómodos, en la mesa redonda de la sala. Toman tres tazas de té. Comen y comen las galletas esas de la caja de lata azul que se vuelven arena entre la boca. El funcionario le pregunta cómo fue la caída. La funcionaria le pregunta si los de las fotos son sus dos hijos y sus dos nietos. El portero finge ser el asistente. Y todo avanza entre las noticias del día, que el desempleo ha estado subiendo de manera escalofriante, que las Farc han asesinado a un par de niños frente a sus padres en el Cauca, que ya se está preparando todo para la segunda posesión de Uribe Vélez, hasta que el funcionario revela la razón de la visita: el concepto que ha escrito mi mamá, como asesora de la entidad para la que trabajan, va en contra de lo que ellos esperaban, le da la razón a la contraparte y es un problema para todos.

—Ese es el lío de asesorar a las entidades públicas —le explica mi mamá a su asistente improvisado—: que no siempre les conviene el trabajo de uno, pero igual hay que hacerlo.

La funcionaria dice, sonriente, pero más para afuera que para adentro, que esperaban una respuesta así de ella: «nos han dicho que eres químicamente pura». De inmediato le aclara que no necesitan que cambie el concepto, que «nadie necesita que seas deshonesto», sino que simplemente lo retire: «no es más...». Y le dice que han pensado ofrecerle un contrato por 500, por 1.000, por 1.500 millones de pesos para premiarla por su trabajo extraordinario: nadie puede imaginarse lo que viene para el Distrito sin sus consejos, sin su ayuda. Ya han sabido que recorrió la ciudad para hacer el Código de Convivencia, el del señor Antanas Mockus, con su socia. Ya han oído que a finales de los 80, recta e incorruptible, se les enfrentó a todos desde la Secretaría Jurídica de la Presidencia. Y que es la hermana de Romero Buj y la hija de Romero Aguirre, en paz descansen.

—Y habíamos pensando ofrecerte un contrato de asesoría por 2.000, 2.500, 3.000 millones para que sigas ayudándonos a que la izquierda pruebe que también sabe gobernar —le dice, tembloroso, el funcionario.

Ella se fija en los ojos abiertos y las cejas elevadas de su falso asistente. Eso: que sea testigo de la oferta que le están haciendo. Que sepa a qué se refieren con «que la izquierda pruebe que también sabe gobernar». Si fueran los sesenta o los setenta o los ochenta se demoraría un poco más en entender que pretenden sobornarla sin pedirle mucho a cambio, solamente su alma, y reaccionaría con violencia y los mandaría a los dos al infierno que les corresponda. Pero ya ha pasado mucho tiempo, y se siente demasiado vieja para creer en Dios y demasiado alerta para

caer en la trampa de enfurecerse cuando tratan de comprarla. Y entonces, en vez de responder, les cuenta un par de historias.

La de cómo en sus cuatro años en la Presidencia aprendió a tener siempre a su lado a un testigo que pudiera dar fe de que le estaban ofreciendo dinero o la estaban amenazando de muerte para echar atrás alguna extradición de cualquier traficante. Y la de cómo hace dos años, cuando asesoraba al IDU «para que nadie se quedara con un solo peso que no fuera suyo», decidió que lo mejor iba a ser dedicarse a cuidar a sus dos nietos: si como ella ustedes hubieran visto el fuego y las cenizas y la sangre, y los gritos de las madres y los padres de los 21 niños del Colegio Agustiniiano que murieron sepultados en el bus de regreso bajo aquella mezcladora —ay, Eunice, su amiga asesorada, temblaba de horror—, seguro que habrían pensado esto mismo: que mejor es dedicarle la vejez a su familia.

Casi todo lo que acaba de decirles es cierto: el horror sucedió tal cual. Pero ella no puede darse el lujo de ser una abuela, y nada más, porque a los 57 años tiene la energía de los 27 y está demasiado lejos de la vejez, y porque quién puede retirarse en un país en el que la plata cada vez alcanza para menos y la pensión se niega a salir. Y si les está diciendo que no, disfrazada con su chal, es porque dejaría de ser ella si diera su brazo a torcer. La izquierda: ja. Ella asumió hace dos años que había que ayudarle. Que su hermano, que tuvo fe en la Historia y sus revoluciones y al que asesinaron por ser un traidor a la causa, jamás habría imaginado que la izquierda pudiera llegar al poder a punta de votos. Y esa era una oportunidad que no podía perderse para demostrar que este mismo sistema podía ser justo y lleno de puertas abiertas para todos. Y aquí estamos.

En sus 36 años de carrera, de la oficina de su papá hasta el Consejo de Estado, del Ministerio del Trabajo a la Presidencia de la República, ha oído demasiadas veces que quieren echarla «por ser de izquierda», «por ser hermana de Romero Buj», «por ser hija de Romero Aguirre».

Y aquí estamos: nadie quiere acercársele, en la primera alcaldía socialista de nuestra Historia, «por ser químicamente pura».

—Doctora: usted no tendría que hacer nada más sino retirar un concepto que a mí francamente me parece discutible —dice, perdiendo la paciencia y el hambre de galletas, la funcionaria.

—Sí, pero no —le responde mi mamá con su voz de «juguemos a que yo no estaba entendiendo lo que ustedes estaban haciendo»—: no.

—Pero nosotros no estamos aquí para eso, Marcelita —le dice el funcionario en un triste intento de recobrar la confianza—, sino para ofrecerte un contrato que nos conviene a todos.

—No, no puedo —le contesta con su voz de «juguemos a que esta era una conversación entre amigos»—: yo ya no estoy para estas cosas.

Y los mira y los sigue mirando por encima de las gafas oscuras, y se le ven la frente hinchada y los moretones y las costras y las huellas de la sangre que le corría por la cara hace apenas 15 días, y entonces les explica por qué está como está y los va enredando en el relato de su accidente y en un breve reporte de sus males de salud para que apenas ella termine este monólogo que es una obra maestra ellos tengan claro que les ha llegado el momento de irse. Deberían esperar a su esposo y a su hijo abogado y a su hijo que escribe, que deben estar por llegar en cualquier momento, para que por fin los conozcan. Deberían comerse otra galletita y un poquito de jamón antes de encarar el trancón de esta Bogotá que no va a ninguna parte.

Se levantan y se despiden y se están yendo. La funcionaria no logra quitarse esa sonrisa forzada ni puede pronunciar una sola palabra que venga al caso ni sabe cómo escupir la ira que se le ha vuelto torpeza. El funcionario se va rojo de la frustración, con toda la sangre agolpada en las mejillas y las sienes, y nos manda saludes a todos. Y el portero los escolta hasta la salida del

conjunto, el conjunto Villa Real —pues fue la casa del doctor Villarreal, suegro de mi amigo Luis Fernando, que tanto peleó por los derechos de las mujeres—, y todo se queda quieto y en silencio durante un par de minutos. No, no se lo está inventando. Tiene un testigo que se ha ido con la boca abierta. Acaba de ocurrir lo que acaba de ocurrir, y ella ha vuelto a salvarse de caer en otra banda de mediocres y otro grupito de amigos que se están quedando con todo «porque esas oportunidades no se vuelven a dar». Ay, habría que irse de este país para siempre. Acá la honestidad cierra las puertas.

En 2006 acaba de cerrarle las puertas del Distrito, y la ha volcado, una vez más, lejos de las asesorías y hacia sus propios casos, pero antes le había cerrado otras más.

Va a llamar a alguien. A alguna amiga de hace mucho tiempo: Mirentxu, María Teresa, Gladys, Eunice. A alguno de nosotros tres. Pero entonces escucha el ruidito de la cerradura, cric, y es mi papá que acaba de llegar a la casa demasiado tarde pero a tiempo para oír toda la historia. No han dejado de estar juntos ni una sola jornada desde que, hace cuatro años, cada cual tuvo que buscar un nuevo apartamento. Y han estado pensando en construirle un par de habitaciones más en el segundo piso a este lugar, que mi hermano les compró, para que sea más fácil estar pendientes el uno del otro. Y ella pueda hacer, como ahora, la comida que les guste. Y los dos puedan sentarse en la mesa redonda a hablar mucho y poco y nada como si todo estuviera en su sitio.

Ahí, sentados, tomándose la sopa de lentejas del almuerzo, los encuentro yo. Discuten, critican lo que acaba de pasar en esta casa. Qué privilegio es ser el testigo y el evangelista de esta relación que no es lo uno ni es lo otro, sino esta manera de ellos de estar juntos: «no se guardan nada que no sean ellos mismos ni hay ya decepción detrás de este matrimonio —dice Ekdal en el cuarto acto de *El pato salvaje*—: es el sabio acuerdo de perdonarlo todo para que llegue mañana». Él, mi papá, cuenta cómo salió de bien la reunión de Santa Marta y sospecha que hay gente tan corrupta que no se da cuenta de su propia corrupción. Y ella, mi mamá, asegura que su Dios es el Dios de Stephen Hawking porque nunca está, me dice que un día tengo que contar la historia de esta familia y se pregunta si no tendremos encima la brujería otra vez.

Yo quiero decir «si hay brujería, hay Dios», y perderme en la sospecha de que no vemos la tras escena de este mundo, pero me quedo mudo porque para callarme —y no pensar en el fin de mi matrimonio, que ya viene— es que he venido de visita a mi casa.

Sábado 9 de agosto de 2003

Germán murió ayer en la tarde. Clarita, su mamá, que he querido desde siempre como a la mamá de mi hermano, me llamó hacia las 8:30 p.m. —al 2579179— a darme la peor noticia de este libro: «estoy doblegada del dolor», me dijo. Apenas colgué, luego de repetir «no puede ser» hasta quedarme sin palabras, les conté lo que acababa de oír a los dos amigos que tenía a mi lado: Miren Vitore me respondió con su propio «no puede ser», y Julián, en nombre de todos, llamó a la casa de Germán a preguntar si era cierto lo que yo acababa de decirles. Sí, era cierto. Había sido hacía apenas unos minutos: cerca de las 8:00 p.m. Se había quedado sin aire en una casona de Honda, y no tenía a la mano ni su remedio para el asma ni una sala de urgencias que estuviera preparada para salvarle la vida.

—Esta mañana, cuando me desperté, encontré una mariposa negra en la entrada de mi habitación —confesé.

Y mis amigos me miraron como si no me hubieran entendido y no quisieran entenderme.

—Yo le dije que no se fuera —relaté—: yo, apenas me contó el paseo que se había inventado, le dije «yo no sé usted para qué se va a ir por allá».

Pasa, a veces, que uno se ve obligado a vivir de noche. Y así fue porque nadie iba a dormir después de esta noticia y nadie iba a cerrar las cortinas de ninguna habitación. Todos los bombillos del apartamento estaban encendidos, todos. En la pantalla del televisor podía verse, en pausa, la película que estábamos viendo: *Qué bello es vivir*. Ninguno de los tres quería salir de esa habitación ni conseguía articular nada diferente a un «y ahora qué vamos a hacer». Bebimos tazas y tazas y tazas de té, de las 9:00 p.m. a las 12:00 a.m., pensando que nos iban a tranquilizar. Pasamos mil veces los mismos canales de televisión, temblorosos y desesperados, dándole vueltas una y otra vez a cómo no se nos pasó por la cabeza que Germán iba a estar en peligro.

Recordamos la última vez que hablamos con él de «qué carajos hacer en caso de un ataque de asma». Caímos en cuenta de que se había ido de viaje al peor aire posible con el par de amigos de siempre que justamente no tenían ni idea de cómo enfrentar un episodio de aquellos. Con que esto es lo que llaman el destino.

Por poco no amanece, por muy poco. El tiempo fue flotando, 12:05, 12:04, 12:03, 12:02, 12:01, como si fuera nuestra voluntad. El estridente E! Entertainment Television, en especial el comercial de la *E! True Hollywood Story* de Jim Carrey, estuvo a punto de enloquecernos. Miren Vitore se fue a su casa a tratar de dormir un poco. Julián se quedó conmigo toda la madrugada, dando vueltas en el sofá, porque adónde íbamos a ir si Germán estaba muerto aunque fuera imposible, si no contábamos con perder sus ataques de risa, su sabiduría a pesar de sí mismo, su generosidad, sus ganas de estar vivo, su extraña capacidad de estar en todas partes y quedarse. Qué voy a hacer yo sin Germán. Si es él el encargado de decirme que no soy un desastre. Si es él el que me dice que voy bien. Y le da risa cuando me niego a tener un teléfono celular.

A las 7:30 a.m. llamé a mi mamá a darle la mala noticia. A las 7:35 me llamó ella a preguntarme si yo la había llamado hacía cinco minutos a decirle que Germán se había muerto. A

las 7:40 me llamó mi papá a decirme que él estaba seguro de que todo eso era un malentendido, pero que si acaso era cierta la noticia entonces teníamos que pensar que —como lo prueba la física— la gente que uno quiere no se crea ni se destruye, sino que se transforma, y el tiempo no existe. A las 7:50 me puse el único vestido que tengo para ir a la funeraria a despedirme de mi amigo, o lo que sea que uno haga en una velación. Y vinieron las llamadas de todos, de mi hermano y de todos, y yo estaba cansado y no lo estaba porque eso no podía estar pasando, y se fue llegando en mi reloj de pantalla blanca la hora de salir hacia la velación y hacia el absurdo.

Sé todo lo que vino luego, sé cómo fue el funeral: a las 10:00 a.m. Alejandro trajo a María, la amiga y la novia con la que me casé hace ya cuatro años, de la finca remota donde estaban reunidos con su grupo de estudio de filosofía; fuimos juntos a la funeraria de la 100, y la pobre, solidaria y perdida, comenzó a preguntarse en voz alta cómo iba a hacer para llevarme de aquí en adelante; lidiamos los lugares comunes, «está mucho mejor que nosotros», «la vida se va yendo y se va», «mañana no sabemos», «como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos», y tomamos agua aromática y ya; Luis Fernando se nos quedó sin palabras y me puso entonces una mano en el hombro; Daniel me abrazó en el sofá de la sala de velación y lloró y lloró y me consoló porque no tenía ningún sentido lo que estaba pasando, dijo; un par de pendejos hicieron acto de presencia y dijeron cualquier cosa y ensayaron una serie de chistes ante el auditorio equivocado; vimos el cuerpo que fue Germán, descansando en el féretro, y no quise pensar, sino ver y confirmar y asentir, y seguir haciendo lo que me dijeran que tenía que hacer para que el día del sepelio se acabara; el padre Vicente lanzó una homilía estremecida pero pausada que empezó a recordarnos la gravedad del asunto; supe que la familia de mi amigo era también la mía y abracé a Clarita y a todos y cargué el ataúd con los demás hermanos, y le dije a Germán, para mí, «estoy cargando su ataúd» como si el pobre me estuviera escuchando.

Supe que ese momento, a punto de cumplir los 27 años, era el final brutal de un episodio, de un libro entero. Tuve claro desde el comienzo del funeral, entre los hombros, los brazos, las carteras negras, que me tocaba vivir por los dos y decirme a mí mismo que no soy un desastre y repetirme que voy bien aunque me esté mintiendo.

Lloré un poco, pero sólo un poco. Pude tragarme los sollozos y trancarme justo a tiempo las muecas de dolor. Oí la tristeza de los demás, y consolé a mis papás porque Germán era otro hijo de ellos y estaban contándole a todo el mundo que el fin de semana pasado los había llevado en su Mazda 323 rojo a hacer el mercado: mi papá decía «le invertimos mucho» en vez de reconocer que «era nuestro» y ella repetía «estábamos trabajando juntos en el distrito» en vez de aceptar que «era mi familia». Me poseía como un espíritu benigno y abatido una tristeza que no se me veía en el espejo, pero no me sentía traicionado por mi amigo ni tenía con él cuentas pendientes ni cabos por atar ni frases por decir, y podía hablar de él con alegría desde el principio de este duelo que a esta hora cada cual tendrá que estar llevando a su manera.

Respondí preguntas de todos: su equipo era Millonarios, su música era la de Simon & Garfunkel, su película preferida era *Cantando bajo la lluvia*, su gran sospecha era que no era bueno confiar en este presidente, Uribe, que se ha ido enloqueciendo poco a poco.

Hablé de sus dietas. De su vocación a hacer propia la alegría ajena. De su bondad y su generosidad tan extrañas. Del sábado en el que le ayudó a mi mamá en su trasteo del edificio La Gran Vía al conjunto Villa Real. De cómo en los últimos meses había superado uno por uno sus temores como si supiera. De su dislexia: «parece que van a demandarlo por lujuria», «tengo un primo que maneja una glándula en Venecia». De lo curioso que era que le hubiera llegado la muerte diez años después del abuelito García-Peña que tanto quiso, el director emérito de *El*

Tiempo, que debió ser jefe de mi abuelo en el periódico, vaya usted a saber. De lo raro pero lo bonito que era que hubiera dejado ordenado su cuarto antes de irse. De los juegos de Pictionary en los que juntos éramos imbatibles. De lo bueno que había sido que se enamorara de aquella compañera de curso en los últimos meses. De lo mucho que disfrutaba su nuevo trabajo. De lo absurdo que iba a ser que se perdiera tantas películas y tantos discos. De cuánto disfrutó todo. De lo bien que vivió y lo bien que la pasó siempre.

Llegó el día siguiente, creo, pero a mí me pareció la misma jornada. Tarde en la tarde fuimos María, Miren Vitore, Julián y yo, cuatro huérfanos de amigo, a ver *Bowling for Columbine* en el teatro medio lleno del centro comercial de la 72. No sé por qué hicimos eso, si ya la habíamos visto todos antes y yo la había reseñado en la revista, pero estuvimos ahí tratando de pensar una por una en las escenas del documental. Volvimos de luto al apartamento 1004, en el edificio La Gran Vía, en el Renault 12 rojizo de Julián: cuando entrábamos en el garaje, y buscábamos nuestro lejano parqueadero, comenzó a sonar «every time I see your face, it reminds me of the places we used to go, but all I got is a photograph and I realize you're not coming back anymore», y nos dio ataque de risa.

Estábamos cansados de tratar, en vano, de dormir. Quizás estaba llegando la hora de que cada quien empezara su propio duelo y reírse era una manera de llorar. No sé.

El caso es que se me ocurrió contarles que todos los lunes del año 2000 caminé con mi papá del edificio La Gran Vía al edificio de *Semana* cuando dejó de ser el rector de la universidad por culpa del infarto brutal al que sobrevivió y entonces necesitó recuperar el aire. Luis Fernando nos acompañaba en una cafetería, a la vuelta de la esquina, a hablar de cualquier cosa. A veces venía Daniel. En alguna ocasión, de visita, nos acompañó mi hermano. Y todos los lunes, apenas regresábamos, Germán llamaba a preguntar qué tal nos había ido esta vez, qué postre habíamos comido y de qué habíamos hablado. No me pregunten por qué, pero yo se lo contaba.

Pasamos canales y canales y canales, y volvimos a hablar de Honda y el asma, y se rieron de mí por negarme rotundamente a tener un teléfono celular, y les conté que cuando murió Amelita, la empleada de la casa, una vecina de ella me dijo «la señora Amelia me dijo anoche en un sueño que si lo veía le dijera que no fue capaz de despedirse de usted», hasta que fue hora de estar solos. María se fue a la habitación porque tenía demasiados líos pendientes en la columna vertebral, no daba más. Yo preferí quedarme acá, frente a la ventana, frente a la puerta de salida, frente al televisor, porque no era capaz de ponerme la pijama e irme a dormir.

Pasa, a veces, que uno se ve obligado a vivir en la noche. Y ve desde la ventana los mendigos que pasan y los enamorados que discuten y los vigilantes que hacen lo que sea para salvarse del frío. Yo estoy aquí, solo en la oscuridad e incapaz de retomar la rutina de después de las horas, porque perdí a Germán. No quiero quedarme su fantasma para mí. Sé bien que lo perdimos todos. Y entiendo que esto le pasa a cualquiera. Pero el corazón no me deja en paz, y la voz no me sale de la garganta, y enciendo todas las luces del apartamento así nos cueste la vida el mes que viene, porque siento que mi amigo está a punto de aparecer en esta casa. Y no sé dónde meterme. Y me entran unas incontrolables ganas de rezar.

Qué voy a hacer ahora. Soy una persona fuerte de puertas para afuera, sí, resisto con cierto coraje y algo de paranoia las miradas del mundo, pero quién dijo que encajo; quién, que me conozca bien a estas alturas de mi vida, puede asegurar que la vida es una fiesta para mí. No me voy a quejar, ni más faltaba, pues no soy mi compañero de trabajo que encontró a su madre con las venas abiertas, ni soy mi vecina que encontró a su hijo con un balazo en la cabeza, ni soy el soldado que encontró a su amigo estallado en las ramas de un árbol luego de pisar una mina

quiebrapatas. Voy a quedarme callado y a dar las gracias y a ver televisión hasta que los días vuelvan a tener horarios: ese es el plan.

Noto que el DVD plateado sigue encendido y suena a una hora en la que sonar no está bien. Capto que el disco de *Qué bello es vivir*, que Germán me había dicho «por favor: les pido que no la vayan a ver sin mí», sigue adentro del aparato y gira en vano. Él vio varias veces *Qué bello es vivir* en los días de Navidad. Él se la conoce de memoria porque se la repitió hasta la saciedad. Y sé que no estoy siendo desleal si la termino, si llego a su famoso final yo solo. Yo he sabido siempre cuál película es, y he tenido claro que hay que verla, pero la he estado dejando para después, para este preciso momento en el que la dejo avanzar desde donde iba.

Y George Bailey les pide a los ángeles de 1946 un deseo imposible: el de haber nacido muerto de una vez. Perdió un oído por salvarle la vida a un niño extraviado en un lago invernal, se vio obligado a quedarse atrapado en Bedford Falls —ni a la guerra pudo ir, ni luna de miel pudo tener, por dedicarse a sostener a la familia entera y ayudarles a todos los demás— como cualquier hombre que descubre que la vida es esto que está pasando ahora mismo, se quedó al final sin nada por cándido y por bueno en un mundo en el que nadie baja la guardia ni un solo minuto de película, y lo mejor va a ser saltar de un puente congelado. Pero los ángeles le conceden su deseo, y devuelven el tiempo y nunca nace. Y es claro para él, como espectador, que su pueblo entonces no es el mismo, que es sombrío e inútil.

Y pide que todo sea como antes. Y en aquella última escena milagrosa todos los que lo quieren pagan sus deudas por él.

«Querido George —le escribe uno de los ángeles, su ángel, en una vieja copia de *Las aventuras de Tom Sawyer*—: recuerda que ningún hombre es un fracaso cuando tiene amigos».

Y yo por fin me pongo a llorar. Y lloro como un niño de cinco años que no sabe por qué demonios llora, y sollozo y me quedo sin aire y vuelvo a llorar, en la oscuridad y en el parpadeo de la sala del televisor. Quizás me esté pasando esto, que no puedo parar de gemir y de temblar, porque mi amigo Germán fue un triunfo. Tal vez me ensombrece que no hayamos llegado juntos al glorioso final de la película, no sé, porque me parte el alma para bien que un día un personaje generoso reciba de vuelta lo que dio, porque —soy dramático: y no logro sacudirme la idea de que todo esto tiene un propósito, un fin— quién sabe cuál vaya a ser el clímax de mi vida. De pronto vivir sea ser derrotado, más temprano que tarde, por los lugares comunes: el duelo y la redención, el amor y la muerte.

Y de pronto estoy en este sofá forrado de una tela lisa lamentable secándome las lágrimas, y quizás ahora mismo apago el televisor con el control remoto gigantesco y me levanto y voy hacia la habitación a ser lo que soy yo, pero abrumado, y acaso noto las huellas asquerosas de la mariposa negra en el umbral —como advirtiéndome que el pasado está a punto de empezar— antes de entrar a la oscuridad a someterme al insomnio, porque lo mejor es rendirse cuanto antes. Este frío que siento, que pasa por fuera y por dentro y me da miedo y luego me da paz, es el frío de la muerte de mi amigo. Que se está yendo y se va.

Y qué voy a hacer yo ahora. Quién va a crearme desde mañana que nadie tiene que lidiarme, que yo soy el que vive aquí adentro y sabe cómo funcionan las cosas.

Miércoles 13 de enero de 2000

Hago lo mejor que puedo para no despertarme. Díganme para qué. Cuéntenme qué gano. Si este ha sido el peor invierno que recuerden los viejos de Barcelona. Si la luz aparece hacia las diez de la mañana nomás, pero en esta habitación no entra, no puede entrar porque los postigos blancuzcos de las ventanas no la dejan ni asomarse. Y sin embargo hoy es diferente porque el lunes mi papá murió y revivió una, dos y tres veces en la sala de urgencias de la Clínica Santa Fe unos minutos antes de que yo le confesara a una versión extrañada de María que «ya quiero irme: no quiero estar aquí» en la boca angustiosa de la estación de Horta. Y entonces he estado fingiendo que duermo en este colchón que compramos a la vuelta. Y arriba, en el techo alto de este cuarto, titilan las estrellas fosforescentes que el pasado inquilino dejó pegadas para siempre.

Qué diablos estoy haciendo acá. Para qué carajos he estado haciéndome padecer un exilio, sometido y callado por esta nostalgia del presente, si siempre he sabido que no puedo escaparme de Colombia. Qué sentido tiene esta parte de mi vida. Si trato de escribir, pero a duras penas escribo.

Supe la noticia ayer. María contestó el teléfono, y le dijo «ajá», «ajá», «ajá» a su madre sin quitarme la mirada fija de encima, y luego me contó la versión oficial de la historia con mis ojos cerrados. Que el infarto que no le acabó de dar hace cinco años lo agarró por sorpresa, hacia el mediodía del lunes, cuando iba saliendo de su clase de Física de la universidad. Que alcanzó a llegar a tiempo gracias a la pericia del chofer de la rectoría: don Luis. Que un médico le dijo a mi mamá que era mejor resignarse, que el corazón estaba muy maltrecho y habían tenido que traerlo de la muerte por tercera vez. Que un cirujano malnacido se atrevió a preguntar quién iba a pagar la operación: «si es del Seguro Social, yo no lo opero», dijo el muy hijo de puta.

Y la pobre, respaldada, igual que a los cinco años, por su amiga Mirentxu, no sólo les recordó que estaban hablando de su esposo, sino que, sobrecogida e indignada, les exigió con su firmeza de abogada que hicieran su trabajo: «su deber es operarlo».

Y luego de que ella le dio aquella orden terminante antes de que se lo llevaran al quirófano como en una última escena, «Eduardo: usted no puede morirse», le dijo, a él le hicieron una brutal operación a corazón abierto de la que está empezando a despertar.

Yo sentí la peor rabia que he sentido en mis 24 años de vida. Di un puño a mi escritorio, ¡pum!, porque apenas oí «que a su papá le dio un infarto» tuve la impresión de que alguien me estaba traicionando e imaginé lo imposible. No quise llorar porque llorar era reconocer una derrota que yo también me negaba a aceptar. Yo no me resigné. Cedí a una curiosa necesidad de rezar, «le pido, Dios, que no me lo quite», reclamé, pero no me resigné, como si tuviera su salud en mis manos. Pero Dios: si mis papás estuvieron con nosotros en la Navidad que acaba de pasar, si mi papá caminó esta ciudad de arriba abajo sin quejarse de falta de nada, si estuvimos juntos en una placita llena de catalanes en el puro fin del siglo xx: «¡feliz siglo!». Estaba tan bien que el 1.º de enero nos leyó a todos el tarot.

Pero ahora que me digo esto caigo en cuenta de que esa noche él mismo nos leyó a todos que

un pariente nuestro muy cercano iba a estar enfermo, grave, y quién sabe qué iba a pasarle.

—Dicen los médicos que hay que esperar a ver cómo reacciona el cuerpo hoy a la operación de ayer —me dijo la voz quebrada de mi mamá ayer a las 8:30 de mi noche—, y que en este punto lo mejor que podemos hacer es tener fe y rezar.

Querría estar dormido. Como todos mis días en Barcelona, querría amanecer, avergonzado pero incapaz de corregirme, en el borde del mediodía. Me gustaría despertarme mañana en Bogotá con la noticia de que su corazón está recuperándose del ataque. Ya quiero irme: no quiero estar aquí. Se me ha estado notando que me siento arrancado de mi vida, aislado. Como poco. No como. Se me ve perdido en este barrio de inmigrantes. Voy en tren a mis clases de cine en Bellaterra —y el lunes, por culpa de mi angustia premonitoria, me fui en un vagón ocupado por un grupo de niños con síndrome de Down—, y estudio los tres actos de *Groundhog Day* y de *Casablanca* y poco a poco me convengo más y más de que la ficción tiende al drama porque la vida es igual: se quiere algo, vivir, por ejemplo, desesperadamente, pero se tienen muchos problemas para conseguirlo.

Y el último día del primer acto le sucede al niño que uno fue un revés de fortuna, o un accidente, o un milagro, para que a partir de entonces se vea obligado a vivir en procura de sí mismo.

Pero se me está viendo en la flacura, y en el pelo que se me ha empezado a caer y en las pocas palabras y en la gastritis y en la obsesión de ver películas gringas en la televisión española a las tres de la madrugada («¡ya os tengo, catetos!», terminó la comedia de ayer), esta sensación de que «ahora sí me toca ser la persona que soy: ya no me puedo esconder ni en el colegio ni en la universidad ni en las vacaciones» que me tuvo en cama hace dos años nomás: ¿y si no estoy hecho yo para las historias que vienen?, ¿y si no tengo lo que se necesita para soportar los infortunios y los lugares comunes?, ¿y si un día me falta el humor en el momento justo?, ¿y si soy un llorón de aquellos que le dedica su vejez a reclamarle a la vida lo que le debe?, ¿y si jamás me vuelve a dar hambre?

Suena el teléfono una, dos, tres veces, en la helada sala de la casa. Ya no más. Ya es hora de levantarme como cualquiera que en el fondo no quiere morirse. Abro la puerta número uno. Abro la puerta número dos. Entro al frío de la entrada de la casa, como saliendo a la calle, frente a la luz que está entrando por la ventana junto con el grito «¡butano!, ¡butano!». Me fijo en que el calentador cojo esté conectado. Y apenas levanto la bocina que dice «Telefónica» le oigo a la voz segura de mi hermano —si alguien quiere saber quién soy, pregúntenle a él, allá en París, un par de cosas— que al parecer mi papá está mucho mejor. Yo trato de responder, pero se me queda atorada la frase cuando me doy cuenta de qué es lo que estamos hablando. Ay, no puedo hablar: «le pido, Dios, que no se muera nunca».

—Que le duele mucho toser por lo de las costillas —dice Eduardo hijo con voz de haber llorado como eso, como un hijo—, pero que dizque anda diciendo que a una enfermera le dio por cantar «Dónde estás corazón, no oigo tu palpitir...» a las tres de la mañana.

—Que mi mamá le preguntó si había visto la luz y el túnel y eso que cuentan los que vuelven de la muerte, que ella vio el documental en el Canal Infinito, y le respondió que «no porque iba sin gafas».

—Y que la miraba como ofreciéndole disculpas, me dijo, cuando ella le decía que tenía que vivir 200 años —recuerda mi hermano—, que aquí nadie iba a morirse después de él.

—¿Le contó mi mamá que nosequién de la universidad mandó reunir al consejo ayer por la tarde, como a las cinco, para proponerles que lo remplazaran en la rectoría? —le pregunto.

—Es que la recuperación, según le dijeron los médicos a mi mamá, se demora por lo menos todo el año.

—Pero hay que ser un hijo de la gran puta para lanzarse a la rectoría mientras el rector, que fue profesor de uno, está en una sala de cirugía tratando de seguir vivo, ¿no?

—Sí, pero es que los hijos de puta son la regla de la excepción —remata mi hermano.

—Y en todo caso que se queden con su universidad, así él la haya hecho y la haya vuelto a hacer estos veintipico de años, a ver cómo la van convirtiendo en cualquier cosa.

—¿Pero usted qué piensa?, ¿usted qué siente? —me pregunta, estremecido e intranquilo, como un hermano mayor que a estas alturas es solamente un hermano—: ¿usted cree que él va a estar bien?

—Yo creo que le toca estar bien —le respondo completamente enloquecido, me doy cuenta, de tanto estudiar la estructura de los dramas— porque me parece que falta mucho para que le devolvamos todo lo que nos ha dado y porque por algo y para algo acaba de salvarse tres veces de morir. ¿No?

Quizás. Mi hermano Eduardo me dice que él también cree en el destino, que a él no lo tengo yo que convencer, y que un papá tan bueno —y que además lee la mano y la letra y el tarot— tiene que haberse ganado el derecho de volverse amigo de sus nietos, y de recoger la suerte buena que ha sembrado. Y piensa que si mi mamá se salvó tantas veces de la muerte, y no le dispararon ni terminó muriendo en el exilio «como el pobre ministro Salazar», entonces nadie se muere así como así, pero cree que yo soy mucho mejor para eso de leer destinos y a partir de este momento estamos en mis manos. Algún abogado entra a su oficina ahora («espéreme un minuto», me dice) a pedirle un consejo para quién sabe qué tribunal de arbitramento. Sucede una conversación en francés, pero no puedo decir más que eso. Y vuelve al teléfono a contarme cómo va su matrimonio, «bien, bien», después de dos años.

Luego me habla del país. De cómo Pastrana, «que era el presentador de ese noticiero, por Dios», no se ve tan mal presidente desde lejos. De qué extraño es que esté sirviendo para que allá en París quede la sensación de que estamos civilizándonos: «todo el mundo habla bien de él aquí». Y de cuán absurdo, y paródico, y lamentable, es que esté viviendo yo en la cara más triste y más gris de Barcelona: en la Plaza Pastrana, 10, entresuelo 2.^a. Quién me va a aceptar que no soy un patriota. Quién, si acaso sobrevivo a este barrio de putas y de esvásticas y de bares repletos de cabezas rapadas que siguen al Barça como a un flautista y una luz cegadora en el cielo, me va a creer ahora que estoy resignado a la idea de que Colombia continúa su marcha —torcida e irresponsable— a pesar de cualquiera.

Qué raro es que mi mamá, dice, no asesore más a los gobiernos, y se le resista tanto a regresar a los cargos políticos y a acudir a las personas que conoció en los pasillos del Palacio de Nariño cuando formó parte del gobierno, pero, en fin, quizás haya hecho bien dedicándose a los temas de Bogotá y a defender desvalidos y esas cosas. Quién sabe. Quién puede saber.

—¿Y entonces cuándo es su viaje? —me pregunta, de pronto, convertido de nuevo en el hermano mayor.

—El viernes que viene, el 15, nos devolvemos para la casa.

—¿Y entonces definitivamente van a quedarse a vivir en Bogotá? —insiste—, ¿en dónde?, ¿en el edificio?, ¿se van a quedar en el apartamento que arriendan arriba?

—Sí, en el apartamento donde estaba viviendo mi papá, allá, que el arriendo es barato —le digo—: en el 1004.

—Yo voy a ir en un par de semanas por allá.

—Entonces nos vemos en un par de semanas.

—¿Y las cosas que tiene en el apartamento en Barcelona?, ¿y el apartamento?

—Yo no he hecho nada, porque he estado como un zombi y me la paso rezando vaya usted a saber para qué, pero en un par de días María dejó todo resuelto, todo: la verdad es que las pocas cosas que tenemos acá, la mesa verde de plástico que nos encontramos junto a las canecas de la esquina, las sillas llenas de pegotes de cemento que recogimos de la calle, el computador de segunda que nos conseguimos por ahí, los platos, las ollas, los cubiertos, los colchones, las tablas que clavamos contra la pared como si fueran mesas de noche, se lo van a llevar unos colombianos que conocimos el otro día en la casa de otros colombianos en el Paseo de Gracia, y la dueña del apartamento (que es una señora de pelo morado y de gafas oscuras) terminó apiadándose de nosotros y nos consoló y nos dijo que era incapaz de cobrarnos la multa por irnos de un día para otro.

—¿Y usted ya sabe qué va a hacer en Bogotá? —me pregunta mi hermano, mi vigilante, pero él mismo se responde de inmediato—: no, a qué horas.

—Mire que Daniel, que hablé con él ayer, me dice que podemos inventarnos alguna cosa entre los dos (seguir, por ejemplo, en lo de los libretos de televisión), y que él habló con el rector del colegio y el tipo le dijo que puedo volver a dar las clases de Literatura cuando quiera.

—Pues suena bien —reconoce— e irán saliendo más y más cosas por el camino.

—Y Germán, que vuelve de Canadá en unas semanas, me dice que un amigo de un amigo quiere que le escriba un guion sobre un tipo que se salvó por poco de la toma del Palacio de Justicia.

—Lo importante es tener alguna entrada fija.

Sí. Claro que sí. Yo lo sé. También sé que volver a Bogotá me obliga a ser una especie de adulto: a sostener un apartamento a punta de dictar mis clases de Literatura, a tener un trabajo de verdad que no nos deje regados por el camino. Pero mi idea es, aquí entre nos, comprarme el tiempo que me hace falta para la ficción, y nada más: no necesito nada más. Quizás participe, ya que me lo han estado insinuando, en el concurso que van a abrir para elegir al nuevo crítico de cine de *Semana*. Por qué no. Quién quita que me lo gane. Si me he pasado la vida leyendo reseñas de películas. Si tengo tan claro que el cine es la vida de la vida, la vida, según Hitchcock, sin las partes aburridas. Pero sea como fuere voy a seguir escribiendo para mí, cuéstemelo lo que me cueste, léanlas quienes las lean, las novelas que he estado escribiendo.

—Yo no sé si sea una coincidencia —me confiesa Eduardo—, pero el lunes, a la hora del infarto, supe que algo malo había pasado porque de pronto me dio un ataque de no entender porque no estaba viviendo en Bogotá.

—Me dio lo mismo a mí también —le digo.

—Y me sentí enfermo por un rato: me mareé, me tocó recostarme en el sofá de la oficina.

Y tiene la sospecha, continúa, de que sólo hasta ahora se le está pasando el mareo porque sólo hasta ahora mi papá está mejorando. Y se pone a recordar cómo nos preocupamos él y yo, y discutimos de una cama a la otra, llorosos, qué íbamos a hacer para ayudar, aquella Navidad en la que una ceniza —de la hoguera de después de la novena de aguinaldos— se le entró en una retina a mi papá y estuvo a punto de dejarlo tuerto. Y ahora mismo lanza un discurso, mi hermano, sobre cómo diablos no le advirtieron a esa generación que el cigarrillo era un peligro. Y se pregunta en voz alta si mi mamá estará durmiendo bien en la noche, si voy a hablar más tarde con ella. Y me da las gracias por ir a acompañarlos, por no dudar. Y me dice que le da tristeza que me vaya porque a fin de cuentas estábamos viviendo a un poco más de una hora.

Y yo no me puedo concentrar, y oigo a medias su monólogo sobre lo duro que es vivir tan lejos de la casa, pero lo importante que puede ser irse a tiempo de Colombia, porque en un curioso giro de la trama he empezado a recobrar el hambre.

Viernes 18 de julio de 1997

No hay nadie en la plaza de este pueblo aplazado por Dios. Hace calor y más calor y el aire no está pasando a esta hora de la tarde. El cielo despejado y vasto, más verde que azul, termina donde empiezan los campos, y la tierra arenosa es interrumpida por unas pocas casas de adobe y unos cuantos árboles tristes. Mi mamá se acaba de bajar, de primera, del taxi que nos ha traído desde la estación de trenes de Palencia hasta el centro de Fuentes de Nava. Y se ha quedado pensando en cómo habrá sido de callada y de paciente la vida de su madre, de Aurora, en este sitio que parece de noche a plena luz del día: aquí. Por supuesto, es la hora de la siesta. No se asoma ni una sola mirada por las puertas y las ventanas entreabiertas. Sólo estamos nosotros cinco en esta callecita de piedra. No queremos decir nada que no valga la pena.

Mi mamá nos contó en el tren, asomándose entre los espaldares de las dos sillas de adelante, la historia de su familia: la familia. De cómo a principios de 1932 su abuelo Cesáreo Buj tomó la decisión de viajar en un barco soporífero, desde este pueblito de 825 habitantes, el secreto y mudo y castellano Fuentes de Nava, hasta una esquina del otro mundo que se llama Cartagena, en busca de una herencia —de un tesoro— que le había dejado su «cuñado» el sacerdote: el cura Alonso Ibáñez. Iba con su esposa y con sus hijos «para que conocieran el trópico». Y pensó que era firmar nomás: «allí donde las dan, las toman». Señor: muéstreme mis tierras, lléveme a esos pastos, cuáles son. Señor: gracias por darme el dinero que me legaron. Y hasta la vista, Colombia, buena suerte, porque nada tengo yo que hacer en semejante paraje tan lejos de Dios. Y mi tierra donde yo nací y soy yo de lunes a domingo está en el sur de la comarca de Tierra de Campos: en la pequeña pero gigantesca pero nublada Palencia.

Pero no. Pronto fue claro para él que había caído en el laberinto de un pleito. Que la curia no iba a dejar, maldita curia, que el esposo de la prima de uno de sus miembros se quedara con sus tierras. Y que aquella estación en Cartagena, por culpa de esa demanda salvaje en el Juzgado 13, no era una anécdota de aquellas, sino una vida; no era un episodio divertido, sino que era el libro entero.

El confitero Cesáreo Buj, el abuelo de mi mamá, un dios leal e irascible para sus hijos, pero un mortal sonriente e invencible para el resto de los hombres, sentenció con su voz rápida de hombre de 49 años «a cada uno le toca escoger la cuchara con la que ha de comer: aquí nos quedamos hasta que nos den lo nuestro». Lorenza Ibáñez, la abuela, tan fuerte e incansable que la hacían llorar las puras tonterías, lo siguió: «a la sombra de un hilo se le pega una mujer a su marido». Y entonces escribieron a Fuentes de Nava para pedirles a los familiares de allá que vigilaran la soledad de sus tierras. Se quedaron en la casa grande, en Cartagena, adonde habían llegado: Calle de las Damas 33. Y pronto aprendieron a esconderse al virulento calor del mediodía.

Y consiguieron un abogado masón que los defendiera de los curas: el liberal Alfonso Romero Aguirre. Y Romero Aguirre conquistó a la hija de los Buj Ibáñez, a Aurora, antes de que aquel amanerado pretendiente de apellido Pupo hiciera su propuesta: y gracias le doy, Dios santo, por

no volverme un Silva Pupo.

Y en cualquier caso es así, cuando Alfonso pide la mano de Aurora, como empieza esta historia de esta vida porque en algún momento de la vida de alguno ha de empezar.

Y aquí estamos 65 años después. Sólo pasa una mosca zigzagueante, que nos interroga a todos, por la plaza asolada de Fuentes de Nava, pero acá estamos. Mi mamá quería ver el pueblo, la casa, la habitación de su mamá. No más. Sabemos bien —por todos los que vinieron hasta aquí en busca de otra herencia inexistente: por mis tíos Romero Buj, por mis primos Romero Tobón— que para recuperar las irrecuperables tierras que dejaron atrás los Buj Ibáñez habría que pagar los impuestos atrasados. Tenemos claro que estamos de visita. Que vamos a buscar a los únicos de la familia que quedan en el lugar, vamos a preguntarles un par de cosas y ya, y luego vamos a volver a Palencia y a Madrid. Pero por lo pronto no pasa ni una nube por aquí.

Seguimos a mi papá, a su camisa azul y sus jeans blanqueados por los años, porque él sabe el camino. Estuvo acá hace un par de años, en uno de sus viajes, para pedirle al Juzgado de Paz el registro civil de la suegra que tanto lo quiso («tú niño, tú niña», les dijo a él y a mi mamá unos meses antes de morir, «quiero que vayamos juntos a Fuentes de Nava...») y sabe bien en dónde podemos preguntar por el paradero de nuestros parientes. Y entonces lo seguimos, y nos perdemos un rato, y pasamos frente al bar de tapas El Refugio, y lamentamos el estado de la iglesia de Santa María, y luego admiramos un par de palacios del siglo XVII en la Calle de Narciso Pérez Lagunilla, hasta que volvemos a la plaza del principio: la Plaza de Calvo Sotelo.

Dónde está la gente de este bendito pueblo. Dónde se han metido todos. Se ve al fondo, tras un par de árboles de hojas amarillas y doradas, la vieja torre gris de la iglesia de San Pedro. Y tenemos enfrente la fachada de ladrillo del ayuntamiento: «Casa consistorial», se lee entre el reloj y la bandera española. Y sin embargo, ni siquiera un alma en pena dobla aquella esquina.

Entramos detrás de mi papá a la oficina del ayuntamiento que él conoció hace un par de años. La funcionaria alta, despeinada y de gafas, lo reconoce como «el señor colombiano que me hizo reír hará unos meses», «el señor colombiano que vino aquí pidiendo el registro civil de su suegra pirata», y saluda a mi mamá como a una paisana, y a Germán y a Ana y a mí nos ofrece la mano sin mirarnos a la cara. Luego de una breve conversación sobre lo divino y lo humano, sobre el buen estado de la carretera y los camiones parqueados a lado y lado de la vía, la señora nos da la dirección del señor Aniceto Ibáñez, el único de la familia que vive en Fuentes de Nava: Calle de la Mancha, 3. Preguntamos, por decir algo, qué está pasando en el pueblo que no hay sino una mosca afuera: «pues la siesta», nos confirman.

Recorremos el pueblo a pesar del calor que ha cerrado las puertas y las ventanas con seguro.

Nos miramos, los cinco, como niños que están a punto de resolver un misterio. Ay, Dios.

Yo voy detrás con mi camiseta gris y azul, de último de la fila y frente a las deslucidas casas de dos pisos de este pueblo, y oigo en mi walkman amarillo el «ten years come and go so fast, I might as well have been dreaming» que me ha tenido embrujado desde hace dos semanas. Germán, mi amigo que lo pone todo en su sitio, le discute a mi papá en dónde es que estamos. Ana, mi amiga que me ha estado odiando y queriendo y odiando en este viaje («ay, no sé por qué», me dice), se acomoda el vestido largo y le escucha a mi mamá la historia de cómo durante la Segunda Guerra a su pobre mamá —a mi silenciosa abuela Aurora— le tocaba, mes por mes por mes, poner las huellas en nosequé notaría de Cartagena porque en aquellos tiempos no era bien visto ser «otra española».

Timbramos en el número 3 de la Calle de la Mancha. Contamos los segundos y los pasos y esperamos a punta de miradas risueñas a que empiece esta parte de la historia. Y ya: le pregunta

mi mamá a Aniceto Ibáñez si es Aniceto Ibáñez apenas le abre la puerta de madera. Él le dice que sí, «cómo no». Y ella le aclara «es que yo soy la hija de su prima: de Aurora Buj Ibáñez» para que él le dé un abrazo como dándole un abrazo a una niñita: «hombre, pues haberlo dicho antes...». Nos hace seguir. Nos muestra una a una las habitaciones de la casa. Nos presenta a su esposa, a su hija, a su nieta. Nos explica que el piso de baldosas es nuevo, coño, que le ha costado esta vida y la otra. Nos ofrece almuerzo. Nos pregunta quién es quién y si Colombia es tan espeluznante como suena.

—Supongo que ya habréis ido a la casa en donde vivió la Aurora —agrega cuando le hemos respondido su interrogatorio.

No. No hemos ido. Ya hemos anotado, en una hojita de la libreta del hotel, dónde es: en el número 2 del Corro de los Bodegones. Pero si nos lleva él, el primo Aniceto, será mucho mejor. Qué extraño es que quiera acompañarnos en esta marcha en puntillas para no despertar a Fuentes de Nava, y que nos sigan su esposa, su hija y su nieta de gorrito rosa. Qué raro es este cariño que hay, ahora, entre todos. Quizás siempre estamos esperando una oportunidad y un pretexto y un chivo expiatorio para amar el mundo, tal vez cargamos este amor en el cuerpo, como un niño dormido, a la espera de alguien que no nos conozca, pero qué voy a saber yo, a mis 22, si es eso lo que está pasando. Ana, en tregua, camina a mi lado. Germán se dedica a alisarse su camiseta blanca y me mira en busca de un ataque de risa. Y mis papás, a la cabeza de la expedición, respiran mejor.

Paso la palma de la mano por los arbustos podados que salvan a los andenes del tedio. Doblamos una, dos y tres esquinas, siempre a punto de llegar. Oigo lo que están diciendo allá adelante: que «los Buj no eran sino unos transportadores de Palencia», que «yo le dije a mi prima “Aurora: tú no te vayas” pero ya ves el caso que me hizo» y «a tu tierra grillo aunque sea con una pata». Noto el desierto local de Banesto cuando oigo «es después del banco». Y me doy cuenta de que hemos llegado a la pequeña puerta de la casa de mi abuela, junto a una ventana de madera enrejada y bajo un balconcito de hierro donde no recomiendo pararse («parece una casita pero tiene mucho de fondo», dice el primo Aniceto), porque mi mamá está pidiéndome que no me quede aquí atrás, allá atrás.

Soy yo el que golpea. Y la que nos abre es una amiga de la familia, miope y de gafas de sol, que no puede creer lo que le están diciendo: «ay, la hija de Aurora...».

Pasen, pasen. También aquí el piso es de baldosines. También esta sala está llena de adornos blasfemos y de vírgenes blancas, como en un museo sólo abierto a unas pocas personas. Parece, en un principio, una casita tomada por los muebles de una casa grande, pero el lugar sigue y sigue. Y aquí hubo un estudio de paredes blancas y un cuarto para tejer. Y allí en esa esquina, donde hoy está ese óleo de quién sabe qué paraje del mundo adonde no vamos a ir, estuvo el piano negro donde Aurora se pasaba las tardes después de la siesta. Se movía mucho y muy rápido de un rincón al otro, como de afán para una cita que sólo ella supo cuál era, y tenía tantas cosas que hacer todos los días que siempre olvidaba sacar la basura.

En el angosto e iluminado piso de arriba nació ella, Susana Aurora, que fue la mamá de mi mamá. Dormía muy poco desde niña. Desde niña era callada y privada, y odiaba que le preguntaran cuándo iba a casarse o cuándo iba a montar un colegio acá en Fuentes de Nava, pues su vida era su vida, pero no tenía pelos en la lengua a la hora de decir lo que pensaba. Tejía. Paseaba con su madre de acá hasta la plaza. Hacía su voluntad y fingía que oía a los demás, y ello enervaba, en vano, a su padre, pero también servía a la Iglesia entre semana. Podía lanzar demoledores comentarios sarcásticos a la vuelta de la esquina, pero le dolía, como una punzada

en el estómago, el futuro de los desamparados: 10 años vienen y van muy rápido, como un sueño, siempre y cuando haya vida, siempre y cuando uno no forme parte de los desamparados.

Tendría que haber sido la profesora de este pueblo, pues fue eso lo que estudió en Palencia. Su primo Aniceto recuerda que el último día les tocó la *Pequeña serenata nocturna*, de Mozart, «pan, pan, pan, pan, pan, pan, pan, pan, pan, pan...», y que él se quedó con la sensación de que iban a irse para siempre. Se fue la pobre resignada, claro que sí, porque no podría vivir hacia adentro — y no podría ser reacia y mordaz— durante el viaje de dos meses que se le estaba viniendo encima. Se despidió de todos con un «hasta luego» que sonó, como todo lo que ella decía, a la pura verdad. Un par de años después, su hermano Aureliano, que se había quedado en Fuentes de Nava a vigilar los bienes, les contó a sus pretendientes en el barcito de la esquina y con una carta en la mano que ella se había casado con un abogado de apellido Romero.

Mi mamá recorre, sola, las habitaciones de la casa en la que nació su madre. Ay, la pobre Aurora no pudo volver, piensa, dejó este cuarto y no volvió. Ay, se fue de esta casa a salvo del mundo sin saber adónde diablos iba. Se hubiera quedado acá, mejor, en vez de perderse y padecerse en esa tierra polvorienta donde la envidia acaba con los sobrevivientes de la violencia, los pocos hijos legítimos en todo caso son huérfanos, los enemigos se encargan de ir cerrando las puertas ajenas aunque tengan que acudir a la magia negra para ello, las excepciones son las reglas y los reveses el pan de cada día, los maridos se gastan todo el dinero en política, los hijos mayores se pasan la vida en la cárcel por rojos, por comunistas, y las hijas se van enloqueciendo poco a poco: ay, pobre Aurora, extraviada en Colombia.

Aprendió a disfrutar, al final, que sus hijos se rieran de ella: de los pretendientes, del señor Pupo, de la extraña vida de primera dama de un político costeño. Se tomaba unas cucharadas de triple sec «para la carrasperita», metida en su saco negro de lana, porque le gustaba el sabor y le gustaba de paso la risa de sus niños. Y al final se fue desacostumbrando a su antagonismo eterno, y se descubrió acompañada por el uno y por la otra, y resignada felizmente a sus nietos. Y se acabó la vida porque de verdad se acaba.

—Es una pena que no os quedéis más —sentencia el primo Aniceto cuando mi papá, preocupado porque «el taxi está esperándonos», se despidió de él—: mira que vamos a pensar que fuisteis un sueño.

Se dan abrazos. Se hacen promesas. Se dice «adiós» y después «hasta luego». Y nos escolta un grupo cada vez más grande, la familia Ibáñez y sus amigos, hasta las puertas del taxi, como en el clímax de alguna zarzuela. Y Fuentes de Nava descubre desde las ventanas enrejadas y desde los balconcitos del siglo xvii, a las 3:33 p.m. de este viernes, que algo ocurrió mientras la siesta. Buena suerte, querido pueblo, que haya algo semejante a un futuro. Aquí vamos de vuelta, desde esta plaza hasta la estación de Palencia, desde Palencia hasta Madrid, desde Madrid hasta Bogotá, mis papás, mis amigos y yo. Ya que no pudimos reclamar ninguna herencia, ja, porque ni aquí ni allá ha quedado nada, nos hemos traído de vuelta la historia de mi abuela.

—¿Pero por qué nos pasó esto? —pregunta mi amiga Ana, risueña, cocinándose a fuego lento en su pequeña chaqueta de jean—: ¿por qué perdimos nuestras tierras?

—Por lo que me respondió mi hermano el día en que le pregunté «Alfo: por qué no peleamos la herencia» —le responde mi mamá—: «Marce: plata de cura es maldita».

Yo me le burlo y vuelvo a «ten years come and go so fast...» en mi walkman y recuerdo que hace diez años yo era un niño que tenía que andar con escoltas. El taxista asiente: «hombre...». Ana se queda pensando. Germán se ríe y se vuelve a reír: por qué no.

Mi papá hace un par de bromas, «por un momento fuimos herederos» y «estuvimos a punto de

ahorrarnos otro almuerzo», justo a tiempo: cierra los ojos, inhala, retiene el aire, exhala, para intentar una pequeña pausa, su propia versión de la siesta, ahora que la camioneta deja atrás las señales de la vía y supera las curvas cenicientas por donde no pasa nada más.

Y mi mamá, que suele sacarse de la manga su humor negro, se limpia el polvo anaranjado de la blusa morada y le lanza a la nada un monólogo cómico y nostálgico: si hubiera tenido el tino de aceptar las embajadas, si su firma de abogados no estuviera en el borde del precipicio por haberse alejado de esta presidencia de Samper que fue una esperanza, si hubiera cedido a tener un lugar en este gobierno tan enredado y tan trágico, si hubiera seguido en la Casa de Nariño en vez de montar esa oficina de abogados de película que sólo acepta negocios decentes, si hubiera aceptado ese ministerio que acabó con la vida de tantos y mandó al exilio «al pobre ministro Salazar», si hubiera escapado en medio de las amenazas a cualquier escondedero, si no hubiera estudiado la misma profesión que enloqueció a aquel par de alfonsosromeros, Aguirre y Buj, que se han vuelto sombras, y el impune cura Alonso no se hubiera quedado con semejante cantidad de plata y de tierras allá en Cartagena, entonces ella no sería ella, sí, pero qué alivio sería.

Mi hermano hizo como un sabio yéndose y le ha estado saliendo bien la vida porque allá no les parece mal que alguien sea bueno. Y ella está empezando a pensar, señoras y señores, que los aquí presentes estamos condenados a Colombia.

Martes 11 de junio de 1997

Yo le abro la puerta al brujo. Adelante, don Óscar, por acá. Mire usted fijamente esa mata seca, reseca, junto a la puerta de vaivén. Siga a la cocina, a pesar del escalofrío, a preparar la antorcha que dijo con las cosas que pidió: con el palo de escoba, la cuerda, el algodón, el alcohol. Pídale ayuda a Amelita, la empleada de la casa, que no tiene paz, en el pequeño patio de ropas de nuestro apartamento. Amárrese como una venda el pedazo de tela blanca que le compramos esta mañana. Pida un vaso con agua para ponerlo sobre la palma de su mano. Salude a mi mamá, «buenos días, doctora, cómo está», antes de dejarse poseer por el espíritu de voz ronca que lo posee en su consultorio. Dele la bienvenida al asistente que va a echar el agua bendita. Vaya por estas habitaciones, como un cuerpo tomado y gobernado por quién sabe quién, en busca del maleficio que tiene en jaque a esta familia.

Don Óscar es un tipo común y corriente, un gordito de pelo de erizo y piel tensa, que de lunes a viernes combate la magia negra en un barrio del sur de Bogotá. Usted va a su consultorio en Muzú, que es como un puesto de salud con una habitación cavernosa y llena de santos y de velas, si el amigo de un amigo le da ese buen consejo: «este limón seco, que puse debajo de la cama, prueba que los han estado rezando —nos dijo Amelita, la empleada de la casa, con los ojos aguados—, pero yo conozco a un señor que puede limpiarlos de tanta maldad». Y usted se sienta entonces en una sala de espera con un grupo de personas que nunca va a volver a ver, con un par de señoras que se hacen cruces, una madre con un hijo que no puede respirar y un tipo de chaqueta de cuero roja peinado con aceite pegajoso e indeleble, hasta que la enfermera pide a todos los pacientes el favor de entrar a la gruta «a rezar unas oraciones católicas». Y usted entra.

Y don Óscar, de bata blanca, como un farmaceuta de barrio, está esperándolo con cara de «yo sé que todo esto es muy serio».

Y reza el «padrenuestroqueestásenloscielos...». Y repite con ese coro de voces el «diosesalvemaríallenaeresdegraciaelseñorescontigo...». Y sigue y sigue orando cualquier cosa hasta que don Óscar, que comanda las plegarias, ya no es más don Óscar, sino un espíritu con voz de ultratumba.

Así fue. Don Óscar el bueno se convirtió allí, en aquella cueva que sudaba, en un grito grave venido quién sabe de dónde: «estoy aquí, hijos, para ustedes...». Y nosotros, Amelita, mi mamá, Germán, Julián y yo, que fuimos porque ni el trabajo ni la vida ni la suerte estaban saliéndonos bien, no supimos si morirnos del miedo o de la risa. Don Óscar se volvió ese monstruo que digo: ¡zas! Amelita se dijo «¡Santa María purísima!». Mi mamá exclamó «Dios santo». Julián dejó escapar un «¡ay, jueputa!». Y Germán agregó «jijijijiji». Y entonces la enfermera nos sacó de la caverna para que fuéramos pasando, uno a uno, a la consulta con el fantasma. Y pasamos todos, y a todos nos dijo alguna verdad imposible sobre quiénes éramos y somos, hasta que a mi mamá y a mí nos dijo —y qué voz tenía: una voz ahogada y enferma— que en nuestra casa había brujería.

De esto no se habla. Todo el mundo lo sabe, pero decirlo es otro mundo. Y lo cierto es que en

un país en donde hay oficinas de sicarios, entre locales de contrabando, hay también despachos de hechiceros a sueldo. Y así como se manda matar a quien estorba, pues todo puede ser una costumbre, se puede también contratar la ruina de aquel que se envidia, y vengarse incluso de quien no le ha hecho nada malo a nadie.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó mi mamá, estremecida, a aquella enfermera con cara de «no me acostumbro a ver tanta maldad»—: ¿cómo podemos librarnos de esto?

—Pues sería hacer una limpieza en el apartamento de ustedes al comienzo de la otra semana —contestó la asistente—, pero sin írsenos a preocupar, mi señora, que esto nos pasa aquí todos los días, y ustedes tuvieron la suerte de venir antes de morir.

—¿Pero quién, que conozcamos, puede haberse puesto en el trabajo de hacernos daño?, ¿quién puede odiarnos tanto? —pregunté yo, tembloroso e intimidado, como un sueco de paso por el tercer mundo.

—Ay, pues todo el santo mundo —nos dijo ella, triste, como recobrando un miedo que no tendría que haber perdido jamás de los jamases—: uno ve pasar por acá papás rezados por hijos, y esposos trabajados por esposas, y jefes embrujados por sus secretarias, y políticos envenenados por sus rivales, que no pueden creer que les esté pasando semejante pesadilla a ellos, ni que pasen tantas porquerías de estas cada día, pero si les digo la verdad, que no hay otra, brujería y hechicería y magia negra es lo que hay en esta tierra desde que yo me acuerdo porque es que aquí todo el mundo vive confundido.

—Y la única salida es limpiar la casa —reconocimos.

Sí. Ojalá hubiera otro camino, pero no, no hay más. Queda darle a la enfermera la dirección del apartamento donde hemos vivido desde que nací: la Calle 100 # 7-45, apartamento 603, del edificio La Gran Vía. Darle nuestro número de teléfono por si cualquier cosa: el 2569556. Esperar a don Óscar, la última esperanza, desde el jueves en la noche hasta el martes en la mañana. Abrirle la puerta un segundo después de que timbre. Llevarlo y acompañarlo, entre la esperanza y la taquicardia, hasta el patio de ropas de la cocina. Verlo prepararse con una antorcha y un vaso con agua para la ceremonia. Rezar con él «unas oraciones católicas» hasta que esa bestia, que viene de la tras escena del mundo, se le tome el cuerpo otra vez: «estoy aquí, hijos, para ustedes...».

Don Óscar, el cuerpo, poseído por ese informante que quizás viva en la muerte, recorre el apartamento desde la habitación del fondo hasta la puerta de salida. A su paso, su asistente lanza manotadas de agua bendita. Y él tiembla, porque no es él, sino quién sabe quién será, con la antorcha encendida. Da tumbos. Pasa por las paredes blancas de la habitación de mi mamá, hecho un ciego, para encontrar nada. Olfatea el baño azul. Va al baño rosado. Sigue por el corredor del apartamento, entre las pequeñas reproducciones de las caricaturas de José María Espinosa enmarcadas en madera dorada —choca contra el Loco Rompegalas, contra la Loca Benita, el señor Pradilla, don Celestino Martínez, don Pedro Zornosa—, y tumba al pobre Loco Cacanegra.

Va al estudio en donde está mi colección de películas: nada. Entra en mi cuarto, que es tan simple, y que aún tiene las huellas de la cama de mi hermano, y su cuerpo tomado por aquel espíritu tumba mi copia ruinosa de *El pato salvaje*, «saca al hombre de la vida que se ha inventado y ponlo en la dura realidad —dice Werle— si lo que quieres es robarle su felicidad», pero no hay maleficios en la cama ni en la biblioteca ni en la mesa de noche ni en el armario ni en la silla mecedora que me regaló mi amiga Ana en Navidad. Llega a la sala, «padrenuestroqueestásenloscielos...», listo a encontrarse con el mal en los muebles de pino, en

el sofá cubierto de flores verdosas y amarillentas, en el equipo de sonido que parece una rocola: no salta ni un insecto. Se dirige al comedor, y agita la antorcha, y empieza a ahogarse, y lanza un «nonosdejescaerententaciónylíbranosdelmal...» que suena a batalla perdida. No hay brujería en las repisas de la entrada, pero algo está mal, muy mal, cerca de las puertas de la cocina.

Por qué da un paso atrás el asistente. Por qué tiembla la mano de don Óscar.

Por qué se escucha este estruendo cuerpo adentro, ¡tran!, unos pocos segundos antes de que el vaso salte de la mano y se estrelle contra la pared, como empujado por una manotada invisible. Yo lo creo porque lo estoy viendo con mis propias gafas: don Óscar sale de golpe de su trance, y expulsa al espíritu embarazoso y es don Óscar otra vez, y se le ocurre que va a tocar romper la pared «porque ahí debe estar el entierro», pero, ante las súplicas de mi mamá —«¡no, por favor, la pared no!»—, decide que por lo pronto lo mejor va a ser ponerse a escarbar en la mata seca, reseca, que está al lado de la puerta de vaivén de la cocina. Se la lleva hasta el piso de baldosas habanas de la cocina. Allí la vuelca. Suelta su aliento. Y la tierra renegrida se lo va tomando todo y más.

Yo lo estoy viendo a un paso. Que entre la tierra empieza a revolcarse, como un animal salvaje, un amasijo que el brujo toma en sus manos antes de que se vaya a escapar. Que el asistente le echa agua bendita al atado aquel y sale un poquito de humo y se desprende algo de ceniza. Que este señor, que es como un ángel con los jeans forrados, le entierra los dos pulgares al envoltorio sucio, pues se trata de vencerlo para siempre. Que niega con la cabeza porque hace rato no veía tanta maldad enterrada. Y no puede creer todavía que estemos en pie y no hayamos salido corriendo y no hayamos perdido todo después de semejante maleficio: se ve que lleva años y años sepultado aquí y allá y que nos ha estado secando la vida como trayéndonosela del lado de la muerte.

Quién puede haberse metido en esta casa para armar esta maldición, esta condena. Cómo fue. Cuándo.

Esta argolla quemada, que se perdió hace muchos muchos años, se puso aquí para acabar con el matrimonio de Silva y de Romero. Esta foto de familia y esa foto de ellos dos recién casados se partieron en nueve pedazos como un pequeño rompecabezas, con el objeto de romper a los que hemos estado viviendo en este apartamento de 110 metros cuadrados. Este pedazo de ropa de mi mamá, empapada en vaya usted a saber qué porquería que es capaz de oler así, ha querido tenerla enferma y sin dinero hasta que no dé más. Esta sal quemada busca someternos a la mala suerte y este azufre pretende sacarnos de aquí después de las pesadillas y estas agujas quemadas y estos pedacitos de vidrio y esta calaverita de metal desean que no tengamos descanso ni paz hasta que estemos enterrados vaya usted a saber en qué clase de infierno.

—Ay, mi señora, se nos va a pasar un tiempo mientras vuelven ustedes a estar juntos como si nadie los quisiera aplastar —reconoce, triste y cansado de ver tantos horrores, el pobre de don Óscar—, pero por lo menos podemos decir que por fin hemos dado con el origen de los males.

Claro: con que ha sido por eso, por ese envuelto de mala fe y malos deseos que están quemando en el lavadero, que algún burócrata de este gobierno tan enzarzado ha dado la orden irrevocable de que no le den asesorías a mi mamá ni a su socia, María Teresa; mi papá ha estado sintiéndose cansado y ausente y se ha dedicado en cuerpo y alma a la rectoría de la Escuela Colombiana de Ingeniería; mi hermano, acostumbrado a que no todo esté en contra, ha tomado la decisión de quedarse a vivir en París por siempre y para siempre; mis papás han estado haciendo incluso lo imposible para que, a pesar de los hechos, de los giros desafortunados y las trampas del camino, esta familia no se desbarate como tantas; y se ha vuelto una proeza pasar una noche

en este apartamento 603 plagado de ruidos y de mariposas negras que yo no me atrevo a sacar.

—Y es un entierro de los peores —agrega el cansancio del brujo—, y tienen ustedes que quererse mucho y aguantarse mucho porque, si no, no estarían en pie.

Adiós, don Óscar, muchas gracias, mucha suerte. Tranquilo que Amelita, que se da la bendición y repite «es que hay gente muy mala en este mundo...», le dice dónde dejar los restos del horror. Despídase de mi mamá, don Óscar. Ofrézcale que va a estar pendiente pase lo que pase hasta que deje de pasar. Prométale que, aunque un mal de años tarde en disiparse, todo va a estar bien alguna vez. Tome el ascensor de los pisos pares. Baje entre el temblor a la recepción deslucida del edificio. Váyase en su camioneta roja destartada por la carrera 7.^a hasta el otro lado de la ciudad. Empiece a convertirse en un personaje inesperado, generoso, borroso que un día nos salvó de fracasar y fracasar en todo.

Yo no sé qué más hacer aparte de ponerle una mano en el hombro a mi mamá. Yo me he dado cuenta de lo duro que le ha tocado estos últimos años a la pobre. Yo la he visto preguntarse si habrá hecho bien diciendo que no a las ofertas de los políticos como si fueran trampas, tentaciones. Y soy testigo de los reveses de fortuna y de los amigos que dan la espalda, y me he sentido orgulloso de la terquedad —y Dios: de verdad hay gente así— que la ha obligado a aceptar solamente trabajos que sean «servirles a los demás»: por ejemplo, hará lo que sea para que nadie pueda robarles a los pensionados de la Flota Mercante sus pensiones. Y ahora le veo la cara de espanto por lo que están diciéndonos, que alguien ha estado haciéndonos daño con sevicia e impiedad, y sé que se está preguntando por qué le habrá tocado en suerte semejante vida en semejante país.

Yo he tenido años extraños: he sido el protagonista de desgarradas historias de amor que no me han dejado cicatrices porque las he tenido abiertas, he estado contando los semestres, y, extraviado en la Facultad de Literatura, me he empeñado en salvar mi amor por los libros de la gente que vive de estudiarlos y enseñarlos, y he ido saliendo de esta sensación de que un par de personas como usted o como yo —un par de misterios condenados, igual que sus hijos, a interpretarse a sí mismos— me trajeron a una vida que es un contrato que sucede en la letra menuda. Pero nada como los años que ha tenido mi mamá. Y a pesar de todo está aquí. Y, cada vez que viene una mala noticia, toma aire. Y siempre que tiene enfrente la desesperación se queda quieta hasta que pase.

¿Con quién está hablando ahora en el teléfono inalámbrico? Con mi papá, por supuesto, con quién más, con quién va a ser.

Acaba de decirle «sumercé: ya sé dónde estaba la argolla de matrimonio», «sí, para acabar con la familia», dijo, «al caído, caerle». Está contándole la escena que acabamos de vivir. Y cuando él, que es el más niño de los cuatro, se resiste a creer que estos años no han sido una mala racha sino una trama macabra, ella me pide que yo le diga si es mentira que acabamos de ver una especie de revoltijo asqueroso hecho de ropa y de recuerdos y de sales que alguien enterró en una mata para cobrarnos su mala suerte. Yo le digo que sí: que yo lo vi y que así fue. Y sigue entonces esta extraña tentación de darse la bendición, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y este impulso de quedarse en silencio.

Jueves 6 de febrero de 1997

Esto, que da miedo, es el Hospital Psiquiátrico Julio Manrique en Sibaté: estamos aquí, cruzamos las puertas de hierro y avanzamos por la casa colonial de columnas aguamarina entre las miradas de los locos, porque está a punto de suceder el entierro de mi tía Carmen. Llevábamos unos cuantos días esperando la buena noticia. Sabíamos que en sus breves raptos de lucidez, luego de un cáncer demoledor que la tenía más pálida y más extraviada en aquella ficción que ya no sabía por dónde empezar a contar, la pobre estaba pidiéndole misericordia a la muerte. Quién no. Pero ella peor, y más en esas noches que se alargan. Y eso fue lo que yo pensé ayer, a las 9:20 p.m., cuando llamaron del hospital a contarnos que acababa de morir: «ay, por fin».

La enfermera me preguntó anoche si yo era pariente de Carmen Romero Buj. «Soy el sobrino», dije. Y desde que su voz encogida de hombros me reconoció que «es que ella falleció hace unos minutos aquí en el hospital» pensé que no se me iba a ocurrir una frase mejor para contárselo a mi mamá. Colgué el teléfono inalámbrico de mi cuarto y tomé aire. Y, cuando terminé de recorrer el pasillo breve del apartamento en busca de su habitación, fue ella quien me dijo «Dios: se murió Carmen». Yo le dije «sí» y le sostuve la mano un rato. Dijimos lo que se dice en estos casos, «lo siento mucho» y «bueno: mejor», sin saber muy bien qué más hacer. Dimos a mi papá la noticia y él sólo supo decir «ay, no».

Yo dormí bien. La última vez que vi a mi tía en el hospital, cuando mi papá le preguntó si quería que le trajéramos algo, su pequeña parte sana me pidió una copia de *El pato salvaje*, y yo nunca se la llevé. Pero no sentí ninguna clase de remordimiento, no sé por qué, cuando cerré la puerta de mi cuarto, sino esa alegría impronunciable que se siente en las noches si se han estado padeciendo los días.

Yo me temo que no la he estado pasando bien desde que entré a estudiar Literatura. Puede ser este agotador empeño, de 2:00 a 8:00 p.m., de salvar mi amor por los libros de las garras de la academia. Acaso se trate de la resaca de la adolescencia: del descubrimiento, luego del delirio, de que el mundo sí es una farsa, pero mis papás —que eran los principales sospechosos— no sólo son inocentes, sino que son lo mejor que se puede ser en el mundo: un alivio. Tal vez este cansancio y esta desazón tengan que ver con esta tendencia a tomarme tan a pecho todas las relaciones de mi vida: soy incapaz de dejar atrás a las mujeres que he querido, y es confuso porque todas se han llamado igual. De pronto soy uno de los pocos desafortunados, uno de aquellos que en la cuna han sido condenados a preocuparse por cada escena y cada persona de la vida, y a pasar noches enteras con los ojos abiertos en la oscuridad.

Cómo hará la gente para vivir y vivir y seguir viviendo. Cómo hará para que la frase «toda la vida por delante» suene a buena noticia.

Salimos para Sibaté a las 9:10 a.m., de negro, en el viejo Dodge Alpine de Mirentxu de la Lombana e Iván Magyaroff. Diría, de ellos dos, que son mis padrinos de todo en esta vida, pero en un país tan mafioso no suena nada bien. Podría llamarlos «mis tíos más cercanos», pero no

sería exacto, pues son más cercanos aún. Diré que sé que los he tenido desde que nací, y los tengo como uno sabe, si tiene mi suerte, que tiene a sus papás. Y que todos, en este carro que sobrevivió a la toma y a la retoma del Palacio de Justicia, estamos pensando en que nos ha tocado ir a demasiados entierros en los últimos tiempos. Y pensamos, sobre todo, en la mamá de Mirentxu: en doña Mary Bilbao, que nos contaba sus historias de la guerra y de la posguerra y de la paz, y era un libro entero por escribir.

Estaba preparado para un viaje más largo. Mi tía Carmen vivió con nosotros, en el 603, unos días, pero pronto fue evidente que no dormía bien ni dejaba de ver cosas que no estaban ahí ni se concentraba ni se emocionaba ni lograba contenerse a la hora de cortar en pedacitos la ropa que se le regalaba ni tenía los nervios para evitar la tentación de hacerse daño a sí misma. Prefería, dijo, encerrarse, aislarse. Y pasó por todas las clínicas psiquiátricas que pueda uno imaginar hasta que, cada día más y más arrinconada por las voces y los giros de la esquizofrenia, sólo fue posible que la recibieran en el hospital de Sibaté. Y nosotros íbamos a visitarla y a llevarle las cosas que quería. Y yo sentía que esa carretera pacífica como un río cuando nadie está mirando, y esas montañas de verdes y verdes que no le hacen caso a Bogotá, no iban a acabarse nunca.

Pero hoy sólo tardamos hora y media en llegar. Eran las 10:45 a.m. en mi reloj negro de pantalla blanca cuando parqueamos en los pastizales y encaramos la fachada blanca y resquebrajada del hospital. Hubo una vez, hace unos seis años, que vine acá con mi papá a traerle a Carmen las cosas del mes: las galletas Ducales, la leche, los chocolates, el papel higiénico, las pilas gordas que pedía mes por mes por teléfono con su voz aguda e inundada. El caso es que mi papá entró al hospital a ver a su cuñada armado de sus chistes y de su compasión y de unas de sus cajetillas de Marlboro por si algún loco lo acechaba, y yo me quedé esperándolo en el Mazda 626 verde que manejaba en ese entonces. Y de un momento a otro, no sé por qué, me vi asediado por un trío de pacientes.

Iban por cigarrillos. Querían dinero. Tenían ganas de hablar conmigo. Necesitaban que bajara la ventana del copiloto, pero también me ordenaban que les abriera la puerta. ¡Ya! El primero, que no tenía dientes ni sonrisa pero sí un blazer azul y un gorro rojo, empujaba el parabrisas con toda su locura. El segundo, que se rascaba la cabeza y el culo y luego me miraba fijamente por si lo había visto en esas, me señalaba con el dedo índice, y después se quedaba mirándose. El tercero, de sudadera luminosa marca Adidas y labio leporino, gritaba con su odio incomprensible e incomprensible «¡abra, por favor!». Y yo respondía «no puedo», con la mirada perdida, hasta que un vigilante con un palo les preguntó «qué está pasando ahí».

—Yo por qué no había oído nunca ese cuento —se pregunta en voz alta mi mamá.

Van a ser las 11:00 a.m. Y yo no le respondo porque una enfermera nos saluda como a «los familiares de Carmencita», «ah, la hermana», «ah, el cuñado», «ah, los amigos», y nos cuenta su muerte y nos elogia su belleza anémica y nos describe sus largos paseos por las fronteras del hospital y sus monólogos sobre este país y nos pregunta si estaríamos de acuerdo en que regaláramos sus cosas entre los demás pacientes. Dice «mil gracias». Dice «este es José», mientras nos da el pésame un loco con un saco vino tinto de pequeñísimos rombos grises. Señala «vamos entonces a hacerle una misa a nuestra Carmen acá arriba en la capilla». Y la seguimos en fila india, a pesar de los ojos que nos miran detrás de las columnas y desde los umbrales.

Mirentxu, que desde hace seis años es consejera de Estado, y es una sabia y sabe ponerlo todo en su lugar, va al lado de mi mamá como cuando iban juntas al colegio y a la universidad: como toda la vida. Iván le susurra «qué tristeza la pobre Carmen...» a mi papá. Y yo trato de no quedarme atrás, aunque me sujete un escalofrío, porque ahí vienen los locos, ay.

La capilla del hospital psiquiátrico es una cueva de yeso habitada por santos que desconozco y por cirios y por vírgenes de todos los tamaños. En el ataúd está el cuerpo de 59 años, que nadie querrá ver, de mi tía Carmen. Nosotros cinco estamos atrás. Las seis filas de bancas de madera, que crujen y rechinan, ya han sido ocupadas por quince pacientes que repiten con pesar que «la pobre Carmencita» ha muerto. Y entonces aparece a nuestro lado un viejo amigo de la familia Romero Buj: un exconsejero de Estado con facha y ronquera y sonrisa de sabio, Humberto Mora Osejo, que entre nosotros se ha quedado por siempre y para siempre como «el doctor Mora». Y nos saluda a todos, cejijunto, transfigurado, aun cuando sólo sea capaz de mover los labios.

Y se queda el resto de la ceremonia, el pobre, con la mirada fija en el piso lleno de huellas de barro y hecho de pequeños mosaicos cafés.

Es la misa fúnebre de las misas fúnebres. El cura interpreta su libreto, no sin cierto temblor, como si toda persona fuera sólo una persona. «Dale, Señor, el descanso eterno, y brille para ella la luz perpetua»: un paciente que se huele el sobaco de una chaqueta rota en la axila repite no sé qué cosas que no entiende. «Señor, ten piedad; Cristo, ten piedad»: una loca coqueta con un faldón de flores se salpica agua bendita de la pila de piedra que está a unos pasos del altar como aplicándose unas gotitas de perfume. «Carmen quedará escrita para siempre»: y un enano viejo, envuelto en un húmedo saco de lana de mangas XL, niega y niega con la cabeza. «Y absuelve, Dios, las almas de los difuntos»: y los cuerdos nos ponemos de rodillas.

Y soportamos las miradas fruncidas y las carcajadas solitarias de estos feligreses enajenados e irrecuperables que todos los días veían a mi tía Carmen como aquella mujer de saco de lana y zapatos gruesos, pálida y de voz tenue, que daba esos paseos por allá lejos.

«Hazla pasar, Señor, de la muerte a la vida»; «Bendito el que viene en nombre del Señor»; «Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, dale la paz»: quién quita que estas 15 voces que repiten y repiten las oraciones, y que cantan canciones diferentes cada vez que el cura les recuerda «hay que cantar», y se voltean de tanto en tanto a darnos el pésame como diciéndonos «nosotros también tuvimos familia», sepan algo del cielo que nosotros no sabemos. «Podéis ir en paz»: y un enterrador y un vigilante y un paranoico y un epiléptico y un suicida alucinado que repite «pero qué se puede esperar si acá hasta a Álvaro Gómez, el hijo de Laureano, lo han matado por la espalda y porque sí...», cargan el féretro desde el soporte —frente a un Cristo en una violenta cruz de madera— hasta un montecito en el cementerio de al lado, y todos vamos detrás como si la muerte fuera una puerta a la que se llega después de otra larga larga fila.

Por el camino, entre los pastos, pisando en falso en la trocha que va a dar a la sepultura, el doctor Mora Osejo se dice a sí mismo «esto es una tragedia, esto es una tragedia». Y mientras el cajón va bajando a empujones, y el sacerdote pronuncia su «recíbela, Señor, en medio de tus santos», y su «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», sólo se le ocurre acomodarse la corbata azul oscura y repetir «amén».

Tenemos los ojos aguados. Nos ha tomado por sorpresa, sobre todo a mi mamá, claro, la pregunta de por qué esta vida, y para qué. Todo parece indicar que vivir es resistir, sobreponerse y resistir. Y quizás la locura sea una forma de resistencia, de entregarse, pues la vida es así, a la ceremonia de la ficción, pero no cabe duda de que la esquizofrenia es también una tortura. Y qué sentido puede tener un destino tan cruel como la enajenación, quién o qué puede estar detrás de semejante angustia, de semejante rutina. Mi tía Carmen caminaba y caminaba y eludía las voces, y ponía en escena día por día la sospecha de que iban a robarle el radio de pilas que le habíamos regalado («ay, para ganarles a estos ruidos»), y por qué esa vida, y para qué.

Mi mamá nos recuerda que cuando se iban juntas, a pie, al Colegio Sans Façon, Carmen —que

era tan bella y tan segura, y 10 años mayor— no le respondía ninguna de sus preguntas de acera porque, según le decía a su mamá, «es que Marcela es muy chiquita y no la oigo». Tiene claro el día en que trajo a la casa un amigo que les daba miedo. Que los hombres se quedaban viéndola, ella y sus ojos verdes y su nariz delgada y su boca pequeña que entonces sólo podía sonreír irónicamente, y no lo podían creer, pero ella tendía al ostracismo. Era disciplinada y silenciosa. Vivía obsesionada con la limpieza. Como la hermana mayor, Mercedes —que nadie sabe dónde está, pero la última vez que se supo había vuelto a Cartagena—, Carmen adoraba a su papá sobre todas las palabras y las cosas: Romero Aguirre era su fin.

Pero ya de joven tenía arrebatos de miedo, y espasmos de ceguera mental, por culpa de aquellas medianoches en las que su adorado padre se asomaba a la puerta de su habitación a dar la misma mala noticia de ayer: «en esta casa va a ocurrir un crimen que va a conmover al mundo», declaraba su voz grave y rotunda y tajante, y se iba.

—Es que el que estaba loco era él —nos dice mi mamá, pero pronto, antes de que yo se lo pregunte, convierte una verdad en la siguiente—; pero, ay, para qué ponernos a hablar ahora de eso.

—Para nada —le confirma la voz de «mejor dejar quietos a los perros dormidos» de Mirentxu.

Dónde comenzó la locura de mi tía Carmen. Qué disparó su esquizofrenia: quizás la ida del padre —demoledora e inexpresable, pues era la terrible verdad— convirtió su extraña discreción en aislamiento, y la obligó a meterse y a perderse dentro de ella misma como dentro de un bosque imaginario, y no regresó de su infierno con ninguna rama dorada, sino con más versiones de ella misma, con más Cármenes de las que podía soportar. Pero para qué ponerse a hablar de eso a esta hora de este jueves. Yo la recuerdo a ella pálida como su propio fantasma. Su cara es blanca, blanca. Sus ojos de gato y sus cejas quietas. Inclina la cabeza hacia la derecha para llamarme, con su vocecita de niña, por mi apodo de la infancia. Sobre una blusa blanca tiene puesto un saco azul de lana. Lleva falda pero calza botas negras de caucho.

Apenas le pregunta mi papá si quiere algo más, en aquel encuentro final, responde por primera y última vez que le gustaría volver a leer un libro: «*El pato salvaje*, de Ibsen». Y se queda mirándome a ver cuál de los dos, si ella o yo, no ha entendido bien aquella frase.

Bueno, bueno. Así será. Pregunta por sus hermanos: «los demás Romero Buj...». Dice que está bien, que la tratan bien a pesar de todo, que a veces le hacemos mucha falta, mucha, y esa es su misma voz llorosa con la que tiende a terminar las llamadas telefónicas. Sonríe luego porque es mejor no decir más. Y yo ahora, que está muerta, bajo las pilas de tierra que le han acabado de echar los enterradores sin gestos ni nombres ni apellidos, comienzo a sentirme culpable por no haber hecho más para haberle conseguido ese libro. Digo «sí» a todo mientras remontamos el camino hacia la puerta de salida del hospital. Y termino contándoles la historia a todos, en la carretera nublada y verde oscura, de vuelta a Bogotá en este Dodge Alpine que es un sobreviviente: «será leerlo...», digo. Mi papá, sobreponiéndose a la pesadilla, piensa en voz alta que un buen eslogan para la emisora de Sibaté podría ser «sintonía de locura». Mirentxu le pregunta a Iván, con ese amor de ellos dos que es como un premio, si vio al doctor Mora tan mal como lo vio ella.

Y mi mamá, de gafas oscuras y a mi lado, frunce el ceño. Me cuenta que Carmen leía y leía y leía en la biblioteca de su papá y a nadie le contaba qué estaba leyendo: «*El pato salvaje*...». Después me recuerda que su hermana sigue siendo un misterio que es mejor no descifrar, «ojos vemos, corazones no sabemos», pero que es una buena noticia que «la pobre por fin se haya ganado esa paz». Y entonces señala hacia atrás y allá atrás se queda este fantasma.

Sábado 3 de septiembre de 1994

Mi hermano Eduardo me dice «no me haga esto» cuando ve que estoy a punto de llorar. Se me están aguando los ojos. Estoy perdiendo el dominio de la barbilla. Y me está subiendo por la nariz y por la boca esa corriente que no tiene vuelta atrás. Y también es una sorpresa para mí, que nunca sé qué estoy sintiendo, porque no se me pasó jamás por la cabeza que me fuera a doler de esta manera que Eduardo se fuera de Colombia ni tenía tan claro que lo quisiera tanto que lo quisiera aquí. Pero es que llevamos juntos 19 años, desde que nací. Hemos dormido siempre en el mismo cuarto: «hasta mañana», «apague la lámpara», «déjeme dormir». Y si alguien nos conoce a él y a mí, que es esencialmente imposible —pues ni yo tengo la última palabra sobre mí—, es el que ha estado en la cama de al lado. Y él se va.

Y no alcanzamos a ver la película que habíamos dicho que íbamos a ver antes de que se fuera: la tal *Running on Empty*.

Yo le digo «bueno: ya vengo». Él se queda solo en la banca de plástico de la hamburguesería aquella. Y yo me voy por el sucio aeropuerto El Dorado, y la gente no me ve llorar, porque no lloro, pero me ve con la cara empantanada y roja y a punto de quién sabe qué colapso. Paso por las vitrinas de las carteras, de los perfumes, de las artesanías. Voy al baño para nada, pues no cabe un alma más, aunque el alma no esté en cuestión en estos casos, en esa cárcel maloliente. Ya respiro mejor. Ya puedo tomar aire y dejarlo ir como una persona que no está sintiendo que le están arrancando una parte invisible del cuerpo, que no está pensando que el amor se puede ver, como un fantasma, a cierta hora de la vida. Entro en la librería, y me voy por sus pasillos un rato, y veo torres de *Trainspotting*, y de *Del amor y otros demonios*, y ahora qué voy a hacer yo.

Paso, resignado, por el revistero. Sigue, en las portadas de *Semana* y de *Cambio 16* y en las primeras planas de los periódicos, la sospecha de que el presidente Samper sea ilegítimo por cuenta de la financiación de su campaña. Sigue el candidato derrotado, el hijo de Pastrana Borrero, declarándose robado: «un Pastrana hablando de fraude, ja», dice un señor que pasa por ahí, pero yo tengo la cabeza en otra parte.

De pronto, cuando ya no me queda mucho que leer, sino un par de revistas de crucigramas en el revistero de la librería, la cara triste de mi papá aparece de la nada y me dice «que a este ya le toca entrar a la sala de emigración». Yo lo sigo. Yo cumplo con la escena. Mi mamá le da un abrazo de mamá a mi hermano Eduardo, y le pregunta si se despidió de Mirentxu e Iván, y yo sé que está sintiendo que se le va su abogado que cuidó desde el primer día hasta hoy, pero logra decir una frase entera sin ponerse a llorar: «un año pasa volando, mi amor». Mi papá completa la idea: «y ese viaje va a salirle bien». Y cuando me llega mi turno, que he estado temiendo en los últimos minutos, no sólo doy la mano como un mayor de edad, sino que me refugio en un silencio que todos entienden más de lo que creo. Y es mi hermano el que dice lo que hay que decir en las peores despedidas: «hablamos apenas llegue».

Y se va y va yéndose y atraviesa solo las puertas de vidrio de emigración con el infierno de la incertidumbre a cuestas, y cuando se voltea, pues ni el más valiente de los hombres ha podido

evitarlo, yo me he volteado para no verlo de viaje. Adiós, Eduardo hijo, adiós. Yo sé que todo va a salirle bien porque el tarot de mi papá se lo dijo. Pero no voy a voltearme porque ya he dado un espectáculo lamentable.

Ah, ya sé por qué están todos tan fuertes. Ya sé por qué me han estado mirando los tres como me han estado mirando. Claro que están muy tristes. Y sienten esta indignación que siento yo porque las cosas cambien y los hijos y los padres se vean obligados a despedirse. Pero sobre todo están preocupados por mí. Ellos sí saben quién soy yo: yo no. Y se temían que esta tristeza me tomara por sorpresa, ay. Y se esperaban desde el principio que me diera cuenta en el peor momento de que mi hermano sí iba a irse, y tenían claro que lo quiero más de lo que sé, porque hemos estado juntos en esto y en lo otro, y en el colegio y en las vacaciones, y en ese mundo y esa mitología que sólo entienden quienes han tenido los mismos papás.

Yo no sabía esto de mí: que mi hermano no era una persona allá afuera que se podía ir, sino que yo lo cargaba por dentro. Pero los otros tres sí. Y esta cara de pasmo, de «yo me rindo de una vez», es la cara que les estoy haciendo. Y también me da vergüenza, en mi reflejo, mi saco azul de rombos.

Yo estuve a su lado, desde abajo, cuando se cayó de su bicicleta de carreras y se partió el brazo izquierdo en un sangriento embalaje final, cuando le pusieron la banda de capitán del equipo de fútbol, cuando leyó su discurso de grado en el colegio, cuando lloró en el apagón de hace dos años, como si fuera mi hermano menor, porque su novia no le estaba hablando. Y él me miró habituado e incrédulo, desde arriba, cuando le conté que me acababan de romper el corazón como si fuera una cosa («por qué me estás haciendo esto», pregunté; «porque me da la gana», respondió) y cuando volví a hablarle después de castigarlo con un año de silencio y cuando se me metió en la cabeza verme seis películas diarias y pegarle al balón con la izquierda y hacer dibujitos y escribir cuentos con rapidógrafo 0.5 y filmar superproducciones cuadro por cuadro con los muñecos de Lego.

—Nadie es profeta en su tierra —sentencia mi mamá—: tu hermano ni se merece ni le conviene quedarse por acá.

Donde lo forzaban, en no sé qué juzgado kafkiano, a que entregara sus recursos empastados en cartulinas de color rosa. Donde lo único bueno que le pasaba, en el laberinto del derecho, era escucharle a su querido jefe —a Hernando Tapias— la historia de cómo sobrevivió a la toma del Palacio de Justicia. Donde sus compañeros de Derecho escribieron panfletos anónimos contra él por ser un secretario de la facultad demasiado estricto con las reglas. Donde nunca les gustó que fuera tan franco, ni que sacara 5.0 en todas las materias, ni que fuera tan amable cuando pasaban un rato a su lado por equivocación. Si se quedara aquí, piensa mi mamá, lo matarían como a Alfonso, su hermano. Si se quedara en este país, que ni siquiera ha honrado a quienes han dado la vida por denunciar o encarar o extraditar a los peores mafiosos de su historia mafiosa, viviría ninguneado.

Si no se fuera, sería político y diría lo que piensa y una noche un par de hijueputas aferrados a una moto le pegarían un tiro en la calle como al pobre doctor Low Murtra.

Pasamos de largo a aquella vendedora de dulces, escondida detrás de un par de gafas de soldador, que agita y agita una caja de chicles Adams como una maraca. Esperamos a mi papá, resignados a que siempre pase, mientras les recibe la visita en un andén roto a un par de viejos a los que les dio clase a finales de los 60 o los 70 o los 80: vaya usted a saber uno de los 10.000 nombres de sus 10.000 alumnos. Cruzamos por el túnel patético que va del aeropuerto al parqueadero. Y, cuando estamos pasando por esa cafetería fantasma adornada por un mosaico

que no tiene sentido, le suena el teléfono celular a mi mamá. Quién es. De quién es esa voz. No se oye bien, no se oye nada. A qué teléfono está llamando: no, no se oye.

Ya estamos en el Mazda blanco de mi papá. Quedamos los tres. Sólo los tres y el espacio vacío con el que yo no contaba. Hubo un momento de hace un par de años que nos preparó para esto. Cuando ese gobierno tan nuevo pero tan improvisado pero tan publicitado —una especie de versión pragmática, y yuppie, del gobierno liberal por el que mi mamá estuvo a punto de dar la vida— tomó la decisión de enfrentar con racionamientos de luz y de agua las peores sequías de los últimos tiempos, vivimos esta misma escena: mi hermano Eduardo se sentaba en la sala a estudiar bajo tres velas clavadas en botellas de Coca-Cola, asumiendo, como un destino, su condición de hermano mayor, y mis papás y yo nos sentábamos a jugar Sabelotodo en la mesita redonda del estudio bajo una lámpara de gas, y poníamos en la grabadora el disco que tanto me gustaba hace dos años y tanto me gusta: «why deny the obvious child?».

Pero ahora mismo tengo la sensación de que ni el agua ni la luz van a volver.

Suena de nuevo, cuando comenzamos a remontar la 26, el teléfono celular de mi mamá. Y no, no se oye nada, y no han acabado de inventarse esos malditos aparatos. Pero seguro que en cualquier otro país funcionan mejor, seguro. Si nos hubiéramos ido de Colombia en el año 76 o en el 90, si nos fuéramos de aquí en algún momento de la vida, seguro que todo sería mucho menos grave. Si mi mamá le hubiera aceptado «el ministerio que nadie quería» a su presidente Barco, si mi hermano no se nos hubiera enfrentado a los tres y hubiera impedido el nombramiento aquella noche que ninguno de los cuatro olvida, quién sabe en qué país estaríamos escondiéndonos de los Extraditables, como el pobre ministro Salazar: «me tiembla la voz, pero no el espíritu», dijo cuando un puñado de congresistas insaciables lo acusaron de tartamudear. Si ella no le hubiera dicho que no a tantas cosas desde que se acabó el gobierno de Barco, piensa ella, quizás podríamos irnos todos hoy mismo de aquí.

Aquí matan hermanos. Aquí matan jugadores de fútbol inocentes por cometer un autogol, por Dios, el pobre Andrés Escobar: yo hasta esa noche de hace dos meses, sentado, por semejante noticia, en el mueble viejo del teléfono, no había sentido vergüenza de ser colombiano, pero ahora qué vamos a decirles a los que nos preguntan qué clase de horror está pasando aquí.

Si nos fuéramos ya, si tuviéramos cómo mudarnos al otro lado del mundo, yo no estaría padeciendo en silencio estos semestres en los salones lánguidos de la Facultad de Literatura: «¿por qué no me respondes?», le susurré en la clase de Grecia y Roma; «porque tú no llenas mis expectativas», respondió.

Pero si nos fuéramos, mi papá no podría seguir siendo el rector de la universidad a la que le ha dado la vida. Y no sería Germán, Germán Pardo, mi amigo, el que ha estado tratando de llamarnos al celular de mi mamá hasta lograrlo. Y nadie nos diría a los tres que aquí está él listo a acompañarnos a todo. Y nadie más preguntaría si es posible que le pasen a Eduardo hijo al teléfono, por favor, por favor, cuando ya está a bordo del avión. Y nadie nos haría reír con semejante nobleza y semejante despiste cuando estamos a punto de llorar. Ay, y ya nos iremos cuando yo acabe mi carrera a pesar de mí mismo, y mi papá termine de convertir esa universidad en la más pertinente y la menos opresiva de todas. Seguro que sí. Seguro que todo va a estar bien. Mañana podemos hacer el pollo a la española e ir después a ver juntos *Cuatro matrimonios y un entierro*.

Son las 5:30 p.m. cuando llegamos, como siempre, a la peluquería. Mi mamá nos ve entrar y se queda en el carro esperándonos, con los ojos aguados y la mirada en alguna escena del pasado que su memoria imbatible le ha traído justo ahora, mientras escucha en la radio que el ciclista

navarro Miguel Induráin ha conseguido batir el récord de la hora, que a Yaser Arafat e Isaac Rabin se les han reconocido con no sé qué premio sus esfuerzos por la paz en el Medio Oriente, y que no se ha logrado esclarecer el asesinato del último senador de la UP, Dios, de dónde viene esa violencia. Se le va la media hora siguiente pensando en dónde estará Eduardo. Si se sentirá bien. Si se habrá empezado a sentir solo en su vuelo y si sabrá que los tres sabíamos que él se tenía que ir y que le hacemos falta. Dios: que todo le salga bien a su primer hijo.

El día se va acabando. Y yo canto victoria porque no tengo ganas de llorar. A las 6:30 p.m., el tarot de mi papá me aconseja que sepa que esta piedra que estoy cargando en el estómago, porque yo le dije a ella que me había herido a propósito y ella me contestó que así de mala era la vida, es una piedra que se va a descomponer: «porque se ve la desilusión y se ve la envidia», «se nota que se han roto muchas promesas», «está clara una muchacha voluble que guarda un secreto impronunciado», «pero todas las estampidas pasan», «todos los laberintos se resuelven», «va por el camino correcto», «y si persevera y cree en lo que está haciendo pronto tendrá el cuerpo y la mente en paz, y podrá asumir sin culpas ni recriminaciones el regreso del amor», me dice el optimista tarot de mi papá.

A las 7:30 p.m. hablo con Germán. A las 8:00 p.m. me llama Daniel desde el otoño de Boston. A las 8:30 p.m. comemos la pizza hawaiana con anchoas —sí— que mi hermano se comía, y se come, mientras vemos *La otra mujer* doblada al mexicano en el canal de películas. A las 10:10 p.m. se van mis papás a dormir: «hasta...», dice mi papá, y lo deja en puntos suspensivos, como diciendo que nadie sabe si nos volveremos a ver en ocho horas o en ocho minutos, y mi mamá trata de hacerme reír contándome por enésima vez el día en que mi hermano me amarró a las cortinas de nuestro cuarto «como un bandido preso» cuando yo era apenas un bebé que tendía a ponerse azul si lo colgaban de alguna parte, y me pregunta si es que no me acuerdo del cuento que Eduardo hijo escribió contra los hermanos menores cuando teníamos 10 y 5 años.

A las 10:40 p.m., luego de empiyarmame y arrodillarme en el sofá de la sala para jugar a adivinar de qué color será el carro que viene, y después de pasarme por el corredor del apartamento viendo las caricaturas bogotanas que mis papás compraron cuando éramos chiquitos, pongo en el Betamax el casete de la película que trajimos de San Andrés «porque dicen que es muy muy buena», pero que nunca la hemos visto porque todavía no hemos tenido el tiempo de sentarnos a sufrir. Se llama *Running on Empty*. No me pregunten por qué la voy a ver justo ahora: ¿porque también, como en *La otra mujer*, sale Martha Plimpton? Pero la veo, y no puedo dejar de verla. Y es la historia de una familia de cuatro, de un par de papás y un par de hijos de apellido Pope, que han vivido escapándose de todo y de todos desde los años sesenta, y sólo se tienen los unos a los otros.

Los papás pusieron una bomba porque estaban convencidos de que había que derrocar a estos gobiernos y a estas lógicas para que hubiera alguna clase de futuro, porque odiaban a muerte la guerra de Vietnam. Y luego de huir y huir, pues un vigilante quedó ciego en su atentado y se vieron obligados a hacer una vida «buscados por el FBI» —su título en el doblaje mexicano— y cambiando de identidad de pueblo en pueblo, tuvieron dos hijos que los adoran. Y la historia comienza cuando el hijo mayor, de golpe cumplido y mejorado y ocupado por una mujer que ha conocido, es decir, enamorado, toma la desgarradora decisión de empezar una vida que sea sólo suya. Y eso significa, en el caso de los Pope, jamás volver a verse, irse y seguirse yendo y no mirar atrás.

Y yo lloro y lloro como un niño que se ha caído de una bicicleta, y sollozo, y me quedo sin aire en el estudio del apartamento, que sólo me pasa viendo películas, porque nosotros hemos

vivido así, exiliados en nuestra propia tierra y felices y extrañados, y ya no: hoy no.

Y mientras bajan los créditos de *Running on Empty* es como si, luego de tomar la costosa decisión de no poner bombas, ni pasar por encima de nadie, ni caer en el rentable pero sucio pero adictivo juego de la política de estos años, nosotros cuatro nos hubiéramos tenido que esconder y proteger en el 603 del edificio La Gran Vía de la ira de los defensores de las buenas costumbres y de los adalides de los fundamentalismos que tantas veces pudieron haber acabado con mis papás: ¡fuera de aquí todos los codiciosos y los adaptados que piensan que somos tan raros por vivir de puertas para adentro, por detestar los clubes e inventarnos excusas para no ir a las fiestas! Y ahora quién sabe qué diablos vaya a pasar: quién sabe si Eduardo hijo, que es brillante y todo el mundo lo dice y el resto del mundo lo sabe, algún día se vaya a volver un político que corra el riesgo de ser asesinado.

Yo me quedo acá sea como sea, pase lo que pase, cuidando nuestra vida amurallada: nadie va a deshonorar esto, nadie va a entrar a esta casa si va a entrar a envilecernos. Y lloro y lloro como un niño que tiene claro para qué sirven las palabras —para nada en estos casos, para nada—, porque los Pope jamás podrán contarle a nadie su historia de amor.

Yo no le veo sentido a una vida en la que los unos nos somos arrancados a los otros. Yo me niego a quitar de mi cuarto la cama de mi hermano.

Martes 30 de abril de 1991

Dios, ya van a ser las nueve de la noche. Dice una voz en la emisora 810 AM que acaba de cometerse un asesinato en la 2.^a con 10.^a, a unas cuadas de aquí. Quién sabe cómo llegó ella a esta calle de piedra tan sola, porque la muy despistada nunca nota en cuál dirección va, pero lo cierto es que la abogada Marcela Romero de Silva ahora mismo está enfrente del auditorio de la antigua Calle del Agrado: en la Calle 16 # 4-75 de La Candelaria. Querría estar ya en la casa. Querría preguntarme si este es el mismo cine viejo en donde vimos una por una las películas de Woody Allen, por supuesto —y sí, mamá, lo es—, pero por nada del mundo va a bajarse del carro a buscar un teléfono público que quién sabe qué: «el palo no está para cucharas», se dice. Va en el asiento de atrás del Renault 9 habano que la lleva a todas partes, y piensa y piensa por la ventana con sus ojos muy grandes y sin pestañear. Y se endereza de golpe, ¡Dios!, por culpa de la noticia brutal que están dando en la radio.

Don Aníbal, el conductor bigotudo de su oficina, le pregunta qué le pasa. Y ella le responde «que no puedo creer que hayan matado al doctor Low Murtra».

Qué día este: tan largo y tan terrible. Qué vida esta, y cuándo y en qué irá a terminar.

Ay, el doctor Low, el despistado, el generoso, el liberal, el noble, el compasivo, el valeroso doctor Low.

Que fue un ángel de la guarda con ella, y me hacía reír a mí, a su hijito de cuatro años, inflando los cachetes hasta estallar como un globo en los resplandecientes pasillos de madera del Palacio de Justicia. Que abría la nevera de la oficina de mi mamá en la Casa de Nariño, apenas cruzaba la puerta, en busca de cualquier antojo. Cómo habrá hecho para sonreír siempre que uno lo veía. Se pasó la vida el doctor Low, de una sola pieza, haciéndoles a todos la vida mejor. Supo responderles con humor y con bondad a los mezuquinos. Quiso saberlo todo. Desde niño puso a prueba el mundo y sus errores como un científico aficionado. Y siempre siempre la protegió a ella: «yo dije que no conocía ningún memorando de ninguna Marcela Romero», le confesó entre dientes a mi mamá el día en que se reveló en los noticieros que a ella se le había ocurrido cómo extraditar a los mafiosos que estaban tomándoselo todo.

No, esos tipos no le temían a nada más. Según decían, preferían una tumba en Colombia a una cárcel en Estados Unidos.

Pobre doctor Low: con qué cara, con qué estómago el Canciller de este gobierno temerario pero serio pero adánico, el gobierno de Gaviria, lo hizo volver de la embajada de Colombia en Suiza, donde estaba más o menos a salvo, más o menos protegido, como si no hubiera sido aquel sobreviviente del mortífero Ministerio de Justicia del gobierno de Barco —ay, cómo sería de despistado el doctor Low, como cualquier héroe— que no le tuvo ni un minuto ni un poco de miedo a la irrevocable sentencia de muerte a la que lo había condenado el tal Pablo Escobar por perseguirlo. Qué hacía a las ocho y pico de la noche sin policías ni guardaespaldas a su lado, vuelto un sacrificio humano, tratando de tomar un taxi que lo llevara de vuelta a su casa después de dictar la clase que tanto le gustaba.

La última vez que mi mamá lo vio fue hace un poco más de dos meses, igualito a sí mismo pero un poco melancólico y un poquito ausente, en el entierro terrible de la señora Marina Montoya de Pérez. Se alegraron mucho de verse. Se preguntaron juntos qué clase de aserrín y qué tanto azufre y cuántas ganas de acabar con todo hay que llevar por dentro para permitirse secuestrar por cuatro meses y después matar a golpes a una mujer por haber sido la hermana de un importante funcionario del gobierno de Barco, el más. Se acompañaron a darle el pésame al funcionario: el exsecretario general Montoya. Y abrieron los ojos cuando se dijo que detrás de todo, claro, estaban los Extraditables: el tal Pablo Escobar y sus endemoniados.

Qué clase de infierno es este, Dios: matar a un hombre es lo mismo que matar a un niño. Qué va a ser ahora de las dos hijas y de la esposa japonesa de Enrique Low. Quién tendrá, a este paso, la extraña suerte de morir de viejo. Quién le va a explicar a quién, si nadie está escuchando, que este profesor que acaba de ser ejecutado en plena calle ha muerto por liberarnos a todos.

Qué día este: se estira y se estira. Por la mañana temprano, en la pequeña sala de juntas de su oficina en la 86, la doctora Marcela Romero de Silva y su socia de siempre, la hoy constituyente María Teresa Garcés, trabajaron frase por frase en un par de propuestas que unas horas después se discutieron en la asamblea que desde febrero está redactando la nueva Constitución colombiana. «No puede ser —se dijeron, las dos, en una pausa— que después de arriesgar la vida por la extradición, que los enloquecía de miedo, tanta gente esté pensando en prohibirla: todo es para nada». Cuando se acabó el gobierno, y Marcela prefirió montar su oficina a seguir en los pasillos del poder, todos le repitieron «pero si usted tiene que irse del país». Pero no sólo no pudo convencernos a nosotros de irnos a la embajada aquella, sino que se resignó a que pasara lo que tuviera que pasar. Y hasta hoy no le ha pasado nada.

Tiene, a los 43 años, una exitosa oficina de abogados como se la había imaginado: discreta, y alejada de la política, pero llena de clientes que merecen una reivindicación de alguna clase.

Sin embargo, recién superado el almuerzo, no sólo se encontró una mariposa negra en la recepción, sino que apareció en la oficina un abogado entre comillas que quería saber qué tan viable era que su cliente entre comillas fuera extraditado, y terminó su intervención reconociendo «que aquí le mandan un cheque de agradecimiento por sus buenos oficios y sus sabias respuestas»: mi mamá le respondió, enfrente de su secretaria, que sobraba el dinero, pues estaba él en la oficina equivocada, y le pidió que se fuera a una firma que no tuviera esa clase de escrúpulos. Y recobrada la calma, porque esto sólo era un coletazo de los cuatro años revueltos e inclementes que pasó en el gobierno de Barco, le dedicó la siguiente hora a redactar un par de cartas en el Word Perfect del pequeño computador de la oficina.

Se subió a las 5:00 p.m. en punto al Renault 9 para llegar a las 6:00 a su reunión en el Palacio de Nariño. Qué extraño fue volver después de 18 meses de no poner un pie allí. Qué raro lo vio todo: el cuadro de Simón Bolívar que lo sigue a uno cuando pasa, el óleo gigantesco e intimidante de la firma del «Memorial de agravios», el tapete rojo y más rojo de las escaleras. Sintió, a los 43, que había vivido y le habían pasado por encima ya tres vidas, ay. Pero siguió sintiendo, en medio de ese frío que por culpa de los recuerdos se le estaba volviendo escalofrío, que hacía muchas más cosas por el país desde su oficina que desde esas oficinas en las que el día se le va a cualquiera haciendo cálculos para ganarle la partida —eso es la política: un ajedrez deshonesto— a un par de inescrupulosos.

Tuvo su reunión entonces: no sé qué cosas sobre la salud, porque no entendí, con las que, dicho sea de paso, no estuvo de acuerdo. Y se fue. Y don Aníbal la sacó de allí en el Renault 9. Y se quedó pensando, en la ventana nublada, en cómo se había estado enrareciendo todo en estos

últimos dos años. Y cuando volvió en sí estaba en el teatro ese en el que vimos *La rosa púrpura del Cairo* y *Hannah y sus hermanas* y *Crímenes y pecados*: tiene que ser ese. Y en la 810 AM estaban diciendo que hacía un poco menos de una hora habían matado al doctor Enrique Low Murtra como a cualquiera, como a un colombiano más abandonado a su suerte por las espaldas del país. Seguro que había cerrado los ojos. Había pensado «hasta aquí». Y luego en su esposa y sus hijas.

Por qué sobrevivió Low a la toma y a la retoma del Palacio de Justicia. Para qué. Si no vamos a leer entre líneas su crimen. Si su muerte no va a servir para que matar y seguir matando deje de ser la solución.

Mi mamá nos ve y nos saluda apenas abre la puerta habana de lata de nuestro apartamento: la puerta del 603. Ya son las 9:30 p.m. Pero como mañana es fiesta, miércoles 1.º de mayo, mi papá, mi hermano y yo la hemos estado esperando en la mesa del comedor para jugar una partida de king: para eso somos cuatro. Ella, que, como mi papá, es incapaz de decirnos que no, nos dice que entonces va a alistarse. Pero antes se deja ver muy triste, como conteniendo su desplome con los dientes apretados, para que le preguntemos qué te pasa: «¿qué pasó, mamá?». Que acaban de matar al doctor Low; sí, al exconsejero, al exministro de Justicia: a su amigo. Que antes de sentarnos a jugar, que es reírse mientras mi papá vuelve a ganar, tendríamos que ver el *Noticiero Nacional* a ver si es cierto.

Sí, ahí, en la televisión negra que compramos el año pasado, la gigantesca Sony Trinitron con control remoto, está la foto de aquel hombre bueno con cara de niño, y es un retrato sonriente, y más triste aún.

Y quizás no hemos tocado fondo porque no hay fondo, no existe fondo y ser humano es ser violento, piensa mi mamá, y esta violencia colombiana es una costumbre y un oficio, y ya qué: cuál Dios, cuál Dios de las monjas, cuál Dios de los curas, cuál Dios de su mamá y de sus hermanas si ni siquiera va a quedar en el preámbulo de la nueva Constitución porque no existe. Y en el estómago se le revuelve esta muerte con el asesinato de su hermano Alfonso, y con el crimen, también, de su hermano Lisandro: cómo es de fácil matar aquí en Colombia a una persona, cómo es de evidente que a uno lo pueden matar porque cualquier cosa ha pasado, porque se puede, y porque sí. Y ahora sólo logra repetir «qué dolor», «qué infamia». Y «Dios: solo, en la calle, tratando de agarrar un taxi...».

Qué día ha sido este. Toda la mañana pensé, porque he estado siguiéndolos a todos como un investigador privado, que mi familia es más rara de lo usual, que nadie en este mundo es la persona que yo creía que era. A la mierda, me dije. Que se descubra el engaño que es una vida cualquiera y sálvese quien pueda. Yo me voy de este puto país apenas pueda a estudiar Cine. Yo me dedico a inventarme películas perversas para las actrices que me gustan. Y que no le echen a la adolescencia la culpa de mis moralejas, y de mi indignación, que yo no ando cerrando puertas en la cara de ninguno ni perdiéndome en lugares comunes y en vicios, ni mucho menos me la paso encerrado en el baño mirándome a mí mismo: yo odio todos los espejos, y yo a mí sí que me ignoro.

Y lo único que estoy diciendo es que lo único que me faltaba, pues nunca un hijo quiso tanto a sus padres y a su hermano, es sentir que cada uno está viviendo una vida sin mí, que, a los 15, está llegándome el momento trágico de que me toque a mí solo.

Y quién, si yo soy el que mando, les ha dado permiso a estos tres de pasar de personajes secundarios a protagonistas de sus propios dramas: qué puto engaño.

Tuve mucha rabia, en fin, en la mañana. Pero al mediodía, cuando me dio por sentarme en las

escaleras de detrás del bachillerato, justo debajo del palomar —a riesgo de ser cagado por las palomas gordas, jubiladas—, apareció por ahí Daniel, el Daniel del taller de letras del colegio, el taller de letras de Pompilio. Me dijo en chiste «ni que se hubiera muerto alguien: ni que usted fuera yo», luego de aclararse la garganta como un viejo, cuando me vio la cara. Y a mí me dio risa porque el tipo me ha estado cayendo bien y el próximo año vamos a trabajar juntos en la revista del colegio. Y después me pareció que tenía toda la razón. Serán raras las tres personas que viven en mi casa. Vaya usted a saber qué habrán visto y qué habrán vivido cuando yo no estaba con ellos. Pero mientras me tengan a mí, flaco y bajito, nada malo va a pasarles. Y que levante la mano ya mismo el que se crea normal.

Mañana no hay que salir de la casa: es el Día del Trabajo. Y puedo ponerlos a todos a ver *El dormilón* y a ver *Manhattan* en el Betamax que no tiene las cabezas rayadas. Y todos, hasta mi hermano, van a decirme que sí: de qué me quejo.

Si siempre vuelven a esta mesa a jugar king, Dios, que no me gane las dos últimas ni me quede el as de corazones. Si pase lo que pase, y pasen por lo que pasen, primero que todo estamos todos. Si mi hermano Eduardo, que ahora se la pasa donde la novia, pero hoy, como si supiera, prefirió quedarse aquí, acaba de ponernos en el reproductor de CD el disco de los éxitos de Cat Stevens y ya está sonando «I love my dog as much as I love you...». Si mi papá, que a los 51, entre su rectoría y su familia, le ha estado creciendo toda una vida por dentro, se ve plenamente feliz mientras nos gana la partida. Si mi mamá, que no puede creer que los de este gobierno osado pero agringado pero más criollo que nunca estén echando para atrás todo lo que hicieron en el gobierno pasado, siempre regresa de la angustia y de esa sensación de que salir a la calle es un peligro para llegar a la conclusión de que la paz es esta escena.

Qué día este: nunca jamás va a acabarse. Aquí, en esta casa, no ha pasado nada grave, no, grave la muerte del doctor Enrique Low, grave el país. Y lo cierto es que la verdad no es la vida de ninguno de los cuatro —que día por día, «nos vemos esta noche», cada cual la vive como mejor puede antes de volver a nuestro 603—, sino esta escena en la que cada cual a su manera logra decirles a los otros tres que sí los quiere y es testigo de que esta familia ha sido un extraño refugio —y sí, mamá, lo es— que sí que ha valido la pena y ninguno la quiere perder por estar quién sabe en qué.

Dice mi papá: «qué tal que a la mamá le hubiera dado por aceptar ese ministerio».

Dice mi hermano: «qué tal que yo no me hubiera opuesto, a los gritos, a ese cargo».

Digo yo: «qué noche esa» y «qué tristeza el doctor Low», y nada más, y me levanto a poner el disco de los éxitos de Simon & Garfunkel.

Dice ella «más bien repartan», dolida y cansada, y para terminar por hoy con cualquier tema, como en la comedia de amor que nos vimos los cuatro hace unos días.

Domingo 2 de diciembre de 1990

Se está haciendo tarde este domingo. Pero a mí no se me acelera el corazón, ni me da por sentir que nada de esto que tenemos y nos pasa va a volver a ser lo mismo, porque yo ya estoy de vacaciones: qué alivio y qué suerte. Aquí vamos los dos, mi papá y yo, en busca de la pequeña y vieja oficina del Bosque Izquierdo donde hemos recogido a mi mamá en estos últimos días. Siempre estamos los dos en algún carro, siempre: en el Mazda 626 verde oliva, el Chevette azul oscuro y el Renault 6 blanco, si uno cuenta la historia para atrás. Vamos a peluquearnos. Vamos a comprar los aguacates de la ensalada. Vamos por las hamburguesas de los sábados. Vamos por mis primos Cuéllar. Y a veces estamos callados, y a veces nos contamos un par de cosas y sacamos conclusiones de la vida, y sea como fuere estamos plenamente en paz.

Cumplí 15 años en agosto. Mi papá cumplió en abril 50: no lo digo en voz alta, pues no me gusta nada que él envejezca, pero esa es la verdad, y su pelo ya no es negro, sino es gris, y tiene poco. Y en cualquier caso cuando estamos solos los dos, camino a cualquier parte en cualquier carro, es claro que nada ha cambiado: que como antes, y como siempre, vamos a recoger a mi mamá.

De la pobre radio, cuando empezamos a parquear el carro en reversa enfrente de la oficina («vas bien, vas bien», le digo), viene el mensaje navideño de Melodía Estéreo: «Que el regocijo de esta Navidad aparte de los hombres los odios, los rencores, los afanes belicosos y toda intención malvada y sombría por un mundo mejor». Y nos da la misma risa de siempre, ja. Y entonces, bajo la versión de *Spanish Flea* de Herb Alpert and the Tijuana Brass, él me pone *El Tiempo* en el regazo —y «ahí está el crucigrama de hoy»— y sale del carro en busca de la oficina donde está mi mamá desde la mañana. No me pide que vaya con él. Sabe que llevo auestas una timidez inmisericorde y que si estuviera en mis manos me quedaría encerrado hasta que llegara el día de volver al colegio.

Va hasta el pequeño local que es la oficina donde están trabajando. Digo «están» porque estoy hablando de María Teresa, de Camilo, el esposo de Eunice, y de mi mamá. La llegada de mi papá es un alivio para los tres. Porque les trae las galletas de mora de la Metropól que le pidieron, sí, pero también porque su papel en una escena como esta es desenterrarle el humor, el absurdo («todo a última hora», les dice), y estos tres andan escribiendo una propuesta de Constitución ocho días antes de que sean las elecciones a la Asamblea Nacional Constituyente.

Sí hay gente que quiere corregir el país. Sí hay lectores literales del *Quijote*: estos tres. Camilo, Camilo González, está a punto de asumir el Ministerio de Salud para remplazar a Antonio Navarro —que a pesar del asesinato de Pizarro, su amigo, anda en campaña para la constituyente—, y no tiene tiempo para esta jornada. Mi mamá, a los 42, no quiere saber nada de los poderosos liberales y conservadores que ha visto desde niña, y no sólo dijo no a lanzarse en la lista del M-19, «porque ahí sí me gradúan de comunista infecta, ja», sino que pidió que la dejaran «tranquilita en mi oficina de aquí en adelante, que yo ya pagué mi karma los cuatro años pasados». Pero tanto el uno como la otra se han pasado el fin de semana encerrados en esta

oficina, imaginándose, emocionados, el país mejor: esa es la verdad, y que tienen cara de niños que han dado con la solución.

María Teresa está nerviosa. Si usted la ve de lejos, como suele ver uno a las personas, parece cómoda y plenamente en paz —y tiene esa bondad que le pesa y la aplaca—, pero por dentro está comiéndose las uñas porque ya sólo queda una semana para las elecciones. Dudó mucho en lanzarse: desde que Navarro se lo propuso pensó en qué dirían sus papás, que han dado la vida por el Partido Conservador allá en el Valle, cuando les dijera «papá, mamá: voy a lanzarme a la constituyente con la lista del M-19». Pero fue su padre quien le recordó, en plena reunión familiar en Cali, que ya se había hecho la paz con «esa guerrilla». Y fue su madre quien le hizo caer en cuenta que esa iba a ser la única manera de que saliera elegida una mujer.

Y los dos padres orgullosos, los viejos Garcés y Lloreda, han estado recorriendo las calles y las carreras de su tierra en nombre de su hija adorada, tal como un día lo hicieron por Laureano Gómez y por su hijo Álvaro: «vote M-19».

Mi papá les acepta una taza de café: «¿sí hay tinto de esta mañana?». Se sienta en la silla de cuero que le despejan. Se come una de las galletas de mora. Y pregunta si ese reguero de constituciones en el piso, que más bien tiene cara de ciudad hecha de libros, es el mismo que había en la casa hace unos meses. Y sí, lo es.

Hace un año largo largo, cuando el Partido Liberal del presidente Barco y el Partido Conservador del expresidente Pastrana firmaron el pacto aquel para reformar desde el preámbulo hasta el último artículo de la Constitución de 1886, a mi mamá —que a fin de cuentas era la secretaria jurídica del gobierno— le encargaron la tarea de presentar una propuesta de reforma constitucional que permitiera que todo el país cupiera en el país, y la casa se llenó de constituciones de otras partes del planeta, y mi mamá recobró el semblante de niña que recobra después de cada revés, porque de una esquina a la otra, además, crecía y seguía creciendo el movimiento estudiantil «Todavía podemos salvar a Colombia», pero, cuando el proyecto de referendo para cambiar la Constitución llegó al Congreso, todo se fue enredando y enredando hasta que terminó en engendro, en nada: un grupito de senadores abogó por politizar la justicia, y una recua de legisladores entorpecedores embutió en la propuesta una «moción de censura» para hacerle la vida imposible al gobierno y una «iniciativa en gasto público» para quitarle al ejecutivo el monopolio, y un puñado de parlamentarios en la nómina de los narcos disfrazados de defensores de la soberanía exigió que se incluyera en el texto la cláusula «No se concederá la extradición de colombianos...» por siempre y para siempre, y todo se fue al diablo.

Los Extraditables mandaron decir, ni más ni menos que con el presidente de la Cámara de Representantes, que si el referendo preguntaba al pueblo si estaba de acuerdo o no con la extradición entonces ellos harían una tregua: no más sicarios, no más bombas.

Y mi mamá dijo una noche «¡sobre mi cadáver!» cuando vio en qué monstruo de cuántas cabezas habían convertido el referendo en el que tanto habían estado trabajando. Y el ministro de Gobierno, Lemos, les gritó a los congresistas «¡no ensucien la cara de Colombia!» cuando se dio cuenta de que querían tomárselo todo. Y poco a poco, en las exasperantes madrugadas del Palacio de Nariño, se fue reconociendo que tenían la razón quienes decían que convocar una Asamblea Constituyente era el único camino que quedaba si la idea era que la gente del establecimiento se sacudiera a la mafia e hiciera las paces entre sí, y que la Iglesia y la represión no fueran más una sombra, y que el M-19 y su país cupiera de nuevo en el país.

Si la Unión Soviética ha amanecido convertida en Rusia. Si de un día para otro tumbaron el resquebrajado Muro de Berlín.

Y entonces mataron a Galán, el candidato liberal, para que fuera clarísimo que aquí mandaba la mafia. Y luego mataron a Pizarro, el candidato del M-19, para que no cupiera duda de que esto iba a ser siempre de sus dueños: aquí ni uniones patrióticas ni izquierdas ni sindicalistas ni rojos ni protestadores.

Y los jefes del Palacio de Nariño y los amigos de toda la vida y la gente de la universidad, que se negaban a que el proceso de paz terminara en la guerra y estaban de acuerdo con la esperanza del movimiento estudiantil, se voltearon a mirar a mi mamá como preguntándole «y ahora qué». Y mi hermano Eduardo tuvo que aguantarse las quejas de media facultad del Rosario, ay, tan llenos de togas y de títulos nobiliarios, cuando su mentada madre se sacó de la manga el decreto que le abrió paso a aquella «séptima papeleta» que los electores pudieron dejar en las urnas de marzo para que en las urnas de mayo tuvieran en las manos el derecho a votar por la convocatoria de una Asamblea Constituyente: el 86% votó sí.

Y aquí están, siete meses después, escribiendo en el pequeño pero voluminoso Mac de la oficina uno de los documentos que la buena de María Teresa llevará a la Asamblea Constituyente, si es que dentro de ocho días finalmente sale elegida.

Si por ellas dos fuera, si el país, les dice mi papá, «no estuviera tan mal habitado como el planeta» —y no estuviera hecho sobre la base de la desconfianza y de la trampa, y al menos se pusiera de acuerdo en un mandamiento de la ley de cualquier dios: «no matar»—, este sería un barco que iría a alguna parte. Si fuera por ellas, si las leyes no tuvieran entrelíneas y allá afuera hubiera más ciudadanos que zánganos y a los funcionarios comprados no les diera risita eso de «trabajar por los demás», esto sería Suiza. Sí hay gente que quiere desfacer entuertos: hágame el favor. Sí hay personas, de esas que asumieron los años sesenta como una escuela y vieron con sus propios ojos el fracaso del fanatismo de sus hermanos revolucionarios, que se levantan los domingos con ideas para componer el país. Y parece mentira, y no lo es.

Dicen los tres, entre las ruinas de las pizzas hawaianas que se comieron hace unas horas y las latas de Coca-Cola dietética que se han ido volviendo un montículo que se sale de la caneca, que esta es la oportunidad para enderezar por fin las cosas, para que esta gente no pueda seguir haciendo lo que le dé la gana con todo y con todos.

—Y si no —les recuerda mi papá con cara de serio—, René Higuita ya advirtió, cuando dijo que no se lanzaba esta vez, que él está listo para la próxima constituyente.

—Ay, Eduardo papá debería leerle el tarot a María Tere —le dice mi mamá a mi papá, de cariño, como si alguien lo fuera a confundir con Eduardo hijo—: hubiéramos traído el naipe...

—¿No me diga que el señor rector, ni más ni menos que el físico más respetable que conozco, en realidad es brujo? —pregunta Camilo detrás de su bigote.

—Ay, sí, profesor, écheme una leidita así rapidita a ver qué, vea que estamos aquí comiéndonos las uñas —reconoce María Teresa.

—Pero aquí se ve algo muy muy importante —dice mi papá revisándole la línea de la profesión en la palma de la mano a nuestra candidata a la constituyente—: va a salir bien.

Ya son las 7:30 p.m.: las 7:35 p.m. en el reloj del Mazda 626 verde oliva. Bueno, yo creo que por hoy van a dejar «por ahí» porque me prometieron ir conmigo a ver una cosa que se llama *Línea mortal* al Astor Plaza. Y mi papá va a despedirse de una vez, «aquí no dieron nada más», les dice dándoles la mano, y da media vuelta y se va y les dice «estoy allá afuera», pues no quiere interrumpirlos más para que acaben pronto y está comenzando a sentir esas ganas de fumar que lo tienen fumándose una cajetilla de Marlboro entera día por día. Yo lo veo venir. Aquí viene caminando como ha caminado siempre, y saca su cigarrillo y lo prende con una

habilidad que ya querría tener cualquiera, y lanza arriba un aro de humo y mueve una mano como preguntándome si ha pasado algo nuevo acá afuera.

—Diez horizontal: «Su fiel esposa lo esperó entregada a la costura» —le pregunto.

—Ulises —me responde.

Y apenas termino de llenar las casillas que se me han resuelto con la llegada del «Ulises», «cu», «lesa», «así», «le» y «divas», le cuento que veo en *El Tiempo* propaganda de todos los candidatos a la constituyente menos de los candidatos del M-19. Pisa el cigarrillo. Se sienta en la silla del conductor. Buscamos y buscamos entre los titulares y los avisos del periódico: «La constituyente es el camino», «Rostros del secuestro», «Proponen incluir el legado de Galán en la nueva Constitución», «Anatomía del escándalo Klein», «Alemania: sigue fantasma del Muro», «Gómez», «Lleras», «Leyva», «Serpa», «Lemos», «El 9 de diciembre, si usted tiene una cédula y puede votar, usted es la persona más importante de Colombia», hasta que encontramos una separata firmada por la cabeza de la lista: «Palabra que sí».

—Va a salir bien —me repite.

Y mi mamá golpea la ventana de atrás, tuc, tuc, tuc, para que le abramos la puerta antes de que se congele. Y yo le abro cuando me dice en broma, como le decía el vozarrón de su papá, «¿podría pedirle al más importante hijo de la república y de la patria que me levante el seguro?». Y, cuando estamos a punto de arrancar, de Melodía Estéreo viene una cancioncita que ella identifica como Natalie: «es que, supongo que por rusa, le gustaba mucho mucho a mi hermano Alfonso», dice. Luego dice, quién sabe por qué, que está cansada de que digan que Barco gobernó con alzhéimer cuando ella es testigo de que hasta el último día estuvo completamente a la cabeza del gobierno, y lúcido y recto. Se ve cansada. Está cansada. Desde que se acabó el gobierno que la pobre soportó de principio a fin le da rabia perderse un domingo con nosotros. Y ha tratado de decir que no a todo para preservar nuestra rutina como si fuera sagrada, y para verse las películas largas que hemos estado viendo.

Quiero decir que aquí vamos los tres por mi hermano para ir a ver *Línea mortal* al Astor Plaza. Pero que me temo que, si no da risa o no da miedo, se va a quedar dormida cuando salga el letrero de «prohibido fumar en esta sala».

Jueves 26 de abril de 1990

Es que a uno lo pueden matar acá en Colombia. Por eso todas las mañanas de la vida mi mamá viaja a su oficina, en el segundo piso de la Casa de Nariño, con un par de escoltas que la miran fijamente. Se niega a tener más guardaespaldas. Se resiste a ponerse el chaleco contra balas. No quiere cargar un revólver como el que no le sirvió de nada a su hermano Alfonso: «si me van a matar, que entonces me maten, pero yo no voy a dispararle nunca a nadie», nos dice siempre. Y, en vez de pasársela mirando de lado a lado a ver de dónde carajos va a venir el tiro, le dedica la media hora larga que tarda de la 7.^a con 100 a la 7.^a con 7.^a a terminar de maquillarse y a oír las malas noticias de 6 a.m./9 a.m. con una piedra en el estómago. Y sé lo que estoy diciendo porque la estoy viendo. Hoy mi papá no pudo llevarme al colegio, porque tenía no sé qué cosas en la universidad, y entonces aquí voy al lado de ella.

Y ella mira al cielo y levanta las cejas como diciendo que va a llover pero aún no se ha nublado este día.

Ay, la pobre: siempre de afán, siempre con mil cosas de vida o muerte en la cabeza.

Ya se hizo tarde. De ninguna manera voy a alcanzar a llegar antes de las 8:00 a.m., y tengo un lío en la garganta. Solamente faltan diez minutos para que comience la clase de Historia, Dios mío, que ese profesor suele estallar de golpe —y puede humillarlo a uno cuando menos se lo espera—, y hasta ahora estamos a unos 100 metros del edificio gigantesco del Seminario Mayor: demasiado lejos. Y ya qué. Claro que caigo en la tentación de pensar en qué habría pasado conmigo si mi hermano hoy no se hubiera levantado a destiempo, si no nos hubiera atrasado a todos por haberse metido al baño quince minutos después de lo usual. Ay, si le hubiera hecho caso a mi papá, «señor rector», le digo, y me hubiera ido con él a las siete en su Chevette, no estaría oyendo las torpes noticias de hoy.

Que quién sabe qué clase de hijo de puta —si por alguna razón no fue una vez más el malparido mafioso de Pablo Escobar, que nos tiene sometidos a todos desde 1984— puso otra bomba monstruosa en una estación de policía de Medellín. Que se están reuniendo los mismos de siempre del Partido Liberal, del Partido Conservador, del Movimiento de Salvación Nacional, de la up, del M-19, para acordar cómo podría ser la tal Asamblea Constituyente que va a componernos. Que en un pueblo llamado Trujillo, en un borde del Valle del Cauca, desaparecieron cuatro inocentes más en la noche de ayer: «y cómo puede ser que nadie haga nada». Pero que como acá no perdemos la esperanza de que esto no sea una tragedia, señoras y señores, en la noche de hoy va a inaugurarse la tercera Feria del Libro de Bogotá.

Y a mí qué me importa. Que se callen, mejor, que haya silencio, si van a terminar pisoteándome por llegar tarde a clase.

Me bajo de un salto del Mercedes blindado de color blanco, en la puerta de rejas verdes de la calle 76, que es donde siempre me dejan y me recogen los escoltas porque por nada del mundo voy a permitir yo que se den cuenta de que tenemos guardaespaldas: «que te vaya bien, mamá». Ya son las 8:05 a.m.: «muchas gracias, señor Alvarado, señor Díaz, que les salga bien todo hoy».

Y ellos me desean suerte y se pierden de mi vista y se van por la carrera 11 hasta la 72. Veinticinco minutos después, como si yo fuera el que lo atrasa todo, están en la puerta del garaje de la Casa de Nariño: «buenos días, doctora, siga». Y ella se dirige a la sala de seguridad pensando en otra cosa. Y luego pasa por una puerta que de tanto pasar por ella ya no existe. Y hoy prefiere tomar la escalera de honor a tomar el ascensor.

Va escalón por escalón por el tapete rojo, «mi doctora Marcela: ¿cómo está?», completamente acostumbrada a la estatua de mármol de Baco, a las barandas francesas tejidas hace setenta años, a los ventanales que permiten que la luz retiña los frisos de yeso, a las lámparas de araña. Avanza en tacones por el piso de madera, toc, toc, toc, toc, como avisándoles a los fantasmas de la Casa de Nariño que acaba de llegar una humilde servidora que ya pronto se irá. Y entra por la sala de los computadores a su oficina, a esta Secretaría Jurídica que parece un karma pero es también una casa, para sorprender a tres de sus abogadas, a Luisa, a Patricia y a Isabel, jugando carritos chocones en las sillas con ruedas que les pusieron el otro día.

Y frunce el ceño, y pone su cara de experimentada mujer de 41, y las llama a las tres a su oficina «ya» porque «esto no puede seguir así».

Ay, Dios. Se fue. Allá va. Está realmente furiosa. Ya les dijo buenos días, seca e incansable, a las dos filas de abogados que trabajan con las cabezas enterradas en torres de papeles en el siguiente espacio de esta larga oficina. Ya saludó a Cecilia, su secretaria, con el cariño de todos los días. Ya Cecilia está mirándolas a las tres como diciéndoles que está profundamente decepcionada de ellas, que ella les dijo y les advirtió y les repitió tres veces que no se pusieran a jugar como niñas pendejas a estas horas del día. Y, mientras avanzan como un trío de traidoras a la patria que se dirigen al cadalso, los demás compañeros niegan con la cabeza como sepulcros blanqueados que podrían haber sido agarrados con las manos en la masa, con los traseros en las sillas de rueditas, mejor: qué desilusión.

Marcela no las mira. Ya oteó el horizonte por la ventanita de al lado a ver si va a llover en la Plaza de Armas. Ya puso su blazer verde en el perchero. Ya dejó colgando su gigantesca cartera negra en el espaldar de la silla. Ya revisó que los tres teléfonos estén bien colgados. Ya constató que todas las cosas de su escritorio, de nuestras fotos a sus montones de papeles por firmar, estén en el mismo sitio en el que las dejó. Se sentó. Se arregló un poco su saco blanco de cachemir con hombreras y empujó para atrás el collar de perlas. Vio la hora en el reloj delgadito que es una cadena: las 8:45. Y se puso a echarles una última leída y a firmar con su pluma plateada los conceptos que le dejaron. Y aquí están las tres, Luisa, Patricia e Isabel, esperando que les dirija la mirada: qué miedo Marcela cuando por fin se pone brava.

—Esto es un memorando que llegó de arriba anoche cuando ustedes se fueron a hacer sus compras —les dice, unos eternos segundos después, sin mirarlas a la cara—: y miren quién lo firma.

Dios mío: las van a echar. Quién sabe dónde quede la puerta de atrás de la Casa de Nariño, por la 8.^a quizás, pero las van a empujar por ahí un par de agentes de seguridad como a un trío de plagas. Claro que sí: si el presidente y el secretario general han firmado semejante carta, ni más ni menos que en papelería de la Presidencia, en la que les piden que reconozcan que han estado usando «sillas que son propiedad del gobierno de Colombia para su esparcimiento personal». Y están pálidas, por supuesto, y el corazón está dándoles vuelcos en el pecho. Y están diciéndole a su jefa que sí, que «sí señora», porque ella les está diciendo que a pesar del fiasco ha intercedido por ellas: si preparan un documento de mil páginas sobre las constituciones que ha habido en el país desde la de 1819 hasta la de 1886 todo será olvidado.

—Pero, Marce —se atreve a decir Isabel, con los ojos encharcados y el sistema nervioso liado, después de hacer un respetuoso minuto de silencio—, si tú fuiste la que se inventó el juego...

Y entonces las tres caen en cuenta de que la Marcela se les ha vengado de la broma pesada («Marce: sabemos que es el colmo de la dependencia, pero que por favor llames al general nosecuál para que le expliques cómo grabar en el betamax *Te amo, Pecas*») que le hicieron entre las tres el otro día. Y gritan «¡no!», «¡no puede ser!». Y se paran al tiempo de las sillas, como coreografiadas, y le buscan la cara hasta que le descubren el ataque de risa imparable que le está sacando lágrimas. Detrás de ellas, la oficina entera celebra el chiste. De verdad creyeron que iban a botarlas a la caneca. Y estaban comenzando a pensar en cómo ellas, las más brillantes de sus universidades, iban a explicarles a sus familias que las habían despedido por jugar en la sala de computadores.

Todo el mundo sabe, en el infierno que ha sido ese gobierno, que hay que aprovechar cualquier momento para reírse. Y que si ha habido un par de horas de tregua, y han pasado dos días de trabajo tan corrientes que ha sido posible bromear, es sólo porque está a punto de pasar algo malo. Quién sabe qué bomba van a poner ahora. Quién sabe quién va a estar detrás del siguiente episodio del horror: si los paramilitares, si la guerrilla, si los malditos narcos. Vaya usted a saber qué desgracia habrá pasado a esta hora en qué municipio de qué departamento que nadie voltea a mirar si no le desembarca la muerte. Marcela deja de reírse, y se asoma al cielo tan frío, y endereza su reproducción de *Don Quijote, Sancho y sus animales derrotados por los galeotes*, por eso mismo: porque algo malo va a pasar.

Y todos se van yendo a sus puestos, como las puertas de vaivén que poco a poco dejan de temblar, porque después de cuatro años de levantarse en la incertidumbre y la desilusión ya se han acostumbrado a tragarse la risa unos segundos antes de que pase lo peor.

Su sentido del humor es de bomberos, de médicos de sala de urgencias: eso es. Y siempre que le suena el teléfono Falcon a su jefa, 9:15 a.m., 9:32 a.m., 9:51 a.m., 10:25 a.m., 11:10 a.m., se les cierran los ojos y se les quita la sonrisa: ring.

Quién es. Quién carajos es. Qué es todo lo que está diciéndole a la pobre Marcela esa voz tan rara: ahora qué fue. Con quién está hablando la doctora que nada que cuelga. Quién era.

¡Dios! Que dizque le dispararon a Carlos Pizarro, el líder del M-19, en pleno vuelo a Barranquilla: una ráfaga de ametralladora por la espalda. Que él, que como cualquier líder de la izquierda sabía que un día lo iban a matar —eso dice Marcela: que viven resignados, como personajes trágicos, a ese destino—, acababa de confesar en una entrevista en 6 a.m./9 a.m. que estaba feliz de haber hecho la paz, de haber pasado de ser un guerrillero a ser un candidato a la Presidencia, que tenía fe en que este país iba a cambiar. Cinco de sus catorce guardaespaldas, que lo rodeaban en las sillas de los lados, eran sus compañeros exguerrilleros. El sicario era un «suizo» de aquellos: un suicida de buzo de lana. Y lo mató un escolta porque sí, porque quiso, antes de que alguien le preguntara qué psicópata de qué mafia, de qué oligarquía reaccionaria, lo había mandado a esto. El avión logró volver a Bogotá porque sólo llevaba ocho minutos en el aire, pero un par de ventanillas estuvieron a punto de resquebrajarse del todo: «¡nos lo mataron!», «¡no!», «¡este puto vuelo se va a caer!». Se llevaron el cuerpo de Pizarro a la Clínica de Cajanal abajo en la 26, rápido, rápido, entre los gritos y los susurros y las lágrimas. Murió, sin embargo, a las 11:10. «Sobrevivió a 20 años de guerra y a unas semanas de paz». «Cómo hizo ese sicario para disparar 15 veces contra el hombre más protegido de Colombia». «Por qué ese guardia tenía a la mano una pistola cargada». «Y ahora qué viene». Y cómo va a hacer Navarro Wolff, el segundo al mando, para evitar que comience otro 9 de abril. ¡Putá!

Pero si hace un mes mataron a Jaramillo Ossa, el candidato presidencial de la up, unos minutos antes de irse de viaje: «estos hijueputas me mataron, mi amor, me voy a morir...», fue lo último que dijo. Pero si hace cinco meses le pusieron una bomba a un avión de Avianca con 107 pasajeros, ¡107 en pleno vuelo!, en el intento de matar al candidato presidencial del liberalismo: a Gaviria Trujillo. Qué más quieren. Hasta dónde van a ser capaces de llegar. Cómo más van a arrinconar a esta pobre sociedad paralizada por el miedo. Dónde se está a salvo en este país que es el infierno. Quién sigue. Hace cuatro semanas se inventaron aquí, en esta oficina, con el propio Navarro y a pesar de los gritos de los unos y de los otros, el decreto de estado de sitio para que Pizarro pudiera participar en las elecciones: y para qué.

Dentro de poco no va a quedar nadie en pie. Nadie. Se va a extinguir la especie en este rincón minado del planeta. Va a estar uno a punto de cruzar el umbral de su puerta cuando se le venga el techo encima, y ya: la oscuridad prometida.

Marcela está capoteando todas las llamadas urgentes como quien sabe soportar un aguacero: «Buenos días, presidente...»; «Navarro pidió la renuncia del gobierno entero»; «Cómo está, secretario, ya me enteré...»; «Navarro les está pidiendo calma a los seguidores del M-19»; «Qué tal, ministro, cómo le va...»; «Navarro está llamando a la paz a la gente enfurecida». Y menos mal ella y sus abogados se rieron cuando llegaron porque no van a reírse más por el resto del día. Y menos mal se dijeron, de cierto modo, que se quieren como se quieren quienes están sobreviviendo juntos a una guerra, porque ahora no tienen tiempo ni siquiera de mirarse. Y el humo de los cigarrillos se lo está tomando todo. Y el mundo es un minuto de silencio.

Y el cuadro del Quijote y Sancho y sus animales derrotados no es un grabado de Doré, sino que es una fotografía. Y el cielo son esos techos altos y borrosos por la lámpara de araña. Y se está oscureciendo porque en cualquier momento va a venírseles encima el segundo diluvio.

Nadie tiene que darle a nadie ninguna orden: Marcela mira a Luisa que mira a Isabel que mira a Patricia que mira a Cecilia que llama a Julito el ujier. Y el señor Alvarado y el señor Díaz, el par de escoltas de siempre, arrancan de una vez para la Universidad del Rosario en busca de mi hermano Eduardo. Y a las 12:30, como si el carro fuera a mil siempre que no estoy yo, golpean en la puerta blanca recién pintada del salón de octavo. Y la profesora de Democracia habla con alguien allá atrás, entreabriendo, a punta de secreteos. Ya sé que llegaron por mí. He oído mil veces que la orden es que en jornadas como estas, en las que puede pasar cualquier cosa, no estén por la calle los hijos de los funcionarios en peligro. Y sé que voy a volver a pasar por la vergüenza de salir de aquí.

—¡Silva! —grita la profesora—: llegaron por usted.

En el tablero sólo hay un par de palabras: «Frente Nacional». Estábamos hablando de cómo los dos partidos de siempre, que habían estado mandando a sus pobres seguidores a la guerra, un día de 1957 se pusieron de acuerdo para remplazarse en el poder. De cómo esa repartición del poder, necesaria pero brutal, alivió y pacificó a la mayoría y frustró y violentó a todos los demás. Y entonces, porque no había cómo llegar al gobierno si no se formaba parte de esa Colombia de «Lleras», de «López», de «Gómez», de «Valencia», de «Pastrana» —y porque acababan de robarle las elecciones al candidato de alias «el Pueblo»—, en 1970 un puñado de revolucionarios fundaron el M-19. Hoy, 20 años después, cuando ya el gobierno había logrado hacer las paces con los «subversivos», le pegaron 15 tiros en el cuello y en la nuca y en los hombros al líder de aquella guerrilla. Quién puede estar golpeando ahora la puerta del salón.

Salgo con mi maleta colgada del hombro derecho, ay, Dios, otra vez. Tengo puesta mi sudadera gris con rayas azules porque hoy había clase de fútbol: que me remplace mi amigo

Carlos Manuel en el mediocampo, les digo mientras salgo, si es que hay partido esta tarde. Ya afuera, apenas ajusto la pesada puerta de salida, trac, está esperándome el señor Díaz con cara de «otra vez yo». Por aquí, por acá, por este lado. Rápido que parece que va a llover. Rápido, rápido, que los trabajadores y los vagos se están dando cuenta de que me están sacando de acá. El carro está en la misma puertita del colegio en donde me dejaron esta mañana: la de la 76. Nada lejos. Pero la ida del edificio del bachillerato al coliseo cubierto, que tarda unos 50 pasos de bajito, es un viaje a algún cadalso.

Un par de palomas me pasan por encima y me aletean la cabeza cuando por fin voy a cruzar la puerta verde, y yo cierro los ojos y grito cualquier barbaridad: «¡puta!». No me cagan, no, como cagan a todo el colegio. Y sin embargo mi hermano Eduardo, que odia estos días de salir corriendo, me señala desde la ventana del carro como burlándose de lo que acaba de pasarme: ja. Yo me subo en la parte de atrás. Yo le levanto las cejas a Eduardo, «qué hubo», para no perder la costumbre de mostrarnos distantes, para no darle la oportunidad de que se desahogue conmigo. Y me quedo serio, serio, y oigo en la radio las noticias y las conjeturas del crimen de Pizarro, hasta que el señor Díaz nos dice «ay, juemadre: no encuentro la pistola».

Y, como el horror tiene tanto de parodia, yo me veo obligado a buscar el arma debajo de su asiento y a entregársela en su propia mano: el día en que nos pase algo estoy dispuesto a proteger a este guardaespaldas abatido.

Viernes 6 de octubre de 1989

Todos los días se salva uno de la muerte. Pero por suerte, y por sanidad mental, muy pocas veces notamos que hemos estado a punto de morir. Y lo digo porque desde antenoche, desde la noche del miércoles, hemos estado pendiendo de un hilo. Yo estaba con mi papá en el estudio de la casa —que ahora le decimos la sala del televisor— tratando de terminar el crucigrama de *El Tiempo* con el *Pequeño Larousse Ilustrado* a la mano: «uno de los objetivos de la guerra psicológica...», «pieza redonda en los escudos de armas...». Ya eran las 8:30 p.m. Teníamos el televisor en el Canal 11 porque iba a empezar *Paper Chase*. Mi hermano, tan universitario, estaba en el sillón de la sala hablando por teléfono con su novia, y jugaba y jugaba con el cable enroscado mientras ella le contaba quién sabe qué. Estábamos esperando a que llegara mi mamá para darle la noticia de que a mi papá lo habían nombrado rector de la Escuela Colombiana de Ingeniería.

Y empezábamos a sentir que algo raro estaba pasando porque nada que llegaba: mi papá ya se había quitado la corbata de líneas azules y grises, pero no se había atrevido a quitarse el saco del vestido «por si acaso nos toca ir a recogerla». Dios, siempre estamos recogiendo.

Mi papá, que detesta la nostalgia, que todo el tiempo está diciéndonos que el pasado no puede doler ni servir para mal, estaba en uno de esos raros ratos en los que le da por contar su pasado: estaba contando que su infancia fue como la de esas novelas que me leía en la cama; que su propio papá, a quien no conoció, pues murió cuando él era apenas un bebé de seis meses, era un linotipista de *El Tiempo*; que ese retrato sepia tan tristón pero tan bello, de joven de 31 años, es lo único que le queda de su padre; que su tía Maruja, que últimamente anda cegatona y chistosa, tiene cómo probar su parentesco con Silva el poeta; que su mamá, doña Mercedes, dizque fue novia del escritor José Eustasio Rivera; que tuvo tres hijos con su papá, pero, como él murió un poco después de que le tomaran la foto aquella, pronto se casó con un señor de apellido Cuéllar; que el 9 de abril del que habla siempre, cuando mataron a Gaitán, él y sus hermanos nuevos tuvieron que quedarse encerrados en la casa de Chapinero; que en el colegio había un cura rojo rojo, al que por rojo le decían «Rabanito».

Y entonces llegó mi mamá, que traía el sastre escarlata que le compramos enfrente de Unicentro, y traía una blusa negra, y nos dijo con la voz pálida y la cara sobrevenida que la iban a obligar a ser ministra de Justicia.

—¡Felicitaciones! —le dije, porque no me esperaba que los tres fueran a mirarme como si sólo fuera lo que soy: un hijo menor.

—De qué —me preguntó mi hermano Eduardo con esa voz que me daba miedo cuando niño.

—Por qué no —le respondí sonrojándome de abajo arriba— si ella es la mejor del mundo.

Porque mi mamá ha estado evitándolo desde el principio para que no la maten en la calle, a quemarropa, como a sus hermanos. Porque todos los ministros de Justicia del gobierno de Barco, y todos los funcionarios que tengan que ver con la extradición y se les enfrenten a los narcos, están condenados a lo peor que usted pueda imaginarse. Acá están matando a todo el mundo.

Mataron al ministro Lara en el 84. Mataron al juez Castro en el 85. Mataron al periodista Cano en el 86. Mataron al candidato Pardo en el 87. Mataron al procurador Hoyos en el 88. Mataron al representante Antequera a comienzos de este año: «que se mejore su tío», le dijimos mi hermano y yo a Daniel, el mono del curso de arriba, porque «por estar ahí» el señor estuvo a punto de morir en ese mismo atentado.

Y sobre todas las cosas, mataron a todos los valientes que no se dejaron intimidar por los hampones y que hicieron lo mejor que pudieron para no sufrir la desgracia de salir en la prensa. Y los que no fueron fusilados por la calle por el gobierno de los narcos en todo caso nunca más tuvieron vida: esto es el salvaje Oeste.

—Yo no voy a ir con escoltas a la universidad por nada del mundo —se negó mi hermano sin más—: yo me voy de aquí si mi mamá acepta.

Tuve la impresión de que mi papá, que a veces no entiende bien por qué mi mamá está dando la vida por un país, que sufre, de tanto en tanto, arrebatos de cansancio en las noches de espera —y entonces no ayuda—, estaba apoyando a su esposa con la solidaridad de siempre: ya estamos en esto, ya qué. Yo, que cuando siento que la familia va a pelear me crispo y me engarroto y me cierro a mí mismo como si fuera un par de ojos, seguí pensando que nadie podría hacer mejor que ella eso de responderles a los matones con lo único que les da miedo: las extradiciones. Pero mi hermano Eduardo sí tuvo claro que por nada del mundo mi mamá iba a aceptar el puesto ese a no ser que fuera sobre su cadáver: si ella decía que sí, repitió, él se iba.

Fue una noche eterna esa noche. Celebramos, tensos, la rectoría de mi papá, como si no fuera una sorpresa, como si hubiera sido el rector de su universidad desde hacía varios años, desde siempre. Y ninguno de los cuatro pudo dormir en paz: de nada sirvió ver televisión hasta el himno nacional, ni leer los libros viejos de Mafalda, ni fingir el sueño en la oscuridad, y cada uno soportó por su cuenta y riesgo, y a su manera, el limbo de la madrugada.

A las 4:30 a.m. —que es la hora en la que el demente de mi hermano se despierta a estudiar gracias a la alarma aterradora del radiodespertador de nuestra mesa de noche, y siempre, como en una pesadilla recurrente, suena a todo volumen «wherever you go, whatever you do, I will be right here waiting for you...», y yo me despierto sudando— mi mamá se fue a la sala a hablar con su hijo mayor tal como lo han estado haciendo desde que él entró a la carrera de Derecho. No sé de qué hablaron porque yo me sepulté, furioso, debajo de las cobijas. Supongo que discutieron sobre lo mismo. Porque a las seis y pico, cuando fue evidente, para mí, que ya no iba a dormir más, me encontré a mi hermano en la sala. Y cuando me senté a leer los periódicos, que los leo en el piso todos los días de mi vida —y nadie los puede leer antes que yo: que nadie los arrugue—, me dijo «nadie que no quiera que lo maten va a aceptar ese ministerio».

Ese ministerio trastorna a cualquiera: al que acepte cargarlo como una cruz, en un desliz de aquellos, se le aparece la palabra «extradición» por siempre y para siempre en sus pesadillas con Pablo Escobar.

—¿No se acuerda de lo que pasó con la ministra De Greiff, la hija del rector del Rosario?: se tuvo que ir porque iban a matarle a su hijo. ¿No ve dónde están Parejo, Low?: exiliados y muertos de miedo. Si mi mamá acepta ese cargo —me dijo Eduardo—, no sólo van a matarla como le mataron al hermano, porque ella se va a hacer matar por «la patria» como todos esos tipos educados para mártires que han estado matando en estos años, sino que, en el mejor de los casos, vamos a tener que irnos de Colombia apenas se pueda.

Y yo me pregunto: ¿para dónde vamos a agarrar?, ¿y qué tal viudo será mi papá?, ¿y qué va a ser de los amigos y las novias?, ¿y en qué colegio voy a estar yo, Ricardo, si mi timidez

inmisericorde ya se acostumbró a este?, ¿y de dónde viene esta rara tentación de rezar?

—Yo sé que no hay nada que hacer —me dijo Eduardo sin mirarme a los ojos y antes de salir del apartamento—: va a decir que sí y después van a matarla.

Cada uno tuvo, en fin, su propio jueves: mi papá fue acomodándose en su nueva oficina, mi hermano participó como un loco en todas sus clases, yo me dediqué a jugar fútbol al lado de la capilla del colegio.

Pero el jueves de mi mamá fue un jueves de vida o muerte. María Teresa Garcés y el doctor Humberto Mora, sus amigos, fueron a la Casa de Nariño a rogarle al secretario Montoya que no nombrara en ese puesto a una mujer que se iba a hacer matar como un quijote. El Ministerio de Justicia, que ella recorrió en la mañana, resignada, como si fuera la nueva ministra, pues en efecto lo era, fue una calle de honor de funeral hecha de gente que sonreía a pesar de todo: «buenos días, ministra». Su oficina, la oficina larga y alta y penumbrosa de la Secretaría Jurídica, fue en la tarde una sala de velación: ¿se va la doctora Marcelita?, ¿se va Marce?, ¿y entonces qué va a ser de todo este equipo que se ha estado jugando la vida para sobreaguar la inundación de sangre y fuego de los putos narcos?, ¿y si rezamos un padrenuestro para que no se vaya?, ¿y si le decimos al presidente que no se la lleve?, ¿y si conseguimos a una persona que sí quiera ser ministro?, ¿y si llamamos a ese doctor Salazar, el del Banco de la República, que acaba de pensionarse?

—Presidente: yo acepto porque por mí no hay problema y si hay que morir hay que morir y yo no soy capaz de decirle que no a usted —le dijo mi mamá a Barco, antes de tomar el carro de vuelta, enseñada por su vida a dar la vida por la causa—, pero, para no dejarlo solo, y para no acabar con los nervios de mi hijo mayor, déjeme preguntarle a este doctor Salazar si él querría ser el ministro.

Y hacia las 9:15 p.m., cuando mi papá, mi hermano y yo empezábamos a burlarnos en familia, en la sala del televisor, de ese programa de Historia que se ha llamado, se llama y se llamará *El pasado en presente*, apareció mi mamá con la noticia de que había llegado tarde otra vez y otra vez se había perdido la telenovela esa de aventuras porque el secretario Montoya le había dicho que antes de irse dejara hechos, numerados y fechados, dos decretos: uno nombrando al doctor Salazar y el otro nombrándola a ella. Si él dice que sí mañana, que apenas lo está pensando, entonces celebraremos. Si dice que no, entonces nos explicarán cómo va a ser la vida de ahora en adelante: en qué carros nos moveremos, a qué horas haremos todo.

No dormimos bien. Me encontré a mi mamá en mi insomnio, que es un lugar, como en esa época cuando a la pobre le tocó leerme *El viejo Djin Jottabich* para que yo no pasara las noches en blanco. Yo le dije que todo iba a salir bien porque es lo que ella me dice cuando todo está a punto de salir mal. Ella sólo me dijo «hijito: me va a tocar decir que sí».

Y la vida que hemos tenido, que la hemos logrado escapándonos de la desmesura y el martirio y el narcisismo que vivieron su hermano y su papá, va a llegar a su fin.

Hoy viernes fue el día más raro de todos. No le conté a nadie lo que estaba pasando en mi casa: para qué. Jugué fútbol. Trabajé con mi amigo Carlos Manuel, que era de mi bus, en la película que hemos estado grabando para la clase de Historia: una tragedia griega. Soporté a ese funesto profesor de Español, el que anda por ahí diciendo «Borges: ese man me lo da todo», divagando como un desempleado sobre no sé qué parte de *El general en su laberinto*. Y volví a la casa en el carro blanco luminoso con el señor Alvarado y el señor Díaz, los escoltas, a atiborrarme de papas fritas con salsa de tomate desde las cuatro de la tarde. Y aquí fueron llegando todos uno por uno, de las 5:30 p.m. en adelante, como personajes de una obra de teatro

que vienen al 603 de La Gran Vía desde esa tras escena tan mediocre que es el mundo.

Mi papá llegó a las 5:30 p.m., clic, tras, diciendo que mi mamá le había dicho en la mañana que el doctor Salazar nada que aparecía. Mi hermano llegó a las 7:00 p.m. jurando, porque ese era el rumor en la prensa y en la universidad, que a la pobre le había tocado aceptar.

Mi mamá llegó a las 8:30 p.m., si no estoy mal, con la noticia de que hacía media hora habían nombrado a Roberto Salazar Manrique ministro de Justicia. La Secretaría Jurídica entera se había pasado el día rezando y repitiendo el padrenuestro para que no se la llevaran: «no se vaya, mi doctora, no se vaya que me la matan». El secretario Montoya, encorvado y perseguido, se había asomado varias veces a su oficina a preguntarle por qué diablos no quería ser la ministra. El presidente había ido a confesarle que si fuera posible, si no fuera imposible encontrar a alguien en este punto del gobierno, preferiría que ella se quedara con él en la Casa de Nariño por lo que le había dicho el otro día: que todos los días le decían algo nuevo de alguno de los que lo rodeaban, «que anda con los unos», «que hace negocios por debajo de la mesa», y ya no confiaba sino en ella.

Mi mamá alcanzó a despedirse de todos cuando vio que eran las siete de la noche. Adiós, Julito. Adiós, Rodolfo. Adiós, Cecilia. Y cuando estaba empezando a recoger su escritorio, y había llenado su cartera nerviosa de todo lo que se encontró en los cajones, entró como un giro del destino aquella llamada salvadora.

¡Dijo que sí! ¡Salazar dijo que sí! Aplaudida por sus abogados, que habían estado pidiéndole a Dios como si también fueran sus hijos, ella subió de inmediato y a zancadas a la oficina del secretario Montoya a darle la noticia. De ahí pasaron a la del presidente, juntos, a ponerlo al día en los últimos sucesos. Y entonces, sin saber qué más pensar de esa persona que desde muy niña supo que no quería fama ni poder ni notas en la prensa —y esa es la razón de su autoridad, señoras y señores—, le dieron las gracias y la dejaron irse a descansar a su casa. Y acá está. Y dice «no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista». Y nos pide que juguemos una partida de king. Y que pongamos el disco de las baladas de Los Beatles. Y le demos un abrazo. Y un beso. Y digamos cualquier cosa que valga la pena.

—¡Felicitaciones! —le digo porque tengo derecho a entenderlo todo de último: soy el hijo menor.

—¡Gracias! —me dice ella, y nunca un hijo quiso tanto a su madre, y una madre se sintió tan correspondida.

—Porque si tú quieres aceptar yo no tengo ningún problema... —dice, en broma, mi hermano, y consigue un par de risas.

—Y lo que importa es que hay que pedir ya algo de comida porque si no nos toca comer el único pollo que quedó del almuerzo —advierte mi papá.

Déjenme explicarles nuestro alivio: acabamos de pedir un par de pizzas hawaianas con anchoas —sí— para celebrar por fin que por fin nombraron a mi papá rector de su Escuela y para jugar nuestro juego de cartas y ponernos a ver en el Betamax la película que hemos querido ver hace tanto tiempo: *Historias de Nueva York*. Si hubieran nombrado a mi mamá, si no hubiera conseguido a su remplazo en el último minuto, estaríamos a punto de pasar otra mala noche, y otra mala noche sería lo de menos porque si han puesto carros bombas enfrente del edificio, si han mandado ese par de amenazas de muerte y vamos y volvemos con escoltas, cómo sería la vida entonces. Si la hubieran nombrado, no tendríamos nada que celebrar.

Y mi mamá no caería en cuenta, dice, de que no hay patria ni Dios ni causa que valga ponernos en peligro o dejarnos sin ella.

Y esta felicidad de pedir pizza y jugar king y devolver el casete en el Betamax no sería más nuestro presente.

Viernes 18 de agosto de 1989

Ya llamó a la casa a avisar que otra vez va a llegar tarde, que otra vez no la esperen a comer. Quedó con la sensación, entre la culpa y el agotamiento, de que ninguno de los tres —ni los hijos ni el marido— le entendió por qué se está alargando tanto ese maldito Consejo de Ministros. Dios santo, como si a ella le gustara quedarse un viernes hasta tarde en esa oficina del demonio, como si no sonara y sonara el teléfono Falcon a cualquier hora, ring, ring, ring, cada vez que le da la gana de sonar: «va a hablarle el presidente...». Ya quisiera ella estar viendo *Amar y vivir*, o como sea que se llame la telenovela esa de la que tanto le hablan, y comiéndose el suflé de atún con salsa golf de los viernes. Pero no: de aquí no sale ella hasta que los ministros le firmen los siete decretos de estado de sitio que han estado discutiendo desde el mediodía.

Nada está primero que su familia: ella lo sabe porque se inventó el concepto. Pero no hay manera de que esto se acabe antes de las diez de la noche. Y a esa hora dijo que llegaba.

Esto empezó como un almuerzo entre amigos que van por ahí con la tensión alta. Cada uno se sentó en el puesto que le da la ley: el presidente, como siempre, se acomodó en el centro de la mesa; el secretario Montoya se hizo enfrente, pero salió y entró del salón toda la tarde. Las tres lámparas de araña estuvieron encendidas desde el comienzo, aunque haya sido un día frío y despejado, como temiéndose la llegada de la tarde. Las empleadas sirvieron la carne en salsa de vino y las verduras calientes en la vajilla blanca de borde dorado, y entonces, bajo la mirada de los retratos al óleo de Bolívar y de Santander y de Torres y de Mosquera y de Lozano y de Caycedo, los miembros del Consejo hicieron lo posible para comer y para entender lo que la secretaria jurídica les estaba diciendo desde la última silla de la larga mesa de madera.

Los decretos 1855, 1856, 1857, 1858 y 1859, que invocan el estado de sitio instaurado hace cinco años en el territorio nacional, simplemente buscan restablecer el orden público que ya nadie recuerda, prepararse para la campaña política que se nos viene y hacerles frente a los ataques de todos los ejércitos ilegales de este país. Y aunque explicarlos haya sido una tarea de horas, luego de horas y de horas de oír los avances y las dudas y los secretos de cada uno de los ministerios, ninguno de los miembros del Consejo tuvo el corazón ni tuvo el estómago para oponerse a estos temas tan urgentes: quién, en esta Colombia en la que los colegios se han acostumbrado a hacer simulacros de bomba como si fueran izadas de bandera, podría negarse a firmar semejantes decretos. Hasta ahí todo bien. Largo, eterno, pero bien.

El problema empezó cuando se dio lectura al Decreto 1860: otra vez la tal extradición.

La doctora Marcela Romero de Silva, la secretaria jurídica, vestida con una blusa verde con un moño púrpura en el cuello, se acercó a su micrófono y tomó con las dos manos el 1860 para leerles a todos lo que se estaba proponiendo: que, como una serie de grupos armados y bandas antisociales y organizaciones relacionadas con el narcotráfico «vienen perturbando gravemente el normal funcionamiento de las instituciones» (ciertas frases retumban en la sala: «atentados y alevos asesinatos de jueces y magistrados...», «acción y perturbación que continúan vigentes...», «secuelas en la seguridad ciudadana...», «acción conjunta de los países que sufren este terrible

flagelo...»), entonces no queda otra que combatir a la mafia con «el instrumento jurídico de la extradición...».

Y como semejante responsabilidad no puede seguir pesándoles a los pobres magistrados de la Corte, luego de que los unos y los otros les quemaron el Palacio de Justicia y los ajusticiaron a todos por eso mismo, por mandar a los hampones colombianos a podrirse a las cárceles de afuera —a las celdas de los países a los que exportaron esta maldad—, de ahora en adelante no serán los jueces, sino que serán ciertos representantes del propio gobierno quienes extraditarán «por la vía administrativa» a los peores entre los peores: que no les temerán a las bombas ni a las balaceras ni a las torturas ni a las ejecuciones por la espalda que ellos mismos han ido convirtiendo en costumbre, pero se cagan de miedo esos asesinos tan cobardes cuando se les dice que serán extraditados.

El 1860 convierte la extradición en resolución ejecutiva: no habrá pena de muerte porque aquí no hay, ni se les negará su derecho a la defensa, pero apenas se firme este decreto bastará con que un hampón de esos de los de Medellín o los de Cali sea reclamado por una justicia a la que sí le tema —una a la que no pueda asesinar sin más— para que este gobierno se los mande para allá echando espuma iracunda y jurando venganza desde las escaleritas del avión: «voy a despellejar a los hijos de los hijos de todos los malparidos que hayan tenido que ver con esto...», han gritado los que se han ido para afuera, y así será a partir de hoy.

Si es que firman. Porque el Consejo de Ministros entero se ha puesto pálido, pálido. Y siete de los trece, luego de un larguísimo e incansable minuto de silencio, se han puesto a renegar de la extradición porque sí y porque no, porque cómo se va a atrever este gobierno a suspender así como así el *Non bis in idem*, porque mandar a estos bandidos para allá no va a resolver ningún problema de fondo, porque no tiene sentido seguir toreando a ese toro que explota, porque no tiene presentación hacerle eso a un compatriota, porque no podemos seguir debiéndonos a las potencias extranjeras, porque «yo conozco a los señores de Cali y me parece una injusticia lo que están diciendo de ellos», por Dios. Y siguen las miradas reprobatorias y las quejas rabiosas.

Y ahora la atacan y le preguntan qué hay detrás de esto. Y ahora la ofenden y ella comprende que mientras menos grite, y menos pierda el control de sus palabras, mejor le saldrá su defensa.

Ya van a ser las nueve de la noche, y ella, que le aprendió a su hermano asesinado que los políticos de Estados Unidos son explotadores e inescrupulosos, y que detesta que los gringos se le metan a la oficina, como sanguijuelas en busca de presos colombianos, a felicitarla por su contribución en «la lucha contra las drogas», se está cansando de defender al gobierno del gobierno y de explicar que en un mundo mejor las drogas serían legales y los colegios de los hijos no harían simulacros por si un día les ponen la bomba que les han dicho que les van a poner, y está pensando en llegar a su casa por fin, y en lanzar el grito vagabundo «quédense con su cochino país que yo me he querido ir y he querido dejárselos desde que tengo memoria», pero entonces entra de afán a la sala la secretaria del presidente.

El director del escalofriante DAS, el general Maza Márquez, tan misterioso y tan amable y tan guajiro, y tan perseguido a muerte por los del cartel de Escobar, está allí porque se están hablando temas de seguridad y porque cree en el recurso de la extradición, pero sólo hasta ahora se hace evidente su presencia porque aquella secretaria le entrega a él una nota que su voz grave y agotada se ve obligada a leer:

Acaban de dispararle al candidato liberal Luis Carlos Galán Sarmiento en un acto de su

campana en Soacha.

No puede ser. Aunque «no puede ser» es una frase sin sentido aquí en Colombia, aquí en el mundo. Galán va a ganar las elecciones de mayo. Galán va a ser el presidente después del presidente Barco. Y es uno de los pocos políticos de aquí que se niegan a llamar «polémico empresario» a un mafioso carnicero y sanguinario de esos que han estado tomándose todo, todo. Cómo puede ser que sus guardaespaldas hayan permitido el atentado. Cuál de todos era el encargado de protegerlo, por Dios. Se porta, sí, como si supiera que un día no muy lejano van a matarlo, pues acá basta decir la verdad para que disparen, pero hay que cuidarlo segundo por segundo como si su muerte fuera a ser el fin de todo. Dónde está ahora. Qué se sabe. Quién se atreve ahora a decir que la extradición no es una buena respuesta.

El Consejo de Ministros se ha llenado de ojeras y de corbatas sueltas y de taquicardias. La una dice «Santa María: van a acabar matándonos a todos». El otro dice «aquí lo que hay que hacer es pactar la paz con esos señores». El de más allá se da la bendición nomás, y luego dice no a la extradición con la cabeza. Y la discusión se va convirtiendo en la pregunta «qué se sabe de Galán».

Como si no entendiera el enésimo «no y no y no», Marcela está a punto de lanzarles el enésimo monólogo sobre por qué y con qué hay que resistírseles a los narcos hasta el día en el que la droga sea legal, y ya va a recordarles que Galán ha defendido la extradición (y sé que está pensando en que cuando un periodista le pregunta qué hará si se legaliza el alcohol que tanto ha perseguido, el policía Eliot Ness responde, en *Los intocables*, que ese día lejano seguramente irá a tomarse un trago), y entonces a las 10:40 p.m. vuelve a entrar la secretaria de la Presidencia y por su cara y sus manos pegadas al cuerpo y su mirada al presidente se sabe de una vez lo que el general Maza Márquez les dice a todos unos segundos después: que Galán está muerto, que lo llevaron al Hospital de Bosa y no hubo nada por hacer.

Y ahora qué. Y de dónde viene, en el peor de los momentos, esta extraña tentación de rezar.

Todo se queda en su sitio y allí no se quiere mover: se quedan mudos un par de platos de la vajilla que aún no han recogido porque algunos dijeron «todavía no», las tazas llenas de cunchos de café y las cucharitas volcadas sobre los rastros de azúcar, las cortinas atadas a los lados de las ventanas y las ventanas abiertas para que entre la noche que ya va por los 8 grados centígrados, las huellas de las ruedas de las sillas en el grueso tapete café, los morros de copias de los decretos de estado de sitio que han discutido desde el mediodía, los esferos y las plumas que no ruedan porque nada se mueve y nadie se mueve y nadie da un solo golpe a la mesa de pino, las carteras con las cremalleras abiertas y los bolsillitos levantados, los maletines acostados al pie de los zapatos desamarrados de los unos y las otras.

El ministro Rosas rompe a llorar: «no puede ser, no puede ser», aunque así sea. El ministro Becerra se tapa la cara con las dos manos y no se atreve a asomarse. El ministro Vásquez da el pésame al aire. El ministro Londoño se pregunta cómo vamos a explicarle al mundo esta nueva vergüenza. El ministro Lemos pide seguir combatiendo con fuerza, con amor propio. La ministra De Greiff pide que no le toque a ella sola firmar esos decretos pero insiste en que va a firmarlos todos. La secretaria Romero se aferra a su copia de su 1860 porque esto no puede salirse de las manos. El secretario Montoya invita, seco, a proceder. Y el presidente Barco pregunta si alguien tiene la menor duda de lo que hay que hacer.

No, no hay duda. Ya no. Porque Galán no dudaba. Y porque esta es la manera de decirles «no nos vamos a dejar aniquilar» mirándolos a los ojos.

Todos firman el 1860, todos: uno por uno por uno por uno por uno por uno por uno por uno por uno por uno por uno por uno por uno. Van pasando por el puesto de ella y van firmando y van pidiéndole permiso al presidente y van diciendo adiós y se van yendo porque ha llegado el momento de terminar el Consejo de Ministros: ya son más de las diez. Ella es la última en salir de ahí. La sala es como un escenario lleno de objetos volcados cuando ya ha terminado la obra de teatro, Dios santo, 13 ministros en pugna. Y ella ya va a hacer mutis por el foro con su paquete de decretos abrazados contra el pecho y ve que el presidente la ha estado esperando para darle las gracias por dar esa pelea y por ser la persona entre tanto prohombre y tanto padre de la patria en la que él sí confiaba: «yo sé que le ha estado tocando la peor parte...», dice, y se le cae un mechón de pelo blanco entre los ojos, y le pone una mano en el hombro.

Cada uno se va a su oficina para que siga la horrible noche del himno. Carajo: cómo terminamos en esto. Si la idea era no verse, como cualquier Romero, entre la espada y la pared y ante el precipicio de la muerte y la violencia colombianas. Maldita vida: esta cosa de esperar cuándo y dónde va a ser el disparo no puede ser mi destino, ni el destino de mis hijos. Y vivir en este país no puede seguir siendo un sino.

Ella le dijo a Eduardo papá «vámonos», «vámonos a cualquier parte», cuando los niños tenían 6 y 2 años, y se lo repitió apenas sintió que la gente seguía viéndola como la hermana del uno y la hija del otro, y las brujas conservadoras y los monstruos liberales pedían su cabeza en todos los cargos que le ofrecían «porque es una comunista infecta». Qué raro querer y no querer irse. Qué raro querer y no poder irse. Y qué absurdo tener la tentación de escaparse de Colombia, y estar dedicada en cuerpo y alma, piensa, mientras baja la escalera de honor agarrada de la baranda ornamentada, a echar del país a esos hampones —que se llaman a sí mismos los Extraditables— que han estado haciendo lo que sea, incluso acabar con todo, para quedarse: «preferimos una tumba en Colombia a una celda en Estados Unidos...».

Cuando regresa a su oficina, como el soldado que vuelve de la guerra, esto hasta ahora está empezando. Ya son las 11:00 p.m., las 12:00 a.m., la 1:00 a.m., las 2:00 a.m., las 3:00 a.m., y la radio y la televisión le dedican todo su tiempo a la muerte de Galán y todavía falta mucho para que ella y sus abogados recobren el derecho de volver a sus casas. Hay que preparar los decretos de honores. Hay que subir y bajar muchas veces para ayudarles allá arriba a convocar al duelo nacional por el hombre que iba a ser el próximo presidente. Es necesario estar a la mano por si se necesita redactar algún documento de emergencia. Y son las 4:00 a.m., las 5:00 a.m., las 6:00 a.m., y la gente ya no tiene blazers ni corbatas ni zapatos. Y ha llegado la hora de decirles que vayan a sus casas a bañarse y luego vuelvan.

Y eso mismo hace Marcela. Que baja hasta el garaje, donde están esperándola el señor Díaz y el señor Alvarado. Se recuesta contra una ventana con los ojos cerrados para hacerse la que no escucha el eterno «doctora: a este paso vamos a necesitar refuerzos». Se imagina que pasan por el laberinto de La Candelaria, que suben a Egipto y toman la Circunvalar. Pide que le suban el volumen a la radio —y ven La Macarena, La Perseverancia y Chapinero desde lo alto— para volver a oír que los escoltas eran nuevos, que le dispararon con una mini-Uzi en esa tarima de palo mientras un par de tipos de sombrero agitaban las banderas y los cómplices disparaban al aire para despistar a los seguidores en la plaza, y que lo llevaron al Hospital de Bosa primero y después al de Kennedy, cuando ya era demasiado tarde.

Cuando abre los ojos, ya están llegando a ese edificio feo, sí, que es su edificio feo: La Gran Vía. Por seguridad, no la dejan sobre la 100 sino adentro en el garaje. Sube las escaleras de baldosines dálmatas, sin voltearse a mirar la cartelera en la que anuncian cuándo será la próxima

junta del edificio, y llega pronto al ascensor de los pisos pares («buenos días: cómo está») y ve el piso dos y la pared de mosaicos de piedra y el piso cuatro y la pared de mosaicos de piedra y llega luego al piso seis. Saca las llaves de la cartera, recoge los periódicos del suelo con los titulares que se sabe de memoria y cuando abre se encuentra cara a cara conmigo. Me entrega *El Espectador* y se queda con *El Tiempo*. Y me da el abrazo que nos corresponde. Y niega con la cabeza como diciendo que no tiene nada más para decir.

Tiene un par de horas nomás para bañarse, cambiarse, comer algo y volver a la oficina. Pero en este preciso momento, 6:55 a.m. de un sábado, está en la sala de su casa con su hijo.

Jueves 26 de mayo de 1988

Silencio, silencio. El señor presidente, el ingeniero Eduardo Silva Sánchez, del apartamento 603, ha dado por comenzada esta junta extraordinaria del edificio La Gran Vía. Reunirse no ha sido una mala idea de él, que ha aceptado su cargo precisamente para que estos infiernos sean breves y escasos, sino una «genialidad» de la señora amable pero insoportable pero misteriosa del 1404. Sin embargo, le corresponde a él poner en marcha la sesión para que se termine antes de que les den las diez de la noche, Dios mediante. Qué temas se van a tratar esta noche. Quién quiere proponer alguna cosa imposible de llevar a cabo. Por qué diablos se callan, pero se miran como si tuvieran un secreto en la punta de la lengua. Cuál era el afán de verse en el último piso del edificio, en ese helado círculo de sillas de plástico, frente a las puertas de vidrio que dejan ver la noche.

Qué es lo que los avergüenza tanto. Qué es lo que están escondiendo. Qué pecado escabroso habrán cometido estos nueve propietarios en pugna que no son capaces de mirarlo a los ojos a él, y que, en vez de lanzar sus quejas y sus fantasías, han arrancado a hablar y hablar de cualquier cosa como quien se ha propuesto eludir la verdad.

Eduardo, el rey de la paciencia, les ofrece a los unos y a los otros la cajetilla de Marlboro entreabierta que se saca del bolsillo interior del saco gris del vestido, y enciende un cigarrillo y fuma, y convierte el plástico del empaque en un cenicero que irá a dar a la primera caneca que se encuentre. Se aclara la garganta. Suelta un par de fumaradas, y presta atención y sonríe, mientras la abogada del séptimo confiesa a todos que votó por el hijo de Pastrana para la Alcaldía porque le gustaba el eslogan de «Diciendo y haciendo», la pianista del sexto comenta que sus tres hijos no se pierden la telenovela *Caballo viejo* y la psicóloga del noveno cuenta que acaba de morírseles el primo de su marido que sobrevivió por muy poco a la bomba de *El Colombiano*, hasta que son conscientes de la hora: ¡8:40!

—Pongámosle orden a esto —dice Eduardo, y señala a la bruja del 1404, que se ha puesto gafas oscuras para la ocasión, y sigue—: ¿por qué estamos reunidos?

Estos últimos meses, por iniciativa de la arribista del 1403, se vieron aquí mismo para discutir si es posible que el piso de la recepción del edificio sea de mármol y tenga una estatua de cobre de un lugar que valga la pena; se encontraron para exigir que «por lo menos agarre un par de canales en español, hola» esa gigantesca antena parabólica que se encajó en la misma terraza donde los soldados se paran a vigilar cuando va a pasar por la calle 100 algún funcionario del gobierno perseguido por la mafia; se buscaron para elegir los colores, caquí y café, con los que se repintará la fachada gris del edificio; para preguntarse si no sería bueno comprar una planta eléctrica ahora que les ha dado por decir que si las cosas siguen como van en un par de años habrá que hacer racionamiento: qué más se puede discutir en una junta de estas.

—Eduardito: es que queremos que ustedes se vayan del edificio apenas puedan —confiesa, haciendo cejas de frentera, la villana maldita del 1404—: nosotros los estimamos mucho a ustedes, y sabemos que están aquí desde el principio, pero en cualquier momento nos ponen una

bomba acá abajo por culpa de lo que está haciendo su señora, ala.

—Vivimos con miedo por nuestros hijos y por nosotros mismos —agrega la oportunista del 1403, pequeña y gafufa y dientuda, y acaricia la pared rugosa con una mano pintorreteada—, y con la estética por los suelos, carachas, y me da pena decirlo pero así es, porque ahora no sólo tenemos parqueado el camión ese de los lobos del noveno, sino que nos toca aguantarnos el cable ese que sale del apartamento de ustedes.

—Ay, sí, hija —repite la costeña somnolienta del 404—: ajá.

—Yo estoy arrendando un apartamento un poco más chiquito por los lados de Cedritos —dice un señor calvísimo y cegatón que nunca había hablado en esta historia oficial y nunca más lo hará—, por si a alguno le llama la atención.

—No suena nada mal, vecino —recalca la costeña cansina, coqueta—: ajá.

—¿No habrá una manera menos vulgar de colgar el cable ese? —contraataca la carroñera del 1403—: ¿sí saben de qué cable estoy hablando?

Se refiere al vergonzoso cable de ese teléfono gris de disco, el teléfono Falcon que tenemos desde hace ya dos años en el baúl de madera donde se guarda la vajilla de la mamá de Marcela y uno se sienta a hablar, que comunica veinticuatro horas con el despacho del presidente: «¿aló...?», contesta uno con la poca voz que le sale apenas levanta la bocina. Que sí se ve feo el cable ese, sin lugar a dudas, porque sale por un rotito en la pared bajo la ventana como una cuerda floja que va a dar al poste de enfrente, pero dígame qué podemos hacer si así es esta vida que nos tocó, si la secretaria jurídica tiene que estar atenta a lo que pueda pasar desde la mañana hasta la noche: dígame qué.

Estuvimos amenazados y en riesgo, sí, y pasamos semanas con esa extraña tentación de rezar, porque una vez salió en todos los noticieros el memorando en el que mi mamá le recomendaba al presidente Barco volver a la extradición, pero los espías que el general Maza Márquez envió, y que durante un par de semanas se infiltraron nosedónde —niquierosaber—, dicen que nos salvó la vida que en solidaridad todos los altos funcionarios le negaron todo a la prensa. Parquearon un carro bomba frente al edificio, nadie lo puede negar, pero lo más probable es que hayan querido acabar con la torre de al lado: la torre de la Texas. Y, bueno, por ley de probabilidades no parece fácil que vuelva a suceder algo como eso a unos pasos de la casa.

Pero el señor presidente de la junta no les dice «díganme qué podemos hacer», ni les cuenta todo lo que sabe, ni deja al ingeniero Zea asumir la defensa de los Silva Romero del 603, ni les repite «está bien, está bien: entonces nos vamos» con cara de digno, sino que apaga el cigarrillo y espera a que todos estén escuchándolo, como hace cuando una clase está perdiendo su rumbo, para decirles lo que piensa.

Primero les confiesa que sus hijos se la pasan viendo los canales en inglés de la parabólica, HBO, TBS, WGN Chicago, como si entendieran, je: «es que el mundo está ahora en todas partes: quién lo iba a creer». Después les recuerda que el edificio le permitió al ejército usar la terraza para vigilar, a punta de francotiradores, lo que esté pasando en este vasto sector lleno de militares de todas las calañas: «no es nada fácil ser vecino de las caballerizas de Turbay, ja, pero alguien tiene que hacerlo». Sigue su monólogo, entre las risas de todos, anunciando que lo de la planta eléctrica puede ser bueno porque en ese lote lleno de ratas que queda al lado puede esconderse cualquier hampón dispuesto a cualquier cosa: «el otro día amaneció un cadáver en la puerta de la universidad». Luego les dice que, cuando supo que estaban pensando en pintar la fachada y en enchapar en mármol y en adornar con estatuas la recepción del edificio, «Marcela me dijo: aunque la mona se vista de seda, mona se queda». Y es que La Gran Vía siempre ha sido un

bloque de cemento, y no mucho más, nada de adornos de madera ni de pequeños balcones de hierro, porque es un diseño de ingenieros de clase media graduados de la Universidad Nacional. Y cuando ellos llegaron aquí, en el 75, no había ni Texas ni World Trade Center ni nada, sino un barriecito entre pastales que no era elegante ni era pobre, je: sólo un barrio y ya «para gente de esa que más tarde pide a gritos que le pongan los canales en español porque “es que eso todo en inglés”...». Y apenas en estos últimos años, como se ha estado construyendo a diestra y siniestra y se ha estado viendo la plata del narcotráfico por todas partes, se le ha metido a la gente eso de disfrazar sus casas de palacios, ja. Sí que hay arribismo acá en Colombia, ¿no?, sí que hay complejos. Y líos gratuitos. Y envidias. Y vocación a caerle al caído. Pero lo bueno de este gobierno es que, por lo que él ha visto, sus principales jefes se niegan a temerles, a caerles bien a los narcos. A duras penas saben leer, lo cual es condición *sine qua non* para pertenecer a lo público, pero están listos a dar la vida para que esa mentalidad mafiosa y ese sálvese quien pueda y esa solidaridad que pide plata a cambio sean erradicados si es posible de una buena vez.

—Dicho todo esto —concluye el excelentísimo señor presidente de la junta del edificio La Gran Vía sobre las carcajadas de sus vecinos—, apenas Marcela tenga tiempo, que la pobre no sale de la Casa de Nariño, nos dedicaremos a buscar apartamento por los lados de Alaska, je.

El ingeniero Zea, que también ha vivido en el edificio, con su esposa y sus tres hijos, desde el principio de los tiempos, sonríe porque no va a ser necesaria la defensa encarnizada ni va a servir de nada su indignación. Por su bondad que es un hecho, por su talento para decir lo contundente sin elevar la voz y su humor infatigable, Eduardo sabe ofender y ridiculizar a su interlocutor sin dejar pruebas, sin dejar huellas: acababa de decirles a esas viejas desocupadas que no sean brujas y arribistas y lobas y farsantes, que no se porten como chulos que han dado con un cuerpo que aún está vivo. Y ellas siguen muertas de la risa, ja, jartas de mierda, je. Y ahora le están diciendo que no hay afán, que les daría mucha, mucha tristeza si nos fuéramos, que mejor se quede porque quién va a hacerlos reír si él se va.

Él no les responde que sí ni les responde que no. Cuenta que a Mirentxu, la mejor amiga de «la doctora Marcela» desde los cinco años, que es magistrada del Tribunal Administrativo de Cundinamarca, le llegó el otro día la noticia de que «mañana van a poner una bomba en la calle de su oficina, pero, para que no se nos vuelva esto un caos, lo mejor es que usted simplemente no vaya a trabajar sin decirle nada a nadie». Y ella les dijo «¿Y esperar en mi casa, tranquila e inocente de nada, mientras vuelan a mis compañeros?: gracias por avisarme, pero voy a hacer de cuenta que no he oído nada». Y sudó frío y tuvo taquicardia toda esa jornada, con el sector acordonado —y la seguridad redoblada— por si acaso se cumplía aquella amenaza, y no le dijo a nadie ni una sola palabra, ni una. Desayunó, trabajó, almorzó, regresó a la casa con semejante secreto por dentro. Porque prefirió morir con todos a vivir con la peor verdad de todas.

Y en los colegios han habilitado puntos de encuentro por si les ponen una bomba. Y Marcela se niega a usar chaleco antibalas y a cargar un arma, «¡n, o, no!», pero tuvo que hacer un curso de defensa personal con unos agentes gringos que contrató el gobierno. Y el otro día en su universidad, en la Escuela Colombiana de Ingeniería, un tipo fue a decir que había oído que iban a volar el campus.

—El problema es que ya no hay dónde escondérsele a este país —dice el señor presidente de la junta—: no hay modo.

Y declara terminada la sesión para que los apartamentos del piso 14 puedan irse a dormir. Y como las señoras se reparten en el ascensor de impares del piso 13 y el de pares del 14, «ala», «carachas», «ajá», baja por las escaleras al lado del ingeniero Zea. Hablan del golazo de Andrés

Escobar en Wembley. Comentan cómo ha cambiado la gente que vive en La Gran Vía en estos trece años, cómo se han ido mudando señoras y señores que se niegan a que no sea más que un edificio de clase media con sus miserias y sus glorias y su pequeña zona verde para jugar fútbol donde aún —en el muro en el que tapa el arquero— puede leerse el «Kiss» del grupo de rock. Qué tanto se puede ir de una vida fingiendo. Qué desgaste, ¿no? Ya verán que la solución es trastearse a un conjunto cerrado lleno de jardines y de vigilantes. Tendrán que irse.

Se despiden en el piso 11, «adiós, doctor Hernando», «adiós, doctor Eduardo», con la sensación de que se ha ganado una batalla pero seguirá pendiente la guerra. El señor presidente de la junta del edificio baja, contándolos, los 56 escalones que le hacen falta para llegar al sexto. Busca la llave entre todas las llaves del llavero. Abre de un solo golpe de mano la puerta del 603. Cierra con cuidado por si Marcela ya está dormida: ¡las 10:30! Se queda viendo, sobre la mesa redonda del comedor, los cuadernos verdes y rojos de balones que estamos usando mi hermano y yo: ojea mi tarea sobre la primera elección popular de alcaldes —me tocó presentar cómo fue la campaña de Pastrana: «Diciendo y haciendo»— y le echa una mirada al libro que mi hermano ha estado leyendo: *Sobre héroes y tumbas*.

Nos encuentra en la sala del televisor jugando un juego de computador que nos grabó un amigo en un disquete: Karateca. Hace la pregunta que acabamos de decir, mi hermano y yo, que iba a hacer: «¿ya se durmió su mamá?». Y luego de involucrarse en nuestro empeño de rescatar de la fortaleza de Akuma a la princesa Mariko, «jijiji» («arriba», «al lado», «salto», nos indica), nos cuenta lo que acaba de ocurrir en la junta del edificio, la mezquindad abriendo sus alas. Yo no lo puedo creer, pero sólo en el sentido de que no deja de sorprenderme que haya tantos matones en el mundo. Mi hermano se pregunta si esa gente de verdad pensará que es parte de la alta sociedad. Y mi papá nos dice que por algo su padrastro, que fue el padre que tuvo, se cambió el apellido a Cuéllar, pero quién sabe, quién puede saber qué pasa en las cabezas ajenas.

Mi hermano pone el juego en pausa porque mi papá, de 47 años, muy pocas veces habla de su infancia. Pero en vez de decirnos a qué jugaba, con qué amigos iba por los pasillos del Colegio San Bartolomé, con cuáles de sus hermanos se sentía más cómodo y cómo es el cuento del maíz durante el Bogotazo —en vez de explicarnos, por ejemplo, cómo es eso de que su mamá fue novia del señor que escribió *La vorágine*, y qué sabe del papá que sólo tuvo cuando era un bebé de seis meses—, deja su billetera y sus llaves sobre su escritorio y nos da las buenas noches de una vez: «hasta...», dice. Luego nos dice que no nos trasnochemos demasiado. Bosteza. Y se va por el pasillo lleno de caricaturas de bogotanos a contarle a su esposa lo que acaba de pasarnos.

Miércoles 23 de marzo de 1988

Pero qué es lo que dice el bendito memorando: pues que la secretaria jurídica le recomienda al presidente de la república «extraditar sin necesidad de control de legalidad previo de un órgano judicial» y cuanto antes. Qué significa eso: pues echar de este país, que parece una familia a la que le han puesto brujería, y mandar a un calabozo gangrenado e implacable en Estados Unidos a esos criminales que no les temen ni a Dios ni al diablo ni al DAS ni a la prensa ni a nadie de uniforme, sino sólo a la tal extradición: «¡voy a devolverles a sus niños en pedazos!», gritan, camino a sus celdas gringas, en las pistas de los aeropuertos. Y cómo una hojita que va del segundo piso al tercero terminó en manos de los noticieros y los periódicos: porque hay un soplón entre los abogados del pasillo. Y quién es: el cejón pálido y sudoroso de apellido Monje que a nadie le gustó desde el comienzo.

Y cuál es el lío a fin de cuentas: que ayer en la noche, en el *Noticiero 24 Horas*, se vio por más de diez segundos quién firmaba el documento: «Marcela Romero de Silva».

Sabíamos que iba a pasar. El viernes pasado nosequé ministro de esos le gritó a mi mamá «pero quién se cree usted para negarse a recibir al dueño de *Semana*»: «qué lujo no pasarle al teléfono». Ella le respondió, serena, que la verdad era que ni tenía tiempo ni le parecía una buena idea salir en la prensa, pero que con mucho gusto podía explicárselo ella misma al señor Felipe López. Y así fue unas horas después. «Siga, siga». «Gracias», «Siéntese, por favor». Con toda la bondad y la firmeza del mundo, como una estatua de su lado del escritorio y la ventana de su despacho de par en par, dijo «no», «no» y «no» a dar una entrevista, a permitir que les tomara una foto a «los intocables» del equipo de la Secretaría Jurídica que está enfrentándose a la mafia y a confirmar que ella fue quien firmó ese comunicado que «ningún medio serio se daría permiso de publicar».

López, largo e impecable, e hijo a fin de cuentas del expresidente López Michelsen, le dio toda la razón y estuvo de acuerdo en que era peligroso revelarle a semejante asesino —que a él le repugnaba y le fascinaba— una enemiga más para matar: «y quién quiere salir en la prensa».

Pero también le advirtió lo que vendría: que la gente de *24 Horas*, el noticiero del conservador Álvaro Gómez, hijo del viejo Laureano que mi abuelo maldecía de manera respetuosa, seguramente publicaría el memorando apenas lo tuviera a la mano y quizás lo mejor sería entonces responder de alguna forma. Y desde ese momento la Secretaría Jurídica se convirtió en el lugar más sofocante y asfixiante de la Tierra: afuera, en Bogotá, la temperatura no pasaba de 17 grados, pero en la oficina no pasaba el aire ni entraba la luz entre el humo, y las secretarías iban y venían y los abogados se rascaban los ojos y se soltaban las corbatas y las abogadas se quitaban bajo el escritorio los zapatos de tacón —y sólo se oía la radio y «quién habrá filtrado el memo»— porque en cualquier momento los periodistas que el presidente detesta con fervor y disciplina van a servirles sus nombres a la mafia.

Dios mío: y desde finales de la semana siguiente, por recomendación del general Maza Márquez, el del DAS, habrá que sumarle un par de escoltas más al «esquema de seguridad» de la

pobre Marcela.

María Teresa Garcés, la benévola y paciente compañera de la universidad, de familia conservadora laureanista y alvarista, con la que mi mamá ha trabajado desde siempre, nos hizo el favor de rogarle a la gente del *Noticiero 24 Horas* que no mostrara el comunicado maldito: «María Isabel: a Marcela Romero nos la van a matar», les dijo, «y tiene apenas 39 años y dos hijos por los que preferiría dar la vida, y sus amigos la queremos mucho». Pero no hubo quién pudiera hablar con *El Espectador*, con *El País*, con *El Tiempo*. Y tampoco cómo, con qué palabras y con qué razones, pedirles a los desvergonzados del *Noticiero TV Hoy* y del *Noticiero Nacional* y del *Noticiero de las 7* que nos guardaran este pequeño secreto. Aquello iba mal, Dios; en la mañana de aquel viernes, un par de salvajes en Todelar estaban advirtiéndolo que existía el comunicado.

Y en la tarde estaban llamando a la oficina, de todas partes, a preguntarle al que levantara el teléfono qué se sabía de la extradición.

Y una vez más las enemigas de estas épocas, eh avemaría ese par de hermanitas, se pusieron a llamar a sus conocidos para pedirles la cabeza de «esa comunista hermana de comunista»: perseguir y perseguir es su marca de estilo. Y, cada uno a su tiempo, aparecieron el señor Fadul y el señor Peñalosa —que tiene a un hijo amable trabajando en el gobierno— a preguntarles a todos por qué es que siguen teniendo al lado del presidente a la hija del demente ese de Romero Aguirre «que hace ya veintipico de años le sirvió al tipo ese que nos difamó, al tal Nacho Vives» y «por algo lo echaron como un perro putrefacto del Partido Liberal».

Y entonces el presidente de la república en persona dio la orden perentoria de que nadie dijera una sola palabra más del tema y, una vez que despidieran al cejón sudoroso y pálido que quién sabe qué habrá ganado por filtrar el memorando, nadie volviera a entregarles a los periodistas ni un solo documento. El secretario Montoya se encerró a hacer llamadas. Y en el oratorio, en los descansos de las escaleras de piedra lavada, en el sofá de cuero de la sala de recibo del despacho presidencial, en la silla vino tinto y el tapiz tricolor del salón protocolario, en las oficinas llenas de rincones y de pinturas que lo siguen a uno con la mirada todo el mundo dijo de ese momento en adelante «no tengo ni la menor idea de qué comunicado me está hablando».

Fue un fin de semana largo, un fin de semana de puente, sí, pero también un fin de semana con el cuerpo hecho un puño y la mandíbula estrujada: lo último que supimos el viernes en la noche fue que el martes en la mañana saldría el memorando en todas partes, y sin embargo siguió un silencio de tres días que pareció un mal sueño.

El sábado fuimos a los cines de Granahorrar, con una amiga de la casa, Lulú, la izquierdosa de la clase alta, a ver «lo que usted siempre ha querido saber de lo que pasa» *Detrás de las noticias*. Y en la fila a la taquilla, que daba vueltas por los pasillos del centro comercial, la señora nos contó que había oído decir que «el sanedrín de Barco» había tratado de preparar a mi mamá para la política mandándola a las peores reuniones con los peores de los peores, pero que el rumor en los metederos del poder era que la hija de Romero Aguirre había salido «químicamente pura», que se tomaba las amenazas de muerte como gajes del oficio y tenía el *Quijote* como Biblia, y nadie comprendía por qué se negaba a lanzarse y uno que otro decía que debía estar loca para no tener ambiciones. «Que ellos no te entienden, Marce, que uno se queda en este país a tumbarlos o a seguirles el juego», dijo, «y tú les ayudas, pero no quieres formar parte de su corte». Mi mamá le respondió que ella no le ayudaba a ellos sino al país porque no creía en tumbar a nadie ni en refundaciones de fanáticos ni en revoluciones de fundamentalistas para instaurar quién sabe qué, pues ya había visto muchas desde niña. Y que ella sólo quiere trabajar, y ya, y que se queden con

su país si ese es el problema. Y que el que no la entienda que no la entienda y que se joda. Y que ella ya va a cumplir 40 años y ya sabe que lo único que quiere es estar en paz. Y entonces sonó un teléfono en la tienda de discos y mi mamá saltó como cuando uno se despierta de un sueño en el que acaba de caerse: le ha estado pasando desde que el timbre del teléfono Falcon nos paraliza a cualquier hora del día.

El domingo mi papá, mi hermano y yo nos fuimos al estadio después de comernos los espaguetis con la salsa roja que hace mi mamá. Dejamos el Chevette azul en el parqueadero de al lado del Palacio del Colesterol. Yo me puse la ruana porque ando con gripa, y estuve callado y a punto de llorar hasta que llegamos porque soy demasiado sensible a todo lo que pueda pasarles a cualquiera de los otros tres. Me alegró entrar a El Campín. Me levantó el ánimo la aparatosa subida de las escaleras hasta las graderías. Me emocionó ver el campo verdísimo y brillante y recién regado, como un jardín para todos. Pero lo que me salvó de mí mismo fue ver salir a Millonarios aunque no esté jugando bien, aunque haya comenzado a media marcha el pentagonal: la Gambeta, el Pájaro y el Guajiro salieron a la cancha como si fueran a ser campeones otra vez. El Bucaramanga salió con toda al principio. Y mi hermano le gritó groserías al árbitro, «¡árbitro hijueputa!», «¡malparido!», ante ese ceño fruncido de mi papá que significa «eso ni se hace ni se dice». Y yo me puse a comer una de esas paletas de frambuesa con vainilla por dentro porque no sabía cómo más ayudarle al equipo. Pero pronto lo puso todo en orden un disparo a un lado del mediocampista Nilton Bernal, «¡gol!»: «¡Millos, Millos!». Y vino luego el golazo de cabeza de «el Pájaro» Juárez, «¡tome, hijueputa!». Y el baile, «¡ole...!», «¡ole...!», hasta llegar al tres a cero con un disparo abajo de «el Guajiro» Iguarán. Yo bajé las escaleras a punto de un ataque de risa de pura felicidad: «a ver qué dice Carlos Manuel el martes, ja...», pensé, porque mi amigo es hincha de Santa Fe. Y en el carro nos pusimos a oír en el radio el programa ese, *Tercer tiempo*, mientras comenzaba a desanudarse y destrabarse el parqueadero. Y mi papá dijo «estuvo muy bien» y mi hermano y yo le dimos el abrazo que pueda darse uno dentro de un carro y a mí se me olvidó la cosa del memorando hasta que volvimos: hubo un día en el que Millonarios jugó contra Colombia y yo no dudé ni un solo segundo en ir por Millonarios.

El lunes nos quedamos en la casa todo el día porque a todos les hacía falta hacer algo: mi mamá, que estaba otra vez sin voz y con la garganta destrozada y las amígdalas deshechas, debía estudiar unas sentencias de la Corte; mi papá tenía unas horas nomás para corregir los exámenes de los de primer semestre; mi hermano había pensado estudiar no sé qué cosas con el pendejo ese que se cree lo mejor. Sentí la misma culpa que he sentido siempre, igual: recuerdo que el día en el que entré al jardín infantil cargué una maleta de cuero de ABC con tres libros que me encontré en la biblioteca, *El príncipe*, *El verano del lobo rojo*, *El Código Penal de la República de Colombia*, porque me daba vergüenza ser el único de la casa que no andaba por el mundo lleno de papeles, y la profesora me dijo «por ahora lo único que necesitas para venir a tu nuevo colegio es un cuadernito, Ricardo». Pero el lunes, o sea el día antes de ayer, mientras cada uno se hundía en sus propias hojas, se me fue la mañana jugando Alley Cat en el computador Atari y se me fue la tarde viendo en el cuarto de mis papás una de las películas que compramos el otro día: *Mejor solo que mal acompañado*. Y me reí como me río yo, como un loco, y estuve a punto de llorar también, pero después quién se aguanta a mi hermano. Y luego se me fue envenenando el cuerpo, órgano por órgano y músculo por músculo, porque la verdad era que ya iba a empezar la semana que podía volverse la peor semana de todas: «¿y qué puede pasar, mamá, si siguen ventilando la copia de tu memorando que les dieron a los periodistas...?».

El martes fue peor. Ayer fue peor. Desde la mañana hasta la noche se habló y se mostró en los medios, sin ninguna clase de recato, el concepto de la secretaria jurídica de la Presidencia: el consejo solitario, firmado por «Marcela Romero de Silva», de «extraditar sin necesidad de control de legalidad previo de un órgano judicial» a los hampones que se fueron tomando cuenta por cuenta este país. A cada cual en su lugar, en la Escuela Colombiana de Ingeniería, en la Universidad del Rosario y en el Gimnasio Moderno, nos preguntaron qué era lo que estaba pasando con mi mamá. Ella le explicó a Monje, el cejón anémico y jadeante, por qué lo mejor que podía hacer era irse lejos de la oficina, y ya. Y terminó acuartelándose en su despacho, entre las sorpresas del día y la planeación de una estrategia para esquivarles a los periodistas sus preguntas alevosas y el redoblar de los teléfonos («la doctora no está...», «no va a hacer ningún comentario...», «no, no sé de qué me está hablando...»), hasta que apareció en el umbral de la puerta el ministro Low Murtra. Que se le sentó un rato a acompañarla, a curiosear uno por uno, mejor, los objetos sobre el escritorio. Que le lanzó un solidario monólogo sobre lo divino y lo humano que cualquiera lo habría adorado para siempre. Y que al final, cuando ya se iba arriba a ver al presidente, y se peinaba hacia atrás el pelo que le queda, le dijo «mi querida Marcelita: usted no se preocupe que yo voy a seguir diciéndoles a los periodistas que ese memorando suyo no existe y que mejor se metan en sus propios asuntos...».

Pero en la noche el memorando ya estaba en los noticieros que nadie se pierde: «¡Gobierno quiere revivir la extradición!». Y estaba abajo, clarito, el nombre de la funcionaria que lo estaba proponiendo.

Nadie durmió bien anoche en nuestro apartamento, por supuesto. Cumplimos la rutina paso por paso, sí, salvo el último paso de todos: el de dormir. Y mi mamá, que fue la única que no pronunció alguna exclamación, «¡Dios!», «¡ah!», «¡no!», nos consoló a todos con la frase «pero me prometió que mañana va a componer las cosas».

Y sí era la verdad. Porque acá estamos los cuatro en la sala del televisor viendo al presidente Barco en pleno *Noticiero 24 Horas*, 7:00 p.m. en punto, mentiras, 7:05 p.m., diciéndole a un enjambre de micrófonos que no es cierto que su gobierno esté pensando en revivir la extradición. Quién diablos les dijo eso, quién demonios. De qué memorando le están hablando: nadie le ha enviado a él nada en estos días. Ay, cómo lo exasperan, cómo lo enfurecen los periodistas con sus caras de yo soy el que manda. Cómo lo sulfuran estos reporteros pagados de sí mismos que no tienen ni idea de lo que le están preguntando. Pero por el bien de su secretaria jurídica toma aire. Y balbucea un par de negativas más. Y apenas está lejos de las cámaras da la orden de no hablar más de este temita.

No se puede confiar ni en la mafia ni en la clase política. Siempre están buscando a quién sacrificar. Y el presidente es capaz de aplazar un año este tema, y más si es necesario, con tal de proteger a su abogada.

Domingo 31 de mayo de 1987

Odio estar aquí. Odio estar aquí haciendo el ridículo, el oso. No me gusta salir de la casa si no es para algo mejor, pero de verdad que desde que tengo uso de razón, así les suene a niño viejo, sufro como un castigo estos sitios y estas situaciones. Que la tierra me trague si termino en un cumpleaños en el que el mago me haga pasar al frente a escoger una carta o en una minitk donde una niña que conozco me pide que salgamos a la pista —y no voy a bailar *El comején* y mucho menos «Boom boom boom let's go back to my room»: me niego— porque no hay nadie en este planeta que sea más tímido que yo. Y ahora hemos tenido que venir a la finca del hijo del ministro nosecuál a celebrarle el cumpleaños a nosequién, hágame el favor, porque mi mamá está cansada de que en la oficina le digan «es que ustedes nunca van a nada».

Soy famoso en el colegio por decirles que «no, no puedo». ¿Este viernes que viene? Tengo una clase de piano a la que no puedo faltar: qué vaina. ¿El sábado entrante en la mañana? Tengo un partido de fútbol que los otros diez me matan si no voy: perdón. Pero es que, no me pregunten cómo ni por qué, yo necesito recargar energía más que todos los demás, yo necesito coger fuerzas en mi casa para salir a la calle un par de horas. A mí me caen bien los de mi curso, muy bien. Voy de tanto en tanto a la casa de Carlos Manuel. Pero estoy feliz cuando estoy jugando Summer Games e inventándome películas en un cuaderno cuadriculado. Y para qué no estar feliz, para qué pasar antes de tiempo por la angustia por la que tienen que pasar los adultos, y oírles el terrible «cómo estás de grande» que en mi caso ni siquiera es cierto.

Nosotros nunca vamos a nada, pero mucho menos queríamos pasar el domingo en esta finca.

Salimos, como cualquier cuarteto de inexpertos, más temprano que todos los demás: a las 11:00 a.m., según vi en el reloj del equipo de sonido. Mi hermano se puso su saco café de hilo y se levantó el cuello de la camiseta. Yo me puse un saco azul de rombos y un pantalón de pana que sólo me pongo cuando no hay nada por hacer. Ya adentro del carro, antes de salir del garaje del edificio, mi papá, que llevaba su chaqueta de gamuza y sus pantalones de dril, se quitó las gafas y revisó con los ojos apretados la fotocopia del mapa que nos dieron: la línea llena de dibujitos y en forma de bastón que va desde la Calle 100 # 7-45 hasta quién sabe qué paraje a un par de kilómetros del centro de Tabio, «ya, ya sé». Mi mamá, con el pelo agarrado atrás y la camisa de cuadros rojos y negros, metió en la casetera del carro el casete de Les Luthiers que nos regalaron «los amigos» Magyaroff de la Lombana: «a continuación un fragmento del drama *Enrique VI*, de William Shakehands...». Arrancamos.

Poco hablamos en el camino a la finca. Mi hermano les advirtió a mis papás, cuando bajábamos por la 94 a la autopista y ya estaba sonando la parte de «por ser fuente de dulzura...», que el lunes tiene entrenamiento del equipo de fútbol de mayores a las cinco de la mañana, y se recostó contra su ventana a dormir. Mi papá soltó un «que van a recuperar el centro de Bogotá» que yo acababa de leer en el periódico. Y mi mamá nos contó, como resignada a su suerte, que un par de enemigos habían ido a la Presidencia a pedir que la echaran por ser la hija de su padre: «¿es en serio?», le pregunté yo como preguntándole si esos villanos de película existían, «¿se

fueron hasta allá a pedirles que te sacaran?», «¿pero por qué?», y ella sólo se animó a responder «no hay plazo que no llegue ni deuda que no se pague».

De resto, escuchamos, más o menos en paz, a Les Luthiers. Y el viaje duró un poco menos que el casete que dice «Muchas gracias de nada» con la letra de mi mamá.

Me dediqué a preguntarle a mi papá «Chato: ¿qué calle es esta?», porque íbamos por su camino de todos los días, hasta que mi hermano me dijo «ay, no más».

Por la calle 127 empezaron a cantar los benditos «niños cantores del Tirol»: «¡véalos antes de que crezcan!». Por la 134 apareció Valentín Moral, el Macho: «recuerdo aquella noche en que la dejé, pero no recuerdo adónde la dejé...». Por la 153 gritó el locutor «querían comerse la ropa pero Nopol las destruyó...». Por la 170 sonó «la gallina estaba clueca, puso un huevo y dijo eureka» como si nunca hubiera sonado. Por la 187 se escuchó la voz cansada que repite «porque todo cuerpo que se sumerge en un líquido experimenta un empuje de abajo hacia arriba igual al peso del volumen del líquido desalojado». Y por la nueva Escuela Colombiana de Ingeniería, que mi papá es el secretario general, comenzaron las «Cartas de color»: «mi nombre es Oblongo, que en dialecto swahili quiere decir “más largo que ancho”».

Llegamos a esta finca, a regañadientes pero demasiado temprano, hacia las 12:30 p.m. Mi mamá lo resumió: «ay, qué jartera...». Y agregó: «al mal paso darle prisa».

Y no pudo regañarme, no, porque le dio risa, cuando —no me pregunten por qué— se me vino a la cabeza el estribillo de la propaganda que el candidato conservador usó en la campaña pasada: «con Álvaro Gómez vamos a ganar los colombianos todos por igual...».

Pronto una empleada sonriente, Ruby, nos llevó adonde estaban sus patrones. Y, luego de un intercambio de saludos más bien incómodo, pues a quién se le ocurre llegar en punto a un almuerzo de estos, mi hermano se encontró con un tipo que conoce de nosedónde, mi mamá tuvo que sentarse con el anfitrión a oírle una idea que tenía para sacar adelante este país y luego se puso a hablar con el secretario Montoya sobre una carta que le mandaron los familiares de las víctimas del Palacio de Justicia, y mi papá, que, después de haber dado 30 años de clases, es la persona que más se encuentra con gente en el mundo, se tropezó con un exalumno que me dijo a mí «su me papá cambió la vida». Yo me fui quedando solo poco a poco, mientras llegaban más y más invitados a la fiesta y mientras el jardín y las puertas iban llenándose de carcajadas sueltas, porque a todos se los fue llevando alguien a la fuerza.

Qué voy a hacer para no ser tan raro, Dios mío, cuándo voy a ser capaz de enfrentar a los desconocidos, cuándo me van a pasar estas ganas de ser invisible, Dios, que no me miren. Por qué, mientras todos los demás se ríen y se emborrachan y se celebran en las excursiones, yo estoy pensando en volver a mi casa apenas ha arrancado el bus: no me pregunten por qué, pero en la última, que gracias al cielo ya pasó y estamos vivos, se nos inundó la hijuemadre carpa que no servía para nada, fuimos de visita a un matadero que olía a muerte porque les daban a las pobres vacas un mazazo en la cabeza y después les abrían las tripas, y un soldadito de la base de Apiay, que por poco me hace caer en la carretera, me enseñó a rezar una oración en quechua que empezaba «Santa Puchila, chila...».

Y el único sentido que le veo es que ahora que lo digo me suena chistoso, je, «algo es algo, peor es nada», dice mi mamá.

Ya son las tres de la tarde: ¡las tres! A qué horas pensarán servir el almuerzo estos señores. Ya hice lo mejor que pude: me pegué un rato a mi mamá; mostré de una esquina a la otra el autógrafo de Lucho Herrera que me consiguió Julito el ujier hace unos días; me puse a celebrar cómo jugaba un juego traído de Estados Unidos la nieta creidísima, de Reebok y de balaca, de un

importante de esos —y sólo se volteó a decirme: «se llama Super Mario Bros»—, y luego me senté a ver con todos los niños un capítulo que ya había visto de *El Chavo del 8*. Pero a los dueños de la finca también les toca poner de su parte. Que sirvan el almuerzo de una vez. Que dejen de pasar pedazos de chorizo y arepitas en triángulos y empanaditas, y sirvan el almuerzo a ver si empezamos a irnos.

Y ahora qué se hicieron todos. Atravieso ese bosque de señores enrojecidos y señoras empolvadas, «un guiso», «buenísimo el discurso de López Michelsen sobre esta confusión», «créame que el metro de Bogotá es un hecho», «Fabio Parra se ganó el Clásico RCN», «aquí lo que nos hizo falta fue una dictadura más durita», «un ñero», «yo no entiendo de dónde sale tanto comunista acá en Colombia», «cómo es de difícil encontrar una buena muchacha del servicio», «si yo quiero ver ópera pues me voy pa Nueva York», «andaba metido el tipo en un lío de dineros calientes», «ese Santofimio sí que es escalofriante», «y cómo voy yo en ese negocio», «aquí nadie se salva», «una loba», «en siete meses máximo va a haber acueducto en el Chocó», «si a mí me llegan a secuestrar no paguen», «el fútbol está plagado de narcos, señora», «pero es que habría que legalizar la puta droga», como si fuera mi propio infierno.

Y ahí está mi papá con el mismo vaso de whisky que le dieron hace tres horas. Allá está mi hermano jugando fútbol con la gente de su edad. Acá anda mi mamá haciéndome cara de que por el amor de Dios no la deje sola en semejante selva de políticos y periodistas y estrellas de la farándula, pero díganme yo qué puedo hacer. Si además de todo, como si fuera poco, como si no bastara, de tanto aceptarles Coca-Colas a los meseros estoy a un paso de orinarme. Ay, no. Nunca he sabido si me soñé que me hice pipí en el piso de la capilla el día de mi primera comunión (no, imposible: alguien me lo habría dicho), pero esta finca llena de gente segura de sí misma no es el sitio para dejar mi charquito.

Dónde es el baño, por favor, que no lo encuentro. Es la puerta de madera en la que termina este pasillo lleno de vitrales y de cerámicas. Y no hay más «en el área social de la casa». Y está ocupado y yo me voy a orinar enfrente de los miembros del gabinete y de sus hijos y de los hijos de los hijos, y mi historia será contada de generación en generación y a eso vine yo a este mundo.

Camino de un extremo al otro del pasillo para engañar a mi vejiga: «no pasa nada, no pasa nada». Doy saltitos cuando nadie está mirando. Fijo la mirada en los vitrales, y la luz penumbrosa, que contrasta con el sol que les ha salido gratis a los más poderosos del país, no me calma, sino que me da más ganas de orinar. Muevo en vano la chapa por enésima vez: trac, trac. Tengo que golpear: tun, tun, tun. Tengo que golpear otra vez: tun, tun, tun, tun, tun. Tengo que preguntarle al primer mesero que me encuentro en el pasillo, y que niega con la cabeza y se va, quién está en el baño y por qué se demora tanto. Mejor salgo al campo a mear. Mejor me busco un pastizal. Me voy, me voy.

Mejor golpeo una última vez, tun, tun, tun, tun, tun, y grito «¡es que necesito entrar!».

Y ahora está sonando el agua que baja por el inodoro y el lavamanos y la barra de plástico de la toalla. Y ya va a salir por fin el que me ha empujado a mí, que soy un niño viejo que ya no está para estos trotes, al borde del precipicio de la humillación. Y se asoma un guardaespaldas de aquellos y la puerta de madera del baño se abre y cuando lo veo se me acelera el corazón.

—¿Qué está pasando? —me grita el presidente de la República de Colombia, fruncido, con un mechón de pelo blanco colgándole sobre la frente—, ¿qué le pasa?

—No señor: es que quiero entrar al baño —le digo con los ojos aguados por todo.

Y lo dejo pasar, molesto e incómodo conmigo, seguramente para que proceda a pedirle la

renuncia a su incansable secretaria jurídica en pleno asado de gente jarta. Díganme qué más puedo hacer: de inmediato me meto al baño, cierro la puerta con seguro y me dedico a lo mío porque «primero lo primero». Y cuando salgo, dispuesto a ser esposado por un par de soldados de la guardia presidencial, traumatizado por la imagen del presidente furioso por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa, me encuentro a mi mamá esperándome para decirme que ya está listo el almuerzo, que vaya con ella a hacer la fila frente a las mesas de madera viejísima que han puesto allá afuera. Ay, Dios, que no se entere de lo que acabo de hacer. Yo, por si la echan, tengo en mi alcancía de Gizmo 50.000 pesos que he ahorrado desde el principio de año. Pero que el presidente por favor nos guarde este secreto.

No. Nadie dice nada de nada. El presidente, rodeado de quién sabe qué ministros y qué lagartos y qué chupamedias de tercera, de vez en cuando me mira de reojo. Yo capoteo entre la carne y el guacamole las preguntas de rigor, en qué colegio estoy estudiando, qué equipo de fútbol es el que me gusta, qué se siente ser el hijo de mis papás, hasta que la luz azul de las cinco de la tarde comienza a ponernos nerviosos a todos bajo los violines de una banda de mariachis que han empezado a cantar el *Happy Birthday*, y nos entran a los cuatro estas ganas terribles pero humanas de no estar acá. Mi papá toma, como siempre, la iniciativa: «bueeeeno...». Mi mamá nos dice que vayamos yendo al carro mientras ella le dice adiós al menos a su jefe. Mi hermano se despide de lejos de sus compañeros de fútbol como si se hubieran hecho amigos. Y yo lo sigo, y no miro atrás, porque qué más puedo hacer.

Cuando emprendemos el regreso y cruzamos, de vuelta, la plaza de Tabio, notamos que está a punto de terminarse el casete de Les Luthiers: «Singing to me Saturday night...». Pero animada por nuestras risas sueltas, por nuestro alivio por haber salido, más viejos y más sabios, de semejante tortura, mi mamá no lanza una vez más su frase «estos tipos son geniales», sino que se dedica a quejarse en chiste de mi papá por habérsele burlado a Barco, en su propia cara, por haberse puesto la camiseta amarilla de Lucho Herrera en el balcón presidencial, por haberse alejado tanto de la ingeniería, por cualquier cosa que se le vino a la cabeza, je. Qué bueno es verlo riéndose de todo, haciéndoles chistes pesados que no lo parecen, siguiéndoles las conversaciones sin adularlos y sin sentirse intimidado porque a la larga le da igual.

Eso es: a él de verdad le da igual con quién está, si es el mesero o es el presidente le da igual, no como aquellos que simplemente lo dicen. Cuando mi mamá y él entraron al apartamento en el que vivimos, el 603, dijo «nadie se va a sentir incómodo en esta casa: ni un pobre ni un rico». Porque él no pierde el tiempo en tratar a nadie diferente.

—¿Y el presidente te dijo algo sobre los enemigos que quieren que te eche? —pregunto, por los lados verdes y rojos de Cajicá, cuando el casete vuelve al comienzo: «ven, juglar, acerquémonos al balcón de María para darle una serenata...».

—No, nada —me dice como pensando en otra cosa—: «con Álvaro Gómez vamos a ganar los colombianos...».

Y entonces le baja el volumen al radio, de golpe, y me dice que no acabamos de estar en esa finca para que no la echen, «ni más faltaba: que me echen». Que si la echan ya conseguirá otro trabajo. Que no me preocupe yo por sus enemigos que ni siquiera son de ella, sino de su familia. Que toda esa gente que de tanto en tanto le saca a su familia y protesta por su presencia en los gobiernos, el señor Fadul, el señor Peñalosa, las hermanas aquellas, ni siquiera la conocen, ni siquiera le han preguntado si tiene un retrato de Lenin y un retrato de Marx encima del inodoro de su baño. Que su papá y su hermano serían un par de personajes delirantes, sí, pero eran hombres muy valientes, muy brillantes. Y que en cualquier caso es el trabajo duro y serio, no la

adulación a los jefes ni la propaganda de los propios logros ni la promoción de uno mismo como un producto sin fecha de vencimiento, lo que debe abrir el camino, así sea el camino largo.

El mundo no es así. Pero uno debe portarse como si lo fuera. Y tener claro que nadie tiene más derecho que nadie a entrar al baño, ja.

Sábado 5 de julio de 1986

Soy un fantasma. Voy por el apartamento como un alma en pena o un guardia de 10 años desde la puerta entrecerrada de mis papás hasta la puerta de vaivén de la cocina, y luego vuelvo. Aprieto los dientes y me fijo bien dónde piso, ida y vuelta, para no ir a despertar a nadie. Ahora llevo mi lamparita Varta debajo del brazo, encendida en la oscuridad temblorosa de la sala, para ponerme a leer por enésima vez *Astérix y los godos*. Trato de no ver el reloj del equipo de sonido al que mi mamá le dice «la rocola» porque eso parece: otra vez, como en una película de horror, son las 3:33 a.m. Me siento. Me paro. Reviso, de puro ocioso, de puro insomne, las bolsas con las cosas que vamos a llevarle a mi tía Carmen al hospital psiquiátrico mañana en la mañana, hoy. Me quedo sin nada que hacer pero no digo ni una sola palabra. De vez en cuando le pido a Dios que me deje dormir, pero sólo lo rezo en mi mente: «te lo ruego», «se lo ruego».

Releo *El Tiempo*, sentado en el piso entapetado, como siempre, como un niño turco, porque me estoy quedando sin nada que hacer: «el papa condena el aborto y el divorcio», «¡Argentina campeón del Mundial 86!», «Virtualmente liquidado el M-19 en el Valle», «El presidente Barco permanecerá en Bogotá con miras a integrar su gabinete», «Un escarabajo colombiano entre los favoritos para ganar el Tour de Francia», «Millonarios perdió con América en El Campín», «se popularizan en el país los cajeros electrónicos», «Marty McFly tiene que encontrar el modo de *Volver al futuro*». Releo *El Espectador*. Juego a aprenderme de memoria las caricaturas de José María Espinosa que hay en el corredor: el señor Pradilla, el señor Martínez, el señor Umaña. Miro la figura de mi hermano roncando bajo sus cobijas, gro, fiu, gro, fiu, y es el colmo estar perdiendo el tiempo en esto.

Voy a la sala del televisor a ver, sin volumen, qué están dando: las barras de color que ponen cuando no están dando nada.

Y entonces me acerco a la puerta de mis papás, que respiran hondamente, y la abro un poquito, y la abro más, y un poquito más hasta que cruje.

—¿Qué pasó? —pregunta, revivida pero muerta de miedo en su pijama blanca de algodón, la santa de mi mamá—: ¿qué está pasando?

—Que no puedo dormir —susurro.

—Ya voy, ya voy —me dice ella lo más bajo que puede.

—Perdón, perdón —le digo.

—Perdón de qué —me responde—, si mi oficio más importante en esta vida es leer *El viejo Djin Jottabich*.

Y se levanta con los ojos cerrados, y a tientas, hasta la puerta de su habitación. Y me da un abrazo, la pobre, y me va llevando de vuelta por el corredor del apartamento: «el Loco Cacanegra, el cantor Serrosise, el Arrancaplumas», me digo sin voltearme a mirarlos. Pone el cojín mullido del mueble del teléfono en el piso de la sala del televisor. Trae la ruana gigantesca de mi papá que me pongo para ir al estadio. Trae el libro que hemos estado leyendo estas semanas: *El viejo Djin Jottabich*, de Lazar Laguin. Y nos sentamos como un par de niños a ver

en dónde íbamos. No apaga las barras de color, no, sino que le sirve esa luz para leer: «por las últimas palabras del capítulo anterior, los perspicaces lectores habrán podido sacar la conclusión de que entre los excursionistas se encontraban también nuestros viejos conocidos...».

—¿Qué soñaste esta vez? —me pregunta como cayendo en cuenta de lo que ha estado pasando esta semana.

—Lo mismo de siempre: que unos señores con armas venían por el corredor, pero esta vez me asusté mucho más porque cuando me desperté creí que uno se había metido en el cuarto.

—¿Y te pareció verlo?

—Sí, en los pies de la cama.

Ha sido así desde que ocurrió, en noviembre del año pasado, la masacre en el Palacio de Justicia: sacaron por un rincón del techo al doctor Humberto Mora, por Dios, que llamó esa tarde a decirle a mi mamá que iba a tratar de hablar «con los señores guerrilleros, mijita»; estuvieron a punto de acabar con el doctor Low Murtra, que salió con vida, y cargando, entre el fuego, a un hombre ensangrentado, pero sonrió mucho menos desde entonces; mataron a Carlos Urán, el magistrado que remplazó a mi mamá, luego de haberse escapado de todos los ejércitos que se metieron por los pasillos de madera; ejecutaron a Lisandro Romero, el medio hermano de mi mamá, cuando por fin salía entre las llamas, y cómo le hacen de falta sus llamadas de los domingos; leímos los testimonios y las versiones encontradas y los comentarios violentos en los periódicos; y nos entregaron el Dodge Alpine verde de «los amigos», Mirentxu e Iván Magyaroff, que se quedó atrapado en el parqueadero durante la toma guerrillera y la venganza de los militares, días después de que todo se acabara y sólo quedaran los escombros.

Y desde el día en el que Mirentxu e Iván nos describieron aquel Palacio ceniciento y arruinado yo empecé a soñar con esa pesadilla noche tras noche tras noche.

Pero sólo mi mamá y mi papá lo saben porque a mí no me gusta que nadie más sepa qué me está pasando. Y su solución ha sido leerme este libro ruso, traído de Moscú, sobre un genio de lámpara maravillosa que está haciendo lo mejor que puede para salvar a un niño de 10 años llamado Volka Kostilkov de la sensación de que ya nada va a ser como antes: «Aquí el autor de este verídico relato considera necesario poner en conocimiento de los lectores que en el apartamento donde vivía la familia Kostilkov había, además, otro inquilino del que hasta ahora no hemos hablado nada porque no ha tomado ninguna parte en los acontecimientos descritos por nosotros y en adelante no ofrecerá ningún interés para nosotros», me lee.

—¿Por qué te han querido sacar de los últimos trabajos «por comunista» si tú no eres comunista? —la interrumpo.

—Porque Alfo, mi hermano mayor, el papá de Ernesto y de Juan, el exesposo de Nydia, no sólo fue el más comunista de los comunistas, sino que se volvió tan importante que se les fue convirtiendo en un peligro hasta a los mismos comunistas —me dice—, y yo trabajé con él en su oficina.

—Pero tú no eres comunista.

—No, pero aquí ninguno de los que mandan me lo cree porque no es sino que uno sea justo con los trabajadores para que lo traten como si estuviera del lado del diablo —me explica.

Yo no le entiendo de a mucho, pero tengo claro que no quiero que sea comunista para que no la maten. Sólo le escucho una parte de las frases que me está diciendo, «... y no tendría nada de malo si fuera comunista», «... y todo el mundo tiene derecho a tener las mismas oportunidades», «... y Alfo hizo todo lo que pudo por los sindicatos del país», «... y yo adoraba a Alfo y a Nydia y ellos se hacían matar para que hubiera justicia social», «... y ella, que se fue a Londres a

estudiar cuando se separó de él, se dedicó a atacar el capitalismo con ese revolucionario o terrorista o nosequé que le dicen el Chacal», «... y lo más peligroso es el fanatismo», «... y yo no quiero que ustedes piensen que la única salida para hacerse oír es esa porque eso sí que no es solución a nada», «... y yo si pudiera te daría el Sol, la Luna y las estrellas», y no trato de concentrarme porque no quiero: porque sólo quiero que me diga que a ella no va a pasarle nada.

—Yo no quiero que te pase nada —le digo súbitamente convertido en su papá.

—Yo te prometo que voy a tener cuidado —me reconoce.

Anoche, es decir hace unas pocas horas, mi papá y yo la recogimos en la 80 con 9.^a —en la oficina de nosequién Montoya— porque el nuevo presidente le va a dar un puesto en la Casa de Nariño. Salió entusiasmada. Subió al carro y dijo que esta podía ser una buena oportunidad, a los 37 años, para corregir este país, para ayudar a que esto sea más justo y quedarse aquí no sea quedarse en un barco que se está hundiendo, y mi papá le dijo «pero si este Barco hasta ahora está zarpando». Yo me la paso viendo películas porque uno de los locales de nuestro edificio es una droguería, la Droguería Astor, que tiene una alquiler en el que se consigue todo lo que se ha hecho en el mundo desde mucho antes de que yo haya nacido. Y puedo decirles que sólo en las películas he oído lo que dice mi mamá. Y tengo miedo porque sospecho que es por pensar en justicias y en honradeces que siempre está en peligro.

—Júrame que no te va a pasar nada.

—Te lo juro.

—Ay, por favor, es que yo no sé...

—Tú te preocupas por todo mucho más que todos, te preocupas demasiado, «y todo se ve peor por la noche, tú niño», como nos decía mi mamá porque se le confundían los nombres de los seis hijos.

—Es que todo es terrible.

—Pero todo va a estar bien.

Y frunce el ceño como mi papá, como diciéndome «y de dónde sacaste eso», y después sigue leyendo: «Y si consideramos ahora necesario dar cuenta de su existencia es sólo porque justamente el día anterior por la tarde, a petición suya, el teléfono fue trasladado del despacho de Kostilkov padre al pasillo...». Y entonces para y toma aire y me pide que yo no me preocupe por el comunismo ni por el capitalismo ni por la guerrilla ni por lo que viene, ni mucho menos pierda estas horas de la madrugada en nada que no valga la pena, por el amor de Dios: «hay que apartar el grano de la paja y decir ¡n, o, no!». Sí, ella no va a hacer nunca nada en lo que no crea. Sí, ella va a ser leal, pero siempre dentro de la ley. Y sí, ella va a pelear, como su hermano y su papá, para que a la gente le reconozcan lo que es suyo. Pero desde que nació mi hermano Eduardo le quedó claro que no tenía por qué vivir la vida de nadie, y que además quería vivir la suya: «y quién dice que no».

Yo no. Yo estoy de acuerdo. Yo creo que mañana, después de visitar a mi tía Carmen, que es un fantasma, tenemos que alquilar en la droguería *E. T., el extraterrestre* o *Ahí vienen los rusos* o *De mendigo a millonario*.

Y pedir pizza hawaiana con anchoas —sí— adonde siempre la pedimos. Y de pronto ir a peluquearse porque odio que el pelo se me descuelgue de la cabeza.

Pero antes, para poder irnos a dormir, por qué se metieron los del M-19 al Palacio de Justicia: porque según dicen, Belisario Betancur, el presidente, no quiso hacer la paz con ellos. Y por qué no fueron adonde el presidente en vez de meterse con los pobres jueces: porque querían que los magistrados juraran de rodillas que nunca más volverían a extraditar a ningún colombiano y

porque estaban empeñados en que los jueces le hicieran un juicio a Betancur por traidor a la patria. Y por qué los militares metieron esos tanques por la puerta: porque no estaban dispuestos a hablar de nada con esos guerrilleros que cumplían un par de años de humillarlos y estaban hartos de ese presidente que los miraba por encima del hombro. Y por qué los unos y los otros terminaron disparando a cualquier parte si en los pasillos de madera del Palacio había consejeros y magistrados y trabajadores que no tenían la culpa de nada: porque son unos salvajes. Y por qué el presidente no hizo nada: porque se murió de miedo, porque jamás pensó que las tropas fueran capaces de sacrificar a los rehenes con tal de vengarse de «los revolucionarios».

Y tú qué piensas: que ni los unos ni los otros son capaces de ser los primeros en decir que la solución no es matar a nadie.

Tengo que pensarme un rato lo que acaba de decirme. Es por eso, por mi silencio, porque no sé qué más preguntar, que ella se da cuenta de lo cansada que está.

—¡Santa María! —exclama su agotamiento y me mira fijamente—: ya son las 5:30.

—Ya para qué dormirse —me le quejo.

Y le empiezo a contar que a las 7:30 a.m. dan el Tour de Francia por el Canal 7. Y que vale mucho la pena verlo porque Lucho Herrera, que es mi ídolo, y nunca antes un aficionado quiso tanto a su ciclista preferido, es uno de los favoritos, pero lo más probable es que esta vez gane el gringo que tanto le ayudó a Bernard Hinault el año pasado: Greg Lemond. De ahí paso a comentar el viaje que hicimos los dos a San Andrés, el año pasado, cuando ella trabajaba en la compañía de seguros del Estado, porque recuerdo que vi la etapa reina de la Vuelta a Colombia en el televisor de la recepción del hotel. Por supuesto, la pobre comienza a cabecear porque le tiene sin cuidado quién le gane a quién en dónde, y porque lo único que le gusta del deporte es que a la gente le guste.

Trata de luchar contra el sueño, «estoy despierta, estoy despierta», dice, pero todos sus esfuerzos son en vano. Se va quedando dormida hasta que se queda dormida. Y yo otra vez no sé qué hacer.

Si ponerme a jugar Pitfall en el Atari. Si volver a la sala a mirar por la ventana si está por ahí el mendigo que estas noches ha estado durmiendo debajo del árbol de enfrente. Si más bien despertarla.

Le quito *El viejo Djin Jottabich*, pues se le está resbalando de las manos, antes de que caiga y la despierte: gro, fiu, tas. Lo pongo sobre la mesita redonda que era la mesa de la sala de la última casa que tuvo su mamá. La cubro un poquito con la ruana porque está haciendo mucho frío. Y, quizás porque la luz lenta del amanecer ha ido enfocando y poniendo en su sitio las bibliotecas y las sillas de esta habitación, quizás porque por fin he hecho las preguntas que no sabía que quería preguntar por enésima vez, me entra como un golpe una vergüenza con quién sabe quién aunque nadie esté mirando, y ofrezco disculpas a quien corresponda porque no entiendo en qué momento de la madrugada me pareció que nada iba a estar bien, ni en qué momento de la noche se me volvió la vida un drama terrible.

Será la mala suerte de abrir los ojos a la hora en la que es mejor cerrarlos. Será por ver tantas películas de las de abajo que me he vuelto fatalista, pero no es nada fácil, se los digo, ser un niño de diez años con insomnio.

Domingo 17 de noviembre de 1985

Ha llegado la hora de pasar a la mesa redonda: «¡niños!: ¡a almorzar!». De la cocina, de detrás de la puerta de vaivén que grazna cada vez, viene el olor del sancocho bogotano —«el cocinado»: el caldo, el hogao, el chorizo, la carne, el pollo, la yuca, la arracacha, la papa— que mi mamá le aprendió a hacer a su suegra hace quince años ya. En la sala del televisor estamos viendo *El Quijote sin mancha*. En el comedor los adultos hablan de aquella pobre niña, de Omaira, que fue filmada por los noticieros mientras moría sepultada hasta los hombros por la avalancha en Armero: «madre, si me escuchas, quiero que reces por mí para que todo salga bien...». Ay, sus ojos grandes y enlodados cerrándose en vivo y en directo, y ella muriéndose con el día siguiente en la cabeza, y uno sin saber si es mejor verla o no verla.

Mi papá se sienta, como el niño más juicioso del curso, en el puesto en el que se sienta siempre: la cabecera de una mesa redonda, ja. Mi mamá le pide a mi hermano que traiga la silla de su cuarto porque desde hace cinco años ya no somos seis renegados, sino siete. Mirentxu e Iván, Miren de la Lombana e Iván Magyaroff, mis padrinos, pero que en estricto sentido son nuestra familia, se sientan juntos porque tienen clarísima la suerte de tenerse: «mijo: cuídela pa que le dure», le dijo a Iván su padre, el peluquero serbio que era un viejo vital y misericordioso, y así ha sido. Yo traigo a la hijita de ellos, a la Miren Vitore, que está a unos días nomás de cumplir los cinco años, pero que ya sabe bien que lo que es con ella es conmigo y con el osito cariñosito que trae en la otra mano. Y nos sentamos a almorzar. Y sólo se ve el azul por la ventana. Y desde el equipo de sonido, a pesar de las críticas, viene un poquito rayada la canción del soldadito de la zarzuela *Luisa Fernanda*:

«Marchaba a ser soldado cuando al mozo le salió a despedir la moza que le amaba y que quería con él partir...».

Y mientras se toman el caldo, las dos amigas de toda la vida se ponen a contar historias de las temibles monjas del colegio Sans Façon. Y mi mamá reconoce que era terrible. Y Mirentxu agrega: «sí...». Y la una le echa la culpa a la otra de un día en el que las castigaron en el internado por andar jugando con un hilo invisible.

Y mientras se pasan las carnes y las yucas se acuerdan de haber ido un par de veces a la cárcel, en aquellos días represivos de la universidad en los que el gobierno cazaba comunistas, a llevarle algo de comida al hermano mayor de mi mamá: a Alfo, a Alfonso.

Y mientras se reparten la cuajada con melao recuerdan el vozarrón costeño del papá de mi mamá diciéndoles a los gritos y de lado a lado de la calle «¡pero si aquí están las dos condiscípulas más ilustres de la nación y de la patria!».

Y mientras repiten postre, e Iván repite «como dicen las monjitas: ¡del carajo, su reverencia!», mi mamá emprende un monólogo sobre cómo la relación tirante que tuvo con su papá —no sé por qué ahora le dice «Romero Aguirre»— la preparó para estos jefes abusadores que ha tenido desde que se salió del Consejo de Estado. Qué tal el jefe de La Previsora, divertido e impredecible, que todos los días venían a darle quejas de él: se fue de allí, aunque adoraba el

tema de los seguros, porque quién iba a aguantarse semejante caos. Qué tal la ministra de Comunicaciones: ahora que lo piensa no era tan mala con ella, no, aunque sin duda perdía mucho mucho tiempo con la peluquera, sino que, comparado con el anterior, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Qué tal el viejo amargado e histérico ese de Proexpo que no la dejaba salir de aquella oficina enorme, como un potrero, desde la que uno veía los carros de la 7.^a como carritos de juguete.

Y entre el humo del cigarrillo y el humo del café, que se sirven los unos a los otros, completan entre los cuatro papás el rompecabezas de los primeros inquilinos que hubo en este edificio. Y Mirentxu cuenta cómo fue que sus papás vascos, los valientes don José Luis y doña Mary, combatieron en el exilio la devastadora dictadura franquista. Y entonces Iván se pone a hablar de los días en los que su papá, un sobreviviente serbio, el optimista Jorge, llegó a ser el barbero de los presidentes colombianos. Y mi mamá dice que en cambio su papá era ese político costeño que juraba que el fantasma de un pirata inglés con una pata de palo lo saludaba «How do you do?». Y mi papá responde que la que era una pirata, no inglesa sino española, era la suegra que tanto lo quiso: «doña Aurora».

Y a mí y a mi hermanita nos da risa todo lo que están diciendo, ji. Y mi hermano mayor, que ya cumplió 14, arma su cubo de Rubik y sube la mirada de vez en cuando nomás, y niega como diciendo «qué mamera: otra vez...».

Y qué se puede hacer, me digo yo, si una familia es contar los mismos cuentos hasta que un día se vuelvan ficción.

Pero de sobremesa, antes de recoger los platos y de borrar las huellas, mi mamá —que se atreve a pronunciar lo que nadie más se atreve a pronunciar— nos dice en la voz baja que la vida le ha enseñado «pues bueno: según le oí en el entierro a la esposa, y ahí estaba Nydia Tobón de pura solidaria, parece que a Lisandro lo mató el ejército cuando estaba tratando de entrar al baño del segundo piso del Palacio». Y ninguno de los tres niños, que hemos oído hablar de torturas y de crímenes y de gente perseguida por las policías estatales desde que tenemos uso de razón, podemos creer lo que estamos oyendo: porque díganme quién puede entender que a ese hermano de mi mamá que llamaba todos los domingos a la hora de *Don Chinche*, 7:30 p.m. en punto, lo hayan matado el día en el que el M-19 y el ejército pelearon como dos bandas de bárbaros por el control del Palacio de Justicia.

Ay, le volaron la barbilla. Dios, en la funeraria tuvieron que volver a hacerle la cara.

Por qué fue que pasó todo eso. Por qué los treinta y pico guerrilleros, que dizque eran tan simbólicos e ingeniosos, entraron a sangre y fuego contra los vigilantes del Palacio como cualquier bandolero, para qué: «Qué asesinos».

«Pues porque esos ratones se conocen de memoria a esos gatos». «Porque se mueren del miedo y de la rabia, como los narcos, de que los manden a pudrirse a un calabozo gringo: aquí el problema de fondo ahora es la extradición». «Y al señor Belisario Betancur, al “señor presidente de la república” que andaba por ahí con palomitas blancas, le dio un mal día por aburrirse de la paz en la que nos metió a todos». «Y la verdad sí es que dejó a los locos del M-19 colgados de la brocha». «Y ellos querían juzgarlo porque como los otros hampones, como los narcos, prefieren una tumba en Colombia a una cárcel en Estados Unidos, pero qué querían después de haber matado al ministro de Justicia: a Lara Bonilla». «Y por eso, por la extradición, se llevaron a los magistrados encargados del tema a ese baño». «Y en todo caso es raro —no es una gran señal de cordura, ni mucho menos— eso de estar en la guerrilla a estas alturas de la vida». «Y esos ‘ejércitos revolucionarios’ entre comillas están plagados de los mismos fanáticos que mataron a

Alfo, pero ya viejos». «Y desde la toma de la embajada están tan arrinconados que no saben ya cómo más sobrevivir». «Y yo les he dicho que hay que irse ya de este país».

Por qué el presidente de la República de Colombia, que dizque era tan lúcido, se quedó pasmado cuando el ejército decidió que la única manera de rescatar a los rehenes era arrasar con todo: «una matanza».

«Pues porque aquí todo el mundo vive obsesionado con que va a pasar otro 9 de abril». «Porque llevaba meses y meses despreciando a esos chafarotes y por la boca muere el pez». «Porque venían azuzándolos los demonios de la derecha». «Porque les cortó el chorro, pero ellos le dieron, en venganza, este golpe: no se le olvide, amigo, que tenían tanto poder que a mi amigo Ramón Zúñiga lo torturaron en las caballerizas por tener pasado comunista». «Y los del M-19 les habían robado las 5.000 armas del Cantón Norte». «Y fueron muy rápidos para que nadie pudiera decirles que negociaran». «Y seguro que no le dijeron nada de nada a Betancur para acribillar a estos tipos antes de que los indultaran». «Y la ministra de Comunicaciones, Sanín, ayudándoles a callar a la prensa». «Y Sanín poniendo fútbol por la televisión, por Dios, para que la gente no saliera a la calle a armar un Bogotazo». «Y es que sí es muy raro que no hubiera guardia ese día». «Y por qué taparon todo». «Y la gente de la cafetería: qué dolor».

—Y ese pobre muchacho, Urán, Carlos Urán, el que me remplazó en el Consejo de Estado —dice mi mamá—: que no se sabe ni una sola palabra de él, que nada que lo encuentran.

—Que dizque unos lo vieron salir cojeando por la puerta principal del Palacio —agrega Mirentxu—, pero sí: que nada.

Yo el otro día le dije todo esto a mi amigo de mi curso, a Mendoza, que es hijo de un coronel tan decente, tan decente que no soportó mucho más el ejército. Yo le dije que yo conocía a esos señores que mataron allá adentro, a los magistrados, porque mi mamá me llevaba al Palacio cuando no tenía con quién quedarme. Que yo le entendía que la guerrilla sí había obrado mal, y que eran unos locos por haberse entrado matando a los porteros, pero que él tenía que reconocer que había sido igual de asesino —«si no peor», dice mi mamá— embutir por las puertas los cinco tanques esos, y masacrar sin mirar a quién. Qué tal ese coronel bigotón, Plazas, que repetía «aquí defendiendo la democracia, maestro» mientras ametrallaban y lanzaban granadas y de malas los rehenes.

Fue raro: al doctor Mora Osejo, el amigo de mi mamá, que ha sido Consejero de Estado desde niño, lo rescataron por pura suerte, por puro andar cerquita del hermano del Presidente y de la esposa del ministro de Gobierno; el doctor Low Murtra, que siempre, desde que fue uno de los jefes de mi mamá, ha sido tan amable, no sólo se salvó por poquito de morir fusilado por cualquier cuadrilla que pasara por ahí, «salga, cobarde», le gritaban, sino que alcanzó a rescatar a nosequién; y ese señor, el presidente de la Corte, Reyes Echandía —porque aquí todo el mundo usa sus dos apellidos, por si acaso—, lanzó en la radio la plegaria «que el presidente dé finalmente la orden de cese al fuego: esto es de vida o muerte» justo a la hora en la que mi papá y yo estábamos oyéndolo, pero quién sabe por qué ningún dios lo escuchó, y terminaron matándolo como a los demás, y todo lo que hubo se quemó.

Se quemaron como en el infierno los pasillos de madera que recuerdo, las barandas, los expedientes, los percheros, las canecas, las máquinas de escribir, las pinturas, las plaquitas con los nombres de todos, las lámparas, los teléfonos negros, los vasos de lápices, los tapetes delgaditos, las grapadoras, los abrehuecos, los portarretratos, los paraguas, los maletines, los charcos de sangre, los cuerpos vestidos para ese día, las piernas, los brazos, las falanges, los pulmones, las vísceras, los ojos.

Y ahora el Palacio de Justicia es una caja negra y rota que huele a madera y a caucho y a hombres y mujeres que quemaron vivos.

—Eso era lo más impresionante —nos dice Mirentxu acomodada en uno de los sofás rojos de la sala—: el olor a todo quemado.

Es que justamente fue ayer sábado al Palacio, con el doctor Mora, a recoger el Dodge Alpine: Iván lo parqueó en el garaje, como siempre, para recoger a Mirentxu en el tribunal donde trabaja, y salió de ahí unos minutos antes de que empezara la toma. Tuvo que ir ella hasta por allá, no Iván, que cuida ese carro verdoso como si fuera un primo nuestro, porque los papeles están a su nombre. Quedó inscrita en una lista especial, «Miren de la Lombana de Magyaroff», luego de llenar un formulario. Y la citaron a la pobre muy temprano para una mañana de fin de semana, a las 9:00 a.m., en la boca del parqueadero de la carrera 8.^a. Y entraron al sótano los dos nomás, el doctor Mora y ella, con ese escalofrío en el cuello y en los hombros que lo empuja a uno a salir rápido de un sitio en donde hubo mucho miedo. Y olía a plástico achicharrado y a hierro retorcido chamuscado.

Un soldado los llevó por la rampa, «Dodge Alpine verde, Dodge Alpine verde...», hasta el sótano que queda debajo del piso de entrada.

—El segundo sótano —dice Iván.

—El segundo —dice ella—: que queda debajo de esas tejas.

Y luego de avanzar entre la luz nebulosa, lograda con apenas un par de lámparas blanquecinas, vieron sano y salvo en un rincón al Dodge Alpine. Si no se contaba una rozadura de bala en el capó, que apenas, apenas se notaba, estaba intacto. Y no era sólo un carro, no, porque daba alegría verlo, sino que además era la máquina esta verde con una raya amarilla que nos había llevado tantas veces por las carreteras de aquí a Girardot. Y se veía vivo el pobre, aunque sea imposible, pues estaba al final de un callejón de chatarra y automóviles carbonizados. El doctor Mora fue el que lo sacó. Tardó un par de salidas en falso en dominar la caja de cambios, que sólo Iván sabía cómo era, cómo es, pero finalmente lo logró. Temblaba un poquito. Trastabillaba. Pero es que cómo no, cómo diablos no.

—Pero cómo no nos había contado eso, anciana —le reclama mi mamá—, qué suerte.

—Ni un solo rayón —dice Iván, en el sillón de flores, con las cejas levantadas y la sonrisa de par en par.

Se pone a contar que ayer en la tarde, cuando el carro volvió a sus brazos, se dedicó a lavarlo para quitarle el hedor a quema, a cosas y personas y llantas incineradas. Y ya está a punto de oler a otra cosa: a ambientador, a lo mismo de siempre. Pero no consigue terminar su parte de la historia porque Miren Vitore y yo comenzamos a jugar a caminar por encima de él, como siempre, y se ve obligado a gritarnos «¡salvajes, primitivos!», y entonces mi mamá y su amiga empiezan a hablar alguna cosa en voz baja que vaya usted a saber qué es, y mi papá apaga el cigarrillo y se levanta de su sitio, pues lleva ya unos minutos tamborileando en un brazo del sofá rojo que va a dar contra la ventana de la sala, y les pregunta a los otros si quieren otra ronda de café.

Es la última. Pues un rato después, a las 7:15 p.m. según el reloj de números verdes del tocadiscos, se están yendo los tres. Yo los acompaño desde la habitación de mis papás, donde recogen carteras y chaquetas, hasta la puerta de la sala porque siempre me da tristeza que se vayan. Adiós, amigos, adiós. «Yo ya me voy al puerto donde se halla la barca de oro que habrá de recibirme...», canta Iván y retumba en el hall del sexto piso y por todo el edificio, y Mirentxu le dice «sumercé...» como diciéndole chito. Se están metiendo al ascensor con sus tres chompas

y sus tres bufandas, y es una suerte tenerlos y que no les haya pasado nunca nada. Tac, tac: se han ido en el elevador. Ya están por bajar: 6, 4, 2. Alcanzo a verlos subiéndose al Dodge Alpine que se ha salvado por tan poco.

Y les digo hasta luego desde la ventana y mi mamá se aparece por acá a hacer lo mismo, pero todo termina en que nos vemos en la necesidad de decir «ay, no nos vieron».

Yo me voy a mi cuarto rápidamente, un, dos, un, dos, porque mi papá se ha puesto a lavar los platos, y quién quita que me pidan el favor de secarlos. Ya va a empezar *Don Chinche*. Me siento en mi cama, en el lado derecho de la habitación, sobre el cubrelecho de cuadritos azules y rojos. Y mi hermano, que está en la suya leyendo *Sobre héroes y tumbas*, se voltea a decirme que no deja de ser muy raro que desde la ventana de este cuarto pueda uno ver las caballerizas donde torturaron a tantos cuando éramos chiquitos: «puta: torturaban y mataban aquí al lado», dice. Y luego, cuando yo ya he dado por seguro que no va a hablarme más por hoy, pues se ha puesto a subrayar ese pobre libro verde que está volviendo una porquería, me dice con su voz de hermano mayor seguro de sí mismo que «pobre mi mamá que ya le han matado a dos hermanos».

—Qué raro, sí —le contesto yo, poniéndome la pijama porque qué más se puede hacer, como si por primera vez hubiera comprendido la frase.

Jueves 7 de noviembre de 1985

Hoy empezó ayer. Ayer miércoles 6 de noviembre de 1985, hacia el final de la mañana, comenzó la masacre en el Palacio de Justicia. 11:27 a.m.: Iván Magyaroff Patiño, mi padrino, de 40 años, parquea su Dodge Alpine en el espacio que encuentra en el segundo sótano del Palacio, revisa que no se le quede nada adentro del carro, se toca dos veces los bolsillos del blazer para ver si tiene allí las llaves de la casa, crac, cric, y sale del edificio poco a poco, «buenos días...», «buenas», enteramente concentrado en la caminata que ha de hacer de aquí al tribunal donde su esposa es magistrada. 11:30 a.m.: Iván se lanza un poco hacia delante, y luego mira atrás, y luego apura la marcha porque acaba de escuchar el par de disparos con los que la guerrilla del M-19 se ha abierto paso en la sede de las altas cortes del país. 11:33 a.m.: tiros y gritos y tipos con armas y vidrios rompiéndose y guardaespaldas desenfundando sus revólveres y gente corriendo a esconderse detrás de las columnas de la Plaza de Bolívar como si fuera a caer el peor aguacero. 11:40 a.m.: Iván se entera en el despacho de su esposa, Miren de la Lombana de Magyaroff, mi madrina Mirentxu, de 37 años, de que, tal como estaba anunciado, un grupo de guerrilleros se acaba de meter a la brava al Palacio de Justicia: «otra toma de la embajada, ay...». 11:40 a.m.: en una sala del Palacio el magistrado Manuel Gaona Cruz, de pie frente a sus compañeros pero perturbado por las ráfagas que se están escuchando allá abajo, lee su ponencia en defensa de aquel tratado de extradición que los ha convertido en los hombres más amenazados por los narcos y por los demás bandidos de este país. 11:45 a.m.: los magistrados de las diferentes salas, acorralados por la taquicardia y las proclamas delirantes, «¡nadie se mueva!, ¡esto es una toma!», «¡viva Colombia!, ¡viva el M-19!», caen en cuenta de que no es que se hayan oído un par de tiros aislados allá afuera, sino que acaban de convertirlos en rehenes acá adentro. 11:55 a.m.: Mirentxu llama a mi mamá a la oficina del Bosque Izquierdo, pues sabe que está trabajando allí con su condiscípula María Teresa Garcés Lloreda, para pedirle que recoja a su hijita en el colegio «porque no están dejando salir a nadie del centro por lo de la toma»: «claro, amiga, claro...». 11:57 a.m.: tanto la policía como el ejército rodean el edificio más importante de la rama judicial del país, profanado y sometido, abaleado y destrozado de un momento a otro. 12:00 a.m.: el presidente de la República de Colombia, Belisario Betancur, toma la decisión de recuperar militarmente el Palacio desde el mismo momento en el que es oficialmente informado de la ocupación: «padrenuestroqueestásenelcielo...». 12:10 p.m.: María Teresa, de 39 años, y mi mamá, de 37, llaman a su oficina en el Palacio de Justicia al consejero Humberto Mora Osejo — que el mundo entero, o sea esta familia, le dice «el doctor Mora» —, a preguntarle cómo está allá entre las balas y los gritos y el pavor: «mijita, yo creo que lo mejor es que yo salga a hablar con estos guerrilleros...», dice. 12:15 p.m.: mi mamá llama a su despacho en el Palacio a Lisandro Romero, su medio hermano, uno de los tantos hijos ilegítimos que su papá tuvo en el ejercicio de quién sabe qué —de su voracidad será—, y ella le ruega a él que no intente nada raro: «seguro que el gobierno manda a alguien a negociar», le dice. 12:20 p.m.: mi mamá nos llama a mi hermano y a mí, que estamos cada uno en un extremo del apartamento estudiando para los

exámenes de mañana, para que veamos en el noticiero *Noticias Uno* lo que está pasando. 12:35 p.m.: los líderes de la toma del M-19, que se ha tomado por completo el lugar pero se ha replegado en los dos últimos pisos, repiten que todo esto terminará con un juicio al presidente, de parte de la secuestrada Corte Suprema de Justicia, por su asquerosa traición a la patria. 12:50 p.m.: Dios mío, cinco tanques camuflados del ejército se acercan, como una marcha fúnebre, para retomar el Palacio a como dé lugar. 12:55 p.m.: se libra una cruenta balacera entre los guerrilleros y los escoltas de esos funcionarios amenazados por los narcos que se niegan a ser extraditados: la guerrilla ha perdido ya a un puñado de hombres desde la cafetería del primer piso hasta los baños del tercero, pero acaba de atrapar al presidente de la Corte Suprema: a Alfonso Reyes Echandía. 1:17 p.m.: María Teresa le señala a mi mamá el humo y las cenizas que se están levantando en la Plaza de Bolívar, «Marce: ¡mira!», unos segundos antes de que se digan adiós por el momento. 1:20 p.m.: mi mamá regresa por la Avenida Circunvalar a nuestra casa, en la Calle 100 # 7-45, apartamento 603, a bordo de un taxi en el que un par de voces están anunciando que un guerrillero de apellido Otero acaba de confirmar que ha sido el M-19 el que se ha tomado el Palacio de Justicia en nombre del pueblo colombiano. 1:35 p.m.: el periodista Mauricio Gómez, director del *Noticiero 24 Horas* e hijo del candidato conservador Álvaro Gómez Hurtado, reproduce un mensaje de la guerrilla para el presidente Betancur y su ministra de Comunicaciones, Noemí Sanín Posada: «exigimos la presencia del presidente para que responda de manera clara e inmediata a cada una de las acusaciones contra el actual gobierno», ja, faltaba más. 1:40 p.m.: «las autoridades», que de golpe están en todas partes, tratan de controlar las revueltas y los saqueos en los pequeños locales de La Candelaria. 1:45 p.m.: mi mamá, transfigurada, entra al apartamento por nuestra puerta habana de lata con las palabras «niños, tengo que recoger en un rato a Miren Vitore». 1:50 p.m.: mi papá, de 45 años, nos llama al apartamento, 2569556, para ver si mi mamá ha llegado sin problemas: «se les va a armar a estos tipos otro 9 de abril», dice, «ya hay tiroteos y asaltos por los lados de la Plaza de Bolívar». 1:57 p.m.: dos tanques del ejército tumban el sagrado portón del Palacio de Justicia, que me daba tanto miedo cuando era un niño de cinco años, para retomar el control de los sótanos, para acabar de acabar con todo. 2:02 p.m.: un helicóptero de los cuerpos especiales deja en la azotea de la construcción en llamas a un grupo de policías especializados que, pase lo que pase, y sea como sea, va en busca de los guerrilleros que han empezado a usar a los magistrados como escudo. 2:05 p.m.: el consejero Jaime Betancur Cuartas llama a su hermano el presidente a pedirle que no lo deje morir. 2:30 p.m.: contesto el teléfono rojo de cuello largo, que está sobre la mesa de noche del cuarto de mi mamá, y es el doctor Mora entre disparos: «mijito, pásame a la Marcelita...». 2:33 p.m.: mi mamá se despide del doctor Mora con las palabras «doctor Mora: quédese debajo de su escritorio», y luego llama a la esposa de su mentor a decirle «Lucy: alístele a su marido algo de ropa porque seguro que va a haber una negociación como la de la embajada dominicana», y después marca el número de la oficina de su hermano Lisandro y al otro lado de la línea lo único que se escucha son un par de gritos espeluznantes que no tienen pies ni cabeza. 2:35 p.m.: ya los soldados del ejército han llevado a 138 civiles al lugar donde se dio el inútil grito de independencia de 1810, la Casa del Florero de la 11 con la 7.^a, para acogerlos y, de paso, interrogarlos. 2:40 p.m.: me encuentro a mi mamá en el mueble del teléfono de la sala, descansando su angustia sobre el mullido cojín en blanco y negro, incapaz de decirme una sola palabra. 3:01 p.m.: el último de los edificios de los alrededores del Palacio de Justicia ha sido desalojado para dispararles desde las terrazas a los francotiradores de los subversivos. 3:03 p.m.: yo me siento en la cama de mis papás, sobre el cubrelecho amarillo de flores del que nos

burlamos tanto, a ver si logro concentrarme un poquito en la preparación del examen de Historia: «chao, niños, ya nos vemos», grita mi mamá desde la puerta. 3:40 p.m.: mi mamá está tratando de convencer a las profesoras del colegio aquel de que ella es «la acudiente de Miren Vitore Magyaroff de la Lombana», de cinco años, cuando la niña sale corriendo hacia sus brazos y lo deja todo en claro. 3:50 p.m.: Alfonso Reyes, el presidente de la Corte Suprema, habla con su hijo Yesid, con su amigo el comandante de la policía, con un par de periodistas que se apiadan de su suerte en vivo y en directo: «que el presidente de la república dé finalmente la orden de cese al fuego», ruega una y otra y otra vez. 3:55 p.m.: el jefe guerrillero de apellido Jacquin le arrebató a Reyes el teléfono para dejar dicho por siempre y para siempre «¡es increíble: sépalo que cuando entren a este piso nos morimos todos!», «¡el presidente de la república no le ha pasado al teléfono al presidente de la Corte y se va a morir!», «¡el M-19 no es el que se ha tomado el Palacio de Justicia, sino que se lo han tomado los tanques del ejército!». 4:00 p.m.: la ministra Sanín, convencida de que su responsabilidad consiste en evitar los levantamientos populares y furiosa con los medios por sus irresponsables transmisiones de las voces temblorosas de los rehenes, se dedica desde ese momento a llamar a los periodistas que conoce para exigirles prudencia. 4:05 p.m.: nadie contesta el teléfono de la oficina de su hermano Lisandro. 4:10 p.m.: nadie contesta el teléfono del despacho del doctor Mora. 4:30 p.m.: Miren Vitore y yo nos sentamos juntos, en la sala del televisor, a ver *Plaza Sésamo*: «una de estas cosas no es como las otras...». 4:50 p.m.: los policías en la azotea piden autorización para volar con dinamita las rejas por las que podrían entrar a ejecutar a los bandidos que tienen invadido el cuarto piso del Palacio. 4:55 p.m.: un pequeño comando del ejército rescata al consejero Jaime Betancur junto a un puñado de colegas suyos del segundo piso que han tenido la suerte de estar a su lado. 5:05 p.m.: el ministro de Justicia, Enrique Parejo, pide al Consejo Presidencial que, antes de permitir que un estallido salvaje acabe con la vida de los rehenes, lo dejen a él hablar con aquel guerrillero que estudió en su mismo colegio: con el tal Andrés Almarales. 5:10 p.m.: los policías vuelan el techo del edificio como si no les importara nada lo que pueda decirles alguien que no sepa de armas. 5:20 p.m.: el gobierno insiste en que negociar es perder el país, pero esto no está ya en manos de presidentes ni de ministros ni de congresistas ni de candidatos ni de nadie que no lleve uniforme. 5:25 p.m.: mi papá llega a la casa a la misma hora de todos los días, como si este miércoles 6 de noviembre fuera un miércoles como cualquiera, listo a que corramos a darle su abrazo de bienvenida: «¡Chato!». 5:35 p.m.: los agentes especiales por fin entran a la oscuridad infernal del cuarto piso, y están, se sabe, dispuestos a todo, pero no tienen claro si ponerse a disparar, pero finalmente disparan, pero luego se dan la bendición porque lo único que se ve a diestra y siniestra son los estertores de la pólvora y las ráfagas doradas y rojas de quién sabe qué soldados de quién sabe qué cuadrillas, y entre el ratatatatatata y el padrenuestroqueestásenelcielo sólo se oye «¡hijueputa!: ¡acá nos morimos todos!», «¡viva Colombia!». 5:45 p.m.: caen en el infame fuego cruzado, entre el miedo y la rabia con el destino y la desesperanza, los magistrados que les han servido a los guerrilleros de escudos humanos, y piensan «ya...» y no más porque ni tiempo han tenido de despedirse de todo esto que fue la vida. 5:50 p.m.: no queda nadie con vida ya en el cuarto piso porque la guerrilla además se ha llevado a los sobrevivientes al baño de las escaleras, 60 rehenes apretados, deshumanizados e inconsolables frente a un espejo empañado en ese cuarto pequeñísimo, y los vengadores de la policía se tropiezan con miembros desgarrados y coágulos de sangre y zapatos perdidos para siempre. 6:15 p.m.: mi papá y yo vamos a la Droguería Ultramar, aquí a la vuelta, a traerle a mi mamá unas pastillas para el dolor de cabeza, y en el camino escuchamos por la radio la grabación del presidente de la Corte reclamándole a

Belisario Betancur que dé la orden de cese al fuego: «por favor...». 7:07 p.m.: nos sentamos todos a comer el arroz con cualquier cosa que nos ha dejado mi Amelita, la empleada de la casa, que tiende a defenderme hasta cuando yo tengo la culpa de todo. 7:25 p.m.: pego la frente a la ventana de la sala para ver, con la tristeza que me entra siempre que se van, cómo Mirentxu e Iván se llevan en un taxi a su hijita de vuelta a su apartamento en el barrio La Floresta. 7:40 p.m.: el trueno y el relámpago y el rayo de un cañonazo que no cesa, booooooooooooooooooom, estremecen el Palacio de los cimientos a los tejados rotos como si fuera el fin del mundo. 7:50 p.m.: el fuego se va tragando los pasillos, a unos pasos de las miradas escondidas, fracasadas, estupefactas e indignadas de los revolucionarios, pero también va pegándosele a todo lo que se va encontrando desde el tercero hasta el cuarto piso como el diablo que se ha escapado de su jaula. 8:10 p.m.: mi mamá grita «¡doctor Mora! ¡qué felicidad!», con el alma de vuelta en el cuerpo, apenas recibe la llamada del amigo que acaba de regresar a su casa rescatado y sano y salvo: «mijita, buenas noches». 8:15 p.m.: no se sabe nada, en cambio, de Lisandro. 8:25 p.m.: por orden de la ministra Sanín, que a decir verdad ha estado del lado de dialogar con los terroristas, comienza la tramposa transmisión del partido de fútbol Millonarios versus Magdalena: «a ver si evitamos otro 9 de abril...». 8:31 p.m.: un grupo de consejeros arrinconados en el baño por el crepitar de las llamas y por el desespero de los guerrilleros y la ceguera vengadora de los militares, Hernando Tapias, Aydee Anzola y Reynaldo Arciniegas, entre ellos, comienzan a pensar que no van a salir ni vivos ni muertos de allí. 8:50 p.m.: María Teresa ve desde su ventana, detrás de un aguacero inclemente que no apaga nada, los jirones y las banderas de fuego que se levantan desde el centro de la ciudad. 9:01 p.m.: Arnoldo «el Guajiro» Iguarán, mi ídolo, marca el primer gol del encuentro: «¡Golazo!». 9:30 p.m.: nos sentamos en la sala del apartamento a oírle a mi mamá, durante los comerciales de la radio, cómo desde que salió del Consejo de Estado le ha tocado soportar jefes borrachos, ególatras e histéricos: «y si no me he dejado de ninguno es porque tampoco me dejé nunca de mi papá», dice, y mi hermano la mira como diciéndole «otra vez...». 10:00 p.m.: repaso mis notas sobre el grito de independencia de 1810 con el partido de fútbol de fondo. 10:15 p.m.: Millonarios vence al Unión Magdalena dos a cero. 10:50 p.m.: el coronel Plazas Vega le dice a la prensa que su plan de aquí en adelante, «no sé ustedes qué harían», es «mantener la democracia, maestro». 10:59 p.m.: luego de haberse escondido de una ametralladora durante 12 horas, y de hacer lo mejor que ha podido para que su asistente, Lubín, no se desangre mientras les gritan y les gritan «¡salgan de ahí, hijueputas cobardes!», el doctor Enrique Low Murtra, a quien mi mamá quiere tanto, escucha como un milagro de Dios la voz de un par de soldados que lo están rescatando en el momento preciso en el que ni están disparando las descargas que acaban de disparar ni están lanzando la bomba que van a lanzar en un par de minutos. 11:15 p.m.: estoy dispuesto a repetirme *La novicia rebelde* con mi mamá si eso va a quitarle la angustia que se ve que está sintiendo, pero quizás, gracias a Dios, sea demasiado tarde en la noche. 11:30 p.m.: nos vamos a dormir, sin tener ni una sola pista de qué habrá pasado con Lisandro, porque mañana tenemos exámenes pase lo que pase. 11:33 p.m.: mi papá, que es el que menos ha sentido la debacle porque su Escuela ahora queda «por el tercer puente», nos dice desde la puerta de nuestro cuarto todo lo que nos dice siempre: «chao chalupas», «hasta...», «semana que llega a miércoles, semana que se acaba». 12:50 a.m.: soy un fantasma que camina en la oscuridad del apartamento con los ojos abiertos, ay, Dios, ayúdame a quedarme dormido. 2:00 a.m.: comienza la peor de las batallas, sin lugar a dudas la debacle final, entre un ejército cada vez más imponente y una guerrilla a la espera de su sacrificio, pero poco a poco se va haciendo claro que la idea es volar

en pedazos —pésele a quien le pese— ese baño donde lamentablemente están los 60 rehenes que quedan. 4:07 a.m.: el doctor Tapias, Tapias Rocha porque aquí todo el mundo es sus dos apellidos, piensa «seguro que ya sólo estamos nosotros» porque de un estruendo a otro lo único que queda en el antiguo Palacio de Justicia es un silencio que da otra clase de miedo, pues así va a ser estar muerto. 5:30 a.m.: el guerrillero Almarales mete al baño un radiecito en el que están diciendo que según información del ejército ya no hay adentro ni un solo rehén, Dios, y ahora qué se va a hacer, y ahora será mejor morir de una vez para salir de esto. 6:10 a.m.: recojo *El Tiempo* y *El Espectador* en el tapete de la entrada, me siento a leerlos en donde siempre me siento antes de empezar el día y lo primero que leo es el titular «No negociaremos: el gobierno». 6:45 a.m.: el ejército dispara y dispara más y sigue disparando cuando una comisión de magistrados que Almarales ha enviado, con Tapias a la cabeza para probar que sí hay rehenes con vida, se dedica a gritar «¡no disparen, por Dios!», «¡somos magistrados!». 7:00 a.m.: el doctor Mora llama a la Casa de Nariño a pedirles que por el amor de Dios no sigan disparando, «que allá adentro hay todavía muchos funcionarios con vida», y qué silencio el que está sintiendo al otro lado de la línea. 7:20 a.m.: el doctor Mora les ruega a las principales figuras del alto gobierno por Caracol Radio, 810 am, que por el amor de Dios tengan un poco de compasión. 8:30 a.m.: el consejero Reynaldo Arciniegas consigue salir del Palacio, escalón por escalón por escalón, entre una calle de soldados temblorosos que no saben si fusilarlo o dejarlo pasar, y sin embargo no le permiten dar el mensaje de que no disparen más porque allá adentro aún hay jueces con vida. 8:45 a.m.: los pocos funcionarios sobrevivientes dentro del Palacio se dejan llevar por una extraña tentación de rezar, porque, tras descubrir que la salida de Arciniegas sólo ha servido para que los soldados sepan adónde lanzar las granadas de fragmentación, han perdido lo poco que les quedaba de esperanza: «van a matarnos a todos». 10:45 a.m.: acaban de acabárseles las municiones a los desmoralizados y heridos sobrevivientes del M-19 y, previendo la última venida del ejército, han decidido poner a los magistrados enfrente de ellos como una barrera para cobrarse la vida de los rehenes en el peor de los casos. 10:50 a.m.: termino de responder el examen de Historia, aquí en el salón de 4.ºA, con la sensación de que he contestado bien hasta esa última pregunta tan de última hora. 11:00 a.m.: el coronel Plazas Vega, fugaz frente a los micrófonos, les dice a los periodistas de turno «yo creo que esto ya se resuelve en muy poco tiempo». 11:15 a.m.: a la salida del examen me encuentro con un par de personas de otros cursos, Germán el de Millos y Daniel el de Santa Fe, que quién sabe de qué estarán hablando y me saludan levantando las barbillas como diciéndome «¿qué más?». 11:30 a.m.: armamos un partido de fútbol contra los del otro curso en ese campito montañoso que queda entre la capilla y el Parque de los Fundadores. 11:45 a.m.: el doctor Tapias piensa «no me puedo mover ni me voy a mover» apenas recibe un quemonazo en el hombro. 12:35 p.m.: la doctora Anzola y el doctor Tapias salen del Palacio, entre el humo y la asfixia y los ojos de quién sabe qué monstruo agazapado, porque Almarales les ha concedido la salida a las mujeres y a los heridos. 12:40 p.m.: la doctora Anzola, que tanto quería al hermano de mi mamá que mataron hace nueve años, se va caminando con los zapatos en la mano hasta la Casa de Nariño para decirle al presidente en la cara lo que piensa de él: que es el peor cobarde que haya conocido en su vida. 1:10 p.m.: María Teresa y mi mamá le escuchan atentamente al doctor Mora Osejo, en pleno almuerzo en el Club Médico de la 86 con 8.ª, la increíble y triste historia de cómo ayer en la tarde le salvaron la vida unos soldados que rescataron también al hermano del presidente: «alcancé a echarle seguro allá abajo a la puerta del despacho antes de salir del Palacio, mijita, pero parece que no sirvió de nada», dice. 1:30 p.m.: salen algunos empleados de la cafetería, por

fin, con una angustia tan grave que aún no causa gestos. 2:10 p.m.: nada ni nadie emite una sola sílaba ni una sola exhalación, pues acaba de explotar alguna bomba como un corazón entre el Palacio de Justicia, booooooooooooooooooom, y por fin ha traído el fin. 2:50 p.m.: huele a carne, a víscera, a hierro, a madera, a cuero, a ropa, a pólvora, a expediente, a biblioteca quemada. 3:13 p.m.: el ejército comandado por el coronel Plazas Vega le da parte de victoria a su general Arias Cabrales. 3:37 p.m.: mi papá nos recoge en el Chevette azul de cuatro puertas que compramos cuando nos robaron el Renault 6 blanco, y me pregunta qué tal me fue en el examen, y le pido que me crea que la respuesta al último punto era el «Colombianos: las armas os dieron la independencia, las leyes os darán la libertad» que está en la puerta del Palacio de Justicia. 3:50 p.m.: mi hermano, que va en el puesto del copiloto, como siempre, pensándose cómo sacarme la piedra, pone el casete que hizo hace poco como si este jueves 7 de noviembre fuera un jueves como el de la semana pasada: «Everybody needs a little time away, I heard her say, from each other...». 4:15 p.m.: mi mamá llega a la casa a quejársenos de que no la hayamos oído gritar «¡Eduardo papá!» cuando nos vio pasar por la 8.^a con 86, en el carro, hace apenas unos minutos. 4:25 p.m.: mi hermano se burla de mí porque acaba de descubrirme pintando afiches de películas inventadas, hasta que llaman a mi mamá a darle la noticia de que Lisandro está muerto. 4:40 p.m.: desde la ventana de nuestro edificio, el edificio La Gran Vía, vemos cómo una muchedumbre con pañuelos blancos le grita vivas al desfile del ejército que se dirige triunfal a las caballerizas, pero nosotros acá arriba no entendemos qué pendejada es la que esa manada de bestias está celebrando. 5:05 p.m.: mi mamá divaga sobre cómo uno está vivo, y se salva día por día, porque tiene que vivir, porque lo suyo es ir envejeciendo como corrigiendo un texto, pero quizás sea mejor no pensarlo demasiado —y mi papá asiente porque esa es su filosofía de vida—, sino más bien ponerse a hacer alguna cosa.

Nos acercamos los tres, cansados, apabullados y confundidos, al mueble donde mi mamá mira a un punto invisible —y el punto es esa desazón que no la deja en paz, que vuelve, de tanto en tanto, desde los días más raros de su juventud— con el auricular aún en la mano por si alguien la llama a decirle que nada de esto ha sido verdad. Ya no más. Ya es hora de que hoy sea mañana. Y aunque todavía falte parte del horror, desde las imágenes de los rescatados ensangrentados con las manos en alto hasta la alocución lastimera y en tercera persona del hombre al que nadie le cree que sí fue el presidente de la república en las 28 horas pasadas, ya estuvo bien y ya fue suficiente y ya fue demasiado. Quizás sea mejor apagar todo de una vez: off. Porque en esta casa estamos ya muy viejos para sentir semejante desamparo.

Está lloviendo otra vez, ahora, contra todas las ventanas del apartamento. Mi mamá se levanta a cerrar las que se han quedado abiertas, una por una, para que no se nos inunde la casa como si fuera poco. De paso echa seguro a la puerta de la entrada. Y se queda parada allá, como pensando que al menos esto nadie se lo va a tomar.

Sábado 25 de diciembre de 1982

Trato. Le doy vueltas, minuto a minuto a minuto, a cómo pasó todo en la extraña Navidad de ayer. Pero la verdad es que no logro entender cómo diablos hizo el Niño Dios para ponernos todos esos regalos en el pasillo. Mi papá abrió la puerta del apartamento de un solo golpe de muñeca: trac. Y no prendió la luz con el interruptor que queda sobre el helecho de la entrada, no, porque la oscuridad de la sala iba desvaneciéndose hacia la boca iluminada del corredor. Y yo grité «¡llegó!» con el corazón acelerado. Y nosotros dos, mi hermano mayor y yo, nos fuimos hasta allá. Y puedo jurar por lo que más quiero que, alumbrada, como un secreto, por un bombillo a punto de fundirse, vimos con estos ojos que se han de comer los gusanos —como dice mi mamá— un órgano eléctrico de esos que venden ahora y una montaña de paquetes envueltos en papel brillante a sus pies, oh.

Le doy vueltas y vueltas y no lo entiendo. Desayunamos. Visitamos en la mañana al doctor Mora. Hacia el mediodía fuimos los cuatro en nuestro Renault 6 blanco, que no puede tocarle a mi papá nadie que no sea su propia sombra, a visitar por allá por La Floresta a «los amigos»: a Mirentxu, Iván y la bebé de dos años. Pusimos los regalos de todos en el arbolito y nos pusimos a mirar el pesebre pastor por pastor, y las dos mamás, que son como hermanas desde los cinco años, se pusieron a burlarse de nosequé artículo de la revista *Carrusel* en el que se prueba que los maridos rechazan a las mujeres ejecutivas que, además, ganan más que ellos: «mientras el dominio masculino en el matrimonio y en la familia se ve amenazado, los sociólogos advierten que los viejos conceptos de la pareja humana tendrán que cambiarse antes de que se produzcan más víctimas», leyó mi mamá en voz alta, y a todos nos pareció una frase lejana, en chino, porque en esta familia nadie domina a nadie, si no es mi hermano a mí.

Almorzamos una torre de pizza que compramos por ahí. De sobremesa, mientras los tintos y los cigarrillos, ellos hablaron de lo mismo que hablan siempre: de política. Se preguntaron cómo mi mamá pasó de extrañarse porque hubieran elegido presidente al godo incansable Belisario Betancur, y yo me acuerdo de verla comentándolo aquel domingo de elecciones mientras tendía su cama, a creer que por fin se va a hacer la paz en este bendito país. Conversaron a fondo de cómo terminó ella, junto con María Teresa, su compañera de universidad, de cabeza en el mejor trabajo que ha tenido en su vida: la Secretaría General del Ministerio de Comunicaciones. Hablaron bien de Eunice y de Héctor Fabio y de no sé cuál compañero más. Se rieron de mí porque me colé el otro día en una proyección de la junta de clasificación de películas a ver *Annie*, «tomorrow, tomorrow...», y opiné enfrente del cura y del crítico de cine y no sé de quién más que aunque los villanos fueran tan villanos con la huerfanita me parecía que lo justo era considerarla «para todos». Lamentaron sinceramente que me hubiera perdido la proyección especial de *E. T., el extraterrestre*.

Y cerraron el tema, no sin cierta maldad, con una descripción de un corto de terror que acaba de hacer el Ed Wood criollo: Jairo Pinilla.

Rezamos la novena de aguinaldos a las cuatro de la tarde. «Benignísimo Dios de infinita

caridad, que tanto amasteis a los hombres, que les disteis en vuestro hijo la prenda de vuestro amor para que hecho hombre en las entrañas de una Virgen naciese en un pesebre para nuestra salud y remedio», leyó, a la perfección, mi hermano Eduardo: «yo, en nombre de todos los mortales, os doy infinitas gracias por tan soberano beneficio». Vino luego «soberana María que por vuestras grandes virtudes y especialmente por vuestra humildad merecisteis que todo un Dios os escogiese por madre suya...» en la voz de Iván. Y después, a pesar de todo lo que me lo advertí a mí mismo con el ceño fruncido como mi papá, fui incapaz de leer «¡oh, santísimo José, esposo de María y padre putativo de Jesús!» sin entregarme a un ataque de risa que menos mal fue allá entre nos.

—Tradición es tradición —intervino mi papá, que a los 42 ha empezado a sufrir de canas plateadas en las sienes, antes de contagiarse de las carcajadas simiescas de sus dos hijos.

Nos sobrepusimos cinco largos minutos después: «ven a nuestras almas, ven no tardes tanto». Terminamos: «y de que en virtud de vuestra divina promesa, acogeréis y despacharéis favorablemente nuestras súplicas, amén». Nos dimos los regalos prometidos mientras, desde el tocadiscos, Las Dominicas de siempre volvían a cantar «chiquitín, chiquitón, chiquitín, chiquitón, vamos a Belén, que ha nacido un niño que es Dios y que es rey». Y cuando fueron las cinco de la tarde, ¡las cinco!, me comenzó esta taquicardia que no se me ha pasado hasta ahora que ya sé qué pasó. Ya estaba cerquita el Niño que nos trae los regalos, y quizás, por qué no, ya andaba por el barrio, y nosotros oyendo a esas monjitas cantar «oh ven diciembre mes de cantar, oh ven por siempre Dios de bondad...».

Feliz Nochebuena, amigos, feliz Navidad: nos vemos, entonces, dentro de ocho días.

Volvimos a nuestro edificio a las 5:35 p.m., según mi reloj Casio de numeritos, luego de remontar toda la calle 100, toda. Subimos con el corazón en la mano, en el ascensor de los pisos pares, al apartamento: nuestro 603. Mi papá abrió la puerta, trac, para que entráramos corriendo a ver qué. Como no había nada sobre las camas, que es donde el Niño Dios deja las cosas que nos trae, entonces respiramos hondo hasta que se nos ocurrió bajar a la droguería del primer piso a alquilar películas «porque qué más nos ponemos a hacer mientras llega», «porque seguro que mañana va a estar cerrada». Eso hicimos. Bajamos. Entramos como quien sale a escena al alquiler de Betamax: la Droguería Astor. Dijimos feliz Navidad a diestra y siniestra, mi hermano y yo, como un par de políticos en campaña. Hernando, el de ojos gigantes que se ha visto todas las de vaqueros, nos dio la bienvenida: «los señores Silva...».

Mi hermano Eduardo agarró el fichero de lata de la derecha para investigar, precisamente, las películas del Oeste: pronto sacó de entre tantas la ficha de *Más corazón que odio* porque, dijo, «esta es con John Wayne». Yo me dediqué a buscar una de niños que no hubiera visto, «coctel de explosivos marca Acme», me dije en voz baja, y soporté como un santo a Eduardo diciéndome en el oído que por qué no me llevaba más bien una para niñas («tomorrow, tomorrow», me imitó), hasta que por fin me decidí a llevar una de grandes que se ve muy buena: *Juego sucio*. A mi papá le llevamos una de fútbol: *Fuga a la victoria*. A mi mamá una de amor: *Pide al tiempo que vuelva*. Hernando aprobó nuestras cuatro elecciones, abrió dos pares de huecos en la tiquetera y encontró rápidamente los cuatro casetes que le habíamos pedido.

Nosotros le dimos las gracias y aguantamos la risa hasta la recepción del edificio, pues quién sabe quién colgó, detrás de la caja, el afiche de un estreno porno que se llama *Con tu tía no es pecado*.

Arriba no pudimos ponernos de acuerdo en qué hacer. Mi mamá se metió a preparar la comida de Navidad. Mi papá se dedicó a hacer el crucigrama con el *Pequeño Larousse Ilustrado* a su

lado. Mi hermano se dedicó a ver en la televisión un programa de concurso del Canal 9 que se llama *Telectrónico*. Y yo lo acompañé un rato con la condición de que jugáramos a «quién adivina primero el comercial», «¡Pat Primo juvenil!», «¡Protectores Carefree!», «El poder blanqueador de Fab!», hasta que me di cuenta de que soy imbatible, y me aburrí. Y me aburrí más todavía cuando supe que hasta ahora eran las seis. Y la siguiente hora que pasó, de las seis a las siete, fue la hora más larga de mi vida.

Fue entonces, a las 7:15 p.m., cuando mi mamá dijo que estaba lista para bajar a la zona verde a echar pólvora. Recogimos las Chispitas Mariposa, el volcán, el volador. Nos armamos del periódico del día para prender la fogata que hacemos todos los años. Cada uno se abrigó como mejor pudo. Apagamos las luces de todas las habitaciones. Y entramos en el ascensor resignados a esta ansiedad que no me deja en paz.

Fue en aquella zona verde donde una vez Héctor, el del 302, fue capaz de amagarle al arquero y de comerse por poquito ese golazo como lo hizo Pelé en el partido contra Uruguay en el Mundial del 70. Y fue ahí, en ese cuadrilátero de pasto de 20 por 20, en donde anoche nos encontramos con los vecinos del 604: «los de al lado». Diego, que es menor que yo, me preguntó aquí entre nos a qué horas pensaba yo que vendría el Niño Dios. Yo le dije, en voz baja, que sospechaba que a las ocho. Él me preguntó si eso era dentro de poco. Y luego trató de convencerme de que después de enero no venía febrero, sino marzo. Yo iba a responderle cuando el volcán de pólvora, en el piso de la oscuridad de esa noche, empezó a lanzar fulgores y rayos y centellas («y caracoles», citó mi mamá a Les Luthiers), y todos los que estaban en el patio no pudieron hacer más que exclamar: «¡oh!». Desde ese momento perdí, por primera vez en el día, la noción del tiempo. Me fui corriendo por el pasto, y por la reja, y por el tanque de agua, dándole vueltas y vueltas a las Chispitas que mi papá me iba pasando. Y de un momento a otro iban a ser las ocho.

—«Es hora ya de acostarse, vámonos a descansar, pero antes hay que lavarse...» —cantó mi mamá, con una extraña risita entre los dientes, desde las escaleras de salida.

—Se nos va a hacer muy tarde —reconoció mi papá.

Y pronto estuvimos todos de vuelta frente a la puerta del apartamento. Y entramos. Y la oscuridad impenetrable que habíamos dejado atrás cuando salimos se había vuelto una oscuridad velada, desvanecida, por cuenta de la luz que venía desde el bombillo del centro del corredor. Dios, sí, no me pregunten cómo llegaron hasta ese lugar porque mi única respuesta es «por arte de magia», pero ahí abajo, apilados con gracia, estaban todos los regalos que habíamos pedido: el cubo de Rubik, la estación de bomberos de Lego, el castillo familiar de Fisher-Price, el pianito blanco Casio VL-Tone, los muñecos que estaba buscando de *El imperio contraataca*, y el E. T. con ese largo dedo índice que se enciende, que yo no pedí, pero que me encantó desde el primer momento.

Este año no ha sido nada fácil ser hermano de mi hermano. Habla de fiestas y de amigos, sí, y le da rabia que yo no esté de acuerdo con él sino en muy poco. Ah, yo sé que él me quiere: se le nota. Y sin embargo parece dedicado en cuerpo y alma al oficio de burlarse de mí, y qué rabia la que a mí me da. Creo que el problema empezó en el Mundial de España. Y que lo que le rompió el corazón fue que tanto Brasil como Francia, sus dos equipos, que merecían llevarse la copa, fueron eliminados antes de llegar a la final. Y Alemania, el que a mí me gusta, en cambio estuvo a punto de ser el campeón. Quién sabe. Quién se atreve a preguntarle qué le pasa. Lo que me importa ahora, en todo caso, es que hizo cara de niño cuando vio el órgano aparecer de la nada en el centro del pasillo.

—No puede ser... —me dijo mirándome a los ojos, inconsciente de sí mismo, como si yo fuera el hermano mayor.

Qué suerte tenemos. Cuánto tiene que querernos el Niño Dios para traernos semejante pila de regalos: nunca antes un Niño Dios quiso tanto a sus corresponsales.

Comimos, sí, porque tocaba, con todos los juguetes y los regalos nuevos sobre la mesa redonda del comedor. Jugué un poco con los muñecos de *Star Wars*. Pero lo que en realidad quería contar es que durante todo lo que vino luego, la repetición de la torta de carne y del postre de curuba, las carcajadas incontenibles por culpa del enano de *Juego sucio* y la espera tortuosa de las doce de la noche para decirnos los unos a los otros «¡feliz Navidad!», no hice más que preguntarme por qué el Niño Dios me había traído ese E. T. de pilas que no le había pedido. Hoy 25, apenas me desperté, seguí pensándolo. Y tuve que esperar cinco programas de televisión, *Los Supersónicos*, *Las aventuras de Súper Ratón*, *La carabina de Ambrosio*, *Chespirito* y *Fútbol: el mejor espectáculo del mundo*, para reclamarle a mi mamá una respuesta.

—Yo no sé él cómo se enteró, niño, pero esta tarde vamos a ir a ver esa película —me dijo dándome unos golpecitos en la cabeza.

Era la verdad. Porque, apenas almorzamos la torta rellena de carnes que quedó de anoche, nos vinimos los cuatro al Royal Plaza a ver *E. T. el extraterrestre* en matiné: 3:30 p.m. Parqueamos al lado del teatro. Hicimos la fila en la entrada. Compramos crispetas y gomas con forma de gajos de naranja como si no hubiéramos estado comiendo —como dice mi mamá— igual que unos condenados a muerte. Encontramos cuatro sillas seguidas en el segundo piso de la sala. Y, apenas se acabaron los cortos promocionales y la película empezó por fin, nos pusimos del lado de ese niño llamado Elliot porque su hermano mayor y sus amigos se burlaban de él; tuvimos miedo porque un monstruo estaba asustándolo de noche; nos emocionamos porque esa amistad entre los dos, Elliot y el extraterrestre, sólo puede suceder con alguien que venga de otro mundo; nos reímos porque el pobre E.T. se emborrachó con lo primero que encontró en la nevera; sufrimos porque esos tipos con linternas, con batas blancas de científicos, querían apresarlo y estaban dispuestos a matarlo; y estuvimos a punto de aplaudir porque Elliot y su hermano y sus amigos, que ahora le creían todo, lograron escaparse en aquellas bicicletas.

Y no sé si es porque yo también tengo ese hermano, o porque el milagroso Niño Dios sabía que esta película se me iba a volver un problema personal, o porque E. T. está diciéndole «estaré aquí mismo» a Elliot en la despedida —y yo me muero de miedo de que alguien me diga esas tres palabras, Dios, que nadie se me vaya a mí jamás—, pero estoy llorando antes de que me den ganas de llorar. Yo no sé bien qué me pasa, pues nunca antes me había pasado, pero la verdad, por vergonzosa que sea, es que no puedo dejar de llorar. Ay, y ahora qué va a hacer ese pobre niño al que sólo ha sabido entender un extraterrestre. Ay, que su familia lo acompañe siempre, por favor. Y que nadie me vea sollozar así, como si hubiera perdido a mi papá, a mi mamá y a mi hermano, porque ya soy un niño grande de 7 años.

Caen los créditos. Mi hermano me pone en su hombro, a regañadientes e incómodo, pero en su hombro, porque a la hora de la verdad nunca le ha gustado verme así.

Viernes 29 de mayo de 1981

Yo jamás voy a salir del colegio. Si hasta ahora acabo de comenzar, y llevo ya un montón de días subiendo y bajando estas escaleras de ladrillo, cómo voy a hacer para que pasen trece años: ¡trece! No, esto no va a terminarse nunca, no. Voy caminando por el respaldo de la primaria, alejándome, paso por paso, de la arenera, entre un partido de fútbol improvisado por los de 4.º. Pasan volando, muy cerca de mí, un trío de palomas blancas: pri, pri, pri. Suenan por todas partes las trompetas que tocan esa cancioncita tan triste sobre los redoblantes de la banda de guerra del colegio, tatatatá, tatatatá. Y yo, en busca de mi hermano y resignado a que la gente se despida de mí «¡adiós, Silvita!», camino hacia el cuadrilátero de piedra con mi lonchera de *El imperio contraataca* en la mano izquierda. Menos mal me puse mi reloj: son las 4:27 p.m. Porque entonces sé que estoy a tiempo.

La puerta de 5.º Decroly, 5.º de primaria, está cerrada. Se escucha, entrecortada, la voz de la profesora de los grandes. De resto, silencio. De pronto, una pregunta vaya usted a saber sobre qué. Y entonces, para hacer algo mientras espero a que salga mi hermano, me voy a las escaleras verdes que quedan al lado a ver desde qué altura ya soy capaz de saltar.

Suena la campana: tan, tan, tan, tan, tan... Se abre la puerta blanca de madera, altísima y temblorosa y de 1918, como si se me fuera a venir encima a mí entre todos los mortales. Salen uno, dos y tres tipos que me dicen «¡adiós, Silvita!». Y luego salen los demás: Serna, Vásquez, Vicaría. Sigue una profesora con la sonrisa para adentro. Pero ni rastros de Eduardo, no, hasta que me atrevo yo a asomarme, y entonces lo veo escribiendo en una hoja, inclinado sobre su escritorio, alguna tarea que él jamás me va a explicar. «Ya voy, ya voy, ya salgo», me dice sin rastros de vergüenza, «espérame un minuto». Yo me quedo dándole vueltas a la columna de madera que hay enfrente, porque díganme qué más me pongo a hacer, hasta que sale.

Y entonces vienen las quejas usuales, «¡mierda!», «¡nos va a dejar la camioneta!», «¿por qué no me dijo?», en el camino a la pequeña buseta que todas las tardes nos lleva a la casa.

Todo parece culpa mía porque, como siempre, llego a la camioneta gris destartada después de mi hermano: «espérenme, espérenme». Y la señora amable pero seria que la conduce, Consuelo, se limita a decirme un «es a las 4:30 en punto» que a mí me suena al «tú también hijo mío» que vimos el otro día en la televisión. En fin. Que mi hermano, por ser el más grande, se sienta en el puesto del copiloto. Y yo, por ser el único de cinco años, termino de nuevo en la parte de atrás: en la petaca, en el baúl. Y una vez más me veo obligado a evitar, de la 74 con 9.^a a la 100 con 7.^a, al niño extrovertido que hace figuritas con los mocos, al niño meditabundo que prefiere no hablar con ningún ser animado y al niño terrorista que siempre está diciéndome que su curso es mucho más difícil que el mío, ay.

Mi mamá está esperándonos, igual que todos los días, detrás de la ventana de la sala. Le decimos «hola», mi hermano y yo, desde el primer piso hasta el sexto. Y, desde las escaleras de losa de la entrada hasta la puerta de nuestro apartamento, a los dos comienza a entrarnos este nerviosismo feliz —esta avalancha de preguntas ansiosas— que se nos ha vuelto la rutina de los

viernes en la tarde desde que mi papá se fue de excursión por toda Europa con sus alumnos de la universidad. ¿Adónde iremos esta vez de «viernes cultural»? ¿Cuál sorpresa nos tendrá hoy? ¿Iremos por fin a jugar maquinitas? ¿Habrá llegado una postal de mi papá? ¿Alcanzaré a armar una cueva con los cojines del sofá antes de que salgamos adonde sea que vayamos a ir?

Mi mamá, de 32, vestida con un saco de rayas amarillas y verdes, abraza a sus dos hijos en orden de estatura: nunca una mamá quiso tanto a unos hijos, nunca unos hijos quisieron tanto a una mamá. La vida se le ha vuelto un fardo a la pobre —su hermana mayor, Mercedes, anda quién sabe en qué rincón de Cartagena escondiéndose de la familia; su hermana siguiente, Carmen, se ha ido perdiendo más y más y más en la esquizofrenia; le está costando mucho conseguir trabajo, ay, los reaccionarios que odiaron a su familia llaman a pedir que no la contraten por haberse puesto del lado de los trabajadores en su paso por la Oficina Jurídica del Ministerio del Trabajo; anda nerviosa, nerviosísima; y su marido, que es un héroe a regañadientes, como son los héroes verdaderos, va a estar de viaje todavía dos meses más—, pero ahora mismo está feliz porque es viernes cultural.

—Vamos a ir a nocturna, a Unicentro, a ver *El gato que vino del espacio* —nos dice—, pero antes vamos a ir a comprar lo que ustedes quieran y a comer lo que ustedes quieran.

¡Eh! ¡Vamos! ¡Vamos ya! Dejemos la maleta en el cuarto. Cambiémonos el uniforme del colegio, que pica, para salir de una vez a nuestro plan. Comámonos la manzana que nos dejó sobre la mesa Amelita, la empleada, que lo que es conmigo es con ella, y viceversa. Despidámonos de los porteros como si nos fuéramos de viaje, de excursión. Subámonos al Renault 6 de mi papá, que le tocó soltárselo a mi mamá por estos días, por nuestra cuenta y nuestro riesgo. Pongamos el casete de canciones latinoamericanas, de Sergio y Estíbaliz, que ha estado entre el carro desde que mi papá se fue: «por la blanda arena que lame el mar su pequeña huella no vuelve más», «un sendero solo de pena y silencio llegó hasta el agua profunda...». Y busquemos la carrera 15, por donde la encontramos el viernes pasado, para llegar hasta el centro comercial donde están los cines: Unicentro.

—¿Y hoy no vamos a llamar a mi papá? —pregunta mi hermano fingiendo que lo suyo es puro pragmatismo.

—¿Para que se pongan a llorarle al pobre desde que les dice «hola» hasta que les dice «adiós»? —responde mi mamá sin titubeos—. N, o, no: cada cosa a su tiempo.

—Ay, te juro por Dios que no lloramos —digo yo bajo la mirada sorprendida de ellos dos.

—Ya está muy muy tarde en Viena, tú niño —me dice agarrándome de la barbilla—, ya hasta la sacrosanta novicia rebelde está dormida.

Bueno, bueno. Pues entonces vamos. Asesoremos a mi mamá en la conducción del Renault: «¡cuidado!», «¡un poste!», «¡el semáforo está en rojo!». Crucemos la glorieta de la 100 con 15, «¡ya puedes, ya puedes!», para tomar la recta final hacia el centro comercial. Parquemos el carro en la puerta de siempre, en la puerta 7, «¡te pasaste!». Y dirijámonos sospechosamente a La Gran Piñata. Y de ahí a Máximo a buscar el Llanero Solitario que he estado buscando. Y sí, aquí estamos. Y ni siquiera los esfuerzos recalcitrantes de mi hermano por molestarme, que por los pasillos del almacén de juguetes me dice y me dice —porque sabe de memoria cuánto me afecta— que a él le contaron que Han Solo va a morir congelado al principio de la próxima de *Star Wars*, van a dañarme la felicidad de este viernes.

Todo pasa demasiado rápido: compramos las tres boletas para ver *El gato que vino del espacio* en la sala A; recorremos el centro comercial en busca del sitio ese donde comemos siempre la lasaña que me gusta: Tutti Lasagna; a la salida me encuentro cara a cara con mi mejor amigo de

mi curso, «adiós, Silvita, ojalá que vuelva pronto tu papá», en unas escaleras eléctricas; pedimos crispetas como dos huerfanitos; hacemos la fila, de últimos, para entrar al teatro; mi mamá nos pide que no nos preocupemos porque le preguntamos si sigue preocupada por no tener trabajo: ya el doctor Mora y el doctor Low, que trabajaron con ella en el Consejo de Estado y se preguntan el uno al otro «¿qué hay de Marcelita?», le han dicho que van a ayudarla a encontrar un puesto lejos del alcance de los persecutores que le han cerrado las puertas «por ser una comunista infecta».

Ay, que el doctor Roberto Salazar, el del Banco de la República, está pensando qué trabajo le consigue. Y Tita Garcés, su amiga de la universidad, que por poco la mata un bandido que quería vengarse de ella por haberlo mandado a la cárcel, va a volver a Bogotá con su hijita a ver si se inventan algo entre las dos.

—Prohibido preocuparse por nada en viernes culturales —nos dice, pero, conociéndome, me señala con un dedo índice que nunca me había parecido tan largo.

Entramos en fila. Nos acomodamos como mejor podemos en tres sillas seguidas en la mitad del teatro. Mi hermano me susurra «Han Solo está muerto: jejeje». Mi mamá le dice que deje la pendejada, ya, no más. Y él, encogiéndose de hombros y negando con la cabeza como diciéndome «mucha nena...», le entrega la hojita de papel que escribió antes de salir de su salón. ¡Ya están apagando las luces! ¡Ya vienen los cortos!

—Para ustedes el Sol, la Luna y las estrellas —nos responde cuando le susurramos, en la oscuridad de la sala, «gracias, mami».

No es la mejor película que me he visto en mi vida, pero casi. Qué tal cuando se van a ese sótano de apuestas a ganarse la plata que necesitan a punta de que el gato extraterrestre arregle las carreras de caballos. Qué tal los tres militares que hacen el ridículo jerárquicamente, ja. Yo sí estoy oyendo lo que nos está contando mi mamá: que el día que le tocó explicarle a Turbay la ley de la jornada de ocho horas para los trabajadores se dio cuenta de que el gran problema de los presidentes son los malos consejeros, que no los rodean sino que los cercan, porque él mismo —«y llevaba ese corbatín, y sus ojos eran azules, azules»— terminó defendiéndola de una nueva ministra que llegó a sacarla. Yo sí oí lo último que ella dijo: que «el Ministerio del Trabajo es el Ministerio del Patrón», que a ella le agarraron miedo los ministros porque ella era «demasiado cercana» a los trabajadores y era capaz de parárseles enfrente en las huelgas.

Pero entiéndanme que no es nada fácil concentrarse en lo demás cuando uno acaba de ver *El gato que vino del espacio*.

—Ustedes dos no se preocupen por nada —nos dice, pero, guardándose el papel entre el bolsillo de sus jeans, le da a mi hermano un beso en esa cabeza crespa que vaya usted a saber si hoy se echó champú—: «Pacenciana se llamaba la mujer del tío trabajos...».

Subimos al Renault 6 de la casa. Mi mamá nos dice «ah, estos son ustedes», pues del casete de canciones latinoamericanas viene *Dos arbolitos*: «y desde mi casita los veo solitos bajo el amparo santo y la luz del cielo». Se acomoda en el asiento mientras mi hermano me susurra «pero usted es un bonsái». No lo regaña porque está revisando el espejo como una alumna juiciosa. Arranca, primero, a los trancazos. Luego arranca bien. Menos mal me puse mi reloj: son las 10:53 p.m. Porque entonces supongo por qué nuestra chofer le pide a su copiloto, a Eduardito, que se siente encima de algo «para que parezca que ahí va un grande, un guardaespaldas». Es tarde, sí, pero se pone más nerviosa que la humanidad. Qué le pasará. Por qué estará tan segura de que puede pasarnos algo desde el centro comercial hasta el edificio. Ay, yo no sé.

—Yo no sé por qué ustedes no se quieren ir de este país, bueno, sí, por el colegio —nos reclama, de la nada, apenas pone las direccionales para hacer la U en la carrera 15 en busca de la calle 100—, en fin, «no hay mal que por bien no venga» y «nada sucede en la víspera».

Quién sabe por qué lo dice. Es más: vaya usted a saber qué está diciendo. Pero estos viernes han sido siempre una aventura. Qué tal cuando cocinamos. Qué tal cuando nos fuimos a comer hamburguesas al otro lado de la ciudad. Qué tal cuando nos pusimos a hacer ouija por un capricho de mi hermano, que un amigo de un niño de su curso ya había usado la tabla para contactar no recuerdo bien a qué fantasma, y terminamos los tres muertos de miedo con todas las luces del apartamento encendidas: llamamos al hermano mayor de mi mamá, a Alfonso, el que mataron, para preguntarle si estaba mejor allá donde esté, y el cenicero que habíamos puesto sobre la tabla de letras empezó a elevarse —lo juro— y luego se fue contra la mesa porque a mi hermano se le escapó una risotada nerviosa que así cualquier espíritu se asusta.

—Más alto, más alto —le pide mi mamá a mi hermano, de 10, justo cuando el casete va por el «que saben a lo que huelen las rosas de mis rosales» de *Campesina santandereana*.

Ya estamos subiendo por la 100. Ya vamos a llegar: «¡cuidado, cuidado!». Se quedan atrás el monumento de la guerra de Corea, los potreros gigantescos que dentro de poco, dice mi papá, seguro van a volverse edificios, y el Seminario Menor, que está a punto de venirse abajo como esa casita que está a punto de venirse abajo en el óleo que mi mamá pintó cuando tenía 15 años. Y aquí estamos, sanos y salvos, en el garaje de siempre. El portero está roncando como la novicia rebelde en Viena: «buenos días...», dice. Sólo hay una, tres, cinco, siete ventanas encendidas en la fachada apagada de nuestro edificio. Pero de uno de los apartamentos de atrás vienen las risas de una fiesta, juajuajua, que dan escalofríos.

Mi mamá deja el papel que le dio mi hermano en la mesa del comedor y le echa seguro a nuestra puerta. Podríamos ponernos a revisar lo que compramos como piratas que revisan sus botines, pero tenemos mucho, mucho sueño. «Hasta...», nos dice, igual que mi papá, para que sepamos que esta casa sigue siendo esta casa, cuando se da cuenta de que estamos quedándonos dormidos. Apaga la lámpara que tenemos sobre la mesa de noche. Y se va. Y entonces, cuando empiezo a oír ronquidos, gro, fiu, gro, fiu, me levanto de la cama con los dientes apretados para que nadie se despierte y me voy en puntillas a ver qué es lo que dice la hoja que sabemos. Es una notita muy bien escrita que ya sé leer —«mamá: yo quiero que tú sepas que yo te quiero mucho porque eres muy buena mamá, y que no me gusta que estés triste porque no tienes trabajo y mi papá no está, y que yo sé que ya te va a salir algún puesto porque eres la mejor abogada del mundo»—, firmada por «Eduardo, tu primer hijo».

Quién iba a creer. Vuelvo, invisible, hasta la habitación de los dos. Me meto en la cama sin hacer ni un solo ruido. Y, cuando ya he dado por terminado este viernes tan feliz, mi vecino de cama me dice «yo se lo digo todo por su bien: tiene que irse preparando para la muerte de Han Solo, jejeje».

Martes 18 de noviembre de 1980

El partido ha terminado cuatro a tres. Estamos sentados en el murito junto a las escaleras de esta zona verde que se llama así porque es un cuadrilátero de pasto. Mi primo Ernesto, que de tanto en tanto pasa las tardes con nosotros, está hablándonos de las mejores jugadas de la fecha. Cuando noto que ha terminado ya su análisis, propongo, enrojecido y sudoroso y resignado a ser siempre el menor, ir a la droguería a comprarnos unas paletas, y, «si me dan las llaves», me ofrezco a subir al apartamento a sacar la plata de «la carterita de emergencia» que mi mamá guarda en el tocador. Mi hermano Eduardo, el dueño del balón y el único que tengo, se sale entonces de sus pensamientos con la frase «¡pero si lo primero que le dije fue que sacara las llaves de la casa!». Y yo sólo le digo «yo entendí que usted las sacaba» para no enfurecerlo. Pero sigue un diálogo apasionante, «¡idiota!», «¡idiota usted!», entrecortado por un tímido «no peleen» de mi primo.

—Busquemos una solución —nos pide—: pensemos.

Ernesto tiene un montón de años, un montón: ¡21! Su papá, Alfonso Romero Buj, fue asesinado en la calle hace cuatro nomás, y quién sabe por qué. Pero él es un primo sonriente, noble, que cuando puede almuerza, juega Frogger y ve las películas de James Bond con nosotros dos: «no peleen, no peleen». Tiene un hermano mayor: otro Alfonso que es alto, alto, y no cabe por la puerta de nuestro apartamento. Tiene un hermano menor: Juan, el único. Y tiene una mamá, Nydia, Nydia Tobón, que se la pasa de un lado al otro —según le oí el otro día que los visitamos— «defendiendo de las élites a los trabajadores sometidos». Y sin embargo a mí me parece que él pasa muy feliz acá. Y a nosotros dos nos gusta mucho cuando viene.

Es la 1:15 p.m. Está haciendo un sol que no le hace mal a nadie pero nada le sirve a uno a la hora de almorzar. Ninguno de los tres tiene plata porque Ernesto dejó arriba su billetera. Qué importan las paletas. Qué importa el almuerzo. Lo que importa es que mi papá vuelve a la casa hasta las 5:30 p.m. —«y qué vamos a hacer los tres aquí abajo de aquí a que llegue», pregunto— y Ernesto dejó arriba la mochila con sus cuadernos y sus libros y tiene un examen en la universidad a las 3:00 p.m. Podríamos subir adonde los vecinos del 604. Podríamos hablar con mi papá, desde la portería de nuestro edificio, para contarle dónde andamos, pero no nos contesta nadie en su oficina: «debe estar almorzando...». Y sólo nos queda irnos caminando hasta allá a pedirle su copia de las llaves.

Allá vamos. Aquí vamos. Yo le dejo el balón de mi hermano a don Alfredo, el portero, famoso entre los niños de todos los pisos por la frase «casado pero no capado». Y salimos los tres y cruzamos la 100 y subimos hasta el puente curvo por una trocha de tierra seca y de piedras. Yo no miro abajo cuando empezamos a caminar por el pequeñísimo andén, no, porque si no me muero. Yo cierro los ojos, de la mano de mi primo Ernesto, para no ver los carros pasar mientras mi hermano se ríe de mi miedo: «jejeje». Doy todos los pasos que tengo que dar hasta que siento que hemos llegado a unas escaleras. Abro los ojos para bajarlas bien. Y, mientras pasamos por debajo del puente, me digo a mí mismo «voy a jugar a patear esta piedrita de aquí a que

lleguemos adonde mi papá para no darle a mi hermano el gusto de ponerme bravo».

Terminamos jugando los tres. Avanzamos por el largo, largo, largo, andén de la Escuela de Caballería pateando el balón imaginario, hasta que un soldado con una ametralladora enorme nos pregunta para dónde vamos. Ernesto le responde: «para Usaqué». Y el tipo nos deja seguir después de mirarnos y mirarnos con los ojos entrecerrados, sí, pero deja y queda clarísimo que solamente está siendo generoso con nosotros. Mi primo se quita el saco de lana azul y se lo amarra en la cintura unos 30 pasos después, nervioso, nerviosísimo, pues, según nos dice, «habría podido pedirme la cédula». Y por qué. Por qué anda por la calle así como así ese tipo y puede pararlo a uno e intimidarlo como los niños grandes a los niños chiquitos.

—Pues porque estamos en guerra —nos responde cuando pasamos enfrente de la Virgen de Santa Ana.

Seguimos. Se nos viene de frente un escuadrón de soldados camuflados y pasamos a su lado como dándoles las gracias por que no nos miran. Paso junto a los arbustos de este barrio con la sensación de que un perro bravo va a saltarnos encima de repente. Y entonces, para que no temamos a nada por un rato, Ernesto nos cuenta la historia de un amigo gordito de su colegio que iba por la calle mirando al piso por si encontraba una moneda, «y llegaba a la casa lleno de plata». Y yo me pongo en esas, claro, pues tropezarnos con un billete de 500 pesos podría ser la solución a todos nuestros males: ¡500! Y así me voy por entre el barrio Santa Bárbara, lleno de árboles y de andenes hendidos y resquebrajados, hasta que una señora loca loca se le lanza a mi primo a pedirle una moneda.

No tenemos, no, se nos quedaron las llaves adentro de la casa. Si tuviéramos, le dábamos una de 5. Por favor, señora, que no, y no es no.

Yo camino más rápido, y más, pues la mendiga nos grita «¡no me miren como una pordiosera!» con un pedazo de vidrio en una mano. Y ya no sé si mi hermano se está riendo de mi mueca de angustia, «jejeje», porque también puede estarse riendo de miedo. Ay, Dios. Hace mucho, mucho, mucho tiempo, el año pasado, cuando yo no sabía leer, fuimos con mi tío Guillermo a comprar soldaditos de plomo en una tienda del centro. Y entonces se nos lanzó encima un señor de barba larga, sucio y elegante, a pedirnos plata. Y mi tío, que es muy chistoso, y habla gangoso y se parece a mi papá pero tiene más pelo y es más alto, le dijo al tipo un par de cosas para calmarlo, y lo hizo reír, y nada nos pasó. Pero quién convence a esta bruja loca de quedarse atrás.

De pronto, después de superar una calle de casas enrejadas rodeadas de andenes de pasto con florecitas blancas, tenemos enfrente la enorme Plaza de Usaqué. Suenan unas campanas, tan, tan, tan, tan, tan, entre la luz del sol. Y se nos vienen encima todos los ruidos, «¡espéreme!», «buenas tardes, padre», «¿quién me descambia un billete de 20?», como si hubiéramos entrado a una película. Y los gritos de la señora se quedan atrás, claro, porque hemos llegado ya al portón de madera de la Escuela Colombiana de Ingeniería de mi papá. Por favor, estamos buscando al secretario general: al doctor Eduardo Silva Sánchez, sí. Dónde queda su oficina. Qué hay en el segundo piso. Por cuál corredor, en este patio lleno de árboles y de arcos y columnas, podemos avanzar.

—Estamos buscando a mi papá —dice mi hermano cuando por fin encontramos, entre una nube del humo del día, el despacho repleto de muebles de madera.

—El doctor está en la última clase del año de Física I —nos dice la secretaria, Mary, con cara de «y ustedes cómo demonios llegaron hasta acá»—, pero si es muy muy urgente...

—Por favor —digo yo con el corazón haciéndome pum, pum, pum—: es de vida o muerte.

Sí, lo es. Es urgente. Es de vida o muerte. Vamos a golpearle a la puerta de su clase para pedirle las llaves de la casa, «Chatico...», y después nos vamos. El problema, apenas llegamos al lugar, luego de cruzar el patio de una esquina a la contraria, es que el salón está abierto de par en par. Y que entonces vemos a mi papá, que nunca un par de hijos quisieron tanto a uno de su especie, dictando su clase sobre el tiempo. Y él nos sonríe como nos sonríe en vez de decirnos lo feliz que lo pone vernos, y nos dice «ya voy a terminar», y sin perder la concentración continúa dibujando en el tablero de pizarrón la fórmula de la relatividad: $E=mc^2$. El tiempo es relativo, dice, el tiempo es una ficción, una fabricación. Sí hay segundos eternos. Sí hay vidas que se van volando. Que no tengamos en las manos las crónicas de los viajeros en el tiempo no significa que no estemos viviendo en el pasado, en el presente y en el futuro. Quién dijo que un lapso es una línea recta. Quién está seguro de que ahora mismo son las 2:20 p.m.

Yo no le entiendo nada, claro, porque siempre que me pongo a pensar en esos temas —en el hecho de estar vivo y en que desde ciertas ventanas la Tierra sea nomás un puntito en el Universo — me entra un mareo muy raro.

Me quedé sentado en mi cama, con las piernas colgando como en un columpio, el día en que oí a ese señor diciendo que todos los fenómenos del cosmos suceden también dentro de uno.

Pero digo sí con la cabeza cuando mi hermano me dice, con todo el orgullo que le cabe en el cuerpo, «es que mi papá sabe todo lo que se puede saber». Y apenas apaga su cigarrillo en un pequeño cenicero de plástico y termina la clase con la frase «nos vemos el próximo año», y sus estudiantes se quedan en silencio como si se hubiera acabado de golpe una película muy buena, como extras, yo me voy acercando y acercando a su escritorio, y cuando estoy a unos pasos nomás me lanzo a abrazarlo. Huele a lo mismo de siempre: a él. A tiza. A cenizas. A limpio. Sus manos gigantes y fuertes y suaves me consienten la cabeza. Y alcanzan también para mi hermano. No deja de hablar con sus alumnos, que se despiden de cualquier modo, pero está claro como siempre que como siempre está con nosotros.

—Dejaron las llaves adentro, ja —adivina sonriente.

—Sí —digo yo, sonrojándome y encogiéndome de hombros, acostumbrado a asumir todas las culpas.

—Y yo tengo que llegar a las tres de la tarde a un examen en la Nacional, pero dejé mis libros en el apartamento —explica Ernesto.

—Mejor llevarlos —acepta mi papá mirando la hora en el reloj.

Tratamos de convencerlo de que venga de una vez con nosotros, pero «ahora a las cuatro» tiene un consejo extraordinario sobre la posibilidad de que la Escuela se mude a la calle 200, «por los lados del tercer puente». Entonces aquí están las llaves del apartamento. Favor cuidarlas porque peor que dejarlas adentro es perderlas. Favor tomar un bus con esta plata que acaba de sacarse del bolsillo, tres billetes de 10 «por si las moscas», aquí abajo en la carrera 7.^a. Apenas salga de su reunión, que seguro que no será larga, agarrará un taxi a la casa para acompañarnos. A mi mamá le ha estado tocando todo el trabajo del mundo en el Ministerio del Trabajo, pobre, la gente no para de hablarle para bien y para mal del hermano que le mataron por hacer lo que ella está haciendo: «defender a los trabajadores, niñitos».

Pero él llega temprano siempre y él siempre está. Le duele mucho la espalda porque lleva el mundo auestas, y tiene que dormir con una tabla debajo del colchón, pero nos lleva las cuentas de los partidos de fútbol que jugamos por los corredores del apartamento. Y siempre está pendiente de lo que puede pasarnos: él me agarró la mano muy pero muy duro y salimos a correr

juntos, ay, y se reía, la tarde en la que ese tipo nos amenazó con pegarnos por habérsenosle colado sin querer en no sé qué fila en ese centro comercial; él me llevó a la sala de urgencias porque, por andar escapándomele a mi hermano ya no me acuerdo por qué, me partí la cabeza en dos contra una esquina; él nos destendió las camas porque estábamos gritando y peleando como un par de locos, y sin perder la compostura —y es la única vez que se ha puesto bravo en su vida— nos lanzó la sentencia «¿no tienen nada que hacer?: pues tiendan las camas», y las tendimos entre escalofríos y risitas.

Nos despedimos: «adiós, Chato, adiós». Quedamos en vernos en apenas un rato. Salimos por el largo corredor de piedra, junto a las columnas altísimas y las ramas colgantes y los umbrales, a la Plaza de Usaquén. Bajamos a la carrera 7.^a y la cruzamos, a pleno sol y con el corazón en la mano, y vamos corriendo hasta una buseta que nos encontramos dando trancazos por la cuadra de las casas destartadas. No subo, no, sino que trepo los escalones oxidados, uno, dos. Me siento en la silla del lado de mi primo Ernesto, y me pongo a sacar el relleno de espuma por las grietas del cuero rojo, y a mirar a las señoras abrazadas a sus carteras en los asientos de atrás, y a leer —porque yo sé leer— los letreros que van apareciéndose por el camino: «Vat 69», «Kelinda», «Teatro Patria».

Oigo las noticias: «Nini Johana Soto es la favorita para ser la nueva Señorita Colombia», «Mosquera responde a los cuestionamientos de Barco sobre el pobre manejo del Partido Liberal», «Juez de aduanas renuncia por amenazas de muerte». Y las señoras de adelante, que se voltean a hacerme caritas y parecen las señoritas Gutiérrez de la televisión, se ríen porque yo vivo con el ceño fruncido.

Nos bajamos antes de tiempo en el barrio de enfrente, El Pedregal, que parece un pueblo de película de vaqueros, pues a la buseta le da por bajar por la 100. Cruzamos: «¡cuidado!». Subimos: «muchas gracias». Entramos, por fin, al apartamento: «¡voy por mis cosas y me voy!». Y desde el principio noto que las llaves no están colgadas en la chapa de la puerta, como suele suceder, sino quién sabe dónde porque yo no fui, porque estoy absolutamente seguro de que fue mi hermano el que dijo «yo saco las llaves» y no las sacó. Y entonces lo espío, y, sin que se dé cuenta, noto que después de buscar como loco acaba de encontrarse el llavero en el bolsillo del pantalón de la sudadera gris que tiene puesta. Pero no le digo nada porque quién quiere quedar mal con el hermano menor, y mejor lo dejo ponerlas en su sitio sin que yo me dé cuenta de nada.

El día empieza a acabarse desde ese preciso momento: vemos el resumen del Reinado comiéndonos todo el queso y todo el bocadillo que hay en el mueble de la entrada; recibimos a mi papá, de 40 años, como a un verdadero ídolo del pueblo; recibimos a mi mamá, de 32, como a una heroína de mejores tiempos; mi mamá nos cuenta que su mamá le decía «Pacenciana se llama la mujer del tío trabajos» siempre que la veía angustiada; nos sentamos a comer; nos sentamos a ver la telenovela *La tregua*; mi papá nos entrega una sorpresa que acaba de conseguirmos: tres películas de Betamax, *La última aventura*, *La novicia rebelde* y *Las aventuras de Súper Ratón*, una para cada uno; luego de cierto pulso logro yo, con los ojos aguados y el labio tembloroso, que pongamos primero la mía: «¡Súper Ratón!, el ratón más valeroso del mundo, en *Hansel y Gretel*, un cuento alemán que más que alemán es cuento...», comienza; nos decimos, los unos a los otros, buenas noches.

Ya es tarde en la noche para que mi papá me lea —yo sé leer, pero no tanto— el libro que me ha estado leyendo en las semanas pasadas: *Las aventuras de Huckleberry Finn*. Y sin embargo me lo lee en voz alta: «sí, tiene padre, pero últimamente no lo encuentra nadie...», lee. Yo en un momento dado lo interrumpo porque aparece por alguna parte la palabra «pordiosero», y le

pregunto qué significa. Y apenas me responde que todos los que se encargan de algún oficio de todos los días terminan en «ero», como «cartero», «zapatero» y «panadero», y que entonces el «pordiosero» es el que vive a diario de pedir en la calle por el amor de Dios, me volteo a mirar a mi hermano mayor para darle como siempre la razón. Mi hermano tiene los ojos cerrados, y se ha sumergido hasta la nariz entre las cobijas, pero los abre cuando siente que yo lo estoy mirando.

Y me levanta las cejas y asiente como diciéndome «se lo dije: mi papá sabe todo lo que se puede saber».

Yo me voy quedando dormido entre la voz de mi papá, «lo he visto en los libros —le oigo— luego es lo que tenemos que hacer nosotros», y no puedo hacerle más preguntas de hijo porque ya no logro armar frases completas. Querría que me contara cómo era él cuando tenía cinco años, como yo, en esa Bogotá de sombreros y abrigos y guantes; que me repitiera la historia de su padrastro de cuento de hadas que vivía haciendo cuentas en una libreta y cobrándole a él no ser su hijo; que me dijera cómo ha hecho para estar siempre de buen genio salvo ese día en que nos gritó lo de «¡tiendan las camas!». Y no, no puedo más, no puedo ya. Sino que se me están cerrando los ojos una y otra y otra vez hasta que se me cierran, y lo último que pienso es «toda esta luz», «toda esta oscuridad», clic, cuando él me da un beso en la frente y unas palmaditas en las mejillas, y apaga la lámpara del día: «hasta...».

Miércoles 11 de junio de 1979

Y este es el gigantesco Palacio de Justicia. Aquí todo el mundo está viejo. Pasa uno las monumentales puertas de hierro, como quien viene a reclamar firmeza e imparcialidad, preparado para oírles a estos señores tan serios sus «buenos días, niño», sus «buenos días, Marcelita». Y todos los pasos se escuchan, toc, tac, toc, tac —y el eco, eco—, hasta que cada quien se siente perseguido por sí mismo. Y brillan los corredores de madera encerada, las ventanas clavadas entre los pisos y las puertas de vidrio temblorosas y cubiertas de papel periódico «mientras llegan las cortinas» porque una parte del sol se ve adentro del edificio. Uf, y las escaleras son largas y empinadas, y estamos yendo al piso tres. Yo, que hoy nadie pudo cuidarme, traje mis soldaditos de plomo para organizar una batalla en el rincón en donde me dejen jugar. Pero, como acabamos de llegar, me siento en una silla frente a mi mamá —soy invisible, soy mudo— a pintar lo que se me venga a la cabeza: una jugada de Willington Ortiz, el de Millos, o un magistrado de la Corte.

Sé que ella está leyendo unas sentencias, en este escritorio de madera que alguna vez fue del doctor Mora, pero no me pregunten qué es eso ni por qué ni para qué. Sé que a ella, a mi mamá, a «la costurera del Consejo de Estado», la quieren mucho por acá: «¿qué estás leyendo, Marce, como una niña juiciosa?»; «ay, doña Marceliana: le he dicho en todos los tonos que una botella de Coca-Cola tiene cinco cucharadas de azúcar»; «vamos a almorzar juntos hoy, la Marcelita, hágame el favor de no olvidarlo», le dicen. Y yo apenas subo la mirada, y en el mejor de los casos sonrío cuando me despelucan, y me atrevo a decir «hola...», pero recuerdo una por una las frases que le dicen porque no hubo nunca un hijo más orgulloso de una madre: «su mamá es una berraca», me recuerda, con el dedo índice, una secretaria que se asoma a la oficina de repente.

Suena en este momento, 10:58 a.m., el teléfono que tiene sobre el escritorio. Yo quiero contestar, «¡yo, yo!», pero ella levanta la bocina primero.

Y, cuando una voz escuálida pero imperiosa pregunta «¿con quién hablo?», ella responde:

—Es Marcela Romero de Silva —con una voz oficial, serísima, que no deja lugar a equívocos.

Yo le pregunto, apenas cuelga, por qué ella no se llama «Marcela Romero Buj» si así se llama. Y, antes de irse «un momento aquí abajo a una reunión, mi amor», me cuenta que «por el Decreto 1260 de 1970» la esposa puede llevar si quiere el apellido del esposo, pero que a ella le gusta llevar el Silva porque siente que es esa persona, porque un buen día tomó la decisión de empezar su propia vida —«cosas de grandes»— y entonces ese es su nombre completo. «Claro, claro», le digo, porque cosas así he oído en la televisión en las últimas noches (y me he estado viendo una telenovela sobre el Bogotazo, *La abuela*, porque a mí nadie me puede convencer de que no lo haga: «yo entiendo todo, mami, déjame», le digo), pero la verdad es que lo único que capto de todo esto es que a mi mamá mi papá le cae bien: «matrimonio y mortaja del cielo bajan, niño», repite, consintiéndome la cara, en vez de despedirse.

—Que nadie se lleve mis hojas ni mis lápices ni mis clips ni nada de lo que compramos el fin de semana, niño —me pide apenas abre la puerta de vidrio de salida.

Ella se va. Recomienda a sus vecinos que me «echen un ojito», y se va. Busca las escaleras, tac, toc, tac, toc, y desde que se va hasta que se devuelve el uno le pregunta por qué vive poniéndose esas botas tan largas, el otro le advierte que le va a sacar un lápiz de su escritorio, Fulano la critica por andar siempre tan seria y tan lejos, Zutano se atreve a decirle que ya supo que hace unos años le propusieron ser Señorita Bolívar, Mengano se le queja de que los baños queden entre las escaleras «porque uno a esta edad tiene la próstata alborotada», el doctor Low Murtra le pide el favor de revisarle «un recurso de súplica» en la tarde, el doctor Betancur confiesa amablemente que no sabe si ella se parece más a Romero Aguirre que a Romero Buj, el doctor Abello le dice «yo quise mucho a tu papá», y la doctora Anzola agrega «yo lo odiaba, porque era muy grosero conmigo, pero adoré siempre a su hermano».

—¡Pero si se llevaron todos los lápices! —me dice apenas regresa a la oficina—: valiente guardia me traje...

—Yo les dije que tú tenías uno —le respondo, con los ojos aguados, consciente de que no he cumplido mi misión, pero quién les dice a estos señores que no.

—¿Y quién se llevó mi grapadora? —me pregunta.

Ay, yo no sé. Todo el mundo viene a esta oficina a pedir cosas: una hoja, un tajalápiz, un abre huecos. Es demasiada presión para mí. Yo puedo decirles «mi mamá me dijo...», pero hasta ahí alcanzo a llegar. El señor que vino era un viejo calvo amable y de corbata y carrasposo que se quejaba del dolor de espalda, ay, yo no sé, y tengo hambre y tengo sed. Que dízque quiere hablar contigo para que le corrijas un fallo o algo así. Que a él no le importaba que tú hubieras armado ese grupo revolucionario con los demás abogados asistentes para discutir las sentencias. Que él no te veía nada de comunista. Que tú es que no te dejas de nada ni de nadie. Que por qué yo más bien no me ponía a hacer un dibujo de esa justicia que lleva, vendada, una balanza.

—La revolución llegará a la rama judicial el día en que se autorice la compra de una fotocopiadora —aparece, de pronto, el doctor Mora.

Es que aquí no hay plata para nada: aquí no hay hojas, ni clips, ni grapadoras, ni abre huecos, ni tijeras, ni borradores de máquina de escribir, ni lápices, ni tajalápices, ni cintas pegantes, ni carpetas, ni cortinas. Ay, y tampoco piensan en los consejeros viejitos ni en los magistrados venerables. Y el Palacio de Justicia entonces es un desfile de maestros miopes, que hablan solos y solos discuten un libro gordo que leyeron anoche, desde acá hasta alguno de los baños de las escaleras. Y en la noche, cuando ya se han ido todos estos abogados a su casa como actores que regresan a su tras escena, se quejan de «la ciática» porque quién sabe a qué genio le dio por poner la cerradura en la esquina de abajo de la puerta, ay.

—¡Hora de almorzar, doctora Marce, hora de almorzar! —canturrea, de la nada, Tita Garcés, que fue a la universidad con mi mamá y es relatora no me pregunte usted de qué.

Y yo hago lo que ellos tres me digan porque son ellos los que saben. Bajo por las escaleras de la mano de mi mamá. Voy, paso por paso, pendiente de no ir a caerme, con mis zapatos de gamuza que se me desamarran todo el tiempo. Cruzo los brazos con mi saco rayado de cuello de tortuga. Frunzo el ceño, como siempre, a la hora de saludar a uno y al otro y al de más allá. Y si me estiran la mano, doy la mano. Y si me dicen buenos días, respondo lo mismo. Y si me dicen que mi mamá es la mejor abogada de 31 años que han visto ellos en la vida, yo les digo «sí». Qué grande es la Plaza de Bolívar. Qué bonito es el balcón de la casa donde empezó la independencia. De dónde salen todos estos pantalones y todos estos zapatos y estas carteras que por poco pasan por encima de nosotros.

Yo digo pocas cosas en el almuerzo. Me hago al lado de «la amiga» Mirentxu, que trabaja en

no sé cuál tribunal por ahí cerquita, porque yo siempre me hago al lado de ella. Pido mi Coca-Cola aunque tenga adentro cinco cucharadas de azúcar: ¡cinco! Me tomo mi sopa de tomate sin sorber. Me aburro de la comida en la mitad del plato. Me decepciono del postre: brevas con arequipe. Y respondo, con ganas de que me trague la tierra, las preguntas que me hacen. Pero el resto del tiempo me dedico a mirar allá y acá, y a doblar mi servilleta en mil pedacitos, mientras ellos se quejan del consejero que se come los arequipes de los demás, discuten con los dientes apretados el «Llamado a invertir» del editorial de hoy de *El Tiempo*, comentan que Nydia Tobón, la viuda de mi tío, sacó un libro sobre su relación con el Chacal que se llama *Carlos, ¿guerrillero o terrorista?*, y se dicen en voz baja que este gobierno parece más bien una dictadura: «el doctor Turbay...».

Volvemos juntos, soñolientos, al despacho. Yo me pongo a hacerle preguntas a mi mamá, sí, porque no quiero quedarme dormido en ese sofá de cuero que suena como un pedo.

¿Por qué no puedo ir con ellos al Teatro Arlequín a ver *Contacto en Francia*? Porque es para mayores de 18. ¿Por qué es para 18? No sé: porque aunque tú entiendas todo, como dices siempre, seguro que tendrá algunas escenas que sólo captarán bien los mayores de edad. ¿Por qué los mayores de edad tienen 18? Antes era a los 21, ¡los 21!, pero vino entonces la Ley 27 de 1977, «por la cual se fija la mayoría de edad a los 18 años». ¿Por qué era a los 21? Porque se pensaba que era a esa edad cuando una persona tenía plena capacidad de obrar y podía llamarse «ciudadano» y votar y trabajar y ganar un salario. ¿Y cuánto estás ganando tú? 24.000 pesos, ¡24.000!, «pero hoy te voy a dar una parte a ti por haber venido conmigo al trabajo». ¿Quién era? El doctor Pérez: que necesita que vaya a su oficina por una sentencia para revisarla. ¿Por qué trabajas tanto, por qué eres tan juiciosa? Porque si yo me porto mal no pago yo, sino los cuatro. ¿Puedo jugar a lanzarme de este sofá a este otro mientras vuelves? No.

—Porque qué tal que te caigas como el otro día —me dice.

Ay, bueno. Entonces me pongo a jugar con mis soldados de plomo en el corredor de madera del Palacio. Por qué no. Y qué más me pongo a hacer si nunca me dejan hacer nada de lo que quiero.

Paro a los ingleses de este lado y junto al precipicio. Paro a los franceses por allá en una formación triangular. A cada ejército lo protejo con barricadas y cañones. Y con una canica gorda —«una pota mara», me corregiría, si me oyera, mi hermano mayor— comienzo a tumbarlos a todos por turnos, ahora Inglaterra y ahora Francia, como si estuviera jugando con un amigo imaginario que soy yo. Me fijo, sí, en estos techos de pirámide cuadriculados que es como si se le vinieran a uno encima y en los ventanales contra los que está empezando a caer un aguacero y en las sombras y los reflejos que pasan por el piso encerado. Siento los pasos arriba y abajo junto a las barandas de los corredores. Sonrío, tímidamente, cuando me saludan los magistrados y los consejeros. Noto que la luz amarilla se ha vuelto la luz gris, pero aquí adentro nada deja de brillar. Oigo el eco de todas las conversaciones, «¡no y no!», «¡ajaja», «Bernardo: hágame el favor de decirle al doctor que ya estoy por acá», entre los gritos de mi batalla campal.

Soy muy muy muy pequeño. Estoy en el tercer piso y el techo y el piso están muy lejos y todo en el mundo es más grande que yo. Y yo me encojo de hombros y juego.

Y entonces, cuando empiezo a pensar que se me va a acabar esta cruzada dentro de muy poco, me encuentro cara a cara con el doctor Low.

Cara a cara, digo, porque se arrodilla a decirme cómo debería organizar el enfrentamiento y porque me pregunta si el general de los ingleses es el Duque de Wellington y si el de los franceses es Napoleón Bonaparte. Yo le digo que no sé, que si él quiere, sí. Y me dice entonces

que él se pide los franceses porque son los que van a perder, ja. Y yo le digo que bueno, que empecemos de ceros, y hacemos un par de jugadas, pero entonces le confieso que tengo ganas de hacer pipí y que no sé cómo llegar a los baños, y me contesta que él justamente iba hacia allá. Me espera en la puerta. Y yo me encuentro con esos tres lavamanos altísimos y ese espejo de lado a lado en este baño de lata donde no hay nadie más. Sólo yo, yo solo. Que hago lo que tengo que hacer lo mejor que puedo, ay. Me mojo las manos apenas porque no alcanzo sino a eso. Me las seco en los pantalones. Y le agradezco al doctor Low que me deje de vuelta donde mi mamá.

—¿Dónde estabas? —me pregunta—: ¿quién ganó la batalla?

—Willington Duque —le digo—, pero no estaba jugando con los azules, sino con los rojos.

—Gracias, mi doctor Low —aclara ella, inclinándole un poco la cabeza en señal de respeto.

—Con mucho gusto, Marcelita —dice él antes de seguir por su camino—, gracias a usted más bien.

Y ella se acomoda de nuevo en su escritorio. Y piensa y piensa en la cantaleta de la mañana, y le molestan los «pareces la hija de Romero Aguirre» y los «pareces la hermana de Romero Buj», y para empezar a trabajar de una vez concluye que ya fue mucho no haberse dejado anular por sus fantasmas cuando estaban vivos, uf. Recobra la calma comiéndose un par de chicles Adams y zapateando con la suela de su bota hasta que le da vergüenza conmigo haberse puesto tan nerviosa. Cómo puede un adulto cuidar a un niño cuando todos, de los más ingenuos a los más perversos, somos niños disfrazados de adultos. Cómo fingir la madurez. Cómo encarnarla hasta alcanzarla, Dios.

Me pregunta si nos vamos ya. Le digo que sí, mami, por favor. Pasamos por la oficina del doctor Mora a despedirnos, y nos lo encontramos agachado, al pobre, cerrando con seguro la cerradura de abajo de su puerta: «adiós, mijita, adiós».

Y adiós, Palacio de Justicia, hasta la próxima jornada. Bajamos a su sótano lleno de carritos pequeños, Renault 12, Renault 4, Dodge Dart, Dodge Alpine, Topolino, y nos subimos a nuestro Renault 6 blanco que a todos nos ha gustado tanto. Salimos por la carrera 8.^a listos a buscar la 7.^a, por las callecitas encharcadas y grises, para volver a nuestro apartamento. Ella me da las gracias por haberla acompañado tanto y me da un beso en una mano. Y luego me dice que está pensando en botar aquella caja azulita de icopor donde tiene esos recuerdos que mejor no nos deja ver —«yo entiendo todo», le repito, «yo quiero ver»—, ay, ese periódico con la foto ensangrentada y las placas oxidadas que ha estado guardando porque sí y la crónica en la que Lleras Restrepo se refiere a Romero Aguirre como «buen orador», «muy inteligente», «escritor fluido», «corajudo», pero «desordenado en su vida privada» e «innecesariamente pendenciero». Son las 5:33 p.m.

En la casa nos están esperando mi papá y mi hermano, que están haciendo un experimento con una pirámide de cartón paja y un pedazo de mantequilla, y también mi tía Carmen, pobre, que ella misma sabe que tiene una enfermedad mental pero no sabe cómo curársela, y va a estar un par de días con nosotros mientras encuentra un lugar mejor para ella.

Yo sé que ya va a ser la hora de dormirme. Pero preferiría ser el último en cerrar los ojos, preferiría acompañarlos a todos, uno por uno por uno, mientras se van durmiendo, y dejarlos solos cuando por fin se hayan dormido, porque no me gusta perderme nada, ni me parece que ellos vayan a poder sin mí. Quién va a jugar con mi hermano. Quién va a sentársele en las piernas a mi papá mientras hace el crucigrama. Quién va a acompañar a mi mamá mientras baja la caja de icopor e, incapaz de deshacerse de sus recuerdos, la vuelva a subir a la parte de arriba del armario. Ay, Dios, Dios de la crucecita que tengo en mi mesa de noche, yo no puedo amarlo

a usted sobre todas las cosas —como me piden a primera hora en el jardín infantil— porque a estos tres sí los conozco en persona y los quiero mucho más.

Pero cuídeme a mi familia mientras yo esté dormido, Dios mío, ya que hizo que nadie en este mundo tan grande y tan pequeño pueda pasarse la vida despierto.

Miércoles 18 de mayo de 1977

Está haciendo sol porque llovió toda la noche. Bogotá parece un señor que sonríe después de haberse puesto a llorar como un niño aturdido por los hechos. Afuera, más allá de estas ventanas enrejadas, están las hojas amarillas y las ramas y los troncos de los árboles de la universidad. Suenan las voces de los estudiantes que se quejan, como debe ser, de todos los políticos habidos y por haber. Suenan los colibríes y las golondrinas que hacen lo que se les manda. De tanto en tanto un jeep. Pero en el consultorio del psiquiatra Pedro José Gutiérrez, que está rascándose la coronilla y acaba de asomarse por encima de sus gafas, hay tanto silencio —unos puntos suspensivos en plena mañana— que da la impresión de que los ejes y los engranajes del mundo se hubieran quedado quietos, mudos. Sólo la primera plana de *El Tiempo*, sobre el escritorio del doctor, pone algún pero: Turbay anda en campaña a la presidencia, pero el expresidente Lleras Restrepo, de su propio Partido Liberal, parece empeñado en atajarlo; la Avenida Caracas será, en breve, solamente para vehículos de servicio público; Felipe López, secretario privado e hijo del presidente de la república, se declara víctima de la política; un ovni secuestró ayer, durante quince minutos de fama, a un soldado del ejército dictatorial de Pinochet; los supermercados Carulla van a estar abiertos hoy hasta las ocho de la noche; la buena noticia es que las elecciones generales de Israel se llevaron a cabo sin contratiempos, pero la mala es que una coalición de derecha sacó del gobierno a puntapiés al Partido Laborista, que mal que bien sentía reparos a la hora de pasar por encima de la causa palestina.

—¿En qué puedo servirle, Marcela? —le carraspea el psiquiatra con la mirada puesta en las 8:05 a.m.—: y déjeme decirle, primero, que sentí mucho la muerte de su padre.

—Muchas gracias, doctor, sé que es así.

—Es que don Alfonso Romero Aguirre fue, sobre todas las cosas, un hombre coherente —le explica retiñendo cada palabra—, y al final fue por eso, y no me cabe duda, que se fue hundiendo con su propio barco, mi señora.

—Pues mire que yo vine a verlo a usted, doctor Gutiérrez, justo para preguntarle por esa enfermedad.

—Mi señora: es que el doctor Romero Aguirre, su padre, no hizo nada de lo que hizo por malo, sino por enfermo —le aclara de inmediato con las manos en alto—. A ratos pensaba bien, a ratos pensaba mal. Pero todas esas cosas raras que se puso a hacer al final de su vida, esos arrebatos y esos delirios y esas manías que ustedes mismos padecieron como víctimas, sin lugar a dudas fueron causados por el estrechamiento de las arterias cerebrales: si la enfermedad hubiera sido tratada a tiempo, si se hubiera hablado de demencia senil y de arteriosclerosis en vez de haber celebrado al personaje pintoresco y genial capaz de festejar con voladores la muerte de un contendor político, seguro que no habría habido tanto dolor en la familia.

—Mis hermanas...

—Es que sus hermanas, que han sufrido tanto en estos años pasados, y que le aprendieron a su señor padre, si me perdona el término, la locura (porque la locura no se transmite de generación

en generación, mi señora, sino de maestro a discípulo), tienen por lo menos diez años más que usted, y entonces pasaron mucho más tiempo con él cuando, además de todo, aún vivía en la casa de la familia Romero Buj, y verlo y tratarlo con sus manías y sus pequeños gestos era cuestión de todos los días: quizás usted sea una persona más fuerte, y quizás le haya correspondido, en el reparto de personalidades, una forma de ser menos frágil, más corajuda, más resistente, más capaz de reponerse de las cosas de la vida, de los detonantes de las enfermedades mentales, pero a ellas les tocó soportar el peso entero, y la neurosis se les volvió paranoia y esquizofrenia.

—Y mis hijos...

—Es que sus hijos no tienen por qué haber heredado ni lo uno ni lo otro, porque, supongo, no han estado expuestos a ninguna clase de enfermedad mental —le advierte como un hecho—, pero además no pueden ser niños muy grandes, ¿no? Usted es una persona muy joven: ¿cuántos son?

—Son dos: Eduardo, el mayor, que está por cumplir 6 años y es suave y amoroso y ha estado contento en el colegio, y Ricardo, el menor, que en agosto cumple dos y es un bebé que anda por ahí riéndose de todo.

—Y cuénteme, mi estimada Marcela, ¿usted les ha visto algún comportamiento asustadizo o temerario o alocado que no sea propio de un par de niños de esas edades?

—No, yo los he estado viendo muy bien —responde, pensativa, vestida de luto, sentada en una de las dos sillas de visitantes frente al escritorio del doctor Gutiérrez—: yo los veo enamorados del papá, que los cuida como otra mamá, y seguros de que tienen a la mamá para todo lo que la necesiten a la hora que la necesiten, pero yo no soy psiquiatra, doctor, sino abogada, y no soy una persona de esas que se quedan quietas cuando les pasan cosas, sino una mujer de 29 años con un sistema nervioso muy nervioso que necesita darles vueltas a las cosas que pasan hasta entenderlas un poco mejor, y desde el día del entierro de papá he estado pensando en qué tendré que hacer para que mis hijos no hereden ese temperamento: yo no sé si irnos de Colombia, si volver a trabajar o quedarme en la casa a esperarlos, pero lo último que quiero es que se vuelvan un par de fanáticos kamikazes.

—¿Cómo era su relación con su papá?

—Yo creo que buena: cuando íbamos juntos a los juzgados le decía a todo el mundo, con ese vozarrón que tiene (ay, perdón, que tenía en sus mejores años), «ahí donde ustedes la ven ella es terrible», porque yo le respondía sus gritos con un par de gritos más duros, ¡n, o, no!, y no le perdonaba que siguiera mandando en las cosas de la casa si se había ido hacía tantos años y nos había dejado solos con su fama y a nuestra suerte, y además cuando me tocaba decírselo se lo decía en la cara —responde Marcela entre el coraje y la inocencia—, pero yo me acuerdo de que me dejaba comerme la comida de su plato y me saludaba «aquí está la hija más ilustre de la nación y de la patria» y me sentaba a esperarlo en un sofá de la sala porque él decía que iba a darme «el Sol, la Luna y las estrellas», e incluso trabajé un buen tiempo con él en su oficina: «Marce, ven acá...», me llamaba.

—¿Y usted qué sintió, Marcela, durante los funerales?

—Pues mire que yo guardé la notita fúnebre que salió en *El Tiempo* en una caja de icopor azul donde he estado metiendo cosas así, porque «no hay muerto malo ni novia fea», y me pareció curioso por todo lo que él alcanzó a despotricar de ese periódico, pero cuando salimos del funeral, y capté que de él no iba a quedarnos sino una copia autografiada de su libro sobre el Partido Liberal, y me di cuenta de que su esposa iba a enterrarlo en Cartagena (y que la señora podía hacer lo que le viniera en gana, claro, porque era su esposa legal y repetía que a su hijita de

6 años le había tocado verlo enloquecido gritándoles «¡mátenme», ¡mátenme!» con un cuchillo de cocina en la mano), les confesé a Eduardo, mi esposo, y a Mirentxu, mi mejor amiga, que no sabía qué tanto quería yo a mi papá, que no sabía si lo quería como uno debería querer a su papá.

—¿Y cuándo fue la última vez que usted lo vio?

—En enero, en la clínica adonde lo llevaron, apenas me avisaron que estaba muriéndose de cáncer de próstata —va recordando ella en voz alta y lenta y firme—: bueno, mi amiga me convenció de que fuéramos, la verdad, porque yo no sabía qué tanto quería encontrarme con su familia nueva, pero, apenas lo vi acostado en la cama de esa clínica en los extramuros, consumido y esquelético, me dio por decirle que se levantara, que tenía prohibido seguir enfermo porque íbamos a trabajar juntos otra vez, y creo que lo último que le dije en la vida fue «pero claro que sí» porque me preguntó «Marce: ¿tú de verdad volverías a la oficina a trabajar conmigo?» cuando me estaba despidiendo de él con un beso en las manos huesudas y manchadas.

—¿Y antes de eso cuándo más se vieron?

—Antes de eso lo vi en noviembre en la morgue, con su sombrero y su bastón y su flacura, el día en que fuimos a reconocer el cadáver de mi hermano Alfonso —responde, acostumbrada a ser valiente, como si no estuviera contando nada extraño—: y hablamos un par de cosas sobre el dolor de perder a un hijo «asesinado a sangre fría y quién sabe por quién», y no nos dejó ni a mí ni a mi esposo entrar a ver el cuerpo, y a algún transeúnte que se lo preguntó le contó que no había vuelto a las reuniones de la masonería (que él era masón grado 33, el más alto, como los liberales), y luego lo oímos saludar a los funcionarios con su voz grave de político que «podría haber sido presidente si este país no fuera de un par de familias...», y desde ese día no supe más.

—Yo vi esa foto en algún periódico, sí, en *El Espectador*: su esposo, usted y su padre hablando a la entrada de la morgue.

—Era toda una noticia porque, a pesar de todo, a pesar de que sus enemigos estuvieran más que claros, no se sabía bien quién había dado la orden de matarlo. Sebastián, mi hermano, vino a darme la noticia. Mi esposo me dijo «vamos, vamos». Dejamos a los niños con nuestros amigos: con Mirentxu e Iván. Y fuimos hasta allá tan rápido como pudimos, porque unos vecinos del edificio en el que vivimos nos hicieron el favor de llevarnos en su carro (nosotros no tenemos carro, pero yo le digo a Eduardo papá, a mi marido, que tenemos que comprar un Renault de esos cuando a él le suban un poquito el sueldo), y papá apareció cuando yo iba a meterme a la morgue a reconocer a Alfo: «menos mal tu mamá no vivió para ver a su hijo masacrado por un par de malnacidos...». Yo le quise decir «pero sí vivió para que tú la dejaras...», «pero sí te casaste con tu amiga dos semanas después...», «¡mujeriego...!», «¡abandonahogares...!», pero alcancé a callarme.

—¿Cuándo se murió su señora madre, mi señora?

—El 7 de septiembre del año pasado —dice ella acomodándose su saco de luto de hilo y revisándose la cola de caballo—. Estaba flaquita, flaquita, mi pobre mamá, porque tenía un cáncer que se la estaba devorando por dentro desde hacía varios meses, pero me acompañaba a cuidar a mis hijos y yo la acompañaba a ella a hacer sus vueltas, porque en los últimos años, cuando ya no estaban por ahí nuestras niñeras diabólicas, y yo ya era una persona hecha y derecha, y ella podía hablarme de tú a tú de los días en los que iba con mi papá a las cenas en el Palacio de San Carlos (ay, es que ella tenía clarísimo que no le gustaban los niños, sino los grandes, y vivía tejiendo en silencio y tocando piano en la sala), entonces nos volvimos muy buenas amigas.

—Yo sé que es una tontería de pregunta, pero ¿le dio muy duro su muerte?

—Pues unas pocas semanas antes de morirse me acompañó a cuidar a mi hijo Ricardo, que va a cumplir dos años y que tiene la nariz más respingada que ella hubiera visto y entonces se la tiraba para abajo y se la tiraba para abajo «a ver si se le vuelve aguileña, niña» —le responde como si no le estuviera respondiendo—, y lo que quería contar es que por la noche se fue feliz a su apartamento porque quedamos en que en las vacaciones de este año nos íbamos a ir todos de viaje, ella, Eduardo papá, Eduardo hijo, Ricardo y yo, a conocer el pueblito en el que nació: el tal Fuentes de Nava. Ay, y eso, que no pudiéramos ir juntos, me dolió mucho.

—Pero querrá usted que yo le crea que fue eso lo que le dolió, ni más faltaba.

—Lloré y lloré y lloré hasta que me enfermé, porque ahora para dónde iba yo a agarrar y qué clase de vida iba a tener (y yo le dije a mi hermano Alfo «tenemos que recobrar la herencia de mamá», que se la había puesto a nombre de su mujer para evitar que mi papá acabara de gastársela en política, y él me respondió «pero Marce: plata de cura es maldita»), pero eso no fue lo peor, sino que unas semanas después mataron a mi hermano, a Alfo, a Alfonso, y entonces terminamos atrapados entre las amenazas de los unos y las amenazas de los otros, y tratando de cuidar a unos hijos y haciendo lo mejor posible para formar una familia; cinco meses más tarde murió mi suegra de golpe, el día del cumpleaños de mi marido, que es el 23 de abril, justo cuando empezábamos a recuperar un poquito el aire y a acostumbrarnos a las nuevas rutinas; y ahora, luego de unos días nomás, y se sintió como si hubiera sido al día siguiente, me entero yo de que ha muerto papá, pero, en fin, doctor, que esto le pasa a cualquiera.

—¿Y usted qué ha estado sintiendo, mi señora?

—Pues que se murieron todos. Que ahora para dónde vamos a coger y a quién vamos a acudir y qué autoridades vamos a tener. Que estamos solos en esto Eduardo y yo. Que vamos a tener que inventarnos una familia nueva porque ahora quién va a reunirnos. Yo se lo dije a él, a mi esposo, apenas los problemas empezaron a llegarnos hasta el cuello: «si usted quiere separarse de mí...». Pero por alguna razón que no entiendo bien (porque no anda por ahí, como yo, diciendo todo lo que va sintiendo, sino que de vez en cuando dice un «yo sólo tengo a una persona para molestar en esta vida: usted» que le recuerda a uno que lo quiere), se levanta todos los días listo a acompañarme a todo lo que tenga que acompañarme, y no sé... a inventarse una vida, será, y entonces yo ya no soy Romero Buj, sino Romero de Silva.

—Es que en la vida hay que acostumbrarse y sobreponerse —dice don Pedro José Gutiérrez mientras se empuja el puente de las gafas contra el tabique—: y tal vez la mejor manera sea inventársela.

—Pues sí —le dice ella, sentándose mejor en la silla y echando una mirada por las ventanas enrejadas, como quien está comenzando a despedirse—: el doctor Mora, Humberto Mora Osejo, un compañero de la universidad de mi hermano que es como mi padrino, me ha estado diciendo «mijita: sálgase de ahí», «mijita: no más», porque el año pasado traté de retomar el trabajo en la oficina de Alfonso (que lo dejé cuando quedé embarazada de Ricardo, pero que se ha vuelto un trabajo peligroso... y el otro día apareció muerto el agente del F-2 que estaba llevando la investigación de la muerte de mi hermano, pero ahora dicen que iba conmigo a todas partes no para protegerme, sino para saber qué tanto sabía yo... Dios mío: y ahora dicen que ese señor estaba ahí al lado cuando mataron a Alfo y qué tal que haya sido uno de los asesinos...), y entonces él, el doctor Mora, vive preocupado por mí, y me dice que me vaya cuanto antes de ahí, «sálgase de ahí, mijita...», porque además cree que podría irme bien como abogada auxiliar en el Consejo de Estado, y yo creo que volver a trabajar puede ser una buena manera de empezar

alguna vida nueva. Quién quita. Quién sabe. Como la familia de mi cuñada, Amparo, la esposa de Alfo, la que mataron, se quedó con todo lo que era de mi mamá (porque mi hermano, para evitarse la sucesión y quitarle su mitad a mi papá, se lo escrituró a ella), tengo clarísimo que no tengo nada. Y ya que no nos vamos a ir de este país, porque adónde nos vamos, podemos tratar de que en nuestra casa todo salga bien.

El sol se para al lado de esta ventana, y apacigua y silencia todos los objetos de ese consultorio, como asomándose entre las rejas a decir «todo va a ser mejor». Sí, han sido un par de años sobre la muerte estos 1977 y 1976, pero algún día ella podrá vivir sin ninguna clase de miedo los demás lugares comunes que se nos prometen a todos, la rutina, la esperanza, el amor, el trabajo, la familia, y los vivirá lejos de esa originalidad que se parece tanto a la nada, a la agonía. Que la vida se vuelva simple, Dios santo, que deje de ser una proeza. Que valga la pena fijarse en los amarillos y los verdes de los árboles. Que el canto de los colibríes y las golondrinas («golondrina, golondrina, golondrinita: haz lo que te mando», leía ella cuando niña) no sea más una ironía, y una broma de mal gusto, sino una vulgar señal de paz.

Viernes 31 de diciembre de 1976

Romero Aguirre traga aire y levanta las cejas, sobreponiéndose al desaliento de la vida, porque quiere decirle a su mujer que ya se ha dado cuenta de que dentro de poco va a morir. Querría vivir un poquito más. Querría vivir, de aquí hasta que se mueran todos los que lo han ninguneado, para seguir gritándoles su famosa inconformidad «a las cinco familias que se disputan este país como un barrio». Pero mírenlo: tiritando, enflaquecido y cegatón, en las escaleritas de la iglesia de Tolú. Su vozarrón es un murmullo. Sus ojeras están palideciendo, y está sudando mucho menos de lo que debería, a 30 grados centígrados. Y, quizás porque ya se están yendo este día y este año, le ha dado por pensar que la vida de verdad va a acabarse. Si estuviera bien, si no le hubiera entrado, de golpe, la certeza de que no va a volver a oír el tintantintán de estas campanas, seguro lanzaría alguna ironía como un latigazo. Si el pobre hombre que estuviera muriéndose fuera un enemigo de aquellos, le diría «así te quería ver, amigo mío». Y saldría de la habitación sin ningún remordimiento. Pero el muerto va a ser él.

—Yo a ti te he dicho que voy a morirme a los 70 —le dice a su esposa Mercedes del Carmen con un acento costeño que sólo muy de vez en cuando, sólo en la Costa que se conoce de memoria, se le escapa—: nomás me quedan 20, 21 días de vida.

Suena ahora, sobre el «no digas eso, Alfonso» de su segunda esposa, un estruendo que va volviéndose un compás. Se encorva un poco más. Se agarra del poste de un farolito de luz al lado de un algarrobo. Clava su bastón en un pequeño brote de pasto entre la tierra. Busca sus gafas de pasta negra en el bolsillo de su blazer blanco para ver quiénes son todos esos y qué es lo que están golpeando: tuc, tuc, tuc, tuc. Ha estado feliz en estas últimas vacaciones por los cerros de Bolívar: «¿y si viajamos por la Costa, niñas, como cuando me iba de campaña?». Ha recordado su juventud sin arrepentimientos. Ha hecho lo que quería hacer: se quedó mirando las montañas lluviosas de San Jacinto una mañana de aquellas; subió, a petición del pueblo, a una de las carrozas en las fiestas en la plaza de Turbaco, y se asomó a las corralejas en Corozal bajo los gritos de sus compadres. Quiso vender su libro de puerta en puerta, «voy a vender *Ayer, hoy y mañana del liberalismo* como pan duro», en los pueblos que tantas veces recorrió en campaña, pero solamente se sintió cómodo vendiéndoselo a los desconocidos. Y aquí en la Costa todo el mundo lo conoce.

—Y yo necesito que me jures por tu Dios que me vas a enterrar en Cartagena —insiste.

Ha estado pasando bien. Se le han estado acercando por el camino, como recogiendo sus pasos, las personas del pasado. Y les ha ido contando todo: que está bien, que su mujer es una modista que alquila libros de cuentos para niños en el garaje de su casa en un barrio bogotano que se llama Quinta Ramos, que ha tratado de consentir mucho a esta última hija pero que le preocupa que se le vaya a quedar sin educación («siéntate bien», «lee», «no hagas mal si nadie te lo está provocando»), metido de cabeza en el papel del congresista «de dudosa vida privada» que se derrotó a sí mismo cuando iba llegar a la cúspide. «Ay, Romero Aguirre —le dicen—, quién va a decirles las verdades si te mueres». «Ay, Romero Aguirre, si hubieras sido presidente este

país habría salido del atolladero».

Pero era demasiado tarde cuando por fin, luego de la Violencia de los dos partidos, se lanzó para nada:

«El peligro de desunión liberal ha desaparecido porque ha surgido un gran caudillo que a la vez que es candidato del pueblo liberal para la Presidencia, lo es también de la clase media y del comercio: ¡a la reconquista con Romero!».

«Yo soy Romero Aguirre, el congresista que comenzó siendo el portero de un juzgado —ha estado diciendo, en este viaje feliz, cuando se toma la confianza de siempre—, que de 1948 a 1935 consiguió que el país honrara la memoria del poeta Candelario Obeso; dejó salvada y restaurada y defendida, en el papel, a la asediada y amurallada ciudad de Cartagena; estableció el descanso remunerado de los trabajadores en los días festivos; declaró el 11 de noviembre “día de fiesta nacional” en nombre de la independencia de su tierra; protegió del abandono y recompensó con el gasto de 7.500.000 pesos a los “apostólicos” y “revolucionarios” veteranos liberales; reclamó de pie en el Congreso, cara a cara contra el Monstruo Gómez, la personería jurídica de las logias masónicas; denunció la traición conservadora, y jamás de los jamases dio su brazo a torcer a ningún godo».

Pero ahora, ante el estruendoso tuc, tuc, tuc, tuc, que ni apretando los ojos puede ver, no logra pasar del «yo soy Romero Aguirre...» que aquí es más que suficiente. «Por favor, gran arquitecto del universo, o Dios, si acaso existes, que no me venga una muerte ridícula...», se dice.

«Romero Aguirre», susurra ese Fulano. «¿Romero Aguirre?», le pregunta su Zutana. «¡Romero Aguirre!», entiende aquel Mengano.

Y él, que de muchas se ha salvado antes de que llegue la definitiva, entierra su bastón en el durísimo suelo de polvo. Se aferra al brazo de su esposa. Agarra de la mano a su hijita María del Socorro: «frente en alto, Socorrito...». Y se lanza al encuentro de lo que sea que esté haciendo esa manada de salvajes. «Quiéreme, quiéreme, quiéreme, por favor» —se escucha en una radiola junto a esa ventana—, «quiéreme, negra linda, que me muero por tu amor», pero a él se le viene a la cabeza la voz grave que canta «faltan cinco pa las doce, el año va a terminar, me voy corriendo a mi casa a abrazar a mi mamá» todos los 31 de diciembre. Y avanza por estas calles de polvo y sombra y piedra escudado, como siempre, por sus mujeres. Y le entran la nostalgia y los ojos apenados que les entran a los que están a punto de morir. «Ay, Romero Aguirre, estás pensando en tu mamá Carmela como todos los días de tu vida, y más, y más, porque serás ateo pero estás pidiendo a Dios que ella te reciba por allá».

Pide a sus mujeres que paren «un momento, un momento». Se acomoda su sombrero panamá para encarar el tuc, tuc, tuc, tuc. Pasan, a su lado, dos señoronas abanicándose y echándose la culpa de cualquier cosa, y cuando lo ven lo miran con odio vaya usted a saber por qué, y una de las dos, la callada, se voltea a escupirlo.

—¿Qué les pasa, Alfonso?, ¿quiénes son? —le pregunta Mercedes del Carmen, su mujer, muerta de miedo—, ¿por qué te odian así?

—No tengo ni la menor idea —responde su humor entrecortado—: si yo no les he hecho ningún favor...

—Mejor no seguimos para Montería —advierte ella, incómoda, cuando nota que él no logra recobrar su aliento— y mejor nos devolvemos mañana mismo para Bogotá.

—Volvamos, pues, no vaya a ser que yo termine siendo el fantasma y el alma en pena de este pueblo.

—Que no digas eso, oye, que la niña duerme mal por estas cosas.

Y la niña, además, adora a su papá. Y lo mira fijamente y con la cabeza inclinada hacia un lado, como tratando de entenderle las palabras rimbombantes y los chistes de viejo. Y le agarra más duro la mano de gigante porque no quiere que se le vuelva un fantasma: quién, si él se le muere, va a sentarse a ver con ella *El gordo y el flaco*, va a protegerla de todos los peligros de la calle, va a defenderla de la vecina («señora: hubo, sin duda, una provocación...») que les echa baldados de agua fría a ella y a sus amigas para que se vayan a jugar a sus casas. Su papá es galante con las mujeres, paternal con los clientes de su oficina de abogados, amable con los desconocidos e implacable con los enemigos que le quedan de cuando era político y se la pasaba recorriendo estos pueblos que lo veneran.

Que «lo veneraban», mejor, así en pasado, porque ahora todos los tolueños están dándoles golpes a sus calderitos con los tenedores de lata.

El otro día, en Bogotá, la llevó a la oficina de la Avenida Jiménez con la calle 9.^a para que cogiera ejemplo. Saludó al uno y al otro en el camino al despacho: «el vigilante más prístino de la nación y de la patria» y «la incuestionable aseadora de estos pasillos llenos de sabiduría», les dijo en broma al uno y a la otra forzando su vozarrón. Se quitó el sombrero gris de fieltro y lo puso bocarriba sobre unos papeles que tenía por revisar. Dejó el bastón contra la esquina detrás de su escritorio. La sentó a ella en el sofá de cuero a leer *La vida es sueño*, que se lo trajo de la biblioteca en la edición de Ebro, porque «a los ocho años uno ya entiende todo»: «y siéntate bien, Socorrito, que te me vas a encorvar como yo», dijo. Y se acomodó en su silla dándoles la espalda a las persianas abiertas y al «Alfonso Romero Aguirre» pegado en las ventanas que puede leerse —en letras mayúsculas— cuando uno va caminando por la Jiménez.

Recibió clientes esa mañana, sí, como todos los días, pero también un par de contertulios. Se quejó con ellos, con Jimeno y Bonnet y De la Espriella, de «la Colombia nefasta a la que nos trajo la reformatis del excelentísimo expresidente Lleras Restrepo, el chiquito»; de cómo «desde 1936 se ha repetido mucho que la una corrompe a la otra pero siempre queda en nada la creolina para matarle a la justicia el gusano de la política»; de «esa prensa comercial, de los señores Santos y los señores Cano y los señores Gómez, que les sirve a los propósitos de los gerentes oligárquicos»; de «esa prensa personalista hasta el punto de que yo tenía el optimismo de creer que mi buena madre, una mujer con un solo marido, no se moriría porque el doctor Eduardo Santos no lo diría en *El Tiempo*»; de «aquel ministro Echandía, que era más bien Echannoche, capaz de resolver las crisis judiciales con la plata de los pobres»; de que sigan sacándole el cuentito ese de que mató a Otero Guzmán, que sí, le disparó, pero no fue por nada; de que cada tres años se celebre un banquete para proclamar el falso final de la guerrilla y la falsa muerte del Tirofijo de las Farc sin entender que el criterio de la represión ha sido equivocado; de que se la pasen convenciéndolo de lanzarse a la Presidencia una vez más «por cuanta Anapo se aparece en el camino», pero luego se vayan detrás del lagarto de turno; de que sigan llamándolo a él, a Romero Aguirre, «el único muerto político que ha habido en Colombia».

—Pero los muertos que vos matáis gozan de magnífica salud —les dijo a todos.

Y se fueron a almorzar a la casa juntos, ella colgando de su mano, hasta la casa en Quinta Ramos. Repitió tres veces por el camino la frase «Socorrito: esta amada patria está hundiéndose día a día entre sus propios excrementos, pero no encontrarás la noticia en *El Tiempo*...». Y protagonizó una escena extraña, «¡abajo el turco!», le gritó a Julio César Turbay, candidato presidencial, cuando lo vio caminando con su corte por la calle, pero de resto se le vio de buen humor. Visitó en el taller de costura a la mamá de Socorrito, su esposa, a declararle su amor y a

celebrarle la belleza. Ya en la casa ayudó a cocinar el mote de queso a su gusto. Hizo la ensalada «Carmela Aguirre», que la hacía igualita su madre, para todos. Y, cuando notó que ya eran las dos de la tarde y estaba muy feliz en la casa, tomó la decisión de no ir «por esta tarde» a la oficina.

—¿Y si, ya que Socorrito anda de vacaciones, hacemos un viaje por los pueblos que recorría yo en mis campañas? —propuso al aire poniéndose la chaqueta de estar en casa y calzándose las pantuflas—, ¿y si nos vamos este mismo fin de semana?

Sonó mal. Sonó a que estaba despidiéndose de la vida, a que estaba resignándose: «me rindo...». Pero las dos mujeres que le quedaban en la casa, después de toda una vida de mujeres, le celebraron la idea como si hubiera propuesto salir al parque. Y no ha estado mal el viaje, no, se ha ido encorvando y ha rompido en llanto («roto, roto, Socorrito», ha repetido) cada vez que se ha encontrado con algún amigo de los días en los que su padre iba por las serranías de Bolívar a lomo de burro, pero casi todos los días se le ha visto con ganas de vivir y no se le ha estallado la locura ninguna madrugada de estas. Qué raro verlo tembloroso. Qué extraño cómo van avanzando los tres, uno, dos y tres, por el centro de esta calle de Tolú, a pesar de las señoras y de los señores que golpean las cacerolas.

Suena desde la siguiente radiola la canción esa de «yo no olvido el año viejo porque me ha dejado cosas muy buenas...», y, cuando él está diciéndose a sí mismo «ay, el viejo Crescencio Salcedo» como recordando al hombre que la compuso, un señor muy liso y sin pelo grita «¡que viva el ilustre doctor Alfonso Romero Aguirre!», y el pueblo entero le responde «¡viva!». Y entonces el tuc, tuc, tuc, tuc de las cacerolas no es más una amenaza, sino una calle de honor hecha por una multitud de varones cejijuntos y señoras llorosas y bebés alzados que le agradecen —con las vasijas que él les regaló en aquella campaña— todo, todo lo que hizo por ellos mientras estuvo vivo. Y él le entrega el bastón a su esposa y se yergue por fin como el *Homo sapiens* y camina mirando al frente como si hubiera vuelto a ser el candidato. «¡Viva Romero Aguirre!: ¡viva el mejor!», le dice una quinceañera coqueta, y él le responde sonriéndole con los dientes muy blancos.

Y levanta la mano, «gracias, gracias», como si no se estuviera despidiendo, sino apenas estuviera saludando.

Sábado 11 de diciembre de 1976

Faltan quince, diez para las nueve. Los dos niños se han dormido sin quejarse. De pronto una luz blanca, como de reflector de campo de concentración, atraviesa el velo tejido y la ventana más grande, y golpea contra el techo rugoso de la sala y pone en estado de alerta cada uno de los objetos del apartamento 603 del edificio La Gran Vía. Las dos chefleras tiemblan, altísimas, a lado y lado del sofá. Las sillas se desdibujan y las pequeñas lámparas colgantes se mueven de un lado al otro como péndulos. Marcela le pregunta a Eduardo qué está pasando: «¿qué pasa?, ¿qué es eso?». Y, a pesar de que él le ruega que no se acerque, ella pone la frente sobre el vidrio, y nota que un encapuchado está iluminándolos desde un Dodge Dart habano parqueado bajo los árboles tallados de la 100. Se aleja rápidamente de ahí por si acaso, ¡Dios!, qué tal que le disparen. Y siguen, a continuación, el rugido del motor y el chirreo de las llantas que se van volando.

Marcela, de 28 años, va a la habitación de los niños entonces. ¡Virgen santa!: aquí va a pasar algo muy grave, ay, esta vida va a ser imposible, esto va a acabar muy mal. Pasa tan rápido de la sala al pequeño corredor del apartamento, ¡zuas!, que alcanza a enredarse con el cable ensortijado del teléfono blanco y después tumba el cojín del mueble de cedro donde guardan la vajilla inglesa que era de su madre. Y sigue y sigue su camino, a pesar del golpe, porque está dispuesta a negociar con cualquier dolor menos con el de un hijo.

No ha pasado nada, no. Ricardo, de 16 meses, como siempre está despierto en la oscuridad en su cunita de madera, pero no se queja cuando la ve, sino que le dice «mamá, hola», «mamá, adiós», y se esconde detrás de sus dos manos muerto de la risa, y luego se pone el dedo índice en los labios para pedirle «shhhu». Eduardo hijo, que tiene el sueño más pesado, duerme en paz bajo su cubrelecho de rombos aguamarina adornado con dibujitos de leones y barcos y ballenas: dejó de tener pesadillas hace dos años, a decir verdad, cuando decidieron pasarse a vivir a este edificio rodeado de potreros. Eduardo papá les dijo, cuando abrieron la puerta de lata por primera vez, «en esta casa no va a sentirse incómodo ni un pobre ni un rico», y desde ese momento este niño que todo lo sabe empezó a sentirse mejor.

Marcela cumple tres meses de vestirse de negro. Hoy, presionada por todos, se había puesto una pañoleta verde y amarilla que hacía por lo menos tres años que no se ponía, pero se la está quitando ahora porque la vida —piensa— no quiere que olvide su luto. Se pone luego a ordenar la habitación de sus niños, y revisa que el rifle y el casco de guerra de su hijo mayor estén en su lugar, y organiza el velo de la cuna de su hijo menor para que duerma como duerme cada noche, y pone el caballo de madera y la bicicleta contra la pared para que nadie se tropiece con nada en la oscuridad, mientras rumia lo que les ha estado pasando. Ay, cómo le duele la muerte de su mamá: sintió, ese martes 7 de septiembre, que no podía ser que uno viniera al mundo para eso, para perder tanto, para quedarse sin suelo y sin raíces, y estuvo a punto de enloquecerse de tanto llorar.

Cómo le duelen estos meses. Sigue sintiéndose peor y peor. Sigue segura de que no va a ser

capaz, de que ella es una hija y el mundo es demasiado, y sí hay mal que dure cien años y cuerpo que lo resista. Si un día llegara a separarse —piensa—, si un día cualquiera se viera sola con sus dos hijos, ya que últimamente está perdiendo todo y el matrimonio es un juego de azar, ¿entonces qué carajos sería de ella? «Tú siempre vas a tenerme a mí, Marce», le dijo Alfonso, su hermano mayor, a principios de noviembre, pero el miércoles 24 lo mataron en la calle como a cualquier desarmado que ose gritar «¡justicia social!» en estos tiempos. Esa tarde también estaba pensando en quitarse el luto, «quítese el negro», «póngase un vestido azul», le decían, cuando timbraron en la puerta del apartamento. Era Sebastián, su hermano siguiente: «mataron a Alfo», le dijo, «lo mataron».

Y él la abrazó para llorar, como un niño, sin nada mejor que hacer, y dijo «yo lo vi por la calle esta mañana...». Y ella se puso pálida y quiso desmayarse, y quiso vomitar. Y fue hasta el teléfono blanco a contarle a Mirentxu, su amiga desde el colegio, lo que estaba diciendo Sebastián. Y «la amiga», como ella le dice, encendió la radio para confirmar la noticia: «asesinado abogado izquierdista en el centro de Bogotá». Y ella se dedicó a decirse «gracias, Dios, por no hacerle a mamá pasar por esto» porque eso fue lo único que le vino a la cabeza. Pidió a su compañera de toda la vida, y a su esposo, Iván Magyaroff, que son los padrinos de los niños, que cuidaran el 603. Esperó a que llegara Eduardo papá de la Escuela de Ingeniería de allá de Usaquén. Se puso un saco negro sobre el vestido negro. Se fueron juntos para el Hospital de la Samaritana, donde él murió, en el carro de unos vecinos que iban por esos lados.

Fueron temprano al otro día a Medicina Legal. Estuvo a punto de entrar, por ser la hermana, a hacer el reconocimiento del cadáver. Pero en ese momento llegó su padre, Romero Aguirre, y le prohibió rotundamente cometer semejante trauma. Le dijo un par de cosas más, «tienes el pelo cortito», «íbamos a comer esta noche para por fin hacer las paces», «tu mamá se habría muerto si no estuviera muerta», antes de cruzar el umbral del edificio de ladrillo. Lo vio viejo. A sus pasos pausados, de marcha fúnebre, había que sumarle ahora el toc, toc de un bastón. Era el mismo hombre de gafas en la mano, con el mismo vestido negro de paño con chaleco y el mismo sombrero gris de fieltro, pero tenía la cara huesuda y las manos afiladas y no encontraba nada ingenioso por decir.

El funeral, al día siguiente, fue una pesadilla. Ella lloró por fin, luego de horas y horas de tratar de entender qué estaba pasando, pues su hermano mayor había hecho las veces de su padre, de su seguridad, desde que ella tenía memoria. Siempre se adoraron. Lo oyó hablar hasta el cansancio —antes, durante y después de trabajar con él en su oficina— de las causas justas, de la liberación de la clase obrera, de los meses que pasó con el comandante Mao Tse-Tung, de las protestas de los movimientos estudiantiles, de la cárcel, de la revolución, de lo peligrosas que eran las élites colombianas, de las atroces estupideces de la dictadura de Rojas Pinilla, de los desmanes incansables del Frente Nacional, de los pisoteados, pordebajeados, ninguneados derechos de los trabajadores. Les temió, con cariño, a sus consejos con tono de órdenes: «estudia», «trabaja», «reclama».

Que estuviera muerto, luego de toda una vida de salvarse por muy poco y justo cuando cumplía años de renunciar por completo a los fanatismos de la política («el negocio —le dijo a Eduardo un par de días antes— es comprar y vender azúcar»), era sin duda un golpe bajo.

Pero lo peor de los sepelios es que los sollozos de uno se confunden con los lamentos de los otros. Y el cortejo desde la Universidad Libre hasta la iglesia de San Diego, una larga larga hora por la carrera 7.^a y la carrera 5.^a con el féretro en hombros, estuvo lleno de gritos y de arengas y de flores. Y pronto se volvió una marcha de sindicalistas, de trabajadores, de comunistas, de

funcionarios heridos de muerte, miles y miles, sí, no había un solo horizonte despejado. Su sobrino Juan, el hijo menor de su hermano, lloraba y lloraba desconsolado con su saquito de rombos. Y Nydia Tobón, la exesposa de Alfonso, que volvió hace muy poco de su periplo por Europa —y regresó desde una cárcel en Londres, ni más ni menos, donde anduvo por culpa de su relación con el Chacal y de su lucha atada a la causa palestina—, era una estatua de ojos enormes que pensaba «qué extraño es haber llegado a esto...».

Pero marchaban más y más personas, y más y más se unían por el camino con banderas y con pancartas: «¡que viva Alfonso Romero Buj!», gritaron, «¡que viva!».

Si Marcela cierra los ojos, lo que ve no es nada, sino el funeral de su hermano adorado: ve los discursos de los unos y los otros en la estatua de George Washington, ve los gritos contra la oligarquía y los gringos y el gobierno asesino de Colombia, ve el silencio tenso que pide uno de los oradores para honrar a Romero Buj, ve las palmaditas en la espalda que le dan a Romero Aguirre, su padre, «el hombre que pudo ser presidente pero quién sabe qué pasó», «el único muerto político que ha habido en este país», los encorbatados, los mochileros y las señoras revoltosas que lo reconocen, y que no querrían estar en su lugar, Dios, «yo no sé qué haría si a mí me mataran a un hijo». Si cierra los ojos, Marcela, de luto, ve la caravana que va desde las exequias en San Diego hasta el entierro en los Jardines del Recuerdo.

Ve al par de hijos de puta infames e ignorantes e irrespetuosos e impertinentes que, a unos pasos de la tumba recién cerrada de su madre, se atreven a decirle que están diciendo por ahí que ella estaba de luto desde antes de ir a Medicina Legal porque ya sabía que a su hermano lo iban a matar.

El ataúd fue descendiendo a los trancazos en aquella fosa junto a la sepultura de Aurora, su madre. Eduardo, no le pregunten por qué —pues porque se lo ofrecieron, por qué más—, recién había comprado para la familia ese pedazo de tierra adentro de la tierra en el cementerio, pero nunca imaginó que en menos de tres meses se convertiría en el sepulcro de su cuñado y de su suegra. Y aunque no espere menos de Colombia nunca pensó que desde ese miércoles, el día del asesinato salvaje, todo iba a ponerse tan sucio y tan sombrío. Que «lo ajusticiaron las Farc por traidor a la causa», pero él no tenía nada que ver con esa guerrilla... Que fue el FLP, pero para qué un ajuste de cuentas a estas alturas... Que fueron los mismos agentes del gobierno «para callar al sindicalismo», pero él no estaba ya metido en los grupos en los que estuvo... Que lo sentenciaron los dementes del PLA, la disidencia del EPL, luego de un juicio implacable por haberle dado la espalda a la izquierda (está circulando por ahí, por demás, el comunicado en el que se explica su condena a muerte...), pero eso lo está repitiendo demasiado la derecha... Que todos pusieron su parte. Que ya nunca vamos a saberlo porque aquí nunca se sabe.

Que fue por comunista, por maoísta, por socialista, por sindicalista, por sensato, por abogado, por avivato, por meterse con las esposas de los presos, por irrespetar el matrimonio revolucionario. Que no por nada andaba armado con una Walther de 9 milímetros. Que a la vuelta de la esquina —eso dijo Nydia— lo esperaban varias venganzas «por sus luchas sindicales y políticas»: «tengo casi la certidumbre de que los criminales pertenecen a la derecha».

Marcela ha estado metida, de cabeza, en la investigación: quiere saber quién fue y por qué. Ha estado yendo a la oficina de su hermano, donde trabajó un par de años, y enfrentó al rubio altísimo que entró de golpe a decirles que tenían los días contados si no dejaban en paz «a ese muerto», y ha recibido las llamadas aterradoras que han estado haciendo: «si siguen averiguando lo que no les interesa, hijueputas, los que siguen son ustedes...». Ha ido para arriba y para abajo con el agente ese del F-2, el señor Mendieta, que justo estaba en la calle cuando lo mataron, y se

ha apersonado del caso. Y Eduardo no le dice «la doctora debería salirse de ahí», no, a su manera, porque ya se lo están diciendo todos los demás que también la quieren, pero sobre todo porque, luego de ocho años de casados, la conoce de memoria. Sabe que ahora mismo está ordenando el cuarto de los niños para distraer los nervios. Sabe que mejor la deja tranquila hasta que se le pase la angustia.

«Acribillados mujer y abogado izquierdista»: así tituló *El Tiempo*. Quién, en sus botas largas, no estaría al borde de un ataque de nervios. Agréguele los hombres que la miran de reojo desde las ventanas, las llamadas extrañas, los pasos atrás. Súmenle los rumores. Súmenle que la familia de su cuñada, que la mataron a la pobre, a Amparo, en el mismo jeep blanco, recibió la poca herencia de los Buj que quedaba porque a su hermano le dio por escriturársela toda «para evitar que papá siga gastándose en política el dinero de mamá», «para evitar el proceso engorroso de la sucesión». Con razón vive de luto. Tiene sentido que llore y llore como una huérfana porque cada vez es más claro que se está quedando sola con su esposo y sus hijos, pero a él lo único que se le ocurre, pues es lo único que sabe, es acompañarla a todas partes.

Ya tienen 35 él y 27 ella. Ya se encuentran hundidos, hasta el cuello, en lo que llaman «la vida». Y luego de estos años de casados habrán ido remplazando por sonrisas menos simples las sonrisas de las primeras fotos de los dos. Pero él está con Marcela porque en eso quedaron ese día, y de ahí nadie lo mueve. La toma del brazo suavemente y le dice que quizás sea bueno avisarle a alguien lo que les está pasando («pero a quién...») y le pide que vuelvan a la sala a pensar. Ay, Dios, que no les pase nada malo, nada más. Que ella sepa que, a pesar de todo, de su ensimismamiento y su profundo silencio, lo tiene a él, y así será. Después de años y años de casados, y de rutinas, quizás no sea tan evidente este amor, pero ¿y si el amor, como piensa el tarot, no es solamente una suerte, sino también un destino?, ¿y si el amor no es sólo un accidente, sino, más bien, una disciplina y un empeño?

El otro día, en plena clase sobre las leyes del Universo, un estudiante le preguntó por la Tierra. Y él le respondió lo que él les ha entendido a sus maestros: que este planeta no es sino un tímido puntito azul en ese escenario tan negro y sin fondo, perdido bajo el reflector del Sol, y que resulta bueno recordarlo de tanto en tanto para recobrar la compasión por los comunistas que se arrepienten, por los jóvenes que luchan por la justicia social, por los viejos que caminan con bastón para que nadie se atreva a enrostrarles el pasado, por las madres que le piden a Dios que sus hijos se salven de las maldiciones de su familia, por las madres que traen a sus hijos a Colombia para protegerlos de Colombia, por los terroristas que ponen una bomba en una tienda en París, por los guerrilleros que condenan a un hombre «por traidor a la causa», y por todos, pues somos incapaces de resignarnos a nuestra pequeñez, a nuestra brevedad.

Y qué violencia esta que llevamos por dentro, «y qué». Y qué extraño es que también seamos capaces de levantarnos a acompañar, día por día por día, a otra persona.

—Yo tengo mucha pena con usted, Eduardo, yo no pensé que la vida fuera a ser esto —le dice Marcela en el umbral de la habitación de sus dos hijos—: si usted se quiere separar de mí, yo entiendo.

Entonces vuelve a entrar esa luz brusca e iracunda por las ventanas de la casa, ¡zuas! Y Eduardo y Marcela cierran los ojos, encandilados por el miedo, porque ese resplandor blancuzco significa «si siguen averiguando lo que no les interesa, hijueputas, los que siguen son ustedes...». Y ella le agarra duro la mano a él. Y él le da unas palmaditas en el dorso de la de ella, «tranquila, tranquila». Y de pronto, cuando por fin se atreven a abrir los ojos, sólo están los objetos en su sitio, la pacífica oscuridad y las respiraciones a destiempo de los dos niños que

están educando para llegar a viejos. No se va a poner ahora, Eduardo, a responderle que él se queda con ella para siempre «porque ese fue mi compromiso y esa es mi vida», pues lo suyo no son las palabras, sino los actos de amor, y el amor no es eso que dicen por ahí, sino que es esto.

No va a responderle nada cuando vuelva a preguntarle si ella tendrá que tomar las banderas de su hermano asesinado, si hará bien metiéndose, por ejemplo, al Moir. No va a decirle «está bien: vámonos ya de este país», como ella quiere, porque díganle adónde se van a ir después de tanto esfuerzo.

Pero, para decirle que pase la página sin caer en la vergüenza de decírselo, sí puede decirle que hay que llamar al taxista amigo para hacer el mercado y hay que poner los adornos de Navidad porque «este ya le hizo la carta al Niño Dios», y el Niño Dios son ellos dos.

Miércoles 24 de noviembre de 1976

Romero Buj está pensando en muchas cosas, sí, pero no —hoy no— en que ahora sí van a matarlo. Se peina un poco el pelo que le cae sobre las orejas y se pasa las manos por las patillas. Se acomoda las gafas de carey en el puente de la nariz. Se alisa la corbata roja roja, un par de veces más, mientras espía a una pareja de universitarias que le pasan por delante. Se arregla la gabardina. Cambia de mano el pesado maletín negro de trabajo y mira su reloj de hombre. A las 6:33 p.m., en la esquina de la Avenida Jiménez con la carrera 9.^a, a unos pasos nomás de su oficina y junto a un semáforo que se resiste a cambiar a verde, espera a que su segunda esposa lo recoja para ir a hacer «unas compritas para el bebé que va a nacer en febrero» antes de ir a la comida de reconciliación donde su padre. Va a quejarse, ante sí mismo, porque nada que llega: «paciencia, paciencia».

Y entonces allá abajo, delante de un bus verde y naranja de aquellos, y al lado de un Simca y un Zastava, ve venir el campero Willys de placas EX 2674 que ha estado buscando entre las filas y las filas de los demasiados carros.

Su esposa, Amparo, Amparo Silva, se detiene en la orilla de la avenida apenas lo ve a él con cara de estar a punto de desesperarse. Abre y le da un empujón a la puerta del Willys y lo mira como diciéndole «ay, cómo te gustan los problemas». Y se pasa a la silla del copiloto, protegiéndose la panza de seis meses de embarazo, con la pericia de quien lo ha hecho ya tantas veces.

Él, como sucumbiendo a un tic, se voltea a ver la ventana de su oficina en el cuarto piso del edificio: ve por última vez la placa de lata, 9-38, sobre la puerta enrejada de hierro. Y ahora sí se toca el costado del saco del vestido, porque sí, porque se le ha vuelto una maña hacerlo, para confirmar que en efecto lleva la Walther 9 milímetros que carga siempre en la funda de adentro. Se trepa al puesto del conductor en el campero, ay, que es un carro para el campo de batalla. Revisa que los espejos estén en su sitio. Repasa los cinco tableritos aquellos: «mañana le echo gasolina», se dice, él antes, que, como cualquier hombre de izquierda acá en Colombia, no dejaba cosas para mañana. Se alista para pelear con los demás conductores, por Dios, que él es malo para manejar, pero no tanto. Y entonces, cuando pone la mirada en el camino, viene el primer estruendo, el primer disparo.

Y se alcanza a decir a sí mismo «¡mierda!, ¡mierda!», como reconociendo enfrente a la muerte. Y no reacciona como pensó que iba a reaccionar el día en que lo mataran, no, no se entrega a la muerte como un soldado de la causa del pueblo en un país en el que no queda otro camino honorable aparte de ser mártir, sino que se enfrenta al hombre que ha disparado por la ventana de su esposa y forcejea y grita «¡hijueputa!» a pesar de los quemonazos y la sangre. Escucha un par de balas más, ¡tras!, ¡tras!, que rompen las ventanas en pedazos. Grita «¡Amparo!, ¡Amparo!», pero sabe que está muerta porque ella se ha ido contra el tablero del campero con un disparo que le ha atravesado la cabeza. Y él empuja al asesino con las manos y las piernas y sale del carro con la Walther en la mano. Y da un paso y otro y se resiste a dar la

espalda mientras cruza la avenida.

Dispara adonde sea, pero no son sus disparos los que escucha, sino un par de tiros al aire que un tipo que no ve ha hecho a sus espaldas. De golpe está metido en un tiroteo en la mitad de la Jiménez. De pronto está pensando «puedo vivir porque sólo me han dado un balazo en el pecho» y entonces le dan uno más, ay. Y quién es ese. Y quién es el de más allá. Y qué está haciendo la gente de la calle. Y no piensa ni una sola frase más, no, sino que ve caras cuando se le cierran los ojos: la cara desconsolada de su hijo menor y la cara fruncida de su padre porque lo último que le faltaba era que le mataran a su primogénito. Ya no puede jalar el gatillo de su arma negra y plateada. Ya es demasiado duro para su dedo índice. Y un segundo después, cuando abre los ojos, con un dolor que es mejor morir, ve que el cielo bogotano se está poniendo gris oscuro y hay una luna que no parece la luna de siempre en la punta del cielo.

Los carros de ambas calzadas, los que bajan a occidente y los que suben a oriente, se han quedado quietos mientras Romero Buj trata de llegar a la otra orilla.

No hay nadie por ahí. La marcha de personas, que a esta hora suele ser un río crecido, se ha disipado de repente. Y apenas se ven un par de pares de ojos detrás de las ventanas de la avenida. Sólo el profesor Correa —que sólo quiere leer en esta vida porque díganme qué más cosas quedan por hacer, que hace unos minutos andaba «curioseando las vitrinas de la Librería Buchholz» y ya va tarde a su casa a celebrarle el cumpleaños a su suegro, que se ha resguardado «de los cinco o seis disparos de revólver, perfectamente distinguibles, secos» a la entrada de una papelería que ya ha cerrado las puertas— se atreve a asomarse a la prolongación de la Jiménez. Y en medio del silencio que queda después de las balas, como si el silencio fuera un punto de fuga, ve caminar por la línea que divide la vía a «un hombre ataviado con una gabardina».

Camina erguido, a buen paso, como si no supiera qué está ocurriendo en Bogotá a esta hora del día. «Y este bruto qué hace ahí», piensa el profesor Correa, «¿no se ha dado cuenta de que están disparando?». Y justo entonces nota que esos disparos, que sacan chispas del pavimento, van dirigidos al hombre de la gabardina. Que se detiene. Que se agacha y se yergue como si no lo estuvieran matando, sino apenas amenazando de muerte, gritándolo. Y que se levanta, a pesar de las balas y de los gritos, «¡policía!», «¡están acribillando a un hombre!», y se dirige hacia la otra orilla de la avenida. Y avanza despacio, como si el dolor lo hubiera conducido a la serenidad y al desapego, hasta desplomarse en el andén desierto.

Le duele la espalda. Le duele la nuca como una puñalada. Le duele el pecho, le arde. Pero desde la cintura está subiéndole el alivio, que es el frío en los huesos, y el viento y el polvo de la calle están cerrándole los ojos.

Romero Buj se está muriendo. Trata de tener un pensamiento final, entre el amor y el arrepentimiento y la comida de reconciliación que iba a tener con su padre en un par de horas, pero sólo le sale un «por fin» que no logra entender: «por fin qué...», «43 años...», «Juanito...», «perdón...», «China...», «Nydia...», «Aurora...», «Buj...», «Romero Aguirre...». Se le está haciendo muy difícil respirar. Está seguro de que esa última bala le ha penetrado el corazón. Siente que la piel del tórax se le está desgarrando, Dios, qué dolor, y qué extraño tener esta extraña tentación de rezar cuando se ha ido de la juventud a la madurez con la sensación de que no hay nada más en este mundo aparte de este mundo. Tiene enfrente, desde el pavimento, la fachada empedrada e irónica de las oficinas del First National City Bank.

Pero no se queda viendo esos arcos y esas puertas por mucho tiempo, ni alcanza a ver para dónde agarró el sicario tembloroso que le estaba disparando, ni se le ocurre mirar qué se hicieron los que andaban echando tiros al aire para quién sabe qué, ni nota que un agente del B-2 que

justo pasaba por ahí ha pegado la carrera cuesta arriba en busca de los conspiradores, ni repara demasiado en los tres tipos de corbata que han salido del edificio de la asamblea a preguntar a quién mataron, porque el profesor Correa ha ido hasta él, y se ha puesto de rodillas, y está preguntándole qué puede hacer para ayudarlo.

También está el vendedor de lotería de la cuadra, don Jaime Rojas, que siempre está ahí, y sabe quién es el hombre que está muriéndose en el piso, pero no se sabe bien su nombre, pero cree que su apellido es Romero, pero «ay, Dios santo, cómo puede uno hacerle eso a alguien...». El profesor Correa mira a todas partes, al cuerpo ensangrentado que respira aceleradamente y a la muchedumbre que empieza a rodearlos, como si se tratara de recordar para siempre esta escena, sí. Un señor de sombrero y guantes, a estas alturas de Bogotá, se dice a sí mismo «eso fue el ejército», pero el corrillo de oficinistas alcanza a escucharlo. Un estudiante de la Universidad Libre le dice a su novia «yo sé que fue el PLA: yo tengo en mi cuarto el comunicado», y ella lo calla por si acaso.

Muchos, quizás todos los que están aquí, lo han escuchado alguna vez defendiendo al trabajador, de los pies a la cabeza, en algún acto político, pero ahora es difícil reconocerlo con la camisa empapándose de sangre y las piernas dobladas para que el tormento lo sea un poco menos. Y ahora sí que va a ser imposible gritar «¡mataron a Romero Buj!», como se estila en este barrio, porque un par de agentes de la policía de tránsito se han puesto en la tarea de disolver la muchedumbre que está rodeando el cuerpo. Y se han puesto en la tarea de cargar a los dos cuerpos que están quedándose sin pulso, el del hombre de la gabardina y el de la mujer embarazada, para llevarlos en la parte de atrás de la patrulla adonde sea más cerca: el Hospital de la Samaritana.

Ya son las 6:40 p.m. Ya está haciéndose de noche porque el paso del día no da tregua. Nadie sabe si seguir adelante con su jornada a semejantes horas después de haber visto aquella balacera, pero tampoco hay mucho que hacer aparte de seguir —y de repetir «yo vi todo con mis propios ojos»— porque ya está arrancando la patrulla.

Romero Buj no ha perdido el conocimiento. En el asiento largo de la patrulla, animado por los agentes que le repiten «no cierre los ojos, mi doctor, que ya en cinco minutos llegamos al hospital», ha alcanzado a recobrar sus razones para vivir y ha visto por encima lo vivido y lo aprendido (y el placer y la risa y las caras de la gente de siempre y las mujeres en los arcos de Cartagena y las peleas a muerte con quién sabe quién y la infancia de su mamá en Fuentes de Nava y las fugas en la noche y los arrestos), pero, como cuando uno se duerme sin querer, él se está muriendo ahora que el carro policial está pasando enfrente de la casa de su padre. No pudo más, no, ya ni siquiera está sufriendo, ni está sintiendo vergüenza por dejar a sus tres hijos a merced de los discursos que arruinan el paso por el mundo, ni está temiendo la muerte. Está perdiendo el pulso y está respirando muy poco. Se está yendo. Ya no está.

Se murió, Dios mío, se les murió por no haber llegado a tiempo, pero quién iba a imaginarse nada de esto.

Y quién será este pobre hombre de 40, 43, 45 años, al que ejecutaron como un enemigo. Y por qué andaba por ahí con una pistola Walther de 9 milímetros y qué estaría esperando para tener que llevar entre los bolsillos un proveedor y un cartucho para el arma. Y a qué parientes habrá que avisarles que no va a llegar.

Tiene los ojos cerrados. Tiene el semblante en paz: no es uno de esos muertos que parecen atrapados en sus cadáveres y haciendo todo lo que pueden para volver en sí y para reclamarle a quien corresponda eso de tanto penar para morirse uno. Su esposa, Amparo —el cuerpo, mejor,

que era su esposa—, en cambio sigue con vida. Y los agentes le piden a gritos que no se les muera y pitan y sacan las manos por las ventanas, como una ambulancia improvisada, para que los dejen pasar. Hasta que llegan por fin al Hospital de la Samaritana. Y los médicos de la sala de urgencias montan en un par de camillas a los dos esposos. Y ninguno de los dos vuelve en sí por más de que lo intenten. Sólo queda abrirles las billeteras a ver quiénes son, quiénes eran, perdón: Silva Santofimio, Amparo, nacida en 1946 en Garzón, Huila; Romero Buj, Alfonso, nacido en 1933 en Cartagena, Bolívar.

—Mataron a Romero Buj —dice en voz alta, por fin, un médico que acaba de reconocerlo.

Romero Buj, sí, el político que tenía fama de conquistador de mujeres y de nervioso. Que era el hijo de Romero Aguirre, el senador, el contralor, el candidato. Que estuvo casado durante muchos años con aquella abogada, Nydia Tobón, que luego ella fue testigo de las acciones del terrorista Carlos «el Chacal». Que tenía tres hijos de ese primer matrimonio. Que, luego de años de eludir las persecuciones de los gobiernos de derecha que suele dar este país, de pertenecer al Partido Comunista con el fervor de un fundamentalista, de haber sido corresponsal de la agencia oficial del régimen maoísta (porque se quiso ir o porque lo sacaron: cualquiera de las dos), había tomado la decisión irrevocable de abandonar la actividad política que tanto dolor le había causado a su padre. Que vivía con el estómago revuelto por culpa de tanta injusticia.

Que desde su oficina, a los 43 años, continuaba siendo el elegantísimo asesor de varias organizaciones sindicales de izquierda y seguía dictando su afamada cátedra de Derecho Laboral en la Universidad Libre, pero todo el mundo sabía que había descubierto lo peligroso e inútil que había sido para él y para todos haber vivido anclado en la teoría, y estaba rebelándose al fanatismo y al delirio. Pobre Romero Buj: estaba disfrutando la vida en la práctica, por fin, sin el desenfreno y la imprudencia de hacía apenas unos meses, unos años. Pero, por cuenta de sus arengas contra la inagotable derecha colombiana y su denuncia constante de los patronos esclavistas de esta tierra y su empeño de complacerse en la vida como si fuera a morir muy joven («yo no llego a los 50», repetía, «yo no muero de viejo»), en el camino había dejado un reguero de enemigos tal que cualquiera de ellos pudo haber dado la orden.

—Yo lo conocí una vez hace miles de años —exagera el doctor— y desde ese día quise verlo de nuevo porque brillaba.

Viernes 13 de agosto de 1976

Están hablando de Romero Buj como si ya lo hubieran ajusticiado y sepultado quién sabe dónde, pero apenas están a punto de condenarlo a muerte por «traidor y verdugo del pueblo». De un bombillo amarilloso, que cuelga de un techo bajo y blanco y escabroso, viene una luz que es más bien una niebla amarilla. Se han reunido los cinco implacables jueces del PLA, «los Pedritos» Miranda, Reyes, Guevara, Garnica, Escobar, en nombre de la justicia popular o revolucionaria, en un apartamento gigantesco a unas 15 cuadras nomás del Palacio Presidencial, el de San Carlos, en el sur de Bogotá. Pocos muebles hay acá. Ni un solo cuadro burgués de ningún pintor inútil de aquellos que enternecen a los ricos: apenas una foto de Miguel Hernández y una más de Hermann Hesse y un calendario de Pielroja y una acuarela de un paisaje andino pegada con cinta pegante a la pared sobre la biblioteca hecha de tablas y ladrillos. Tienen las cinco sillas verdes de lata que están descascarándose y la mesa larga y rústica que les regaló la vecina de abajo.

Ah, y unos colchones y fósforos y trago y el periódico de la oligarquía a la mano.

Parecerá poco. Pero aquí se condena a muerte como en cualquier tribunal que se respete.

A Miranda lo expulsaron del PCC-ML, el Partido Comunista Marxista Leninista de Colombia — y de paso de su brazo armado: el EPL guerrillero—, porque a ninguno de los miembros de la agrupación le pareció sensato su plan «anarcoterrorista» de ir sacrificando policías por ahí para quitarles las pistolas que tanto le hacen falta a la revolución. Y entonces está aquí, en el pequeño tribunal del comando Pedro León Arboleda, poniendo en marcha la historia como quien se ha cansado de la teoría, de la mierda. Ya han ido ejecutando a todo el que les parezca un traidor a la causa. Ya se fueron los primeros tiras hijueputas cómplices del orden social injusto. Ya mataron a quemarropa y en su propia casa, para que nadie lo olvide y nadie se lave las manos cuando le dé la espalda a esta revolución que exige lealtad absoluta, al viejo Nicolás Santana. Y hoy están reunidos, con la convicción religiosa que debe tener un tribunal del pueblo, para redactar entre los cinco la decisión irrevocable de castigar con la pena de muerte al renegado de Romero Buj.

Ellos cinco veneran al pueblo, ellos sí. Odian al típico explotador enquistado en el capitalismo. Detestan a todo aquel que no sea capaz de deponer las verdaderas armas: los intereses personales. Creen en la abnegación, creen en el sacrificio. Se han alejado de sus familias y de sus parejas, y resuelven su sexualidad como mejor pueden, porque resulta indispensable desprenderse de las bajezas pequeñoburguesas si se quiere echar a andar la revuelta. Dicen no a los vicios contrarrevolucionarios. Repiten «primero muerto que mamerto», «primero muerto que mamerto». Que se jodan todas esas siglas mediocres que han estado tratando de quedarse con el marxismo, con el leninismo, con el maoísmo: que se jodan el PRS, el MRL, la Anapo, el Moec, el Fuar, las Farc, el FU, el ELN, el Moir, el MIR ML, el PCC-ML, el EPL, porque el único que importa de ahora en adelante es el PLA.

El Comando PLA, que se llama así por el mártir antioqueño Pedro León Arboleda, por el hombre que mataron los milicos el año pasado porque siempre se negó a seguirles el juego de la explotación que han estado jugando desde la invasión de 1492.

Aquí, en este apartamento brumoso, nadie tiene nombre ni lleva la impronta clasista de esta puta sociedad. Aquí se desprecia a los intelectuales empolvados, relamidos, confortablemente anestesiados con su música de afuera. Aquí los deberes y los derechos son iguales para todos, pero sin caer en ese igualitarismo pequeñoburgués que es la peor de las mentiras. Aquí sí hay justicia. Aquí sí hay moral. Aquí no cabe ese comunismo que coexiste pacíficamente con la burguesía, ja, aquí se llama a la unidad al ELN, a las Farc, al M-19, pero se es antisoviético y antivierista. Aquí se le reza al destino por la frágil salud del comandante Mao. Aquí se tiene claro que el escenario de la revolución está en todas partes. Aquí se cree la guerra popular prolongada, a pesar de todo, pero se está seguro de que «la pequeña batalla» que se necesita para abrirle paso a la independencia es el ajusticiamiento implacable de los traidores. Aquí se va a dar por fin, en fin, sin más largas ni más miramientos, la Historia que ha tratado de darse desde que los primeros colombianos se declararon asqueados por las injusticias de los falsos dueños del país.

Esto no empezó aquí, no. En el principio fueron los indígenas que se le resistieron a la ocupación española; vinieron los negros palenqueros que se les rebelaron a sus amos; siguieron los comuneros que les pusieron el pecho a los abusos virreinales; los soldados del ejército libertador de Simón Bolívar que regaron su sangre y sus vísceras en la guerra por la Independencia; los artesanos del siglo pasado que a punta de protestas pusieron en evidencia que acá no había ideologías ni partidos, sino una élite terca, y mucho más envidiosa que el pueblo, que solía unirse como una banda cuando sus propiedades eran amenazadas y sus negocios eran regulados; los obreros y los campesinos de los años veinte de este siglo que combatieron a muerte y en vano a los patronos que veían esto como su patio trasero; los gaitanistas que se negaron a transar con la oligarquía rancia y decadente que se da mañas para someter al verdadero dueño de las cosas; y las guerrillas comunistas que salieron al campo, que es el escenario de la lucha, y se han ido apagando a la espera de una alianza con la supuesta democracia que nos ahoga. Y ahora están ellos, estos «Pedritos» cansados de los métodos confusos de sus antepasados y de los gritos apagados a punta de engaños, listos a impartir la justicia que es la verdadera partera de la Historia.

Esto no empezó aquí, no, entre el humo espeso de esta habitación, sobre el chirreo de las sillas de lata, pero sin duda alguna aquí termina: el PLA va a dar un ejemplo digno del Antiguo Testamento ajusticiando a los peores traidores a la causa para que el mensaje no siga perdiéndose en diálogos de sordos.

Y dicen y repiten estos cinco jueces, estos cinco «Pedritos», como les dicen a los agentes del PLA, que entre los peores traidores quizás Romero Buj sea el peor.

Romero Buj nació en 1933 en una casona en Cartagena, en la Calle de las Damas 33, entre cubiertos de plata y sábanas de lino y costumbres castellanas. Fue el primogénito, el príncipe, el delfín de aquel abogado liberal de Sincé, Romero Aguirre ni más ni menos, que ha sido un «oportunistista de todos los tiempos» —dice Garnica— desde el día de 1926 en el que pasó a la Historia como el imberbe secretario del III Congreso Obrero de Colombia y le fue concedida la suerte inmerecida de codearse con la corajuda de María Cano. Romero Buj fue el mejor de su clase en el Colegio de la Esperanza. Pasó unos meses en el Gimnasio Moderno de Bogotá, por Dios, que más burgués y más liberal es imposible. Se graduó primero que todos del bachillerato, por puro genio. Entró a la universidad a los 16 años apenas. Desde antes de graduarse, para la ira de su padre, se puso del único lado que existe: del lado del pueblo. Fue, en Chiquinquirá, el primer juez sin cédula de ciudadanía de la Historia de Colombia. Vivió en Wujan, en China, en la villa «de las nubes blancas y los brazos amarillos» del comandante Mao Tse-Tung, en los

meses irrepetibles del otoño y el invierno de 1958. Volvió al país a encarar los desmanes del Frente Nacional con fe y fervor y coraje. Se casó. Tuvo tres hijos. Fue víctima de la violencia agresora y del sanguinario cerco militar del Estado de Lleras, de Valencia, de Lleras, de Pastrana. Peleó desde el Partido Comunista para poner en escena la justicia: «todas las formas de lucha de masas por el poder para el pueblo», repitió, «que el EPL sea el florero que dé paso a la verdadera independencia». Fundó el MIR-ML en busca de la unidad de los maoístas. Pero en 1971, en el X Congreso en aquella casa en Soacha, se hizo pública su humillante expulsión del PCC-ML.

Fue por su moral de solitario. Por su aburguesamiento, su autosuficiencia e irresponsabilidad. Porque siempre, siempre, siempre, vistió bien, y fue ligero y manilargo con la plata de la causa. Porque tantas veces, demasiadas, para él primero estuvo el placer. Porque, de tanto perseguir su prestigio, terminó haciéndose un nombre en la política colombiana: «Romero Buj tal cosa...», «Romero Buj tal otra...». Porque no acató la disciplina ni asumió que las partes tienen que estar supeditadas al todo. Porque ni la abnegación ni el sacrificio ni la modestia ni la autocrítica ni el respeto a la autoridad fueron parte de sus valores. Porque en el fondo jamás dejó de ser un individualista ni fue capaz de dejar atrás las enseñanzas de un padre que era su homónimo y su némesis. Porque lo cierto es que no superó ese liberalismo que sólo trae espontaneidad y anarquía. Y de tanto en tanto sucumbió al error y al desánimo y a la desmoralización.

Por todo eso, porque resulta indispensable e inaplazable enviarles tanto a propios como a extraños el mensaje de que el delito gravísimo de «traición a la causa» será castigado con la pena de muerte, este consejo de la justicia revolucionaria ha tomado la decisión irrevocable de ajustar cuentas con Romero Buj.

Y dará a la opinión pública, en un pasquín de los suyos, tres razones fundamentales para proferir esta sentencia:

Primera: que Romero Buj hace apenas cinco años fue expulsado del PCC-ML, en el marco de su X Congreso, por irrespetar los ritos, evadir las tareas y derrochar los recursos de la causa del pueblo, pero desde ese entonces no ha manifestado autocrítica ni mucho menos deseos de enmienda.

Segunda: que Romero Buj, contraviniendo las claras disposiciones del PCC-ML sobre el matrimonio revolucionario, no sólo ha osado casarse por segunda vez y embarazar a su mujer sin haber sometido esa unión a la aprobación de los cuadros principales (puesto que la susodicha esposa, en todo caso una distracción, podría ser una enemiga más de la revolución), sino que además ha cometido el delito gravísimo de sostener relaciones extramatrimoniales a diestra y siniestra: es de conocimiento de la organización que Romero Buj ha estado enamorando a las mujeres de los sindicalistas presos, que son sus protegidos y son sus camaradas.

Tercera: que, puesto que tiene demasiada información sobre el PCC-ML que podría dar al traste con la revolución, y su conducta arrogante, utilitaria, ingrata, aburguesada e individualista de estos últimos cinco años hace imposible confiar en sus intenciones, resulta inevitable cobrarle la vida como una forma de garantizar que en el futuro nadie se dé el lujo de rechazar la causa del pueblo.

Y eso es. Y eso es todo, por ahora, en la presente reunión. De esta «operación de ajuste de cuentas» depende que vuelva la credibilidad, que vuelva el misticismo, que vuelva el respeto al maoísmo colombiano. De que esto salga bien, de que los soldados de la revolución lleven a cabo la ejecución de Romero Buj con éxito y precisión, depende que siga sentenciándose a los cobardes que han abandonado el barco con las excusas propias de un burgués disfrazado de camarada: están en la mira Gilberto Vieira, Socorro Ramírez, Francisco Mosquera y Manuel

Felipe Hurtado, y habrá más y más hasta que llegue el día del juicio final. Que sea una lección. Que se haga justicia. Que Romero Buj caiga sin gloria, en plena calle como cualquier estafador, para que pague su desidia y su desdén. Queda su muerte pactada en esta mesa rústica, aquí, bajo esta luz que es un velo que lo reduce todo a siluetas.

Se dan veintitantos apretones de manos sin levantarse del tablón. Se pasan los cinco un mismo Pielroja. Cada cual se toma un sorbo del aguardiente que tienen guardado en la alacena corroída y blanca sobre la estufa de la cocina. Alguno comenta alguna cosa menor, que hace frío, por ejemplo, y ya.

Guevara abre *El Tiempo* de hoy —que es la punta de lanza de la conspiración de la oligarquía contra todos nosotros y miente en sus siete columnas— porque quiere saber a qué se refiere el periódico cuando dice «Guerra misteriosa en Urabá». Es repugnante pero fascinante pero despiadada esta élite colombiana, Dios santo: hay mucho para leer esta noche en la primera plana, desde la nota «Psicosis divisionista en partidos» hasta la noticia «Aumenta la delincuencia en el país», y sin embargo Guevara les lee en voz muy alta a los demás aquello de que «en el mapa de Latinoamérica no se encuentran Fuerzas Armadas tan penetradas del espíritu republicano como estas de Colombia», ja, y «de no haber sido por las medidas tomadas por el gobierno habría continuado allí una misteriosa guerra civil», porque se ve que en el pico de la pirámide social ya se han dado cuenta de que la guerrilla se está quedando con otra región.

Hay que pegar el grito, compañeros. Hay que instalar el caos. Hay que volarles el sistema nervioso a estos pendejos que se han dejado llevar por la farsa liberal que se han inventado estos Lleras y estos Santos y estos López.

Guevara sigue leyéndoles lo que se va encontrando por ahí, «La droga no es problema de Colombia», «La tolerancia ayuda a conductas antisociales», «Patrocinio Jiménez dio el golpe», «Nuevas conversaciones entre Palestina e Israel», hasta que cae en cuenta de que todos se han ido levantando y se han levantado ya de la mesa y ahora andan riéndose quién sabe de qué por qué razón, y han tenido a bien asomarse a la ventana de la sala como si fueran comunes y corrientes. Lee el horóscopo suyo: el de Escorpión. Trata en vano de descifrar el jeroglífico. Se pasa un sorbo de aguardiente que le entra como un remedio para la tos, ¡tos!, y se queda fruncido porque no para de pensar en la mujer de Miranda, y no sabe qué va a hacer para dejarla.

«Comuníquese y cúmplase», les dice en voz alta, como si sólo eso estuviera pasando, y es el último en levantarse de la mesa.

Viernes 11 de abril de 1975

No caben ni una sola persona ni una sola duda más en el microbús Volkswagen Combi, sucio y blancuzco, en el que están volviendo a sus casas. Se están yendo y se siguen yendo por la Avenida Caracas, un bulevar amplio y digno de una civilización, junto a los gigantescos urapanes que soportan el viento helado de las seis de la tarde, pero uno por uno los pasajeros han empezado a quejarse del calor y el apretuje porque en verdad «no hay derecho». Se escucha en la radio del vehículo, por allá adelante, ese «me alejaré porque sin su querer yo ya no valgo nada y le pido a Dios que cuando llegue yo no la encuentre casada...» que agobia a cualquiera. Y el chofer de gorrita y camisa de manga corta, que lleva el ritmo con la barbilla y se ríe con un jijiji exasperante de los comentarios de su acompañante, se detiene donde le da la gana a recoger a un par de señoras que quién sabe dónde pretende embutir.

Marcela y Alfonso Romero Buj, su hermano mayor, que desde hace un par de años trabajan juntos en la oficina de la Jiménez, van de pie en el microbús entre los hippies de blazers de colores pasteles, los estudiantes de pelo lamido y pantalones bota campana y los enruanados de viejos sombreros que miran Bogotá como sintiéndose traicionados. Por qué hoy no han regresado a las casas en el Volkswagen azul en el que regresan siempre: pues porque ha vuelto a vararse. Entonces se han montado al bus sudoroso varias cuadradas atrás, cuando aún no parecía un vagón de ganado, y se han parado juntos atrás como cualquiera que esté amenazada. Ella, que desde niña ha tenido claro que «Romero Buj está en peligro y no va a morir de viejo...», le ha preguntado a él todo el tiempo si están seguros, si no habría sido mejor que se devolviera de la oficina con alguno de sus hermanos hombres o con alguno de sus colegas. Y él le ha sonreído la primera, la segunda, la tercera vez, hasta que se le ha ocurrido decirle una de sus frases:

—Pero si no hay una mejor escolta que tú, Marce, contigo voy muy seguro y es más que suficiente.

—Pero Alfo —dice ella resignada a soltar una obviedad—: qué puedo hacer yo, una mujer de 26 años que no sabe nada de matones, para que no te hagan nada a ti ni los unos ni los otros.

—Tú tienes que estar muy alerta para ganarte el sueldo —le responde él en broma.

—¿Pero y si uno de estos tipos nos saca un revólver yo qué hago? —le contesta ella.

—Nada, nada: no te preocupes que hoy no va a pasarnos nada. —Ni hoy ni mañana ni pasado —le dice ella—: nunca.

—Pues yo, por lo menos yo, no tengo miedo.

—Pues yo tampoco, no, sino que creo que te iría mejor con un par de escoltas cuando el Volkswagen se vuelva a varar.

—Óyeme esto, Marce, acuérdate de esto cuando yo no esté —le dice con la voz suave que le da consejos y le da noticias—: la gente de la izquierda nunca jamás asesina a un hombre enfrente de su familia, ni mucho menos se atreve a matarle a la mujer o a la madre o a la hija a un enemigo, y a estas alturas yo a la gente de la derecha le doy lo mismo.

—O sea que estamos a salvo.

—O sea que a ti no va a pasarte absolutamente nada porque tú estás hecha para las cosas más grandes entre las cosas más grandes, como me decía papá, el eminente y el rotundo, cuando todavía me hablaba.

Sigue avanzando el microbús por la despejada Avenida Caracas. Sigue deteniéndose para que bajen dos y suban tres. Desde las cuatro ventanas, si uno se agacha un poquito, es evidente cómo ha crecido la pobreza en Bogotá. Frente al Teatro San Jorge, en donde siguen dando una película sangrienta y descarada de serie b que se llama *Mujeres en cadenas*, hay un círculo de tres gamines con los sacos de lana rotos en las espaldas que están tomándose los cunchos de una canasta de gaseosas Postobón, un par de emboladores con gorras de policías y pañoletas rojas y blancas, un mendigo ensombrerado con una barba muy larga y muy blanca, un fotógrafo callejero que está matando el tiempo con una edición de *El Espectador* entre las manos, y una señora con un par de ollas rebosadas de tamales santafereños. Y a Marcela y a Alfonso se les revuelve el estómago al mismo tiempo.

Ay, el pueblo entre comillas que no tiene tiempo de enterarse de que los unos se disputan con los otros la promesa de su salvación. Ay, los pobres que no le importan a nadie, pero mejor que sea así si van a tratarlos como a huerfanitos que hay que recobrar para la civilización.

—Voy a poner todos los bienes de mamá a nombre de la familia de Amparo para que papá no pueda gastárselos en política —dice Alfonso—: tenemos que cuidarle la vejez.

—¿Pero este señor será capaz de seguísela gastando?

—Algo muy raro ha estado pasando con esa herencia desde hace mucho tiempo: plata de cura es maldita.

Hubieran tomado un trolebús, Dios santo, que aquí nadie puede respirar. Ahí va uno de los trolebuses viejos, de los que va para el norte hasta Sears, que por lo menos tiene puestos para treinta y pico de personas. Y va medio vacío, además, mientras Alfonso mira de reojo a todo el que se le acerque a su hermanita. Si algo tienen en común las tres personas más diferentes del mundo, su padre, su madre y él, es la obsesión por que no le pase nada a Marcelita. No sólo le propusieron un par de veces que fuera la Señorita Bolívar (y un par de veces Romero Aguirre y Romero Buj gritaron «sobre mi cadáver»), sino que es una mujer brillante y valiente y trabajadora a morir que bien podría remplazarlos a ellos en cualquiera de sus correrías políticas. Marcelita es la esperanza de los tres. Nadie lo dice, pero Mercedes, la hermana mayor, suele alejarse de todos como si tantas lecturas le hubieran enseñado a desconfiar del mundo entero. Y Carmen, la pobre Carmen, cumple años de entrar y salir de las pocas clínicas de reposo que hay en Bogotá.

Marcela, en cambio, no se deja de nada ni de nadie. Romero Aguirre, «papá», se enfureció cuando ella le dijo que no quería trabajar más con él: «me siento incómoda», le dijo. Y a ella le dio igual lo que semejante vozarrón pensara de sus decisiones. Y quién, que la conozca, que haya visto que no tiembla ante nada, no le tiene fe.

Que la dejen en paz. Que ella vive angustiada, sí, nerviosa, pero tiene un sexto sentido para no cometer los mismos errores de su familia. Hace siete años, cuando les dio la noticia de que iba a ser la esposa del profesor Eduardo Silva, Romero Aguirre y Romero Buj pusieron el grito en el cielo: «¡adiós futuro en el derecho!», «¡adiós futuro en la política!». Pero la decisión estaba tomada. Algo dentro de ella, que quizás era el amor esperando el momento preciso o quizás era el destino que se va yendo como la arena de un reloj de arena, le aconsejó que se casara. Y así lo hizo. Y hoy a todos les parece que hizo bien. Y el propio Alfo ha visto que no era necesario que no tuviera un marido y no tuviera hijos («¿quién dijo “pienso luego existo”?», pregunta a su

sobrinito apenas lo ve) para que las cosas le salieran bien. Estamos en otro tiempo. Estamos en un país en el que están contando las mujeres.

Y quién se inventó eso de que hay que meterse a la política para hacer algo por alguien.

Alfonso, Alfo, Alfonsito —Romero Buj, como le dicen todos aquí afuera—, no sólo se ha vuelto buen amigo de Eduardo, y no sólo se la pasa pidiéndole que diga en voz alta el resultado de «5 x 45 x 100 + 32 - 115» antes que la calculadora (porque si algo lo convence de alguien es su inteligencia), sino que ha estado llegando a la conclusión de que de nada le ha servido la violencia a la izquierda, y los prejuicios y las intransigencias van a acabar devorándose vivos a los maoístas que tanto conoce: el otro día, en plena discusión a muerte con un grupo de los sindicalistas a los que representa, uno de aquellos se atrevió a acusarlo de vivir muy elegante «con sus corbatas traídas de Europa» y tuvo que quitarse la que tenía puesta y subir la voz y gritarle «¡es comprada en el Ley!» para que notara que se están enloqueciendo a punta de discursos.

Quizás papá tenía razón. Quizás tendrían que volverse a hablar y hacer las paces. Tal vez estos gritos de la revolución hayan sido una trampa que le puso su personalidad y sea hora ya de comenzar a cambiar el mundo cosa por cosa.

No más juego doble. No más ases en la manga. Nunca más ese maletín idéntico al maletín de trabajo en el que cargaba lo que necesitaba a la hora de verse con alguna novia.

Tendría que cuidarse. Tendría que dedicarse a sus cosas nada más. Sospecha, desde que cumplió los 40, que sus compañeros y sus rivales y sus cómplices de lucha están envejeciendo con el mismo discurso del principio, que tiene que hablar y hablar y hablar con Nydia, su exesposa, pues tienen todo en común y lo pasado ya pasó y no puede heredarle a su papá el rencor de los políticos, y que es mejor dedicarse a unos cuantos nomás, a los tres hijos, por ejemplo.

Debería escribir más. Debería dar sus clases y tener sus clientes y valerse de su lucha por el pueblo para animarlos a los unos y a los otros a tomar el camino que no existe acá: el de la justicia. Pero quién puede quedarse tranquilo en un país en el que los que sabemos son capaces de hacerles cualquier cosa a los cafeteros, quién puede irse a dormir como si nada si se entera de que las élites cuadran sus negocios en sus clubes a espaldas de aquellos que se matan en su nombre, quién tiene el estómago para soportar como una verdad científica que los gamines se mueran de hambre en las esquinas de las calles. Y sí: su hermano Sebastián, que ha preferido la muerte a ser abogado como ellos, podrá traerlo y llevarlo de aquí a que el Volkswagen se vuelva a varar, pero él sabe que un hombre como él no muere de viejo en Colombia.

Se ha acostumbrado a que lo miren de reojo. Ese tipo de blazer blanco y saco cuello de tortuga café que lleva una carpeta debajo del brazo, tiene el pelo engominado hasta la punta de las patillas, y está mirándolos tanto, como si los conociera de alguna parte, podría darle una puñalada entre las costillas.

Todo esto por acá ha estado cambiando para mal y para mal. Están convirtiendo en oficinas de quién sabe qué esas casonas frías de Teusaquillo por las que papá se paseaba tomado del brazo de los demás políticos que la gente de entonces veneraba. Están llenando las primeras plantas de droguerías y de tiendas. El ladrillo de las fachadas se ve sucio. Los árboles andan de invierno. Se están avejentando las calles que le parecían tan grises y tan rojas y tan verdes cuando recién vinieron de Cartagena a vivir en Bogotá. Qué grande se veía todo entonces. Qué cielo tan diferente al de allá. A veces, de tanto en tanto, tiene ganas de volver por esos lados, pero justo a tiempo prefiere estas nubes que se nos caen a todos de su peso, porque la Costa es la tierra de

papá y papá se niega a hablarle por comunista y por haberse pasado la vida defendiendo a mamá.

—Pero tú qué habrías hecho si yo no hubiera ido hoy a la oficina, Alfo —pregunta Marcela con una noticia en la punta de la lengua—, qué habrías hecho si yo hoy no hubiera podido ser tu escolta.

—Tú eres mi escolta, Marce, tienes que seguir cumpliendo con tu oficio de aquí a que seas presidenta de la República —responde él unos segundos antes de entender que no se trata de una pregunta cualquiera—: por qué.

—Porque otra vez estoy embarazada —dice ella— y voy a tener que retirarme de la oficina porque tú ya has visto cómo me pongo con estos embarazos...

Vienen, entonces, todos los gestos: el de asombro, el de «mi hermanita adorada va a seguir aplazando su destino», el de «tienes que volver a la oficina», el de alegría. Querría darle un abrazo. Querría decirle que se siente orgulloso de ella, muy, porque por los 15 años que se llevan ha sido también su padre. Tiene ganas de advertirle que no le va a permitir que se quede en la casa como mamá, cuidándole la tras escena a un tipo como él, pero no dice nada porque ella ha sabido casarse con un tipo capaz de derrotar a las calculadoras. Va a decir el lugar común que hay que decir en estos casos, va a decir «¡qué bendición!» como un ateo lleno de fe, pero entonces nota que han abierto el techo del microbús para que no se ahoguen todos allí adentro. Y que le están diciendo que le toca a él sacar la cabeza por ser el más alto entre los pasajeros.

Marcela se ríe con el ceño fruncido: qué cosa tan rara. Pero a él no le parece nada chistosa la presión de estos pasajeros cocinados, sudados, condimentados, que necesitan que haya espacio y haya oxígeno en el pequeño bus en el que han caído como los personajes de una de esas películas de desastres que están dando en el Teatro Teusaquillo cuando menos se piensa: ¡*Terremoto!* Si no abren la puerta del techo, van a asfixiarse uno por uno. Si él no se corre y no saca la cabeza por arriba, van a sofocarse y a salir en la chorreante primera plana de *El Espacio*. Así que ni modo. Está claro que no saben quién es él ni qué trato se merece ni qué cultura lleva auestas, pero ni modo: saca la cabeza y ve la cola de los carritos que se han puesto de moda en la ciudad y el viento le pega en los lentes de las gafas y está a punto de reírse.

—Tendríamos que inventarnos algún negocio, Marce —dice de golpe, con su voz de aquí entre nos, cuando el microbús se acerca a la casona blanca de la 34 donde habrán de detenerse—, porque la idea es que queden todos estos niños con el futuro asegurado: parece que el negocio ahora es el azúcar.

Ella no le escucha ni una sola de esas palabras, ni siquiera «azúcar». Y le jala la mano como una niña y le dice que no se preocupe porque ya están cerca de donde tienen que bajarse: de la esquina de la 34 con 14. Tiene ganas de ver a su hijito. Que anoche, cuando supo que tendrían que irse en bus, les dijo «es que el carrito de Sebastián es de empujar». Se le sentó en las piernas al papá, que nunca nadie quiso tanto a un hijo y lo miró con tanto asombro, y se puso sus gafas y le pidió que le contara un cuento de cuando Bogotá era todavía en blanco y negro para que él se lo cuente a su hermanito apenas nazca. Dijo que ya no tiene pesadillas. Dijo que ya no le dan miedo los grandes y ya no le importa ser el más chiquito. Y se puso a jugar al profesor en su tablero.

Qué importa lo demás. Si ese niño se pone feliz y se duerme tranquilo porque tiene a sus papás ahí al ladito. Si ya no lo están acorralando los mismos monstruos en las mismas pesadillas. Y va a morirse de la risa cuando ella le cuente, en un ratito, que a su pobre tío Alfo le tocó sacar la cabeza por el techo del bus para que no los regañaran y cupieran los demás.

Viernes 12 de enero de 1973

Eduardo va a leer el tarot por primera vez. En la mesita cuadrada en la que siempre juegan y justo acaban de jugar king, junto a las cortinas de flores de la ventana que da al patio, Diego, Sebastián, Marcela y él observan fijamente el naípe. Quedan rezagos de la partida de cartas, se oye «tenía que perder para rematar este día de perros», «yo siempre me quedo con la k de corazones», «es que Eduardo siempre gana» y «la clave es llevar la cuenta de cuáles han salido» sobre el coro de las monjas de *La novicia rebelde* que viene desde el tocadiscos, mientras el consultado mezcla la baraja como si no estuviera metido ahora de profeta, sino de tahúr. Quién va a consultar primero. Tendría que ser su esposa, Marcela, que hoy sí que necesita saber qué va a ser de su futuro y fue quien lo convenció de lanzarse a esta clase de lectura, pero los hermanos de ella se disputan el honor como un par de niños: «¡yo!», «¡yo!».

Sebastián es el elegido, señoras, señores, por una razón simple pero irresistible: porque ha sido él —que ha preferido la muerte a encerrarse, con la imaginación maniatada y el futuro en vilo, en un perverso despacho del centro de Bogotá o en un salón de clases sin ton ni son— quien ha aprendido primero a leer el tarot. Y de cierto modo tiene derecho a constatar que Eduardo, en efecto, tiene el don de ver en las cartas las posibilidades de su vida. Pone la mano, pues, sobre la baraja barajada. Parte en dos. Elige, entre las doce casas posibles, las primeras seis que le vienen a la cabeza. Y con su mirada pacífica y paciente y digna, que es, según dice él mismo, «lo único práctico que tiene mi forma de ser», vigila la lectura. Ajá. Sí. Así se hace. Así es.

Los tres hombres, Sebastián, Diego y Eduardo, van de corbata como recién llegados del trabajo: ese es un dato importante, ese es un dato diciente. Sebastián lleva un bigote largo y liso. Diego tiene gafas oscuras rectangulares. Eduardo, el físico de 32 años, de pelo negro, negro, que desde niño ha creído en lo invisible, anda vestido de chaleco. Y ninguno de ellos, ni siquiera Marcela, de 24, que se ha puesto encima de la pinta de hoy el pesado saco blanco de lana porque vive muerta de frío y de sólo pensarlo le da escalofrío, se va a atrever a quitarse una sola prenda porque ha estado helando en las noches de Bogotá. Hoy, viernes 12 de enero, es el último día de las cabañuelas: si los vaticinios de los viejos tuvieron alguna vez algún sentido, entonces como sea el clima de hoy será el clima del último mes de este 1973.

Eduardo está leyendo el tarot por primera vez. Su ceño se frunce pero es como una sonrisa. Su voz cambia. Sus ojos de niño, detrás de sus gafas, se abren más y más y más. Y entonces cada imagen está compuesta de pequeños gestos y planos inesperados para descifrar: y este arcano más este arcano más este arcano significan que una enfermedad que rondará al consultante, que son todas estas espadas, será superada antes de lo previsto; y estas copas junto a estos oros hablan de un periodo de dudas marcado por los deseos insatisfechos que está a punto de llegar a su final; y estas figuras mezcladas anuncian el fin, quizás no a favor, de un problema de vecinos; y estos caballos y estas sotas y estos bastos, sumados a la carta de la Luna, anuncian una serie de peligros que hay que superar, y un problema inesperado con la policía. Sí, con la policía. No le pregunten por qué, pero el tarot le está diciendo eso.

Los hermanos Romero Buj, Sebastián, Marcela y Diego, se miran uno por uno como cuando sobrevivían juntos a las locuras de su padre y descubrían a su madre tomándose un vasito de triple sec «para superar la gripe, niño».

Y mientras en el tocadiscos suena el *My Favorite Things* de la película, convertidos los tres en cómplices de lo que vendrá, se dejan llevar por un ataque de risa que no les volverá a dar: jajejijoju.

Siga aprendiendo, Eduardo, siga intentando: ja. Póngales atención a las señales, por el amor de Dios, para que luego no vaya a decirle a la suegra quién sabe qué barbaridad: je. Entrene, querido profesor, ensaye con su señora esposa antes de lanzarse a vaticinar barbaridades: ji. Que no hay ninguna posibilidad de que un hombre que se la pasa inventándose cosas, y nada más, y nada menos, termine metido hasta el cuello y de buenas a primeras en un lío con la policía: jo. Que mejor ellos dos, Sebastián y Diego, se vuelven a sus casas antes de que les predigan un cambio de sexo o una carrera en la política: ju. Adiós, Marcelita, adiós. Hasta luego, profeta, nadie lo es en su tierra. Saludes a Eduardo hijo, que cada día está más vivo, apenas se despierte. Descansen, descansen los dos. Váyanse a ver *Peyton Place* en el canal local que ya va a comenzar.

—Y tú no te preocupes más por eso, Marcelita —le dice Sebastián, suavemente, desde el pasillo de salida—, que a papá no lo entiende ni un equipo de psiquiatras y tú eres la única de la casa que puede con él.

—Si él me grita, yo le grito más duro —reconoce ella, pero está demasiado cansada para decirlo tan fuerte como querría decirlo.

Se siguen yendo. Se van. Eduardo los acompaña, derrotado pero con su sentido del humor, y les abre y les cierra la puerta de madera. Ha estado a punto de reírse con ellos, ja. Y sin embargo —suele ganar en el king y no es lo usual que algo le salga al revés y no le gusta esta sensación de que hay una disciplina que no está dominando— apenas deja de oírlos detrás de la entrada se queda pensando con las manos en los bolsillos de paño, frente al reloj de cucú que hipnotiza a su hijo, que hay algo muy raro en su fracaso. Sabe leer la personalidad en la letra de cada quien. Sabe leer entre líneas las líneas de las manos. Y por estos días, en aquella soledad tan suya de su estudio, que tiene algo de laboratorio y algo de celda monacal, ha estado fijándose en cada carta del tarot de Marsella. Dónde está Marcela. Qué se hizo si ya ha dejado las sillas y las porcelanas de la sala en su lugar; si no está en el jardín recogiendo el sillón inflable y la jirafita del bebé y el coche del que está tan orgullosa; si no está sentada, en el cubrelecho de cuadros de la habitación, fijándose que la reproducción del Cristo de Dalí no esté torcida y el relojito de madera de su mesa de noche está marchando.

Está la casa en silencio. Palermo es un barrio tranquilo, sí, por descontado, pero aquí adentro nadie llora ni se queja.

Ni siquiera en el cuarto del bebé. La mamá —aquí está— lo tiene acunado, extraviada en ese amor con el que no contaba, para que se vuelva a dormir. Y le dice en voz baja, muy baja, que menos mal ella está viva para verlo vivir, y ella no se va de este mundo mientras esté él. Y que mañana sábado vienen las dos abuelitas con sus gabardinas grises, Aurora y Mercedes, a consentirlo: «qué lindo es...». Y vienen los cuatro primos Silva, sí, a jugar y a reírse en el jardín. Y viene el tío Guillermo, que lo quiere tanto, a hacerle las preguntas de siempre. Y él se va durmiendo otra vez y sólo dice «sí» y dice «mami» y repite «mañana» porque anda perdido entre sueños. Se queda pronto, adormilado y mudo, en el corral de la cama. Y sus padres salen de la habitación con cara de fin.

—¿La mamá no quiere que le lea el tarot? —le pregunta Eduardo a Marcela en el camino a la

cocina—, ¿o prefiere sentarse a ver su *Peyton Place*?

—Pero usted anda cansado, ¿no?, *Peyton Place* es lo de menos.

—Pero ¿no ve que tengo que ensayar para no seguir espantando a mis clientes?

Y desde que se salió de las oficinas perfectas del Banco de la República, que le prometía no sé qué futuro a cambio de su vida, respira mejor. Y desde que aceptó organizar el Departamento de Física de la nueva universidad, de la Escuela Colombiana de Ingeniería, le rinde mucho más el tiempo. O sea que siéntese en la mesa de juegos que sigue en la sala. Baraje. Haga un círculo de cartas con la mano izquierda. Revuelva. Reagrupe. Parta por la mitad. Y pregunte qué va a ser de ella y todo lo que necesite para dejar de preocuparse por lo que su hermano Sebastián acaba de llamar «eso»: que ha tenido el coraje de decirle a su papá, Romero Aguirre ni más ni menos, que por ningún motivo va a volver a trabajar con él en su despacho.

Trabajaron juntos un par de años nomás. Desde que ella defendió con Mirentxu, su amiga desde los cinco, su tesis sobre la simulación en los actos jurídicos. Desde que ella se graduó, mejor dicho. Y, a pesar del pasado y de la volatilidad de su padre, la relación no fue mala. Fueron juntos a los juzgados: «no me anime a desearle la muerte, señor juez»; «que me digan como les dé la gana, señor Aguirre o señor Romero, con tal de que me paguen»; «aquí donde ve usted a mi eminente hija, con carita de pastorcita Marcela y de niña digna y delicada, en realidad es una mujer terrible», dejó dicho Romero Aguirre, con ese vozarrón que retumba y deja rastro, en los corredores de la justicia colombiana. De vez en cuando, apenas se iba la tarde y salía del despacho el último político conspirador y cerraba las persianas de madera como bajando el telón, le susurraba «oye Marce: si yo le hago caso a la Anapo, y termino lanzándome a la Presidencia por el movimiento del general, tú te quedas a cargo de esta firma».

Marcela, que se pasó la adolescencia defendiendo a su mamá de los desplantes de su papá y le dijo en su cara «mujeriego» y «viejo pendejo» y «a mí no me grita», logró adaptarse al despacho de Romero Aguirre. Superó los días de la universidad en los que la señalaban por ser la hija del único muerto político que ha habido en Colombia. Superó en plenos exámenes el escándalo aquel que armó en el Congreso por cuenta de las argucias de Nacho Vives, que lo grabó despotricando sin decírselo, cuando acusó sin titubear a Vargas, a Fadul y a Peñalosa de corruptos asquerosos: «Lleras Restrepo acabó conmigo...», «Lleras Restrepo es el villano de esta historia...», «Lleras Restrepo se robó las elecciones...». Aguantó que fuera por el barrio diciendo «vengo a traerles el pan a mis mujeres». Soportó a sus mujeres. Resistió, en los días de colegio, los brotes de locura y de violencia que enajenaron a sus dos hermanas. Y, cuando se fue a trabajar con él a la oficina, recordó por qué lo quería tanto cuando era niña.

Por grandilocuente, por megalómano, por inteligente, por chistoso, por costeño, por sabiondo, por amoroso, por ingenioso, por sagaz, por gigantesco, por gritón.

Pero todo cambió el día en que Romero Aguirre, su padre, tuvo a bien traer a la oficina a aquella nueva mujer y a aquella nueva hija. Ni la señora, Mercedes del Carmen, ni la niña de dos años, Socorrito, tuvieron la culpa de nada. Se portaron bien, muy bien. La señora como una señora y la niña de dos años como una niña de dos. Y no fueron las primeras, no, aunque quizás sean las últimas: hace un año, en un juzgado de Paloquemao, se le presentó tímidamente («espero que no te moleste...») un hermano abogado llamado Lisandro Romero, y con la venia de su madre se han estado haciendo buenos amigos, buenos hermanos, «ajá, Marce». Pero esta vez Marcela se sintió engañada en nombre de su mamá, de Aurora, resignada y silenciosa y a la espera de quién sabe qué. Y se sintió fuera de lugar. Y, definitiva y tajante, decidió que prefería no volver a ese despacho nunca más, ¡tras!

Hoy llamó papá a la casa de siempre, a la casa de la 23, 2132528, a decirle «Aurora: pero por qué esta niñita que sí parece hija mía se niega ahora a trabajar conmigo», «Aurora: ¿qué voy a hacer sin ti, hija, si me lanzo al fin a la presidencia?». Y mamá le respondió «pues porque no se siente cómoda en tu nueva vida, por eso», «ay, Alfonso...». Y entonces él marcó el teléfono de esta casa, 2496169, y Marcela tuvo que oírle hasta de qué se iba a morir, pero lo mandó al carajo apenas le dio un respiro: «¡hasta luego, señor!», «¡adiós!». Y clavó la bocina en la base del aparato negro, que estaba en esta sala cuando ellos tomaron en arriendo este apartamento en el primer piso, como si quisiera que el mundo pagara por todo lo que permite: ¡tas! Qué rabia. Qué ganas de romperlo todo. Qué tristeza quedarse sin papá.

Ah, ella es fuerte, ella no se deja de nadie desde que se les enfrentó a esas brujas que por poco la enloquecen. Pero esa llamada la entristeció.

Eduardo sabe. Si es sincero consigo mismo, si se deja llevar por las reflexiones que ha tratado de evitar desde niño porque son trampas y arenas movedizas y la vida es la vida y nada más, muchas veces no sabe cómo consolarla, cómo ponerse en su lugar.

Pero ahora, que la ve agotada y sin consuelo poniendo el disco de *La novicia rebelde* por el lado b, se le ocurre leerle el tarot. Y quien está leyéndolo no es exactamente él mismo, no, que normalmente deja pasar las pequeñas señales del amor, sino una versión de sí mismo mucho menos contenida que se atreve a decirle que es una mamá bella, brillante y valiente; que tiene el as de oros en la vida familiar porque su propia familia, a pesar de los enemigos y de los envidiosos y de las trampas en las que todos caemos, va a ser su buena suerte; que dentro de poco va a tener un segundo hijo que va a ser como la cuarta pata de la mesa; que siempre tendrá mucha oposición, siempre, pero todo estará bien; que podrán atravesársele en el camino muchas, muchas veces, pero siempre fallarán porque no se le atravesarán en el camino de ella, sino en el de los demás; que el arcano de la muerte le sale en el trabajo porque nunca más va a trabajar con un hombre brillante pero déspota pero cariñoso pero caprichoso pero idealista que es su padre; que se ve aquí que se irá a trabajar con otro protector, su hermano mayor, tan parecido a su padre que no se hablan, y sin embargo todo irá mejor en esa nueva firma; que su futuro laboral hoy se ve borroso pero va a ser memorable porque nunca va a entregarle a nadie sus convicciones; que ha tomado el camino correcto; que piensa y piensa en salir de Colombia, porque esto le parece mezquino y fangoso, pero por el momento su destino está aquí; que es inevitable que se preocupe, porque su sistema nervioso es un avispero, pero lo cierto es que tiene un esposo que no se va a ir a ningún lado.

Suena *Edelweiss* en el fondo porque la lectura se ha terminado. Y, cuando Marcela está diciéndole a Eduardo «gracias, sumercé» como si cinco años después de casarse ya tuvieran 67 y 75, suena el teléfono negro a pesar de los golpes: ring, ring, ring.

Quién puede estar llamando, Dios, a las 11:15 p.m.: su hermano Sebastián. Qué está diciendo: que acaba de llegar a la casa. Y por qué llama, súbitamente tartamudo y súbitamente disléxico, si no está llamando para decir que llegó bien: para contar que apenas llegó a su casa, resignado a la noche, se encontró cara a cara con un par de policías que estaban allí para resolver de una buena vez los problemas que están teniendo con los vecinos. ¡Hágame el favor! ¿Pueden creerlo? ¡Tiene que pagar una maldita multa o irse para la cárcel o no sé qué más barbaridades hacer si no soluciona una bendita humedad que está acabándoles una pared a los de al lado! ¡Estuvieron a punto de llevárselo a la estación de allá abajo porque le pareció infame, y se los dijo, que un viernes en la noche le mandaran a estos tipos a amedrentarlo!

Pero luego, cuando se fueron, cayó en cuenta de que aquella escena delirante e imposible se la

había vaticinado el tarot. Y la rabia se le fue degradando hasta volvérselo una atolondrada risita entre dientes.

—Cuéntaselo a tu tarotista, Marcelita, cuéntaselo ya mismo si todavía está despierto —le dice Sebastián, con su voz que va palabra por palabra, como tragándose sus carcajadas de hace unas horas.

Marcela cuelga y sale corriendo a darle un abrazo a Eduardo, y unas palmaditas en la espalda más, y le recuerda que «el que ríe de último ríe mejor» antes de contarle lo que acaba de pasar. Y él, que levanta las cejas y la abraza a su manera, le dice en chiste un «yo sabía» que es uno de esos orgullos pequeños e invisibles que ha estado aprendiendo a permitirse.

Martes 21 de abril de 1970

Y sí: se robaron las elecciones. Ya qué. Ya no hay nada por hacer. Han estado pasando cosas muy raras en este país, pero, como han estado pasando desde siempre —qué tal los tanques en la Universidad Nacional, qué tal la muerte en combate del cura Camilo, qué tal la Violencia y el cierre del Congreso y el crimen de Gaitán—, decirlo suena cándido e innecesario, como decir que esto tiene un poco más de dictadura que de democracia. Y sin embargo lo del domingo, que parece haberse acabado hoy, por fin, es una vergüenza: todo el mundo se acostó pensando, pues eso aseguró la cadena Todelar y lo repitió el *Noticiero Telecom*, que el exdictador Rojas Pinilla había sido elegido presidente de la república de Colombia por 1.235.679 de hombres y mujeres cansados de los pactos de sangre y los arreglos bipartidistas. Pero *El Tiempo* de hoy titula «Reñidísima elección» y le da el triunfo a Pastrana Borrero por 2.617 votos.

Eduardo y Marcela salieron temprano a votar, un poco después de las 9:00 a.m., porque las mamás de los dos siempre les han dicho que esto en cualquier momento puede volverse otro Bogotazo. A las 7:15 prendieron el televisor y vieron *Bonanza*. A las 8:15 vieron *Enemigos del crimen*. Y en vez de quedarse a ver la Santa Misa, que desde que se casaron han ido alejándose, curiosamente, de los curas, se arreglaron los dos para salir. Ya están más acostumbrados el uno al otro. Ya sabe él que ella es alegre y graciosa y amiguera, y buena, y que les tiene miedo a las películas de miedo. Ya sabe ella que él es irónico y encantador y solitario, y bueno, y que hasta en *El bebé de Rosemary* se queda dormido. Saben ya llevar a las familias de cada cual y encogerse de hombros ante los misterios del otro. Saben ya vivir de esta manera.

Ella se puso su jardinera gris sin mangas y, sobre los hombros un saco de soltera. Él se vistió con su ropa seria, de zapatos negros y corbata, pues no se le ocurrió nada mejor. Y salieron a la calle.

Hacía sol, un sol velado, desde el antejardín del edificio hasta el Carulla de la carrera 9.^a. Subieron por la 46. Doblaron la esquina para tomar la Avenida Caracas. Y luego giraron por el edificio circular del banco aquel para dirigirse hasta el patio del supermercado. No había tanta gente en la calle como ellos pensaban. Pero un par de veces, por las aceras de piedra decoradas de pasto y frente a las fachadas de ladrillo y enredaderas y susanitas de las casas inglesas del barrio Palermo, se cruzaron con un par de pequeñas bandas rojistas que gritaban vivas a su general. Eduardo, de 29, votó por Belisario Betancur y por sus listas al Congreso porque le cree eso de que es «progresista», pero para el Concejo de Bogotá votó por Virgilio Barco porque es un tipo serio. Marcela, de 21, que nunca en su vida había votado, votó por Rojas «contra los godos de los dos partidos» —y estimulada por las arengas telefónicas de Romero Buj y de Romero Aguirre—, pero no se lo digan a nadie: que la primera vez que votó, votó por Rojas.

Compraron pasta y pasta de tomate y carne para el almuerzo. Leyeron entre la risa y la angustia la noticia de que el loquito de Goyeneche, el profesor de colegio que, enloquecido por la política como un quijote aún más triste, siempre que hay elecciones se lanza a la Presidencia, ya tenía listos sus ministros por si acaso gana: «en este país uno no sabe...». Y volvieron al

apartamento a cocinar y a hacer el crucigrama del periódico (primera horizontal: «Escribo el dictado de las musas...») y a esperar los resultados de las elecciones.

Encendieron la televisión a las 2:30 p.m. y vieron el capítulo de *Gomer Pyle*, «una serie que ni fu ni fa», justo cuando por culpa de unas fotos falsas la gente empezaba a creer que el protagonista llevaba una doble vida. Hicieron una siesta y hablaron de cualquier cosa y un poquito antes de las cuatro encendieron la radio. Y como las voces de las noticias siempre vienen cargadas de urgencia y de sorpresa, y repetían, en la cadena Todelar, que todo parecía indicar que Rojas Pinilla llevaba la delantera, empezaron los dos a ponerse nerviosos. Eduardo llamó a Guillermo, su hermano, a preguntarle qué opinaba, qué pensaba: «estaría de Dios», le dijo, «pero ojalá no ganara ninguno». Marcela llamó a su amiga de toda la vida, a Mirentxu, a ver ella qué había hecho: «el voto es secreto», le dijo en chiste, y quedaron en hablar más tarde.

Eduardo entretuvo la zozobra preparando sus clases. Como la ansiedad no se terminaba, y en los boletines de la Registraduría empezó a ser claro que Rojas Pinilla iba a derrotar a Pastrana Borrero —y el establecimiento iba a crear la ilusión de una revolución por las vías de la democracia—, Marcela llamó a su hermano mayor, a Romero Buj, el comunista, para escucharle repetir su «Marce: no existe la menor posibilidad de que la oligarquía permita que ese chafarote empujado por comunistas vuelva a quedarse con la Presidencia». Y luego llamó a su padre, a Romero Aguirre, el liberal radical, para oírle gritar «¡ganamos, pastorcita, ganamos!» como un poseso nacido en Sincé, Bolívar. Sí estaba triste su papá, y sí se sentía mal y saboteado por el gobierno.

Pero se sentía reivindicado, «y pleno y pletórico», pues la derrota del Frente Nacional —una perversión de su propia idea de una tregua entre las élites liberales y conservadoras— era su triunfo.

Fue el propio general, al que llama «mi vecino», quien le pidió que «engalanara» sus listas para el Senado. Pero «el enano iracundo» del Lleras Restrepo se le atravesó, repetía, con la grabación aquella que fue una puñalada por la espalda: «¿tú también, Bruto?». Y su candidatura nunca despegó. Ay, siempre ha tenido el olfato del animal político, siempre, que es el olfato de las ratas: con sólo acercarse a una sala, Romero Aguirre sabe quién es el enemigo y quién el que se acabará volteando. Pero ese olfato de bestia salvaje, de sabueso y de elefante, es también una condena, porque empuja fatalmente hacia el sexo: con sólo acercarse a una sala, Romero Aguirre sabe quién es la infiel y cuál es la casta a punto de ceder, y nunca ha sido capaz de estarse quieto, y ese desenfreno y esa incapacidad de quedarse callado le han cerrado las puertas: «¡pero hoy vamos a ganar!».

A las 4:00 p.m. el gobierno clausuró la emisora de la Anapo, Radio Latina, para que no siguiera difundiendo «propaganda peligrosa». A las 9:50 p.m., cuando el país se quedaba sin aire, la cadena Todelar informó que el resultado de la suma de los boletines emitidos por la Registraduría en las capitales de los departamentos —que significaba el 80% de las mesas escrutadas— confirmaba que Rojas le llevaba a Pastrana 113.000 votos de ventaja. Pronto el gobierno exigió a la emisora que se limitara a transmitir los boletines oficiales. Y la censurada Todelar, en represalia, se dedicó a emitir bambucos: «ay, qué orgulloso me siento de ser un buen colombiano...». Y en el filo de la medianoche el ministro de Gobierno, que jamás se había visto algo así, reconoció que Rojas seguía ganando, pero sólo por 21.000 votos.

Y desde ese momento las demás cadenas se dedicaron a contar, resignadas y sin asomos de asombro, que a las tres de la madrugada —por ejemplo— el general ya no sacaba 36.000 sino 28.000 votos en Nariño y no tenía 12.000 sino 4.000 votos en Sucre.

Y fue así como «el Tigrillo» Noriega, el ministro de Gobierno que se había declarado a sí mismo «el único autorizado para dar los resultados», anunció a las tres de la madrugada que, en un giro de los hechos digno del realismo mágico que ha estado poniéndose en boga, Pastrana estaba ganándole a Rojas por 4.346 votos nomás.

Y le cuentan a Romero Aguirre que todo fue porque un par de señores, el uno Pérez y el otro Garrido, abrieron las arcas y cambiaron los votos del uno por los votos del otro: «y la gente que creía que el dictador era el general...». Y le dicen a Romero Buj que los curtidos pero ingenuos delegados de la Anapo que se plantaron en la Registraduría no se dieron cuenta, en medio del despelote, de que entraban políticos con bolsas de votos por todas las puertas del edificio.

Rojas dio la pelea, y fue perdiendo la paciencia, de las 4:00 p.m. a las 4:00 a.m.: «una vez más pido a la Alianza Nacional Popular tratar al vencido con generosidad e hidalguía», «como cristianos debemos perdonar a nuestros enemigos», «hoy hemos conquistado la paz», «mi deber ahora, como se dice en lenguaje militar, es estar al pie del cañón, al lado del pueblo», «yo puedo responder por mí, pero no por las masas», dijo a la prensa de pie frente a la puerta de su casa. En la mañana del lunes, cuando vio que el diario conservador *El Siglo* titulaba «Rojas a la cabeza en cómputos electorales», alcanzó a decirse a sí mismo «no van a ser capaces de robarme las elecciones». Pero en la tarde, cuando vio a su hija María Eugenia gritándoles a los anapistas y a todos «¡iremos hasta las armas para impedir que el gobierno no reconozca el triunfo del general!» y luego pidiéndole a la gente que mantuviera la calma, se dio cuenta de que estaba perdiendo la batalla.

Marcela y Mirentxu, que están ya en quinto de Derecho, salieron temprano para clase el lunes 20. Y encontraron en los pasillos relucientes un panorama desolador. Ciertos compañeros suyos, los anapistas vergonzantes, los liberales encendidos y los conservadores enérgicos, paseaban de un extremo al otro —«con cara de circunstancia», dijo Mirentxu, «bajo la mirada compasiva de los otros»— como padres primíparos a la espera de la noticia de que ha nacido su primer hijo: ¿por qué habrán suspendido de golpe los boletines de la Registraduría?, ¿por qué tardaron tanto, tanto, tanto en contar unos miles de votos más?, ¿seguro que mi familia está a salvo en este momento?, ¿por qué no hay más noticias sino solamente esta sensación de que algo va a pasar, un 9 de abril más, un Bogotazo peor que el Bogotazo, en cualquier momento?

Tita Garcés les dijo a las dos amigas: «Mirentxu, Marce: si estos se roban las elecciones, tenemos que salir a protestar». Mirentxu se hizo la que no era con ella. Marcela le respondió «tú sabes que si yo salgo a protestar al otro día me echan de la universidad por ser Romero Buj».

Como todos los lunes, como todos los días, más bien, Eduardo se encontró en la esquina de la 45 con el profesor Otto de Greiff. Se fueron juntos, calle abajo, hacia la Universidad Nacional. «Buenos días, jefe», dijo De Greiff porque Eduardo es desde hace dos años el director del Departamento de Física. «Buenos días, jefe», respondió Eduardo porque qué va a ser él el jefe de uno de sus maestros. Hoy no leyeron. Caminaron. Compitieron a ver quién se sabía más segundos apellidos de los miembros de la facultad. Hablaron de las elecciones, por supuesto, pues nadie en Colombia es capaz de negar esta debacle, pero De Greiff cerró pronto el tema sacando de su billetera el vale «por el Ministerio de Educación» que le entregó el loquito Goyeneche el otro día: «gane el que gane, la bestia o el bruto, se me embolató ese ministerio, je», reconoció.

Apenas ingresaron a la Nacional, por la populosa entrada de la 45, se dieron cuenta y pensaron en voz alta que las clases estaban en veremos: en un pastizal frente a la Plaza del Che, de fondo una fachada llena de vidrios rotos, se encontraron con un grupo de estudiantes de quién sabe qué

al borde de un ataque de nervios.

Qué mañana, qué tarde, qué día fue. Que Bogotá amaneció militarizada porque «a la oligarquía no le vuelve a pasar otro 9 de abril». Que el Comando Nacional de la Alianza Nacional Popular (Anapo) declaró «que ante la evidencia del fraude y del atropello nos sentimos moralmente impedidos para contener la justa reacción popular y por ello responsabilizamos al gobierno y al presidente Lleras de las consecuencias que su doble y falaz conducta le traiga al país; que estamos tomando medidas necesarias y eficaces para impedir que la oligarquía le robe el poder al pueblo colombiano». Que mañana martes, o sea hoy, van a ser las manifestaciones duras. Que el obsesivo Lleras Restrepo, que no da puntada sin dedal y que estuvo en el Palacio Presidencial aconsejando a Ospina Pérez en pleno Bogotazo del 48, prometió al país que va a entregarle el poder al que gane, y pasó de elogiar a Rojas Pinilla por haber preferido la vía electoral a la vía conspirativa, y de reconocer que María Eugenia es «una extraordinaria dama», a aplastarlos en las elecciones. Pero que Romero Buj, como tantos revolucionarios de los de antes, siguió hablando con los maoístas para unirse a la protesta. Y que Romero Aguirre, el de la grabación, el único muerto político que ha habido en Colombia, acaba de decir por la radio que «suba o no suba al solio de Bolívar, el único triunfador de las elecciones de ayer es el general Rojas Pinilla, y su victoria corresponde al pueblo colombiano, que ahora o más adelante ha de cobrarla: el gobierno también se puede robar las elecciones y lo ha hecho».

Y es que allí había gato encerrado. Porque a las 9:00 a.m. del día siguiente la Registraduría, en su primer boletín luego de minutos y de horas de silencio, aseguró que Pastrana ganaba por 4.589 votos. Y a las 7:00 p.m., cuando la paciencia del último elector del último rincón del país se había agotado por completo, certificó que la ventaja inverosímil ya era de 22.490.

Ya en la noche, a salvo en este apartamento en este primer piso en la 46 con 16, Marcela le dijo a Eduardo «sumercé: esto va a volverse una matanza». Eduardo le respondió a Marcela, con un pedazo de salchicha ensartado en el tenedor, «quién sabe si mañana haya clase», «de pronto mejor no ir». Y afuera, en el pobre centro de la ciudad que ha visto todos los crímenes y todas las muertes, se dispersó a las turbas con gases lacrimógenos y se combatió el saqueo de los almacenes de la Avenida Jiménez y se enfrentó la pedrea rabiosa a la sede de *El Tiempo*, y Romero Buj y Romero Aguirre, que no se hablan, lo vieron cada cual desde su oficina. Y el primero dijo: «que arda». Y el segundo dijo: «pero habrá que dejar así, mi general, porque el fraude hace parte de las reglas del juego».

Hoy martes, apenas se despertaron, a las 5:30 a.m. de siempre, de un par de sueños intranquilos, Marcela le dijo a Eduardo «esto va a estallar» y «árbol que nace torcido...». Se incorporó en la cama en cámara lenta. Desde su lado, el lado derecho, apagó el despertador y corrió la cortina de la habitación como si estuvieran hablando del clima. «Abril, lluvias mil», se dijo, pero luego pensó que este mes no había caído una sola gota, y confirmó que estaba frío y despejado. Cuando vio que su esposo le daba un pequeño beso de buenos días, y que se levantaba a duras penas, con los ojos entrecerrados, para empezar la rutina, se resignó a asumir este día impaciente y tenso igual que un día cualquiera: un martes.

Fue una bola de nieve, una bola de gente. Luego de su caminata diaria por la 45, y de su recorrido por el campus entre los estudiantes dispuestos a todo, Eduardo Silva y Otto de Greiff levantaron la baranda de madera como de juzgado del Departamento de Física de la Universidad Nacional, se sirvieron, de la jarra de lata, un par de tazas de café, y se sentaron en la mesa de juntas con el teléfono raído a la mano a la espera de la noticia: «Colombia por fin estalló». Marcela Romero y Miren de la Lombana llegaron juntas y sin noticias del desastre a la tensa

Universidad Javeriana, y juntas se devolvieron minutos después porque los pocos que no habían madrugado a plantarse en la casa de Rojas para empezar la revuelta estaban pensando en irse para allá o quizás —por qué no— en irse a fumar un porrito en el Parque Nacional.

Dios, que los de la Anapo ya han dicho que van a empezar una guerra de guerrillas si esto se lo siguen robando al general.

Dios, que Piero en el concierto de hoy va a cantar *Mi viejo*, pero también *Los estudiantes*.

Temprano, desde las 9:30 a.m. y antes, todos los estudiantes de la ciudad estaban donde Rojas, todos: los del Moir, los de la Juco. El cura podía susurrarle a su general, que empezaba a sentir las puñaladas por la espalda de una gripa, «mi general: quienes no acatan el riesgo de cierto fraude, simplemente se niegan a tomar el camino de las elecciones como medio de conquistar el poder». Los emisarios del alto gobierno podían ofrecerles el oro y el moro para que reconocieran esta sucia derrota, «y el país siguiera adelante». *El Tiempo* podía ningunear, negar, injuriar a la Anapo, pero la Anapo ya era una revolución. Y la insurrección de hoy era un hecho. Y este 9 de abril que sucedía un 21 no sólo estaba pasando en el centro, que ya era un sangriento campo de batalla del Parque Santander hasta el militarizado edificio del periódico, sino también en Lourdes, Chapinero, Restrepo, Tunjuelito, El Carmen, Fátima, Centenario, San Carlos y Santa Lucía.

Por los lados de los almacenes Sears, Romero Buj gritaba y gritaba entre las masas «¡revolución, revolución, revolución!», «¡Rojas sí, otro no!», «¡viva Dios, viva Ho Chi Minh, viva Rojas!», porque los maoístas y los marxistas y los leninistas se habían unido con furia a la causa y era hora de desplegar las tácticas contra los soldados del régimen y de tumbar de paso a las élites de siempre: «invitamos a las grandes masas que depositaron su voto contra el Frente Nacional oligárquico a la unidad de acción contra el fraude y la represión y la explotación...», decía el volante que pasaba de mano en mano y se metía en los bolsillos de los abrigos y luego se pisaba, y sin embargo esta vez no eran los perros feroces del gobierno, sino los amigos del propio general los que insistían en pedir cordura y compostura en la protesta.

Dijo el congresista Nacho Vives, un vivo vuelto héroe, al oído de Rojas: «Mi general: póngase usted su viejo uniforme de gala para que el pueblo sepa a qué se atiene». Y el general dijo no. Y su esposa, doña Carola, agregó «Gustavo tiene gripa», como diciendo que no iba a permitirle a su marido que se graduara de dictador, ni que llevara a cuestras el segundo Bogotazo, ni mucho menos que se enfermara por este cochino país. Sí, el presidente Lleras Restrepo, que vio aquel 9 de abril desde los ojos de un mandatario arrinconado, tenía la ciudad sitiada por el ejército porque no iba a permitir que esto se desbocara, pero el conservador Rojas Pinilla había estado perdiendo, con las horas y los boletines y los consejos cristianos y las ofertas delirantes, el interés en la rebelión: lo suyo seguía siendo el orden, y eso dijo, y eso hizo.

Y unos le dijeron «viejo traidor», pero los que le interesaban más, los que siempre lo habían despreciado por chafarote y por rezandero y por colado en la fila de la Historia, ahora le dijeron «civilista».

Marcela y Eduardo se fijaron en que las puertas estuvieran con seguro, cerraron las cortinas de la sala y de la habitación y encendieron el televisor a las 7:30 p.m. porque iba a hablar el presidente: «se está gestando o se tenía preparado y se está queriendo llevar a su culminación un movimiento subversivo que, hasta donde llegan los informes verídicos que poseo, sería el más grave registrado en el país en cualquier tiempo»; «yo permaneceré en el mando hasta el 7 de agosto: no saldré antes de Palacio sino muerto y de esto deben quedar notificados tanto los que quieren promover desórdenes como los que resuelvan acompañarme en la guarda de la paz y de

la Constitución Nacional»; «no estoy dispuesto a permitir que incendien al país con informaciones tendenciosas y, a pesar de mi apego inmenso a la libertad de expresión, esta noche misma quedará establecida la censura de la radio».

Lleras Restrepo miró su reloj y señaló con el dedo a Eduardo y a Marcela y dijo: «son las ocho de la noche. A las nueve no debe haber gente en las calles. El toque de queda se hará cumplir de manera rigurosa y quien salga a la calle lo hará por su cuenta y riesgo, con todos los azares que corre el que viola en estado de guerra una prescripción militar». Y sí: se robaron las elecciones. Ya qué. Ya no hay nada por hacer. Desde ya pueden verse, si se corren las cortinas, las carteras, los sombreros, los zapatos, los paraguas y los guantes de la gente que ha arrancado a correr a sus casas. Qué miedo esta noche. Qué miedo los fantasmas de esta revuelta que se ha tragado el toque de queda. Y qué miedo este país.

Lunes 15 de septiembre de 1969

Apenas cruza el umbral de la entrada de la casa y deja sus llaves sobre la estantería, entre las porcelanas de los dos mendigos y los ceniceros repletos de cenizas, Marcela le dice a Eduardo que mejor se divorcie de ella porque lo de su familia jamás va a mejorar. Ha tenido el peor día y el peor mes de los que ha vivido en estos 21 años. Sus peores compañeros de Derecho, escondidos entre las nubes de incienso y mariguana, y bajo los apellidos que suelen mandar en Colombia, y tras la sotana implacable del padre Giraldo, se la han pasado susurrándole en broma —y la broma se le ha vuelto, semanas después, un insulto— «ahí va la hija de Romero Aguirre, el villano». Y Mirentxu, su inseparable que desde los cinco años es su hermana y desde 1953 ha compartido todos los salones de clases con ella, le ha estado repitiendo «usted como si no los oyera, amiga». Y Tita Garcés, María Teresa, su incondicional que se le ha vuelto su socia, le ha estado rogando hasta el cansancio «ay, Marce, no les parés bolas a los niños de la clase». Pero hoy sí le ha dolido todo. Hoy sí no da más.

—Yo lo entiendo si usted se separa de mí, Eduardo, y está a tiempo además porque no llevamos juntos ni un año —le dice ella a él sentándose en las sillas de tela verde de la sala—, pero créame que yo no pensé que esto fuera a ponerse así de horrible.

No, no está exagerando. A veces sí lo hace: a veces ata los cabos, como una dramaturga, en procura de la trama, en procura del suspenso. Pero esto en verdad ha sido demasiado. Y no ha parado desde las 8:30 p.m. del jueves 31 de julio de este año, desde hace 40 días y 40 noches, desde el momento mismo en el que por orden presidencial la radio nacional transmitió aquella grabación en la que su padre («Romero Aguirre, el villano...») llama hijueputa al presidente.

Lleras Restrepo detesta a fondo a Romero Aguirre. Traducción: el autoritario Presidente de la República de Colombia odia con el hígado y con el estómago —por bocón, por revoltoso, por libertino, por honesto— al exsenador, al exrepresentante, al excontralor, al exdiputado, al exdesignado. Ha sido su rival desde muchachos en el equívoco Partido Liberal, y él, el presidente, odia y va descontando a sus rivales cuando se le van atravesando en el camino. Romero Aguirre ha respondido mil barbaridades contra él, de frente, cada vez que se las han preguntado: «enano...», «déspota...», «marica...». Ha contestado con gracia de costeño sus ataques taimados de cachaco. Y ha sido de los pocos radicales enfrentados al Frente Nacional, el acuerdo entre liberales y conservadores para remplazarse en el poder (y evitar así la Violencia, y acabar con las «repúblicas independientes» de las guerrillas comunistas), que ha quedado en pie y «vivito y coleando» a pesar de haber visto con buenos ojos el principio de la dictadura de Rojas Pinilla, su exvecino.

Y en los últimos años había estado reencauchándose contra todos los pronósticos y todas las leyendas negras, el demente de Romero Aguirre, como un columnista rabioso de la prensa cartagenera, como un editorialista vehemente de la radio bogotana y como un candidato subversivo a la presidencia por la Anapo de Rojas «contra la maña de ningunear en las páginas bíblicas de *El Tiempo* a quienes le hemos servido al país», «contra los pocos cuantos dueños de

Colombia: contra los Lleras y los López y los Santos y los Gómez y los Ospina». Y tuviera chance de redimirse o no, fuera un loco o fuera nomás un político agarrado de la última rama ante el abismo, lo mejor que podía hacerse por si las dudas y por si las moscas era hundirlo, rematarlo. Y así se hizo, sí, así fue aquel jueves 31 de julio. Y de esta ya no se levanta, ja. Y de esta ya no se repone.

Lleras Restrepo abomina, aborrece, maldice a Romero Aguirre. Y el 31 de julio dio la orden dictatorial de transmitir por la radio del país la grabación en la que lo llama «hijo de puta» en el mejor de los casos para que acabara de hundirse en el fango de su propio pasado de una buena vez. A Romero Aguirre se lo ha tragado su propia locura desde que le hacía sombra en el Partido. A Romero Aguirre ha bastado siempre con ponerle el micrófono en la boca para que se convierta en su propio enemigo. Y esa grabación magnetofónica era una oportunidad imperdible para volver a arruinarlo, para volver a borrarlo del mapa del poder.

Como siempre, todo empezó mucho antes. Cuando, quizás porque a Lleras no le queda sino un año en el Palacio de San Carlos —esa es, al menos, la teoría del canciller López Michelsen—, en el Congreso empezaron a buscarle las manchas a su gobierno.

Fue Nacho Vives, el cuestionadísimo senador liberal del Magdalena, quien armó el lío gordo y sirvió el terreno para la venganza. A mediados de julio, cuando el ministro de Agricultura Enrique Peñalosa lo acusó de cobrar comisiones por debajo de la mesa a ciertos latifundistas, y lo presentó a la opinión como poco menos que un ladrón, Vives tomó la decisión de acabar con el gobierno antes de que el gobierno acabara con él. Montó entonces, desde el domingo 20 de julio hasta el viernes 12 de septiembre, un virulento debate en el Congreso —el más largo de la Historia patria— contra el señor Peñalosa. Y así fue como lo acusó, entre muchas cosas más, de tener contratos con el Estado a través de su firma con el señor Fadul. Y de robar al pueblo. Y de mentirle a la ciudadanía. Y de ser bajo. Y de permitirles a ciertos funcionarios del Instituto Colombiano de la Reforma Agraria la estafa, el robo, el estupro y el homosexualismo.

Y, consciente de lo mucho que le sirvió la estrategia al conservador Laureano Gómez, el Monstruo, para en su momento acabar con el régimen liberal y sacar a la luz los escándalos de turno, Vives supo hacerlo en vivo y en directo por la radio.

Y feliz como cualquier político con los reflectores encima y el auditorio en silencio, cuando se vio arrinconado por el establecimiento y convertido por las crónicas diarias de *El Tiempo* en el bribón de la historia, se llamó a sí mismo un mártir del pueblo perseguido por los aduladores de la presidencia y de las élites. Y se la jugó toda por encarnar la inconformidad de los que han estado odiando al antipático pero efectivo Frente Nacional, sí, y sus ampulosas intervenciones en el Senado se fueron alargando y alambicando, y la gente que siempre está segura —y algo de razón tiene— de que aquellos que están en el poder tienen mucho de enemigos y de mentirosos entonces se sintió representada. «¡Que viva Nacho Vives!», gritaron en las marchas, en las plazas, contra ese bipartidismo que no es más que una farsa. «¡Que viva!».

A falta de pruebas, que lo suyo no es probar sino discursarse, Nacho Vives se armó de una serie de grabaciones magnetofónicas que hizo de una serie de conversaciones informales que sostuvo con sus amigos y sus conocidos sobre el gobierno y los deslices de rigor. «Necesito más y más», le dijo, al final del recorrido, a su compadre. Y su compadre le respondió: «ajá, llámate a Romero Aguirre que él sabe cosas y anda diciendo que estos todos son corruptos». Y eso hizo: lo llamó. Y lo grabó sin avisarle, como no les avisó a Barriga ni a Espinosa que no estaban charlando sino que estaban al aire. Y fue entonces cuando cometió el error: pues en un momento de debilidad, cuando los titulares y los editoriales de *El Tiempo* empezaron a tildarlo de corrupto

—y aquí todo el mundo cree que lo que dice *El Tiempo* es la verdad—, por intermedio de un amigo de un amigo y a manera de bandera blanca le hizo llegar a Lleras Restrepo la «obscena e indecente» declaración de Romero Aguirre.

Y Lleras Restrepo la oyó, claro que sí, pero no sólo lo mandó al mismísimo infierno, sino que le hizo saber que lo aplastaría como a un insecto con su propio puño.

El jueves 31 de julio, cuando el debate ya no era un debate sino la radionovela nacional de mayor audiencia y comenzaba a convertirse en una batalla campal y el presidente amenazaba con renunciar como un niño haciendo pataleta si seguían ofendiéndolo, el acorralado Vives sacó su as en la manga: una explosiva conversación con el salvaje de Romero Aguirre, llena de sendas afirmaciones y de vulgaridades en contra de la familia del presidente, que él mismo había grabado, y que probaría a los colombianos de una vez por todas los «excesos dignos de una dictadura oprobiosa y tercermundista» que hemos estado soportando desde que Lleras Restrepo llegó al Palacio de San Carlos.

Tanto el gobierno como el Congreso aceptaron que se hiciera pública la grabación, pero con la condición presidencial de que no fuera a puerta cerrada, como Vives pretendía, sino que se transmitiera por la radio a las 8:30 p.m.: «la vulgar cinta debe oírse, no en sesión secreta, sino en sesión pública, para que aquí sepamos qué clase de villano es Romero Aguirre», se dijo. Y alrededor de las dos grabadoras grises, dispuestas sobre los escritorios de los senadores de la primera fila y frente a la pequeña tarima de la presidencia del Senado, se reunieron los senadores, los ministros del despacho, los periodistas y las barras —y los radioescuchas, y Eduardo y Marcela en el apartamento de la 46— a oír al vozarrón de Romero Aguirre despotricando como un loco del yerno y del hijo de Lleras Restrepo y todos quedaron estupefactos y asqueados.

Fue Vives, claro, quien lo llamó, quien le hizo las preguntas y quien le celebró las respuestas. Pero las palabras fueron suyas:

Óyeme bien tú, Nacho Vives, lo que te estoy diciendo yo hoy —se le oyó decir a la voz rejuvenecida, de golpe, de Romero Aguirre—: que el presidente de la República de Colombia no sólo es un enano maricón que tiene breve el rincón de la hombría donde no da el sol, que es lo único de lo que no tiene la culpa, sino que es un soberano e impune hijo de puta, una sanguijuela de las más pegajosas, un sablista detrás de los peores males de este país. Su familia está cavando el Estado como una mina. Su zángano acaba de volver de viaje con artículos de prohibida importación. Y el manilargo de su yerno acaba de adelantar una negociación vergonzosa con el gobierno soviético, por demás corrupto, para traerse doscientos buses troles que lo van a volver inmensamente rico. Y por mi madre y por mi padre que el encumbrado señor Peñalosa está aprovechando su ministerio para enriquecer su propia firma. Dale, dale con tu investigación...

Fue, según la clase política y según el diccionario, el acabose. Se escuchó por los micrófonos de Todelar, de Caracol. Y fue desmentido por una serie de protagonistas, implacables e inclementes, que salieron a los periódicos a tacharlo de personaje secundario. El presidente de la república se refirió, en un aparte bogotano e irónico de una eterna alocución, al «lenguaje hostil pero elevado de esa conversación que muestra la pureza de estilo de los contertulios». El jefe del Partido Liberal, Espinosa Valderrama, aprovechó para decir que «a Romero Aguirre se lo comieron desde hace muchos años los gusanos de su propia conciencia: por eso abandonó el liberalismo mucho después de que el Partido le retirara su confianza». La prensa tituló: «Gobierno desbarata la farsa de Vives». Y un reportero de *El Tiempo*, Luis Carlos Galán Sarmiento, se dedicó a probar en un extenso análisis del debate en el Congreso que el importador

de los troles era otro Germán Vargas (el retoño del Gallino, el millonario aquel), y que el hijo del presidente sólo se había traído dos carros suyos desde su exilio, y también era una infamia esa acusación.

Todo el mundo supo todo esto. Todo el mundo oyó y leyó lo mismo. Todo el mundo miró de reojo a los hijos de Romero Aguirre a partir del día siguiente.

Y si desde la instalación del Frente Nacional, ese bloque urgente e invencible, Romero Aguirre había sido desterrado «por opositor» de los círculos y de los laberintos del poder, esas declaraciones le cerraban con seguro la puerta de regreso. Y su candidatura disidente empezaba a morir antes de tiempo.

Los poderosos del Frente Nacional, de los jefes de los dos partidos a los directores de los dos periódicos liberales, se pusieron del lado del presidente. Y Vives no tuvo más salida que entregarse como un enajenado, y a punta de olfato de animal político, al papel del tribuno del pueblo que se le resiste a la dictadura; del líder costeño que denuncia la indolencia del centralismo bogotano; del senador que sí representa a sus electores y que pone en duda tanto el corazón como el talento de los tecnócratas —«quenoencarnananadiesinoaellosmismos»— de Lleras Restrepo; del padre de familia que se ha visto obligado a sacar a sus hijos del Gimnasio Moderno; del ciudadano que simplemente está expresando aquella gran verdad de a puño que es la enorme inconformidad de los estudiantes y los pobres con este gobierno autoritario y despótico que, escondido en las enaguas de la prensa amarilla de *El Tiempo*, imparte justicia desde el Palacio de San Carlos: «estaré envalentonado mientras tenga al pueblo unido...».

Y sí: la poderosa Anapo de Rojas Pinilla, que mal que bien consiguió 700.000 votos contra la elección de Lleras Restrepo, y las masas, siempre listas a derrocar al enemigo que nos miente —por supuesto, si alguien se lo señala—, apoyaron a Vives en sus manifestaciones de comunero de la Plaza de Bolívar de Bogotá al Estadio Eduardo Santos —ja— de Santa Marta.

Romero Aguirre fue entrevistado, el lunes 4 de agosto, en la Radio Santa Fe. Y a la pregunta de si se arrepentía de haber dicho lo que dijo en la conversación magnetofónica, respondió que lamentaba profundamente que Vives no le hubiera avisado que iba a ser grabada para pasar en el Senado: «de haberlo sabido, apreciado periodista, habría hecho nuevos cargos a la familia presidencial, habría insistido en que todo se reduce a que estos tecnócratas relucientes no saben cómo sobornar a los ajados pero reales políticos de antes, habría hecho la labor de recoger las pruebas de su corrupción pútrida, trasnochada, y habría reconstruido el prontuario de este excelentísimo presidente de la república que ha conseguido hacernos creer que la dictadura era la de Rojas, que ha estado volviéndose sordo a quienes no le chupen las medias y ha terminado de pervertir la idea sensata de un pacto entre los dos partidos que han derramado la sangre ajena sin asomos de remordimiento».

Hizo notar al país, que estaba escuchando como detrás de una puerta, que ninguno de todos los que habían aprovechado la ocasión para pasarlo del ninguneo al escarnio lo había acusado de deshonesto: de político, sí, pero de tanto en tanto no es lo mismo.

Duró un mes más, y más, el tal debate: 40 días y 40 noches, para ser exactos, de manifestaciones, de acusaciones de lado y lado, de mezquindades reproducidas por las emisoras! Y en los salones de jurisprudencia de la Pontificia Universidad Javeriana, que no son los de la Nacional ni los de la Libre, y no se pueden quitar el olorcito de la mariguana, Marcela se volvió una vez más «la hija de Romero Aguirre». Se hizo la sorda. Pasó de largo, «digna y distante», le dijeron siempre, cuando algún pendejo le gritó alguna barbaridad sobre su padre. Y lo soportó todo, sí, refugiándose con su amiga Mirentxu en los cines del barrio, y vieron juntas *Adivina*

quién viene a cenar, Los tuyos, los míos y los nuestros y Charada, y las películas les sirvieron de alivio igual que siempre.

Pero hoy, un fin de semana después del cierre del debate, ni siquiera el *Sube y baja* de Cantinflas, en el cinema ElDorado, le ha devuelto la paz.

Y, apenas cruza el umbral, le dice a Eduardo que es el momento de que él se divorcie de ella porque esta condena que está siendo su apellido no va a mejorar. Se quita la pañoleta de seda, anaranjada y azul, y se remanga el saco café de hilo. Y Eduardo le responde, en pijama, que no les dé más vueltas a las cosas, que a él «con todo respeto» no le gustan de a mucho los políticos, que sólo Virgilio Barco, el alcalde de Bogotá, que habla mal y habla poco y pone a andar las obras, le parece serio. Ah, le confiesa que le compró este libro porque le sonaba mucho: *El viejo Djin Jottabich*. Y, en vez de lanzarse un monólogo de Shakespeare sobre el amor que no es una facultad sino un hecho y un reparto, se queda mirándola más por encima de las gafas, como recordándole que separarse no es una posibilidad: cómo se le ocurre. Ella le da un abrazo, como rindiéndose, y se va a empiamar también.

Antes saca, de la mesa de noche, el álbum de fotos rojizo y rugoso —«Photo Album», dice, en letras doradas y en inglés, en la portada— en el que pegó las primeras fotografías del matrimonio el día en que llegó el hombre a la Luna. Y pasa las páginas una por una, por una como quien relee el paraje favorito de un libro para acordarse de una parte de la historia, para aprenderse una escena de memoria. Sabrá Dios para qué se casaron. Sabrá Mirús. Sí, claro, la causa, la razón de ser, la versión oficial de cualquier amor es el amor precisamente, pero todo pasa por algo y para algo. Y viendo las fotos es claro que son cómplices, que han asumido a ciegas esta misión como dos soldados abandonados por la tropa, que son un par de huérfanos que han encontrado al fin su casa. Ay, este apartamento de paredes tan blancas que se ha estado llenando de porcelanas y de cuadros poco a poco.

Deja el álbum donde estaba, «al que madruga Dios le ayuda», piensa, y se pone la pijama. Y en el espejo del baño, que tiene una grieta en una esquina, se bautiza a sí misma «Marcela Romero de Silva».

Y piensa que todo en su vida ha sido extraño, cuesta arriba, cada uno de estos 20 años, pero que quizás ya sea tiempo de tener un hijo.

Domingo 20 de julio de 1969

Da la última vuelta bajo las cobijas. Busca las gafas en la mesa de noche porque todas las señales —los trinos y los murmullos y los tarareos— parecen indicar que ya no va a dormir más. Es un domingo de fiesta: ni más ni menos que el Día de la Independencia de Colombia. Pero sí, no va a dormir más. Se amarra el reloj de bordes dorados a la muñeca: 6:15 a.m. Se pone un saco motoso de lana sobre la pijama porque está haciendo mucho frío. Recorre el apartamento desde la habitación hasta la sala en busca de su esposa. Y se la encuentra sentada a la mesa del comedor, a la Marcela, pegando una última fotografía en un álbum rojizo y rugoso y argollado en cuya portada puede leerse «Photo Album» en letras doradas y apaisadas. «Ajá», le dice él, «con que acá estaba». Y ella, que se le cierran los ojos, le responde «es que no pude dormir pensando que hoy un hombre va a pisar la Luna». Y le muestra la foto final: las escaleras de una casa rosada y azulada de Curazao. Y le recibe un beso tímido en la boca.

Se va a la cocina a hacerse el café. Ella lo prepararía, porque está siempre lista a hacerle la vida más fácil a todo el mundo, pero sólo a él le queda como él lo quiere.

Por ahora no quiere nada más. Leer el periódico quizás: «El mundo pendiente de la hazaña», «A las cinco se instala hoy el parlamento», «Dos horas de angustia ayer en El Dorado», «Cómo fue visto por los niños el ovni de Anolaima», «Doble investigación penal contra Nacho Vives», lee. Y en vez de ponerse a hacer el crucigrama de hoy, ahora que ella se ha ido a la cocina a «preparar alguna cosa de desayuno», abre el álbum como si estuviera espiando el diario de quién sabe quién.

En la primera foto de la primera página está ella, de apenas 20, con el arreglo de claveles blancos y amarillos y rojizos que él le mandó un día antes del silencioso día de su matrimonio: el viernes 20 de diciembre, en plena Navidad, del año pasado. Está en la sala de la casa de su mamá con el pequeño televisor a sus espaldas. Tiene puesta su minifalda de cuadros cafés y habanos. Lleva, remangado, su saco azul de hilo. Y tiene en la mano la peinilla con la que estaba arreglándose el pelo mojado. Se ve como es: feliz, pero más sensible que todos los demás, pero fuerte, pero delicada, pero valiente, pero tímida, pero lista a pelear con el que haya que pelear. Qué rara es y qué inesperada: él, en sus 28 años de vida, no había visto una mujer como ella. De pronto se le escapa una grosería. De golpe se pierde en un monólogo vehemente contra el bipartidismo y contra los gringos y luego se pregunta y le pregunta alguna cosa sobre la relatividad.

Desde los días en los que empezó a conocerla y a aceptar que ello podía tardar toda la vida, en las reuniones de las Congregaciones Marianas de 1963, cuando ella apenas era una niña de 15 años que pintaba bodegones al óleo y decía lo que pensaba y él era ya un físico de 23 a punto de graduarse de ingeniero, pensó que tenía que casarse con ella, y con nadie más. Ella le respondió «no creo que me den permiso» porque fue lo primero que le vino a la cabeza, y porque la tomó completamente por sorpresa, esa noche de aquel diciembre en el que —mire usted a sus hermanas mayores: bellas y extraviadas y malogradas por su padre— había estado pensando que

esta vida era demasiado para tan poco. No le pregunten por qué, porque la ciencia aún no lo sabe (y quizás haya que ir a otra dimensión para entenderlo), pero desde esa vez él se puso a esperarla hasta que cumpliera los 18.

Siguen, en el álbum arrugado, las fotos de aquella boda de puertas para adentro y de madrugada: ellos dos entrando a la iglesia en Sibaté, a las 7:00 a.m., sin padres que los entreguen; ellos dos pendientes de las manos del padre Romero, a unos pasos del altar, junto a una pared llena de íconos bizantinos y de ventanas ornadas con vocación de vitrales; ellos dos poniéndose las argollas matrimoniales en las manos temblorosas; ellos dos, unos segundos antes de comulgar, mirando al punto invisible al que se mira cuando no hay adónde más mirar; ellos dos acompañados por sus dos padrinos, por Mirentxu y por Álvaro, en las últimas escenas de la misa; ellos dos, en el salón del lado de la capilla, partiendo el ponqué negro de pasta blanca que compraron en la pastelería Cyrano: qué curioso pero qué parecido a ellos dos —piensa él—, que en ninguna foto salgan mirando a la cámara.

Y que ella lleve un sastre blanco hecho por su propia mamá, por doña Aurora, y un moderno peinado de pelo corto de los que se están usando ahora. Y que él le haya dejado el precio, en una manga, al elegante traje gris con chaleco y con mancornas que se compró en la sastrería del centro.

Esta foto la tomo él. Es el desayuno que el cura Romero les ofreció, «ya que no van a hacer fiesta», antes de que se fueran corriendo al aeropuerto para que no los dejara el avión a la luna de miel. Y está el sacerdote. Y está doña Aurora, al otro lado, que no iba a ir porque ellos —que no querían que se les volviera el matrimonio un monstruo de aquellos— no invitaron a nadie, pero terminó yendo con la excusa de que anda muy preocupada por su niña enfermiza que cuando era bebé estuvo a punto de morírsele en los brazos en Cartagena porque ni dormía ni comía ni podía abrir los ojos. Y más allá se ven los únicos dos invitados: los dos padrinos. Y después el monaguillo y la empleada del lugar y un señor encorbatado que nadie supo bien quién era.

Esto es la luna de miel. Ellos dos en el aeropuerto El Dorado quejándose porque el avión a Barranquilla se ha retrasado tanto tanto que van a perderse —y sí: lo perdieron— el esperado vuelo a Aruba; ellos dos en la cabañita, el sillón y la palmera de la playa de Bonaire; ellos dos en el balcón, el espejo y la fachada del hotel de Curazao; ellos dos haciendo el esfuerzo, «¡ya!», de salir juntos en una misma foto porque no hay nadie por ahí a quién pedirle que se la tome: la verdad es que eran los únicos dos jóvenes en ese par de islas llenas de viejitos y viejitas francesas que, según les dijeron, se habían puesto en la tarea de darle la vuelta al mundo en los días que les fueran necesarios, ja, y los miraban como a los últimos dos ejemplares de una especie en vías de extinción, pero pedirles que les tomaran una fotografía habría sido una ofensa.

Se pone un vestido y una corbata que le gustan porque este es un día importante. Se dedica a tomarle fotos a ella, que se le parece a alguna de esas estrellas de cine de ahora, el resto de la mañana. Y retratarla es una manera de decirle, pues no se le ocurre otra y una palabra de afecto es un hallazgo cuando uno ha sido educado como antes, que su belleza no puede pasar como pasa todo. Qué rara es y qué inesperada y qué extraño sería no estar con ella: mientras la ve planchar la jardinera negra de hoy a la hora de *Ironsides* y la ve arreglar la casa para los invitados a la hora del noticiero, se le ocurre que ni en la primera ni en la segunda familia a la que sobrevivió en aquella infancia tan dura, de novela del siglo pasado, que recordarla no sirve para nada (para pensar, si acaso, en que todo tiempo pasado fue peor, y la nostalgia es tontería), se encontró él con una mujer tan decidida a ser ella misma.

Se ha ido la mañana. Y, antes de que se vaya el mediodía y justo a la hora del almuerzo, llegan

a este apartamento en la 46 con 16 sus tres invitados de hoy: ¡ring!, ¡ring! Sebastián y Diego, los hermanos de Marcela, entran diciendo que todo parece indicar que el módulo lunar del Apolo 11 va a tocar la Luna a las 3:15 p.m. y que ya andan en fiesta en el Parque de los Hippies, en la 60, a pesar de que ayer los sacaron corriendo de allá. Doña Aurora, la mamá, que ya se dio cuenta de que él sí va a cuidarle a su hija («hola niña», la saluda con una ternura que se la ha ido tomando desde que el último de sus hijos dejó de ser un niño), se quita el abrigo, se sienta en la silla que le ofrece su yerno y sin más preámbulos pregunta qué tan cierto es que luego irán a Marte. Seguro que sí. Seguro que después de esto va a empezar la guerra de los mundos.

Hoy, tal como le sucede de tanto en tanto, Eduardo es un espectador. No es que no participe en las escenas del día, no, no es que se extravíe en sus pensamientos, sino que se queda mirándolo todo como un niño que no puede creerlo. Responde lo que se le pregunta: «sí, cada vez que pagamos una cuota del televisor nos dan un vaso en Murcia», «sí, el televisor es Philips». Ofrece lo que le corresponde: «¿quién quiere un café?». Y cuenta cómo le ha seguido yendo en la dirección del Departamento de Física de la Nacional: y habla del Consejo de Directores de Ciencias del otro día, junto a los eminentes profesores Herkrath, Zethelius y Federici, que más bien pareció una obra del teatro del absurdo porque se les fue todo el tiempo hablando de la falta de presupuesto y del estado de los salones y de la letra menuda del reglamento y del descontento del personal con el gobierno y de la irreverencia de la juventud porque él también es el único joven de ese mundo.

Sí, Eduardo hace su parte, su papel, pero sobre todo, porque es un día de aquellos, se dedica a mirar a los Romero Buj.

Él no quiere una Reclinomatic para ver televisión: mejor para la espalda, cree, una silla dura. Él no habla, como ellos, de su infancia, pues la de él fue misericordiosamente corta. Él no se queja de su papá, como ellos se quejan de Romero Aguirre («no, mamá, padre es quien lo cría a uno», manotea Marcela), porque su padrastro de novela del siglo pasado no lo formó, sino que lo miró de reojo, pero quién quiere regodearse en malos ratos. Él siempre ha sido él, y ha sido *el profesor* desde que cumplió 10 años y el maestro de Matemáticas le pidió que resolviera en el tablero las ecuaciones que él mismo no podía, y sólo hasta ahora está aprendiendo a dejar en manos de alguien más lo que le pasa. Se queda callado mientras sus cuñados se le vuelven a quejar de no haber invitado a nadie al matrimonio. Y, apenas pasa la avalancha, les dice que todo podría ser peor: que su hermana Sara se casó el día del cumpleaños de su esposo, el señor Morales, y su hermano Guillermo se la entregó en el altar, pues «padre es quien lo cría a uno», tarareando el *Happy Birthday* y con las palabras «perdóneme la bobabita».

Se ríen de la pobre doña Aurora («no, mamá, tú estabas a punto de ser solterona», dice Marcela) por haberse casado a los 27 años. Se toman un par de fotos los cinco, juntos, porque ya van a ser las 2:30 p.m. Ya está por empezar el paseo por el espacio: ya empieza. Se ve en la pantalla «RTI Televisión presenta una transmisión exclusiva del Canal 7 Bogotá y Red Nacional y Telecom» vía satélite desde Estados Unidos y desde Venezuela. Y poco a poco se los va tragando a todos la ansiedad, por supuesto, pues es seguro que desde la Luna por fin va a verse a la Tierra con una compasión —«este pobre planeta azul que ha sido un drama lleno de sospechas y razones...»— que no se ha dado jamás entre esta especie. Quién sabe qué pase. En *De la Tierra a la Luna*, de Julio Verne, el proyectil da vueltas y vueltas como un satélite del satélite. En *Los primeros hombres en la Luna*, de H. G. Wells, los dos protagonistas se encuentran en las cavernas con unos extraterrestres que se hacen llamar «los selenitas».

—Cuando uno le decía a papá «muchas gracias, papá», si en un arrebató de humanidad le daba

plata para comprar cómics, él le respondía «para ti el Sol, la Luna y las estrellas» —les dice Marcela y se recuesta contra la pared blanquísima.

—«Solos, con cuatro horas de oxígeno a la espalda, Neil y Buzz vagan por la Luna» —lee Sebastián, de bigote y de saco cuello de tortuga, de la página 19 de *El Tiempo*—. «Millones de hombres contienen la respiración frente a su pantalla de televisión...».

—Hay que ir a conocer el Parque del Salitre —responde Diego, llevando el ritmo de su ansiedad con el pie izquierdo y acomodándose sus gafas oscuras, porque tiene la página siguiente a su lado.

—¿Qué tal que, apenas pongan un pie en la Luna, a los astronautas les salga un monstruo baboso como los de las películas? —se pregunta Marcela medio en serio, medio en broma—: uno no sabe.

Ya son las 3:00 en punto. Ya va a llegar el módulo lunar. Ya va a empezar el segundo capítulo de la Historia del mundo: el episodio en el que no sólo los expertos, de Galileo Galilei a Wernher von Braun, sino también «la gente», se dan cuenta de que la Tierra es sólo un pequeño apartamento en un pequeño barrio en una pequeña ciudad de un país que no comienza ni termina sino que apenas existe. ¿Todo esto?, ¿el discurso del presidente Lleras Restrepo, el anhelo de ganarse el Extra de la Independencia, el innegable enderezamiento de la economía, el 75% de abstención en las pasadas elecciones, la idea de que la izquierda es el fracaso del liberalismo y la noticia de que Estados Unidos le está ganando a la Unión Soviética la carrera espacial?: todo esto es minúsculo y ridículo y estrambótico cuando uno recuerda que está sucediendo sobre el escenario del espacio.

¡Dios! A las 3:17 p.m. y unos 44, 45 segundos la nave, el Eagle, termina su lento descenso a la superficie lunar. Se ve un cráter, en el mar de la Tranquilidad, a unos pasos nomás. Se ve en blanco y negro, y tembloroso, el telón de fondo sin fondo del espacio. Se ven las piedritas luminosas y grises de ese horizonte tan ajeno que es el verdadero horizonte. Se escucha en las salas incrédulas, desde esta sala despojada de cuadros hasta la más pequeña de Fuentes de Nava, que eso debe ser un montaje, que se ve la mano negra de Hollywood en todo esto, que parece hecho por los mismos que hicieron *2001: odisea en el espacio*, que en cualquier momento van a salir Vincent Price y Peter Lorre con sus miradas torvas y sus cojeras. Se escucha aquí que seguro que ya va a aparecer un marciano: «esa sombra está muy rara, mamá...». Y él se queda callado porque hoy es un espectador.

Y se pone a tomarle fotos a la pantalla del televisor porque nunca nadie había tenido la Luna enfrente, y él está seguro que es verdad.

Y está pensando que todo esto, las mujeres que han comprendido que sus maridos son niños solitarios, los esposos que han caído en cuenta de que sus esposas son un misterio, los viejitos franceses que dan la vuelta al mundo en no sé cuántos días, las parejas de recién casados que van descubriendo poco a poco que el amor no era eso sino esto, los matrimonios silenciosos a las siete de la mañana con unos pocos testigos, las reuniones de profesores entre las protestas importadas de los estudiantes de Derecho, las infancias sitiadas por los padrastros y las madres que nacieron cuando la vida no era dura sino simplemente así, las mañanas empujadas por los trinos y los murmullos y los tarareos, todo es conmovedor y es infantil en el mejor sentido de la palabra cuando uno recuerda que está pasando en este sitio azul entre el desierto negro del universo.

Todo el mundo es inocente, como una fila de bichos aquí en Bogotá, cuando uno lo ve desde la Luna.

Jueves 21 de noviembre de 1968

Querido papá:

Te escribo hoy esta carta para pedirte el favor encarecido de que, a pesar de todos los problemas que hemos tenido en el pasado, me concedas el permiso para casarme e irme de luna de miel. Sabes bien, pues el otro día lo hablamos por teléfono, que todavía me faltan 9 meses para cumplir los 21. Y que, como sigues siendo, en consecuencia, mi tutor legal, sin tu autorización no me será posible salir del país en la fecha en que mi futuro esposo y yo lo hemos pensado. Como te dije en la conversación que menciono, no era de ningún modo necesario que me dieras tus razones para no asistir el próximo viernes 20 de diciembre a nuestro matrimonio, no sólo porque no las comparto, sino porque solamente vamos a tener como invitados a nuestros dos padrinos. Puedes, en fin, no estar de acuerdo con lo que yo haga con mi vida, como puedo yo no estar de acuerdo con lo que haces con la tuya, pero tienes que reconocer que es mía.

Papá: Eduardo Silva Sánchez, mi novio y mi futuro marido, es un buen hombre y un buen profesor, un buen hijo y un buen compañero. Tiene un gran sentido del humor. Ha sido siempre el mejor de sus clases. Se le nota a leguas el interés en servirles a sus alumnos como el papá que a tantos nos falta. Y se me ha vuelto la persona a la que llamo todos los días cuando vuelvo de la universidad.

Eduardo perdió a su padre, un linotipista de *El Tiempo* llamado Antonio Silva, que dicen todos que era una gran persona y un hombre muy tierno, cuando solamente era un bebé de seis meses, ¡seis meses nada más!, o sea que no lo conoció, que no lo tuvo. Su madre, doña Mercedes Sánchez, que es una señora simpática y fuerte, fue viuda durante muy poco tiempo. Muy pronto se enamoró y se casó con un enfermero de apellido Cuéllar, y ni a los Cuéllar ni a los Silva les pareció una buena idea porque a todos les pareció antes de tiempo. Para armar su nueva familia, doña Mercedes envió a sus dos primeros hijos, a Guillermo y a Sara Silva, de cinco y de tres años nomás, a vivir con una cuñada que le recriminaba que se pusiera ropa de colores en pleno luto. Pero, como el pobre Eduardo apenas tenía unas semanas de vida, tuvo que quedarse con su mamá y con un padrastro irascible que se pasó la vida haciendo malos negocios.

Doña Mercedes tuvo seis hijos con el señor Cuéllar. Siempre fue cariñosa, pero fuerte con sus niños y sus niñas. Dejó en claro a todos que el que mandaba era su marido machista e irascible, que solamente era cariñoso cuando tenía la impresión de que iba a salirle el siguiente negocio, y nada. No obstante, ella ha sido y sigue siendo una matrona de buen humor (y ahora sí una viuda) a la que todos tratan y sostienen con respeto. Eduardo creció entre esas dos familias que te cuento: esos Silva que no querían perderlo de vista pero que quedaron atrás cuando murió don Antonio, y esos Cuéllar que lo veían como uno más de ellos y lo querían, pero a escondidas de ese padrastro que él evitaba como mejor podía. A todos nos toca aguantarnos locos que se dan el derecho a tener los berrinches de los niños, pero a él le fue peor.

Sin embargo, Eduardo encontró pronto dónde refugiarse, dónde volverse la persona buena que es. Desde los 10 años le pidieron sus profesores que los remplazara y no ha parado desde

entonces. A los 28 años está cumpliendo 18 de ser profesor. Sólo se porta como un niño cuando tiene a la mano su cámara de fotografía.

Yo lo conocí hace cinco años en las reuniones de las Congregaciones Marianas. Pronto nos volvimos amigos porque los dos le veíamos el lado gracioso a las cosas. Unos meses después me dijo que quería casarse conmigo. Yo por supuesto le recordé que no había terminado el colegio ni sabía siquiera qué iba a estudiar en la universidad, pero él esperó todo este tiempo hasta que pude yo tomar la decisión. Mientras tanto se graduó de ingeniero, entró a trabajar en la Universidad Nacional, se convirtió en un experto en metrología, viajó a Estados Unidos, volvió. Siguió ayudándole a su madre a sostener a sus hijos, a sus hermanos Cuéllar. Siguió encontrándose todos los viernes con sus dos hermanos Silva en la casa de ella. De vez en cuando me llamó. Pero tardó mucho tiempo en volver a visitarme.

Cuando apareció de nuevo en la puerta de la casa, hace ya un año o un poquito más, me dijo que era tiempo de casarnos. Pero me dejó en claro, antes de que yo pudiera decirle nada, que el matrimonio no podía dañarme a mí la carrera que quisiera estudiar, que él, que se dedica a la academia, podía entender eso mejor que nadie.

Papá: yo sé que tu mayor preocupación, y la razón por la que siempre te has enfurecido si alguien te dice que le parezco bonita, es que temes que yo me dedique a lo que se dedicaban las mujeres de antes, a planchar y a cocinar y a atender a su marido, y nada más. No va a ser así. No voy a casarme con un hombre de esos que presumen de usar Old Spice, y tú deberías saberlo si es que me conoces y además recuerdas el día en que te presenté a Eduardo y le elogiaste que se hubiera puesto un vestido con chaleco. Te pareció un buen muchacho. Me dijiste que te gustaba mucho que se dedicara a sus clases, como mi hermana Mercedes. Confesaste que para ti era un alivio que no fuera un político.

Yo no soy sino tu hija para ponerme a pedirte cuentas de lo que haces y dejas de hacer. Pero espero que no te parezca un irrespeto que te recuerde lo que has dicho.

Sé que te molestó, porque te ha dado la impresión de que no he seguido tu camino, sino el camino de Alfo, que participara en la manifestación del año pasado contra los abusos del gobierno. No sé cómo te enteraste, y créeme que tiendo a no ir a ese tipo de marchas porque algo tengo que haber aprendido de los errores de mis mayores, pero no voy a excusarme por haberlo hecho ni a endulzarte mis razones: la verdad de esa protesta, en la que participaron Tita y Mirentxu también, es que yo nunca había visto que un gobernante fuera capaz de ordenar una invasión con tanques y con disparos a una universidad, y me pareció que lo justo era decirlo y repetirlo. No voy a acabar en la cárcel, papá. Pero tú mejor que nadie sabrás que lo que pasa aquí no debería pasar en ninguna parte.

Sé que en los últimos años hemos tenido algunos encontrones que nos han dejado a los dos en guardia. Me dice mamá que sigues molesto por el día en que te llamé a reclamarte el dinero que das mensualmente para el sostenimiento de esta casa (que, dicho sea de paso, sigue guardando tus libros y tus vestidos apolillados), y que no se te ha olvidado la vez que le di al chofer que nos mandaste la orden de que se llevara esas maletas por donde las trajo. Sí dije lo que dije. Puse punto final. Quiero recordarte en todo caso que yo he obrado en defensa de tu esposa, que sigue esperándote en vano, que todo lo que he hecho es porque pienso que mi obligación de hija es protegerla de tus idas y tus venidas, y que así seguirá siendo porque tú bien sabes que ella prefiere quedarse en la casa a tejer y a pensar.

Mamá ha estado nerviosa por estos días porque piensa que nadie más, solamente ella, va a saberme cuidar. Te llamó ayer, sin embargo, a pedirte encarecidamente que me dieras de una vez

el permiso para salir del país, puesto que este debe apostillarse en el Ministerio de Relaciones Exteriores para que pueda yo empezar el trámite del pasaporte lo antes posible, y te llamó porque ella sí confía en mí, y se ha dado cuenta de que he escogido un marido que me va a cuidar, y me va a respetar. Queremos ir a Aruba, Bonaire y Curazao, de luna de miel, las últimas dos semanas de este año. Volveremos a tiempo porque se trata de que yo pueda prepararme para mi cuarto año de Derecho. Y tendremos hijos, como te lo temes, porque siempre los he querido, pero no antes de que yo haya terminado mi carrera.

Soy la primera interesada en no dejar atrás los estudios que te han puesto a ti tan orgulloso. Soy la primera en pensar en mi futuro. Sé perfectamente, porque me lo has repetido en estos últimos años, que te preocupa mucho la suerte de tus hijas. Yo no soy Carmen, papá, yo considero todo lo que tú me dices igual que ella, que te venera y te adora en medio de sus nervios, pero desde niña he podido sobreponerme a los arranques de los Romero y a los problemas que nos traen, y por ejemplo supe enfrentármele ahí mismo a la pareja de amigos tuyos que querían quedarse conmigo como su hija y llevarme a Europa porque a ti te pareció que regalarme era una buena oportunidad, y también a la niñera que resultó ser una bruja y que tú te trajiste de tus correrías por Cartagena. Sé que no te servirá que te diga que Dios va a cuidarme, porque tú no crees en Él y viceversa, pero ten por seguro que yo también voy a hacer ese trabajo.

Ya no soy la niña que se enfermaba por cualquier cosa en Cartagena ni soy la colegiala que tardaba tanto en cicatrizar cuando se raspaba una rodilla. Mi salud sigue siendo frágil. Pero yo no me dejo de nadie, papá, y lo sabes de memoria.

Como sabes de memoria que ponerse a dudar de esta idea es como ponerse a dudar, junto con el respetadísimo señor Lowell que anda por ahí, de que los astronautas gringos que están pensando en viajar a la Luna van a volver con vida a sus casas.

Papá: te he estado llamando varias veces a tu oficina y a tu nueva casa, tragándome el orgullo, para pedirte este permiso para casarme, salir de viaje y empezar mi nueva vida. Todos me han aconsejado que deje esto en manos de mamá, que no te diga nada más, que no me exponga yo a que no me vuelvas a hablar como no volviste a hablarle a Alfonso, pero yo no puedo quedarme callada, yo he aprendido a decirte lo que pienso sin miedo. Hemos tenido la peor de las relaciones y la mejor de las relaciones, pero siempre, desde que iba a acompañarte a la peluquería y caminaba de tu mano por el centro, te he querido y te he admirado más que a nadie. Tú has hecho tu vida como has querido, varias veces, y hemos tenido que resignarnos a tus amigas y a tus familias, y hemos llevado tu apellido con la dignidad que nos enseñaste. Déjame hacer mi camino ahora. Confía en mí por favor. Confía en mamá si no me ves a mí lo suficientemente hecha y derecha para tomar mis decisiones.

Ten la seguridad de que no has educado en vano a esta hija que te tiene un cariño inmenso a pesar de todo, y no tiene pensado decepcionarte ahora, ya de vieja, como te han decepcionado tantos.

Esperando te encuentres mucho mejor y agradeciendo de antemano tu comprensión, y de mi puño y letra,

Tu hija Marcela

Martes 13 de junio de 1967

Se lo llevaron preso al batallón de Puente Aranda porque tenía barro en los zapatos. Eso fue. Nada más. Siempre, desde muy niño, por culpa de los botines que heredaba de sus hermanos menores (Cuéllar, su padrastro enfermero y enfermo, sólo les compraba ropa a sus propios hijos, y sus dedos entonces se montaban unos sobre otros), Eduardo ha tenido problemas para encontrar zapatos que sean un alivio para sus pies, pero hace unos tres meses se compró en el Ley estos de cuero negro garantizado —marca Croydon— y han estado bien. Serían cualquier cosa, por supuesto, calzados, chapines, escaarpines que no le tallan tanto, si no hubiera pasado lo que pasó. Que cuando estaba a punto de corregir el último examen de la pila, a salvo, en su oficina de la Dirección de Física de la Universidad Nacional, de los gritos furibundos de los estudiantes que seguían protestando contra la visita de Rockefeller, y «¡que viva Uriel Gutiérrez!», se dio cuenta de que estaban llorándole los ojos. Y de que tenía que salir ya mismo, y cruzar el pasillo largo, largo de la facultad, porque era seguro que estaban lanzándoles gases lacrimógenos para que dejaran el edificio.

Abrió la puerta de la oficina, y fue peor porque el gas se le pegó a la cara y se le metió en los ojos, y tuvo que tocar las paredes como un ciego hacia la salida «porque empieza uno a estar mal». Algunos le huyeron a la cortina de humo subiéndose al segundo piso, «¡arriba!, ¡arriba!». Pero él prefirió salir detrás de sus colegas, «¡corran!, ¡corran!», de una vez al prado. Y fue entre los pastizales, empapados y barrocos porque había estado lloviendo en la noche y en la madrugada, donde se le enlodaron sus zapatos nuevos, pucha. Y donde un oficial despótico les gritó un «háganme una filita de profesores que vamos a llevárnoslos a todos» que les entesó los hombros y les heló el corazón. Y un grupo de soldados embravecidos de la Policía Militar, la PM, que se veían cansados de perseguir estudiantes bajo los árboles, los forzó a subirse «a ese camión ya». Y se los llevaron presos entonces —y entre ellos a él, que odia la violencia— al batallón de Puente Aranda.

—¿Qué dijo? —le preguntó de golpe un soldado de la edad de sus alumnos que imaginaba irrespetos, como zancudos en el oído, a diestra y siniestra—, ¿qué está diciendo?

—Nada: que deberían habernos mandado a la AM porque hasta ahora son las once de la mañana —le respondió en un intento, de los suyos, de quitarle violencia a la violencia, pero el guardia se quedó mirándolo con el ceño fruncido, como diciéndole que no le había entendido una sola palabra.

—Mechudos hijueputas —insultó a todos y a ninguno, en lontananza, aquel vigilante que tenía la sartén por el mango.

—Si ya fueran las doce sería otro cuento —agregó él, Eduardo, que no se sintió aludido porque desde la primera foto de 1946 ha llevado el pelo corto.

—Callado pues —remató el militar.

Desde ese camión con rejas de prisión, hacinados como una minoría perseguida, los profesores de Ciencias de la Nacional vieron el avance imperial de los tanques de guerra del ejército («no

voy a tolerar el desorden en la universidad», dijo el presidente Lleras Restrepo el día anterior) por los pastizales y por los andenes de la ciudad universitaria. Fueron testigos de cómo los soldados habían derribado la cerca que habían montado los estudiantes para proteger a la universidad de «las fuerzas oscuras de la derecha que desde 1819 han gobernado este país». Notaron que en el cielo opaco e irónico se asomaba el sol por fin. Pero que lo tapaba, de tanto en tanto, una seguidilla de aviones de la Fuerza Aérea dispuesta a bombardear —y qué— el campus si esos comunistas desharrapados y mochileros y mariguaneros seguían poniendo patas arriba el orden público en vez de meterse a los salones a estudiar.

Se bajaron en la entrada y fueron al patio de cemento del batallón como una fila de presos de guerra que acaba de llegar a un campo de concentración. «El que nada debe, nada teme», le susurró el profesor Franco cuando lo vio mudo, pero Franco les da clases a los militares y en la Colombia de estos días todo el mundo está debiendo porque sí. Se les fue allí la tarde a la espera de una respuesta: por qué nos llevaron, por qué nos tienen aquí, por qué no nos resuelven nada. Se les llegó la noche con la sensación de que eso iba para largo, de que ese absurdo iba para pesadilla. A las 9:30 p.m., cuando les dieron salida a un par de profesores por formar parte de la Escuela Militar —ah, a Franco y a Isaza—, se dieron cuenta de que iban a estar ahí hasta que a los soldados les diera la gana.

Supieron una cosa más, sí, una sola nomás: que a partir de ese momento todos los que tuvieran los zapatos embarrados serían considerados agresores de la fuerza pública y que en la mañana nombrarían a un grupo de inspectores para investigar a fondo caso por caso.

Se fumó un par de cigarrillos, uno detrás de otro. Quiso quitarse el barro de las suelas con una piedrita que encontró, pero ya qué. Escuchó los rumores y las advertencias en el patio: que la pelea sigue y sigue, que por los reclamos por la visita del señor Rockefeller se ha suspendido el Consejo Estudiantil por decreto, se ha tipificado como «acto de agresión colectiva» la lucha de los universitarios y se han establecido sanciones por conductas de agresión verbal y escrita contra el gobierno y penas de 180 días por atacar a las Fuerzas Militares. El profesor Hurtado le dijo «profesor Silva: esto es una dictadura», y él le respondió «parece, sí, de pronto es», acomodándose las gafas que sólo tienen marco arriba, porque se había vuelto costumbre temerles a los policías, porque por algo sus primos jesuitas siempre le habían dicho que era mejor ir con cuidado, porque no por nada al capellán de la universidad, al cura Camilo Torres, que tanto lo había acompañado cuando perdió a su mejor amigo, a su primo, y que qué demonios tenía que hacer por allá en el monte del ELN («dígame qué diablos...»), el 16 de febrero del año pasado le habían pegado un balazo fatal en su primera batalla como guerrillero.

¿Vamos a pasar la noche acá? ¿Pueden darnos de comer y pueden darnos una manta? ¿Podemos llamar a nuestras casas por lo menos?: nadie dijo nada.

Eduardo fumó un cigarrillo, se inventó una almohada con el saco del vestido y se acostó en el pavimento helado de la guarnición porque dónde más, cómo más. Se dijo a sí mismo «se me van a ir seis meses en esta pendejada porque sí...». Y para no enloquecerse de hambre, que su mamá sirve la comida en la casa a las 8:00 p.m. y ya está tres horas tarde, se puso a pensar en la alineación de Millonarios, en las semanas de marzo y de abril de este año que pasó en Estados Unidos estudiando metrología para que en Colombia no se siga abusando del consumidor, en que ya tiene 27 años y querría casarse con la mujer que conoció en las Congregaciones Marianas («con quién más...») pero está esperando a que la propuesta no vuelva a tomarla por sorpresa. Algo durmió. Alguito. Pero las quejas y las puertas lo tuvieron en estado de alerta hasta que la luz empezó a tomarse el patio.

¡Tac, tac, tac!: un soldado golpeó con la culata de su ametralladora. «¡De piel!», «¡despertarse!», «¡levantarse!», se escuchó entre las filas de presos de zapatos enlodados.

—Vamos a llevarlos a la Estación Sexta de Policía, en la Caracas con 6.^a, para que sean interrogados por los inspectores —anunció, regodeándose en la arbitrariedad y en el pequeño poder, una voz aguda.

Eduardo se puso su saco y revisó que llevara su cajetilla de cigarrillos. Se amarró como pudo, imaginándose a sí mismo, la corbata negra de delgadas rayas blancas. Odió no haberse afeitado, odió no haberse bañado, pero odió más no haber comido nada después de tantas horas. Subió como sus doce colegas —«los doce del patíbulo», les susurró— a un bus verde al que los obligaron a subir. Se acomodó en la silla que le correspondió en la última fila. Quiso decir muchas cosas, que, por ejemplo, todos los que tenían retenidos ahí eran inocentes, pero los soldados les apuntaban y los carros de la policía los escoltaban a lado y lado de la vía como si fueran subversivos, y prefirió ponerse a pensar en cómo salir de esa. Era claro, y en la vida suele pasar de tanto en tanto, que su suerte estaba en manos de otros. Y que estos «otros» estaba ávidos de demostrar su fuerza.

Pronto, unos quince minutos después, estuvieron en el patio de la Estación Sexta. «¡Van todos a sentarse en este patio en orden y en silencio!», «¡ya pronto los señores de la Cruz Roja les traerán algo de comida!», «¡aquí se quedan hasta nuevo aviso!», les gritaron. Y los doce del patíbulo, rodeados por algunos estudiantes revoltosos y unos transeúntes que a duras penas entendían qué estaba pasando, hicieron lo posible para que pasara el tiempo: se pusieron a hablar. «Me tienen hasta el culo con el cuentico de las gogós y las yeyés», «este domingo es el Día del Padre», «siguen dando *¿Arde París?* en el Radio City», «tienen que ir más bien a ver *Blow-Up*», «yo prefiero verme *El derecho de nacer*», «pero estas cosas no sólo pasan acá: mire la guerra entre Palestina e Israel», y siguieron hablando porque no había mucho más que hacer.

Sólo al mediodía aparecieron los tipos de la Cruz Roja con cobijas y sánduches y bolsas de leche. Se supo que a las familias, que no habían podido dormir la noche anterior, ya les habían informado del paradero de los doce, pero también quedó claro que los tales inspectores no iban a aparecer sino hasta el día siguiente.

Dios: siguió la tarde, que suele pasar más rápido y suele servir para menos, entre las caras acontecidas de todos y la sensación de que iban a estar encerrados allí por mucho tiempo. Un par de soldados con un esfero y unas hojas en las manos pasaron después del «almuerzo» a hacerles un par de preguntas, pero poco más pasó. Se fueron acabando los temas, minuto a minuto, hasta llegar a lo evidente: que iban a vivir una de esas historias que suelen pasarles a otros inocentes de otros países en guerra. Eduardo fumó y fumó, respondió «en mi casa jugamos a adivinar el oficio de la vecina» cuando el profesor Méndez dijo en voz alta «es que aquí en Colombia ya no sabe uno quién es quién», les leyó las líneas de las manos a sus compañeros de cautiverio «para seguir aprendiendo» («aquí le sale una larga estadía en la cárcel», le dijo a Hurtado en broma y en vano) y llevó el crucigrama de un periódico que se coló en el patio y se puso a hacer dibujos con un esfero que llevaba entre el bolsillo.

Y mantuvo su espíritu a salvo, como mejor pudo, igual a como lo ha hecho desde niño.

Y sin embargo en la noche, después de comerse una latica de salchichas y cuando se vio a sí mismo durmiendo en una esquina del patio bajo una manta delgadita y contra una columna de madera pintada de blanco, perdió un poquito la esperanza y sintió esta extraña tentación de rezar..., pero nadie se enterará nunca de eso.

Siempre, desde niño, ha sido un observador. Un científico, un físico, pero sobre todo un

observador de aquellos que saben que hay un mundo y un submundo, y una realidad y unos pliegues, y un caos y unas ficciones que lo contienen. En abril del año pasado, en Nueva Jersey, en Filadelfia y en Washington, se dio cuenta de lo atrasados que estamos en Colombia en la defensa de los consumidores, pero sobre todo vio con sus propias gafas el racismo que sigue siendo el infierno de Estados Unidos, se cruzó con las gogós y las yeyés que parecen venir del siglo XXI y al menos crean la ilusión de que el mundo se está volviendo otra cosa, y sospechó en el metro de Nueva York que se hacen tantas películas hoy porque alguien tiene que mostrarnos lo que no vemos.

El planeta está mal habitado, sí —se dice, tiritando bajo la cobija, para que el cuerpo se distraiga y se quede dormido—, pero Colombia va ganando. Qué órgano vital, secreto e invisible, nos estará obligando a esta locura y a esta violencia. Qué herencia, la de los españoles o la de los criollos o la de los hombres más allá de la Historia y la cultura, estará venciéndonos antes de empezar las batallas, volviéndonos envidiosos y mezquinos y mediocres. Dónde más, en esta Tierra, entran los tanques del ejército a la gran universidad del país y se llevan a un puñado de profesores a punta de gases lacrimógenos y culatazos por haber cometido el delito de embarrarse los zapatos. Que no le vengan a él, además, con el bendito Día del Padre, que el único papá que ha tenido ha sido él mismo. Eso: que más bien le den regalo por dedicarse al oficio de decirles a los demás, y probárselos, que todo va a estar bien.

Fue a las 8:00 a.m. de hoy jueves, mientras carraspeaba y buscaba un poquito de agua de la llave del rincón para aliviarse, cuando apareció una cuadrilla de inspectores ceñudos en la estación. Se puso en la fila cada vez más resignado a su papel de preso. Se amarró la corbata de nuevo. Se aplanó el pelo cortado a ras y dejó escapar una bocanada de viento helado y se frotó las manos porque cada día está haciendo más frío en Bogotá. Revisó en su bolsillo que hubiera cigarrillos y vio que le quedaba uno. Esperó a que lo llamaran: «¡Silva Sánchez, Eduardo!». Y se fue hasta la mesa de madera que habían instalado junto a un par de columnas del patio. Y allí una inspectora, que se negaba a mirarlo a la cara, le notificó que iban a condenarlo por haberle fracturado la pierna a un agente de la Policía Militar, que tenía que responderle a la institución por haber agredido a uno de ellos.

—Si no tiene a la mano ni nadie puede traerle los 100 pesos de la multa, señor Silva Sánchez, Eduardo, prepárese para una pena de 180 días en el calabozo —rumió, al tiempo que anotaba quién sabe qué, la visitadora inmovible.

—Yo no hice nada, señora inspectora, esa es la verdad y todo lo que puedo decirle —aclaró Eduardo entre divertido y aterrado—, y no fue porque no quisiera ni porque sea bueno ni nada, sino porque nos llevaron a todos directo del edificio de Ciencias al camión.

—Pero aquí dice que sí lo hizo, señor, y que la prueba es el barro en los zapatos —contraatacó la inspectora, pero cayó en la tentación de levantar la mirada.

—Fue una embarrada... —bromeó Eduardo, con un poquito más de miedo que de humor, jugándose la toda por el placer de hacer un chiste.

—¿Eduardo? —preguntó la inspectora, interrumpiéndolo antes de que sus ocurrencias le dieran un aire de culpable, con su voz y su cara de sorpresa—: ¡su mamá debe estar muerta de la angustia!

—¡Vecina! —le respondió él—: yo no sabía que usted trabajaba en estas cosas.

—Tome, tome —le contestó ella, incómoda como una niña a la que han reconocido detrás de un disfraz, pasándole cinco billetes de veinte pesos—: y tome su boleta de salida.

—Gracias, vecina, yo se los pago esta noche —aclaró Eduardo con la sensación de que la gran

fortuna y la gran desgracia de Colombia ha sido que no ha sido un país serio.

Silva Sánchez, Eduardo, se guardó la boleta de salida en el bolsillo interior del saco. Se pasó la mano por la barba de tres días y levantó las cejas como dándole las gracias a ese Dios de su infancia que aún escucha detrás de la puerta, «me salvé...». Quiso bajar a la Avenida Caracas a buscar un trolebús que lo llevara a la casa. Y sin embargo se descubrió estirándole la mano a un taxi negro de los Ford, que pasaba justo frente a la estación y que sintió que se lo merecía. Subió. Dijo «a la Calle 69 # 23-41, por favor». Imaginó que su mamá iba a decirle que había estado muy preocupada pero que no ha debido botar la plata en taxis. Bajó la ventana para fumarse el cigarrillo que le quedaba. Y se puso a pensar que, a pesar de todo, Bogotá era una ciudad bonita en blanco y negro, y que la gente iba por la calle como si no supiera, como si no pasara nada.

Lunes 27 de marzo de 1967

Nadie le ha dicho nada hoy: nada de nada por fin. Dentro de poco va a acabarse la clase. Sólo faltan diez minutos para que sean las 12:00 en el reloj y unos llevan el ritmo de su afán con el pie y otros dejan escapar risitas de aquellas. El profesor Melo, de Constitucional, responde una última pregunta. Dice después «nos vemos el próximo jueves». Pero entonces, justo cuando las sillas han empezado a chirrear en el piso de baldosas y los menos diplomáticos han arrancado a hacer planes para ir a ver en la tarde *Sube y baja*, le pregunta a la pobre «Marcela: en qué va lo de su hermano Alfonso». Y ella se ve obligada a contarle, enfrente del curso, que Romero Buj va a presentar un *habeas corpus* para reclamar la libertad. Y sí, profesor: él sabe que no va a servir de a mucho, pero dice que lo único que lo salva a uno en este país es hacer bulla. Sí señor: él dijo «bulla». Y ella se dice a sí misma «tierra: trágame» porque todos los del salón están mirándola.

Romero Buj fue apresado al mediodía del viernes 10 de marzo, «por comunista y revoltoso», como parte del «Plan contra la subversión» que se le metió en la cabeza al despótico de Lleras Restrepo. Puede, sí, que el señor sea un buen presidente para ciertas cosas, pero sin duda es un pequeño tirano. Y ha sido él, que ha estado repitiendo que «no se tolerará el leguleyismo para amparar el crimen» y no va a dejarse «intimidar por los castristas», quien desde ese día ha dado la orden de «detener elementos sospechosos». Y *El Tiempo*, claro, siempre dispuesto a preservar el orden y a encontrarle los puntos débiles al preocupante partido del exdictador Rojas Pinilla — que cerró el periódico, y recuperó el año pasado sus derechos políticos y sube y sube y quiere llegar al Palacio de San Carlos—, lo ha apoyado por completo:

«Total respaldo al presidente en las medidas que adopte contra los focos de subversión», tituló hace apenas quince días.

Y Romero Buj, que se ha escapado de tantas y siempre logra saltar al patio de la vecina cuando vienen las bestias salvajes del Servicio de Inteligencia Colombiano (sic), esta vez no ha conseguido que lo saquen de la cárcel. Su padre, Romero Aguirre, no va a ayudarle más, pues ya no le habla ni le quiere hablar, y no sólo porque desde siempre le ha dolido tener «¡un hijo comunista!», sino sobre todo por haberle cerrado la puerta de su propia casa para siempre aquella tarde del año pasado. Su esposa, Nydia, que lo ha acompañado en todas las luchas desde los días de la dictadura y ha sido más leal que nunca por estas semanas, ha hablado con todos los políticos habidos y por haber —del periodista García-Peña al senador López Michelsen— para que caigan en cuenta de que «Romero Buj no es cualquier persona ni viene de cualquier familia». Su hermanita, Marcela, que apenas tiene 19, fue a ese debate inútil en el Senado porque le dijeron que quizás enfrente de ella fingieran compasión y vergüenza.

Pero no: Romero Buj sigue en la cárcel y están empezando a pesarle los días.

Hoy no es un día como los demás. Hoy Nydia tiene cita con no sé qué ministro para pedirle que dejen en libertad a su marido. Y entonces le ha correspondido a Marcela llevarle el almuerzo al perseguido Romero Buj. Y le ha pedido a su verdadera hermana, a Mirentxu, que la conoce de memoria desde los cinco y que es la única persona que se ha repetido con ella *La novicia*

rebelde, que la acompañe a la prisión.

Salen de la Pontificia Universidad Javeriana («¡Help!: I need somebody», canta García) como si las estuvieran vigilando. Toman un trolebús por la Avenida Caracas hacia la casa de la familia Romero Buj. Recogen las refractarias con el almuerzo de hoy: pollo a la española y tortilla y un pocillito de arroz de paella. Almuerzan ellas de afán. Prometen solemnemente a la madre, a la prudente doña Aurora, que tendrán todo el cuidado del mundo. Prometen nerviosamente a las dos hermanas mayores, a Carmen y a Mercedes, que no se quedarán en los pasillos de la cárcel hablando con extraños. Se despiden: «adiós, mamá», «hasta luego, doña Aurora». Van a la Caracas en busca del bus de regreso. Viajan de la calle 23 a la calle 11 en menos de diez minutos. Suben por la empinada vía de piedra de La Candelaria, de la carrera 14 a la 3.^a, con la mirada puesta en el monasterio ese donde queda el DAS.

Da un poquito de miedo esta fachada. Quién sabe por qué, si solamente es un edificio plagado de columnas y de arcos y de ventanitas, pero da miedo. Se ve que en los 50 años que lleva en pie han pasado muchas monjas, muchos soldados y muchos presos: «favor desconfiar de todo aquel que se ponga uniforme», dice un hippie del curso, Jaramillo el poeta, siempre que puede decirlo.

La entrada está encharcada, porque desde el viernes ha llovido sin clemencia, pero las dos amigas entran. Al primer vigilante, que revisa la hora en su reloj, le responden «venimos a ver a Alfonso Romero Buj», «venimos a traerle el almuerzo». Al segundo, que les pone el pecho como diciéndoles «yo soy la autoridad», le abren las refractarias para que él mismo revise si hay algo raro entre la comida. Al tercero, que tiene los brazos en jarra, le dan las gracias porque les pregunta al segundo y al primero cómo se les ocurre molestar a dos señoritas. Al cuarto, que resulta ser un oficial de buenas maneras, le devuelven el amable saludo por las escaleras de madera que van a dar al tercer piso, crac, crac, crac. Al quinto, que les señala una puerta entreabierta, simplemente le sonríen. Y recorren el pasillo como una pasarela llena de eco, tun, tun, tun, vestidas con un par de sacos de lana pesados y un par de jeans.

Esta es la celda de su hermano Alfonso, sí. No es un calabozo pegajoso y encharcado y nebuloso, sino una habitación de unos 50 metros cuadrados. Su techo es de yeso y ha sido pintado de blanco y por una de esas ventanitas les entra la luz aguada pero suficiente de estos días. Hay dos filas de cinco catres, todos con sábanas blancas de cuartel y cobijas motosas de color café, como si no fuera una cárcel, como si más bien fuera un internado para niños indisciplinados. Junto a cada cama se ven pilas de libros y primeras planas de periódicos liberales. Cada uno de ellos, desde el líder comunista Gilberto Vieira hasta el agitador maoísta Alfonso Romero Buj, anda en lo suyo: quejándose de los titulares oficialistas de *El Tiempo*, jugando damas chinas, leyendo la autobiografía de Malcolm X. Y sin embargo, apenas las oyen entrar a ellas dos, el señor Vieira grita «Alfo: es su hermanita», y Romero Buj se levanta de la silla donde ha estado escuchando ese radiecito rojo que es una de las pocas cosas que le han dejado entrar.

Cruza la habitación con los brazos abiertos hasta que le da un abrazo a Marcela, y la levanta un poquito del suelo porque la emoción de verla lo derrota, y nunca un hermano mayor quiso tanto a una hermana: «¡hola Marce!». Luego saluda a Mirentxu: «dale mis saludos al valiente de tu papá», le dice a la amiga, que le dice apenas «sí señor». Y entonces pregunta entre dientes qué se ha sabido de nuevo de lo suyo.

—Tita Garcés, nuestra compañera de clase, estuvo averiguando con el tío ministro, con la mamá senadora y con nosequién —le responde Marcela—, pero todos le dijeron que te van a tener acá hasta que pase la amenaza: dicen que eres el más peligroso porque, por ser el abogado

de los sindicatos, puedes paralizar el país.

Romero Buj tiene el ceño fruncido, pero ahora respira hondo y sonríe con cierta resignación. Qué le vamos a hacer. Ni modos. Será tener un poco más de paciencia entonces. Será esperar un poco más a que la estrategia que ha pensado con Nydia, que ella es incansable, les funcione. Sí, él tiene claro, porque así es, que va a morir joven y va a dejarlos a todos reivindicando su martirio, pero no a la edad de Cristo: no a sus 33. Así que con todo el tiempo del mundo y el sol de la tarde iluminándolos como a tres actores, con sus pantuflas mullidas y su saco de lana abotonado, mejor les muestra todo lo que tiene en su lugar: su cama destendida y desarreglada «porque acababa de echarme la siesta que se echa uno en Cartagena», su bloc de hojas en el que está escribiendo una parte de su libro, su torrecita hecha de la *Constitución de Colombia*, *El clérigo malvado*, *Papá Goriot*, *Psicología del pensamiento* y *Nana*.

Sonríe. Está feliz de tenerlas allí. Quiere que las dos se vayan pensando que, tal como les dice, no ha perdido ni el humor ni la ilusión. Habla de las noticias que deja escapar *El Tiempo*, sí, está feliz de que el valiente de Garrison le haya probado al baboso de Warren que sí hubo una conspiración para matar a Kennedy por haberse acercado a Cuba, está pendiente de que capturen a los malparidos asesinos del niño Fernández Madrid, está fascinado por la captura de ese bandolero sanguinario al que llamaban el Apache. También habla de política: «el ministro Pastrana Borrero hace lo que el enano le diga con tal de que lo apoye para la presidencia en el 70», «este señor está peor que Rojas Pinilla», «esto siempre ha sido una dictadura», «Mao Tse-Tung me dijo “todo poder contiene una violencia”», «pero es que apréndanse, niñas, el artículo 28 de nuestra Constitución»:

Aún en tiempo de paz, pero habiendo graves motivos para temer perturbación del orden público, podrán ser aprehendidas y retenidas mediante orden del Gobierno, y previo dictamen de los ministros, las personas contra quienes haya graves indicios de que atentan contra la paz pública.

Lo que de verdad le interesa, sin embargo, es preguntarles por la casa. Si papá ha vuelto de visita. Si mamá está tejiendo. Si la bellísima Carmen está mejor, menos nerviosa, en el juzgado de Cota, y si Mercedes salió por fin de su ensayo sobre la obra de Oscar Wilde. Qué están haciendo Sebastián y Diego. Qué programa de televisión, aparte del programa de Alfred Hitchcock, están viendo por las noches, niñas. Y, sobre todas las cosas del mundo y de la vida, cómo les fue de Semana Santa: ¿comieron el mote de queso?, ¿hubo sopa de pescado al otro día?, ¿guardaron su castidad?, ¿fueron a todas las misas?, ¿vistieron de negro?, ¿se pusieron mantillas?, ¿vieron *El mártir del Calvario*?, ¿hicieron el duelo por la muerte del Señor?, ¿notaron a las almas del purgatorio?, ¿oyeron el «Sermón de las siete palabras», en profundo silencio y en el borde de un ataque de risa, en la tarde del Viernes Santo?

Trataron, sí, porque mamá prefiere que las cosas sean como antes, pero Romero Buj en realidad está preguntando por su infancia.

Aquí, en esta celda tan extraña, en cambio no hubo nada. Si mucho los fantasmas de La Candelaria: José Raimundo Russi, el primer defensor del pueblo que las élites cobardes mandaron matar, pasó por estos lados una noche; el duende del niño Baltazar, que fue arrojado al pozo por una madre avergonzada, desordenó los papeles de todos una madrugada; el Loco Cacanegra, el único que dijo «Silva no se suicidó, sino que lo mataron», golpeó una noche esa puerta, pero no quiso entrar. Sí, aquí lo único que hay es fantasmas, como los piratas ingleses

que le decían «How do you do?» a papá en la casa de Damas 33 por allá en Cartagena. Están ellos, claro, los presos, que están poniéndose blancos y venosos en busca de la revolución y a la espera de la Historia. Pero también los pobres desamparados que los implacables agentes del sic torturaron aquí, en plena Calle del Sol, cuando Rojas Pinilla no se aguantaba un solo grito vagabundo más. Ay, el pobre Forero, que molieron a palos y escupieron y quemaron con cigarrillos hasta que les dio el primer nombre que le vino a la cabeza: «ay, Romero Buj...».

Sí, aquí sometieron, vejaron, empalaron. En las noches, cuando todos están en silencio, por fin, en esta habitación, como niños vigilados por adultos en Semana Santa, se oyen gemidos. El Viernes Santo, cuando a él, que es ateo y se sostiene, le entró aquella nostálgica tentación de rezar, algún fantasma se le sentó en los pies de la cama a acompañarlo: no era un hombre malo, no, aunque prefirió no abrir los ojos, sino que era una mujer semejante a su abuela que estaba ahí velando por su sueño, y él se puso a pensar que era una suerte que a pesar de todo, de las brujas que llevó papá a la casa y las niñeras que hacían maleficios en el patio de atrás, no creyera en nada de esas cosas. «No me van a decir que ustedes dos sí creen, ¿no?», les dice a Marcelita y a Mirentxu mientras se come su almuerzo.

Ellas dos sólo sonríen, ji. Se despiden, claro, cuando Alfonso termina de comer, porque no hay que abusar de la buena suerte y ya llevan una hora de visita en este monasterio vuelto prisión: «adiós, Alfo», «hasta luego, Alfo». Las dos reciben un abrazo gigantesco, de hombre grande, y nada más y nada menos: «chao, Miren», «chao, Marce» con una sonrisa de par en par. Y dan media vuelta y salen por la puerta, por el pasillo, por las escaleras, por la recepción por donde entraron.

Calle abajo, por las aceras empedradas de La Candelaria y con la mirada de esa cárcel embrujada clavada en las espaldas, las dos amigas piensan en la misma cosa al mismo tiempo. En qué puede decirle uno, «Tierra: trágame», «¡Help!: I need somebody», a la gente que ya ha muerto. En qué poco miedo dan —y qué poca cosa son— los políticos pendientes del periódico, los militares firmes por siempre y para siempre, los curas a punto del juicio final, los oligarcas seguros de que nada ni nadie va a cambiar, los comunistas de pelo en pecho, los maoístas irredentos, los bandoleros sanguinarios, los compañeros de curso despiadados, cuando se entera uno de en qué andan los fantasmas.

Viernes 18 de febrero de 1966

El periódico dice que el mundo se acabó: «Muerto Camilo Torres en el combate de Santander» es el titular a cinco columnas. Se refiere, por supuesto, a aquel capellán de la Universidad Nacional que se pasó la vida dando saltos al vacío. Y qué tristeza da. Porque en apenas 37 años, como si la vida no fuera dramática, sino episódica, fue el niño de los ojos de una madre liberal, el devoto estudiante burgués que se atrevió a romper con su novia porque todos los hombres de Dios fueron capaces de dejar atrás a su familia, el sacerdote fascinado por la idea de dar la vida por los demás, el cura educado en Lovaina para luchar contra el gobierno de la oligarquía, el líder carismático que se lanzó a dar la batalla por el prójimo en las plazas públicas y concluyó que lo cristiano era la lucha armada, y el guerrillero del ELN, de barba rala y mirada enflaquecida, que murió —con un fusil robado al enemigo— en su segundo combate contra una patrulla del ejército. Y ahora que está muerto quién sabe quién va a ser.

Eduardo compra el periódico, 50 pesos, camino a la universidad. Qué angustia, de respirar hondo, de fumarse un cigarrillo después del otro, produce la noticia de que la revolución está hasta ahora comenzando. Vaya usted a saber cuántos muertos faltan de aquí a que los dueños de todo le entreguen el poder al pueblo al fin: «deberían dar un paso al lado por las buenas, pero me temo que va a tocar sacarlos de sus tronos por las malas», le dijo el propio cura Torres, hace cinco años, con su voz aguda y nasal de prócer de a pie y su manoteo de converso.

Fue en febrero de 1961. Eduardo se enteró el primer lunes del mes de que su primo Germán, que vivía en la casa con ellos, iba a morir de leucemia. Y el martes, cuando fue a visitarlo en la casa de su tía, se encontró en la sala austera y nebulosa con el cura Camilo Torres. «Buenos días, padre». «Buenos días, estudiante». Y, mientras el enfermo despertaba de un sueño angustiado, se enteró de que Torres no sólo estaba allí como el sacerdote, sino también como el profesor de Sociología de la universidad: «la democracia cristiana tiene que reparar el daño de la dictadura católica...», dejó escapar. Y a Eduardo le pareció claro, porque no vio, en cambio, a ningún médico en aquella casa, que a su Germán no le quedaba ya más futuro que los santos óleos o un milagro.

Entraron juntos, el cura Camilo y él, a la habitación demacrada de su primo. Germán, aferrado a las cobijas, trató de incorporarse, pero apenas consiguió levantar la cabeza. Dio las gracias a la visita, «hola profe», «hola primo», con la poca gracia que le quedaba. Sonrió a su manera de esos días. Ya no tenía ni un pelo en el cráneo ni tenía brillo en los ojos. Hablaba entre dientes porque las encías le sangraban. Subía la mirada, de tanto en tanto, para vigilar que el crucifijo que colgaba sobre la cabecera de la cama no fuera a caérsele encima. Seguía siendo él a pesar de todo, claro, y actuaba como si aquella escena eterna que estaba viviendo solo —Eduardo, su primo, que se acompañaban tanto, no podía padecer esto al mismo tiempo— fuera a acabársele para bien en cualquier momento.

Pidió a su primo Eduardo, que trataba, en vano, de bromear, que le contara otra vez cómo fue que desapareció la casa en la que vivieron, en Cali, en la brutal explosión de hace diez años: «y

se murieron cinco mil vecinos y no quedó piedra sobre piedra...», «y cómo pasa el tiempo...». Y le preguntó al cura cómo veía el país para que hablara otro.

Y asintió. Y se fue quedando dormido mientras su profesor de Sociología le decía «todos los revolucionarios son nuestros amigos...», «la guerra de guerrillas está saliéndoles bien a quienes creen en el prójimo...».

Germán, que era un muchacho despierto y convencido de que el mundo dentro de poco iba a ser de los jóvenes, murió tres días después: el viernes 10. El padre Torres dio la misa fúnebre, compungido como quien no acaba de resignarse a los designios de Dios, al día siguiente. Susurró «lo siento mucho, Eduardo» frente al féretro y bajo el mural de cerámica de Cristo resucitado, en la salida de la capilla de la Universidad Nacional. Supo hablarles a los padres y a los parientes y a los amigos del difunto, «paciencia», «resignación». Y se quedó atrás, con la mandíbula apretada, cuando la marcha fúnebre se fue yendo por la carrera 30 en busca del Cementerio Central. Sí que fue triste esa muerte. Sí que probó que el drama de cada cual es un misterio y cada cual alcanza su clímax cuando menos lo espera.

Un mes más tarde, cuando la ausencia de su primo empezaba a ser, por fin, la realidad, Eduardo se encontró con el cura en la Plaza de Santander de la universidad. «Buenos días, padre». «Buenos días, Eduardo». Y en vez de comentar el duelo, que nadie se salva, quedaron en organizar una misa en nombre de su primo.

Fue a las 8:15 a.m. del sábado 18 de marzo si mal no recuerda. Fue en la misma capilla moderna, la de la universidad, donde sucedió el funeral. El cura Torres apareció tarde, pues lo suyo no era la puntualidad, en el campanario que parece un tejido de piedra. Dijo «perdonen la demora», «sigan, sigan», con la cara de afán que solía hacer antes de comenzar cualquier cosa. Saludó a Eduardo con leve pero histriónica venia: todo en ese sacerdote, ahora que lo piensa, era inesperado. Pidió a los diez deudos que entraran y se acomodaran en las sillas que había dispuesto alrededor del altar. Cerró él mismo las puertas de vidrio porque no había monaguillo. Y empezó aquella misa de réquiem a su manera que es lo primero que Eduardo recordó de él hoy, viernes 16 de febrero de 1966, cuando leyó en *El Tiempo* ese obituario moralejado titulado «Los comunistas torcieron el rumbo de Camilo Torres».

Fue un réquiem con todas las de la ley, si mal no recuerda: «Dale, Señor, el descanso eterno»; «Señor, ten piedad», «Cristo, ten piedad»; «Germán Tovar Sánchez será recordado por siempre y para siempre, pues sólo los buenos mueren antes de perder el asco»; «Absolve, Domine, animas omnium fidelium defunctorum ab omni vínculo delictorum et gratia tua illis succurrenere mereantur evadere iudicium ultionis, et lucis æterne beatitudine perfui»; «Recibe a tu lado, Señor, a este estudiante curioso y sincero y esperanzado que no pudo ver el regreso de la justicia a la Tierra porque mereció más pronto que todos gozar de la paz de los cielos»; «Santo, santo, santo es el Señor»; «Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, dale el consuelo y el alivio a este soldado que se fue».

Recuerda sin fisuras lo que vino: que el cura Camilo, que los había sentado a todos en círculo como en la sala de su casa y había estado hablándoles sin quedarse quieto como un predicador que no era menos ni era más que sus fieles, convirtió la comunión en un verdadero ágape, pues partió panes franceses y sirvió copas de vino tinto, y se dedicó a hablar como hablando en secreto —con su pipa en la boca y las manos atrás— de los tiempos que corrían, que son los tiempos que corren.

Notó, con gracia, que todos estaban de corbata. Lamentó que Germán fuera a perderse la revolución. Advirtió que el mundo ha sido siempre de la oligarquía, venga el dinero de donde

venga, pero dejó en claro que nunca antes en la Historia del mundo había sido tan posible que los hombres de bien terminaran pisoteados como insectos por la bota de la derecha. Ay, Colombia, llena de siervos enruanados de sombreros negros, incendiada por su perpetua resistencia armada, perseguida por los fantasmas de las cabezas cortadas y destrozadas en los días de la Violencia, sitiada por la desigualdad, arrodillada a los Estados Unidos de siempre, condenada a un ejército represivo que no sabe más, sometida, por encima y por debajo, por una élite implacable repartida en dos partidos. «Breve Historia del país —dijo con su vocecita destemplada—: la guerra de guerrillas, ver sin ser visto, se le ha estado volviendo el único camino al poder al pueblo de esta esquina del tercer mundo». Nuestra democracia es una farsa: las elecciones no conducen a un cambio y las clases dominantes no se dejan sacar por las buenas.

Sí, la Iglesia hizo política con los conservadores. Sí, ser cristiano hoy, en tiempos de Juan XXIII, es asumir posiciones antiimperialistas. Sí, el marxismo tiene la razón hasta que se choca con el muro de lo invisible: de la fe que no contempla pero es lo cierto. Sí, el objetivo es que mis hermanos se amen entre sí, y los poderosos no sirven a ello. Sí, la revolución es una ciencia, y el pequeñoburgués tiende a desesperarse y atacar. Sí, nada es más retardatario y más tramposo que un liberaloide: participar en esta democracia falsa es una señal incontestable de impureza. Sí, hay gente, de la clase alta y de la burguesía, que es capaz de sacrificar su tranquilidad familiar en nombre de la revolución. Sí, depender de la Unión Soviética ha sido el gran error de la Cuba fidelista. Y sí, curas, obreros, campesinos y comunistas deben sacudirse el conservadurismo y unirse porque, si uno lo piensa a fondo, como lo ha pensado él, desde que estudió Sociología, el capitalismo no es más que el fracaso del cristianismo. «Podéis ir en paz...», dijo encogiéndose de hombros como solía hacerlo. «Demos gracias al Señor», agregó.

A la salida de la capilla, cuando los deudos empezaban a dispersarse con sus trajes lisos y grises y brillosos comprados en Valher por 328 pesos, el cura Camilo le preguntó a Eduardo si quería ir a una de sus reuniones en el apartamento de su madre —que adoraba—, frente al Parque Nacional. Eduardo, lleno de dudas, le dijo que le parecía interesante, pero nunca sucedió. Una obligación lo llevó a la otra, y una más a la siguiente, hasta que le perdió la pista al sacerdote, y jamás pudo hacerle las preguntas que habría querido hacerle. Se enteró al año siguiente, 1962, de que por culpa de sus arengas envolventes pero confusas el cardenal le había exigido retirarse de la Universidad Nacional. Supo que regaló todos sus libros. Leyó después que había fundado un movimiento libertario llamado Frente Unido o algo así.

Oyó luego que se había unido, «en algún lugar de la sierra», a los 150 barbados del ELN. Y hoy está leyendo, en el trolebús a la universidad, que no alcanzó a decirle lo que había querido decirle.

«Padre Camilo: no he podido ir a las reuniones en el apartamento de su señora madre, como era mi intención, porque —ese parece ser mi destino— he comenzado a dictar clases en la Facultad de Ciencias de la universidad, pero siempre he querido confesarle que estoy de acuerdo con todo lo que usted dice sobre la desigualdad y la búsqueda de la justicia. Por alguna razón que debe tener algo que ver con lo que suele llamarse «deformación profesional», o con el hecho de que en la casa de mi mamá somos ocho y tenemos que trabajar para no quedarnos sin luz, nunca he tenido tiempo para vivir la teoría, como los revolucionarios, sino para asumir esa práctica que es la vida de lunes a viernes. Desde niño, además, me ha repugnado y me ha espeluznado la violencia. Y he sido profesor, y ser profesor es corregir en vez de comenzar de ceros. ¿Ser profesor, y tacha y repetir y dar consejos, sirve de algo para la revolución que usted ha tenido en mente? ¿Ser profesor es una especie de “guerra de la pulga”?».

Eduardo se graduó de Ingeniería hace dos años, y lo nombraron profesor y coordinador de Física y en eso ha estado desde entonces, pero nunca supo cómo ni dónde buscar al cura Torres —que salía en el periódico y llenaba las plazas del país y un día dejó de salir— para darle las gracias por haberle dado ánimo y fe cuando murió su primo, y para hacerle preguntas sobre la lucha. Protestó, sí. Escuchó atentamente, en los patios de la universidad, las protestas de María Arango. Reclamó el diploma el día del grado. Fue con sus compañeros de curso a un viaje por Europa: se enteró de los Beatles en el puerto de Liverpool, tomó jarras de cerveza en la Hofbräuhaus en Múnich, vio con sus propios ojos a Shirley MacLaine filmando *Irma la dulce* en París, lamentó, con los europeos vergonzantes, el infierno en Vietnam, y parodió al presidente Valencia cuando recibió al general francés De Gaulle con un «Colombia entera os saluda: ¡que viva España!».

Y cada vez que se enfrentó durante el viaje a una pregunta difícil de algún amigo reaccionario, «¿y por cuáles instituciones van a remplazar las que hay?», «¿no ha sido precisamente la resistencia armada, creada por el establecimiento, lo que ha tenido incendiado este país?», «¿y entonces los curas ya no son conservadores?», «¿y no será lo mejor servirle a Colombia por fuera de Colombia?», pensó «cuando vuelva a la casa tengo que ir a ver al cura Camilo».

Cómo le gusta viajar y seguir viajando. Cómo le gusta pisar los lugares que ha pisado la Historia. Cómo le gusta saber hablar, así sea de a pocos, los otros idiomas. Pero bueno: aquí está.

Se ha vuelto grande Bogotá: ya debe haber, por lo menos, dos millones de personas. Cae una llovizna que no cede, y el cielo es un velo cargado de agua, como ha sido desde siempre. Desde la ventana del trolebús, en plena calle 26, empieza a verse la ciudad blanca de la universidad. Todo el mundo va hoy de gris. Todo el mundo va debajo de una procesión de paraguas negros. Se van deteniendo, en la acera de la entrada, un Ford aguamarina de los viejos, un Pontiac largo de los nuevos y una camioneta blanca Chevrolet de aquellas, y los pasajeros se bajan convertidos en manifestantes. Y Eduardo, que ha estado leyendo el artículo «Un mártir ingenuo fue Camilo» en el periódico —y viendo al cura, con sotana de guerrillero, en la foto de arriba—, se baja del bus dispuesto a ir a su clase. Da un par de pasos. Se detiene a apagar su cigarrillo. Sigue.

Se une a la marcha en vez de irse a su oficina, sin embargo, porque los estudiantes están gritando vivas a Camilo. Y él repite «¡viva!» un par de veces, convertido en uno más en el desfile fúnebre de esta mañana, como si al fin estuviera haciendo el duelo por su primo.

Jueves 17 de febrero de 1966

Su película favorita entre todas las películas que se han hecho en el mundo —más que *Doctor Zhivago* y *My Fair Lady* y *El mundo está loco, loco, loco*— se estrenó el sábado 1.º de enero de este año, apenas siete semanas atrás, pero esta es la quinta vez que ella la ve. En la fachada del Cine Palermo, que es un frente empedrado interrumpido por una serie de ventanas y seis columnas de cemento que le sirven a uno para saber cuánto le falta para entrar, puede leerse una valla que dice «20th Century Fox presenta *La novicia rebelde*: ¡véala con quien esté más cerca de su corazón en 70 mm!». Y eso ha sido, exactamente, lo que ella ha estado haciendo. Ya vino a verla a este mismo teatro con sus amigas, con sus hermanas y con su mamá. Pero hoy, que le entraron, de golpe, estas ganas de repetírsela (porque aquí entre nos, se le olvida por completo la realidad cuando la ve), sólo se le ocurrió una compañera para la función de las 3:30 p.m.: su amiga Mirentxu.

Quién más, aparte de su amiga desde el principio, iba a seguirle la cuerda en semejante propósito: esta fila sigue bajando por la calle 45 hasta la Avenida Caracas como si el mundo se fuera a acabar o sólo quedara esta última oportunidad para ver a la familia Von Trapp escapándosele de canción en canción a un país y a una tiranía que quería someterlos.

Empecemos, mejor, por el principio, causas y efectos, razones y consecuencias.

Se ha sentido deprimida y derrotada desde que su hermano mayor llamó a la casa, ayer, temprano en la mañana, a contarles que habían matado al cura Camilo Torres en un combate en Santander. Pero su postración no ha sido tanto porque le haya dolido que semejante hombre de bien haya vivido para morir con las botas puestas y enlodadas, y ya, sino, sobre todo, porque le ha disparado el recuerdo del día que lo conoció, del día, mejor, que lo escuchó por primera vez, y ese día parece ser el principio de todos sus problemas. Llegó del colegio al mediodía. Se quitó el uniforme y se disfrazó de universitaria. Dijo a su mamá «mamá: voy a hacer tareas en la casa de una compañera». Y se fue con su amiga Ana Lucía, que repetía «no puede ser que estos viejos comemierdas se sigan repartiendo el país», a la casona de la puerta roja de La Candelaria en la que Camilo hablaba a sus seguidores.

Quedó fascinada, por supuesto, pero ella sabía que iba a ser así porque coleccionaba el semanario que el cura publicaba para recaudar fondos para su movimiento. Quedó embrujada porque eso de «derrocar al gobierno para abrirle paso a la convivencia entre católicos y comunistas» y «el materialismo dialéctico es insuficiente» y «mis amigos me llaman Camilo» le pareció lo más sincero que le había oído a un hombre que no fuera su papá ni su hermano mayor. Asintió de principio a fin. Sonrió y abrió sus ojos grandes cuando el cura le dirigió la mirada. Repitió las últimas palabras de todas las sentencias del líder como una niña que está haciendo lo posible por aprender el papel del adulto. Se fijó, sí, en que uno, dos, tres hombres la miraban de reojo. Pero nunca se le pasó por la cabeza que fueran espías.

Cuando regresó a su casa, de la calle 11 a la calle 23, una versión iracunda de su madre le gritó en el umbral de la entrada «pero niña: ¿dónde estabas?, ¿cómo se te ocurre meterte en la boca del

lobo?, ¿no ha sido suficiente para ti lo que has visto?». Los espías habían llamado a su hermano comunista, el respetado Romero Buj, a decirle «Alfo: yo no sé, pero su hermanita está yendo a las reuniones del cura Camilo». Y él, que no quiere para ella su destino, llamó a su mamá a contarle que la niña de la casa estaba yendo a mítines rojos, y a recordarle que ese no era lugar para una persona sensible. «Nunca más vuelves a salir, mientras yo esté viva, sin que te acompañe alguno de la casa», sentenció la madre aturdida de la rabia mientras cerraba la puerta por siempre y para siempre: «faltaba más una hija comunista...».

Quizás sea bueno aclarar, antes de seguir adelante, que los últimos tres años no han sido los mejores para los Romero Buj. Bueno, eso lo diría un bogotano. Pero la verdad a calzón quitao, que es lo que diría cualquier costeño o cualquier español —y eso es lo que son todos en la casa—, es que han sido tres años de mierda. Antes, cuando papá era un encantador de serpientes, un presidenciable y una gloria del Partido Liberal, y por la casa de la 23 pasaban los Santos y los Lleras y los López a celebrar de dientes para afuera la belleza de la familia Romero Buj, todo brillaba porque todo era de plata y de madera encerada. Pero en 1963 ella, Marcela, fue condenada por las monjas del Colegio Sans Façon a un año de internado: «por rebelde...». Y a su padre le descubrieron la locura. Y, como la vida giraba alrededor de él, empezó a venirse abajo el resto.

Marcela se salvó de la debacle —y Mirentxu es testigo— porque estaba pagando su condena en Sans Façon.

Pero a los otros les tocó ver el giro de Romero Aguirre hacia la sinrazón. Por orden del doctor que le diagnosticó, por fin, la arteriosclerosis, él solito cometió el terrible error de dejar el trago. Y entonces acabaron de endurecérselle las arterias y ya no fue sólo el padre adorable y campechano que podía ser a ratos, y el crítico del país de lengua viperina que hacía reír incluso a sus enemigos, sino sobre todo ese poseso de quién sabe quién que estallaba de golpe y día a día iba soltando las riendas de su cuerpo y perdiendo el pulso con su propio personaje. Un día le daba una serenata descarnada a mamá, «Aurora de rosa en mi amanecer...», «de tus ojos, Aurora, que no eran míos...», por teléfono desde alguna de sus correrías. Veinticuatro horas más tarde aparecía en la oscuridad del cuarto de sus dos hijas mayores, de Carmen y de Mercedes, y les gritaba «en esta casa va a ocurrir un crimen que va a conmover al mundo» bajo la luz mortuoria de una vela y con un cuchillo en la otra mano.

Marcela, que entonces tenía 14, corrió con suerte. Un par de veces, en los días de visita en el internado, Romero Aguirre se le apareció con alguna amante de aquellas por las que lo dejaba todo «para siempre» unas semanas nomás: «te presento a Betty, mija...». Pero a ella no le tocó verlo desencajado en las madrugadas, ni esperó mucho más de él, pues desde que tiene uso de razón ha sabido que su padre es un hombre incierto, que puede ir de su famoso «para ti el Sol, la Luna y las estrellas» a su infame «lo mejor es que te metan de interna las monjas francesas para que aprendas de una vez la disciplina, Marcela Tiburcia Lorenza». Mercedes, que tenía 25, sí acusó recibo de la debacle, y se replegó detrás de sus estudios de Juan de Castellanos: «así que no diré cuentos fingidos ni me fatigaré pensar ficciones...». Carmen, que tenía 24 y era ya la más bella juez de la república, empezó a ser un puño de nervios. Un día perdió completamente los estribos porque un abogado, que acababa de decirle «usted es brillante», se ofreció a pagarle el pasaje del bus de regreso: «¡usted me está comprando!», le gritó con los ojos colosales. Por atar los cabos mal, y estallar en pedazos, pasó una temporada en la clínica de reposo de la calle 34 con la carrera 7.^a. Y cuando regresó a la casa, a adorar como a su Dios a un padre ateo que de madrugada era un fantasma maltrecho capaz de cualquier cosa y de día era un gigante cariñoso y

enamorado de sus hijos, se encerró a leer su edición pequeñita y verde de Aguilar de *Tres obras teatrales*, de Henrik Ibsen: relejó *El pato salvaje* durante todo septiembre del 63, sin parar, porque —según dijo la única vez que habló sin parar— «es sobre decirse mentiras para sobrevivir, sobre la estupidez trágica y el error de principiante de decirse la verdad, sobre inventarse una familia alrededor de un personaje mítico y más grande que el mundo, sobre una hija que está dispuesta a lo que sea con tal de que su padre no la deje, sobre él, sobre mí, sobre...».

Si usted les pregunta a Mercedes y a Carmen por su padre, en fin, ellas le jurarán por Romero Aguirre que Romero Aguirre es perfecto, pero llevarán por dentro toda la verdad y seguirán estudiando y leyendo a puerta cerrada como Alonso Quijano. Si usted les pregunta por papá a los dos hijos menores, a Sebastián y a Diego, dirán que a veces es gracioso y a veces temible y que lleva años yendo y viniendo como si la casa no fuera su casa sino su hotel: «pobre mamá...». Si le pregunta a Alfonsito, el mayor, el delfín, cómo ve a ese hombre imborrable que él ha tratado de descifrar desde niño, responderá «es que uno no puede hacer pactos con el diablo». Si le pregunta a Marcela, le contará que hace dos años, cuando volvió del internado, tuvo la sensación de que no iba a ser fácil resistir en esa casona que ahora le parecía más bien una mansión embrujada.

Seguía siendo solemne: con su comedor formidable, su biblioteca abrumadora, su misteriosa escalera para las seis criadas, su garaje donde cabían tres carros uno detrás de otro, su cocina de restaurante de antes del 9 de abril, su patio de atrás y su patio de más atrás que era el patio del carbón. Y sin embargo algo muy difícil de precisar, quizás ella, había cambiado sin remedio. Estaba allí la oficina de Romero Aguirre, su padre. Ya no se tomaba en el sillón su whisky, «por si las moscas de la enfermedad», pero sí se lo ofrecía a los demás mientras se quejaba de la repartija y de la represión y de la violencia contra la violencia del gobierno de Valencia. Aún se reunía con Jimeno, con Vidales y con Díaz-Granados a conspirar en vano, pero ya nadie lo quería de candidato por gritón, por frentero, por vulgar, por haber vuelto rojismo su gaitanismo («del lado de un dictador, por Dios», decían), y entonces escribía y escribía y escribía sus libros desde las cuatro de la madrugada, y se iba a dormir a las seis de la tarde.

Ah, recibía a sus clientes, a sus representados, en la tarde. Y de vez en cuando eran marchantas que le decían «doctor Aguirre: es que no he tenido buena clientela...», y él se veía obligado, entre comillas, a meterles la cabeza entre los pechos en busca de algo de dinero.

Para Marcela fue duro irse y no fue fácil regresar: ¿en qué momento, de 1963 a 1964, el barrio Santa Fe se había vuelto este sitio tan tenso?, ¿cómo habían logrado que los tipos más peligrosos del sector dejaran de decirle «doctor Aguirre: déjeme ver su televisor por la ventana»? ¿era por eso que les habían puesto esas piedras y esas cortinas gruesas a las ventanas?, ¿a qué hora de qué día se había vuelto lo común que su papá se fuera de la casa y volviera cuando le diera la gana a gritar que *El Tiempo* se le había arrodillado a la candidatura presidencial de Lleras Restrepo?, ¿cuándo se había vuelto repetitivo que mandara de vuelta a la casa sus maletas con don Avelino, el chofer?, ¿sería cierto eso de que un mitin en la biblioteca terminó a puñaladas el año pasado?, ¿cómo habría sido ese día en que Romero Aguirre «hablaba y hablaba y repetía que no iba a volver a tomarse ni un solo ron porque estaba prácticamente seguro de que esa noche le había disparado a otro hombre»?

¿Y entonces papá dormía con un zapapico en su mesa de noche?, ¿y mamá dormía en el cuarto de sus hijas por si acaso?

Romero Buj, su hermano mayor, el maoísta imponente, ya no tenía tiempo para remplazar a su

padre, ya no le exigía a Carmen que no se metiera con el compañero negro en el que no confiaba, ni le prohibía a ella que se pintara los ojos. Se había dedicado a defender a los trabajadores de las empresas públicas y a tomar café en El Cisne con los poetas comunistas. Y ya no había esplendor ni había autoridad en esta casa.

Cuando Marcela fue a ver a Camilo Torres, a principios de noviembre de ese 64, se rompió eso que se rompe por dentro. Su mamá la regañó por haberse ido sin permiso: «faltaba más una hija comunista...». Y su padre, que se quedaba a dormir quién sabe con quién y dónde y no obstante se sentía el amo y señor del hogar, se enteró un par de semanas después cuando escuchó a sus hijas mayores hablando de que «mamá ya no está tan brava con Marce, ya la deja salir». Usó sus métodos para averiguar. Y apenas lo supo todo, que en resumen era «mi hija menor está siguiendo los malos pasos de mi hijo mayor», decidió poner las cosas en su sitio. Simplemente, sabiendo que nadie contaba ya con él en esa casa, la esperó detrás de la puerta de la entrada —«ni siquiera se sentó», dijeron Sebastián y Diego— con la convicción y la paciencia de un demente.

Marcela estaba con Nydia —Nydia, la cuñada que tanto quiere, que le habla de la revolución y de lo humano, y de «el maldito Frente Nacional»—, pues ha estado enseñándole a leer a la empleada que cuida a sus tres sobrinos. Se despidió porque ya eran las 4:30 p.m. Se devolvió a la casa, a un par de cuadras nomás, pues le faltaba hacer una tarea para el día siguiente. Y, apenas pisó el jardín de la entrada, vio en la puerta a su padre enfurecido con el cinturón doblado en dos en una mano. «¡Yo he tenido muchas mujeres en la vida y ninguna se ha portado como tú!», gritaba, delirante y con el chaleco desapuntado, mientras le daba latigazos en las piernas. Salían los vecinos, a las puertas y las ventanas del barrio, a ver qué diablos estaba pasando, pero a él le tenía sin cuidado, y le pegaba, y le gritaba «¡una hija mía no anda a estas horas por la calle!, ¡callejera!, ¡y mucho menos con esos infectos comunistas!».

—Me cago en la cara del puto cura Camilo —agregó su dedo índice sobresaltado y su pelo engominado pero despeinado como un actor desencajado—: todos los curas son putos.

Nadie en la casa, ni mamá, hizo ni dijo ni reclamó nada de nada. Quizás de 1963 a 1964 esa violencia «porque sí» se volvió lo normal: quién sabe. En el Sans Façon, en cambio, la hermana Isabel le preguntó enfrente de sus amigas: «Marcela, ¿pero qué le pasó en las piernas?, ¿pero por qué le pegó?». Y fue por eso que apenas dejó a su amiga Mirentxu en su casa, y siguió por la carrilera a la suya, que pensó que lo mejor iba a ser irse para siempre. Cuando uno tiene 16 años es ciego al futuro y prefiere la muerte a rezar. Quiere sacar de la mesa de noche de su madre un frasco de pastillas y tragárselas todas, pero se arrepiente porque una cosa es matarse y otra cosa es morirse. Y porque lo único que hay en el cajón son sulfas y son muy pocas. Y se ve a sí misma poniéndose a vomitar como una heroína romántica que se dice qué desgracia y qué raras estas ganas de vivir.

Y vuelve del horror y del mareo con la impresión de que sólo su hermana Carmen, que ha vuelto a leer *El pato salvaje*, ha entendido el asunto: su desesperación. Mejor no, mejor vivir. Pero qué extraño, sí, es tener ganas de algo que ninguno va a entender.

El año 1965 fue mejor porque ella se dedicó a lo suyo. Cuando vio a su mamá triste, tejiendo, a la espera de que un día volviera su marido, se quedó muda. Cuando notó que la pobre no tenía paz si el esposo estaba en casa, prefirió callarse. Se dedicó a pintar bodegones y paisajes al óleo y a ver películas para hacer lo que el hombre vino a hacer a la Tierra: escaparse del mundo. Cuando vio a su papá en su habitación completamente embrujado por sus bodegones de grutas y sus paisajes, y diciéndole «yo nunca jamás habría podido pintar nada como esto...», solamente

asintió. Cuando la acompañaron todos mientras recibía, con su uniforme de lazos y su peinado a la moda, el diploma de bachiller, simplemente sonrió y dio las gracias como si ya no fuera la niña rebelde que no se dejaba de nadie. Por lo menos tengo a Mirentxu, pensaba, nunca una amiga quiso tanto a otra amiga.

Pero a principios de este año, cuando su padre dejó de enviar a la casa el dinero que era de su madre, no pudo más. Ya las tiendas se negaban a fiarles, «ay, mi señora...». Ya a nadie del barrio le hacía gracia que Romero Aguirre, que estaba gastándose el dinero de su mujer —la reserva que le quedaba «por si acaso otro 9 de abril»— en una supuesta campaña presidencial contra Lleras Restrepo, pasara por los andenes amplios de la mañana y dijera a los transeúntes «voy a llevarles el pan a mis mujeres, ja». Carmen se veía cada vez peor, bellísima pero quebradiza. Mercedes no quería saber mucho de nada. Sebastián y Diego hacían lo mejor que podían. Y a Marcela le pareció que lo mejor que podía hacer, aunque mamá le rogara que no lo hiciera, era llamar por teléfono a su padre a decirle «cumpla con su obligación, viejo pendejo, que esa plata no es suya».

Fue Alfonso, su hermano mayor, el que llamó a papá a decirle que iban a impedirle que siguiera sacando dinero de las cuentas de la familia: «si tú ni vives ya en la casa...».

Pero fue ella, Marcela, que en septiembre va a cumplir 18, quien impidió el día antes de ayer que Romero Aguirre volviera a la casa. Llegó el chofer de siempre con las maletas de siempre. Y en la puerta de la entrada, mientras su familia la observaba entre fascinada y aterrada, ella misma le dijo «dígame a su jefe que él ya no vive aquí y que cambiamos las guardas porque no es bien recibido» sin dudar ni un solo segundo, y luego se encerró y se negó a pasarle al teléfono a su padre estupefacto e iracundo. Ayer, cuando volvió de la universidad, una llamada de su hermano Alfonso le ayudó a que la rabia se le volviera tristeza: «mataron a Camilo Torres...». Y hoy amaneció con la sensación de que la solución iba a ser volver a ver *La novicia rebelde*. Se lo dijo a Mirentxu. Y la pobre se resignó a acompañarla hasta el Cine Palermo, «después de la universidad», una vez más.

Y entonces soportaron juntas la fila eterna, como lo han soportado todo desde los 5, hasta conseguir puesto en la mitad de las 650 sillas. Y disfrutaron la película: no hay mal que por bien no venga.

Y María von Trapp volvió a cantar «the hills are alive with the sound of music», «I simply remember my favorite things and then I don't feel so bad», «perhaps I had a wicked childhood, perhaps I had a miserable youth, but somewhere in my wicked, miserable past there must have been a moment of truth», con la voz de Mary Poppins que alivia y repara, hasta que no hubo nada más en el mundo que el cine, sólo el cine en 70 mm. María von Trapp dejó a esas monjas carifruncidas que parecen las monjas del Sans Façon, pero se quedó piadosa. Se volvió madre de siete. Se enamoró, por defecto, del padre de sus hijos. Después del intermedio se descubrió en Salzburgo, en tiempos de la invasión nazi que pasa en todas partes, acosada por los pabellones rojos y las esvásticas y los «¡Heil Hitler!».

Y al final tuvo que irse de su país por las montañas, como se escapó del franquismo el papá de Mirentxu, como habrá que irse de esta Colombia que cambia la dictadura de los unos por la dictadura de los otros cada cuatro años, porque en tiempos de guerra sólo queda escaparse o hacerse matar: The End.

Sábado 9 de noviembre de 1960

Diario del Caribe fue a la ciudad de Bogotá, capital de Colombia a fin de cuentas, a la busca del prócer verdadero de San Luis de Sincé: el Dr. Alfonso Romero Aguirre. Romero Aguirre fue, según el orden en el cual él mismo lo recuerda, presidente del Senado de la República, de la Cámara de Representantes, del Gran Consejo Electoral, de la Asamblea Departamental de Bolívar y del Concejo Municipal de Cartagena. Fue también el contralor general de Colombia que consiguió que el país dejara de ser un archipiélago; el arrojado jefe liberal que en plena «Violencia» abogó por un gobierno en conjunto con los conservadores, «pero no, como en el engendro del Frente Nacional —nos dice—, entre los señores que pueden pagar las boletas de 10 pesos para ver torear en la Santamaría, sino entre las clases populares»; el escritor de una decena de volúmenes amenos y controversiales, entre los que destacan *Confesiones de un aprendiz de estadista*, *Ayer, hoy y mañana del liberalismo colombiano*, *Por qué me duele que no me haya dolido la clausura de «El Tiempo»*.

Y fue también, reclama antes de seguir y mientras escucha *Salsipuedes* de Lucho Bermúdez, «el eficiente portero del Juzgado 8.º de policía». Si de algo suele preciarse, según sus amigos, es de su memoria intacta.

«Fue», sin embargo, no suena bien en su caso. A los 53 años, Romero Aguirre sigue siendo «el político que lee pero que se niega a versificar», que tanto ha admirado el poeta de la izquierda Luis Vidales. Sigue siendo aquel liberal radical, seguidor profundo de su maestro máximo, el general Uribe Uribe, que considera «completamente absurdo que todavía se enseñe en las escuelas a conocer al país a través de la apasionada historia conservadora de Henao y Arrubla». No ha dejado de exaltarse cuando le mencionan los supuestos logros de la Regeneración conservadora o las jugadas de ajedrez en la sombra de la Iglesia católica. Suda frío si le elogian a Rafael Núñez y le cuestionan la masonería. Es quizás el más colombiano de nuestros políticos, pero lo suyo no es una postura ni es un cálculo. No finge ser del pueblo, sino que lo es, y tiene una entrañable adhesión por Cartagena, «su Venecia del Caribe».

El conservador Laureano Gómez, que según Romero «trajo al futuro el atraso», lo criticó centenares de veces por mezclarles a sus exposiciones trascendentales rasgos de humor. Fue en vano, pues cuando se le entrevista lo primero que es de apreciar, aparte de los poemarios sobre su mesa, es su agudeza grande, su chispa de sinceano.

Fue el vate cartagenero Luis Carlos López, apodado el Tuerto por sus propios amigos, quien mejor supo responder a su gracia: «Recibí tu misiva cariñosa / y aquí me tienes gordo y colorado / tendido en mi sillón, la faz radiosa, / como aquel tipo que vendió al contado», escribió en el primer cuartero de su soneto *A Romero Aguirre*, una epístola risueña en endecasílabos: «Porque tú, de manera generosa, / me ofreces conseguir un consulado / quizás en Sopetrán, en Santa Rosa, / y, tal vez cual colmo, en Leningrado», continuó. Tras la muerte de Gaitán, Romero habría podido ser el gran caudillo de la unión liberal, el de la reconquista, pues no estaba lejos ni del pueblo ni de la clase media, pero fue entonces cuando la astuta oligarquía de los dos partidos se

unió en un frente conjunto para evitar la rebelión de las masas.

Romero vive en una casa de aquellas en el barrio Santa Fe. Pasa las tardes con su esposa, la española Aurora Buj Ibáñez, a quien le echa la culpa por ser «un caso increíble de monogamia, una fortuna espiritual inusitada». Tiene seis hijos. Tres hombres, tres mujeres. Antes de que echemos a andar nuestra conversación en su vasta biblioteca, la menor de las hermanas, de 12 años, se le acerca a contarle que en la mañana tuvo un problema por no estar de acuerdo con una de las monjas de su colegio, y está castigada entonces por decir «hermana: no estoy de acuerdo», y se ganó un insulto, «¡así empezó Nerón!», que la tiene molesta e indignada. Romero le dice «ya tú sabes que tienes tu abogado, ilustre refutadora de la patria», y luego le jura por el Gran Arquitecto, pues fue un masón de los de antes, que se hará oír ante la curia entera y ante el mismísimo Rafael Núñez en el infierno.

Decía usted el otro día que no entiende cómo ha hecho Núñez para pasar a la Historia como un prohombre.

Soy, como usted sabe, uno de los pocos liberales radicales que quedan en el país. Como tal, tengo clara la catástrofe nacional desatada por Núñez de 1880 a 1894: la emisión de papel moneda de curso forzoso trajo tanto la clandestinidad como el atraso económico, el primer concordato ató el Estado a la Iglesia católica para la gloria de nuestro subdesarrollo, su interpretación torcida de que la protección a la soberanía colombiana podía tener lugar no solamente contra potencias extranjeras, sino aun contra los mismos colombianos, lo convierte en el precursor de la pérdida de Panamá y de la entrega a las fuerzas estadounidenses, y su indiscutible traición al Partido Liberal, que lo hizo elegir, produjo un gobierno conservador de medio siglo. En cuestiones de dinero para su propio provecho, era de una perfecta honorabilidad y de un gran desinterés. Pero eso también podría decirse de mí mismo, que soy su coterráneo, y nadie anda diciendo por ahí «Romero Aguirre es un prohombre». Y yo no escribí, lo juro, la letra del himno nacional, que es de las peores páginas de la literatura del país.

Habla usted de un «gobierno conservador de medio siglo»: ¿cree que en dieciséis años de República Liberal pudo revertirse el legado regenerador?

Desde el jueves 15 de octubre de 1914, cuando el desarmado general Uribe Uribe, el más completo de los colombianos y el único liberal que habría podido arrebatarles el poder a los conservadores, fue mandado asesinar por los curas regeneradores que lo veían como un peligro (y así consta en *Quiénes fueron los verdaderos asesinos de Uribe Uribe*, de Marco Tulio Anzola, desde el 17), se perdió la posibilidad de que operaran en la realidad las pocas leyes sociales que se le pudieran arrancar a la tozuda renuencia de los gobiernos godos. El liberalismo volvió al solio de Bolívar con el presidente Olaya Herrera, uno de los grandes estadistas de América, pues por la violencia y la quiebra y el fracaso se hizo insostenible la situación del conservadurismo encabezado por Miguel Abadía y el inagotable Laureano Gómez. Desde su primer día de gobierno, Olaya, apóstol de la resistencia liberal, se echó sobre los hombros la mejoría de la situación del trabajador.

Se cumplió entonces, de cierto modo, lo que usted ha solido llamar «el programa liberal».

No «de cierto modo», no, a carta cabal. De 1930 a 1942, gracias al liberalismo encabezado por Olaya, López y Santos, se defendieron a muerte los derechos del trabajador: su salario, su salud,

su jornada de ocho horas, su seguro, su descanso dominical, su vocación a la asociación, su pensión de jubilación. Se crearon el Ministerio del Trabajo, la carrera administrativa, la protección de la maternidad. Sí, el Partido ha estado dominado por una oligarquía inteligente, ilustrada, codiciosa, maliciosa y todopoderosa, pero ello nunca podrá significar que él no haya estado en posesión de un programa eminentemente social. Hoy, aplastado por los Lleras y sus secuaces, el liberalismo no sólo se ha alejado, sino que ha armado y luego vencido a las masas trabajadoras para que no conozcan su verdadero programa. Si hubiera liberalismo hoy, y la oligarquía de la colectividad no se hubiera librado de Gaitán, no se creería macartísticamente que cualquier reclamación popular es comunismo, sobraría el socialismo a quien cuente con su cesantía y sería innecesaria la redención popular por la vía de las armas, que ha sido la solución cubana, pues sería demorada, sangrienta y antidemocrática.

¿Por qué sucedió lo que usted ha querido llamar en sus textos de prensa, en Sábado, «la caída y el aniquilamiento del liberalismo»?

He estado hablando de esto por años hasta volvérmelo fatigoso hasta al más paciente de mis amigos beodos, pero no fue, como se cree, cuando el doctor Jorge Eliécer Gaitán tuvo que enfrentársele al doctor Gabriel Turbay en las elecciones del 46 —que ganó el conservador Mariano Ospina— hasta dividir irremediablemente al Partido Liberal, sino mucho, mucho antes: cuando a finales del 41, a pesar de aquella máxima que reza «el liberalismo colombiano cae cada vez que reelige un presidente», el Entregador Alberto Lleras se me impuso de modo arrogante, aunque fui a verlo en son de paz y le dije que estábamos dispuestos a apoyar a un lopista con tal de que no fuera el propio López Pumarejo. «Es López otra vez o no es nadie», me dijo el Entregador, altivo, de su clase, en nombre del entonces presidente Eduardo Santos. Y así el liberalismo fue unido a las elecciones del 42. Y el doctor López resultó elegido por segunda vez. Y comenzó la debacle.

Se dijo entonces que usted había dado una voltereta incomprensible: de ser un antilopista célebre a ser un alfil del gobierno de López Pumarejo en el Congreso.

Es de todos sabido que sólo fui lopista, como debe ser, cuando ya no servía para nada. En 1930, cuando él era el jefe único del liberalismo y yo apenas un candidato a diputado que recaudaba vigencias expiradas, el doctor López tuvo a bien gritarme «¡usted, carajo, se quiere imponer a la dirección liberal!» con un pie adolorido y en alto en su habitación del Hotel Americano de Cartagena, y yo le respondí «¡usted, carajo, quiere desconocer la obra de la convención de Bolívar!», y no nos gustó nada. Luego, en 1935, cuando él era el presidente y yo un representante de mi región en la Cámara, dijo de mí: «ese guachecito de Romero Aguirre ha firmado la ley de libertad provisional porque le favorece». Y más: «yo siempre he creído que ese muchacho está loco», repitió de mí hasta que yo me enteré y tuve que recordarle públicamente que una palabra desde el gobierno es un acto de gobierno. Critiqué violentamente con mi temperamento vasco, en una serie de debates, su desdén de cachaco y sus contradicciones vergonzosas y su reticencia a creer en las mesas sin cabeceras, pero, más allá de que nos evitáramos, su primer gobierno adelantó muchísimo la obra liberal.

Lejos estaba usted, sin embargo, de convertirse en el reunificador liberal del segundo y tambaleante gobierno de López.

Me opuse fervorosamente a su reelección, sí, hasta formar coalición con el doctor Laureano Gómez para cerrarle el paso. Pero en 1944, cuando yo vi que iba a cumplirse el vaticinio que había hecho con motivo de la candidatura duplicada, es decir, que llevaría al liberalismo a perder el poder, el señor López y yo llegamos a entendernos en el sentido de que yo como jefe liberal tendría que prestarle mi concurso a su gobierno, y enfrentármeles con hombría a la cantinela conservadora y a los ataques personales al presidente («calumniad, calumniad, que de la calumnia algo queda») regentados por el señor Gómez y su periódico *El Siglo*. López me dijo a mí, «ese guachecito», «no hay ya quien me defienda en la Cámara», y me vine yo desde Cartagena a contestarle documentalmente al conservatismo perverso, y sentí dentro de mi corazón que aquel presidente caído ha estado más cercano a la realidad que ninguno de los jefes de la colectividad. Recuerdo como un trauma al señor Julio César Turbay, el Turco, que llegó en su admiración y adhesión por López hasta imitar sus corbatas, diciéndome en un corrillo y repitiéndome en el otro que no había nada que hacer: que el exhausto presidente ya iba de salida por cuenta de los negocios y los escándalos de sus parientes, pero sobre todo porque contaba con el respaldo obrero, y por consiguiente con el recelo de los candidatos a sucederlo, el pánico de la oligarquía liberal atrincherada en *El Tiempo* y el odio disciplinado de ese fascismo conservador que les apostaba todo a la victoria de Hitler y al triunfo de Franco.

Sonaba mal que López Michelsen, su hijo, comprara las acciones de la cervecera holandesa Handel, pero López Pumarejo no estaba detrás de esas operaciones. Pregúnteselo a Montaña Cuéllar, que sí fue capaz de agarrarle las turmas al tigre: a López «lo renunciaron» para no cumplirle al liberalismo.

Cae entonces López Pumarejo porque su gobierno se quedaba sin oxígeno día por día. Y sube el ministro Lleras Camargo.

Sube el Entregador, sí, bajo la sombra carroñera del señor Laureano Gómez, que, dicho sea de paso, era un contendor mucho más leal que los Lleras y los Santos y los demás responsables de la situación que hoy afronta el liberalismo. Y apenas se posesiona, y nombra ministros conservadores, como por arte de magia se apaga la oposición al rojo vivo y ya nadie repudia y ni siquiera recuerda los gravísimos hechos que tumbaron al presidente de la república. El Entregador cree que nosotros creemos que es un repúblico eminente, y que el silencio conservador es mera coincidencia, pero los que lo conocemos tenemos claro que es la primera parte de un plan para no pelearse el poder entre partidos, sino para repartírselo entre los mismos de la misma clase: y eso lo piensan las masas liberales de las veredas y de las fábricas que perdieron a 200.000 familiares a manos de la policía conservadora.

Habla usted, señor Romero, de la primera parte de un plan: ¿cuál fue, de ser así, la segunda?

No olvide usted, con el líder quibdoseño César Conto, que en política no existe el paranoico, sino el realista. Y que el Partido, que la Convención de 1947 llamó «el partido del pueblo», habría podido continuar en el poder si hubiera apoyado la candidatura de Jorge Eliécer Gaitán. Pero *El Tiempo* —que es un modo de decir «Eduardo Santos»— se le atravesó al mártir del 9 de abril del 48, o sea a la vocación a la democracia, a la búsqueda de las libertades, a la solidaridad con las fuerzas políticas de izquierda, al rechazo al falangismo en nuestro país, al equilibrio de los tres poderes, a la visión de las Fuerzas Militares con una misión de trascendencia social en tiempos de paz y de la educación como origen de la equidad. *El Tiempo* y los demás jefes

oligárquicos respaldaron al señor Gabriel Turbay, que era un hombre eminente, y el pueblo se quedó con el autocrítico Gaitán. Y vino la presidencia de Ospina Pérez y 20 meses más tarde vino el Bogotazo.

¿Quiere decir que la segunda parte del plan era el asesinato de Gaitán?

Quizás, sí, pues el asesinato impune del general Uribe Uribe probó tres décadas antes lo fácil que es matar a cualquier amenaza sin que haya consecuencias. Pero sí, sin lugar a dudas, la idea era quedarse con el partido del pueblo. Sacarse de encima a los jefes liberales que sí representábamos a nuestros electores y mandarnos un mensaje contundente a todos los que abogábamos por la paz con el conservadurismo justamente en la tradición del doctor Uribe Uribe, que cuando volvió de la guerra, en 1904, dijo más o menos lo siguiente: «El liberalismo es un partido civil contrario a la guerra y a la conspiración y que se opondrá por los medios pacíficos al gobierno conservador». Se nos borró del liberalismo, en fin, desde el 10 de abril del 48. El pueblo, aterrado por su propio estallido del día anterior y embotado por la sangre, hizo a partir de ese momento lo que dijera la oligarquía liberal: «el Periodista» Santos Montejó, «el Entregador» Lleras Camargo, «el Enano» Lleras Restrepo. El señor Echandía, «gloria liberal» entre comillas, aceptaba un ministerio del presidente conservador sin haberse sepultado el cadáver de Gaitán, y el liberalismo aplaudía e iba detrás de ellos como si ellos fueran los herederos del caudillo asesinado.

Por otra parte, recuerde usted que el doctor Gaitán, tan afecto al populismo italiano que conoció muy de cerca, siempre supo ponerse de acuerdo con el conservatismo fascista pero frentero del doctor Gómez. Tenga en cuenta que Laureano, más en serio que en broma, pues carecía del órgano del humor, se declaraba «gaitanista». Y no olvide que fue el Enano iracundo, que una y otra vez fue derrotado por Gaitán en las urnas, quien habló en el sepelio como si él fuera el viudo del cacique.

Sin embargo, lo que sucedió a continuación, que fue un nuevo episodio de la guerra civil, parece llevarle la contraria a la teoría de la conspiración.

Permítame que comparta con usted una máxima que se me ocurrió cuando apenas era un mozo que quería tumbar regímenes, pero no se me pasaba por el entendimiento con qué iba a remplazarlos: político no es quien gobierna sino quien conspira, quien trama. Vea usted lo que sucedió después. Ni más ni menos que la tercera parte del complot: «el Enano» Lleras Restrepo propone una revisión completa de la cedulaación que rarifica las elecciones presidenciales de noviembre del 49, pues súbitamente el liberalismo no tiene una sola cédula para votar por el sucesor del presidente conservador. Yo me quejo. Dejo constancias. Peleo: «las cédulas no van a estar listas...». Lleras Restrepo me invita a su oficina para tratar de convencerme, con una cara de alegría que no le queda bien, de que «Senador: vamos a recobrar el poder con Echandía». Pero el señor «Echannoche» se retira de las elecciones de golpe y porque sí, «por falta de garantías», dijo, y le queda libre el camino a Laureano Gómez.

¿Está diciendo usted que la dirección del liberalismo quería que el presidente fuera Gómez, un conservador?

Quería, simple y llanamente, que el presidente fuera uno de ellos. Liberal o conservador: daba igual, da igual. Sólo nosotros, el pueblo, creemos en esa pequeña pero irremediable discrepancia.

El propio López Pumarejo, que en paz descansa si adonde ha ido a parar hay algo de silencio, alcanzó a confesar que no hay diferencias reales entre los partidos: Lleras Restrepo es cuñado de un primo de Ospina Pérez, Gómez casó a su hija con un sobrino de la señora de Santos. Y así pues, la elección del doctor Gómez, candidato único, como cualquier déspota ilustrado, pero con más de un millón de votos nada despreciables, no era un triunfo del pueblo, sino de los pocos criollos que tienen claro —y se lo callan vaya a usted a saber por qué— que esto sigue siendo España olvidada por España. Pero pronto, un poco después del principio, supieron que Gómez no era un títere, y que ni con Ospina Pérez, aliado oligárquico de la oligarquía, se entendía de buena manera. Y aprovechando su tendencia a valorar el fascismo y a parecer el peor y a hablar más de la cuenta, que llevó a Gómez a decir de mí que yo era «una tuberculosis inoculada en el régimen», se inventaron entre todos estos próceres de campo de golf la Violencia: cada bravuconada, cada llamado a la guerra civil contra el anárquico Partido Conservador y cada orden de no hablar con la derecha impartida por Lleras Restrepo y sus conmlitones, que al cumplir su propia consigna debieron dejar de saludar a seres muy cercanos a su existencia, costaban víctimas increíbles y más víctimas, pues el gobierno espurio del doctor Gómez, que tenía las armas, respondía con creces, con sevicia, en busca de la legitimidad que no había recibido en esas elecciones putrefactas. El resultado es que seguramente los 200.000 liberales muertos en la época anterior al sábado 13 de junio de 1953 tienen aún hoy parientes listos a vengarse.

Si el doctor Gómez se les salió de las manos, entonces el general Rojas Pinilla, que dio el golpe, se les atravesó en los planes de regresar al poder ese 13 de junio de 1953.

Por causa de su antecesor, su copartidario Ospina Pérez, empeñado en reelegirse en el 54 y más cercano al liberalismo del señor Lleras Restrepo que al conservatismo recalcitrante y de verdad, el doctor Gómez nunca pudo poner de su lado a las Fuerzas Armadas. Tuvo en su contra toda la violencia, que no cesó esa horrible noche. Se desdibujó. Se enfermó grave. Puso a sus dos vástagos enardecidos, sus dos Gómez Hurtado, Álvaro y Enrique, a secretarle órdenes en el oído a un encargado: el titubeante doctor Urdaneta. Y ni acusándolo de torturador, ni intimidándolo, ni con *El Siglo* inventándose la realidad como siguiéndole los pasos a *El Tiempo*, pudo sacudirse como a un bicho al general Rojas, pues este era el jefe natural de unas fuerzas que le eran absolutamente leales: «no obedecemos sino órdenes tuyas». El doctor Gómez quiso sacar al general Rojas. El general Rojas quiso que se quedara el doctor Urdaneta en el poder. El doctor Gómez le dijo entonces al general, ese sábado en el que se dedicó a hacer pandeyucas donde su familia política, «yo lo prefiero a usted, señor Rojas». Y así fue: «cuando el gobierno se desnuda —dijo el poeta Martínez Rueda—, hay que jalarle al pandeyuca». Y que comience, pues, la dictadura reticente.

Se le ha criticado mucho, y se le ha llamado traidor y oportunista, por haberse puesto del lado del dictador: ¿es cierto que le ofreció su respaldo?

No sólo el general Rojas ha sido mi buen vecino durante tantos años, sino que su hija María Eugenia ha sido buena amiga de mis dos hijas mayores. Sé que es un adalid menos arrogante, menos envanecido, y que su violencia es menor. Tengo como seguro que fue dictador, pero no peor que los godos godísimos que lo antecedieron, pues no fue él quien cerró el Congreso ni quien persiguió a la fuerza mayoritaria del país. Ospina Pérez, el Marroquín de Gómez y el

cómplice de los peores liberales, lo manejó con el dedo meñique al principio, pero el conciliador fue él. Echannoche lo agasajó en el Tequendama en nombre del liberalismo 40 noches después del golpe, «recogisteis del suelo regado con sangre silenciosa la bandera desgarrada...», pero él hizo lo que pudo para no dejarse engañar de los prohombres. Firmé, sí, con un grupo de liberales gaitanistas, la llamada «Alianza Popular por pan, techo, salud y alfabeto para todos los colombianos» con la ilusión de no regresar a la falsa normalidad de las élites. Y para mí que el general Rojas comprendió que era la cabeza de una gran movilización popular. Y no estoy sólo yo en esta apreciación, no, pues el pueblo ha querido respaldarlo desde entonces, y la oligarquía ha tenido la astucia para impedirlo como si estuviera impidiéndolo la democracia. Creí, y lo creo aún, en el ascenso del general al poder como un torniquete al desangre y un golpe a la oligarquía ladina que sin embargo ya ha vuelto a su lugar, y en la junta liberal del 55, que el semanario *Sábado* convocó en mis oficinas, hice hincapié en que el respaldo del liberalismo popular al gobierno de las Fuerzas Militares era una manera de mostrarse unido sobre la base de la plataforma que dejó Gaitán. Y un nuevo llamado a decretar la paz con el Partido Conservador, y así lo hice yo con un grupo de amigos liberales que me quisieron acompañar bajo la sagrada premisa de que hay una operación de cirugía veterinaria que al perro macho no se la hacen sino una sola vez.

Parafraseando el título de su célebre texto, ¿por qué le duele que no le haya dolido la clausura de El Tiempo?

Detrás de la estrepitosa caída del liberalismo estuvo, como un titiritero caprichoso, el señor Eduardo Santos Montejó. Todo lo que he dicho hoy, con modesto afán patriótico, me ha diferenciado de él y de los individuos que él engendró y que giraron dentro de su órbita con el poder de su periódico remunerante. Para evitar el desastre grité en la plaza pública, fomenté disidencias, di mi voto contra mi conciencia a mi partido equivocado en el último episodio de la política parlamentaria liberal. Pero Santos, que a pesar de su simulada suavidad no aprendió nunca a respetar los disentimientos, impuso sus odios bien surtidos, y sus calumnias y su ninguneo peor que el disparo, en las páginas de *El Tiempo*. Mi nombre siempre fue recortado misteriosamente en sus artículos, «quién sabe quién fue». Según su folleto, yo no pronuncié discurso alguno en la tumba de Uribe Uribe, ni escribí *Ayer, hoy y mañana del liberalismo colombiano*, por ejemplo: no existía yo ni tenía fe de bautismo si no lo aplaudía por hacer la política con las noticias. Por qué iba a dolerme que se cerrara un diario que sirvió al desastre del liberalismo y se convirtió en trinchera peor que *El Siglo* y en órgano principal de la doble moral del doctor Santos Montejó. Su cierre debió dolerme, sin embargo, aunque un particular fuera el dueño de las noticias, porque era prueba de que estábamos volviendo a la violencia y a la intimidación. Y porque fue cerrado para callar una verdad dicha por el buen García-Peña. Y entonces me duele que no me haya dolido.

¿Pero a qué se refiere usted, doctor Romero Aguirre, con aquello de «la doble moral del doctor Santos Montejó»?

En 1946, después del desastre electoral del liberalismo y de la derrota del gaitanismo que yo defendía por toda la Costa caribe, me encontré con Santos en el bautismo de la hija de un amigo en común. «No sabía que usted estuviera en Bogotá, querido Alfonso, qué grato renovar nuestra amistad», me dijo el expresidente. «Ay, Alfonso, usted es un hombre tan bueno...». «Pero su

periódico recorta siempre mi nombre de la lista de los pasajeros de Avianca», le respondí. «Qué raro...». «Yo no leo *El Tiempo*», me explicó sonriente. «Debo felicitarlo por su petición de renuncia a Gabriel Turbay de su candidatura para dejarle el camino a Jorge Eliécer Gaitán», agregué cambiándole, compasivo, el tema que le incomodaba. «Era la décima gestión que hacía yo con Turbay», me replicó. «Pero lo malo es que mientras usted, señor expresidente, pedía aquella renuncia necesaria, el periódico de usted apoyaba la candidatura suicida de nuestro distinguido amigo». «Yo no soy *El Tiempo*», me respondió. Pero apenas el general Rojas lo cerró, en su folleto sobre la clausura de su negocio el señor Santos escribió «lo único que reivindico para mí es la responsabilidad íntegra de cuanto se dijo en esas 15.770 ediciones».

Yo nunca le caí bien al expresidente experiodista: demasiado liberal para su gusto apostólico, demasiado costeño para entenderse tan bien con su esposa.

¿Por qué criticar al Frente Nacional si es precisamente el pacto por la paz entre los dos partidos que usted proponía en el 49?

Propuse, sí, el proceder que se impuso inexorablemente: que, para alcanzar la paz, el poder ejecutivo también se repartiera entre los dos partidos durante varios periodos. Mucho agradecí que el señor López Pumarejo, que erró descartando a los conservadores en su último gobierno, no se olvidara del todo de que la fórmula que él utilizó en este episodio político era mía. Y es curioso que a pesar de haberse demostrado palmo a palmo que siempre tuve razón, contra los dirigentes de mi partido que desdeñaron mis orientaciones, yo he quedado de «traidor», de «vendido», de «lentejista», y los individuos de Santos, del Entregador al Enano, que crearon la desgracia, han sido premiados como héroes beneméritos. «El Entregador» Lleras, en pacto con el mismo doctor Gómez que sacaron corriendo y que al menos creía en su peligroso falangismo, ya consiguió la presidencia que ha ganado dos veces con votos ajenos, pues un grupo de gente gentísima que puede pagar boletas de más de 10 pesos y unos victoreantes remunerados y acumulados adrede en las graderías, todos preocupados por que el chafarote de Rojas fuera demasiado popular, supuestamente lo aclamaron en el circo de La Santamaría. Ya llegará «el Enano» Lleras, engendrador de la Violencia, al poder. Yo seguiré poniéndolos verdes y criticándolos, y blasfemando a mi estilo, por haber sacado de en medio al dictador para ellos empezar su propia dictadura, y por haber conseguido que la juventud que ha llegado tarde a este empeño de democracia, y no ha seguido bien el hilo de la Historia, no vea sino la lucha armada en su futuro.

¿Qué tan cierto es aquello de que «Romero Aguirre es el único muerto político que ha habido en Colombia»?

Soy el único jefe liberal de mi generación que no ha sido ministro: Rojas no quiso nombrarme porque Ospina Pérez le recomendó que, para no aguijonear los ánimos, no nombrara ni liberales ni laureanistas. Recordarlo no me entristece, pero me pone los pies en la tierra. De los conservadores no he esperado yo nada, sólo venganza y persecución, desde que era un niño que jugaba al lado del mar en Cartagena. De los liberales, en cambio, nunca me he acostumbrado a recibir decepciones tras decepciones. ¿Que soy el único muerto político que ha habido en Colombia? Sí, si hablamos del pueblo cuando hablamos de mí. Pues no soy yo solamente, sino soy uno más. Yo no soy el único «guachecito» ni el único «loco» al que han despreciado aquí. Y en todo caso mis amigos en el país, que no crea usted que sólo enemigos tengo, de tanto en tanto

me piden que vuelva a lanzarme para reivindicar a la inconformidad, para que el costo de la vida no termine acabándonos uno por uno, para criticar que se use el criterio de la represión para enfrentar a los guerrilleros revolucionarios a los que se da por muertos semana de por medio, para que la reforma agraria se dé al tiempo con la verdad, para que las desdeñadas leyes opresivas de Rojas Pinilla no se sigan usando a satisfacción por esa unión de chequeras y sotanas que sigue arruinando al país.

Yo sigo vivo aunque a veces no parezca, señor, y me temo que voy a cometer el lujo de morirme de viejo aquí en Colombia.

Martes 16 de diciembre de 1958

Romero Aguirre no ha parado de hablar desde que salieron de la casa: «¡a enderezar tuertos y a desfacer agravios!», gritó con el puño en alto, «¡el mundo nos quedará pequeño...!». Está de buen humor, ja, como se pone cuando no es un hombre asediado por quién sabe qué problemas, sino un espectáculo, pasen, pasen. Su vozarrón, que es un estrépito y un trombón, zarandea las ventanas de las casas a su paso. Su hija Marcelita, de 10 años, que hoy se ha ganado la suerte de acompañarlo a la peluquería y se ha puesto su vestido blanco y su abrigo y sus guantes porque no quiere que nadie le prenda la gripa asiática, le agarra la mano grande y de piedra: «papá...». Y él se regodea en un monólogo sobre cómo el cacareado Frente Nacional, «que fue mi idea» y es «repartirse las tres ramas del poder entre los liberales y los conservadores» y ha sido la solución desde 1854, seguramente va a apagar la violencia entre los dos partidos y va a servir para que la gente crea que el malo de la película era el general Rojas Pinilla, pero también va a encender una guerra civil.

Y sólo parece ensombrecerse cuando un voceador le ofrece *El Tiempo* de hoy, que titula «Auto de detención y embargo de los bienes a Rojas Pinilla» en seis columnas, a 30 centavos nomás: «¡jamás!», le responde, atrapado en su juramento, al extrañado vendedor.

Se están cumpliendo un año y siete meses desde ese viernes de mayo en el que el general tuvo que abandonar el Palacio Presidencial por la puerta de atrás. Se dejó llevar por los lugares comunes de una dictadura: se extravió en su guerra a muerte con los periódicos que ponían en duda su versión del país, se enfureció ante las protestas estudiantiles y los saboteos orquestados por el bipartidismo, y permitió una venganza brutal por la rechifla a su hija en la misma Plaza de la Santamaría que unos minutos antes había ovacionado al jefe liberal Lleras Camargo: «¡Lleras sí!, ¡otro no!». Desde entonces Romero Aguirre repite y repite, y algunos piensan que lo suyo es el resentimiento de quien ha perdido el pulso con los mejores —y la cordura, de paso, como un actor forzado a encarnar a un mismo personaje de aquí a la muerte—, que «ahora quién carajo va a creernos que los malos de esta historia son los buenos».

Dos cuerdas más allá, como si el voceador de *El Tiempo* hubiera sido otro fantasma de los que él suele encontrarse por ahí, Romero Aguirre recobra la gracia. Ya se ve, a unos pasos, el Hotel Tequendama. Y le recita a la hijita que le heredó la combatividad y el temple, de arriba abajo y de memoria, «Michín dijo a su mamá: / voy a volverme pateta / y el que conmigo se meta / en el acto morirá...», je. Y antes de llegar a la peluquería, sólo para decirse a sí mismo «no te lo puedo creer...», le pregunta cuál es por ejemplo el número XII de los «Deberes para con nuestros padres», del *Manual de urbanidad y buenas maneras para uso de la juventud de ambos sexos*, del escritor venezolano Manuel Antonio Carreño. Y ella le responde «si durante nuestra infancia, nuestra niñez y nuestra juventud, trabajaron asiduamente para alimentarnos, vestirnos, educarnos y facilitarnos toda especie de goces inocentes, ellos no se desprenden en nuestra edad madura de la dulce tarea de hacernos bien...», ja.

Romero Aguirre va a entrar a la vieja peluquería del Tequendama. «Doña Marcela: mientras

embellecen a tu padre tú tomas este peso, compras la banana split que te gusta más en la heladería de la vuelta y subes hasta acá luego a recogerme», le dice a su hija. Y se le pierde detrás de las puertas de vidrio y del letrero arqueado, «¡mis queridos contertulios...!», ruge, y a ella le da no sabe qué cuando se va.

Marcelita ve tranquilo hoy a su papá: «pobre papá...». Como todos los días de todas las semanas, ella se despertó a hacerle el jugo de naranja a las 4:00 a.m., ¡ring!, porque el pobre se levanta y se baña y se mete a las 4:30 en su oficina a escribir sus masonerías y sus historias de Colombia, y ya se dio cuenta de que si le exprime las naranjas la noche anterior el jugo le amanece agrio y aguado. Marcelita se acostó en el sofá de cuero de la sala, de vuelta de la cocina más grande del mundo, a dormir otro poquito, pero él la despertó hacia las 6:00 a.m. («buenos días, la más ilustre, la más inteligente del universo, la más lúcida de la región, necesito que hoy me acompañes a la peluquería»), y ella quería ir con los niños a ver *El anciano Jottabich* en el Lido mientras los grandes se metían al Mogador a ver *La llamada fatal*, y sin embargo lo acompañó a consentir a los animales del patio de atrás y se arregló y se vistió y estuvo lista muy muy temprano porque sería incapaz de decirle que no. Pobre papá, pobre: cómo ha estado sufriendo por culpa de Alfonsito, su primogénito, su príncipe.

Para su orgullo, su Alfonsito se ha vuelto un defensor de los derechos del pueblo y un líder de los muchachos inconformes y un abogado laboralista de los mil demonios, pero, para su vergüenza, su primer Romero Buj no ha parado de meterse en los problemas de vida o muerte en los que se meten los comunistas.

Y desde el año pasado, cuando se casó con su novia Nydia, Nydia Tobón, que es otra revolucionaria irredenta e incansable («y eso está bien, pero...»), no ha podido vigilarlo. Ay, su niño, su delfín. Tanto cuidarlo, tanto servirle el agua hervida en copas de plata y entregarle el periódico antes que a todos, para nada.

Qué tal el día en que ese agente caracortada del sic, que lo ha tenido en la mira desde que empezó la caza de los rojos en la Tierra, se metió en su habitación y le preguntó «quién putas es ese señor» frente al cuadro ornamentado de Vladimir Lenin: «pues es mi abuelo Cesáreo», respondió Alfonsito, y por muy poco lo salvó la ignorancia de la autoridad. Qué tal la tarde en la que lo apuñalaron en aquella reunión de revoltosos en la Media Torta: «no le vayas a decir a papá», dijo a sus hermanos, uno por uno, hasta que Romero Aguirre se enteró del atentado, y tuvo que rogarle a Marcelita —que terminó metida en ese colegio de monjas y es la única que cree en el Dios en castellano de su madre— que rezara en el balcón de la casa por la vida de su niño, ay, Dios, que nadie me lo mate, que nadie me lo muera. Qué tal el viaje al palacio de Mao Tse-Tung en el que anda ahora: qué estará haciendo por allá, en Wujan, en China, en aquella villa de piedra que se refleja en el lago y se mece en los pinos y los ciruelos y los bambúes como si estuviera a punto de empezar una batalla.

Marcelita no va a contárselo a su padre, pues hoy lo ve sonriente y pleno, pero antes de despedirse de los unos y de los otros y antes de salir para la peluquería («¡Marcela, el bus, el bus!», gritó la lora del patio como si nadie le hubiera contado que están en vacaciones, Madre santa) se echó en un bolsillo de su abrigo la postal del león de piedra que Alfonsito le envió desde Wujan, y llegó ayer:

Señorita Marcela Romero Buj
Calle 23 # 18-53

Bogotá, Colombia

Este león, que aparece en casi todos los palacios de China, es símbolo de protección y de bondad —lee y relee la niña—. Te lo hago llegar para que obtengas cinco en todos tus exámenes. Saludos a nuestros hermanos,

Alfonso
Wujan, X-3/58

El día en que llamó a la casa y se oía su voz tan lejos, Alfonsito le contó a mamá que el palacio de Mao Tse-Tung, donde ha pasado meses y quién sabe cuándo volverá, tenía muchas lámparas y muchas sillas y una mesa larga con un mantel púrpura y unos asientos forrados de seda verde esmeralda. Mao le dice «la casa de las nubes blancas y las grullas amarillas», Mao recibe a los amigos de la revolución en la sala del primer edificio, Mao ve la ciudad desde el otro lado del lago, y se baña bocarriba en la piscina y en el lago, y se sienta en su poltrona gris a ver televisión y se queda en su trono de mimbre entre los árboles ancestrales. Y Alfonsito le pregunta cuál es el paso que hay que seguir una vez que se ha comprendido la injusticia, y Mao le responde «vivir no es respirar, sino obrar». Y Marcelita le describe y le vuelve a describir la villa y la lucha a Mirentxu, su mejor amiga, como si estuviera allí.

Y Mirentxu le cuenta, entonces, de su padre, del abogado vasco don José Luis de la Lombana y Foncea. Que es un hombre demasiado estricto y demasiado franco para Bogotá, pero asimismo es modesto, crédulo, generoso, divertido. Que también se vuelve, muy pronto, el centro de atención. Que es como un viejo porque es como un niño. Y, como Romero Aguirre y Romero Buj, se ha jugado la vida disciplinadamente por sus convicciones: ay, desde los 20 años, cuando recibió una cachetada de su padre por no quitarse la boina ante una dama de Vitoria que detestaba su compromiso político, puso la cara por el nacionalismo vasco; y como articulista de *El Heraldo Alavés* y como cabeza de los nacionalistas se negó a rendírsele al franquismo que fue devorándose a España como cualquier quema; y muy a pesar de sus pulmones, ¡tos!, sufrió la cárcel de la dictadura y en las paredes de su celda escribió «aquí el que no se aclimata se aclimue»; y escapó de la cárcel y, con la ayuda de ciertos contrabandistas descalzos y envuelto en mantas como si no fuera un hombre sino una carga, atravesó los Pirineos hasta llegar a Francia; y en Barcelona cumplió la misión de mantener viva la lucha en un periódico, *Euzkadi*, pues el ejército de Franco se había tomado el territorio y el aliento del país era el aliento del fascismo; y en Barcelona conoció a una activista de la Asociación Femenina del Nacionalismo Vasco, a María Jesús Bilbao Bastarrechea, de Algorta, y pensó «tendré que volver por ella» cuando notó que irse de esa pobre España era el único modo de seguir con vida, y se fue a defender la causa a Nueva York; y en Colombia, donde trabajó en el campo en un principio y luego se convirtió en profesor de Derecho y de Periodismo, odió esta parte del país dominada por los zánganos a punta de palancas e influencias y sobrevivió por los trabajadores gracias a su ingenio, y escribió en una de sus cartas «este país es la herencia española» y «la gente repite “a sus órdenes” como si el país aún fuera una colonia», pero pronto se sintió bienvenido y querido en Bogotá; y pidió matrimonio y se casó en Bilbao con María Jesús, pero «por carta», «por poder», bajo la vigilancia alucinada de las fuerzas franquistas, que anhelaban atraparlo y lo creían tan bruto como ellos; y ella vino en 1947 a esta ciudad adonde todos vinimos a dar y

Mirentxu nació al año siguiente y luego vino su hermano en la casa de la Carrera 8 # 69-41; y hoy don José Luis es el abogado del despacho cubierto de libros y libros que se niega cortésmente a nacionalizarse, «pues este país ya lo ha hecho todo por mí» y se niega a aceptar cargos «pues sería quitárselos a los colombianos» y se dedica a asesorar a todos los que lo necesiten; y uno al principio piensa que es escrupuloso y tajante, y después lo ve diciendo la verdad, sea como sea y cuando sea, y resolviendo la vida con su sentido del humor de viejo y su ternura de hijo, y sospecha que tenerlo enfrente es una suerte.

Se está yendo la mañana. Marcelita se está comiendo su banana split en una silla alta y redonda, y se pone a ver por el ventanal de la heladería para no ver a los otros clientes, pero en vez de tener enfrente a la Bogotá de sombreros, abrigos y ruanas tiene cara a cara los bosques del palacio de Wujan y las celdas enfermizas de Vitoria y los picos tenebrosos de los Pirineos y los rascacielos de vidrio de Nueva York y los techos puntudos y recónditos de Moscú.

Y entonces ve la hora en el reloj, Virgen santa, y se levanta de su silla y guarda las vueltas en un bolsillo de su abrigo y vuelve en sus pasos detrás de las migas de pan imaginarias que echó por el camino de la peluquería a la heladería. Camina mirándolo todo, los carros dándole la vuelta a la glorieta del Hotel Tequendama, las palmeras al otro lado de la vía, la carroza fúnebre de vidrio jalada por caballos y la capilla blanca de San Diego («en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...»), pero de tanto en tanto, cuando pasa el sacerdote jalando un burro o el trío de enruanados que se le cruza echando pestes contra el gobierno de la restauración democrática o la señora emperifollada que le pregunta por su mamá, se ve obligada a sonreír como una niña de 10 años a repetir «buenos días...». Echa de menos el espejo de agua de La Rebeca. Dice «no, gracias» a un niño de su edad que le ofrece el periódico de hoy. Quiere encontrarse ya con su papá.

Que está ahí, sentado en el único sillón grande de la peluquería como sentado en un trono, mientras un barbero calvo lo peina con gomina, explicándoles a un par de encorbatados por qué va a salirles mal el Frente Nacional. Sí, habrá paz, pero por estos lados. Sí, dormirán tranquilos, pero por estos barrios de esta ciudad. Y, 10, 20, 30 años después, va a salirseles todo de las manos.

Cuando ve a su hija, y escucha la frase «qué niña tan linda» en boca de un cliente que está leyendo el periódico, les aclara rápidamente que en este caso la belleza es lo de menos, que ella es la más inteligente de la nación. Marcelita va hasta donde él está, y le toma la mano, y él entonces se los presenta a todos, al tiempo que se saca la corbata de entre los botones de la camisa y se pone el sombrero para volver juntos a la casa: «este es don José, este es don Manuel, este es don Orlando...».

Y esta señora, que tiene aún la tinta roja indeleble en el dedo índice porque por fin pueden votar las mujeres, y a ella eso no se le va a olvidar jamás, se llama la señora Pérez.

Y este señor, que habla con la lengua trabada porque habla como serbio, es don Iván Magyaroff. Que tuvo las más prestigiosas peluquerías de Bogotá hasta que el año pasado empezó a fallarle el corazón, pero ahora está reuniendo fuerzas y platas para volver a montar una como debe ser. Que es, como lo ves tú, un hombre alegre y desprendido y cariñoso como un niño agradecido, que va de una aventura a la siguiente. Y es veloz y nervioso y ha vivido mil y una vidas ahí donde lo ves. Que vive encantado en esta ciudad porque le parece increíble que la gente sea tan amable: si no estoy mal nació en Pančevo, capital de una provincia serbia del imperio austrohúngaro, y vio a los bueyes jalando las carrozas de los soldados de quepis ajustados a la cabeza y a las niñas con pañoletas rojas y verdes meciendo las cunas de madera en las entradas

de las casas; y escapó después de la Primera Guerra Mundial, que comenzó en su tierra, y fue rociando de sangre medio mundo, y con la nostalgia a cuestas recorrió media Europa sepia y escarlata y varios países de una Suramérica que no tenía ruinas; y llegó a este país por Puerto Colombia y vino a Bogotá en champán por el río Magdalena, pues le habían dicho que esta era «la Atenas suramericana»; y aquí se quedó porque le fascinó y lo convenció el «buenos días» por la calle con quitada de sombrero y la cesión de la acera y el «muchas gracias, señor» que viene después de la siguiente acción amable; y no quiso salir de La Candelaria, que en ese entonces era toda Bogotá, desde que empezó a trabajar como «el chino» que limpiaba las escupideras y barría los mechones despeñados y cepillaba los hombros de los clientes de una peluquería en la calle 13 entre las carreras 6.^a y 7.^a; y luego de años y de años, que de eso es de lo que hablan cuando hablan de «la vida», se dio cuenta de que había aprendido el oficio del peluquero lo suficiente como para poner su propia peluquería; y con tres socios colombianos montó su negocio en la calle 13 entre la 8.^a y la 9.^a y después en la carrera 8.^a entre la calle 14 y la Avenida Jiménez, frente al edificio de piedra y de ventanitas del Banco López; y se convirtió en el hombre que les cortaba el pelo y les arreglaba las patillas y los bigotes a los líderes de los liberales y de los conservadores, y pudo librarnos de tantos presidentes azules y rojos pagados de sí mismos con la navaja afiladísima, pero siempre repitió que no había nada mejor que ser serbio en Colombia, pues uno recibía todo lo bueno y podía decir «soy extranjero» para no verse en la tarea de odiar a los unos o a los otros; y el año pasado le dio un infarto, claro, porque lo malo de Bogotá es que hay menos aire, y entonces ha estado recuperándose y respirando más y mejor para volver dentro de muy poco a ese trabajo con las manos que le puso los pies en la tierra; y uno lo ve sentimental y ansioso cuando se deja tomar ventaja de las preocupaciones, y sin embargo pocas veces es derrotado por ellas, pues lo suyo es vivir y seguir viviendo y abrazar a sus hijos cuando se los encuentra por la casa.

—Dios —le pide Marcelita al piso en su voz más baja—: déjame conocer los lugares del mundo en donde suceden las películas, y déjame pelear contra el capitalismo y el franquismo y la desigualdad, y votar por papá, y escaparme así de la Primera Guerra.

Regresan los dos, padre e hija, de la mano y bajo las vallas y los adornos de la carrera 7.^a. En la marquesina del Teatro Colombia, sin reparar en los señores de corbata y de chaleco y de sombrero, y sin fijarse en las señoras de vestidos largos y pequeñas carteras negras colgándoles del antebrazo, leen «Trevor Howard, Alida Valli y Richard Basehart en *La mano del extraño*». No hay fila aún, pues faltan un par de horas para la función de las 3:00 p.m., pero cualquiera que no conozca Bogotá puede sacar —de las miradas de los transeúntes que pasan, todos, con las manos en los bolsillos, y se quedan alhelados ante los afiches y los letreros de «próximamente»— la conclusión de que los bogotanos se refugian en los cines y la sospecha de que esta es una ciudad de refugiados.

Vendrá el resto del día. Sí, por el camino, de la fachada del teatro a la fachada de la casa, los detendrán para hablar de política. Sí, Romero Aguirre le gritará de una acera a la otra «¡así te quería ver, hijo de puta!» a un rival de tiempos mejores que se ha puesto enfermo. Sí, el mote de queso que sólo papá sabe cómo debe ser, los duelos de vaqueros en la construcción de la esquina, los comerciales en la emisora Nuevo Mundo del vino moscatel Moscato Passito: «temiéndoles al aguardiente y al escándalo, Benito no toma ruidosamente, bebe Moscato Passito...», pero la jornada habrá terminado para Marcelita cuando papá vuelva a encerrarse en su oficina a conversar con «el Monón» Jimeno de cómo van a volver a atravesar el laberinto de la política si ya nadie quiere a los liberales radicales.

Ay, a ella le hace mucha falta su papá cuando no está, su papá es como un personaje de película de aventuras, como un héroe de *Las mil y una noches* que ha venido acá a decirles cómo es de verde y de azul este planeta. A las 6:00 p.m. reza el primer día de la novena de aguinaldos sola con su mamá, «benignísimo Dios de infinita caridad que tanto amasteis a los hombres...», pues nadie en esta casa cree en nada y nadie en esta sala tiene fe, y se ponen a arreglar juntas la Navidad, y ella le pregunta «mamá: ¿cómo era Fuentes de Nava?» mientras arman el pesebre en un rincón de la sala. Y sólo cuando ya se va a dormir, él se asoma desde la puerta, con toda la luz del mundo atrás, y le promete que ella un día va a ir a Wujan y a Vitoria y a Algorta y a Fuentes de Nava y a Pančevo, y le pide que «por si las moscas» siga rezando, así él no crea en ningún Señor con mayúsculas, entonces ella siente que el día fue verdad.

—Gracias por mi banana split, papá —le dice.

—Para ti el Sol, la Luna y las estrellas —le responde.

Miércoles 1.º de septiembre de 1954

Romero Aguirre no le habla a Romero Buj desde la última vez que lo sacó de la cárcel. Cuando llega a la casa, luego de conspirar contra la oligarquía liberal y de defender a cualquier ciudadano que le pague sus servicios de abogado, se encierra en su oficina a leer y a trabajar un poco más. Si por obra y gracia de su mala suerte se encuentra en el corredor a su primogénito, a su Alfonsito, se porta como si no fuera capaz de ver fantasmas. Ay, Dios: si creyera en Dios le reclamaría por haberle vuelto rojo a su hijo, pero no puede haber un Dios, se dice, porque el mundo —y su tras escena: el universo— es más grande que cualquier idea. Ruega entonces a la trama que se va desenvolviendo desde el principio de los tiempos, y que sigue y seguirá cuando no estemos, que aquí le termine la locura a su niño, y que de una buena vez le entre en esa cocorota obstinada («no joda...») la certeza de que, si continúa por donde va, no va a morir de viejo y va a avergonzarnos a todos a su paso.

Fue así. De tanto oír a Romero Aguirre renegando de la farsa de los líderes del liberalismo y de los conjurados del conservatismo —que lo habían marginado, unos peores que los otros, y lo habían graduado de «el único muerto político de Colombia» por apoyar al dictador y por no ser taimado y traicionero como ellos—, Romero Buj, de 20 años, sacó la conclusión de que la única solución era la revolución, la puesta en escena de la Historia: los patronos jamás iban a ser capaces de darles las mismas oportunidades a los trabajadores, las élites sagaces iban a seguir reformando el país para que todo fuera igual, y no quedaba otra salida aparte de sacarlos de sus palacios con antorchas y tumbarlos y sepultarlos por siempre y para siempre, amén. No estaba solo en esa idea inevitable. Sus compañeros de la Universidad Nacional lo respaldaban. Y el comunismo se había propuesto ganarle el pulso al capitalismo en estos países a medio hacer.

El miércoles 20 de mayo del año pasado Romero Buj asistió a una encendida reunión en la casa del señor Montaña Cuéllar, en la Calle 73 # 12-20, para planear el reinado universitario con otros 32 líderes estudiantiles, pero todo acabó en desastre y en insultos, pues fueron capturados como peligrosos conspiradores comunistas por una manada de agentes del sic, el Servicio de Inteligencia Colombiano. Lo dejaron en libertad, ocho días después, pues no pudo probarsele ninguna intención de derrocar al gobierno conservador de la Violencia. Su abogado fue Romero Aguirre, su padre. Sus hermanos, Mercedes de 17, Carmen de 15, Sebastián de 10, Marcela de 5 y Diego de 2 años, lo esperaron en el balcón de la casa e incluso los ateos de la casa rezaron por su regreso de la cárcel. Ay, que no peleen los Alfonsos, que vuelvan en paz de por allá lejos.

El sábado 13 de junio del mismo año pasado, 1953, el general Rojas Pinilla asumió a regañadientes la presidencia del país.

Romero Aguirre se enteró de la noticia unos minutos después por una llamada de un coronel amigo, y, en su camino a encender la radio de la sala, se encontró con Romero Buj y se lanzó a abrazarlo: «¡cayeron los godos!», le dijo, «¡cayeron los putos godos!», y los dos se perdieron en un ataque de risa, jajaja, jejeje, jijiji, que los puso a berrear mientras el general de la cuadra —hágame el bendito favor— se resignaba a salvar a Colombia «¡del falangismo, del fascismo, del

nazismo!» del gobierno del señor Gómez, pero comenzaba a pedirles consejos a los enemigos de sus enemigos, ay. Romero Aguirre y Romero Buj se rieron tanto, jojojo, que los doblegó la risa y terminaron de rodillas en la biblioteca de la casa. Y se pegaron la borrachera de la vida con los amigos de los dos, y les pareció que no había sido este, sino las elecciones espurias del 50, el golpe militar.

Y, aunque a Romero Buj no le gustó nada que Romero Aguirre dijera eso de que «esta es la oportunidad para que Colombia no esté en manos de la oligarquía ni en manos de los comunistas», al final de la jornada de la libertad estuvieron de acuerdo en que este revés de fortuna de los conservadores podía abrirle el camino a algo menos grave.

Unas semanas después todo fue peor, igual pero sin la esperanza, para Romero Buj. Sus enemigos del SIC le decomisaron volantes y consignas y un par de artículos «subversivos» que escribió para *Mundo Estudiantil* —la publicación comunista de Praga— sobre el estado de la universidad colombiana: «millares de muchachos han regado su sangre en la tierra colombiana», «cien mil muertos», «trescientos mil exiliados políticos», «menos del uno por mil alcanza a entrar a la universidad», «no es exagerado prever que para 1962 se quedarán dos millones seiscientos mil sin saber leer ni escribir», «se ha elevado en un 308% el valor de las matrículas en la Universidad Nacional», «¿cómo puede pagar matrículas de 118 pesos un obrero que percibe un sueldo medio de 170?», «cuando los estudiantes se propusieron realizar el reinado estudiantil la policía consideró que esta tradición se dirigía contra el gobierno», «y apresó a treinta y dos alumnos y a una candidata al reinado y a un profesor», «la persecución se hace sistemática contra las publicaciones que luchan por los derechos», «Colombia es el único país latinoamericano que arrancó de su tierra jóvenes para enviarlos a Corea», escribió. Y todo lo que dijo se archivó y fue usado en su contra: en qué momento se les ocurrió que un chafarote iba a gobernar mejor que un político de aquellos.

El jueves 3 de diciembre, en cumplimiento del requisito para recibir el título de abogado, Romero Buj fue nombrado por el Tribunal Superior Judicial como juez municipal interino, promiscuo, de Chiquinquirá. Consignó en su juramento este otrosí: «declaro que mi filiación política es liberal». Y desempeñó de buena manera su cargo desde el jueves 14 de enero hasta el jueves 9 de junio de 1954, seis de los doce meses necesarios para recibir el grado. Pero el viernes 10, cuando los atolondrados soldados del régimen tuvieron a bien masacrar a los estudiantes que protestaban en la Avenida Jiménez por la muerte de uno de ellos, fue capturado en Chiquinquirá y enviado a Bogotá por los agentes del SIC como el sospechoso número uno de haber incitado a la revuelta (el señor ministro de Guerra mandó un telegrama al Tribunal en el que pedía su destitución «en vista de que se encuentra seriamente comprometido en actos subversivos que pueden tener conexión con hechos sucedidos en Bogotá durante los días 8 y 9 del presente mes») y fue removido de su posición luego de días de ser acusado de no ser liberal, sino comunista.

Su abogado fue Romero Aguirre, su padre. Que lo sacó de la cárcel «por última vez, Alfonsito», y consiguió su libertad incondicional, pues probó que su situación jurídica no daba «pie para dictar en su contra un auto de detención precautelativa», pero no consiguió que le devolvieran su lugar como juez. Sus hermanos los esperaron en el balcón de la casa, y rezaron por que el gobierno de Rojas Pinilla, que lanzaba escuditos y banderitas tricolores desde los borrascosos cielos a los cenicientos patios bogotanos, dejara de llenarse de violencia. Y Mercedes, de 17, le dijo: «pobre papá...». Y Carmen, de 15, le rogó: «no te dejes encerrar...». Y mamá pidió a todos cordura con la mirada en el piso. Y los demás fueron testigos, aterrados, de la conversación entre el Romero liberal radical y el Romero comunista. Y a los más pequeños les

dio algo de miedo: «¿van a volverse a llevar a Alfo?», se preguntó Marcelita.

—Sólo te digo una cosa más: las ideas de izquierda son inútiles cuando el liberalismo está haciendo su trabajo —le explicó Romero Aguirre enfrente de todos, con los puños cerrados, en el zaguán de la casa.

—Y yo, con el amor y el respeto que te tengo, te respondo que un día vas a darte cuenta de que aquí en Colombia ya no hay liberales en el liberalismo, papá.

Y cada uno se fue a su rincón de la casa a rumiar su posición, su convicción de que tenía toda la razón, su manera de decir que este país es un armario en el que se ha estado arrumando el desorden con la esperanza de que no se salga. Y así se fueron los tres meses siguientes: se evitaron en las escaleras y los corredores, como temiéndose, como aplazándose, para no continuar una discusión que los dos tenían perdida, y, en vez de recordarse como eran (cuando Romero Aguirre llevaba a su niño en los hombros porque «Alfonsito quiere verlo todo»), en su refunfuñe y su terquedad alcanzaron a detestarse un poquito, y se dedicaron a ignorar a los niños de la casa mientras ellos recitaban sin titubear «érase una pobre viejecita sin nadita que comer...» y jugaban a los vaqueros con pistolas de fulminantes en las obras negras del barrio y corrían una Vuelta a Colombia con carreteras de hilo y ciclistas hechos con tapas de gaseosas y gritaban «¡me pido al Zipa Forero!, ¡me pido a Ramón Hoyos!», pero quién carajos tiene tiempo para andar detrás de los niños. Sólo se cruzaron un par de líneas, inevitables, en aquellas doce semanas:

—Ya esta mañana metí la demanda en el Consejo de Estado para que te devuelvan tu cargo —dijo Romero Aguirre.

—Gracias —respondió Romero Buj.

Ninguno supo más del otro hasta esta noche. Por fortuna Romero Aguirre no se enteró, pues andaba en un viaje de los suyos, de la madrugada tirante en la que el sic quiso darle a Romero Buj una sorpresa. Nadie le contó que su hijo mayor entró de golpe y a los trancazos a la habitación donde dormía la menor de las hijas, Marcelita, de cinco años, y se escondió debajo de la camita de madera («chito», le pidió bocarriba, con el dedo índice sobre los labios, antes de ocultarse) con sus volantes y una bolsa de armas mientras los bárbaros aquellos se asomaban desde la puerta y mamá les decía «aquí no: aquí duerme la niña». Nadie se atrevió a decirle a Romero Aguirre, en fin, que su primogénito seguía reuniéndose con los líderes estudiantiles para conversar sobre las injusticias: «¡pero cómo voy yo a hacerles entender a estos hijos de su padre que es mejor no meterse en problemas...!», repitió mamá.

Qué rara y qué larga ha sido esta jornada. Carmen se negó a hablarle a Marcelita todo el camino desde el colegio hasta la casa: «es que ella es muy chiquita y no la oigo...», explicó cada vez que la regañaron por ignorar a su hermanita. Sebastián recibió cinco pesos, ¡cinco!, por darle el Mejoral para el resfriado y cantarle para dormir «Juan lo llamaban y lo apodaban Charrasqueado...» al pobre de Diego. Mamá fue con Mercedes a ver, en el Teatro Nuria, un programa doble escandaloso: *Los pecados de Jezabel* y *El bígamo*. Y, luego de comprar el «5 y 6», llegaron a la casa con el cuento de que la sala de cine estaba llena de mujeres rubias peinadas con fijadores y encorbatados pelinegros de zapatos lustrosos que tenían el cigarrillo siempre en alto.

Ay, cómo vende el escándalo, cómo se llenan las filas y las filas de los cines a punta de títulos tensos: ahora mismo están dando *Dormitorio de mayores*, *Llévame en tus brazos*, *Gigolo* y *Gigolette*. Y en qué iremos a parar.

El caso es que están todos asumiendo sus trabajos de la noche, mamá toca en el piano una

sonata lenta y pesada, Alfonso escribe un artículo para una revista de Praga, Mercedes teje, Carmen lee el drama *El pato salvaje* por primera vez en su vida, Sebastián canta «ya las campanas del santuario están sonando...» y Marcelita hace las actividades del librito aquel, *La familia miniatura*, cuando llega Romero Aguirre a la puerta de la entrada, como un novio voluntarioso que ha venido a despertar a su amada con una serenata, a gritar con su vozarrón que han ganado la demanda en el Consejo de Estado y a confesar que él les había rezado a sus ancestros —porque a cuál Dios si no hay— para que se hiciera justicia. Busca a Alfonsito en todas las ventanas de la fachada. Ordena «Alfonsito: ¡ven acá!». Y le da un abrazo a su hijo que deja sin aire a la familia. Y luego va pasando los folios del fallo y repasa en voz alta:

En el Acuerdo de insubsistencia o de remoción del Juez Municipal Romero Buj se hizo la aseveración no demostrada de que pertenece al Partido Comunista..., «no aparece que Romero Buj hubiera sido depuesto o declarado insubsistente su nombramiento a virtud de sentencia judicial...», «del artículo 160 aparece que Romero Buj no podía ser suspendido ni depuesto en el ejercicio de su cargo...», «no aparece que se le hubiera interrogado en ninguna forma sobre posibles desafueros ni que se le hubiera oído en descargos...», «si un estudiante de derecho hábil para ser nombrado Juez Municipal interino, como Romero Buj, y con el objeto de alcanzar el último requisito de preparación para optar su grado de abogado, es destituido súbitamente y sin causa legal y legalmente establecida, sufre indiscutiblemente quebranto material y moral que se confunden...», «se le priva del medio adecuado para poderse graduar e ingresa a una especie de interdicción», «sufrir una especie de *capitis diminutio* en sus derechos civiles por la restricción de no poder desenvolver una profesión por la imposibilidad de obtener el grado...

—Consecuencialmente —ruge Romero Aguirre—, ordénese restituir por el mismo Tribunal al cargo de Juez Municipal de Chiquinquirá al señor Alfonso Romero Buj, inmediatamente.

Y todos se ponen a gritar: «¡consecuencialmente!», «¡inmediatamente!». Y se abrazan los unos a los otros contagiados por la alegría ensordecedora de papá. Y Alfonsito le dice entre dientes a Marcelita «y apenas salga de esto me meto al Partido Comunista» y ella piensa «no hay mal que por bien no venga». Pero nadie oye nada porque todos están demasiado ocupados celebrando al padre que apenas ven de vez en cuando en los amaneceres y los anocheceres, y ahora está alzándolos a todos como un dios de manos enormes y está lanzando su sombrero al jardín y desapuntándose el saco del vestido y desabotonándose el chaleco para no atragantarse con ese triunfo. Y está diciéndoles a todos, mirándolos a los ojos con sus ojos que son dos pepas negras, que hoy van a celebrar hasta que san Juan agache el dedo, y mañana, apenas se levante y se tome su jugo de naranja recién hecho, va a pedir por ellos ante el lucero de la mañana.

Y que se jodan todos los hijos de puta que quieran tocarle un pelo a un hijo de Romero Aguirre.

Miércoles 9 de junio de 1954

Bogotá va a estallar como un órgano cargado de sangre, y en el piso ceniciento va a haber miembros y tripas otra vez si todo sigue como va. Va a suceder, de nuevo, el Bogotazo. Vamos a tener que soportar, hoy 9, un 8 de junio más: se ve venir, se siente a un paso. El 8 de junio de 1929, cuando la ciudad en pleno se levantaba, con razón, contra «la rosca manzanillista» que desde diciembre celebraba la masacre de las bananeras como un acto heroico —le cuenta la contrariada tía Maruja Silva a su sobrino Eduardo, de 14 años—, un recluta de la policía de los godos tuvo a bien dispararle por la espalda a un alumno pastuso llamado Gonzalo Bravo. Y el 8 de junio que fue ayer, luego de un enfrentamiento entre un soldado sensato y un policía trastornado durante la conmemoración en la Universidad Nacional de los 25 años de la muerte de Bravo, acabaron destrozándole el cráneo a un estudiante de Medicina bautizado Uriel Gutiérrez.

Y hoy no paran de gritar «¡abajo la policía!» y «¡arriba Uriel Gutiérrez!» de arriba abajo, «por aquí nomás por La Candelaria», desde que empezó a aclarar el día. Y sólo en Colombia matan a un estudiante en memoria del asesinato de otro.

Adiós, gobierno militar amigable, hasta nunca: quién sabe en qué momento se nos olvidó que esto de Rojas Pinilla es una dictadura, pero he aquí, para recordarlo, el funeral de un muchacho de 23 años.

Son las 7:00 a.m. El viento fuerza las puertas de madera verde de la casa de los Silva. Eduardo tiritita de fiebre, y tiene los labios agrietados y rojísimos, pero no se lo dice a nadie para no molestar, para no ser protagonista. Ha ido a desayunar a la cocina de su tía Maruja, a unas cuadras del colegio, para ver a los hermanos que sólo ve de tanto en tanto: a Sara y a Guillermo, que viven con la tía desde que su papá murió, o sea desde siempre. Eduardo se ha tomado el chocolate con queso y se ha comido la arepa y ha ojeado en *El Tiempo* las fotos del estudiante asesinado. Y ha repetido «sí señora», y ha entrecerrado los ojos para verla un poco mejor —se está volviendo miope, pero no le gusta comentarlo para no ponerle ni un problema más a su mamá—, mientras la vieja Maruja le cuenta por enésima vez que el papá que él nunca conoció era un linotipista del periódico querido por los unos y por los otros, y se pone a imaginar que, si estuviera vivo, no habrían publicado esos artículos azuzando a los estudiantes, poniéndolos en guardia.

Se echaba sobre la máquina, su Antonio Silva Hernández, con el delantal recién lavado y amarrado en la cintura y su camisión gris sobre los hombros, e iba línea por línea por línea de *El Tiempo* como un monje concentrado que no perdía el humor ni mucho menos la paciencia.

—Ay, si usted lo hubiera conocido, mijo, toda esta historia habría sido diferente, pero la vida es lamentar lo que no fue —le dice seca, mortificada, la tía Maruja—: cómo quería mi hermano Antonio a sus tres niñitos...

Eduardo sonrío porque se ha enseñado a sí mismo a pensar días y días antes de decir algo en serio, y a hacer chistes y juegos de palabras mientras tanto. Se toca la frente. Se toca las manos. Se ve metido, como espectador y nada más, en una discusión familiar sobre lo que ha estado

pasando: «¡si *El Tiempo* y *Semana* no hubieran publicado esos artículos venenosos los estudiantes no se habrían envalentonado!», «¡hay que despertar a los estudiantes!», «¡pa qué los provocan!», «¡pa qué les disparan!», «¡lo que quieren es tumbar al general Rojas antes de que cumpla su primer año!», «¡hay que tumbar al general Rojas antes del 13!», «¡ya esa pandilla de comunistas está gritando “muertas” en la ciudad blanca y eso que el gobierno prohibió cualquier clase de protesta!», «¡hay que seguir las protestas hasta que nos devuelvan el país!», «¡hoy va a pasar el Bogotazo!», «¡hay que armarles el Bogotazo a estos corruptos de uniforme!». Pero ve borrosos y enmarañados los renglones y las letras de la pelotera, y sólo se despierta cuando la tía le pone en la mano 20 pesos «para las golosinas», y asiente y dice «hasta luego» en vez de dar las gracias.

Se despide, de mano, de todos los que se encuentra en el camino de salida. Empuja la silla forrada de cuero, agarra su maletín porque tiene que llegar ya mismo al colegio y se demora por lo menos diez minutos de aquí para allá, de la 18 con 8.^a a la 10.^a con 7.^a. Sale. Y suda y tiembla antes de irse a su salón, en el segundo piso del San Bartolomé de la Plaza de Bolívar, por las calles empinadas de La Candelaria.

No es el día para las clases, no, pero a Eduardo no se le ocurre sino ir. Sólo a Rueda, el gordo de su curso, le da por preguntarle si le está pasando algo, y en resumidas cuentas sobrevive a buena parte de la mañana —y resuelve la ecuación algebraica en el tablero, atiende una propuesta de entrar a nosequé grupo jesuita, escucha «¡muera el gobierno asesino!» y «¡abajo las Fuerzas Armadas!» a tan sólo unos pasos del colegio, se asoma a la plaza y por las rejas del patio de recreo encuentra un volante titulado «Estudiantes colombianos», y lee «¿cuál será nuestra situación ante la posteridad si permanecemos mudos?», y se mete, encogido, a clase de Historia — en medio de esta fiebre que lo frunce y lo exprime como un trapo, ay, mijo. Hasta que los gritos son innegables. Y desde los arcos y las ventanitas del San Bartolomé se ven hordas y tropas y catervas. Y pasan con estandartes los estudiantes de todas las universidades de la ciudad: Andes, Rosario, Externado, América, Gran Colombia, Javeriana, Libre.

Y la clase de Historia se va al traste, a la basura, claro que sí, pues quién puede ponerse a hablar de la guerra de los Mil Días cuando está empezando el siguiente Bogotazo. Y el padre Rabanito, que le dicen así porque vive rojo y a punto de explotar como si estuviera conteniendo el aire, los deja salir a ver qué diablos está pasando: «parece que el gobierno va a adelantar las vacaciones...».

Y mientras la marcha de los estudiantes se dirige por la carrera 7.^a hasta la Avenida Jiménez, y pasa enfrente de una primera fila de mujeres vestidas de luto y luego viene una columna de hombres de pelo quieto, de piel curtida y de corbata, Eduardo se ve entre una nebulosa y fangosa multitud de niños de su edad que no saben si reírse o si sumarse al grito por la democracia que esa conjura de godos y de coroneles les han estado arrebatando desde el Bogotazo, pero a veces se tiene que apoyar en las paredes de piedra de la Catedral y en la Casa del Florero, donde comenzaron estas manifestaciones informes e iracundas hace ya 143 años, y cuando va acercándose a las tiendas y las casas viejas se ve forzado a poner la mano sobre un Ford Victoria negro y blanco y después sobre un Buick alargado de los que le gustan: «no voy a llegar...».

Pero allá lejos, entre la bruma de la fiebre, ve que una tropa de veintitantos soldados acaba de ponerse enfrente de la marcha de los estudiantes. Da pasos y pasos, entre estudiantes con sacos que les quedan grandes y detrás de los carros gigantescos parqueados junto a la acera de la 7.^a, y cuando ya tiene enfrente la Jiménez escucha un estruendo que viene —«¡ahí!», grita una señora — de una ventana del Anglo American Club: ¡tras!

Es entonces cuando se escucha la primera descarga contra los estudiantes: «¡tracatacataca!». Es allí donde se agachan los alumnos y los soldados que no confían en nadie. Un gamín se agarra una herida desbordada y la sangre se le escapa entre los dedos. Un hombre se queda de pie, en medio de la multitud acurrucada y encogida, y mantiene en alto una bandera de Colombia. Otro más le pregunta al militar que ha gritado «¡alto el fuego!» si es que los van a matar a todos, «¡montón de asesinos!», y si es que no ve que al lado del taxi Studebaker acaban de dejar un reguero de muertos y de heridos. Sí hay humo y sí hay sangre, y Eduardo, asomado detrás de un par de enruanados que les reclaman a los reclutas que están cargando sus fusiles, es testigo de ese fusilamiento atolondrado y siente que si no lo mata una bala lo va a matar la fiebre.

Dios santo: están disparando otra vez y están matando a los de los puños en alto. Dios: dónde está Dios.

Unos salen corriendo hacia la Plaza de Santander y otros se retiran precipitadamente hacia la iglesia de San Francisco. Otros remontan la Avenida Jiménez con los truenos y los pataleos a sus espaldas. Y Eduardo se va detrás de los que buscan un bus que los saque del infierno.

Ay, mijo, si llega a morirse va a recordar que tenía una tía que no quería a su mamá y le ponía 20 pesos en la mano; que se fueron a vivir al calor de Cali detrás de un padrastro enfermero de apellido Cuéllar que no pudo tratarlo mal porque usted se dedicó a no hacerle ningún ruido; que había a unas cuadras nomás, en Chapinero, un fotógrafo alemán que parecía hibernando en la cigarrería de la esquina; que Millos alcanzó a ganarle a Santa Fe el hexagonal para que sepan quién es el mejor; que vieron *Quo Vadis*, en el Teatro Teusaquillo, a las 2:30 p.m. del Sábado Santo; que a su madre le gustaba mucho ir a cine e iba detrás del Cinemascope; que a él no le importaba si le tocaba ver las películas detrás de la pantalla en el cinema del barrio; que todos los días iba a almorzar a la casa de la Calle 69 # 23-41 —y el teléfono era 2496245— y luego regresaba en el bus del colegio a clase; que el señor Jiménez, el de la miscelánea, le vendía a cinco pesos nomás todas las tiras cómicas de la semana, y la esposa le regalaba panelitas de leche y le decía «venga pronto, niño, démele saludes a su mamá».

Se ha terminado a escopetazos y culatazos la manifestación. Se han escondido, los estudiantes y los indignados y los revoltosos, como niños que tienen todo por perder. Se ha montado en el bus, el pobre Eduardo, y ha puesto la frente contra el vidrio con los ojos cerrados por la fiebre. Pasa una fila de tanques por si falta algún comunista por aplastar. Sucede, en ese largo autobús de ocho filas de sillas, un silencio que no sucede sino muy pocas veces, un paréntesis: ni el conductor que se ha estado portando como una estatua, ni el señor del sombrero, ni la señora de la carterita, ni el enruanado que se sostiene una oreja como si le hubieran dado un golpe quieren decir ni una palabra. Por Eduardo, está bien. Que se callen. Que nadie diga ni un «ala». Que nadie le pregunte si se siente bien y si necesita algo y si ya va a llegar adonde vive, ay.

Se levanta y tambalea y pide al chofer que lo deje quedarse aquí. Se baja en la Avenida Caracas porque dónde más. Y camina barrio abajo rozando los árboles viejos, y la mudez de las calles y de las puertas cerradas es sigilo y afonía. Y ya falta muy poco para llegar a la casona de siempre.

En el hall de ladrillo de la entrada, cercados por matas y matas encajadas en sus bases de hierro renegrido, juegan fútbol sus hermanos de apellido Cuéllar: «¡gol!». Saluda. Dice cualquier cosa entre dientes. Deja atrás el partido sin responder ni una sola de las preguntas que acaban de hacerle los jugadores: «¿qué fue lo que pasó en el centro...?». Se mete a su cuarto de atrás, adonde ha ido a parar porque su apellido no es Cuéllar, como el de su padrastro y sus seis hermanos, sino Silva, como el del linotipista que se inclinaba a poner en el orden las noticias de

mañana. Se quita los zapatos que lo están matando, y se quita las medias y se mira los dedos que se le han quedado montados unos sobre otros por haber heredado la ropa de los hijos menores. Pasa al suelo todos los libros que ha puesto en la cama esta mañana. Y se queda mirando esta pequeña habitación sin cuadros y sin adornos donde se ha enseñado a sí mismo todo lo que se puede saber.

De pronto, cuando se ha metido ya bajo las cobijas, y está a punto, por fin, de perder la conciencia, se le aparece como una fantasma su mamá. Y ella, Mercedes, que es fuerte pero es risueña pero es más grande que el mundo cuando le toca —y soporta las miradas de reojo de los Silva y de los Cuéllar, que 14 años después no pueden creer aún que la viuda de un linotipista se haya casado tan sólo unos meses después con un enfermero—, se porta como su mamá, y él se sorprende. No puede jurarlo porque todo está cubierto ahora por el velo y el vapor de la fiebre, y él no ve muy bien, pero ella se ve angustiada y se ve feliz de ser su madre como esa vez de hace mucho tiempo en que no permitió que lo operaran porque sí, o ese día, en Cali, en el que le confesó que quería devolverse a Bogotá y que el señor Cuéllar en realidad tenía apellido Tibaquirá.

Y que ay, miijo, era idéntico al gesto de ponerse un nombre que sonara un poco mejor. Y que todo el mundo estaba en su derecho de hacerlo. Por qué no.

Una vez que Eduardo regresó tarde de la escuela se encontró cara a cara con su padrastro, el enfermero Cuéllar, inyectándose el Narcosil que se traía entre los bolsillos de la enfermería de Bavaria para aliviar el dolor. Ay, la cara de alivio y de contrariedad de su padrastro. Ay, la amabilidad de golpe y la amargura de las tardes frente a la ventana, la frustración y la intuición de que ahora sí va a ser mejor. Sudaba y castañeaba el pobre como él está sudando y tiritando ahora, y un poquito después se perdía en sus drogas para no extraviarse en esa realidad que era pequeña y dura como una ficción. Pobre él. Pobres todos. Hacemos lo mejor que podemos para sobrevivir a esta fiebre y este holocausto con cuentagotas, y se nos vienen encima las fechas (12 de octubre, 7 de agosto, 9 de junio, 23 de abril...) para que podamos colgar de alguna puntilla y verle alguna forma a todo esto que no deja de pasarnos.

Viernes 14 de agosto de 1953

Se ha ido el mediodía. Papá, que está de visita, le grita «¡pastorcita Marcela: ve a la biblioteca, párate en la pared nororiental de la habitación, búscame en el segundo anaquel del tercer aparador la edición de *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha* corregida por la Real Academia Española, y tráemela!» con su voz absoluta y tajante que así quién le dice que no. Y ella, a un mes nomás de cumplir los cinco años, sigue las instrucciones una a una, pero después no encuentra por ninguna parte el libro que él le ha pedido, y —por pequeñita, por refundida— se muere de miedo ante los ojos y los ojos de los escaparates. Ay, las sombras y los rasgos monstruosos que se escapan de los estantes de los muebles de madera. Ay, ese silencio como de espantos y de fantasmas que guardan los lomos de cuero de los volúmenes de esa colección. Y la voz de su niñera endiablada, de Nina, que acaba de aparecer y ahora mismo está susurrándole en el oído «si sigues desobedeciéndome, esta noche va a volver la bruja a jalarte las patas y otra rata va a comerte las orejas».

Marcelita está llena de miedos. Siente todo el tiempo un puño apretándole el estómago, y un órgano cargado e invisible que se le sube a la garganta y le da ganas de vomitar. Sí, como todos los niños de su barrio se ha sentido más tranquila y más a salvo y más feliz desde que el general Rojas Pinilla es el presidente y desde el cielo lanzan a los patios de las casas esos escuditos de Colombia, ay, el pueblo ha estado buscando un padre que remplace a Gaitán. Y sí, su padre y su hermano mayor le han prometido que nada va a pasarle a ella mientras ellos sigan vivos: «mi pastorcita...». Pero los horrores que ha vivido no son de su pasado, sino de su presente. Y el día en que papá quiso regalársela a esa pareja emperifollada que se iba a vivir a Europa porque «es por tu bien: esto es un peladero» («si te vienes a París con nosotros, te damos esta muñeca», le dijo la señora como corrompiéndola), no se le olvida sino que le sucede.

Y aún no entiende por qué papá exigía que mamá tuviera a su hermanito en la casa si el enfermero insistía en que iba a ocurrir una tragedia si no la llevaban ya mismo a la clínica: «por el amor de Dios: ¡váyanse ya!», gritaba, «¡puede morirse!».

Y le parece rarísimo que mamá haya tenido que llamar a su hijo mayor, que a veces parece el dueño de la casa, en el último minuto: «Alfo, Alfo, llévame ya a una clínica...».

Y no comprende por qué a ninguno de sus hermanos le parecía más grave que el gato despelucado correteara por encima de la cama a que los ratones mordelones se metieran en la noche en el cuarto de ella.

Y por qué a sus padres no les pareció nunca tan grave que aquella rata nauseabunda le saltara a la cara desde el cajón de la cómoda: «¡qué pasó, qué pasó!».

Y por qué esas hordas de gatos negros se reúnen en el patio del carbón y zanganear por las tejas de la casa en las madrugadas.

Se queda como la estatua dorada del príncipe feliz, mientras Nina, la niñera, sigue susurrándole que ya ni siquiera sus dos hermanas mayores —que duermen con ella en la misma habitación, pero se acuestan mucho más tarde— van a salvarla de ratones y de esperpentos y de

espectros. Y ahora le pregunta entre dientes, para que mamá no la oiga y no quede rastro de su abuso, qué demonios está haciendo en esta biblioteca sin haberse terminado el almuerzo: «le he repetido, como si fuera una niña idiota, que no puede moverse hasta que se acabe el último bocado...». Y si papá no volviera a gritarle, si no gritara «¿en qué paraje se perdió ahora *El Quijote*?», nada ni nadie la habría salvado de este miedo que la va entiesando dedo por dedo. Y si no apareciera de golpe, hoy, que ha vuelto a la casa después de tanto tiempo, esa aya loca que está criando a los Romero Buj le habría arrancado un brazo de un pellizco, y esta vez no habría conseguido esconderse ni siquiera —como la otra vez— en la olla del sancocho.

Su hermana Carmen dice que Nina, la institutriz, es una buena persona, pero es porque ninguno en esa casa sabe qué es lo que guarda en ese baúl embetunado de negro que tiene en las patas de la cama. Y nadie tiene tiempo acá para atender las quejas de una que no ha cumplido aún los cinco años.

Aquí nadie se fija. Papá se fue. Mamá está tejiendo. Alfo, el hermano mayor, que es un príncipe que sólo puede tomar en sus vasos de plata el jugo de naranja revuelto con un par de huevos crudos, apenas si viene a la casa en estos días. Y los demás la miran a ella, por chiquita y por peleadora, como a un bicho.

—Nina: ¿qué está pasando aquí? —pregunta papá desde el umbral de la puerta de la biblioteca.

—Que su hija no se ha querido comer el almuerzo, doctor Romero Aguirre —responde ella con la dulzura de los villanos—, y la instrucción que usted a mí me dio fue que esta muérgana desvergonzada no se parara de la mesa hasta que se comiera el último grano de arroz.

—Puede ser que sin embargo esta vez la dispersión sea por mi culpa, señora Nina: yo le pedí que de inmediato me trajera al comedor un libro de la biblioteca.

—Pero por qué cree que se demoró, doctor, si usted me lo permite —le contesta la niñera del demonio, sin titubear, a su imponente patrón—: pues porque esta caraja es la única aquí que es incapaz de seguir instrucciones.

—Déjemela aquí que yo me encargo —retumba Romero Aguirre, el adusto, dispuesto a poner las cosas en su sitio.

Espera a que la institutriz del infierno haga mutis por el foro. Busca, mientras repite las indicaciones («pared nororiental, tercer aparador, segundo anaquel...»), la edición vieja del *Quijote*. La encuentra. Toma de la mano a su Marcelita. Se la lleva de vuelta al comedor a que termine de comerse el hígado frío y cauchudo de hace más de dos horas: ya van a ser las 2:00 p.m. en el reloj de la pared. Se sienta al lado de ella con rictus de vigilante. Y sin embargo, cuando ve que «no hay moros en la Costa andina» —que así le dice a Bogotá—, se come él mismo la carne agarrotada a toda velocidad y se la apura con el jugo de piña que se ha ido asentando sobre el portavasos de tela blancuzca como un trago envenenado. Abre el libro en el capítulo XIII: *Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela*. Y lee: «Los que hasta entonces no la habían visto la miraban con admiración y silencio, y los que ya estaban acostumbrados a verla no quedaron menos suspensos que los que nunca la habían visto...».

Y le explica: tú te llamas Marcela, Marce, porque Marcela fue una mujer buena y puso «las peras al cuarto» a todos los que la acusaron del suicidio de su amado, sí, pero sobre todas las cosas porque no tuvo al macho como razón de ser de su existencia. Y dijo: «tengo libre condición, y no gusto de sujetarme; ni quiero ni aborrezco a nadie; no engaño a este ni solicito aquel, ni burlo con uno ni me entretengo con el otro». Y no lo dijo contra nadie ni lo dijo sin compasión por los varones. Sólo para explicar, ya que el Quijote le entendía, que no le

interesaban los mirones ni dependía de los hombres. Nada más para dejar en claro que ella no tenía miedo y era una mujer libre que se negaba a dar una batalla que ya había ganado. Quizás se haya casado, que no lo estaba buscando, pero con un esposo que se negaba a gobernarla.

—Igual que tú, ilustre —remata.

Y dice algunas cosas más. Que Rojas Pinilla no está tan mal. Que no fueron los rojistas, sino los godos, los que quemaron *El Tiempo* hace un año, jo. Que ya nadie lee por estar poniéndole la oreja a la radio. Que lea el *Quijote* así no lea nada más que eso. Que todo lo que teme de afuera lo tiene por dentro. Y sube a despedirse de las hijas que lo idolatran. Y baja a decirles adiós a los niñitos que lo reverencian. Y alguna barbaridad les dice en la cocina a las tres empleadas de la casa porque las carcajadas se escapan por debajo de la puerta. Y apenas le da un beso en la mano a su esposa, a Aurora, a la que dejó hace un par de años sin ninguna explicación, aparte de que él es el que manda. Y luego busca a su pastorcita para jurarle por el Gran Arquitecto que ella siempre va a tenerlo a él para comerse los pedazos del hígado tieso. Y le dice «adiós, mi infanta» con una pompa que sólo a él le sale bien.

Y ella se va a esperarlo junto a la ventana, como la primera vez que se fue y que no volvió.

Ahí, en el sofá de cuero junto a la ventana, tiene Marcelita la fantasía de preguntarle «papá: ¿por qué te vas?», «papá: ¿por qué le dices esas cosas a mamá?», pero los niños deben hacer silencio y contener la respiración mientras los padres lanzan sus monólogos y viven sus vidas. Y papá puede hacer lo que le da la gana, porque es adulto y es papá, y faltaba más que tuviera que decirles a sus hijos y a su esposa por qué hace las cosas tan raras que hace o dónde estaba el otro día o a qué hora de qué día va a volver.

Ahí, junto a la ventana, se ha estado sentando Marcelita como una niña turca a esperarlo, a escuchar los programas de la tarde en la Radio Philips nueva que apenas les costó 169 pesos. Ahí se traga su cucharada de Emulsión de Scott con la promesa de una taza de chocolate que parece ser chocolate Sol. Ve a la aseadora raspar el piso. Ve planchar. Espía a Nina, la niñera, que está haciendo unas oraciones rarísimas en su cuarto. Sigue hora por hora la programación de Radio Reloj: «nada como la naranja helada...», «es un pájaro, es un avión, es Superman...», «no se pierda esta noche *Ronda del aire* con el dueto Garzón y Collazos...». Repasa, hasta que la luz empieza a acabarse, las tiras cómicas del periódico de hoy: Superman ha aniquilado a un par de hampones, Dick Tracy está investigando qué pudo pasar en el lago misterioso. Se toma una botellita de esa bebida nueva, Pony Malta, puaj, porque todo el mundo cree que un buen día se va a volver a enfermar.

«Ay, niña, cuando tú naciste te ibas a morir porque no comías nada, y sólo recibiste leche condensada cuando el cura ya me había dicho que me despidiera de ti», le vuelve a contar mamá de tanto en tanto, «y no dormías de día si no era en mis brazos y no dormías de noche si no era acunada por la nana en Cartagena».

Y llega la noche y su papá no vuelve, y qué tal que no vuelva jamás, Diosito. Se toman la sopa de la comida. Juegan escondidas pasito, porque mamá se ha ido a su cuarto con su migraña europea, y a Marcelita la encuentran en la escalera del servicio y en el baño de las empleadas y en el patio de atrás y en el garaje y en el depósito. Se arreglan después para dormir.

Cuando Marcelita ya les ha dicho adiós y hasta mañana a todos los de la casa, desde los hermanos hasta los animales, se queda sola en la habitación con la niñera que la detesta. Y Nina, cansada de que la señora de la casa la regañe porque a la niña le están dando muchas enfermedades por dormir destapada, le dice «esta noche sí vas a dormir bien, pendejita, porque ya sabes que una bruja del demonio va a venir a degollarte si llegas a sacar de las cobijas una

sola pata o una sola mano». Y Marcelita comienza a temblar, y a castañetear con los dientes, aturdida por el miedo. Se acuesta en posición fetal con los ojos cerrados mientras su institutriz la arroja y le repite: «y te va a quitar la cabeza si te sigues portando mal y va a ser un alivio para tus papás...». Y se dice unas oraciones en la cabeza, padrenuestroqueestásenelcielo, para que se espanten los espantos.

Y mira de reojo las dos puertas entrecerradas de la habitación, la del armario y la de la entrada que palpitan como si los vientos de agosto quisieran abrirlas, porque la bruja no va a entrar por una ventana. Y sigue sintiendo esa extraña tentación de rezar.

Pide a Dios que no se le venga la arpa ni se le cuele el demonio. Ruega que se le pasen las enfermedades de una buena vez para que nadie le eche más la culpa de todo. Reclama que su papá regrese a la casa porque a quién más, si no es a Dios, va a reclamarlo. Entonces el miedo, que es esa convulsión y es ese ahogo, se le va volviendo rabia: ¿por qué uno nunca puede decir nada cuando los grandes están hablando?, ¿por qué uno se vuelve invisible cuando la casa se vuelve un bosque de encorbatados?, ¿por qué hay que ir en puntillas por la sala cuando papá tiene en la biblioteca sus reuniones políticas «contra la oligarquía liberal que mató a Gaitán»? ¿por qué mamá se enfurece porque sí?, ¿por qué no hay papás sino niñeras?, ¿de qué le sirve llamarse Marcela, como la pastora, si va a morir de miedo?, ¿quién dijo que no puede sacar los pies de entre las cobijas si le da la gana?, ¿quién?

Se sienta en la cama. Fija la mirada en la puerta del clóset, que es la que más tiembla. Saca los pies como la niña rebelde que ha sido siempre, y qué, qué puede pasar.

Allí viene la bruja con sus gritos endiablados y con sus garras en alto para clavarle las uñas en la yugular. Huele a picho. Tiene los colmillos babosos y los ojos ardidos. Su cara es verde. Su pañolón es negro. Camina dando tumbos, y después se arrastra, pero no deja de avanzar.

Marcela quiere pegar un grito pero, luego de varios intentos, apenas le sale un lamento, un balbuceo: «¡papá...!». Y sin embargo, cuando la bruja le ha dado sólo un zarpazo y un rasguño, papá aparece en el umbral de la puerta de la entrada como un pájaro, como un avión. Y saca corriendo a la lechuza espantosa por la puerta del armario, «¡me vas a oír, maldita loca...!», y la sigue por las escaleras secretas de la casa y la encuentra en su cuarto del patio de atrás escondiendo su disfraz sudoroso en un baúl embetunado lleno de polvos mágicos y de huesos triturados y de calaveras. Y aunque no esté viviendo por estos días en la casa, y aunque a veces le dé por andar regalando a sus niños para que se vayan de este moridero que quizás un día, si trabajamos duro, sea un país, le pide que se largue porque ha sido suficiente brujería para una sola vida: «¡ya!».

Y hartos trabajos pasaron allá en Cartagena para que su pastora no muriera como para que ahora ella le coja miedo a estar con vida.

Lunes 12 de abril de 1948

No ha dejado de llover en la pobre Bogotá desde su Bogotazo. Abril, aguas mil. Siempre es así. Pero hacia las tres de la tarde del viernes 9, el día en que mataron a Gaitán e incendiaron la ciudad («y le sacaron las tripas a la Atenas suramericana», dijo la vecina gaitanista), comenzó el peor aguacero de los peores aguaceros que Eduardo haya visto en sus ocho años de vida. Se fue temprano esa mañana, «a pata», pues quedaba a unas cuadras nomás, a la escuela de doña Soledad Triviño. Cantó el himno nacional, «cesó la horrible noche...», en voz baja. Jugó con una pelota. Ganó el concurso de multiplicaciones. Se aprendió de memoria las cuatro esquinas de Colombia. Recibió el reporte de las notas del primer bimestre: 5.0 en todo. Y a la 1:20 p.m., cuando acababa de recorrer el camino de regreso pegándoles a las últimas rejas con un palo que había recogido del piso, escuchó el grito que venía como un eco desde el centro: «¡Mataron a Gaitán!, ¡mataron a Gaitán!». Y fue entonces cuando se vino el Bogotazo.

Se levantó el pueblo en nombre de su caudillo, se volvió una turba y un hormiguero y un infierno. «Vengadme», les había pedido él. Y nadie es capaz de decirle al Jefe que no, ni siquiera hoy, que ya está muerto y vengado.

Eduardo lo vio con los ojos apretados ese sábado de febrero, desde el atrio de la Plaza de Bolívar y de la mano de su tía Maruja, en la bendita «Marcha del Silencio». El pueblo, que según dice el vecino gaitanista «no es liberal ni es conservador, aunque se haya dejado convencer de lo uno y de lo otro por sus explotadores», se fue detrás de su Jefe tal como él lo quiso: avanzó, porque el pueblo es uno, sin decir una sola palabra y con las banderas negras empuñadas para protestar contra la violencia de los curas y de los conservadores. Un, dos, un, dos: a Gaitán le fascinaba la coreografía de las manifestaciones. Y esta protesta muda, que reunió a unos 100.000 colombianos sublevados pero sujetos, les dejó clarísimo su destino a las oligarquías que seguían jugando a los dos partidos iracundos e irreconciliables. Se habían tomado ya el Partido Liberal. Si nadie los atajaba seguiría el país, damas y caballeros.

Y qué diablos iban a hacer con el poder. Y quizás era mejor el abuso conocido al abuso por conocer.

Dijo Gaitán allá arriba, en el altar de la Plaza de Bolívar, embelesado por su propia voz:

Señor Presidente Ospina Pérez: bajo el peso de una honda emoción me dirijo a Vuestra Excelencia interpretando el querer y la voluntad de esta inmensa multitud, que esconde su ardiente corazón lacerado por tanta injusticia bajo un silencio clamoroso, para pedir que haya paz y piedad para la patria. Señor Presidente: aquí no se oyen aplausos: ¡sólo se ven banderas negras que se agitan! Bien comprendéis que un partido que logra esto muy fácil podría reaccionar bajo el estímulo de la legítima defensa. Señor Presidente: serenamente, tranquilamente, con la emoción que atraviesa el espíritu de los ciudadanos que llenan esta plaza, os pedimos que ejerzáis vuestro mandato, el mismo que os ha dado el pueblo, para devolver al país la tranquilidad pública. ¡Todo depende ahora de vos! Quienes anegan en sangre el territorio de la patria cesarían en su ciega perfidia, estos espíritus de mala intención callarían al simple imperio de vuestra voluntad. Señor Presidente: en esta ocasión no os reclamamos tesis económicas o políticas. Apenas os pedimos que nuestra patria no transite por caminos que nos avergüencen ante

propios y extraños. ¡Os pedimos hechos de paz y de civilización! No creáis que nuestra serenidad, esta impresionante serenidad, es cobardía. Somos descendientes de los bravos que aniquilaron las tiranías en este suelo sagrado. Somos capaces de sacrificar nuestras vidas para salvar la paz y la libertad de Colombia. Señor Presidente: nuestra bandera está enlutada, y esta silenciosa muchedumbre y este grito mudo de nuestros corazones sólo os reclama que nos tratéis a nosotros, a nuestras madres, a nuestras esposas, a nuestros hijos y a nuestros bienes, como querríais que os trataran a vos, a vuestra madre, a vuestra esposa, a vuestros hijos y a vuestros bienes. Os decimos finalmente, Excelentísimo Señor, ¡bienaventurados los que entienden que las palabras de concordia y de paz no deben servir para ocultar sentimientos de rencor y de exterminio!, ¡malaventurados quienes en el gobierno ocultan tras la bondad de las palabras la impiedad para los hombres de su pueblo porque serán señalados con el dedo de la ignominia en las páginas de la Historia!

Y el pueblo cumplió su promesa de tragarse su grito. Y en la casa de los Cuéllar, donde Eduardo, de 7 años, era el único Silva, no se habló de nada más de febrero hasta abril: «un partido que logra esto, muy fácil podría reaccionar bajo el estímulo de la legítima defensa...», se repitió en vano el niño, tratando de encontrarle sentido a la frase palabra por palabra, hasta el viernes 9 de abril. Se quedó quieto, muy quieto en vez de temblar, cuando escuchó el grito de «¡mataron a Gaitán!». Empezó a hacer frío. Comenzó a nublarse. Y él siguió su camino, resignado a lo que pudiera pasarle, porque vio que un grupo de señores se entraba a la tienda a oír la noticia en la radio y también a hacer bochinche. Se metió a la casa apenas tuvo enfrente la plaquita negra de la dirección: Calle 69 # 23-41. Su mamá le preguntó, en el patio de la entrada, por qué se había demorado tanto. Luego le tocó la frente y le dijo «tiene fiebre».

Ay, la fiebre. Hace tres años tuvo una que estuvo a punto de vencerlo. Dijeron unas voces, entre la nube de la enfermedad, «este niño tiene apendicitis». Pero su mamá se negó a que le cortaran el cuerpo. Y su padraastro, el enfermero Tibaquirá que se bautizó a sí mismo Cuéllar en un arrebato colombiano, le puso una inyección que le salvó la vida. El pobre Eduardo pasó los siguientes dos años, de los 5 a los 7, con la temperatura arriba: 38, 39, 40 grados centígrados en este pueblo helado. Y mientras se iban al colegio sus hermanos Cuéllar, que cada año nacía uno nuevo y en la casa siempre había alguien llorando, él se quedaba en el cuarto del fondo —porque su apellido no era el de su padraastro sino el de su papá: Silva— leyéndose todos los libros del mundo. Si le ponían una mano en el hombro, saltaba de miedo. Salía poco. En Navidad se paraba en las escaleritas enrejadas de la parroquia de San Pedro Nolasco y hacía la fila para recibir los juguetes que les regalaban los padres mercedarios a los niños. Se llevaba bien con todos, pues se sacaba chistes de la manga sin ningún problema, pero prefería guardarse sus sospechas sobre la vida.

Era bueno para estar solo. Pero le hacía compañía un ratoncito blanco, Tito, que comía bolitas de queso y se sentaba al lado suyo a verlo leer: «hasta mañana...».

Cuando entró a la escuela de la señora Triviño, a los 7, ya no era un niño enfermizo, sino un niño que lo sabía todo. ¿5 por 5 por 5? 125. ¿Capital de Vaupés? Mitú. ¿Nacimiento del épico Antonio Nariño? Ni más ni menos que el 9 de abril de 1765. Sus poquitos compañeros le hacían preguntas y le aplaudían las respuestas. Sus tres profesores, que eran los hijos de la dueña del colegio, le decían «don Eduardo». Y sólo lo trataban como a un niño cuando les decía «tengo fiebre».

Su mamá le tomó la temperatura en la cocina mientras la leche hacía burbujas en el fogón: glu, glu, glu. Todo olía a puchero. La luz de la ventana era un espectro. Había una baldosa rota e iba a estar rota por siempre y para siempre. «38,5», dijo. Y brava, pero quién sabe por qué, agregó

«vaya a lavarse las manos, vaya». Eduardo obedeció para no perder el tiempo. Se secó las palmas en el pantalón. Siguió como un camino de migas de pan una voz que venía de la radio: «¡abajo la oligarquía!». Y, cuando vio que la sala estaba vacía, cayó en cuenta de que sus hermanos Cuéllar estaban en el balcón echándole una mirada a la ciudad. Ya se veía el humo negro que cubría La Candelaria. Ya el cielo estaba poniéndose rojo, rojo. Y sintió una extraña tentación de rezar por sus hermanos Silva, que vivían con la tía Maruja en una casa en el centro del centro y visitaban a su mamá todos los viernes (y ese viernes tan largo y tan sangriento, por supuesto, no pudieron llegar), pero de su boca sólo salió un «ojalá».

De los barrios de abajo, del San Fernando, del 12 de Octubre, del 7 de Agosto, empezaron a subir camiones repletos de obreros enruanados que empuñaban banderas rojas y machetes. Unos saltaban a matar godos hijueputas por el camino. Otros les lanzaban antorchas a las vitrinas de los sastres y los peluqueros y seguían su marcha hacia la Plaza de Bolívar. Gritaban «¡abajo el tirano oligarca Ospina Pérez!», «¡venganza!», «¡que caiga Bogotá!», encendidos y desorbitados. Lanzaban cosas por las ventanas: una silla, una máquina de coser. Se regaban el trago en los bigotes y se limpiaban con el dorso de la mano antes de lanzarle una piedra a cualquier policía que se negara a unirse a la lucha. Saquearon este barrio liberal que lleva el nombre del otro mártir caído: Rafael Uribe Uribe. Se mataron los unos a los otros por quedarse con una radio ajena. Y del aparato venía, mientras tanto, la voz de un comunista de aquellos que le imploraba al pueblo que no perdiera el tiempo de la revolución emborrachándose y descuartizando la ciudad.

Por la noche, pasaban hombres y mujeres solas, y sus ecos. De vez en cuando se le escuchaba la voz a un fantasma que lloraba al Jefe. Las llamas se habían tragado el centro de la ciudad y el cielo estaba arruinado. Y Eduardo tiritaba de fiebre en su cama de la habitación del fondo, y su ratoncito blanco se acostó a sus pies junto al trencito de madera que le habían regalado los mercedarios, pero quién podía dormir a la hora de la guerra.

Ni el sábado ni el domingo abrieron el mercado de allá abajo. No hubo cómo conseguir huevos, carne, leche, pan. Su padraastro, que a veces es amable y lo saluda como a un hijo de su esposa y a veces apenas se voltea a mirarlo, tuvo que irse a trabajar porque alguien debía salvar a la ciudad del desangre, pero lo mejor era no poner un pie fuera de la casa. Y la comida de la casa se fue acabando hasta que los niños —que rasparon ollas, comieron sobras y se disputaron migajas— empezaron a quejarse de hambre, ay, y a todos les rezongaba la barriga. «Eduardo: nos vamos usted y yo a la plaza de mercado a ver qué conseguimos», le dijo su mamá esta mañana tocándole la frente y tomándole la temperatura: 37 grados nomás. «¿Qué día es hoy?», preguntó él. «Es el lunes 12», le respondió ella, «pero hoy no hay colegio». Y llamaron a la casa de los Silva a ver si Sara y Guillermo, sus hermanos mayores, estaban bien: «había fuego por todas partes, mamá...». Y se despidieron de todos y se fueron juntos a la plaza del 7 de Agosto. Y recorrieron las cuatro cuadras, al lado de los árboles y frente a las rejas, bajo la mirada de un barrio que se había quedado mudo.

Había tres niños negros, solos y llenos de costras, en la esquina de la plaza. Había también un taxi rojo desvalijado. Una caja registradora desbaratada. Una carroza llena de bultos de maíz y de panela tirada por un rucio. Un par de mujeres con el pelo recogido y vestidas con sacos de hombres que buscaban algo en el piso. Un gamín de sombrero de fieltro rascándose los ojos mugrosos con los puños. Un maniquí trágico desnudo y partido en dos a unos pasos de una vitrina rota. Un tipo empujando una carretilla llena de piedras. Una fila de seis, siete esteras vigiladas por la mujer de un vendedor que se había ido a buscar «un baño». Un barrendero que le

contaba a su compadre que él había ido a un «viernes cultural de los del Jefe y el doctor Gaitán era un indio como usted y como yo» y su compadre le contestaba que él en cambio conocía a «doña Encarnación, la señora madre del asesino hijo de puta». Y un cura de sotana blanca de la iglesia de San Pedro, el viajado padre Olarte, que le decía a la vecina gaitanista «pero mi señora: yo estuve el sábado y el domingo en el centro y fue mucho peor...».

—Perdóneme, padre, pero usted cómo vio todo por allá —le preguntó con un leve acento opita Mercedes, su mamá, al señor cura—: ¿sí está todo tan desmembrado como están diciendo?

—Pues doña Mercedes —respondió el sacerdote sílaba por sílaba para darse un tiempo en busca de las palabras exactas—: yo estuve en Londres cuando el señor Adolfo Hitler recién había mandado a bombardearla, y puedo decirle sin temor a equivocarme que la Bogotá del centro es una ciudad bombardeada, plagada de edificios venidos abajo y fachadas partidas por la mitad y ventanas rotas y esqueletos de escaleras sin escalones y cadáveres de conservadores linchados por las turbas liberales, y uno va avanzando por las calles llenas de coágulos de sangre y de mugre y tiene la sensación de que allá hubo una vez una civilización.

—Dios santo —dijo su mamá.

Y se metieron entonces a la plaza, entre las tiendas de lona blanca y las sentencias sueltas.

Que al monstruo de Laureano Gómez lo estrangularon en su propia casa. Que no. Que han contado ya 5.000 muertos apilados en las aceras: ¡5.000! Que había montes, ríos, fosas comunes hartas de cadáveres. Que había cabezas arrancadas, miembros rajados a machete, pobres hombres con caras desfiguradas y expresiones monstruosas. Que se veían las raíces de hierro y las vigas roídas de La Candelaria. Que hiede. Que lo saquearon todo. Que hasta los escombros se los están llevando vaya usted a saber para qué. Que Gaitán fue el segundo Bolívar, no, el segundo Uribe Uribe, mejor. Que fue que despreció al asesino un día que fue a pedirle puesto. Que el matón, el tal Roa Sierra, no parecía un sicario pero sí era un desempleado enloquecido dedicado a una vaina que se llama el rosacruzismo. Ay, que quería ser chofer. Que lo desmembraron y lo echaron empeloto en las escaleras del Palacio Presidencial. Que el cadáver tenía un par de corbatas colgadas en el cuello. Que los ricos se quedaron con el Partido Liberal. Y la Dirección Liberal se vendió al gobierno godo.

No había en la plaza sino unas pocas cosas, unas muy pocas. Y por la plata que llevaban, 50 pesos del alma, pudieron comprarle a uno de los escasísimos tenderos una bolsa de panelas y un bulto de maíz duro y seco —«pa las gallinas»— que venía quién sabe de dónde.

No han comido bien este lunes. Del mediodía a la noche se les ha estado acabando el agua de panela. Y el maíz «pa las gallinas», que, como les dijo el tendero de la plaza esta mañana, tendrá que durarles la semana entera «porque no hay mucho más por ahora», han tenido que ablandarlo en las ollas del puchero pero cargadas de cal. Sin embargo, a esta hora de la noche se ven todos felices en el mesón de la cocina, comiéndose las arepas y hablando de las cosas del día, y contándose lo que les contaron a los unos y a los otros, ja. Eduardo, que ha estado como en otro planeta cayendo en cuenta de que aquel partido que «podría reaccionar bajo el estímulo de la legítima defensa...» ha reaccionado, se despide de todos y se va a dormir. Y cuando ya se ha puesto la pijama, y se ha puesto a leer su copia de *Las aventuras de Huckleberry Finn* («cuando llegó la noche, estaba más hambriento que nunca...»), oye un toc toc toc toc en la puerta que saca a correr a su ratoncito blanco.

Es su mamá. Viene a darle las gracias por hoy. Pretende también recordarle que lo quiere como a todos sus hijos, y a veces hasta más, y va a decirle que el papá que no conoció, el linotipista Silva Hernández, era un hombre amable y generoso, pero prefiere, para servirle de

alivio, tocarle la frente y decirle que ya no tiene ni un poquito de fiebre y susurrarle «hasta mañana».

Viernes 9 de abril de 1948

El hombre es el animal de la mala memoria. De tanto en tanto se me ha aparecido, en este libro al revés y al derecho sobre los Silva y los Romero, algún capítulo difícil de armar como un rompecabezas que ha ido perdiendo piezas y piezas por el camino. Por ejemplo este episodio, el del Bogotazo, que me tiene levantándome en la madrugada de un domingo —antes de que mi esposa y mis niños se despierten y yo sea incapaz de decirles que no a cualquier propuesta inverosímil— con esta ansiedad que me pone a mil el corazón si no consigo ver con mis propios ojos y en presente lo que sucedió. Su última hija, María del Socorro, una psicóloga amable a quien encontré y conocí en aquel centro comercial luego de seguir mil pistas falsas, me dice que no ha podido saber dónde estaba Romero Aguirre cuando llegó el viernes 9 de abril de 1948. Mi tío Sebastián se acuerda de haber hablado con él, en su despacho, antes de que empezara la revuelta. Mi mamá insiste en que mi abuela le contó que mi abuelo estaba en su oficina en la Avenida Jiménez cuando estalló el país entero y ni todos sus dueños ni todos sus siervos pudieron repararlo otra vez.

Pero no encuentro su nombre, tan común en los periódicos de esos años, entre las crónicas del Bogotazo. Tecleo «Romero Aguirre en el 9 de abril» en los buscadores, pero sólo encuentro su respaldo al gaitanismo en los peores días de los peores días de la Violencia. Los hijos de sus compañeros masones y liberales, que hoy tendrían 110 años, no recuerdan haberlo visto ese día en la ciudad. Y mi amigo Enrique, el más noble y el más preciso de los historiadores, hijo del Santos Montejó que fue el jefe de mi abuelo Silva en el periódico, me envía por correo electrónico las siguientes conclusiones: «luego de leer la prensa de esa semana puedo decirte con una certeza del 97% que tu abuelo no estaba en la ciudad en esos días: la legislatura no comenzaba hasta el 20 de julio (en esas épocas felices sólo trabajaban medio año) y por tal motivo la mayoría de los senadores andaban por sus departamentos o por sus ciudades».

Voy hacia atrás. Por el semanario liberal *Sábado*, y por un par de doloridas ediciones de *El Tiempo* («informamos a nuestros lectores que este número se publica bajo la censura establecida por el gobierno...»), sé que el miércoles 9 de noviembre de 1949 Romero Aguirre supo de la peor manera —se lo gritó en la puerta del Capitolio un soldado con un fusil en alto: «¡fuera...!»— que el presidente Ospina Pérez les había cerrado el Congreso en las narices, y se dijo a sí mismo, como vaticinándose, que su carrera política había llegado a su fin. Sé también que dos meses antes, el miércoles 7 de septiembre de ese 49, mi abuelo se puso pálido y luego montó en cólera cuando escuchó aquellos 40 tiros en el salón de la Cámara de Representantes: un representante conservador de apellido Del Castillo no sólo le había berreado a un representante liberal de apellido Jiménez «yo soy hijo legítimo y usted es hijo natural», sino que acto seguido lo había matado en una balacera respaldada por el general Amadeo (le decían «Abaleo») Rodríguez.

Tengo claro, por las notas de la amañada prensa de esos días, que tenía mucho más de propaganda, que Romero Aguirre tuvo a bien visitar en sus lechos de enfermos a un par de

parlamentarios eminentes, el doctor Jorge Soto del Corral y el doctor Ricardo Silva —sí, así es—, «para lamentar junto con ellos las heridas recibidas». Y luego declaró:

—La política de esta patria ha comenzado por su decadencia: aquí es «el partido por el partido» y «la clase por la clase», y punto.

Y sigo yendo atrás. En noviembre de 1948, siete meses después del Bogotazo, Romero Aguirre fue elegido presidente del Senado de la República de Colombia: de cierto modo representaba a un pueblo que se resistía, en vano, «a ser echado a patadas de los dos partidos políticos de siempre». En julio de ese mismo año, en la página 17 de *El Tiempo*, se le ve discutiendo vehemente y de sombrero con un Carlos Lleras Restrepo que lleva siempre un cigarrillo en la boca y un gesto de hastío, de jartera: «los doctores Romero Aguirre y Lleras Restrepo cambian ideas sobre diversos tópicos...», dice el pie de foto. En marzo de 1947, cuando por primera vez en la Historia del país los senadores fueron elegidos por voto popular directo (hasta ese momento eran elegidos por los diputados de las asambleas departamentales), consiguió su curul con una altísima votación: 21.491 de aquel tiempo en el que no votaban las mujeres.

—Como dijo el godo, los partidos políticos no se mueren, sino que se suicidan —declaró mi abuelo el lunes 6 de mayo de 1946 cuando, por unos irse con Jorge Eliécer Gaitán y otros irse con Gabriel Turbay, el liberalismo perdió las elecciones presidenciales.

Romero Aguirre hizo lo posible, en 1946, para que su partido no perdiera el poder por llegar dividido a las elecciones presidenciales. Pero antes, en 1945, deploró que el ministro designado Lleras Camargo asumiera la presidencia en remplazo del perseguido López Pumarejo. Pero antes, en 1944, se vio en la obligación de auxiliar —pues pocos más querían defenderlo del sabotaje de las oligarquías, y la caída y la aniquilación del liberalismo no podían suceder así como así— al mismísimo López Pumarejo, que buscó la reelección en 1942 contra sus consejos y sus reclamos altisonantes desde el «Comité Nacional Antirreeleccionista». Pero antes, en 1940, repitió como un poseso de sí mismo el vaticinio «si queremos que el partido siga siendo del pueblo, entonces, tarde o temprano, el candidato tendrá que ser Gaitán». Pero antes, en 1936, llegó a la conclusión de que no sería necesario el levantamiento popular si el partido de Uribe Uribe hacía su trabajo: todo eso está en sus libros y en la prensa de esos días.

Y en una polvorienta y percutida carpeta rescatada justo a tiempo de su enorme biblioteca, que luego de su muerte se refundió y nadie sabe bien adónde han ido a parar todos sus libros, hay un trío de hojas con notas sobre el incendio y el suplicio del viernes 9 de abril.

En el margen izquierdo de la primera hoja puede leerse, de su puño y su letra, «para ser incluido como un capítulo de mi libro *Ayer, hoy y mañana del liberalismo colombiano* después del programa del doctor Gaitán», pero en la edición que tengo sobre mi escritorio, que es la última edición, aumentada y corregida, de 1972, no ha sido insertado. Queda sólo este borrador de capítulo, este plan de cuatro, cinco, seis páginas blancas de bloc, lleno de frases sueltas y de fechas. Se trata de las notas deshiladas para un recuento de aquel viernes 9 de abril. Tiene frases rimbombantes como corresponde a la época y párrafos desprolijos como corresponde a su modo. Pero en un curioso giro de su estilo, pues amaba la literatura pero no se atrevía a intentarla, también tiene una serie de imágenes brutales que dan cuenta de aquel clímax a destiempo del drama colombiano.

Primero habla de la curiosa manía, «si todos los azules casan a sus hijas con los rojos», de buscar el enfrentamiento a muerte entre los dos partidos colombianos: «Olaya Herrera calificó de “peligrosa” la amistad entre el liberal de izquierda López Pumarejo y el conservador de derecha

Gómez Castro», escribe. Repite por enésima vez, pero nos sirve, cómo a pesar de sus errores la «República Liberal» comenzó a transformar el país de 1930 a 1942, y cómo fue que el empeño de reelegir a López, «que tenía en contra a los godos por su cercanía con los sindicatos y esa reticencia de los opositores siempre ha llevado a la violencia en la república», terminó en lo vaticinado: en la renuncia del presidente reelegido, cercado y agotado por las calumnias orquestadas por Gómez («crimen de Mamatoco», «acciones de la Handel» y «compra de la trilladora», escribe Romero), y en «la hecatombe del liberalismo».

Dice: «Santos frenó a López por debajo, como suele hacerlo, con su pasquín patrocinado por Vick VapoRub»; «el socialismo y el izquierdismo en el Partido estaban arrebatándoles las masas a la oligarquía liberal, de Santos y su émulo, y había que cerrarles el paso»; «Gómez Castro, genio del mal y gran actor, se dedicó a repetir la ostentosa mentira de que el liberalismo ganaba en las urnas a golpe de cédulas falsas»; «Gómez Castro revelaba las cifras de los documentos falsificados desde su propio periódico, *El Siglo*, e iban creciendo como una bola de nieve: ¡de quinientos mil a un millón ochocientos mil!»; «Gómez Castro se fue resignando a apoyar a Gaitán Ayala para las lamentables y lamentadas elecciones presidenciales de 1946 y ordenó a sus fieles participar en las manifestaciones gaitanistas no tanto porque el hambre no fuera liberal ni conservadora, sino porque le gustaba aquello de la regeneración moral de la república y se olía a las leguas que las masas de las dos asociaciones eran gaitanistas»; «Gómez Castro prefirió no lanzarse a la presidencia, para no unir al liberalismo contra el monstruo, cuando el conservatismo decidió tener su propio candidato».

Y —según dicen las notas— vino la debacle: «el Partido Liberal, o quizás *El Tiempo*, decidió que su candidato sería el doctor Gabriel Turbay, y entonces el gaitanismo prefirió irse con su Jefe hasta las urnas: “¡abajo el Turco!”, gritaron sus seguidores sulfurados, “¡Turco no!”». Romero Aguirre, como tantos líderes radicales de las regiones, hizo lo mejor que pudo para evitar la «pusilánime derrota» y trató de convencer al uno y al otro de que se plegaran a una candidatura única, pero tanto Turbay como Gaitán llegaron a las votaciones del domingo 5 de mayo de 1946 completamente convencidos de que tenían al pueblo de su lado, ja. Y fue así como el candidato conservador, señor Ospina Pérez, los venció en franca lid en las votaciones de ese último día de la república: «Ospina, 565.939; Turbay, 441.199, y Gaitán, 358.957», se supo pronto. Y así empezó la marcha fúnebre hacia el 9.

Turbay murió a los 46 «de pena moral y de angina de pecho», en París, 19 meses más tarde: el lunes 17 de noviembre de 1947. Gaitán, en cambio, se convirtió en el jefe único del Partido Liberal aferrado como a un mástil a la consigna de que «ahora más que nunca hay que luchar». Y dejó en claro que no le interesaba encabezar un levantamiento popular ni entregarle el liberalismo al comunismo, no, sino que buscaba llegar al poder por la vía de las urnas: que el Jefe fuera el jefe era la prueba de que el partido había dejado de ser oligárquico y ajeno al pueblo.

Fue en el rincón del fondo de los billares San Moritz, bajo las luces mortecinas y las miradas de los cachacos encorbatados y los intelectuales resignados a Colombia —ahí estaban el señor Vidales y el señor Díaz-Granados «hablando mierda», por ejemplo—, donde Gaitán Ayala le preguntó a Romero Aguirre si aceptaría «como un gesto patriótico» el cargo de designado que estaba desempeñando Santos Montejó desde Estados Unidos: «si el presidente de las minorías no da un paso al costado», le dijo, «entonces vamos a ahogarnos en estos ríos de sangre». Ser el designado fue, hasta 1991, ser el remplazo del presidente. O sea que la idea de Gaitán era pedirle a Ospina Pérez la renuncia y la salida digna del Palacio de Gobierno para parar de tajo la

brutalidad de la Violencia bipartidista, ay, Dios, los desmembramientos y las desapariciones. Y que un representante del pueblo liberal, no un Lleras ni un Santos, asumiera el gobierno de la transición. Romero Aguirre, de 40, dijo sí.

Esa misma tarde de julio, luego de pelear a muerte su derecho a pagar la cuenta, Romero Aguirre le regaló a Gaitán la primera edición de *Ayer, hoy y mañana del liberalismo colombiano*. Se lo firmó con su letra apurada: «para el apóstol del pueblo colombiano, el Dr. Jorge Eliécer Gaitán Ayala, de su amigo Ara». El Jefe le respondió «será el tercer libro suyo en mi biblioteca, mi querido Alfonso», y le dio unos golpecitos en la mano. Se levantaron. Y en el camino hacia la Avenida Jiménez, apoyados los dos en la esquina de piedra de la iglesia de San Francisco, se estrecharon la mano, se quejaron de los guardaespaldas espontáneos que cuidaban a Gaitán sin que se diera cuenta («dejen eso para ustedes», les dijo, «que yo tengo a la gente a mi favor») y se dijeron que harían lo posible para parar esa guerra. No paró, no. Hubo 20, 30 asesinatos por día desde entonces. Romero Aguirre tuvo a la mano su revólver, y se lo guardó en una cartuchera pegada a las costillas para hacer sus viajes de la oficina al Capitolio, desde el día en que vio cómo un soldado godo le pintaba una equis azul en la espalda del abrigo rojo a una pobre mujer.

—Yo les insinúo a mis amigos que, cuando tengan un muerto en sus filas, en vez de buscar a los guardas o a los políticos municipales busquen a los gobernadores en los departamentos o a los ministros en la capital, y aun al mismo presidente de la república, para tomar venganza —sentenció su voz ensordecedora y perentoria, desde el púlpito, en la sesión del Congreso del martes 22 de septiembre de 1947.

No buscó la oligarquía liberal ni consintió la oligarquía conservadora que Ospina Pérez saliera a sombrerazos del Palacio. Siguió en cambio, y siguió peor, el espanto. Siguió el gaitanismo caminando, «¡la corrupción es clasismo!», «¡yo no soy un extranjero, yo soy un indio y posiblemente un negro como todos ustedes!», hasta convertirse en aquella «Marcha del Silencio» en la que cientos de miles de personas armadas de banderas negras pasaron por Bogotá con la boca cerrada como diciéndose «yo quiero pegar un grito y no me dejan, yo quiero pegar un grito vagabundo». Romero Aguirre marchó también. Salió de su oficina de abogado en la Avenida Jiménez y se unió a la «pleamar de los desterrados a la pobreza». Cómo le costó no decir ni una palabra. Cómo le dolió tragarse la sentencia «se sabe ya que el mar es tranquilo cuando la tormenta se avecina».

Sigue, en los apuntes deshilvanados de Romero Aguirre, la indignación porque el canciller Gómez Castro hubiera sacado al jefe del Partido Liberal de la IX Conferencia Internacional de los Estados Americanos que «para la gloria de los paranoicos y los conspirativos estaba sucediendo durante el Capitalazo»: «Gómez Castro se entendía con Gaitán, que a su vez le tenía un respeto reverencial, pero era un político, un escorpión», anota.

Vienen un par de páginas vívidas que responden la frase «Lo que yo sé del Bogotazo». Están escritas en presente. Parten de la madrugada de ese viernes 9: de Romero escuchando a la 1:30 a.m. en la radio, pero quién sabe en qué paraje del país o en qué despacho, «la apoteósica defensa que el Dr. Gaitán hace del disparo indefensible que el teniente Cortés Poveda le dio en legítima defensa suya al periodista Galarza Ossa». Gaitán consigue la absolucón de su cliente, a golpes de oratoria, y sale en hombros de su última corrida jurídica. Celebra en el cabaret Morocco hasta las 4:00 a.m. bajo los compases de una orquesta tropical: «pensé que iba a hacer el oso...», repite. Descansa en su casa unas pocas horas. Se despide de su hija Gloria, y de su esposa Amparo, que no se atreve a decirle «anoche soñé con el grito “¡mataron a Gaitán!”», con su corazón enorme y su sonrisa irreflexiva. Parquea su Buick en el lugar de siempre de la Plaza de

Santander y camina con las manos en los bolsillos y echa aros de humo helado por la boca. Llega a trabajar a las 8:30 a.m., con la cara pálida y los ojos achicados de haber dormido tres horas, a su oficina del cuarto piso —la número 406— en el entallado Edificio Agustín Nieto: Carrera 7.^a # 14-35. Recibe llamadas toda la mañana como si tuviera tiempo que perder. Su mujer le deja una razón con su secretaria: «no lo interrumpa pero dígame que se cuide».

Se reúne al mediodía con un cuartero de amigos a tertuliar, a las carcajadas de siempre, sobre el triunfo de la madrugada: se ve con Plinio Mendoza, con Alejandro Vallejo, con Jorge Padilla, con Pedro Cruz, «que a todos los conozco de memoria». Su mujer le deja una bromita más cuando se entera de que todavía no ha salido a almorzar a semejantes horas: «dígame que ya deje a los “plinios”», deja dicho, «que si es que está esperando que el ejército dé un golpe de Estado...». Mendoza los invita a almorzar, «pero te advierto, Plinio —dice Gaitán—, que yo cuesto muy caro, ja». Salen en fila india. Se despiden de la secretaria, uno por uno, en la antesala del despacho: la 1:10 p.m. Gaitán se toca los bolsillos como preguntándose si no está dejando nada, juega con su sombrero y les echa una mirada a sus citas de la tarde como si la vida siguiera y siguiera como ayer: «3:00 p.m. con el ciudadano cubano Fidel Castro...».

Se van por el estrecho pasillo del piso. Bajan en el ascensor, que, contra todos los pronósticos, ha vuelto a subir y a bajar. Cruzan el hall del edificio en seis, siete, ocho pasos. El señor Mendoza se lleva adelante al señor Gaitán, del brazo, pues «lo que tengo que decirte es muy corto...». Y cuando va a empezar a hablar ve que el jefe único del liberalismo se tapa la cara y trata de volver a la puerta del edificio. Y se escuchan cuatro disparos. Y un grito al otro lado de la acera: «¡Madre santa!». Y un padrenuestro quién sabe en qué boca de la cuadra. Y Gaitán se va al suelo y hace un gesto de frustración porque no consigue decir lo último que quiere decir, y ya solamente le sirve la garganta para expulsar quejidos roncós, y pone los ojos en blanco mientras se le empieza a escapar la sangre entre los dientes. Según la torre de San Francisco es la 1:15 p.m. Según el reloj de la víctima es la 1:05.

Dónde está el Dios de los godos —dicen las notas de Romero Aguirre— cuando ese hombre de delantal grita el primer «¡mataron a Gaitán!» desde la Droguería Granada y ese embolador que viene en la distancia lo repite.

Gaitán ha caído a unos cuantos pasos del lugar donde el general Uribe Uribe, el otro gran mártir del liberalismo, el otro enigma, fue asesinado a hachazos por un par de idiotas muertos de miedo. Se escucha «¿qué te pasa, Jorge?», «¡un taxi!», «¿está vivo?», «está perdido», «camine porque aquí va a haber vainas», «¡mataron a Gaitán!» en la acera empapada de sangre. El grito aquel, «¡mataron a Gaitán!», va de cara espantada en cara espantada por el Café Colombia y el Café Asturias y el Café Gato Negro y el Café Inca y la Sombrerería San Francisco. Roa Sierra, el asesino de traje gris de rayas, lleva el pelo revuelto, pero en cambio tiene la mirada fija. Se nota que no se ha afeitado en tres días. Se ve que lo ha abandonado el cómplice que le hizo la señal, «ya...». Está claro que era el tipito recostado en la entrada del edificio que los cuatro contertulios vieron cuando subieron a la oficina del mártir.

—¿Por qué asesinó a Gaitán, miserable? —le pregunta un hombre que no vio ni verá jamás.

—Ay, señor, por cosas poderosas que no le puedo decir —tartamudea el asesino Roa Sierra su último parlamento mientras los hombres de bata de la droguería tratan de protegerlo detrás de los escaparates—; ay, Virgen del Carmen, sálveme de la turba, entrégume ahora mismo a la justicia...

Pero se ha venido encima el Bogotazo, que no es sólo la batalla sin gloria de una guerra que no comienza ni termina sino que se transforma, ni es sólo el círculo del infierno al que van a dar los

colombianos, ni es sólo una avalancha de enruanados empuñando machetes y de curas disparándoles desde sus atalayas y de viejos y de jóvenes levantándose contra el virreinato y el gobierno criollo y el régimen godo regenerador para dejar sentado por siempre y para siempre que vinieron a esta puta farsa a ser tratados como extras, sino que es todo eso y más que eso porque además es un incendio que no va acabarse así se apague y es un rito que va a seguirse celebrando en este archipiélago de hijos ilegítimos y de huérfanos que están dispuestos a todo — y no reconocen ley ni Dios de carne y hueso que esté vigilando— desde el día en que les echaron a sus padres.

Vienen las nubes cenicientas de atrás de los cerros. Se levantan el polvo, la piedra, la tierra, y se las van tragando los que gritan. Se oye un ataque de risa macabro: jajajajejejejajajajejejejajaja. Se oyen los disparos de los policías chulavitas y los disparos de los policías cachiporros. Se va el taxi rumbo al hospital con el cadáver del líder a bordo, y se va por la carrera 7.^a el grito «¡está muerto, está muerto!». Se ve a los fieles del Jefe mojando sus pañuelos en los charcos de su sangre, ay, Dios, no. Y acto seguido está el pueblo, que es toda Bogotá y es también una multitud que ha despertado cabeza por cabeza del encantamiento de los dueños de Colombia: un grupo de todas las fachas y todos los zapatos y todos los apellidos entra a la droguería a linchar a Roa Sierra. Y esa masacre todos contra todos, «¡vamos a hacer relumbrar nuestros machetes!», comienza al tiempo con el aguacero.

Como si ser humano fuera fingir, hasta bordear la desesperación y la locura, que no se es un animal. Como si este animal se rindiera a su violencia, a sus garras limadas y sus dientes filudos para desgarrar las vísceras, cuando un accidente de los que pasan en la vida le susurra «sé que eso de ser humano es sólo una fachada».

«¡Me van a matar!», lloriquea Roa Sierra, desamparado, sometido y sorprendido como si sólo hasta ahora hubiera entendido dónde andaba metido, pues detrás de él hay peores asesinos que — dice Romero Aguirre— «sólo una enrevesada trama policiaca podría haber imaginado». Y lo matan a golpes y lo ahorcan y lo desgarran al pobre hijo de puta. Y de mano en mano van sus Pielroja y sus documentos. Y un gamín corre por los rieles del tranvía de la 7.^a porque acaban de montarse unos salvajes de overoles y de delantales a voltear los vagones rojos. Y pasa un taxi rojo a ver con quién es la vaina. Y alguien pone en alto su fusil Máuser y dispara. Y a alguien le estalla una mano cuando está gritando «¡a matar al godo!» con un tiple en la otra. Y un tipo con muletas avanza y avanza con una bandera negra de las de la «Marcha del Silencio» bajo el brazo.

Pasan un par de policías con sus gorritos pendejos, de verde gris los dos, convertidos en derrochadores del gobierno: «¡la policía es gaitanista, la policía es liberal!». Viene un camión repleto de trabajadores quejándose del crimen del siglo. Dos estudiantes engominados y peinados por la mitad se despelucan para vengarse de los adultos y le gritan a un carro blanco que se largue de sus vistas si no quiere que lo vuelvan mierda y sangre. Un viejo descalzo agarra fuerzas para destrozar un aparador. Dos señoras con las cabezas cubiertas con pañoletas se dan la bendición, pero después escupen en la puerta de una vecina conservadora. De Egipto, desde donde Bogotá se ve bajita y en llamas, vienen seis, trece, veintiocho orejones bogotanos de los del principio de los tiempos agarrándose los sombreros para que no se los lleve la tormenta, pasándose un par de botellas de trago y empuñando nueve banderas rojas como empuñando lanzas. Tres curas del San Bartolomé disparan desde la torre de San Ignacio a las hordas que quieren tomarse el gobierno de los conservadores.

¡Crash!: adiós a la vitrina de la Joyería París. ¡Crash!: adiós a los vidrios panorámicos de los Ford y de los Packard parqueados en la Plaza de Bolívar. Uno y dos y tres disparos sueltos.

Romero Aguirre anota en el margen esto: «¡Que viva el Partido Liberal!, ¡A la carga!». Hace una lista de recuerdos de quién sabe quién bajo el título «de la 1:15 p.m. a la 1:15 a.m.»: «el médico aquel que se queda con el corazón y el cerebro del Dr. Gaitán»; «un par de banderas de Colombia pisoteadas en un charco»; «un palo de escoba ensangrentado»; «el tranvía quemado frente a la Catedral»; «los amigos dolidos por la inconformidad, de Jorge Zalamea a Luis Vidales, se apoderan de la Radiodifusora Nacional para desencadenar la revolución sin precedentes»; «echan piedras a las oficinas de *El Tiempo* y quieren quemar los linotipos»; «Don Roberto García-Peña saca una foto de él con Gaitán para que las turbas sepan que él no es el enemigo»; «salen los tanques hacia el Palacio pero acaban protegiendo al presidente Ospina Pérez»; «el Turbay que queda vivo, el del corbatín, se para sobre un tranvía volcado a pedir cordura con un mazo»; «Doña Bertha, la primera dama, está plenamente de acuerdo con su marido en morir si es necesario»; «un par de hermanitos que veo todos los días cuando salen al colegio tiene que pasar por el ladito de una pila de cadáveres»; «escucho a Luis Vidales pedir por los micrófonos que manden a diez mil hombres a la lucha»; «incendian *El Siglo*, el diario del canciller Gómez Castro, porque le echan la culpa del asesinato, pero encuentran afiches de Gaitán en las oficinas»; «se ve en la noche, gracias a las antorchas y a los gemidos y los tiros al aire de los borrachos, que la civilización no es más que una fachada».

El pueblo se ha levantado, como nunca antes y como nunca jamás, pero cada quién lo ha hecho por su propia rabia, por su propia causa.

Por la humillación. Por el sometimiento que no se soporta un día más. Por la ira. Por la frustración. Por la envidia. Por el desempleo. Por la violencia de los godos. Por el robo de las elecciones de 1946. Por el crimen del general Uribe Uribe. Por el hambre. Porque sí.

De golpe, mientras los izquierdistas y los socialistas hacen lo poco que pueden para articular una revolución desde las cabinas de las emisoras, y la gente del gobierno se atrinchera para que venga lo que venga y pase lo que pase, cientos de miles de soldados improvisados —los zapateros, los carpinteros, los artesanos reclutados por la memoria de Gaitán— van resignándose a su borrachera y a su rencor. Ya no quieren el poder «sino la justicia del hombre descalzo: la venganza». Son «la guacherna», «la chusma», «la gentuza», «la plebe», «el enjambre», «las hormigas cargando en las espaldas los muebles ajenos», y qué, y para qué subirse allá arriba si el mundo no va a ser para ellos jamás. Mejor tumbar esta ciudad de los mil demonios que va poniéndolo a uno de rodillas un poquito cada día. Mejor violar a esa mujer que se ha estado haciendo la muy encopetada cada vez que se pasa por San Victorino, y qué. Y «péguele a ese hijueputa, Víctor, revíentele la jeta, mátele por hijueputa».

Y que se acabe el mundo más bien. Y a ver qué infierno va a atreverse a condenar a una multitud de rateros y de asesinos que estaban en todo su derecho.

Dice Romero Aguirre que fue entonces cuando la oligarquía liberal echó a patadas del Partido al pueblo: «Gómez Castro propuso poner al mando a una junta militar, pero el binomio Lleras Restrepo y Echandía se jugaron la vida como un par de jugadores de cartas y se fueron al Palacio de Gobierno a negociar con el presidente conservador la suerte de la patria de aquí a quién sabe cuándo», escribe en la penúltima página, «y luego de doce horas de pedirle la renuncia, y aprovechando que en abril sólo estaban en Bogotá unos cuantos liberales que no fueran los bogotanos, terminaron respaldando sin querer la gestión de Ospina Pérez y reduciendo el naufragio de un pueblo malogrado a un acuerdo entre los dueños del barco». Se repartieron los puestos, y ya, se quedaron con la política. Lleras Restrepo habló en los funerales de Gaitán, con su cigarrillo en la boca, como si fuera su viudo. Echandía dio las gracias, y ya.

«Se pensó que si Colombia fuese una persona, sería, en los términos del doctor Freud, un muchacho sobreponiéndose a una infancia traumada por una educación recalcitrante». «Se hizo evidente que era nuestro plan echar a la oligarquía del liberalismo, pero que lo que consiguieron los evangelistas de Santos ese 9 de abril fue sacar al pueblo del partido». «Se desterró a Laureano Gómez del gobierno hasta nuevo aviso». «Se les echó la culpa de todo a los comunistas». «Se recordó, de modo astuto, que la República Liberal había aplacado a tiempo al Partido Socialista». «Se aplaudió la expresión echandiana “Colombia es un país de cafres”». «Se decretaron las soluciones liberales de entonces en adelante, pues la democracia es necesariamente el liberalismo». «Se nos notificó, en la carta de renuncia a la dirección del partido, que Lleras Restrepo me envió un año más tarde, cuál sería nuestro futuro»:

(...) periódicamente las pugnacidades intestinas que son fruto de transitorios choques de opiniones se resuelven en síntesis afortunada, que mantiene la unidad esencial de la colectividad, acentuando en cada etapa los rasgos tradicionales del partido que han hecho siempre de él el personero de las reivindicaciones populares y de la progresiva evolución hacia la justicia social, sin comunicarle jamás el carácter de un partido de clase.

Viene, en la última página de los apuntes, una declaratoria del domingo 23 de octubre de 1949 —tomada de la carta de renuncia a su cargo— del registrador Eduardo Caballero Calderón: «las elecciones legislativas de noviembre serán una farsa sangrienta». Viene un comentario al respecto: «quizás sólo nos queda, como a Caballero, la ficción». Después una frase que no empieza ni termina pero que quizás acabó en la edición de *Ayer, hoy y mañana del liberalismo colombiano* que lleva en la portada una foto de Gaitán. El último párrafo, más bien confuso, es un pequeño retrato del caudillo asesinado que no encuentro desarrollado ni corregido en ninguno de los libros de mi abuelo: «me sentí cercano a ese hombre porque llegaba en ayunas al colegio pero prefirió ser un reformista», comienza, «y tenía una garganta del carajo».

Quizás los separaba la temible fascinación de Gaitán, traída de la Italia fascista y desplegada en su paso por el Ministerio de Educación y la Alcaldía de Bogotá, por poner a desfilar a los colegios a 114 pasos por minuto, por uniformar a los choferes de los buses bogotanos, por inventarse marchas de candela como las del Duce. Pero los unía la preocupación genuina por la gente de sus barrios. Romero Aguirre fue una vez a uno de los llamados «Viernes Culturales» que los capitanes de barrio de Gaitán organizaban en los barrios rojos: en Las Cruces, en La Perseverancia, en Los Laches. Y, según dicen las últimas líneas de sus notas, supo entonces que ese era el candidato que iba a reivindicar al verdadero liberalismo, «pero era mi madre la que era buena para los vaticinios».

Sé poco más sobre estos días de mi abuelo. Sé que el 13 de abril, que fue un martes 13, dio un famoso discurso a 33 grados centígrados entre el pescado y la verdura de la plaza de mercado de Bazarro en Cartagena: «la sangre de Gaitán nos ahoga...», comenzaba, y la gente de allá todavía lo recuerda y le da a uno la mano por ser su nieto. Sé que en esa arenga que lanzó parado en una tarimita de madera contó que siempre había confiado en el caudillo porque se levantaba a las cuatro de la madrugada a leer y tenía claro que la disciplina es el único camino para meter en cintura a la vida. Sé que ese martes le dijo a la muchedumbre que, como el doctor Gaitán, él también comía empanadas en el club Tout va Bien en Bogotá. Sé que confesó en ese monólogo veintejuliero que siempre que su esposa estaba embarazada, como lo estaba ahora de su pastora Marcela, él también soñaba con que su bebé fuera una hija.

No logro saber si Romero Aguirre estaba o no estaba en Bogotá ese viernes 9 de abril: su hija María del Socorro, la psicóloga, me escribe un mensaje de texto que dice «Ricardo: no sé dónde estaba él en la época del Bogotazo y no tengo a la mano ningún escrito que haga referencia al acontecimiento»; Enrique, mi amigo que guarda la Historia del país en su casa, me confiesa que le preocupa sólo tener el 97% de certeza, «qué tal que...»; mi mamá se pregunta si mi tío Sebastián recuerda haber hablado con mi abuelo ese 9 de abril porque más bien lo buscó en su despacho de la casa de la Calle de las Damas 33, en Cartagena, pero está casi segura de haberle oído a mi abuela la historia de que Romero Aguirre salió a hacer justicia en La Candelaria y Romero Buj en la ciudad amurallada. Pero vaya usted a saber dónde andaba a esa hora el senador Romero, en qué escondite o en qué historia privada, y por qué no incluyó semejante relato ni siquiera en la edición de 1972 de un volumen de 400 páginas que tiene vocación de enciclopedia.

Ya es mucho haber conseguido completar los rompecabezas de tantos de estos días entre 2015 y 1948. Ya es mucho tener en las manos estas hojas de apuntes que a veces pienso que se van a deshacer.

Y es una suerte conseguir que mi papá, que lee el tarot y la mano y la letra, me cuente que en los rasgos de su escritura —en la escritura tumbada a la derecha, angulosa y ligada de Romero Aguirre— puede verse la figura de un hombre determinado e implacable que tiende a llevar las cosas hasta las últimas consecuencias, pero también el retrato de un tipo atribulado que está dispuesto a ser otro con tal de lograr lo que quiere. Su «a» sin fisuras prueba su necesidad de acercarse a los demás. Su «g» muestra a un hombre que respeta a las mujeres, ja. Su «t» es la de una persona servicial. Su «c» cerrada es de ególatra. Su «e» caída es de deprimido. Su «i» es de trabajador con los pies en la tierra. El tamaño de las letras de su firma, «Ara» (su nombre en mayúscula y sus apellidos en minúsculas, pues se hizo y se celebró a sí mismo), cuentan la historia de un político alucinado que vivió y vistió de luto desde el día en que perdió a su madre.

Tienen que ser apuntes de los días en los que aún no se había dejado vencer por la enfermedad ni por sus propios desmanes. Y su nombre atronador de líder popular y de masón grado 33, «¡Romero Aguirre!», aún no había sido condenado a pie de página y a curiosidad en los libros de Historia que ignoramos.

Martes 11 de agosto de 1942

¡Carajo!: en el reloj de Romero Aguirre ya sólo faltan 15 minutos para las 5:00 p.m. Se le fue la tarde contando chismes malévolos con Vidales y con Díaz-Granados en el salón del Hotel Granada, en la Avenida Jiménez con la carrera 7.^a, tomándose un chocolate caliente para no dejarse vencer de Bogotá. Tiene que despedirse en el acto si es que quiere llegar a tiempo al Congreso para el debate con el Monstruo. Pone en la mesa 1 peso y 50 centavos. Saluda con el ala del sombrero a un cura que entre dientes le dice «Senador: supe que su señora esposa, doña Aurora, se ha recuperado completamente de sus males...». Se pone de pie ante una mujer risueña, de rojo tenue, que le dice «Contralor...». Se va a ir, sí, está a punto de dar su primer paso hacia la salida de aquel salón decorado como un café parisino, pero entonces uno de sus peores malquerientes recorre el recinto para entregarles a todos los clientes —a todos menos a Romero Aguirre, que es menester ningunearlo— su último «librito sobre la solución a este país...».

—Oiga usted, Beltrán, ¿y es que yo no cago? —pregunta la voz de Romero Aguirre, que a todos los calla, cuando es evidente que va a ser el único que va a quedarse sin libro.

Se pone su abrigo contra los vientos de agosto. Se despide de «la ilustre concurrencia», «damas y caballeros neogranadinos». Y se va, como un actor cómico que sabe voltear a su favor a cualquier público con una sola frase, bajo los aplausos y las carcajadas bogotanas: jajaja. Y la fachada de piedra del Hotel Granada, tan francesa, lo ve alejarse como preguntándole por qué insiste en reparar un país irreparable.

Tiene diez minutos nomás para sentarse en su silla del Capitolio. Va tarde pero va a llegar. Sigue su marcha por la acera de la carrera 7.^a saludando a los transeúntes que se va cruzando por la acera, a la vendedora enruanada de espigas y de flores, a un embolador de gorrito de policía que le pregunta si hoy el señor senador va a dejarse lustrar los zapatos puntudos, a un vendedor de la Lotería Picodioro que le dice «doctor: a ver si se la vuelve a ganar», a un par de niñitas de falda y de gorrito blanco que lo saludan desde el primer balcón de la fila de balcones, a un tendero que acaba de bajar una reja blanca y está echándole seguro de rodillas, y a todos les responde «pero es que la sesión ya va a empezar» señalándoles el reloj, y todos visten de gris y de gris oscuro y de negro porque están en Bogotá. Le dice «deberías estar en el colegio, niño» a un gamín que empuja un carrito de dos ruedas repleto de basura. Espera a que pase el tranvía pero alcanza a verse cara a cara con los estudiantes y los encorbatados que regresan a sus casas colgados a los lados del carro. Se frena un poco más para que pase aquel bus azul. Cruza.

Levanta una mano para que no lo atropelle este Pontiac renegrido que acaba de arrancar. Avanza entre las pilas y las fuentes y los postes de tres bombillas de la Plaza de Bolívar. Ay, les ha tomado cariño a Bogotá y sus cosas. A los cachacos de chaleco, «ala, chinito...», que leen en la primera plana de *El Tiempo* que mañana llega al país Orson Welles sin fijarse en el hueco de allí adelante. A los tipos ensombrerados que se echan la ruana en el hombro. A los viejos que les da por tocarse un bambuco entre el sol y los matorrales con florecitas del Parque Nacional. A las

señoras de chales claritos que venden sus frutas de todos los colores en las plazas de mercado. A su amanecer que empuja hacia arriba los tejados de La Candelaria. Y a este portero de guantes, el achatado señor Forero, que al final de las escalinatas le da la mano orgulloso y le dice «allá adentro lo están esperando, senador».

Sube las escaleritas de tapete raído y apolillado. Pasa por el primer patio frente a su general Mosquera, que ya nadie lo mira. Atraviesa el patio siguiente sin voltearse a ver a Núñez, el Regenerador. Qué frío hace. Busca el recinto del Senado entre los cronistas de los diarios y los ciudadanos que tratan de darle la mano y de pedirle una ayudita: «llegó Romero Aguirre...».

Entra. Se fija en el óleo de Santander y de Bolívar y de los otros próceres, allá arriba, justo debajo de la locución «Vox populi». Lejos, en los atriles de la presidencia, están leyendo los negocios sustanciados. Y cientos de amigos de él y del Monstruo Gómez Castro se están abriendo paso a codazos en los balcones para no perderse una sola palabra. En el camino a su lugar saluda a Gómez, que es un demócrata pero de vez en cuando se porta como una comadrona católica, con un apretón de manos de barriada: «doctor Laureano», le dice con su vozarrón de plaza pública, y Gómez le contesta con un «doctor Alfonso» dolorosamente tímido. Romero Aguirre, de 35 años, deja su sombrero a un lado y cuelga su abrigo en el espaldar, y se sienta en su sillón de cuero pardo, en el extremo izquierdo de la segunda fila, a esperar el turno para defender con la vida misma los derechos de la masonería.

Da vueltas en el asiento. Escribe un par de notas sobre el monólogo que lanzará en un par de minutos, mientras, como en una conversación entre viejos de cuando él era un niño que jugaba entre la arena, los demás discuten el bendito proyecto de ley sobre arrendamiento.

Son las 6:05 p.m. Es su turno en la tarima de los oradores. Pasa adelante y se desapunta el saco del vestido para que su voz sea su misma voz de siempre. Y el único ruido que se escucha, en este salón y en este rito, es su carraspeo de antes de elevar su soliloquio. Aquí defendió la suerte de San Andrés y Providencia, consiguió que el 11 de noviembre fuera declarado fiesta nacional, alcanzó el descanso remunerado para los trabajadores, e hizo pasar una, dos, tres leyes para rescatar a Cartagena de su decadencia. Aquí propuso la ley del divorcio, fue el primero en reclamar el voto para la mujer e insistió en el concordato. Acá logró los auxilios para 16.000 mil veteranos liberales de las guerras civiles perdidas, y los viejos soldados reanimaron en las urnas al partido. Acá peleó a muerte contra los godos fanáticos por la Ley 62 de 1935, «por la cual se les concede la personería jurídica a las logias masónicas», cuando apenas era un aprendiz de la logia Jerusalén de Cartagena.

Y la «Gran Logia» supo reconocerle su labor convirtiéndolo en maestro. Y está a punto de darle el grado 33.

—Como miembro que fui del Congreso homogéneo y autor de la ley sobre personería jurídica de las logias masónicas, y para no caer en una cobardía de las que no caben dentro de la modesta idiosincrasia de mi sencilla personalidad, no puedo dejar aquella ley como un hijo expósito ante el temible proyecto tendiente a derogarla presentado por el honorable senador Laureano Gómez —dijeron sus pulmones sin titubear y sus palabras agravaron el silencio de los ojos y los sombreros en los balcones del segundo piso—: no tengo reatos de ningún género para repetir ante los señores senadores, como su colega y contralor general de la república, que yo pertenezco a las logias masónicas y soy un masón integral.

Dice que no entiende por qué tantos liberales ocultan su relación con la masonería, pero que respeta su secreto. Lamenta que algunos de sus copartidarios se hayan vuelto más papistas que el papa y que hayan dejado atrás la lucha por «la Iglesia libre dentro del Estado libre» que tantos de

los suyos dieron durante los días más nublados de la Regeneración. Reconoce su vergüenza porque «este gobierno niegue que es partidario del divorcio». Advierte sobre la inutilidad del proyecto de derogación, pues la constituyente de 1936 obró para que el artículo 49 de la Constitución de 1886 permitiera «formar compañías, asociaciones y fundaciones que no sean contrarias a la moral o al orden legal» sin exigirles la calidad de no ser secretas, sino públicas. Explica que «en consecuencia, al transformarse el texto constitucional que trataba de interpretar, la Ley 62 ha desaparecido por sustracción de materia, y derogarla es derogar la nada. Revela al honorable derogador Gómez que, para sus fines, «se necesitaría un proyecto de reforma constitucional que prohibiera la existencia de las logias masónicas en Colombia». Repite que detrás de aquella Ley 62 no había «nada relacionado con el diablo ni el infierno ni las brujas ni el menoscabo de la Santa Religión Católica», sino lo más prosaico del mundo: la necesidad de que fueran de la logia las casas de su propiedad.

Comprende que están discutiendo semejante exabrupto porque está de por medio el honorable senador Laureano Gómez, «un caudillo de extraordinaria personalidad y de recio empuje que produce temor reverencial y es inmune a todo género de embates, pues ni sus más empecinados enemigos pueden negarle sus servicios al país», y además sabe imponerse.

—Pero muy a su pesar, el Concordato, que no es más que el reconocimiento de que la Iglesia no es el Estado, será aprobado dentro de poquísimo —le dice al señor Gómez mirándolo fijamente a los ojos—. Habrá masones en Colombia cuando todos los que estamos hoy en esta sala estemos muertos, pues los ha habido desde hace mucho mucho tiempo. Seguirán peleando, como lo hemos hecho desde los días de Bolívar y Santander, para que en el país no sean analfabetos ni los ciegos de nacimiento. Seguirán luchando para que el campesino colombiano tenga seguridad social, rural, aduanera. Buscarán la construcción de vías públicas. Se plantarán para que ni uno solo de los centavos que se tributan al tesoro público sean robados. Exigirán prestaciones sociales para los trabajadores. Y conseguirán más temprano que tarde, mi querido senador Gómez, que la ley civil rija la familia y el matrimonio pueda ser justamente rectificado por el divorcio con disolución del vínculo, y que la mujer entre nosotros ocupe cada vez un mejor sitio en la vida.

Pide al Senado que se una a su voto negativo para el proyecto de derogación en primer debate, y ruega al señor presidente, a las 6:35 p.m., se sirva ordenar que conste en el acta. Y recibe los aplausos desde las heladas barras de mármol, «¡abajo el Monstruo!», «¡que viva Romero Aguirre!», como un actor que sabe que está teniendo una buena noche.

Se levanta entonces de su lugar el senador conservador Laureano Gómez, de 53 años, como caminando sobre los aplausos a ese guachecito liberal que se quedó para siempre en el Congreso. De vez en cuando han hecho alianzas. Presumen los dos de vascos. Se unieron alguna vez contra López Pumarejo, el examigo del doctor Gómez. Se pusieron de acuerdo para que Romero Aguirre fuera contralor, ja, pero el caudillo godo andaba por ahí diciendo que él lo que quería era inocularle el cáncer al régimen. Y han visto los dos en Gaitán a un hombre moral. Pero el tímido señor Gómez, que fue de la ingeniería al periodismo y del periodismo a la política, pero sobre todo es un católico hasta los nervios, se transforma en este Monstruo, en esta fiera de ojos grandes a la que no le tiembla la voz clara y fina cada vez que huele cerca la barbarie masónica y cada vez que se siente traicionado.

Y no perdona que los liberales lo hayan estado usando estos 20 años para la tal República roja y mucho menos que hayan logrado venderles a todos la idea de que la violencia es de los conservadores.

Se para en el púlpito a las 6:38 p.m. Se apunta el saco gris de su vestido y se arregla los pliegues de las mangas como un actor obligado a prepararse en escena. Organiza sus papeles mientras se extinguen y se evaporan los aplausos: clap, clap, clap. Saluda con un gesto adusto, pero amable, a un copartidario que le grita desde las barras «¡viva el Partido Conservador!». Y apenas empieza a hablar es como si rejuveneciera y creciera y su sombra se tomara el salón desde la entrada hasta el altar.

—¿Qué es la masonería? —se pregunta a sí mismo en vez de tomar aire y empieza entonces a brillar—: cuando se pronuncia esta palabra, las comisuras de los labios de los auditores se recogen en una sonrisa exactamente como cuando ante personas adultas un niño hace la pregunta de qué es el Coco... En cierta entrevista con el señor Eduardo Santos, antes de su posesión, le hablé de la preocupación que teníamos por ese espectáculo afrentoso de haber entregado la educación nacional a unos judíos extranjeros expulsados de otros países por mala conducta y por enseñanzas perversas, y le dije que deseábamos libertar la educación de la influencia masónica. Naturalmente apareció la sonrisa y el decir que infaliblemente se presenta en esos casos: «pero si la masonería es una bobada...», «pero si esos son unos señores que se reúnen a comer...».

Y lo cierto —clama el senador Gómez— es que, por la culpa de tres factores de perturbación, en el mundo contemporáneo la gente se tropieza con una niebla que oculta la filosofía católica y se le entrega todo a un racionalismo estéril que no dice nada a la intimidad de las conciencias.

Primero que todo —advierte la voz del Monstruo— está el flagelo del judaísmo. Que trata de imponer su personalidad al pueblo que escoge como teatro provisional hasta que a los gobiernos no les queda otra alternativa que entregarles el país a sus judíos o expulsarles. Salustio dijo «esta nación malvada riega sus costumbres por todos los países», Tácito dijo «los judíos no son sino hostilidad contra todos los hombres», Voltaire dijo «no encontraréis en los judíos sino un pueblo ignorante que junta la más indigna avaricia con la más detestable superstición», pero el judío, que no tiene patria, ha resistido todos los embates que no ha resistido ningún otro pueblo hasta volverse un gravísimo problema. Durante su permanencia en Europa, cuando él, Gómez cuando joven, estaba en Berlín, notó que los judíos se habían tomado por completo el gobierno de la socialdemocracia. Y, como se lo hizo ver una joven periodista hebrea de allá, los judíos siempre fueron judíos antes que alemanes.

Después están la política, la táctica, el procedimiento del judaísmo —a fin de cuentas, un pueblo pequeño que no puede actuar solo— para conseguir la dominación universal: el comunismo. La Revolución rusa, como prueba la lista del gran número de prohombres del soviét, es un fenómeno judío. Y es una revolución que pretende dominar a todos los que no piensan ni escriben ni dirigen.

Luego viene ese modo de allegarse elementos directivos de la sociedad: la masonería. Que es una creación típicamente judaica. Y es la congregación del «Gran Arquitecto del Universo», del rey Hiram I de Tiro, que construyó el templo del rey Salomón y siempre manejó a su antojo a los trabajadores —según recuerda el senador Gómez— «con la escuadra, el compás y las señales de las manos que los senadores masones bien deben conocer...».

—¿Por qué ha creado el judaísmo la masonería? —se pregunta Gómez a sí mismo, una vez, con el corazón galopándole en el pecho—. ¡Para influir de una manera decisiva en la marcha del mundo!

Insiste en que no es una antigualla ni un anacronismo combatir a la masonería, no, sus modos no son meros espantajos de brujería: ¡ojo! Insiste en que la Revolución francesa, que decapitó a Luis XVI y plagó de sangre una tierra sabia, fue un fenómeno masónico que contó con el curso

del propio Goethe. Insiste en que los colombianos estábamos unidos hasta que apareció la logia masónica a crear un germen de división simplemente fundado en esa oposición contra la Iglesia católica que sólo ha conseguido odios y recelos. Pregunta qué ha hecho para el progreso del país, para su gloria; dónde está su obra si no ha sido de muerte, de rencillas; qué ha hecho aparte «de perseguir la demolición definitiva del catolicismo» desde 1895. Recuerda que el general Santander, miembro de la masonería, que publicó él mismo en el *Diario Oficial* el aviso de instalación de las logias, murió abrazado a un cuadro de la Virgen del Carmen para que alguien le perdonara haber traicionado a un catolicismo que no supo con qué sustituir.

Y cita la definición de Pío VIII: «Secta satánica que tiene por única ley la mentira, por su dios el demonio y por religión lo que hay de más vergonzoso y depravado sobre la faz de la Tierra».

Dice la voz segura de Gómez que hace poco, cuando se descubrió que un ministro era contratista de sí mismo, «un asqueroso caso de indelicadeza», tendría que haber desaparecido de la administración, pero como es un masón propagandista naturalmente todo le fue permitido. Y el contralor Romero Aguirre no encontró que el mismo que cobraba las cuentas era el que las pagaba, sino que puso su sello, por Dios, porque el contralor es también masón: ¿en qué consiste, entonces, la alta misión que el pueblo colombiano cree que él está desempeñando? Naturalmente se afana mucho porque este proyecto de derogación no pase. No, no puede pasar. Pero si hay una asociación que considera que sus procedimientos deben mantenerse ocultos, entonces no pueden presentarse al Estado para que la reconozcan. ¡En el secreto no trabaja sino el crimen, dijo el Libertador! Trabajar en secreto no es gallardo ni es noble ni es generoso.

—Si esta institución contra la patria y fundamentalmente corrompida aparece ante el Estado diciendo «nada de lo que nosotros hacemos puede conocerlo el Estado», ¿por qué darles el amparo de la bandera nacional!, ¿no reclamen derechos que no pueden tener! —repite el admirado doctor Laureano Gómez, tímido pero voluble, amable pero experto en guerras de nervios, antes de llegar al gran final de su monólogo extraordinario—. Sobre la suerte del proyecto de derogación que he presentado, soy escéptico, pero no lo soy sobre la tarea de arrancar ciertas máscaras. ¡Habéis de saber que tiene la patria grandes enemigos, pero que es erróneo creer que los enemigos están afuera: los verdaderos, los temibles, los decisivos enemigos están aquí adentro!

Son las 7:47 p.m. De las barras vienen una gritería y un pataleo, «¡viva el doctor Laureano Gómez!», «¡abajo!», que confirman la quietud del orador. «Muchas gracias», susurra. Y como el magnífico actor que es, histrión innato, desciende lentamente en busca de su silla en el salón como empujado por una marcha fúnebre. Es, en resumen, un hombre traicionado: un hombre retraído, para sí mismo y para su enorme biblioteca, que ha vivido dolido por la mediocridad de sus contemporáneos e indignado por las veleidades de los amigos. Romero Aguirre lo admira, lo llama, en su cara, «el Memorable», «el Digno de Recuerdo». Sabe que su talón de Aquiles es ser tan susceptible, tan impresionable. Tiene claro que, como el Otelo de este país («pero un Otelo blanco...»), primero saca las conclusiones y después busca los argumentos. Y se sonroja como un niño chismoso.

Fue en 1928 cuando Romero Aguirre vio a Gómez Castro por primera vez: el líder conservador probó en el Teatro Municipal, aquí en Bogotá, que en este país no era posible hacer una civilización. Desde entonces lo ha visto —y ha preferido verlo así a verlo como a un castigador, un vengador mesiánico— como un muchacho piadoso estafado por el mundo y contrariado por la pregunta de por qué el hombre se resiste a vivir en la paz del Señor. Ay, no por nada atesora su grabado de Judith con la cabeza de Holofernes. Ay, Virgen del Carmen del

general Santander, pobre del pobre Laureano, si en el infierno todos somos víctimas, si el enemigo ha sido y es Colombia.

Romero Aguirre vuelve al estrado a responder una por una las afirmaciones de su implacable opositor. Qué difícil es lanzar el monólogo que sigue al monólogo de él. Pero el contralor Romero, que en efecto se ganó una vez la Lotería Picodioro y se la gastó toda en una noche de juerga —y también se esconde en su biblioteca pero suele perder el pulso con lo mundano, ay, y mató a un hombre—, es el vozarrón que puede poner las cosas en su lugar en este momento. Se desapunta el saco una vez más. Confirma en su reloj que sólo le quedan treinta y pico de minutos para responder punto por punto la diatriba de aquel conservador irredento. Carraspea, pero deja que siga el silencio para que en los balcones les dé por gritarle vivas. No es nada personal, no, pero le toca probar que lo de Laureano Gómez es el delirio, la paranoia de un decepcionado.

—El discurso del señor senador que me ha precedido en el uso de la palabra es una guerra de guerrillas —ruge y mira a su auditorio cara por cara—. No es el ataque de un escuadrón numeroso, sino pequeños asaltos a pequeños pueblos para crear la ilusión del acabose. Es la agresión a la Revolución francesa, al general Santander, al judaísmo, a la masonería, a este modesto ciudadano que ejerce la Contraloría General de la República, y todo para probar lo inverosímil: que el Apocalipsis, señoras y señores, al fin ha llegado.

Pero hay que comprender —dice Romero Aguirre, pleno y eufórico— al honorable senador Laureano Gómez. No sabe derecho: el Decreto Ley 911 de 1932 prohibió a la Contraloría inmiscuirse en asuntos administrativos. No sabe de Historia: el caso que menciona tendría que haber sido sancionado por el auditor, el conservador aquel, que lo precedió. No sabe de Romero Aguirre, de él, que vocifera «yo no tengo sus estridencias ni soy aparatoso, pero puedo afirmar al honorable Senado, por mi palabra de caballero, de honor y de masón, que he desempeñado con decoro el puesto de contralor, que a mí no se me coge en faltas porque soy un hombre honorable y un funcionario escrupuloso y estricto cumplidor de mi deber». Sabe poco de lo que ha dicho esta noche, en fin, pero, gracias a su temperamento batallador, la gente tiende a creerle.

—Se dice que esto está pasado de moda, que no es tiempo de debatir en el parlamento de Colombia las cuestiones que atañen al espíritu, a la doctrina, a la fe, pero yo creo que es hora de hacerlo sin trampas —dice mirando fijamente al senador Gómez a los ojos—. El insigne Rojas Garrido, un Laureano decimonónico que se encendía en discursos brillantes a favor de la pena de muerte con adjetivos tan vigorosos como los del senador Gómez, un día resolvió decir: «Dios no existe». Dice Fernando de la Vega que Crispín Romero, un estudiante de San Juan Nepomuceno que tenía un tío que era el beato pero también el rojasgarridista de la población, le pasó a su madre un telegrama que decía: «Dios no existe; lo ha dicho Rojas Garrido; comuníquesele a mi tío el pío». Y yo pensaba ahora que el telegrama de hoy sería: «los masones son los enemigos de la patria; lo ha dicho Gómez Castro; comuníquesele a mi tío el judío».

Susurra Romero Aguirre: «puras mentiras a medias...». Y luego grita y grita para que no quede la menor duda de su contraataque.

¡De manera pues que la Revolución francesa, que tuvo los excesos de las revoluciones pero es la fundación de la democracia moderna que tanto ha defendido el senador Gómez frente a las extremas de su partido, no puede ser celebrada ni puede ser un orgullo, pues es un orgullo masón! ¡Así que el general Santander, el gran masón que dejó cartas nobilísimas por la democracia que no han sido desmentidas, fue el gran responsable de la disolución de la Gran Colombia! Barreiro, el gallardo general español, le mandó su diploma masónico al ilustre padre de la patria cuando estaba en capilla de ser fusilado para que la masonería en común le salvara la

vida e impidiera la justicia, y el general escribió entonces en el margen «La Patria está por encima de la masonería», y firmó: «Santander».

—La muerte de Barreiro fue un asesinato a más de constituir un derramamiento inútil de sangre —aclara el honorable senador Gómez.

—En nombre del decreto de Trujillo, el del Libertador, contra los funcionarios que no cumplieran su trabajo —le responde el honorable senador Romero Aguirre.

—Ya no estaba vigente —le contesta el honorable senador Gómez.

—No el de abril, respetado doctor Gómez, sino el de junio de 1824: el de la guerra a muerte contra la ineptitud y la desidia —explica el honorable senador Romero Aguirre.

Y pasa de una defensa acalorada de su general Santander, «aquí presente», a una defensa rigurosa de la logia. Pues el secreto de la logia —dice— no es secreto ni es nada: no sólo se imprimen las liturgias y los folleros masónicos en tipógrafos profanos, no sólo la reforma constitucional de 1936 repite, con la Ley 62 de 1935, que la masonería no tiene problema para conseguir la personería jurídica que protege sus propiedades, sino que la Historia está llena de ejemplos de masones conocidos por la gente como masones que se han enfrentado por sus propias causas («el honorable senador Badel y yo somos ambos masones y enemigos mortales»), pero créanle que ninguno obró jamás contra Colombia. La masonería es una estudiosa fraternidad que busca el progreso social: no es más. Cree en la rectitud. Cree en los límites del hombre pero también cree en su espíritu. Cree en un orden, en un cosmos. Y exige que el individuo que va a iniciarse tenga una religión.

—Me decía aquí con mucha exactitud mi maestro el senador Gaitán que él, que no es masón, anda con ganas de insinuarse para serlo —y la voz formidable hace una pausa para que se escuche el eco de las carcajadas y de los aplausos—, pues hay que ser un equivocado y un nostálgico de los equivocados para no estar con Goethe ni con la Revolución francesa.

Romero Aguirre mira su reloj: faltan diez para el final de la sesión a las 8:30 p.m. Tiene que comenzar a terminar su parlamento si no quiere perder a las tribunas que están valiéndose de su silencio para gritarle que ponga en su sitio a ese godo.

—Adonde no puede llevarnos el doctor Gómez, pues —dice su vozarrón como si tronara de nuevo después de la calma—, es al terreno de las dificultades inexistentes entre las logias y la religión católica, porque nos deslizáramos hacia una ruta de inútiles agravios.

¡Oh, la noche de san Bartolomé!, ¡ay, la Inquisición en España!, ¡la hoguera en que ardió aquel hombre!: para qué entrar en cuadros grotescos y expresionistas y sanguinolentos cuando simplemente se trata de controvertir a un senador que está proponiendo vulnerar un derecho constitucional. En el Santo Oficio existía el juramento de callar. El Santo Oficio podía ser bueno o podía ser malo, como la confesión o la penitencia, pero no porque fuera secreto: muchas cosas públicas hay que son malas. Y muchas otras hay que son incomprensibles y distorsionadas para el servicio de la paranoia: ¡de modo que, en los días de la peor de las cacerías, los judíos son malos y bandidos y funestos, elementos de la disolución de esta patria donde no es posible la civilización, a pesar de haberle dado su Dios hombre al catolicismo!, ¡de modo que todo se reduce a que aquella periodista judía linda y vivaz, que debía ser rubia y tener una sonrisa tras de cuya púrpura resplandecían irisadas las perlas de los dientes, enseñó al insigne jefe conservador que la religión está por encima de la patria!, ¡de modo que el catolicismo de Gómez está por encima de la Colombia de todos los demás!

—Y he aquí cómo hoy, cuando recibimos la noticia de que un submarino nazi ha hundido una goleta criolla, un demócrata termina del lado del dictador Adolfo Hitler —remata, imperturbable,

el senador Romero Aguirre.

El salón del Senado se ha llenado de gritos y de aclamaciones, de abucheos y de vivas al Partido Liberal. De los balcones vienen los apellidos de los dos duelistas, «¡viva Gómez!», «¡viva Romero!», pero está claro que uno de los dos ha tenido la suerte de concluir.

—Para terminar —cierra Romero Aguirre mientras se pone su abrigo y se calza su sombrero y da un par de saludos con la mano allá arriba a los balcones—, quiero manifestar que la enorme porción de exageraciones que contienen todas sus intervenciones y contiene el discurso que acabamos de escucharle al honorable senador Laureano Gómez, jefe de la tercera parte de este país, está inspirada por una gran sinceridad y una grande inteligencia.

El treintañero Romero Aguirre mira fijamente al cincuentón Gómez Castro bajo las ovaciones y los palmoteos que llueven sobre mojado. Se levanta el sombrero, como diciéndole a su rival que se lo quita ante él. Y el doctor Laureano, que se ruboriza fácilmente, se pone rojo, rojo, y se pisa el pie que se pisan los muy tímidos, pero consigue responderle a su contendor de hoy con una cansada sonrisa.

Lunes 6 de enero de 1941

Mercedes está de luto a 30 grados centígrados. Es una viuda de 30 años con tres tristes hijos, vencidos por el sol crudo de su Altamira, en el Huila, colgándole los tres de los brazos y los tres pidiéndole agua. Eduardo tiene apenas 9 meses, Sarita cumplió tres años ya y Guillermo es un hombre de la casa de cinco. Y ella les repite «les dije que se tomaran el jugo donde los abuelos», y les arregla las camisitas blancas de lino, mientras zangolotea al bebé para que deje de llorar, por el amor de Dios. Recorren el pueblo al mediodía por la sombra de los alares de las casas. Se refugian un rato nomás en los árboles de la plaza. Y las calles se les mueven muy despacio porque hoy es el Día de los Reyes y los únicos que tienen afán son los que están entrando a la misa. Hace unos meses apenas, Mercedes se atrevió a reconocerle a su hermana, a Ligia, lo mucho que le estaba aburriendo su «vida normal». Y ahora mírela usted convertida en la viuda del linotipista Silva, y a punto de casarse demasiado pronto, en Bogotá, con un enfermero de apellido Cuéllar. «Y con el cadáver vivo todavía, ay...», le reclamó el otro día Maruja, su cuñada.

Mercedes deja en el piso la maleta de cuero escarlata y las bolsas con bizcochos de achiras. Se seca el sudor de las sienes con la pañoleta que tenía atada en la cabeza. Toma el poco aire que queda en el pueblo. Saca de su cigarrera de Pierrot un cigarrillito mentolado.

Se da cuenta de que están temblándole las manos porque tarda uno y dos y tres fósforos en encenderlo. Zapatea para estar menos nerviosa.

Ya les dio a sus padres la noticia de su matrimonio, buena o mala. Y ya, cuando la miraron como a una loca y le dijeron «usted siempre ha tenido el mal de aburrirse muy pronto de lo suyo, Mercedes», les contestó a los viejos «pero es que yo no puedo enterrarme con mi marido a los 30». Y lo que piensen los demás a partir de este momento, lo que quiera decir de ella la gente en Altamira y la gente en Chapinero, es el problema de ellos solamente. Quién está viviendo su vida: solamente ella. Quién tiene derecho a negarle la vida nueva que ha sido su fantasía desde hace tanto tiempo. Será una mujer sin voz ni voto, y no tendrá en las manos el dinero para mandarlos a todos al infierno —que es un pueblo de luto a 30 grados—, pero ella lee los libros que le da la gana, y apenas vuelva a Bogotá va a ver en el Teatro San Jorge la película en la que Spencer Tracy hace de Thomas Alva Edison y va a repetirse *El bazar de las sorpresas*, y quién va a decirle que no.

Nada que terminan el cielo del templo, que lleva más de diez años en obra, pero han comenzado a ofrecer misas entre el polvo. Deberían entrar porque la de hoy es una misa para los niños, pero dígame quién se aguanta la mirada de las matronas de «parece que la hija de Sánchez estaba saliendo con el uno mientras se estaba muriendo el otro...». Falta por lo menos media hora para que se acabe el servicio. Y el camioncito rojo de veintitantos puestos, que para en Garzón, en Neiva, en Girardot, no va a irse de buenas a primeras sin los feligreses. Guillermo le pregunta «mamá: ¿por qué nos volvemos para Bogotá?». Sarita le dice «mamá: yo quiero quedarme acá». Y ella les explica que va a casarse con un señor Cuéllar, que lo quiere mucho,

para tener una vida mejor, una vida feliz.

Han sido dos meses en paz. Su esposo Antonio murió, luego de padecer una gangrena seca y una necrosis en una de sus piernas y de pedir a gritos una amputación que no sirvió de nada, pues el flujo sanguíneo dejó de llegarle al tejido quién sabe por qué. Tiritaba del dolor. Su pie estaba rojo y hervía. Y hacía lo que podía para que ninguno de sus niños se enterara, y lo hizo hasta que no pudo trabajar más en los linotipos de *El Tiempo*. Don Roberto García-Peña y don Enrique Santos Montejo le dijeron «don Antonio: acá lo esperamos cuando se mejore...». Y él quiso hacerlo, sí, rogó a Dios su alivio y puso su cara de estar bien, pero pronto se vio forzado a quedarse en la cama. Supo siempre que su mujer quería más y más. Que era una madre práctica, pero también una muchacha que vivía en las nubes. Y sin embargo, murió siendo él mismo.

Fue en noviembre del año pasado. Su esposo estaba muerto, y el uno le ofrecía Cafiaspirina y la otra le prometía que Churchill no iba a dejarse de Hitler, y ella estaba muy triste y también estaba pensando que tenía que vivir y seguir viviendo.

Se refugiaron durante las siguientes seis semanas en Altamira. Ay, las calles de piedra, la plaza llena de árboles y de bancas, las amasadoras de achiras, las casitas blancuzcas de ventanas y balcones cafés de madera. Los señores de la infancia de camisas de mangas cortas, las mujeres incansables contando por enésima vez las hazañas de José Eustasio Rivera y los muchachos remontando las riberas de los dos ríos. Ay, el lago, el valle verde y amarillo de pequeñas montañas y pastizales salvajes. El cielo azul despejado y terco que de un momento a otro, como si el día siguiera de noche, recibía a la luna más grande de esta tierra: «de sopetón...». El arrunche y el achuchuy de la noche con los abuelos. Y el viejo vecino liberal, don Eleuterio, que fue a dar a una cochambra por andar diciéndoles «hay que enseñarle al güüpa a no dejarse de los godos», y al otro día se acostó a dormir («¿hay algo más para hacer, niños?», preguntó) y se despertó muerto. Y la novena de aguinaldos. Y los tamales de la Navidad.

Fueron felices a pesar de todo, de la orfandad y de la incertidumbre. Pero cualquiera que haya vivido un poco sabe que no es posible estar tan bien por tanto tiempo. Y ha llegado la hora de volver a Bogotá a empezar de nuevo.

Allá por lo menos no viven 1.000 altamireños sino 400.000 cachacos. Y hay salas de cine.

Se abren las puertas del templo cuando, según el reloj de la torre, están faltando 20 minutos nomás para la 1:00. ¡Pum!: golpetean y chirrean las bancas de madera, y viene el rumor de los fieles como una polvareda. Mercedes le pide a Guillermo que le tome la mano y le ordena a Sara que se agarre de su hermano mayor, y a paso veloz se lleva a sus tres niñitos agobiados por el sol —el bebé está dormido pero entreabre los ojos para confirmar que el mundo y su madre siguen por ahí— hasta la puerta del camioncito rojo que va a sacarlos para siempre del pueblo en el que ella nació y que alguna vez fue el feudo de sus antepasados. Se paran enfrente. Detrás de ellos se acomodan tres, cuatro más. Miran fijamente al señor conductor que está tomándose un trago de un tónico vital que se llama Guayacerol. Él les pide paciencia con la palma de la mano.

Ella apaga el cigarrillo con el zapato. Inclina la cabeza con cada «doña Mercedes: jurgo de tiempo sin verla», «doña Mercedes: vuelva dentro de poco por su tierra».

Se teme lo peor, se aferra a la manija de su maleta, pero allá vienen sus padres y su hermana. Se fue muy joven para Bogotá y los acostumbró a todos acá a que lo suyo era la aventura. Y al principio le pareció gigante y lúgubre, y les temió a los carros del tranvía, y en la colorida Plaza de Bolívar, entre las señoronas que hablaban de las tres tazas bogotanas y las conjuras y las réplicas de la tarde en el altozano, se quedó mirando la fachada de la Catedral como si fuera a venírsele encima y se paró un buen rato en la casa donde se gritó la independencia. Qué frío

hacía en las madrugadas. Qué nublado amanecía cuando uno necesitaba recobrar la fantasía de una vida diferente de las otras. Pero qué bellos y amenazadores eran los cerros allá arriba y qué extraño era pensar que esas callecitas empedradas hasta hacía muy poco habían sido el reino de los beatos y los godos.

¡Viva el Partido Liberal! ¡Que la Iglesia sea libre en el país pero el país lo sea primero!

Luego se enamoró y enamoró a su amado, y todo fue nuevo otra vez justo a tiempo. Antonio Silva, su linotipista de cara dulce que sabía probar su parentesco lejano con el poeta, era sobre todo un hombre disciplinado, un hombre minucioso que —por eso mismo: por su dominio de sí mismo— parecía hecho para cuidar a su mujer y a sus hijos. Querer era, para él, levantarse temprano. Convivir era rendirse, resignarse. Y entonces supo acostumbrarse al nerviosismo, a la inestabilidad, a la coquetería, a la inconformidad, a la alegría que se la tomaban a ella por turnos. Si ella le decía «Sumercé: es que yo necesito estar sola este fin de semana», y se iba con una vecina a ver *Lo que el viento se llevó* o *Las aventuras de Huckleberry Finn*, él se quedaba pensando «es sólo una tarde entre todas las tardes de la vida», «ya volverá». Y se llevaba a sus niños al periódico o se quedaba con ellos en su día de descanso.

Pronto supo que si le reclamaba más de la cuenta, si le ordenaba ser una mujer como las mujeres de los otros, podía ser capaz de abandonarlo todo. Hizo lo que pudo para dejarla en paz. Sospechó —asediado por el trabajo, pues un linotipista es como un monje— que esta familia le parecía una suerte, pero ya no era para ella una aventura.

Ay, ella lo quiso, ella supo ver por sus ojos. Tiene que ser duro ser hombre. Tiene que ser un martirio cargar el mundo, que se rueda, en las espaldas. Por su padre, el señor Sánchez, que sólo duda cuando nadie está por ahí, Mercedes aprendió desde muy niña a mirar con compasión y con piedad a los varones. Qué frágiles son. Qué torpes. Cómo les duele la espalda cuando se está acabando el día. Cuánto dolor tienen que tragarse mientras ahogan entre el cuerpo al niño huérfano que llevan por dentro. Quiénes, si no su madre, si no su esposa, si no su hija, van a recibirles la derrota en sus regazos. Ella siempre ha terminado aburriéndose de sus novios, como quien no consigue encontrar el tesoro del mapa, pero nunca ha dejado de verlos con cariño, con respeto.

Ay, su Antonio, que la quería tanto, que se mataba la espalda trabajando como un monje medieval sobre su linotipo, que daba la vida por defender a su familia, que la dio.

Qué triste que sus niños acaben de perderlo, cuando están en edad de olvidarlo todo, pero tiene que haber un modo de que lo recuerden.

Mercedes se abraza y se aferra a la maleta de cuero para no llorar. Su padre le dice «mija: si sigue así va a despencarse». Su madre le susurra «Mercedes: prométame que va a seguir siendo un ejemplo, prométame por la Virgen que vuelve». Su hermana Ligia le recuerda que llegará por allá por Bogotá apenas pueda y consigue que el bebé le sonría. Sus hijos les dan un abrazo tímido a los abuelos antes de subirse, entregados a su suerte, al pequeño camión rojo. Corren a la tercera fila para que nadie se la quite. Sacan las dos cabezas para ser testigos de la despedida, «adiós, mamá», «adiós, papá», «adiós, hermana», que al final se convierte en una bendición: «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...». Y Mercedes le entrega su equipaje al chofer del bus, sube, rehúye las miradas de los demás pasajeros y busca su puesto arrinconada por una extraña tentación de rezar.

Por qué hace tanto calor al mediodía en Altamira. Por qué pintan de blanco las bases de los árboles del parque. Por qué parece que el templo se fuera a venir abajo. Por qué son tan bajitas las casas al lado de la laguna. Por qué no nos dejaste asomarnos esta mañana al precipicio del río.

Por qué el cielo del pueblo se está nublando cuando no toca. Quiénes son esos tipleros que les están cantando una canción de despedida: «oye, bajo la ruina de mis pasiones...». Cuándo vamos a volver a ver a los abuelitos. En qué barrio de Bogotá es donde vamos a vivir. Cómo es el nombre del señor Cuéllar con el que te vas a casar. Cuéntanos otra vez la historia del señor muy chistoso que ponía a secar en la cuerda de la ropa los billetes que lavaba.

—Tengo dolor de cabeza —les responde a sus dos niños acomodándose en su silla—: hálense pasito, chito, que el bebé por fin está quedándose dormido.

El camioncito arranca y levanta la tierra de la plaza y se va hacia los árboles verdes y rojos del fondo. El señor que vende bizcochos y envueltos de guayaba bajo una sombrilla les dice adiós a los niños. Y Mercedes sabe que tendrá que responderles muy pronto sus preguntas, ay, «Guillermo y Sara van a irse a vivir con la tía Maruja, y Eduardo va a venir conmigo mientras mi marido y yo conseguimos una casa más grande». Va a ser duro separarse de sus hijos, así sea breve y puedan verse cuando quieran, pero dígame cómo más puede empezarse de nuevo. Ya estarán juntos como antes. Y la familia crecerá firme a imagen y semejanza de Nicolás, su nuevo esposo. Que es un enfermero trabajador y valiente, y necesita una mujer que le ayude a sacudirse las enfermedades del día.

Todo hombre merece una piedad, una madre que lo llore, cuando la noche no sea un fin sino un fracaso. Y ella está lista para él.

El camioncito se va perdiendo entre la vorágine y los rumores del paisaje como escapándose de otro paraíso. Mercedes siente la tentación de pedirle a Dios que no la deje aburrirse de este esposo, que la enseñe a quedarse quieta de una buena vez, que Bogotá le baste y leer *La dama de las camelias* y ver *El doctor se casa* en el teatro Imperio («ay, el amor inolvidable que no se agota en las películas de Hollywood...») sea más que suficiente aventura para su ansiedad, para sus nervios. Se le escapan las primeras palabras del padrenuestro, «padrenuestroqueestásenloscielos...», pero luego se reclama a sí misma por qué está pensando que las cosas van a salir mal, por qué le gusta tanto envenenarse el optimismo. Va a echar raíces, sí, a sentar cabeza. Susurra «yo a usted lo quiero mucho, mi bebé», y se pone a mirar el horizonte enramado.

Quién dice que la rutina no tiene nada de aventura. Quién la convenció, y en qué momento, de que la cotidianidad no tiene nada de suspenso.

Viernes 23 de agosto de 1940

Ese señor muy quieto y muy discreto, que anda inclinado sobre el linotipo allá en el fondo, es don Antonio Silva Hernández. Siempre deja el saco en el espaldar de la silla de madera que ya tiene amansada. Tiende a vestir un chaleco negro, una corbata simple y una camisa blanca que se remanga hasta los codos. Se pega al puente de la nariz esas gafitas de viejito relojero, que son otra prueba de su minuciosidad, aunque apenas cumple 32, 33 años. Tiene el pelo cortado a ras pero se ve que va a empezar a quedarse calvo dentro de muy poco. Se le ríen de su disciplina, de su capacidad de trabajo de buey, pero es una forma de confesarle el respeto que le tienen. «Antonio: ¿la Real Academia tolera el “leísmo”?», «Silva: ¿cierto que este gerundio está mal utilizado?», le consultan el uno y el otro. Él siempre responde «muestre a ver».

Todos los días camina desde la casa hasta el edificio de *El Tiempo* más o menos a las diez: «buenos días, don Avelino», «buenos días, don Roberto», «buenos días, don Enrique». Poco habla de él mismo, más bien escucha atentamente las tempranas confesiones de sus colegas, en la sala de redacción, con su paciencia y su cabeza ladeada de jesuita, pero si le preguntan por el bebé contesta que «vive muerto de la risa». Pone el sombrero en el perchero. Se toma una taza de café antes de comenzar la faena porque últimamente anda fatigado e irritable. Saluda al linotipo: a «la Negrita». Se sienta como una «l» pero muy pronto está como una «c». Trata de poner los pies en alto, hasta que se le olvida cuidarse por estar pendiente de cada palabra. El trabajo comienza de a pocos, como si hoy, por fin, no fuera a pasar nada. Pero hacia el mediodía van llegando los artículos garabateados a lápiz, y el linotipo empieza a tener el sistema nervioso del linotipista.

Primero se monta «La vida social». Se pegan los carteles de las películas. Se entera uno hoy, por ejemplo, de que están dando *Los hermanos Marx en el circo* en el teatro Bogotá y *Papacito lindo* en el Faenza. Se revisa que esté en su lugar el aviso de Colgate de la pobre hija que — guiada por su madre: «quizás sea culpa tuya, nena» — descubre que no ha logrado casarse con su novio por culpa del mal aliento que la agobia. Se acomodan los demás anuncios: «Alíviese con el laxante suave Sal de Fruta Eno», «Asegura tu bienestar con el antiséptico vaginal Venus», «Válgase de la duración de la brillantez de bombillas General Electric», «Aprovéchese de las llantas gigantes Good Year», «Haga 400 metros de recorrido por 5 centavos en Taxis Rojos», «Impóngase con los paños Atlas de Saldarriaga, Bravo y compañía». Se relee el horóscopo. Se corrige «Hace 25 años»: «Italia le ha declarado la guerra a Turquía». Se examinan las tiras cómicas viñeta por viñeta. Se constata la programación de La Voz de Bogotá. Y a las 12:15 p.m., minutos más, minutos menos, empiezan a aparecer los textos de hoy de los reporteros del periódico: «Una violadora de tumbas fue sorprendida en el cementerio», «Descubierta la estafa de \$4.300 hecha a los hermanos cristianos», «Una hora después de casada, la novia se fugó sin el marido (este le dice ingrata)».

Ay, Dios, qué difícil es descifrarles a los periodistas la letra tachonada y enmendada. Pero toca pasárselas a limpio. Y luego de la reunión de las dos de la tarde, por ahí a las tres, comienzan a

llegar y llegar más textos aprobados allá arriba.

Se echan los lingotes de plomo en la sección de fundido, en el crisol. Se vigila la limpieza de las matrices, de los 90 canales de esta pequeña bodega de letras que se llama el magazín. El señor Silva, que es el linotipista que se hace matar por su trabajo, y es un sabio sonriente, teclea con la mano izquierda y con la mano derecha una primera frase de —por ejemplo— la «Danza de las horas» de Calibán, de don Enrique Santos Montejó: «Duros y lentos transcurren los días de la anunciada guerra relámpago sobre las islas británicas...». Va soltando las letras y las palabras y sus espacios, matriz por matriz, hasta que se convierten en aquella línea en el componedor. Baja entonces la palanca de fundición de la derecha: esta. Sigue con los ojos entrecerrados al renglón completado mientras va de la sección de fundidos a la sección de distribución. Está listo. Está bien.

Pero viene entonces la siguiente oración y la siguiente: leer la frase palabra por palabra, teclear, jalar, fundir, leer la frase palabra por palabra, teclear, jalar, fundir, hasta que quede tejido todo el texto.

Y se toma la habitación ese murmullo de reloj por dentro, ese clic, clac, cloc, que no puede parar, que viene de sus manos callosas y es música para sus diez dedos de huellas desvanecidas.

Pasan los textos y pasan las horas. Le sudan los pies y los brazos como enloqueciéndolo, como desencajándolo. Se desabotona el botón del cuello de la camisa y se afloja la corbata, ay.

—Cofrade: que manda decir don Roberto que allá arriba va una fotografía del doctor Gabriel Turbay homenajeado en Bucaramanga —le dice el Gordo Quiroguita, de redacción—. Que por favor sumercé la tenga en cuenta para cuando vaya a armar la página de nuestros corresponsales en el interior.

—Pero que a qué hora piensan traérmela, Gordo —reclama el linotipista—, ¿no le dijo nada don Roberto?

—Dios sabe cómo hace sus cosas, querido amigo Silva, Dios proveerá —bromea Quiroguita.

Se ve cansado el pobre linotipista Silva. «Antonio: usted lo que tiene es que aprender a descansar», «Silva: tómese por lo menos un traguito que mañana es sábado», le dicen el uno y el otro. Y él no quiere que le hablen de a mucho porque ha estado nervioso desde que se despertó, y logra fingir en la casa que no le duele orinar y no le duele la sangre y no lo está envenenando el plomo por haberle dedicado la vida a vencer al linotipo, pero acá en el trabajo pa qué se pone a fingirles. «No importunen», les dice, porque es incapaz de decirles «no jodan», pero también se les burla con unos versitos improvisados que los sacan corriendo de la risa: «Se une deber con beber / si se es liberal beodo. / Se une beber con deber / si se ha nacido mujer / de algún elefante godo», recita.

Y se acuerda de su papá, que también tomaba poquitico licor, contándole de aquella vez que se coló en una de las tenidas chistosas de La Gruta Simbólica, je. Y tiene claro el día en que le dio por explicarle lo triste que había sido ser bogotano en los días de la dictadura conservadora, ay, que ni siquiera podía salir uno a las callejuelas del centro ni decir en voz alta «no estoy de acuerdo». Y puede verlo aconsejándole que no se vengara nunca de sus enemigos, sino que les tuviera algo parecido a la compasión, porque la vida solía hacer por uno el trabajo sucio: «todo el mundo vive lo mismo así no sea al mismo tiempo, y todo el mundo llega a las mismas conclusiones, pero lo dice de otro modo», le repetía cada vez que lo veía atrapado en un problema.

—¡Material...!, ¡material...! —grita el bigote renegrido del Gato Montaña, el jefe de armada, sobre el rumor atronador de las máquinas de escribir.

Carachas: esta pierna está hirviendo como si tuviera fiebre, y estas sienes están latiéndole como si el corazón fuera a estallarle en la cabeza, pero cómo va a dejar botado su linotipo si nadie más va a su velocidad, si nadie más sabe acomodar, igual que él, las noticias confusas de la guerra. Tiene que comer algo, ala, no almorzó. Qué hambrerón tan atroz. Quizás Marielita, la niña nueva del servicio, pueda conseguirle un pandeyuca. Pero así esté haciendo cara de moribundo, y a ratos se le entuma la palma de la mano izquierda, no va a dejar botado a *El Tiempo* porque entonces qué va a saber mañana la gente de la calle. Su mujer, Mercedes, que un día dejó de preguntarle si algún día conocerían el mundo juntos («a usted lo que le gusta son sus palabras...», se le sinceró), insiste en que los 2.500 pesos que le entregan mes a mes son muy pocos a cambio de semejante esclavitud.

Y él le recita «te haría un poema inmenso / si fuera el Silva poeta, / pero soy el Silva menso / que no ha encontrado su lienzo / para pintarte, coqueta». Y a ella le entran ganas de llorar.

Hágame el favor: ¡las 8:15 p.m. ya! Esto va para largo esta noche. Esto va a cerrar, por bien que les vaya, a las diez: «de aquí a que estén las crónicas de las sesiones del Congreso...», se dice el linotipista. Sospecha que adentro de la casa, cuando por fin llegue, va a encontrarse la misma oscuridad de afuera. Que va a encender la lamparita de gas de la cocina para que se despierten los bultos y las vasijas. Y no va a oír sino ronquidos y resuellos. Tal vez Mercedes esté leyendo en la silla mecedora de la sala la novela que ha estado leyendo: *Cuatro años a bordo de mí mismo*. Pero ni Guillermo ni Sarita van a estar en pie a semejantes horas. Y seguro que al bebé, Eduardo, que es un bebé raro porque llora poco, como si no quisiera molestar a nadie, va a encontrárselo en su moisés perdido entre sus cobijitas.

Quién iba a pensar que él, que se aferra a su trabajo pues la vida, como un ventarrón, puede llevárselo a uno muy lejos, iba a tener además una familia.

¡Por fin aparece el sombrío e inescrutable José Joaquín Jiménez con las notas de la sesión de la Cámara! A las 9:35 p.m., por Dios, quién les manda a encargárselo a él pudiendo entregárselo a cualquiera: a Pardo o a Rivas o a Mallarino. Ya escribió Jiménez, el tal Ximénez, un par de «Cosas del día». Ya ayudó con el último párrafo del editorial. Y él se le mide a todo, sí, y todo lo que escribe es provocador y gracioso, pero uno luego no sabe qué pensar de sus maneras de hombre altísimo ni qué demonios está pasándosele por la cabeza. Y es un milagro que esté aquí, que se siente en una butaca a su lado y le empiece a dictar lo que pasó: «cuando se inició la sesión de ayer en la Cámara de Representantes, a las cinco de la tarde, Romero Aguirre, presidente de la Comisión de Guerra, anuncia la devolución del proyecto de ley en virtud de la cual se dan autorizaciones al gobierno para celebrar operaciones de crédito hasta por 30.000.000 de pesos con destino a la defensa nacional...», le susurra.

Discuten cada punto aparte. Pelean, cada cual a su manera, por la frase siguiente: «muestre a ver...». Cede el uno, cede el otro, y es como si estuvieran jugándose la vida en la edición de *El Tiempo* del sábado 24 de agosto de 1940. ¡Pero cómo se le va a ocurrir separar el sujeto del verbo con una coma, hombre! ¡Qué lío con las concordancias, Jiménez! ¡Todos ustedes son iguales! ¡Cuántas veces habrá que decirles que entreguen las crónicas mecanografiadas y por una sola cara! Menos mal que está usted aquí sentado, ofreciéndome empanadas de ayer, porque si no quién me traduce a mí estos mamarrachos. No, no más trago. No, porque tengo un problema renal. ¿Y puede imaginarse un periódico armado por un borracho? Más bien échele una leída a esta vaina que Perry, el corrector, alias OP, anda es pendiente de la primera plana.

Ya. Más de las diez: las 10:25 p.m. en el reloj de la pared. Está muerto. Pero le está doliendo todo: tiene tiesos el cuello, la cintura, los hombros. Ay, el dolor traperero de la ciática.

Se ajusta los zapatos puntudos. Se apunta el botón del cuello de la camisa. Se cierra el nudo de la corbata hasta ahorcarse un poquito, uf. Se amarra el chaleco. Se pone su saco y se pone su sombrero. Se guarda en el bolsillo del pecho el lápiz que se había ajustado en la oreja izquierda. Le da un par de golpecitos a la Negrita. Se despide de la fotografía de su familia. Y, antes de salir de aquella habitación hirviendo y humeante, da una mirada de alivio por la ventanita a la Avenida Jiménez. Ya no hay nadie en el hall de salida. Ya no están ni los redactores ni los jefes. Silva debería quedarse un poquito, quizás, por si algo se necesita de última hora, pero ha advertido que por estos días —mientras le pasa el malestar— va a tener que irse un poco más temprano.

Se despide de los que se va encontrando por el camino, «adiós, doctor Arciniegas», «adiós, doctor Téllez», y todos le responden con un respeto que pocos consiguen. Sale a la oscuridad de las callejuelas. Toma la carrera 6.^a hacia el norte. Cruza la Plaza de Santander a espaldas de los mendigos y de los bohemios. Sigue y sigue, deja atrás la 15, la 16, la 17, hasta llegar al portón de la casa. Abre con el mismo cuidado con el que pone a funcionar el linotipo: clac. Se quita los zapatos en la penumbra a los tres pasos porque no quiere que el taconeó, tac, tac, tac, los despierte. Qué negrura. Ni siquiera el cuarto de su hermana Maruja está encendido, negra está la puerta y más negra la rendija. Ni siquiera en la sala hay un poquito de luz. Y, cuando llega al silencio tembloroso de la cocina, no está la lamparita de gas en su sitio, carachas. Y ahora qué.

Que el bebé comienza a llorar como si le pasara lo peor que puede pasarle a una persona, que es no ver a nadie nunca más y que ese cuarto oscuro sea todo, y él sigue ese llanto como las migas de una antorcha y no se tropieza con las mesas ni con las materas hasta llegar a la habitación. Mercedes está a punto de levantarse de la cama a atenderlo, «será hambre...», «será miedo...», pero Antonio le dice «tranquila, sumercé, yo voy». Ya, bebé, ya. Ya, chatico, ya. Se lo lleva por el corredor, acunado y adormecido, con el corazón como una máquina y los ojos abiertos en semejante cerrazón: tun, tun, tun, tun. Chito, Eduardo, chito, niño. Aserrín, aserrán, los maderos de san Juan, piden pan, no les dan, piden queso, les dan hueso, los de triqui, triqui, tran. Ya pasó, ya, todo está bien. Soy yo, soy yo.

—Nada más se puede hacer ni se puede temer a estas horas de la noche, chiquito, se puede cerrar los ojos nomás —le dice—: aquí estoy.

Se van por el corredor entonces, padre e hijo, mi abuelo y mi papá, como yo me fui con mi hija esta misma madrugada por el pasillo de este apartamento, y el linotipista cansado se resigna, en el mejor sentido de la palabra, a su bebé. No enciende ni una sola lámpara, ni una sola vela. Para qué. Bambolea a su chiquito para que los cimbronazos amorosos le recuerden el vaivén y el pozo infinito del útero. Y mientras tanto le improvisa un poemita de los suyos, «duerme, mi niño, un ratito, / pa luego soñar despierto, / que aquí tu papá, el borrico, / te va a servir de abanico / hasta que el mundo esté abierto», que calma al niño de una buena vez. Ay, que nadie le mienta ni lo traicione a su niño, que tenga un trabajo que lo rescate de sí mismo, que tenga la suerte de tropezarse allá afuera con alguien que le tenga toda la fe que se le puede tener a una persona y sus hijos lo quieran tanto que nunca unos hijos hayan querido tanto a su padre.

A esta hora no hay a quién mentirle. Este señor muy suave y muy frágil que quiso tanto a su propio padre, y que ahora mismo está arrullando a su tercer hijo, va a morir dentro de muy poco. Y sin embargo Dios sabe cómo hace sus cosas. Y algo tendrá que inventarse para cuidarle a su niño. Y quién dice que esta no es una escena para siempre.

Miércoles 1.º de noviembre de 1938

Si usted, querido lector, le pregunta a cualquier cartagenero por Romero Aguirre, seguro que van a responderle «yo sé lo que te digo: ese va a ser presidente de Colombia en un pispás». Cuando sale de su casona llena de fantasmas, en la Calle de las Damas 33, a Romero se le señala como el congresista que ha estado defendiendo, de la apatía terca de los cachacos, los puertos, las carreteras, las fiestas, los hoteles y las canales de su Cartagena: «ahí va de punta en blanco...». No ha querido parapetar, sino reparar esta ciudad arrutanada. Regala múcuras, regala chócoros a su pueblo. Y «eche, no, no es un señorito de aquellos que te mira como si fueses perrata, sino un mulato más que además carga el diccionario en la cabeza, y por eso todos le metemos plata en los bolsillos...». Y hoy brilla en la noche, y el sol le sobra, porque por fin ha quedado claro que él sí mató a Otero Guzmán, pero le disparó en defensa propia. Y se ha sacudido el estigma.

Hoy comienza noviembre y todo encaja y nada es despreciable. A todo el que le pasa al lado le regala su libro nuevo, *Confesiones de un aprendiz de estadista*, que cuenta en 57 páginas cada paso en falso de ese crimen y de la lucha en los tribunales para probar su inocencia. La política cartagenera cumple años de ser un ovillo. Hace 15 años, en 1927, en 1926, en 1925, cuando Cartagena todavía era un asfixiante baluarte del socialismo rendido a los pies de la María Cano —y Romero Aguirre era uno de los secretarios del Partido Socialista Revolucionario, el de la libertaria Cano, fundado a espaldas del mundo en el Teatro Bogotá—, todos estaban en la misma orilla, pero hoy en día el bossismo, el gomezfernandismo, el blanquismo y el varguismo se disputan el liberalismo dentro del liberalismo sacándose al sol los trapos de los odios heredados y malucos.

Y con la excusa chistosa de que «no alcancé a matricularme en ninguno de los grupos liberales» cuando era un diputado de Bolívar, y a punta de evangelistas que en los diarios nacionales le celebran su vida y su obra, Romero Aguirre ha estado montando la corriente más fuerte, más numerosas de todas: su romerismo.

Si usted, ansioso lector, le pregunta por su vida al afable doctor Romero Aguirre, el viril representante bolivarense, él le repetirá que ha contrariado «el universal temperamento poligámico de los hombres de mi región», ja, «bastante conocido en el interior de la república», porque lo suyo ha sido «un caso increíble de irreductible monogamia» y «una fortuna espiritual inusitada», y luego insistirá en la sentencia «no he tenido más novia que mi mujer», y aclarará que «lo demás son calumnias contra las pobres damas cuyos nombres han enredado en mi vida, indiscretamente, las malas lenguas», je. Pero luego se dedicará a hacer una tipología de las novias que se puede tener cuando uno es joven: la cubista, la burguesa, la didáctica, la provinciana, la otoñal, ji.

Hablará de doña Aurora Buj de Romero Aguirre, su esposa, la hija del confitero que está dispuesto a compartir su fortuna con este yerno encantador. Mencionará la voz queda y las manos de pianista de su mujer, «la única novia que he tenido en la realidad...», que hace apenas

unos años viajó con su familia desde el pueblo castellano de Fuentes de Nava hasta la amurallada Cartagena de Indias en la búsqueda de la herencia del padre Alonso, su tío. Y que en un giro del destino, pues la vida tiene la forma del drama, tuvo que conseguir un abogado dispuesto a encarar a los curas —y fue Romero, que ya era un personaje de la ciudad, un blasfemo altanero y divertido y seguro de sí mismo que pidió su mano para conocerla— y no permitirles a esos rezanderos que se quedaran con lo que no era de ellos ni de su Dios.

Repetirá que él es de origen vasco y que el vasco es el único español. Presumirá de sus tres hijos. Del valiente Alfonsito, que quiere verlo todo como sea y desayuna en vajilla reluciente pues es su delfín. De la calladita Mercedes, que se reinventa el mundo. De la inescrutable Carmen, que insiste e insiste en sus cosas.

Quizás, si lo descubren en un momento de sentimentalismo, lamentará la muerte de su pequeño niño de cuyo nombre no quiere acordarse.

Contará sus días en Bogotá. Describirá con cariño a sus maestros de la Universidad Externado. Insistirá en que el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, «el manicomio reposado y casi inofensivo» donde terminó el bachillerato, rechazaba las ideas no clericales, olía a agua de Colonia, empujaba a una hipocresía jocosa frente a los retratos de las santas. Confesará que sufrió «una crisis de timidez espantosa» cuando llegó a Bogotá, comiéndose las letras de la palabras y vestido de paño calentano demasiado claro para esa ciudad tan oscura (y sintiéndose inferior entre «la excelente ortología de los bogotanos»), pero pronto, apenas compró su primer chaleco para hablarles a sus compañeros sabiondos de chaleco a chaleco, recuperó su viejo temperamento irreverente: fue de «ejtá cansao de comé cadne» a «estar cansado de comer lomo».

Y reseñará su juventud cartagenera en cuanto café de la Plaza de San Pedro se le ocurra a usted: hoy todo está bien y nada es ignorado.

Relatará también el entierro del poeta César Conto, desterrado por el Partido Conservador. Referirá cómo dejó de creer en Dios, «la penumbra intelectual de cada quién», por cuenta de los curas que usaban la razón para probar sus existencia, pero trataban de acabar a golpe de plegarias infernales con las brujas negras del barrio Getsemaní. Recordará que en su primera clase en la Universidad de Cartagena, animado por su arrogancia de niño que hizo el bachillerato en año y medio, se atrevió a darle la mano a su profesor: «no te doy la mano porque te la habrás metido en las narices», le dijo el señor, y él le contestó «pero usted se la habrá metido en el culo». Rememorará la sociedad de niños liberales que se inventó, a los 14, cuando los godos impidieron a sangre y fraude la llegada al poder del general Benjamín Herrera. Y renegará del cura del colegio que le guardó su dinero para enseñarle a ahorrar, pero huyó un día con todo: «ese señor, causa suficiente de mi miedo a economizar, confirmó mi aversión a lo católico».

Pero sobre todo repetirá cuadro por cuadro y grito por grito la escena en la que asesinó a Otero Guzmán.

Para sacudirse la culpa. Para probarles a todos que sigue siendo, a pesar de todo, un hombre intachable: «Romero Aguirre». Para seguir siendo un político, en suma, un hombre con un futuro.

Dice hoy que todo empezó en diciembre de 1934, cuando el doctor Otero Guzmán, Samuel, tuvo a bien sacar el sexto tomo de sus memorias. Pidió al representante Romero Aguirre, Alfonso, que en enero de 1935 aún editaba él mismo la página liberal del *Diario de la Costa*, que para darle al público la buena nueva publicara una reseña de su libro. Romero Aguirre dijo no: «no he leído este nuevo volumen». Otero Guzmán contraatacó: «pero para dar la noticia no hay sino que saber que ha salido». Romero cedió por medio de una gacetilla en la que reconoció el

valor de la obra de Otero, pero se dolió —de buena fe— de que así no lo comprendieran los lectores. Craso error: Otero, ofendido por la revelación del fracaso de lo que tanto amaba, le escribió a Romero una carta («bajo el influjo enconoso de esa herida», dice el fallo del Tribunal Superior) que era una amenaza de muerte: «hijo de una puta y un sodomita», lo llamaba.

El sábado 26 de enero de 1935, Otero, «ostensiblemente alterado», salió de su casa armado con un formón, y dispuesto —según se lo dijo a un sinnúmero de testigos— «a matar a Romero para acabar con la leyenda de mi cobardía», pero no encontró al representante por ninguna parte. El domingo 27, Otero se sentó desde las tres hasta las cinco de la tarde en la heladería Polo Norte, en la Calle Vélez Danies, a un par de calles de la Plaza de la Aduana, a esperar a que Romero entrara como siempre a pedir su chicha de naranja, pero tampoco lo vio allí ni después lo encontró en su oficina ni en su casa de la Calle de las Damas. El lunes 28, el martes 29, el miércoles 30, el jueves 31, el viernes 1.º, el sábado 2, el domingo 3, el lunes 4, el martes 5, el miércoles 6 preguntó por «el bellaco de Romero...» aquí y allá. Y siempre le dijeron que había salido de la ciudad.

El jueves 7 de febrero a las 11:50 a.m. Otero se encontró cara a cara a Romero, por fin, en la calle de atrás de la Calle de las Damas: la Calle Landrinal. Se había topado en la esquina con el señor Henrique Tono y soltaba carcajadas de las suyas como si no lo hubiera ofendido once días antes: «que no lo comprendan los lectores...». Tentó Otero su revólver dentro del bolsillo pero antes le lanzó una serie de escupitajos a su humillador: «te reto a duelo, Romero Aguirre, hijo de una puta y un sodomita, para acabar con la leyenda de mi cobardía», gritó. Y cuando ya iba a desenfundar, para hacer su justicia, sintió un quemonazo en el muslo que resultó ser un disparo que le había hecho su enemigo, ay, Dios santo, y la sangre brotaba como la muerte, y estaba perdiendo la conciencia de su odio y de su nombre.

—Eres capaz de matarme, truhño hijo de puta, porque así de idiota es que eres —murmuró el vozarrón de Romero.

Se lo llevaron al Hospital de Santa Clara en un carro enloquecido para hacerle una ligadura de vena que lo librara de la hemorragia. Dijo sentirse aún más doblegado, aún más vejado, las pocas veces que consiguió hablar: «Romero es un engendro, un brujo». Veinticinco días después fue trasladado, decaído y cada día peor, al mismo lugar donde un bebé de Romero Aguirre empezaba a morir: el Hospital de Mamonal. Fue ese sábado 4 de marzo de 1935, a las 6:45 p.m., cuando murieron los dos: su niño a pesar de haber sido salvado mil veces y Otero Guzmán a pesar de haberle sido amputada la pierna para salvarle la mala sangre. Desde ese momento, huérfano de hijo, el representante liberal se dedicó en cuerpo y alma a probar que había herido a Otero en defensa propia.

Si hubiera creído en Dios, lo habría doblegado la culpa y la certeza de haber sido castigado: hijo por hijo, septicemia por septicemia.

Fueron tres años terribles, sí, espeluznantes y brumosos: «ajá, ¿y qué piensas hacer?, ¿te va a dejar encerrá...?». Pero fue declarado irresponsable, fue sobreseído y absuelto por el Juzgado 2º y el Tribunal Superior en julio de este 1938. Y semanas después le agregó a sus *Confesiones de un aprendiz de estadista* un cuarto capítulo con las sentencias absolutorias de sus jueces. Y para recobrar su buen nombre, su Romero Aguirre que suena a grito de independencia, hoy está entregándoles ejemplares dedicados a sus malquerientes y a sus seguidores. Y sí, si usted le pregunta ahora en la tarde qué le molesta tanto del lopismo, y por qué se resiste de ese modo a la reelección de López Pumarejo, le dirá «agitó a las masas e inquietó al país con una acción revolucionaria que no creó nada».

Pero sólo estará pensando en cómo deshacerse del inri de haber matado a un hombre aquella vez.

«Aquella vez ya fue y hoy ya es hoy», se dice como convenciéndose, «y yo soy inocente». Y allá va. Pasa junto al monumento guerrero de San Felipe de Barajas, ante el parque nuevo y la estatua del villano que han puesto donde quedó su casa de la infancia —todavía puede ver las seis columnas de madera y el techo de tejas y la mano de mamá Carmela advirtiéndole que no correteara a las cabras de la partera—, y vuelve a ser entonces el niño irreverente y tirapiédras que sabe que las murallas y las limonadas son un cebo para las propinas de los gringos, y que no puede creer que acaben de matar al general Uribe Uribe. Ay, que el tiempo diera vueltas como el mundo, que fuera obvio que su inocencia de ayer es su misma inocencia de hoy.

—Toma mi libro, Caremonja, que llegó esta mañana de la imprenta y hasta tú lo puedes entender —le dice a un pobre hombre que no tiene la culpa de nada.

Se está haciendo de noche. Está volviendo paso por paso, mientras saluda a lado y lado de la vía como un papa insolente, a la casa de la Calle de las Damas. Está entrando. Está entregándole su sombrero a la negra María de los Reyes. Su esposa Aurora, que vive obsesionada con él y aprendió a cuidarlo a fuerza de idolatrar a su padre, lo recibe en el principio de las escaleras para que no se le aparezca más el fantasma del pirata inglés que dizque en las madrugadas lo ha estado saludando con un espeluznante «How do you do?». La madre le dice «Aurora: tu señor va a gastarse nuestro dinero en política». El hermano le repite «vamos a perder la herencia si tu marido sigue perdiendo el tiempo en Bogotá». Pero ella, solitaria y tajante, sólo tiene tiempo para vivir embrujada por Romero.

Aurora Buj lleva seis años en Colombia: ¡más de seis! De casada y de dueña de esta casona cumple seis. Ha oído atentamente todo lo que su esposo le ha contado sobre Colombia —y nadie en el mundo quiso tanto a su país— y ha visto un par de cosas más. Y aún no consigue entender del todo semejante mundo nuevo en el que ser hijo de alguien es un estigma o un permiso para cualquier barbaridad: todo aquí es muy raro. Todos sienten nostalgia de España, mucho más que ella, sin siquiera haberla pisado. A su Romero Aguirre le están haciendo brujería y va a buscarse una hechicera negra que le invente «la contra». A la sobrina de su marido, a Termutis, la están acusando de haber metido a su propia mamá a un manicomio para quedarse con todo. Su hijito aquel murió por el agua tan sucia. Y no porque las brujas estén cobrándole haberle disparado al hombre abochornado que lo atacó un día en una esquina, como el propio Romero repite cuando se cansa de hacer de sí mismo.

Ella lo cuida como al hombre que supo escogerle su padre, como al hombre que es: seguro que va a ser el presidente Romero Aguirre. Ella le escucha las historias fantásticas de sus 31 años sin saber si son mentiras o son verdades. Asiente hipnotizada por él. Y cuando sale del embrujo, porque él se ha ido a la calle a interpretar su papelón, se sienta en el piano a tocar la pequeña sonata que tocaba cuando era una profesora castellana que no necesitaba paisajes insólitos y no tenía nada que perder.

Viernes 15 de abril de 1932

Aurora vio todo por última vez: la habitación angosta pero iluminada donde ha dormido las pocas horas que duerme, las escaleras que van a dar al rincón donde teje para que nadie le pregunte por su vida, la sala de paredes blancas de yeso adornadas con un crucifijo de palo y un espejo, el piano en el que anoche tocó la *Pequeña serenata nocturna* («Aurora: tú no te vayas», le dijo su primo Aniceto, «y si te vas ten suerte en Colombia») y la ventana de madera enrejada y el balconcito de hierro y la pequeña puerta de la casa número 2 del corro de los Bodegones de Fuentes de Nava. Siguió a su padre de allá hasta la plaza. Hizo caso a su madre, y se despidió con un «hasta luego» sincero de todos los que salieron a despedirlos, pues de tanto en tanto fingía no estar haciendo su voluntad. Dijo adiós a su hermano Aureliano. Siguió a su hermano Horacio, pues a quién más. Sintió tristeza pero fue fugaz: su pueblo es donde esté su padre.

Se dijo que un viaje largo le serviría para justificar su silencio. Metió sus manos enguantadas en los bolsillos de su abrigo. Y escuchó «que han heredado unas tierras en no sé qué lugar de Sudamérica...».

Se fueron en dos coches, una van Chevrolet cargada de baúles y un Hillman renegrido de los nuevos lleno de bolsos, hasta la Estación del Ferrocarril del Norte de Palencia. Qué frío maldito estaba haciendo allí en plena primavera. El aliento se les escapaba, helado, para siempre. Ya eran las 10:15 a.m., pero sólo había cinco, seis hombres de boina recostados en cinco árboles desramados. Y la fachada larga de mármol y de piedras pintadas de rojo parecía infranqueable. Se subieron al tren un par de horas después. Desde la ventana del vagón se veían un par de carretas jaladas por caballos pardos y un grupo de mercaderes con bultos de jamones y cajas de quesos curtidos. Se quedaron atrás, con el humo negro y el bufido de la locomotora, los arbustos y los campos interminables. Pasaron por Burgos, por Vitoria, por Lleida. Llegaron a Barcelona a las 9:50 p.m.

Sólo el confitero Tino Salvat, el colega buenazo de su padre que sabía tanto de sorbetes y de cremas de frutas, estaba esperándolos para alojarlos en su casa en la Rambla del Centro hasta que el vapor partiera del puerto. Papá habló y habló en aquel sillón manchado pero tapado con un chal, y celebró que sus hijos se hubieran salvado de la gripe española de 1918 y declaró a *El confitero moderno* el mejor libro del mundo desde el *Quijote* y aplaudió que la masonería comunistoide estuviera prohibida en su tierra y repitió que el mundo estaba tan mal que Primo de Rivera iba a caer dentro de poco e iba a llegar algo peor (y susurró «a Aurora no le preguntes nada porque te lo contesta, ¿eh?»), hasta que fue el jueves de irse. Desde el balcón del viejo vapor Isabel de Borbón, frente a una muchedumbre de sombreros y pañuelos, les dijo adiós a cientos de desconocidos a los que se les estaba yendo la vida por la rampa.

Se acomodó con su madre en un cómodo camarote para dos de los de esa primera clase ordinaria hecha para alojar 146 individuos que —según reza el volante— «no poseyendo riquezas merezcan no obstante, por su nacimiento y educación, aposentos distinguidos e independientes de los del vulgo». Puso ella sola de pie, junto al camastro de metal, el baúl con su

equipaje, y revisó su ropa como si se hubiera podido perder. Se fue sola a recorrer el barco («con tu permiso, padre»), y se asomó a los bustos de la sala de música y a las puertas de caobo y cristales de luna del restaurante y a la decoración Luis XVI, para preguntarse en paz qué demonios iban a hacer los Buj Ibáñez en Colombia. Sí, el compungido padre Alonso, que fue a Cartagena de Indias a evangelizar a los salvajes, murió hace cinco meses. Y dejó a la familia de su prima, de Lorenza, la madre de Aurora, las tierras a las que fue haciéndose durante su apostolado.

Pero por qué su padre el confitero, que ha hecho una pequeña fortuna en Palencia y es dueño de tantos parajes por Fuentes de Nava, ha preferido emprender con toda la familia la travesía hacia las Indias. Por qué le teme tanto al futuro de España. De dónde le ha venido este apetito de aventura.

Pasó la mayor parte del mes que duró el viaje en su silla favorita del salón de la biblioteca. Quiso tocar el piano de la estancia de la música, pero luego se imaginó rodeada del tarareo alcoholizado de alguna pareja de borrachos. De tanto en tanto se le acercó algún pretendiente que se le alejó apenas oyó sus respuestas lacónicas y tajantes, pero pronto fue claro que está siempre con sus padres o con sus libros. En la escala en el bello puerto de Santa Cruz de Tenerife, rodeado de bajos edificios de piedra, decidió releer la edición de cuero rojo y flores repujadas de *Quo Vadis?*, una historia de los tiempos de Nerón: «Petronio se despertó en el filo del mediodía y muy cansado como siempre...». Ay, la historia de amor. Ay, san Pedro preguntándole al fantasma del Señor adónde se está yendo.

En la escala colorida de Curazao, mientras se preparaban entre lanchitas, en la bahía, para zarpar de nuevo, Aurora tuvo enfrente por primera vez a un hombre negro: llevaba un sombrero blanco y su esposa cargaba una bolsa habana y tejida quién sabe con qué. Qué lejos se sintió entonces de su pueblito, Fuentes de Nava, que había dejado sin maestra. Qué ajena al mundo. Y qué extraviada y qué chiguita, como dicen en Palencia, cuando no se le pegaba a su padre en el comedor reluciente a la hora de la cena. Y cuando no se escondía entre las primeras páginas de la edición de *Sin novedad en el frente* que sacaba de la biblioteca: «nos encontramos en la retaguardia, a nueve kilómetros del frente...».

En la penúltima parada, en el puerto venezolano de La Guaira, se negó a poner un solo pie en tierra firme: «para qué». Se quedó horas viendo, desde el balcón, el paisaje lleno de pequeños botes de vela y de humaredas blancuzcas contra los montes que iban a dar al mar. Vio también a un niño desnudo haciendo equilibrio en los bordes de una lancha y a un par de sus amigos lanzándose al agua a recoger las monedas que les lanzaban desde el último piso los pasajeros del vapor. Vio llegar un transatlántico allá lejos, acodándose, pero luego de cuatro semanas de viaje los libros le asombraban más que la realidad. Leyó todo lo bueno y lo malo que encontró en la biblioteca: *El paraíso perdido*, *Veinte años después*, *El retrato de Dorian Gray*. Leyó *Mis andanzas por Europa*. Leyó *El pato salvaje* estremecida, ay, su padre sí es su padre.

Pero el viernes 15 de abril de 1932, hoy, cuando el vapor empezó a acercarse al raído puerto provisional de La Machina —el malecón cartagenero de 1893, en la boca de Bocagrande, fue reparado en 1921, pero se incendió hace unos dos años—, consiguió que por un par de monedas de cinco centavos le dejaran llevarse *Quo Vadis?* y *Sin novedad en el frente*. Cerró el baúl apenas los acomodó entre la ropa. Se paró al lado de sus padres y de su hermano en los balcones, demasiado cansada para sonreírles a las murallas y a los olores que venían desde la costa. Y aquí está esperando que llegue Cartagena. A lo lejos todos visten de blanco y de lino y el viento les alivia el semblante. Una fila de negros graves se recuestan en una cerca pintada de aguamarina y

detrás de ellos se levantan dos palmeras. Y las carrozas dejan el muelle con los pasajeros que acaban de llegar.

Ya. Acá se acaba el horizonte. Este no es el mismo cielo ni es el mismo calor ni es la misma piedra ardiendo. Dónde estamos, padre, qué vamos a hacer en esta tierra habana y gris. Ay, madre, tú dile a tu señor que nos saque pronto de este jadeo, de este ahogo. Pidamos nuestra herencia y vámonos. Que nadie le hable. Que nadie la mire de aquí a que ella pueda colgar su crucifijo y su espejo en su guarida.

El viejo vapor Isabel de Borbón atraca en el puerto remendado. El ancla es lanzada justo a tiempo y el barco se acoda poco a poco. De la chimenea sale una última exhalación: ¡fiu! Grita de júbilo, atestada en la cubierta, la tripulación de marinos de boinas y camisas arremangadas. Sigue su ejemplo el grupo de ilustres pasajeros que se ha tomado hasta el pico de la proa: «¡Colombia!». Y viene después la algarabía de los demás, de los viajeros de la primera y la segunda y la tercera clase, que empiezan a despedirse como si fueran miembros de una misma familia. Aurora consigue decirles «hasta luego» a todos con su bondad y su franqueza y su distraimiento. Sí, responde «el gusto es mío», tajante e irónica, al pretendiente vano que le dice «la he saludado cada día de este mes, y le he hablado de mi vida mañanas y tardes enteras, pero no puedo decir que la conozco». Y sin embargo se porta amable y sonriente con los que se va encontrando en el camino a la rampa de bajada.

—Padre: ¿hasta cuándo vamos a estar en este sitio? —pregunta Aurora con su voz suave pero cortante que suele dejar a su familia boquiabierta.

—Te he dicho que hasta el día en que nos den lo que es nuestro —responde don Cesáreo, su padre, con el viento arenoso entre los ojos.

—Vamos, Aurora, que no es tiempo de hacerle pasar un mal rato a vuestro padre —reclama su madre antes de que se le ocurra alguna frase equivocada.

Deja que su hermano Horacio le baje el baúl. Permite que un hombre de la tripulación le ayude a superar el último escalón. Y le pregunta a su padre adónde está yendo, y unos pasos después se lo pregunta de nuevo, porque ni Dios sabe en qué va a terminar este viaje a un mundo inverosímil.

Tres negros pelean por llevarlos en sus coches a la ciudad: «permítame, jefe, yo le organizo el viaje a la ciudad», les dice el más rápido; «yo creo que en cinco, seis, siete carruajes les cabe todo el equipaje», explica el más afanado; «nosotros también venimos de España...», les dice el más simpático. Don Cesáreo les dice «¡venid los tres!». Les grita la dirección a la que estén yendo: «¡Calle de las Damas 33!». Y aunque el sol se haya propuesto quemarle y descascararle la calva, y mientras su familia se acomoda en la primera de las carrozas y se va quitando sombreros y guantes y abrigos, él se dedica a supervisar las cajas, las maletas, los baúles. Pregunta dónde vendéis los confites en esta ciudad del demonio. Quiere saber aquí qué bebéis y qué coméis. Se sienta luego en el coche donde está su mujer y están sus hijos. Y la ciudad empieza a pasarle por delante.

Qué tal este camino arenoso junto al mar. Qué tal el mar que ahora sí parece un horizonte. Esas frutas gigantes, verdes y rojas y amarillas, que lleva aquella negra en la cabeza sin asomos de dolor ni de torpeza: «¡la piña!, ¡la piña!». Esa locomotora majestuosa, pero por lo vieja y por lo maciza, que está viniéndoseles a todos encima. Ese señor de sombrero carmelito, y camisa blanca abierta y sucia, que está vendiéndoles agua en barriles a quienes le pasan por el frente. Ese pequeño vapor empujando un planchón. Ese niño vestido de marinero montado en su triciclo de acero. Estas niñas sin madre ni padre jugando con una muñeca en un polvoriento Ford

cupé. Aquellos rieles que van desde el muelle de La Machina hasta la Plaza de San Pedro Claver. Y estas callejuelas duras e inexplicables que saben esperar y hacer silencio.

Aurora sabe muy poco de Colombia. Que han vivido más guerras civiles que cualquier país del mundo. Que no se sabe bien quién empezó a matar a quién: los liberales o los conservadores. Que los curas se quedaban con las almas y con las tierras. Que los colombianos son tan españoles que han aprendido a odiar a España. Y la gente sonríe mucho más que allá aunque le den la espalda por regla. Pero esto que está viendo, Cartagena de Indias, es la vida con la que no contaba: los cascos de los caballos y el vaivén del mar contra las murallas mientras se meten en un laberinto de los siglos de los siglos lleno de conventos y de pasajes. No hay tantas personas en las callecitas porque es el sol de mediodía. Están las ventanas abiertas. Se adivinan los ojos de los viejos que se preguntan «¿y ahora quién llegó?».

—¿Qué os parece esta Cartagena? —les pregunta su padre—: para mí que en esta tierra Susana Aurora va a dormir bien otra vez.

Ella va a decir que sí, que está rindiéndose a este sitio que se parece a su sigilo. Va a confesar que va a quedarse a vivir en Cartagena de Indias, aunque se ahogue, como quien no va a renunciar hasta que descifre el misterio. Cuando llegan a su destino, en el sentido dramático de la palabra, reconoce sin embargo esta incomodidad que ha estado obligándola a esconderse del mundo en su mundo. Consigue, mejor dicho, decirse a sí misma lo que ha estado sospechando. Que es que, luego de 27 años de resignarse a un presente que es una puesta en escena del pasado, después de dominar como una maestra y una tejedora las sonatas más dulces para el piano, se está viendo forzada a tener un futuro. Y el futuro está lleno de trampas y lleno de callejones sin salida. Y concede amores y desilusiones y quién tiene el alma preparada para tanto.

Ya están enfrente del portón de madera número 33 de la Calle de las Damas. Y Aurora sobrevive a su corazón, mientras golpea la puerta con un puño, gracias a un «padrenuestroqueestásenelcielo» que se va callando y se calla apenas siente los pasos que han venido a abrirle. Vaya usted a saber quién es.

Viernes 25 de septiembre de 2015

No es la historia sino su narrador quien decide un final feliz. Todo drama es susceptible de ser una tragedia, una comprobación brutal e incontestable de que nada tenemos en las manos y todo pasa por algo y para algo, pero también puede probarnos que sabemos reescribir, parodiar, celebrar, volver ficción lo que nos ha estado pasando y hemos sido: todo drama puede ser asimismo, mejor dicho, una forma de la compasión, una comedia. «El final feliz depende de donde uno acabe su relato», dijo Orson Welles a *El Tiempo*, en 1942, de paso por Bogotá, Columbia. Quería decirnos que es el narrador, y nadie más, quien elige el punto en el que acaba de contar lo que de verdad quiere contar: «aquí es», «aquí termina», se dice apenas lo descubre. Y puede estar reconociéndole a su vida que las cosas se terminan sin remedio. Pero también que todo sigue su marcha.

Podría terminar yo aquí, en fin, esta historia oficial de este amor. Podría terminar la biografía al revés de mi familia en mi insomnio enloquecedor, el de la madrugada de hoy, que cumple ya una hora larga torturándome. Dejaría en claro, así, que nunca estaré del todo en paz, que siempre estaré a punto de ceder a esta extraña tentación de rezar: «Dios mío, cuídemelos, deles toda la vida...». Sería, por supuesto, un error, una injusticia. Pues sé de memoria que en mis desvelos, en esta oscuridad que pone en duda la realidad con sus muebles y sus relojes digitales y sus figurantes, cualquier drama —es decir, cualquier futuro— me parece trágico, condenado a un fin ajeno y grave. Y sé bien que al otro día veo con mis propios ojos, y no es sorpresa, que todo ha seguido su marcha y ha recobrado su forma. Este libro, en fin, no acaba aquí.

Son las 2:22 a.m. en el reloj del computador. Me desperté hace más de una hora por culpa de este puto dolor de espalda, el mismo que obligó a mi papá, a mi edad, a dormir sobre una tabla delgadita que compró en una papelería, pero seguí despierto porque de tanto en tanto mi cabeza —en venganza, pues la vida es resignarse a uno mismo en el espejo— se niega a dejar en paz a mi pobre cuerpo, y se dedica a sabotearlo, a sabotearme. Ya cerré las ventanas de los baños. Ya cerré con doble seguro las puertas del apartamento para que no se nos metan ni los bichos ni las chapolas ni los locos. Ya revisé tres veces que todo haya quedado bien cerrado. Vigilé que mi hijita Inés, de cuatro meses, esté durmiendo sin afán. Rondé a Carolina, a mi esposa, que por fin descansa un poco y es una pintura en paz. Pascual, el hijo de ella, que es también mi niño, no duerme ahora mismo en su cuarto porque está pasando la noche donde su papá, pero me senté en su cama a ver sus muñecos de *Star Wars* como imaginándome el nido vacío.

En un principio, a la 1:11 a.m., me dediqué al oficio de abrir los ojos en la oscuridad: mi oficio. Ni siquiera miré al cielo despejado, y lunático, para no darme cuenta de lo ridículas que pueden ser estas angustias con el telón de fondo del espacio. Pero ahora he estado viendo videos en YouTube a ver hasta dónde llego. Y sí, he conseguido despistarme un buen rato («never been lonely, never been lied to, never had to scuffle in fear, nothing denied to», oigo y veo), y sin embargo las preguntas inútiles de mi ansiedad han seguido sitiándome como los versos de una plegaria reticente. ¿Para qué alcanzará la vida? ¿Valdré? ¿Daré las gracias justo a tiempo? ¿Sabré

quitarme este dolor de espalda que no me deja caminar? ¿Me vencerá la taquicardia una madrugada interminable de estas? ¿Saldrá por fin la plata que me están debiendo? ¿Quién habrá dado ese grito allá abajo? ¿Tendré que irme de este país como se han ido tantos?

¿Podré darles a mi esposa y a mis dos niños lo que mis papás, tan buenos papás que parecen hijos, repito, siguen entregándonos día por día: una vida mejor de la que les dieron a ellos?

¡Silencio! No más miedo ni más zozobra ni más culpa. Ya van a ser las 3:00 a.m. en el relojito de la esquina de la pantalla. Necesito parar. No más, no más. Tengo que dormir así sea un poco: mañana, o sea, hoy, no sólo tengo que escribir las notas que tengo que escribir para el periódico, sino que Pascual está cumpliendo cinco años: ¡cinco ya! Y nuestra idea es tenerle los regalos empacados y el ponqué sobre la mesa roja de la entrada para que los encuentre apenas llegue del colegio. A dormir, a dormir.

Apago la luz del estudio, y la cuadra pierde su última ventana encendida, y cojeo a tientas desde la sala hasta nuestra habitación con la ilusión de no pisar ningún juguete poseído por un par de pilas AA. Empujo la puerta de una sola vez para que no chirree. Entro en puntillas, pispás. El televisor titila para que yo llegue, más o menos sano y más o menos salvo, a mi lado de la cama. Dan *E. T., el extraterrestre*, la escena de la despedida, en el canal de los clásicos. Paso los canales para evitarme el «estaré aquí mismo» que me parece tan triste, 507, 508, 509, pero regreso a ese final porque tampoco soy capaz de no verlo. Voy quedándome dormido cuando empieza la película siguiente, *El fugitivo*, y apago y pongo las gafas sobre la mesa de noche. Pero un par de minutos después pego uno de esos saltos que da uno si empieza a soñar con un mal sueño.

Suenan, seis pisos abajo, los pasos de quién sabe quién. Suena una de las cortinas de la habitación, tac, tac, tac, que se ha quedado abierta. Y yo respiro agitadamente, y estoy a punto de levantarme otra vez, hasta que la mano de mi esposa encuentra mi mano bajo las cobijas y me quedo sin razones para la intranquilidad. Dios existe porque existe para ciertas cosas, sí, pues a quién más se le puede agradecer que no haya sido demasiado tarde, que todo haya pasado a la hora exacta del momento preciso, que la oración «pero ella está...», «pero mi esposa está...» sea más que suficiente y traiga la vida y la ponga en escena de nuevo. Carolina se acuesta sobre mi hombro y me pone la mano sobre el pecho. Y el consuelo es para mí, que tengo este dolor en la cintura desde que contemplé la posibilidad de que algo le ocurriera durante al parto —y que he estado llenándome de talones de Aquiles: mis padres, mi esposa, mis hijos—, pues no vuelvo a saber nada de mí ni de mis daños y mis perjuicios hasta las 8:08 a.m.

Inés está dando grititos. Voy a su cuarto por ella. Y hacemos la misma cara sonriente al mismo tiempo, apenas nos reconocemos con los ojos brillosos y las ganas de vernos, y la alzo y la llevo por el corredor hasta la sala mientras va bostezando y va diciendo sus vocales de recién despertada: a, e, i, o, u. Y sí: nunca en la historia del mundo un padre quiso tanto a una hija. Y no puedo creer su mirada fija ni sus cejas pobladas ni su pelo revuelto como el de su abuela ni sus manos que se agarran del borde de mi camiseta, pero es entonces, cuando la realidad se impone, que los pegajosos lugares comunes no son metafóricos sino literales («mi vida», «mi amor», «mi corazón») y además son la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Adiós cinismo. Hay gente muy original que va por la vida como si la muerte fuera el único lugar común que le tocara. Yo cumplí 40 años en agosto. Y suelo llevar a mi hija al espejo para que nos miremos.

Pensándolo bien, han pasado muchas cosas en los últimos meses. El pirata Han Solo, de 73 años, dijo «Chewie: we're home» en el segundo corto promocional de la película de *Star Wars* que van a estrenar en diciembre. Suena absurdo, porque vive y se salva en estas páginas, pero

murió lúcido y noble el doctor Mora Osejo. Celebramos el día de la madre a mi mamá frente a la versión musical, conmemorativa de los 50 años de la película, de *La novicia rebelde*. Los amigos Magyaroff de la Lombana y la socia Garcés están mejor que nunca. Inés nació el viernes 15 de mayo a las 3:55 p.m.: me la entregaron en los brazos un par de doctores, media hora después, y se quedaron mirándome a ver si hacía cara de incrédulo o de niño. Mi papá me celebró el Día del Padre. Mi hermano, cada vez mejor, cada día más hermano mío, nos dio la noticia de que su mujer, sus dos hijos y él están esperando una hijita. Lleras Restrepo va a ser la imagen del billete de 100.000 pesos. López Michelsen protagonizará el de 20.000. Y el gobierno menos esperado, el de Santos Calderón, consiguió llegar a un acuerdo de paz serio con la guerrilla.

Hoy es una jornada particular porque es el cumpleaños de Pascual, pero también lo es porque estoy a punto de terminar este libro. *El Tiempo* tiene al papa Francisco, que a valiente hora ha venido a poner gratis los procesos de nulidad, en su primera plana; cuenta también que Estados Unidos respalda a Colombia en el acuerdo de justicia con las Farc; publica un crucigrama cuya primera vertical es «parentelas». Y ya estamos todos en esta oficina, Carolina, Inés y yo, poniéndonos al día en las tareas de la mañana. Carolina edita un libro sobre los peores nueve días de 1985. Inés juega con un dinosaurio de hule, pero para y sonrío cuando ve que Isabel, su niñera, que es de la familia, ha llegado a verla. Yo despacho un texto sobre los cien años de la teoría de la relatividad y otro sobre la campaña política a la Alcaldía: lo que me toque.

Y solamente me distrae el último verso de la canción que está sonando en mi iPod: «Winter sunlight hits the family tree and everything else becomes nothing at all...».

Hacia el mediodía todos nos dedicamos a preparar la llegada de Pascual. Mi papá llama a decir que nos recogerá para ir a comer luego de entregar 333 diplomas en los grados de su Escuela. Mi mamá, que anda escribiendo el complejísimo laudo de un tribunal de arbitramento, aparece con el ponqué de vainilla y con un par de regalos que teníamos escondidos en su casa y que van a ser la gran sorpresa de la tarde: «del joven voy, del viejo vengo», dice. Carolina les cuenta a su papá, a su mamá, a su hermana y a sus sobrinos, que viven fuera de la ciudad desde hace años ya, cómo está todo para la fiesta de fútbol que le haremos al niño el domingo. Yo inflo bombas a mi edad e Inés da una carcajada inesperada cuando me ve. Y pronto y de pronto todo el apartamento —la cama llena de regalos, la biblioteca adornada de bombas, la sala despejada como un escenario a punto de la obra— está listo para que llegue el protagonista y comience la celebración. Y pronto y de pronto son las 3:15 p.m.

Le pregunto a Carolina si el Ratón Pérez puso la plata debajo de la almohada de Pascual, el mueco. Y ella, que ha vuelto mi suegra a mi mamá con su generosidad y con su humor, me responde «¿usted lo vio?: yo no...».

Estamos esperando el bus del colegio cuando le digo a mi mamá que estoy a unas tres páginas de acabar el libro de la familia y ella se sonroja y mira al frente. Yo sé que preferirías que estuviera escribiendo alguna fantasía, alguna novela de las otras. Sin embargo, esto lo es. Todo lo que se lee aquí es verdad, que hartos hemos hablado e investigado entre todos este año, pero es también ficción porque nadie lo creería de otro modo. Y mi papá y tú son personajes de novela, de una generación que ha vivido el siglo XIX y el XX y el XXI al mismo tiempo, y uno se queda mirándolos y piensa «qué extraña esta historia de amor», y se da cuenta de que no han querido irse de aquí a pesar del supuesto carácter y el supuesto sino del país. Pero ella sólo me dice «ojalá» encogiéndose de hombros, «ojalá». Y me habla de una conferencia sobre no sé qué candidato que vio anoche en Netflix.

Y se pregunta si ya no habrá que irse de aquí. Y me dice «amanecerá y veremos» y se pone a

consentir a su nieta, que es como su hermana gemela. Y después me advierte: «pero lo único que a mí me importa es que no acabes tú metido en política».

No. Faltaba más. Yo hago esto: escribo lo que pienso en *El Tiempo*, sí, el mismo diario que le dio una carrera a mi abuelo el linotipista y ninguneó a mi abuelo el senador, pero sobre todo hago esto. Escribo estas historias pobladas por personas que —en vano o no: todo depende— tratan de sobreponerse a sí mismas y de establecer verdadera comunicación con los que les tocaron en suerte. Me invento protagonistas que acaban siendo personajes secundarios. Digo, corrijo. Tejo, rimo. Y lo hago gracias a ellos dos y gracias a lo que sé de ellos dos y justamente para que mi afán sea narrar nomás, para que la codicia y la envidia sean de los actores de la trama. Y para estar aquí abajo, a las 3:30 p.m. de este viernes, cuando el bus del colegio da la vuelta a la esquina.

Pascual baja con una sonrisa sin un diente y con una coronita de papel que dice «Cinco años». Se ve tímido de tanta felicidad. Se lanza a los brazos de su mamá porque es allí donde queda su vida. Se deja abrazar de mi mamá y de Isabel, su niñera, que son sus favoritas. Saluda a su hermana con voz aninada, «hola Inés...», pues ha dejado atrás la idea de «devolverla». Y luego sigo yo, pues todas estas palabras y todas estas personas y todas estas cosas son tuyas, y yo también. Me pide que lo alce, Dios, que entonces no importa el dolor de espalda, ay, la puta ciática. Subimos al apartamento a ver si hay algún regalo por ahí: «soy una tortuga en mi caparazón», «ponte un poco de pelo», «¿sabías que los números son infinitos?», «¿sabías que yo te quiero hasta cuando no había nadie?», «piénsalo en tu cerebro...», me dice en el ascensor. Y yo le respondo «piénsalo tú: yo más».

Corre hasta su habitación: ¡un dinosaurio gigantesco!, ¡un par de superhéroes!, ¡una varita mágica!, ¡una pista de carros!, ¡un Lego! Y, debajo de la almohada y de los animales de peluche, encuentra un billete verde con la cara de José Asunción Silva: «¡el Ratón Pérez!».

Cantamos la canción del cumpleaños frente al ponqué de vainilla en forma de balón. Cargo a Inés por toda la sala, «duerme, mi niña, un ratito, / pa' luego soñar despierta, / que aquí tu papá, el borrico, / te va a servir de abanico / hasta que el mundo esté alerta», mientras los otros se dedican a armar los juguetes nuevos y antes de que la bebé vea a su mamá y su mamá sea todo para ella. Cuando veo que Pascual está trepándose en una de las bibliotecas, vaya usted a saber por qué, mi dedo índice, que tiene un sexto sentido para detectar peligros domésticos, le dice «no te subas a ningún sitio del que no te puedas bajar... en general...», y me río porque todos se están riendo de mí. «Yo estoy pensando que tú te preocupas por todo...», me responde en otra de sus frases descomunales e inesperadas.

Y le dedica la siguiente hora a jugar y a recibir llamadas de todos los que lo verán el domingo, llamadas de su abuelo y sus abuelas, de sus tías y de su tío y de sus primos, que él termina siempre con el mismo «bla, bla, bla: chao».

A las 5:00 p.m. en punto llega mi papá por nosotros en su Renault Megane que nadie se atreve a tocar. Yo me pongo una chaqueta llena de bolsillos por si acaso. Saco el coche de la bebé. Paso cosas, cargo cosas, limpio cosas. Estoy siempre un paso atrás. Y bajamos todos en el pequeño ascensor, «nadie se mueva...», para irnos adonde sea que vayamos a ir a celebrar.

Mi papá, que sigue de gabardina y de corbata porque viene de conducir, como presidente del Consejo, los grados de la universidad, se inclina para darle un abrazo a su niño. Después nos saluda a los demás. Y luego le pregunta a su nueva nieta, a la que adora hasta quedarse en blanco —y tal como alguna vez le preguntó a este hijo, cuando era apenas un bebé de cuatro meses, por qué se parecía tanto al Urko de *El planeta de los simios*—, «pío pío: usted por qué está haciendo

su cara de Churchill». Esa gente tan sensible: un día descubre que el humor es lo único que le queda para sujetar su emoción ante lo bello y frente al horror. Y aprende a pronunciar el amor a su manera: «cuando uno menos piensa están haciendo un libro sobre el dolor de espalda de uno...», me dice mi papá, con la mirada sobre su nieta, mientras echamos juntos el coche en el baúl, y yo le doy unas palmaditas en la mano: «el tiempo no existe...».

Después saluda a quien ha sido su esposa desde hace 47 años: «¿qué dice la mamá?». Y ella le devuelve el saludo: «¿cómo le fue al papá en sus grados?». Se dan un abrazo y un beso. Ella le confiesa que quiere una banana split y él que tiene que ir esta semana a la peluquería, pues ni a los calvos puede negársenos ese derecho. Ella le recuerda que le debe una lectura del tarot y él le dice «hay que hacer la cita en ventanilla». Y se suben al carro, a sus puestos de toda la vida, los dos al mismo tiempo.

No se es, sino que se está feliz: es una verdad vastamente conocida. Ser infeliz es una farsa. Y tendría yo que estar pagando un karma y doblegándome a un destino trágico, que estos dos ya me han librado de ambas condenas, para no verle la belleza a esta escena.

Aquí es. Aquí termina. Estamos en este carro que es una rendición a la vida y a sus lugares comunes (hágame el bendito favor: «el amor»), pero es también un refugio y una victoria sobre la realidad y sus brujerías. Las luces direccionales están puestas, tic, tac, tic, tac. Las puertas están con seguro. Suenan los tambores del disco que ha estado sonando estos últimos meses porque a esta hora no sirven de mucho las noticias. Pascual nos pregunta adónde vamos y todos le respondemos adonde tú quieras, «para ti el Sol, la Luna y las estrellas», y él se pone a pensar a qué sitio ir con una seriedad que ya quisiéramos. La luz se retrae en el cielo como si la historia siguiera yendo hacia atrás y estuviera a punto de volver al comienzo: «y la luz se deshizo...». Arrancamos entonces a cualquier parte y nos perdemos todos juntos para que no haya lugar a despedidas, y allá vamos los seis a punto de doblar la esquina, y todo lo demás es nada.

Agradecimientos

Gracias, primero que todo, a cuatro personas fundamentales en mi vida que al final de cada día resultan ser una sola: mi esposa, la mamá de mis hijos, mi compañera de oficina y mi editora personal, Carolina López Bernal, que salva estos libros cuando los lee y cuando lee hace además obras de arte.

Gracias también a los cómplices que me entregaron las piezas que le faltaban al rompecabezas o me llevaron a tantas pistas o me dieron la mano en el momento preciso: Luis Fernando Afanador, Mario Aguilera, Juan Esteban Constaín, Bernardo Correa, José Luis Díaz-Granados, Catalina Gómez, Darío Jaramillo, María Cristina Jimeno, Patricia Martínez, Jorge Orlando Melo, Sergio Mendoza, Humberto Mora, Jaime Moreno, Patricia de Narváez, Roberto Pombo, Katherine Ríos, Elkin Rivera, Sebastián Romero, María del Socorro Romero, Daniel Samper Ospina, Roberto Salgado, Gonzalo Sánchez, Santiago Silva, Álvaro Tirado, Camila Umaña y Álvaro Villarraga.

Gracias al lector más generoso de todos los tiempos, Enrique Santos Molano, por llevarme de un lado al otro.

Gracias a Gabriel Iriarte por la compañía y por la edición, por la guía y por la lectura desde el principio hasta el final de este libro al revés.

Gracias a la familia por irme susurrando por dónde agarrar: a María Teresa Garcés, Miren de la Lombana e Iván Magyaroff.

Gracias a Eduardo Silva Romero, mi hermano, por hacer su papel durante este año de trabajo.

Gracias a Eduardo Silva Sánchez, mi papá, por mantenerme a flote, y gracias a Marcela Romero Buj, mi mamá, por darme semejante viaje: los protagonistas de las novelas no suelen ser tan generosos ni tan dignos de amor.



«Voy a contar hacia atrás la historia de mi familia. Voy a narrar al revés su destino, su karma y su suerte. Voy a describir el crimen de 1976, el escándalo de 1969, el duelo de 1935, y todas las persecuciones que nos han hecho sentir condenados a Colombia, pero después de relatar la noche de 1989 en la que por poco nos salvamos de la muerte».

La suerte de los Silva Romero es el logro de un padre físico que lee el futuro y una madre abogada que libra a los suyos de las bajezas de la política. Pero su pasado está lleno de fantasmas: Romero Buj, el tío, asesinado por fanáticos de la lucha comunista, y Romero Aguirre, el abuelo, un destacado líder liberal que va de la gloria a la decadencia, son dos sombras que los siguen.

Recorrer el árbol genealógico de esta familia es ver a sus padres y a sus hijos sobrevivir a nuestra Historia: de los días de la «ola verde» al Frente Nacional, de la toma del Palacio de Justicia al Bogotazo, esta novela que avanza hacia el pasado a veces es tragedia y a veces es comedia, pero es siempre una historia de amor.

Pasar las páginas estremecedoras de estas memorias es ser testigo de una familia que no se rinde ni se vende ni se deja separar.



RICARDO SILVA ROMERO

(Bogotá, 1975) es autor de las novelas *Relato de Navidad en La Gran Vía*, *Walkman*, *Tic*, *Parece que va a llover*, *Fin*, *El hombre de los mil nombres*, *En orden de estatura*, *Autogol*, *Érase una vez en Colombia*, compuesta por *Comedia romántica* y *El Espantapájaros*, y *El libro de la envidia*. Su obra la completan dos colecciones de relatos, dos poemarios, un par de libros sin género y la página de internet www.ricardosilvaromero.com. Es columnista del diario *El Tiempo* y de *El País* de España.

Foto: © Camilo Rozo

Título: *Historia oficial del amor*

Primera edición: marzo de 2016

© 2016, Ricardo Silva Romero

c/o Indent Literary Agency

www.indentagency.com

2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.

Cra 5A No 34A – 09, Bogotá – Colombia.

PBX: (57-1) 743-0700

www.megustaleer.com.co

© Diseño: Proyecto de Enric Satué

© Diseño de cubierta: Patricia Martínez Linares

© Ilustración modificada de cubierta: artdock, Shutterstock.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-958-8948-20-1

Conversión a formato digital: Libresque

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Índice

Historia oficial del amor

Dedicatoria

Jueves 1.º de enero de 2015

Lunes 29 de septiembre de 2014

Domingo 15 de junio de 2014

Viernes 14 de diciembre de 2012

Martes 5 de julio de 2011

Domingo 30 de mayo de 2010

Viernes 19 de diciembre de 2009

Miércoles 14 de marzo de 2007

Martes 13 de febrero de 2007

Jueves 19 de octubre de 2006

Viernes 28 de julio de 2006

Sábado 9 de agosto de 2003

Miércoles 13 de enero de 2000

Viernes 18 de julio de 1997

Martes 11 de junio de 1997

Jueves 6 de febrero de 1997

Sábado 3 de septiembre de 1994

Martes 30 de abril de 1991

Domingo 2 de diciembre de 1990

Jueves 26 de abril de 1990

Viernes 6 de octubre de 1989

Viernes 18 de agosto de 1989

Jueves 26 de mayo de 1988

Miércoles 23 de marzo de 1988

Domingo 31 de mayo de 1987

Sábado 5 de julio de 1986

Domingo 17 de noviembre de 1985
Jueves 7 de noviembre de 1985
Sábado 25 de diciembre de 1982
Viernes 29 de mayo de 1981
Martes 18 de noviembre de 1980
Miércoles 11 de junio de 1979
Miércoles 18 de mayo de 1977
Viernes 31 de diciembre de 1976
Sábado 11 de diciembre de 1976
Miércoles 24 de noviembre de 1976
Viernes 13 de agosto de 1976
Viernes 11 de abril de 1975
Viernes 12 de enero de 1973
Martes 21 de abril de 1970
Lunes 15 de septiembre de 1969
Domingo 20 de julio de 1969
Jueves 21 de noviembre de 1968
Martes 13 de junio de 1967
Lunes 27 de marzo de 1967
Viernes 18 de febrero de 1966
Jueves 17 de febrero de 1966
Sábado 9 de noviembre de 1960
Martes 16 de diciembre de 1958
Miércoles 1.º de septiembre de 1954
Miércoles 9 de junio de 1954
Viernes 14 de agosto de 1953
Lunes 12 de abril de 1948
Viernes 9 de abril de 1948
Martes 11 de agosto de 1942
Lunes 6 de enero de 1941
Viernes 23 de agosto de 1940
Miércoles 1.º de noviembre de 1938
Viernes 15 de abril de 1932
Viernes 25 de septiembre de 2015

Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos